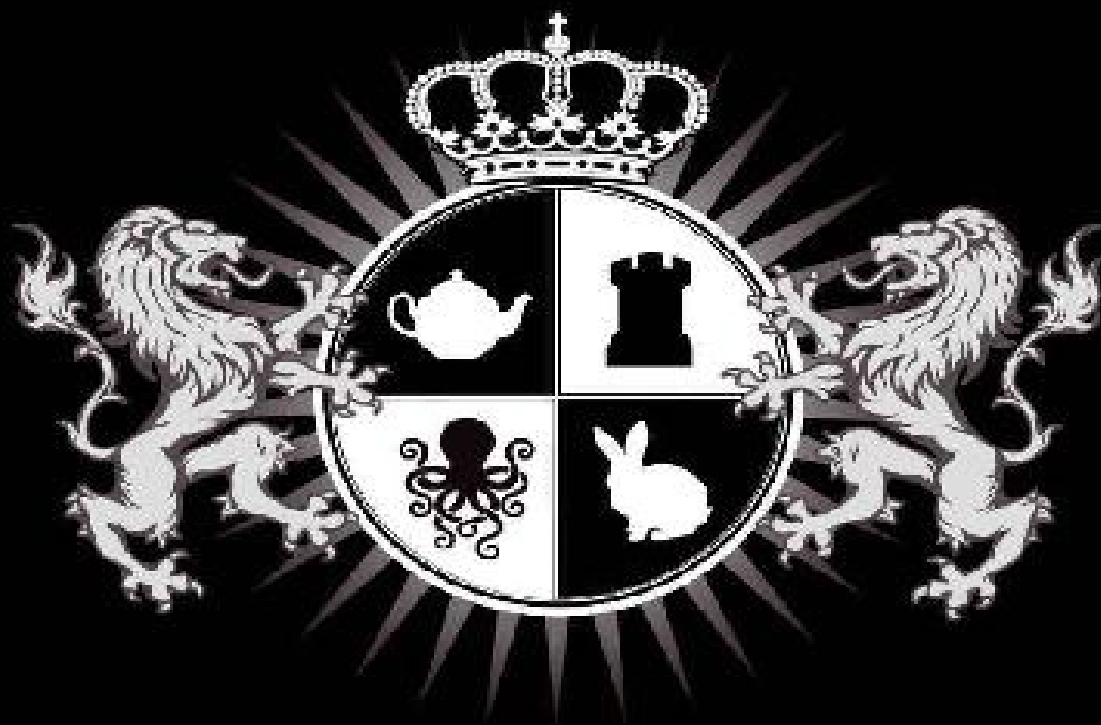


AL SOBRENATURAL SERVICIO SECRETO  
DE SU MAJESTAD

LA  
TORRE

DANIEL O'MALLEY



Traducción de Manuel de los Reyes

DANIEL O'MALLEY

LA  
TORRE

Traducción del inglés  
Manuel de los Reyes

 NOCTURNA  
EDICIONES

Título original: The Rook

© de la obra: THE ROOK © Daniel O'Malley, 2012

© de la traducción: Manuel de los Reyes García Campos, 2018

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.o C, esc. dcha. 28002 Madrid

[info@nocturnaediciones.com](mailto:info@nocturnaediciones.com)

[www.nocturnaediciones.com](http://www.nocturnaediciones.com)

Primera edición : mayo de 2018

Edición Digital: Elena Sanz Matilla

ISBN: 978-84-16858-56-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Para mi padre, Bill O'Malley, que me leía por las noches  
cuando estaba en la cama, y para mi madre,  
Jeanne O'Malley, que me leía el resto del tiempo.*

# 1

*Querida tú:*

*El cuerpo que llevas puesto era mío. La cicatriz que tienes en la cara interior del muslo izquierdo está ahí porque me caí de un árbol y me empalé la pierna con nueve años. El empaste de ese diente al fondo del maxilar superior izquierdo es el resultado de haberme pasado cuatro años evitando ir al dentista. Pero lo más probable es que el pasado de este cuerpo te importe muy poco. Al fin y al cabo, si estoy escribiéndote esta carta es para que la leas en el futuro. Quizá te preguntes por qué querría hacer alguien tal cosa. La respuesta es muy simple y, a la vez, complicada. La respuesta simple es: porque sabía que sería necesario.*

*La respuesta complicada podría llevarme más tiempo.*

*¿Sabes cómo se llama el cuerpo que ocupas? Myfanwy. Myfanwy Alice Thomas. Te diría que ese es mi nombre, pero el cuerpo lo tienes tú ahora, así que me imagino que serás tú quien lo use. La gente suele equivocarse con la pronunciación, pero me gustaría que al menos tú supieras vocalizarlo. No sigo las normas tradicionales de pronunciación del galés, de modo que para mí la W es muda y la F es sorda. «Miff-un-ee», por tanto. Rima con Tiffany, de hecho, ahora que me paro a pensarlo.*

*Antes de que empiece a contarte esta historia, deberías conocer algunos detalles. Para empezar, eres alérgica a las picaduras de abeja. Como te clave el aguijón una y no actúes de inmediato, morirás. Siempre tengo a mano varios de esos tubitos inyectores de epinefrina, por lo que te recomiendo que los busques ahora que todavía no te hacen falta. Debería haber uno en mi bolso, otro en la guantera del coche y otro más en casi todas las chaquetas que posees ahora. Si te pican, apartas la pestaña del chisme, te lo pegas al muslo y aprietas. No te pasará nada. Vale, te sentirás como una auténtica porquería, pero por lo menos no estirarás la pata.*

*No sufres más alergias aparte de esa ni restricciones alimentarias, y estás en muy buena forma. Hay antecedentes de cáncer de colon en la familia, eso sí, por lo que deberías someterte a revisiones periódicas, aunque todavía no te han detectado nada. Ah, y tu tolerancia al alcohol es deplorable. Pero eso seguro que todavía no has tenido ocasión de averiguarlo. Te acucian preocupaciones más importantes.*

*Llevarás encima mi cartera, con suerte, la cual contiene todas esas tarjetitas de plástico tan imprescindibles hoy en día para sobrevivir en el mundo electrónico que nos rodea. Permiso de*

*circulación, tarjetas de crédito, afiliación a la Seguridad Social y carné de la biblioteca, documentos todos ellos expedidos a nombre de Myfanwy Thomas. Salvo tres. Y esos tres son, ahora mismo, los más importantes. Escondidas por ahí encontrarás una tarjeta de débito y otra de crédito, además de un carné de conducir cuya titular es Anne Ryan, nombre sin vinculación oficial alguna contigo. El número de identificación personal para todos ellos es el 230500. La fecha de mi cumpleaños seguida de los años que tienes. ¡Eres una recién nacida! Te recomiendo que saques inmediatamente algo de dinero de la cuenta de Anne Ryan, busques un hotel y te registres con su nombre.*

*Es probable que ya estés al corriente de esta última parte, puesto que has debido de sobrevivir a varias amenazas inmediatas para leer esto, pero el caso es que corres peligro. El simple hecho de que no seas yo no significa que estés a salvo. Además de este cuerpo, has heredado unos cuantos problemas y responsabilidades. Busca un lugar seguro antes de abrir la segunda carta.*

*Atentamente,*

*Yo*

Se quedó tiritando bajo la lluvia, viendo cómo se diluían las palabras con el aguacero. Le goteaban los cabellos, tenía un sabor salobre en los labios y le dolía todo. Había hurgado en los bolsillos de su chaqueta a la luz mortecina de una farola cercana en busca de alguna pista que le indicara quién era, dónde se encontraba o qué estaba pasando. Había dado con dos cartas en el bolsillo interior. El primer sobre estaba dirigido a «Tú», sin más. En el segundo sólo había un número dos.

Sacudió la cabeza con rabia, alzó el rostro hacia la tormenta y contempló el relámpago bifurcado que centelleaba en el cielo en aquellos precisos instantes. Escarbó en otro bolsillo y sus dedos se cerraron sobre un objeto abultado. Al sacarlo vio que se trataba de una caja de cartón, larga y delgada, que empezaba ya a deformarse a causa del agua que la empapaba. Lucía una etiqueta para medicamentos en la que podían leerse, mecanografiados, un término químico que parecía interminable y el nombre de Myfanwy Thomas. Le bastó con ejercer una suave presión con los dedos para notar la firmeza del autoinyector de plástico que contenía el envoltorio; volvió a guardárselo en el bolsillo.

«Así que esta soy yo —pensó con amargura—. Ni siquiera se me concede el lujo de no saber cómo me llamo. Se me deniega la oportunidad de empezar de cero. Quienquiera que fuese esta tal Myfanwy Thomas, ha conseguido meterme en un lío descomunal». Se sorbió los mocos y se limpió la nariz con la manga. Paseó la mirada en derredor. Se encontraba en una especie de parque. Las lacias copas de los sauces llorones barrían el claro. Una extensión de césped a la que le faltaba cada vez menos para convertirse en una fosa de barro la rodeaba. Despegó los pies del

suelo fangoso, con decisión, y sorteó con cuidado el anillo de cuerpos diseminados a su alrededor. Todos estaban inertes y todos llevaban las manos enfundadas en guantes de látex.

Salió del parque abrazándose a sí misma y calada hasta los huesos. Con las advertencias de la carta muy presentes en sus pensamientos, había sido precavida y había explorado los alrededores en busca de cualquier agresor en potencia que pudiera estar al acecho entre los árboles. El trueno que reverberó sobre su cabeza le hizo dar un respingo. Contempló la escena que se desplegaba ante sus ojos cuando hubo llegado al final del sendero que había tomado. Era evidente que el parque se encontraba en algún tipo de zona residencial, pues frente a ella se erguía una hilera de casas de estilo victoriano. Seguro que eran preciosas, se dijo con aspereza, pero no estaba de humor para admirarlas como se merecían. No se veía luz en ninguna de las ventanas y se había levantado un viento frío. Entornó los párpados para otear la carretera, a lo lejos, y discernió un distante resplandor de neón que auguraba la presencia de algún tipo de emporio empresarial. Exhaló un suspiro mientras encaminaba sus pasos en esa dirección, con las manos embutidas en las axilas a fin de calmar los temblores que las atenazaban.

Una visita al cajero automático, una llamada de teléfono realizada desde una cabina cochambrosa y ya estaba sentada en la parte de atrás del taxi que habría de conducirla a un hotel de cinco estrellas. Miró atrás varias veces para cerciorarse de que no estuviera siguiéndolos nadie, y en cierta ocasión llegó incluso a pedirle al conductor que diese dos vueltas extra a la manzana por la que circulaban en esos momentos. No sucedió nada sospechoso, aunque el taxista sí que le lanzó un par de miradas cargadas de recelo desde el espejo retrovisor. Cuando llegaron por fin al hotel, murmuró algo acerca de un novio que la acosaba y el conductor asintió comprensivo, en silencio, aunque no sin dejar de observarla como si se quisiera quedar con su cara. Los alumnos de hostelería en prácticas a los que les habían endilgado el papel de porteros para el turno de noche hicieron honor a su formación y ni siquiera pestañearon mientras le franqueaban el paso a aquella mujer chorreante de agua. Cruzó el majestuoso vestíbulo dejando un húmedo rastro sobre las baldosas.

La recepcionista, con su uniforme y su peinado impecables (¡a las tres de la madrugada! ¿Qué clase de autómata monstruoso era esa mujer?), reprimió educadamente un bostezo y sólo abrió los ojos un poco más de la cuenta mientras aquella persona que, titubeante, se había identificado como Anne Ryan se registraba sin reserva previa ni rastro de equipaje a la vista. El botones que apareció a continuación tenía pinta de estar más dormido que despierto, pero se las apañó para conducirla hasta su habitación y abrir la cerradura electrónica. No le dio propina, pero supuso que su andrajosa apariencia contribuiría, cuando menos en parte, a que se le disculpara esa omisión.

Mientras se desvestía, el temor a quedarse dormida y perecer sumergida en el olvido del agua perfumada con esencias florales la llevó a descartar la idea de meterse en la bañera y optó por darse una ducha. Así descubrió que tenía el cuerpo cubierto de moratones. Jadeó de dolor al agacharse para coger el jabón, terminó de asearse, se envolvió en un gigantesco albornoz esponjoso y, tambaleándose, regresó al dormitorio. Tras detectar un movimiento por el rabillo del ojo, se giró y se quedó mirando fijamente a la desconocida que la observaba desde el espejo.

Se examinó la cara, dominada por unos feos ojos morados. «Diablos —maldijo—. No me extraña que el taxista se tragara la historia del novio acosador». Daba la impresión de haber recibido dos fuertes puñetazos, y tenía la esclerótica inyectada en sangre a causa del llanto. Los labios, en carne viva, le escocieron cuando se pasó la lengua por ellos.

—Alguien ha intentado reventarte a patadas —le dijo a la mujer del espejo. El rostro que le devolvía la mirada tenía las facciones enjutas y, si bien no podría calificarse de hermoso, tampoco era feo. «Soy anodina —se lamentó—. Anodina y con el pelo moreno hasta los hombros. Hmm». Se abrió el albornoz y se examinó de arriba abajo con expresión crítica.

«Esto es una colección de adjetivos superlativos —refunfuñó para sus adentros—: superbajita, superdelgada, superplana y con las rodillas superdespellejadas», aunque por lo menos esto último podía contar con que se arreglaría con el paso del tiempo. Se acordó de algo que había leído en la carta y se palpó la cara interior del muslo izquierdo. Encontró una pequeña cicatriz, en efecto. «Porque te caíste de un árbol y te empalaste la pierna con nueve años», rememoró. Su figura no daba la impresión de ser particularmente atlética, pero dio gracias al cielo porque al menos parecía estar libre de celulitis. Llevaba las piernas rasuradas y el depilado que exhibían sus ingles era conservador y reciente. Aunque desde la última vez que miró habían aflorado todavía más moratones, estos no disimulaban el hecho de que la naturaleza no había querido agradecerla con un cuerpo especialmente sexy. «Creo que podría mejorar —se dijo—. Quizá no llegue nunca al nivel de “tía buena”, pero el de “chica mona” debería ser algo factible. Si me alcanza el presupuesto. O si encuentro un poco de maquillaje con el que apañármelas, en el peor de los casos».

Desvió la mirada de su cuerpo al reflejo de la habitación que tenía a su espalda: una cama enorme con grandes almohadas mullidas, una manta de aspecto extraordinariamente suave y unas sábanas blancas tan bien almidonadas que se podría crear una escultura con ellas. Era casi justo lo que necesitaba. Si además hubiera un... ¡Allí estaba! ¡La pastillita de menta de bienvenida! Decidido, si había un obsequio de bienvenida, por modesto que fuese, eso significaba que debía de merecer la pena arrastrarse por aquella alfombra inmensa para llegar a la cama. No le habría costado ningún esfuerzo dejarse caer encima de la blanda alfombra, pero la perspectiva de degustar aquel diminuto caramelo de menta bastó para impelerla a continuar. Cubrió la distancia con dificultad, renqueando y arrastrando los pies, pero consiguió quedarse



dormida sin atragantarse con la pastilla.

Los sueños que tuvo fueron confusos, aunque al despertar no pudo por menos de preguntarse si ello se debía a que las personas que los protagonizaban pertenecían a su pasado preamnésico. Mientras dormía, en cualquier caso, su desconcierto había sido palpable. Estaba besándose con alguien, aunque no podía verlo, sólo le estaba permitido sentirlo y estremecerse de placer. En ningún momento sucumbió al pánico, ni siquiera cuando aquella lengua extraña comenzó a deslizarse por su garganta.

Después de aquello, se descubrió sentada a una mesa en la que alguien acababa de servir el té, en una estancia repleta de helechos con el suelo cubierto de baldosas negras y blancas. El ambiente era sofocante, cálido y húmedo, y frente a ella había una señora mayor ataviada al estilo victoriano. La mujer bebió de su taza con actitud pensativa mientras la observaba con sus fríos ojos castaños, tan oscuros como el chocolate.

—Buenas tardes, Myfanwy. Disculpa que me entrometa en tus sueños, pero me sentía en la obligación de darte las gracias.

—¿Gracias?

—Myfanwy, no creas que no soy consciente de lo que has hecho por mí —prosiguió con voz glacial la desconocida—. Me repele estar en deuda contigo, pero gracias a ti se ha eliminado una amenaza para mí y mi familia. Si alguna vez se me presentara la oportunidad de devolverte el favor, supongo que no me quedaría más remedio que hacerlo, por fastidioso que me resulte. ¿Té?

Le sirvió una taza y bebió de la suya. Myfanwy probó un sorbito, desconfiada, y le sorprendió descubrir que le gustaba.

—Está delicioso —dijo, muy educada.

—Gracias —replicó la mujer, distraída, mientras paseaba la mirada en derredor con expresión intrigada—. ¿Estás bien? Noto algo extraño... —Dejó la frase inacabada, flotando en el aire, mientras la escudriñaba pensativa—. Tu mente es distinta. Te ha sucedido algo, es casi como si...

Se incorporó de improviso y se apartó de la mesa. La silla, derribada en el proceso, se disolvió en medio de una nube de vapor y las plantas se cerraron a su alrededor con un estremecimiento.

—¿Quién eres? No entiendo nada... ¡Tú no eres la torre Thomas, pero en el fondo sí que lo eres!

—Myfanwy Thomas ha perdido la memoria —le explicó sin alterarse la joven, con ese desapego tan peculiar y característico de algunos sueños—. Yo soy lo que ha despertado.

—Estás en su cuerpo —murmuró la señora despacio.

—Sí —confirmó a regañadientes Myfanwy.

—Menudo inconveniente —suspiró la anciana—. Una torre que no recuerda quién es. —Se quedó callada un momento antes de sentenciar—: Qué incordio.

—Lo siento —dijo Myfanwy, sintiéndose ridícula por estar disculpándose.

—Ya, bueno. Dame unos instantes. Tengo que reflexionar. —La señora se dedicó a deambular de aquí para allá durante unos minutos, deteniéndose a intervalos para aspirar la fragancia de las flores—. Por desgracia, jovencita, no dispongo del tiempo necesario para ponderar todos los factores implicados en este particular. Me acucian mis propios problemas y no puedo ayudarte de forma directa, ni aquí ni en el mundo de la vigilia. Cualquier movimiento fuera de lo normal por mi parte nos pondría en peligro a las dos.

—¿No estabas en deuda conmigo? Thomas te ayudó.

—¿Pero tú no eres Thomas! —le espetó la mujer, irritada.

—Me extrañaría que ella estuviese a punto de dejarse caer por aquí para saldar cualquier posible cuenta pendiente —sentenció con aspereza Myfanwy.

—Buena observación —claudicó la desconocida—. Pero lo único que puedo hacer es guardarte el secreto. No actuaré contra ti ni le contaré a nadie lo que te ha pasado. El resto depende de ti.

—¿Eso es todo? —preguntó con incredulidad.

—Es más de lo que te imaginas y podría suponer una diferencia fundamental. Debo irme ya, y tú será mejor que te despiertes.

Las plantas que la rodeaban se estremecieron de nuevo y comenzaron a replegarse. Un manto de oscuridad se cernió sobre ellas desde el techo de cristal que se extendía sobre sus cabezas.

—Espera un momento —pidió. La mujer enarcó una ceja, sobresaltada, y las tinieblas interrumpieron su creciente expansión—. ¿No me vas a proporcionar más ayuda?

—Pues no —respondió esta, sin disimular su sorpresa. Volvió a sentarse a la mesa—. Tú no eres Myfanwy Thomas, ahora sí que ya no me cabe la menor duda al respecto —agregó mientras se servía una nueva taza de té—. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo Myfanwy, y se ruborizó al ver que la ceja de su interlocutora se arqueaba de nuevo. Era evidente que debería añadir algo más; un vago recuerdo afloró a su memoria, apenas el retal de una evocación moribunda—. ¿Buenas noches..., mi señora?

La mujer, complacida, asintió con la cabeza.

—Bueno, por lo menos no se te ha olvidado todo, al parecer.

Se despertó y tanteó junto a la cama en busca del interruptor de la luz. El reloj la informó de que eran las siete de la mañana. Aunque se sentía agotada, las probabilidades de volver a conciliar el sueño eran inexistentes. Había demasiadas incógnitas agolpándose en su cabeza. ¿Qué significaban aquellos sueños? ¿Debería tomárselos en serio?

Se le antojaba injusto concederle más importancia al sueño del diálogo que al de la lengua que la había besado. La conversación, sin embargo, había sido extraordinariamente realista. ¿Serían aquellos sueños mensajes de su subconsciente? Se sentía inclinada a tomarlos por el simple resultado de la criba del barullo de sus pensamientos que realizaba el tamiz de su cerebro mientras dormía, pero en realidad tampoco podía poner la mano al fuego por ello.

Además, ¿quién era esa tal Myfanwy Thomas? ¿Una torre? Ella no era tan alta como para justificar la interpretación literal de ese apelativo. Ni estaba hecha de piedra, pensó con sarcasmo, así que ya podía ir olvidándose de descifrar con éxito el sueño. En esos instantes, no sabía nada: ni cuántos años tenía, ni si estaba soltera o casada... En sus dedos no había ninguna sortija ni se intuían marcas que apuntaran a que alguna vez las hubiese habido. ¿Trabajaría en algún sitio? No había caído antes en comprobar el estado de sus finanzas. Estaba demasiado ocupada procurando no morir de congelación. ¿Tendría familia? ¿Amigos? Con un suspiro, seguido de varios gruñidos de dolor, se obligó a rodar hasta levantarse de la cama y se dirigió, renqueante, a la mesa sobre la que había tirado la chaqueta. Notaba una punzada de dolor en las rodillas laceradas al agacharse y sentía una opresión en el pecho si respiraba demasiado hondo. Se disponía a vaciar los bolsillos de la prenda cuando su mirada se posó en el teléfono y en el menú del hotel.

—Hola, llamo desde la habitación quinientos cincuenta y tres.

—Sí, buenos días, señorita Ryan —respondió una voz refinada y, por fortuna, no demasiado jovial—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Pues... me gustaría encargarme algo para desayunar. ¿Podrían traerme una jarra de café, tortitas con salsa de arándanos, zumo de naranja, tostadas de trigo, mermelada y dos filetes sin cocinar?

Sin ninguna pausa de desconcierto, para su sorpresa, la voz al otro lado de la línea accedió servicialmente a enviárselo todo enseguida.

—La carne cruda es para ponérmela en los párpados —se sintió en la obligación de explicar—. He tenido un accidente.

—Claro que sí, señorita Ryan. Subiremos lo antes posible.

Preguntó además si en el hotel podrían lavarle la única muda de ropa que llevaba con ella, y la voz del teléfono le prometió despachar a alguien de inmediato para recoger la colada.

—Gracias —dijo mientras miraba por la ventana.

La tormenta había amainado durante la noche y ya no se divisaba ni una sola nube en el firmamento. Transcurridos unos minutos, sus pasos la condujeron a las puertas que daban al balcón. Se disponía a abrirlas cuando oyó que alguien llamaba de forma discreta a la puerta con los nudillos. «Recuerda —se dijo— que alguien te ha pegado una paliza de muerte y lo más probable es que te esté siguiendo la pista». Al asomarse a la mirilla vio que se trataba de un

joven, de aspecto cohibido y ataviado con el uniforme del hotel, que sostenía en la mano una bolsa vacía para la lavandería. Echó un vistazo al rastro de ropa mojada que conducía hasta el baño y decidió dejar a un lado su paranoia. «Habría que arriesgarse. Todo con tal de volver a sentirme limpia cuando me vista». Abrió la puerta, le dio las gracias al joven y, ruborizándose, se apresuró a recoger las prendas desperdigadas por el suelo de cualquier manera para meterlas en la bolsa. A continuación, al acordarse del portero al que lamentaba no haberle dado nada la noche anterior, le dejó una más que generosa propina al muchacho.

Estaba viendo el telediario de la mañana, maravillándose ante la ausencia de noticias relacionadas con el descubrimiento de cadáveres en los parques, cuando le trajeron y sirvieron el desayuno, todo lo cual se saldó con otra propina desorbitada. Se sentó, rebuscó en los bolsillos de la chaqueta y sacó el sobre marcado con un pulcro número 2. El mero hecho de verlo reavivó su irritación hacia la mujer que lo había escrito, la misma que la había metido en ese atolladero. «Enseguida lo leo —prometió—. En cuanto me haya tomado el café». Dejó el sobre a un lado, sacó la cartera y se dedicó a mordisquear una tostada mientras examinaba las tarjetas. Había dos permisos de conducir, uno de los cuales confirmaba que su identidad era, en efecto, la de Myfanwy Alice Thomas. Aunque la dirección que aparecía en él no desencadenó ningún recuerdo en absoluto, le intrigó fijarse en que parecía corresponder a una casa más que a un apartamento. Según el documento, tenía el pelo castaño, los ojos azules y treinta y un años. Observó la foto con un mohín de insatisfacción: sus rasgos eran del montón, tenía la piel pálida y las cejas asimétricas.

La cartera contenía asimismo varias tarjetas, tanto de crédito como de débito, y una nota en la que alguien había escrito a mano: «Entiendo lo que intentas hacer, pero, de verdad, tú no eres de las que guardan el corazón en la billetera».

—Qué graciosa —murmuró—. Me da que debía de tener mucha chispa antes de perder la memoria.

Tras hurgar en el resto de los bolsillos, desenterró un paquete de pañuelos de papel, un teléfono móvil sin batería y un pase con pinza incorporada. Dedicó varios infructuosos minutos a examinar este último artículo, tan grueso como cuatro tarjetas de crédito juntas, que sólo contenía una foto suya con cara de pocos amigos y un código de barras. Al cabo de un rato, dejó la chaqueta a un lado y le pegó un buen trago al café, que era excelente. Qué mejor momento que ese para leer una carta remitida por ella misma. Con algo de suerte, esa resultaría más reveladora que la anterior. Bueno, por lo menos estaba redactada a máquina en vez de caligráfica.

*Querida tú:*

*¿Te has dado cuenta de que no te llamo Myfanwy? Esto obedece a dos motivos: el primero, que me parecería una descortesía imponerte mi nombre, y el segundo..., en fin, que se me haría*

*muy raro. Hablando de lo cual, supongo que te estarás preguntando cómo me dio por escribir estas cartas. Cómo sabía que iban a ser necesarias.*

*Cómo es que puedo ver el futuro.*

*Pues bien, te traigo malas noticias: no soy adivina. No tengo el don de saber lo que va a suceder ni puedo predecir cuáles serán los números agraciados en la lotería esta noche, lo cual es una auténtica lástima, porque sería de lo más práctico. En el transcurso del último año, sin embargo, me han abordado varias personas que afirmaban ser capaces de ver mi futuro. Desconocidos sin la menor relación entre sí ni conmigo. Algunos aseguraban sufrir ocasionales arrebatos precognitivos, mientras que otros ni siquiera sabían explicarme por qué se habían acercado a mí en la calle. Todos experimentaban sueños, visiones o presentimientos. Al principio los tomé por chiflados inofensivos, sin más, pero seguían apareciendo, e ignorar el fenómeno se convirtió en algo cada vez más difícil.*

*Por eso sabía desde hace tiempo que, tarde o temprano, te encontrarías bajo la lluvia sin recordar quién eres. Sabía que recuperarías el conocimiento rodeada de cadáveres con las manos enguantadas. Sabía que estos estarían esparcidos por el suelo tras haber recibido «una paliza de espanto», citando la expresión utilizada por una anciana estrafalaria que habló conmigo en una calle de Liverpool.*

*Me pregunto si estás hecha de partes de mí o si eres una persona totalmente nueva. No sabes quién eres, eso lo tengo muy claro, pero ¿qué más habrás olvidado? Supongo que no sospechas siquiera que Jane Eyre es el libro que más detesto del mundo, ni que todos mis favoritos los ha escrito Georgette Heyer. Me gustan las naranjas. Me gustan las pastas.*

*—¿Y las tortitas? —preguntó la chica que estaba en la habitación del hotel mientras probaba un delicioso bocado relleno de arándanos—. Porque a mí sí, eso seguro. Ya me podrías haber avisado.*

*Lo cierto es que todo este asunto me parece alarmante. La vida que llevo es cómoda y ordenada. Poco ortodoxa, cierto, pero me las he apañado para salir adelante. Ahora, sin embargo, me veo obligada a ir reuniendo pistas de aquí y de allá a partir de las cosas que me han ido contando.*

*1. Sé que voy a perder la memoria. Ignoro por qué, pero intentaré tomar precauciones y allanarte el terreno en la medida de lo posible.*

*2. Sé que tú o yo sufriremos una agresión, lucharemos y saldremos victoriosas. Intuyo que esta última parte te sucederá a ti. Tengo un don para la organización, pero no se me da bien pelear. Seré yo a la que le hayan puesto los ojos morados, no obstante. No sé cómo me las apaño, pero me suelen pasar esas cosas.*

*3. Sé que todos nuestros asaltantes llevaban puestos guantes de látex, lo cual es un detalle*

*muy importante. Sé que podría parecer intrascendente, quizás una simple perversión fortuita. A ti se te escapará su significado, pero a mí no; con tu permiso, te lo voy a explicar. Lo único que necesitas saber ahora mismo es que alguien en quien yo debería ser capaz de confiar ha decidido que tiene que eliminarme. Ignoro de quién se trata. Ignoro por qué. Cabe la posibilidad de que se trate de algo que todavía no he hecho.*

*Nada me garantiza que vayas a leer esta carta. Ni siquiera puedo tener la seguridad de que hayas leído la primera. He guardado copias de ellas en todas las chaquetas y abrigos que poseo para cerciorarme de que estén a tu alcance cuando las necesites. Espero que mi limitado conocimiento del futuro te resulte útil y que recabes algo de información adicional por tus propios medios.*

*Y que lleve puesto un abrigo cuando eso suceda.*

*Debemos afrontar los hechos, en cualquier caso. Tienes una decisión que tomar, porque yo no pienso hacerlo por ti. Puedes alejarte de mi vida y forjarte otra nueva. Si eliges esa opción, tendrás que abandonar el país, pero este cuerpo viene acompañado de una gran cantidad de dinero, más que de sobra para comprarte una existencia acomodada. Te he dejado instrucciones precisas sobre cómo crear una identidad nueva, así como listas de nombres y actividades que podrás emplear para protegerte. En ningún caso sería una vida completamente segura, tan sólo hasta donde yo, alguien con los conocimientos necesarios para estar lo más preparada posible, sea capaz de facilitarte las cosas.*

*O puedes adoptar mi vida y convertirla en la tuya. Puedes averiguar por qué te han traicionado. Antes te he dicho que mi vida no está nada mal y así es. El cuerpo que habitas goza de los privilegios necesarios para haber amasado riquezas, poder y conocimientos inimaginables para el común de los mortales. También tú puedes disfrutar de esas cosas, pero esta opción no está exenta de riesgos. Se ha cometido una injusticia contra nosotras, por el motivo que sea: contra ti, porque no has hecho nada, y contra mí porque me cuesta creer que habré hecho algo para merecerlo.*

*He aquí la decisión que debes tomar. ¿Injusto? Sin duda. Pero eso no te exime de enfrentarte a ella. En este sobre hay dos llaves, las cuales abren sendas consignas privadas en la sucursal del Banco Mansel que encontrarás en la calle Basingthwaighe de la City; la 1011-A contiene todos los materiales necesarios para desaparecer, mientras que la 1011-B volverá a sumergirte en mi vida. Elijas lo que elijas, no pienso juzgarte por ello.*

*Te deseo únicamente lo mejor. Hagas lo que hagas, ten cuidado hasta que hayas abierto una de las consignas. Recuerda que alguien te quiere ver muerta.*

*Atentamente,*

*Myfanwy Thomas*

Dejó la carta encima de la mesa, cogió el café y se acercó a la puerta del balcón. Titubeó durante unos instantes, pero acabó descartando sus temores. «No me ha seguido nadie —intentó tranquilizarse—. No hay ningún francotirador esperándome ahí fuera. Tranquilízate». Abrió la puerta y salió a la claridad matinal. Hacía un día agradable. Estaba rodeada de habitaciones de hotel cuyos ocupantes disfrutaban de la misma comida que ella, de balcones en los que la gente se deleitaba con el mismo sol de finales de invierno mientras contemplaba las mismas nubes de vapor que se elevaban de la piscina climatizada (y completamente desierta). Pero suponía que, a diferencia de los demás, ella debía de ser la única que estaba intentando decidir quién quería ser.

«Hay que reconocer, señorita Thomas, que tu historia es de lo más seductora —reflexionó—. Has intentado embaucarme deliberadamente para que me embarque en una especie de cruzada por la justicia. No me has proporcionado ningún detalle sobre esa supuesta existencia que podría heredar. Te gustaría que me dejase llevar por la curiosidad y, aunque siga sin tener ni idea de quién soy, algo me dice que las intrigas son mi debilidad».

«Ignoro si esto te lo debo a ti —se dijo—, pero tengo los suficientes dedos de frente como para darme cuenta de que esa misicioncita tuya sería una causa perdida. En cuanto a todas “esas riquezas, ese poder y esos conocimientos inimaginables para el común de los mortales” que me prometes, no me podrían traer más sin cuidado. ¿Puedes oírme ahí dentro, en algún rincón en el fondo de mi cabeza? Porque, en tal caso, escucha esto con atención: no te des tanto pinto, querida. Para mí tu vida no tiene el menor atractivo».

Dejó vagar la mirada por el manto de nubes, algo que no recordaba haber hecho jamás. Probó otro sorbo de café; pese a saber que estaba bueno y que le gustaba con leche y azúcar, no conservaba ningún recuerdo en el que lo hubiera bebido así. Sabía cuáles eran los movimientos necesarios para nadar al estilo mariposa, pero no recordaba haberse sumergido nunca en ninguna piscina. Ante ella se desplegaba todo un abanico de nuevos recuerdos que construir y experiencias que sabía que le iban a resultar placenteras.

«Si alguien me quiere ver muerta, lo que tengo que hacer es poner tierra de por medio y utilizar la mayor cantidad posible de todo ese dinero que, según tú, me has legado. El valor que a ti te faltaba lo compensaré con grandes dosis de sentido común». Entró en la habitación, cogió un bolígrafo y trazó un círculo con decisión alrededor del código 1011-A.

Se tumbó en la cama con un filete encima de cada párpado mientras pensaba qué hacer a continuación. Había una serie de puntos que debía abordar. En primer lugar, ¿cómo iba a llegar hasta el banco sin despertar el interés (y, por consiguiente, las iras) de ningún psicópata cuyo fetiche fueran los guantes de cirujano? Y en segundo, ¿adónde le gustaría ir tras haber abierto la puerta a su nueva existencia? El primer problema parecía relativamente sencillo de resolver.

Llevada por el pánico, la noche anterior había retirado una sustanciosa cantidad de dinero en metálico. Suficiente, sin duda, para alquilar un coche con chófer que la llevara al banco. En cuanto al otro..., en fin, pese a todos sus más que evidentes defectos, la señorita Myfanwy Thomas no daba la impresión de ser ninguna embustera. Esperaba encontrar todo lo que necesitaba en la caja 1011-A. Thomas había dicho que le proporcionaría instrucciones y consejos para construir una vida nueva. Por otra parte, claro está, quedaba por determinar por qué Myfanwy Thomas no había optado por invertir todo el capital que aseguraba tener a su disposición en escapar del país antes de perder la memoria. Si hubiese tenido agallas, podría haber evitado la amnesia y, a estas alturas, estar refugiada y a salvo en cualquier terraza de Borneo. ¿Qué se lo habría impedido?

«A lo mejor —especuló— tuvieron la culpa todas esas predicciones que recibía. Aunque ¿qué clase de persona se fía de lo que le diga un “vidente” cualquiera en la calle? Además, si Thomas estaba segura de que iba a sufrir un ataque, también lo estaba de que yo me iba a escapar con su vida. ¡Thomas era demasiado pusilánime para cambiar el destino, pero yo no!».

Armada de una determinación renovada, se quitó los filetes de los ojos con cuidado y examinó el resultado en el espejo. La inflamación se había rebajado, en parte, pero los moratones presentaban un tono oscuro e intenso. Habrían de pasar días antes de que desaparecieran por completo las marcas, y el dolor continuaría siendo un problema. Se dirigió al cuarto de baño para lavarse la cara y el pelo, húmedos ahora a causa de los restos de carne fresca, no sin antes realizar una breve parada en el minibar para coger un Toblerone.

Tres cuartos de hora después, montó en el coche que la estaba esperando para transportarla cómodamente al corazón de la City. Tenía la ropa limpia, el pelo le olía a flores en vez de a tartar y todos sus pensamientos giraban en torno a cuál iba a ser su siguiente paso. Estaba claro que Thomas y ella eran dos personas distintas. En fin, recibiría con gratitud lo que le hubieran legado y la chica que antes residía en su cuerpo podría descansar en paz.

Llevada por el impulso, le solicitó al conductor que pasara por delante de algunas de las principales atracciones de Londres. Entornó los párpados mientras recorrían Trafalgar Square y aminoraban al circular frente a la catedral de San Pablo. Conocía estos lugares, pero como si los hubiera visto en fotos o hubiese leído acerca de ellos.

El estilizado vehículo negro redujo la velocidad hasta detenerse delante del banco. El conductor mostró su conformidad asintiendo con la cabeza cuando ella le pidió que esperara. «Me pregunto si a Thomas le gustaría el lujo tanto como a mí. Sería una lástima si pensase lo contrario, porque podía permitírselo». Después de desayunar, había utilizado uno de los cajeros del hotel para comprobar el estado de sus cuentas; la cantidad de ceros que desfiló ante sus ojos le había producido un estremecimiento de emoción. Si esa era la riqueza a la que se refería Thomas en su carta, iba a vivir a cuerpo de rey. Como hubiera todavía más, llevaría una



existencia rodeada de lujos. Se apeó del coche y, mientras subía los escalones, miró con disimulo a su alrededor para cerciorarse de que no hubiera nadie espiándola. Sin el menor rastro de guantes de látex ni nadie que la estuviese observando en las proximidades, se relajó y entró en el edificio.

«Supongo que debería haberme inventado algún nombre —reflexionó—. No puedo ir por ahí anunciándome como Myfanwy Thomas si quiero escapar del pasado, pero el alias de Anne Ryan tampoco es que sea como para tirar cohetes. Por otra parte, quizá sea arriesgado tomar cualquier decisión antes de averiguar cuáles eran los planes de Thomas. A lo mejor me encuentro con un pasaporte falso o algo por el estilo. Aunque siempre me ha gustado el nombre de Jeanne.

O eso creo, al menos».

Absorta aún en sus cavilaciones, siguió las indicaciones de los carteles, tomó el ascensor para bajar a la zona de las cajas de seguridad, abrió las recias puertas de madera y se acercó a la recepcionista.

—Buenos días, me llamo Anne Ryan —dijo, y le enseñó su permiso de conducir.

La recepcionista se incorporó mientras asentía con la cabeza. Llevaba las manos enfundadas en unos guantes de látex y, antes de que la mujer antes conocida como Myfanwy Thomas pudiera reaccionar, la recepcionista cogió impulso y le asestó un puñetazo en la cara.

Salió disparada de espaldas; el dolor latente en sus ojos se incrementó con un estallido, provocando que se le escapase un grito tan estridente como el pitido de una locomotora. Entre las estrellas que flotaban en su campo visual distinguió a tres hombres que entraron en la habitación y cerraron la puerta tras ellos. Después de rodearla, uno de los recién llegados se inclinó sobre ella con una aguja hipodérmica en la mano. Poseída por una rabia inesperada, amartilló la rodilla y le pegó una patada en la entrepierna con todas sus fuerzas. El hombre se dobló por la mitad con un chillido, momento que ella aprovechó para conectar un puñetazo con su barbilla y enviarlo trastabillando de espaldas contra sus compañeros. Se incorporó enseñando los dientes, pero le sobrevino un arrebato de pánico al recordar que no tenía ni idea de cómo comportarse en una pelea. Pese a todo, había cosas que incluso para ella eran obvias. Le propinó un violento empujón al hombre al que había empujado antes, estrellándolo contra la pared junto con uno de sus aliados. El tercer hombre y la recepcionista se mantenían al margen, como si temieran incluso tocarla. Se fijó en que también ellos llevaban puestos guantes de látex. La mujer observó de reojo al hombre que quedaba en pie, interrogándolo con la mirada.

Aprovechó la ocasión para abalanzarse sobre ella, apostando a que sería el blanco más fácil. Daban la impresión de estar desarmados y, por ahora, la mujer era la única que había demostrado tener alguna intención de agredirla. Aunque en vez de embestir a su objetivo, se topó con que este la esquivaba con una finta antes de inmovilizarle el brazo con una férrea maniobra. Sus adversarios eran profesionales. «Lo siento, Thomas. Me temo que me habías sobrestimado». Uno

de los hombres se acercó a ella y la abofeteó con fuerza. El dolor provocó que se le doblaran las rodillas y se quedara inerte entre los brazos de la mujer. La muy zorra reafirmó ligeramente su presa, lo que llevó la resistencia de sus huesos al límite. El hombre le pegó un puñetazo.

—¡Cabrones! —chilló.

El primero de los hombres renqueaba ya en dirección a ella, jeringuilla en mano. Cuando la mujer volvió a presionar contra su brazo, el dolor que rugía en su interior se transformó en una agonía explosiva. Cerró los ojos y profirió un alarido. Todo cuanto había en el mundo dejó de existir a excepción de ese grito que ahogaba lo demás, incluso el dolor. Sus pulmones se vaciaron por completo de aire y dejó de sentirlo y oírlo todo, salvo su propia voz. Cuando abrió los ojos de nuevo, respiró hondo y vio que ya no estaba reteniéndola nadie. Sus cuatro agresores yacían desperdigados por el suelo y se convulsionaban de forma incontrolable.

«¿Qué diablos acaba de pasar aquí? ¿Qué es lo que he hecho?».

Se tambaleó, jadeante, pero se negó a perder el conocimiento. Miró a su alrededor, a la espera de que llegara alguien más, pero no apareció nadie. «¿Ni siquiera el personal del banco?», dudó. Las puertas, sin embargo, parecían ser lo bastante gruesas como para haber amortiguado el sonido de la pelea. Aunque el instinto le ordenaba que huyera, la poseía una férrea determinación. Su existencia hasta ese momento había sido muy extraña, sin duda, pero todas las decisiones que había tomado se sustentaban en los hechos que conocía. Ahora ya no podía fiarse de lo que creía saber. Todas sus suposiciones, por vagas que fuesen, sobre quién era Myfanwy Thomas o qué le había ocurrido estaban desencaminadas por completo. Ignoraba demasiadas cosas sobre el mundo en el que se desenvolvía, y quería desentrañar todos sus secretos.

Sometió los bolsillos de la recepcionista a un minucioso registro, esforzándose por desoír la creciente debilidad que sentía. Nada. A continuación, su somero examen del escritorio reveló un cajón lleno de llaves numeradas, cada una de las cuales estaba guardada dentro de un diminuto compartimento. Buscó las que coincidían con las que obraban ya en su poder y, sorteando los cuerpos que yacían en el suelo, entró en la cámara que contenía las cajas de seguridad. Reprimió un grito de sorpresa al encontrar allí a una mujer inconsciente cuya tarjeta con un nombre impreso la identificaba como la auténtica recepcionista. «Supongo que la dejarían fuera de combate antes de tenderme esta emboscada —meditó Myfanwy—. ¿Cómo habrán dado conmigo y llegado aquí tan deprisa?».

Pasó por encima de la empleada del banco, escudriñó las hileras de enormes compuertas hasta encontrar las indicadas e introdujo las dos llaves en sus correspondientes cerraduras. Por un momento estuvo tentada de cambiar de opinión, pero le bastó con echar un vistazo de reojo por encima del hombro en dirección al suelo sembrado de cuerpos para decidirse. Apretó las mandíbulas y abrió la caja número 1011-B.

En su interior había dos maletas. En la primera encontró unos cuantos objetos envueltos en

plástico de burbujas. Se volvió hacia la segunda, la abrió a su vez y dio un paso atrás, impactada. La maleta estaba repleta de sobres, montones de ellos, todos con su respectivo número anotado con la caligrafía inconfundible de Myfanwy Thomas.

## 2

La desilusión inicial que había sentido al descubrir una maleta llena de papeles en vez de aparatitos de alta tecnología o monedas de oro dio paso a la intriga. No sabía muy bien con qué se iba a encontrar, así que supuso que un montón de cartas tampoco era algo tan descabellado. Con suerte, Myfanwy Thomas le habría dejado algún consejo para afrontar ese tipo de situaciones. Pero ¿disponía del tiempo necesario para examinar esas notas? Se arriesgó a echar un vistazo atrás por encima del hombro y comprobó que las cuatro figuras no se habían incorporado ni se cernían sobre ella; antes bien, las convulsiones habían cesado y ahora yacían inmóviles. Tampoco la recepcionista daba la impresión de ir a despertarse de un momento a otro. Se quedó un instante mordisqueándose los labios, sopesando las distintas posibilidades que se le ofrecían, y la sensatez terminó imponiéndose a la curiosidad que la martirizaba. «A la mierda — pensó—, ya iré leyendo en el coche».

Se guardó el primer sobre, etiquetado con el número 3, en el bolsillo trasero de los pantalones y levantó las dos maletas, más pesadas de lo que esperaba. Las sacó de la caja de seguridad, las depositó en el suelo y, no sin esfuerzo, las arrastró fuera de la cámara acorazada. Sorteó con cuidado los cuerpos y montó en el ascensor para subir al recibidor.

«Calma —se dijo—. Serénate. No todos los empleados del banco van a llevar puestos guantes de látex». Ni de látex ni de ningún otro tipo, de hecho; nadie parecía estar prestándole ni un ápice de atención. «Bueno, seguro que cambian las cosas en cuanto a alguien se le ocurra asomarse a la cámara», se dijo mientras se apresuraba a salir a la calle. La escalinata de acceso al edificio constituía un escollo, pero el chófer la vio forcejando con las maletas y se ofreció, servicial, a acarrearlas hasta el vehículo. Myfanwy le dio las gracias y se instaló en el asiento de atrás.

—Arranque, por favor —le pidió—. Enseguida.

Se reclinó, agotada, y se concentró en acompasar la respiración para que no le diera un infarto.

«Vale, ya estás a salvo —se tranquilizó—. De acuerdo, ¿y ahora qué?». Sacó el sobre del bolsillo en el que lo había metido y lo abrió.

*Querida tú:*

*Las probabilidades de que estés leyendo esto son entre escasas y nulas. ¿Quién elegiría la*

*incertidumbre y un puñado de advertencias ambiguamente formuladas antes que una nueva vida repleta de lujo y riquezas? Tendré que asumir que te has visto sometida a una situación de estrés insoportable, habrás tocado la piel de alguien y esta persona se habrá quedado paralizada. O ciega. O muda. O se habrá ensuciado los pantalones. O habrá sufrido cualquier otro tipo de efecto adverso en cuyos detalles no voy a entrar ahora. Fuera como fuese, sé lo que se siente la primera vez que te sucede algo así. Es como si se abriera una puerta en lo más hondo de tu ser, ¿verdad? Como si te hubiera atropellado un camión. No puedes hacer como si no hubiese pasado nada. Aunque seguramente ahora preferirías haber abierto la otra caja (elección, por cierto, con la que habrías pasado el resto de tu vida llamándote Jeanne Citeaux), me alegra que hayas tomado esta decisión.*

*Coge las dos maletas y dirígete a la dirección detallada más abajo. La llave que contiene este sobre te franqueará la entrada y debería ser un refugio seguro; no guarda ninguna relación directa conmigo. Abre el siguiente sobre cuando estés asentada. Procura que no te sigan.*

La nota no llevaba ninguna firma y la llave que extrajo del sobre carecía de distintivos. La dirección, que no constaba en ninguno de sus permisos de conducir, parecía corresponderse con algún tipo de apartamento. Se guardó la carta y la llave en un bolsillo y le anunció su próximo destino al chófer, con la advertencia de que intentase evitar que alguien los siguiera. Tras asentir con la cabeza, el hombre se embarcó en una travesía tan llena de meandros y bruscos cambios de dirección que a su pasajera no le cupo duda de que nadie podría ir tras su pista sin que al menos él se enterara. El conductor esbozó una sonrisita cuando a Myfanwy se le ocurrió expresar ese pensamiento en voz alta.

—Estoy acostumbrado a este tipo de cosas, señorita. Los  *paparazzi*  acosan a muchos de nuestros clientes.

Ella asintió con la cabeza, meditabunda, sacó la llave y empezó a darle vueltas y más vueltas entre los dedos mientras miraba por la ventanilla. Ya habían salido de la City. En algunas partes del recorrido circulaban en paralelo al Támesis, que se veía precioso, surcado de embarcaciones turísticas, pero enseguida volvían a alejarse, se cambiaban de carril y se internaban por tortuosos distritos residenciales. Aprovechó para empezar a digerir lo sucedido en el banco mientras el vehículo continuaba su mareante rumbo hacia el este, en dirección a los Docklands.

Finalmente se detuvieron frente a un edificio de apartamentos. El conductor le llevó las maletas al recibidor, ella le dio una generosa propina por la pericia que había demostrado al volante y arrastró el equipaje hasta el ascensor. Al llegar a la novena planta, buscó la puerta apropiada y la abrió.

Saltaba a la vista que el lugar llevaba semanas, por no decir meses, vacío. Aunque entraba un reguero de claridad a pesar de que las cortinas estaban cerradas, encendió la luz. El sitio entero

olía a abandono y reinaba un silencio espeluznante. Dio unos cuantos pasos sin rumbo fijo, titubeante, sintiéndose como una intrusa que acabara de invadir el hogar de otra persona.

Ante ella se abría la sala de estar, en la que un puñado de sólidos muebles aguardaban bajo las sábanas que alguien les había echado por encima para evitar que se cubrieran de polvo. No se veía ningún cuadro en las paredes. La cocina quedaba a su derecha. Al abrir el frigorífico descubrió unos cuantos *packs* de agua embotellada y latas de refrescos. El congelador contenía un surtido de platos precocinados y algunas bandejas de plástico con carne. Encontró cubiertos en uno de los cajones, así como platos y vasos en la alacena. Regresó a la sala de estar y quitó las sábanas del mobiliario, lo que reveló unos grandes divanes de aspecto mullido y sillas de color rojo burdeos. De una de las paredes colgaba un televisor de generosas dimensiones.

—Qué minimalista —murmuró para sí.

El dormitorio estaba de igual forma desprovisto de personalidad, con una cama doble oculta bajo otra protección para preservarla del polvo. Al retirar la sábana vio que ya estaba hecha, cubierta por unas mantas muy suaves bajo las que localizó unos saquitos de lavanda que explicaban la vaharada de perfume que le había sorprendido percibir antes. En el cuarto de baño había jabón, champú y toallas, además de unos pocos cepillos de dientes guardados todavía en sus cajas; en el armarito de encima del lavabo encontró pasta dentífrica y colutorio. No vio maquillaje por ninguna parte, aunque sí un cepillo para el pelo y algo que la desconcertó: varios botes de tinte.

«¡No me digas que tengo treinta y un años y ya están saliéndome canas!», se lamentó, horrorizada, antes de fijarse mejor y comprobar que ninguno de aquellos colores se correspondía con el suyo natural, por lo que llegó a la conclusión de que debían de estar allí por si necesitaba disfrazarse algún día. En otra de las baldas halló también un botiquín bien abastecido.

Habían remodelado el segundo dormitorio para convertirlo en una especie de despacho, equipado con un ordenador y una impresora de aspecto aparatoso tapados con plástico. Vio varias carpetas en una estantería baja; sacó una al azar y la abrió. Contenía lo que parecían ser los detalles del piso de alquiler en el que se encontraba. Llevada por un presentimiento, regresó al dormitorio principal y abrió el armario.

Estaba lleno de prendas excepcionalmente insulsas, en su mayoría de color negro o gris. Algunas blusas blancas, un par de trajes, una falda y dos pares de pantalones vaqueros. Todo se había colgado con esmero y daba la impresión de estar diseñado para evitar que la gente se fijase en su portadora.

«Vale —pensó, divertida por la sencillez de la ropa que se exhibía ante ella—, está claro que no tenía ni pizca de gusto». Aun así, al imaginarse aquellos conjuntos sobre su figura sin que su mente estuviera presente, no pudo evitar que le sobreviniera un escalofrío. Mientras acariciaba las prendas, descubrió que todas llevaban aún la etiqueta con su precio. Cerró las puertas y salió

a la sala de estar, donde descorrió las cortinas para permitir que entrase el sol a raudales.

Las ventanas eran enormes y daban al río, con todo su tráfico. El mobiliario se le antojó mucho más acogedor de repente y se percató de que todo estaba cuidadosamente colocado en los emplazamientos más favorecedores. «Thomas invirtió tiempo en este sitio —reflexionó—. No es un simple refugio, sino un lugar diseñado para sentirse a gusto». Experimentó una punzada de afinidad con la mujer que había vivido en su cuerpo. Era inevitable que te cayese bien alguien que se había tomado tantas molestias para hacerte sentir bienvenida.

«Además —continuó discurrendo, aunque la idea le pareciese un poquito ridícula—, es la única persona que conozco». Remolcó las maletas hasta la sala de estar y abrió la que no contenía ninguna carta, sino todos aquellos objetos envueltos en plástico de burbujas. Tiró de uno de ellos hasta sacarlo y lo sostuvo en las manos. Pesaba y tenía una etiqueta pegada en la que se podía leer «POR SI ACASO». Quitó con delicadeza la cinta adhesiva y los envoltorios y contuvo la respiración, sorprendida. Estaba empuñando una metralleta, pequeña pero con pinta de ser devastadora. Observó la maleta con desconfianza, como si temiera que pudieran surgir más armas de ella; envolvió de nuevo la ametralladora, con cautela, la guardó en su sitio y cerró la maleta.

Volcó su atención una vez más sobre la otra y extrajo una carta. Se componía de muchas más hojas que las anteriores y estaba escrita con una extravagante tinta violeta. Se quitó los zapatos de dos puntapiés y se sentó en el diván, que resultó ser increíblemente cómodo, ideal para echarse una siesta.

*Querida tú:*

*Tendré que asumir que te encuentras donde deberías estar y dejar de hacer todo tipo de vagas conjeturas sobre tu paradero. Dicho lo cual, más te vale haberte instalado en el apartamento que te he preparado, porque tardé siglos en acondicionarlo. Había todo tipo de cosas que quería que estuviesen esperándote, cosas que han sido excepcionalmente difíciles de conseguir sin llamar la atención. Me muevo (al igual que tú ahora, supongo) sometida a un intenso escrutinio, por lo que el establecimiento de este escondite secreto, desde donde te escribo ahora sentada en el lado derecho del sofá, constituyó todo un logro.*

Miró al otro lado del diván, donde decía su antiguo yo que había estado. Pese a la falta de compañía, resultaba reconfortante.

*Debo explicarte muchísimas cosas, pero habrá que priorizar poco a poco. Antes de poder contarte quién soy, a qué me dedico, etcétera, hay detalles más acuciantes sobre los que necesitas estar al corriente. En mi última carta apostaba a que habrías tocado a alguien y*

*habrías perturbado el control de su cuerpo. Seguiré dándolo por sentado, puesto que no se me ocurre otro motivo para que eligieras la caja de seguridad que has elegido. Como nota al margen, te diré que lo siento en el alma por ti; para que tu don se desencadene de forma inconsciente hace falta una gran cantidad de dolor. Espero que no te hayas roto nada ni hayas sufrido ningún otro tipo de lesión interna, porque eso supondría un auténtico inconveniente. Pero no, había decidido no obsesionarme con todos los posibles «qué habrá pasado». Estás en el apartamento y a salvo.*

*La primera vez que lo experimenté tenía nueve años y me había encaramado a lo alto de un árbol. Me las apañé para caerme, no sé cómo, y una rama puntiaguda se me clavó en la pierna. Entre alaridos de dolor, mis padres me metieron en el coche y me llevaron al hospital. Llevaba puesto un chándal, el cual debo asumir que fue lo que evitó que mis padres entrasen en contacto con mi piel durante todo aquel episodio. Fuera como fuese, el trayecto se convirtió en un suplicio para todos los implicados: para mí, porque estaba sangrando y soy una cobarde espantosa cuando hay dolor de por medio, y para mis padres, porque yo no paraba de desgañitarme.*

*Por fin llegamos al hospital. O bien no había mucha gente esperando, o bien mis chillidos consiguieron investirnos del privilegio de saltarnos la cola, porque enseguida me metieron en la consulta del médico, que usó unas tijeras para quitarme con delicadeza los pantalones del chándal (se me habían quedado pegados). Se desplomó y empezó a gritar en cuanto me hubo rozado la piel con la mano; resulta que había perdido el control de las piernas. Una enfermera apareció corriendo e intentó atendernos a mí y al doctor; se quedó sin vista nada más tocarme la piel desnuda.*

*Así que ahora tenemos a tres personas vociferando y pataleando, aunque la situación me había dejado tan desconcertada que ya había empezado a bajar el tono y sólo emitía sollozos ocasionales cuando me acordaba. El tercer empleado del hospital que quiso atendernos tuvo la sensatez (o quizá se debiera a un golpe de suerte) de atender primero a los otros. Y la siguiente persona que se atrevió a tocarme tuvo el acierto, aún mayor, de ponerse unos guantes; así consiguieron darme los puntos que necesitaba y vendarme la pierna, y cuando me desperté, la gente podía volver a tocarme sin correr ningún riesgo.*

*Pero sabía que había sido yo la causante del caos, como sabía también que podría volver a hacerlo si me lo proponía. Peina tus recuerdos, haz memoria y descubrirás que tú también sabes cómo funciona. Si no lo has hecho todavía (esta conjetura no puedo evitarla, es demasiado importante), tendrás que ponerte las pilas para activar tus poderes. En una de las maletas hay una carpeta roja con consejos para que la consultes.*

«Tiene que estar tomándome el pelo», pensó con incredulidad la mujer del diván, pero dejó la



carta a un lado por el momento y hurgó en la maleta hasta dar con la susodicha carpeta roja. Dentro había detalladas descripciones sobre cuál era la mejor manera de forzarse el brazo o una pierna casi hasta el punto de ruptura (sin llegar a cruzar esa línea), así como sugerencias para infligirse una amplia gama de otros tipos de daño, truculentos pero temporales.

—Increíble —murmuró. El incidente del banco no había sido agradable, pero al menos no había tenido que hacerse nada por el estilo.

*Al principio parecía que esa tarde tan rara iba a quedar relegada al olvido sin que tuviera mayor trascendencia. Nadie presentó ninguna denuncia y mis padres no me interrogaron nunca al respecto. Pero alguien en alguna parte debía de haber dicho algo y, tarde o temprano, los rumores llegaron a oídos de un grupo de personas en las que despertaron un interés inusitado. Más adelante me enteraría de que, tres meses después de mi paso por el hospital, mi padre había recibido una carta remitida por cierta organización gubernamental de funciones inciertas. Me gustaría creer que lo consultó con mi madre antes de decidir nada, pero el caso es que a mi padre y a mí nos condujeron hasta un antiguo edificio de piedra en la City, donde me presentaron a lady Linda Farrier y sir Henry Wattleman, del Grupo Checquy.*

*Nos llevaron a un salón con las paredes cubiertas de libros y cuadros. Nos sentamos en sendos sillones, nos trajeron té con galletas y sir Henry y lady Farrier procedieron a explicarle a mi padre por qué apartarme de mi familia y dejarme bajo la tutela del Grupo Checquy era una medida imprescindible a la par que legal. Yo no estaba prestándole excesiva atención a nada de todo esto porque, aparte de que sólo tenía nueve años y medio, no podía dejar de observar a lady Farrier, la cual me sonaba extrañamente de algo.*

*No era joven, pero sí muy delgada, con el cabello peinado hacia atrás y recogido en un moño. Tenía los ojos castaños, muy oscuros, y su forma de hablar denotaba serenidad. Era como si nada fuese capaz de alterarla ni sorprenderla, ni siquiera el hecho de que se me cayera la taza al suelo, donde estalló en un millón de diminutos añicos y lo dejó todo empañado de té. Mientras que ella ni siquiera pestañeó, sir Henry miró de súbito a su alrededor, alarmado. Recuerdo haber pensado que parecía estar dispuesto a emprenderla a puñetazos con alguien.*

*Recuerdo también que mi padre se opuso a la idea de que me acogieran, aunque sin excesivo empeño, como si supiera de antemano que no podía ganar esa batalla. Haciendo gala de una paciencia infinita, lady Farrier repitió los argumentos legales que había citado antes, sin el menor atisbo de compasión en la voz. Sir Henry, no obstante, parecía conmiserarse de él. Irónico, en retrospectiva, puesto que más adelante descubriría que era una de las personas más peligrosas del país y el responsable de numerosos asesinatos, la mayoría de los cuales los había llevado a cabo con sus propias manos. Pese a todo, en aquel momento era el más humano de los dos, con diferencia, y estaba haciendo todo lo posible por consolar a mi padre. Incluso llegó a*

*darle una palmadita en el hombro.*

*Seguir aquella conversación me costaba cada vez más por culpa de la fascinación que ejercía sobre mí lady Farrier, quien, por su parte, hacía como si yo no existiera. Me acordé de qué la conocía justo cuando mi padre estaba inclinándose por fin la cabeza, accediendo a marcharse sin mí. Me daba vueltas la cabeza mientras dejé que se despidiera de mí con un beso y un abrazo; la verdad, ni siquiera recuerdo cuáles fueron las últimas palabras que cruzamos. Se fue con sir Henry y yo me puse de pie, y me sequé distraídamente las lágrimas que me había dejado en la mejilla, observando sin parpadear a aquella mujer a la que ahora reconocía, aunque suene descabellado.*

*¿Quedo como una mocosa ingrata por no hacerle ni caso a mi padre mientras cada paso que da lo aleja más de mi vida? Me siento mortificada y asombrada por ello, en retrospectiva. No era egoísta por naturaleza. Adoraba a mi familia y tenía una hermana pequeña y un hermano mayor a los que quería más que a nadie en el mundo. En los días que estaban aún por venir, lloraría desconsolada cuando los recordara. En aquel preciso instante, sin embargo, sólo existía ella.*

*Ella, con la que llevaba soñando todas las noches desde hacía dos meses. Me había sentado con esa mujer en una habitación con el suelo de baldosas blancas y negras y se lo había contado todo. Pese a su rigidez y formalidad, había terminado adorándola. Las mesas se llenaban de comida como por arte de magia mientras ella me extraía hasta el último detalle de mi vida. Le interesaba sobre todo la jornada que había pasado en el hospital, pero soportaba con estoicismo la detallada descripción a la que la sometía tanto de todas mis posesiones como de los pormenores de mi día a día. Creo que fue su paciencia lo que me conquistó. ¿Cuántas ocasiones tiene una niña de nueve de años de explayarse ante un público tan embelesado? Fuera como fuese, me había escuchado, y ahora me encontraba cara a cara con ella.*

En el apartamento, soltó la carta un momento y se quedó absorta en sus cavilaciones, con la mirada clavada en el techo. Esa mujer, Farrier, se parecía sospechosamente a la de su sueño. Y la habitación descrita por Thomas era idéntica. Incluso ver el nombre del Grupo Checquy había conseguido ponerle el vello de punta. ¿Estaría recuperando la memoria, por lo menos en parte? Reanudó la lectura.

*—Bueno, señorita Myfanwy —dijo lady Farrier, pensativa—. Henos aquí de nuevo. —Asentí con la cabeza, aturdida, demasiado asombrada para articular palabra—. Y ahora parece que te vas a mudar con nosotros —añadió mientras sus ojos me sometían a un intenso escrutinio.*

*Fue entonces cuando me di cuenta de lo que había ocurrido y empecé a lloriquear. Quizás esperaba que, como una tía piadosa, se apresurase a reconfortarme, pero lo único que hizo fue beber otro sorbo de su taza de té. Mientras fluían mis lágrimas, ya torrenciales, ella se limitó a*

*picotear sus pastitas y esperar a que se me pasara el berrinche. Sir Henry reapareció y volvió a sentarse en su silla; tampoco él hizo nada. La angustia de otro hombre adulto había logrado conmoverlo, pero el llanto de una chiquilla no parecía suscitar ninguna reacción en él. Conseguí tranquilizarme, a la larga, me sequé la nariz con una manga y empecé a lanzarle miraditas furtivas a la bandeja de galletas. Al ver que lady Farrier asentía discretamente con la cabeza, estiré el brazo en dirección a una de chocolate que me tenía intrigada.*

*Aquel fue el comienzo de mi relación con el Grupo Checquy, la cual se ha mantenido desde entonces. Me querían por lo que era capaz de hacer, lo mismo que puedes hacer tú. Habrás conservado algo de mi entrenamiento, con suerte, porque tardé años en alcanzar este nivel de destreza. Ahora me basta con un simple contacto para adueñarme del sistema físico de otra persona. Puedo arrebatarse todos los sentidos, dejarla paralizada u obligarle a sentir lo que a mí me apetezca.*

*El Grupo Checquy quería convertirme en una especie de superespía que viajaría por todo el mundo, no sé, obligando a la gente a tirarse delante de los coches o algo por el estilo. Lamentablemente, para ellos al menos, no tengo madera de espía. No soy nada agresiva, me mareo en los aviones y tengo un carácter muy tímido. La Corte se llevó un buen chasco conmigo, pero era un efectivo demasiado valioso como para dejarme abandonada sin más, así que me destinaron a operaciones internas. Resulta que poseo unas dotes extraordinarias para las labores administrativas, además de cabeza para los números. Sólo uso mis poderes muy de vez en cuando. Así, mientras que otros miembros de la organización ascienden a puestos superiores merced a sus logros sobre el terreno, yo entré en la Corte exclusivamente gracias a mi talento para la burocracia.*

*¿Te parece cutre? Pues soy muy pero que muy buena. No existe ningún plazo de tiempo estipulado para ingresar en la Corte, la mayoría de la gente no lo consigue nunca, de hecho, y soy el miembro más joven de la Corte actual. Entré en ella tras diez años de trabajo en la administración. El siguiente menor que yo lo hizo después de dieciséis años de misiones de campo de máximo riesgo. Así de bien se me dan las labores administrativas.*

—Menuda pelmaza —suspiró mientras sacudía la cabeza. Dejó la carta, fue a la cocina y sacó una botella de agua de la nevera. Se la bebió de un solo trago y cogió otra. En su mente se arremolinaban un millar de preguntas. ¿Cómo funcionaba ese poder sobre los demás que había heredado? Según Thomas, era imprescindible que se produjese el contacto con la piel, pero en el banco se las había apañado para reducir a cuatro personas, todas con guantes, y tres de ellas ni siquiera la habían tocado. ¿Y a qué se dedicaba ese Grupo Checquy? Buscaban gente con poderes, estaban amparados por la ley para separar a una menor de su familia. Y Thomas formaba parte de él. Regresó al diván arrastrando los pies.

*Bueno, supongo que te estarás preguntando muchas cosas acerca del Grupo Checquy. Ah, por favor, toma nota de que se pronuncia «sheck-eh». Por influencia del francés, creo. O quizá se haya deformado tras generaciones de empleados pronunciándolo mal. No te preocupes si su nombre no te dice nada, la mayoría de la gente nunca oye hablar de él, aunque su existencia se remonta a siglos atrás. Colaboró estrechamente con la casa de York, tendía a ignorar a los Tudor y aguantó con resignación a la casa de Estuardo. En realidad, da igual quién gobierne; desde sus orígenes, la organización ha sido más leal a Gran Bretaña en su conjunto que a cualquier dirigente en particular. Cuando Oliver Cromwell se convirtió en lord protector, los cuatro líderes de la Hermandad Checquy (la pomposa e inexacta denominación inicial de la organización) estaban esperando para ofrecerle sus servicios. Cabría suponer que Cromwell, puritano hasta la médula (el puritanismo encarnado, de hecho), jamás habría tolerado la existencia de semejante grupo, no digamos ya ofrecerles empleo. Los expedientes que he visto describen la exhibición que le ofrecieron aquellos líderes al lord protector; de resultas de esa demostración, la Hermandad pudo seguir existiendo. Somos especialistas en capear los temporales de la historia, en dar la bienvenida a nuevos gobernantes y doblar la rodilla ante quienes ostentan el poder, con independencia de quiénes sean. Representamos un instrumento para la nación, el as en la manga de las Islas Británicas. Los agentes del Grupo Checquy son capaces de conseguir lo que nadie más podría, y así, constituimos el brazo secreto del reino.*

*Tal vez te dé la impresión de que me enorgullece formar parte de ellos y, en efecto, así es. A diario surgen nuevas amenazas, amenazas sobre las que no se puede llamar la atención de la gente normal. El Grupo Checquy se encarga de ayudar a la ciudadanía, aunque casi nunca reciba el reconocimiento que se merece por ello. No necesito participar en las misiones de campo para ser consciente de que estoy contribuyendo a proteger a la población. Me encanta mi trabajo, razón por la cual las predicciones de esos videntes me han afectado tanto. Ignoro qué miembro de la Corte se va a volver contra mí, pero, si llega a producirse esa traición, significará que hay algo podrido en el núcleo de la organización, lo cual nos pondría en peligro a todos.*

*Somos cientos de individuos los que componemos el Grupo Checquy. Algunos, al igual que yo, poseen poderes inalcanzables para el común de los mortales. Aquellos de sus miembros sin ningún don especial no son más que la élite de sus respectivas funciones profesionales. Esto no significa que no los admire. A diferencia de la mayoría de los demás miembros de la Corte, yo no considero que nuestros compañeros sin poderes sean inferiores. Quizás esto se deba a que carezco del coraje necesario para salir a la calle y enfrentarme a lo mismo que ellos, pero, en cualquier caso, sé que valen lo mismo que yo. Sin embargo, la tradición y las políticas establecidas estipulan que ninguna persona sin poderes ingrese en el círculo que gobierna la*

*Corte. Esta sólo responde ante las figuras más influyentes que caminan sobre la faz de la tierra, y no siempre.*

*El Grupo Checquy sigue la pista de quienes poseemos algún talento especial valiéndose de métodos muy diversos; hace tiempo que la organización recibió la autorización necesaria para reclutar a cualquier ciudadano que se ponga en su punto de mira. Convencen a los padres para que les concedan la custodia de sus hijos mediante chantajes o engaños, cuando no a través de irresistibles sobornos. Seducen a los adultos prometiéndoles poder, riqueza y la oportunidad de servir a su país. La ceremonia de iniciación consiste en una mezcla de antiguos juramentos y contratos modernos amparados por las agencias secretas del Gobierno, tanto oficiales como extraoficiales. Para cuando un individuo en particular se convierte en miembro de pleno derecho, lo vinculan un millón de ataduras distintas. ¿Comprendes ahora lo que supondría tu marcha?*

*Sólo sé de tres personas que hayan querido abandonar el Checquy y me conozco sus historias de memoria. De esos tres, el primero era Brennan el Intransigente, un individuo con poderes que lo intentó en 1679. Se disponía a cruzar el canal de la Mancha para refugiarse en Francia, cuyo Gobierno le había hecho toda clase de promesas para llevarlo a su terreno, cuando lo detuvieron y encarcelaron. Murió crucificado en los acantilados de Dover.*

*El segundo fue un soldado que, en 1802, enloqueció tras haber visto algo en una madriguera en John o'Groats y huyó al hogar de sus padres. Regresó custodiado a la fortaleza de la organización y fue enterrado vivo en el cementerio de su aldea.*

*La tercera fue una mujer a la que le salían tentáculos de la espalda y exudaba algún tipo de toxina alarmante a través de las yemas de los dedos. En 1875 se escapó a Buenos Aires, donde consiguió ocultarse durante tres meses antes de que la alargada sombra del Checquy se volviera a cernir sobre ella. En la actualidad, su cuerpo disecado se puede encontrar expuesto en la repisa de la chimenea de una de las oficinas de Londres. Una plaquita de bronce señala que falleció seis meses después de que la capturaran.*

*¿Ves lo que hace el Grupo Checquy con los desertores? Les gusta utilizarlos para sentar ejemplo y suelen dar rienda suelta a su imaginación para ello. ¿Había mencionado ya que ninguno de los que intentaron huir eran miembros de la Corte? Imagínate lo creativos que se volverían si fuese tu fuga la que hubieran interceptado. Pero no te preocupes, habrías conseguido escapar sana y salva. En cuanto hube aceptado lo que iba a ocurrirme, comencé a volcar todos mis recursos y conocimientos en el diseño de la mejor manera de protegerte.*

*No quiero aburrirte con los detalles. Baste decir que he creado una serie de medidas de emergencia que, si se activaran, mermarían su capacidad para perseguirte al mismo tiempo que perturbarían el día a día de la organización hasta tal punto que esta carecería del personal o los recursos necesarios para perseguir a Myfanwy Thomas. Sobre todo a una Myfanwy Thomas*

*sometida a una operación de cirugía estética tras haber corrompido drásticamente todos los archivos que contenían sus datos personales.*

*¿Cómo?, te estarás preguntando. Pues bien, combinando un buen número de ingredientes.*

*1. Innumerables horas de investigación, que empezó siendo un intento por averiguar quién podría tener algún motivo para atacarme y terminó ayudándome a entender mucho mejor a la organización y qué hacer para eludirla. También me permitió elaborar unos cuantos dosieres, muy detallados, sobre los distintos miembros de la Corte. En algunos de ellos se describen algunas..., en fin, llamémoslas «indiscreciones». No se trata de delitos equiparables a los escándalos que podrían enterrar a un Gobierno, pero sí son lo bastante graves como para dar pie a investigaciones que consumirían un tiempo precioso para la Corte si llegasen a oídos de alguien situado en las más altas instancias.*

*2. La alteración sistemática de la mayoría de los expedientes —los que estaban en papel, como mínimo — que me describen, huellas dactilares y detalles sobre mi ADN incluidos. He utilizado mi posición y mis modestas habilidades informáticas para escribir un programa que corromperá las copias electrónicas.*

*3. La inserción de un virus en los sistemas informáticos que, si se activara, constituiría un impedimento hasta para la más rutinaria de las tareas. El Checquy seguiría pudiendo desempeñar sus actividades diarias, pero con mucha menos eficiencia de la habitual. La confusión resultante te proporcionaría tiempo más que de sobra para salir del país, cambiarte la cara y ocuparte de unos cuantos asuntos más.*

*Si hubieras elegido marcharte, te habría pedido que te acercaras a uno de los centros de oficinas desocupados del Checquy en la estación de Waterloo, donde te habrías introducido en la terminal para enviar un e-mail con ciertas palabras clave a varias cuentas almacenadas en el sistema informático central de la organización. Una vez puestas en marcha estas medidas de emergencia, serías culpable de traición a tu país por el mero hecho de haber debilitado (temporalmente) sus defensas. Así que, en cierto modo, haberte quedado y asumido mi vida te ofrece más garantías. Es un embrollo de cuidado, lo reconozco.*

*Por si te sirve de consuelo, te diré que me alegra que hayas tomado esta decisión.*

*Veamos, aunque desconozco la identidad exacta de la persona que intenta matarte, los sospechosos se reducen a siete: los otros miembros de la Corte. Uno de los videntes me lo ha confirmado.*

*Ah, antes de seguir entrando en detalles, mira el reloj y fijate en el día de la semana. Si es laboral, en fin, supongo que huelga decir que no te has presentado en tu lugar de trabajo. ¿Es demasiado tarde para llamar y avisar de que estás indispueta?*

Consultó automáticamente su reloj de pulsera y vio que era sábado. Después miró de nuevo la

hoja, extrañada.

*Sí, claro que vas a seguir yendo a fichar. En tu oficina hay alguien que intenta matarte, es cierto, pero has elegido quedarte y esta es la única forma de conseguirlo. En la maleta de las cartas encontrarás una carpeta morada muy gruesa. Contiene información sobre las actividades del Checquy y el papel que desempeñas tú dentro de la organización. Me imagino que deberás consultarla a menudo. Si estás leyendo esto entre semana, llama y di que te has puesto mala; las instrucciones para ello están en la primera página, arriba del todo. Si no, tendrás que ponerte ropa de oficina y prepararte para tu primer día de trabajo. Si es fin de semana, sigue leyendo.*

*La última vez que vimos a nuestra heroína (nosotras), esta tenía nueve años y se disponía a zamparse una galleta de chocolate. Si no me falla la memoria, todos nos habíamos terminado ya el té, pero ni lady Farrier ni sir Henry estaban dirigiéndome la palabra, circunstancia por la que recuerdo haberme sentido un poco irritada, aunque no tanto como para dejar de saquear la bandeja de pastas. Y al final lady Farrier decretó que me trasladase a la Finca.*

La carta seguía, pero el cansancio le impidió leer una línea más. Dejó caer las hojas sobre su regazo y no tardó en quedarse dormida en el diván, seleccionado por su extraordinaria comodidad.

Si tuvo algún sueño, no se le quedó grabado en la memoria.

### 3

—Mi nombre es Myfanwy —anunció, preocupada por la inseguridad que denotaba su voz.

Quizás el rostro que veía en el espejo perteneciera a alguien que se llamaba Myfanwy, pero le estaba costando hacerse a la idea. Pese a ello, ya empezaba a acostumbrarse a pensar en la persona que antes ocupaba su cuerpo como Thomas.

—Mi nombre es Myfanwy —repitió, esta vez con un poco más de convicción—. ¿Eras una persona madrugadora, Thomas? —se preguntó en alto mientras se levantaba con dificultad de la cama.

Había dedicado la mayor parte de la jornada anterior a dormir y a leer los dossiers que Thomas le había dejado. Se había quedado dormida alrededor de las doce de la noche, con el rostro cubierto por un informe sobre las relaciones diplomáticas del Checquy con la Gran Barrera de Coral. Ahora eran las cinco de la mañana del lunes y se había despertado de golpe, petrificada de temor ante la posibilidad de que se le hubiera hecho tarde.

Durante unos instantes coqueteó con la posibilidad de llamar para avisar de que estaba enferma, pero la disuadieron numerosos factores. Para empezar, la autora de las cartas parecía remisa a sugerir que faltar al trabajo fuera una opción aceptable. Además, la idea de pasar otro día sola en aquel apartamento tan artificial le ponía los pelos de punta. No, sin duda había llegado el momento de presentarse en la oficina y averiguar qué diablos pasaba. Se metió en la ducha tambaleándose, adormilada todavía, y repasó mentalmente una amplia gama de combinaciones de fondo de armario antes de decantarse por un traje. Puesto que era Myfanwy Thomas la que había escogido la ropa, por lo menos no tendría que preocuparse de llegar allí y no parecerse a ella.

La mañana anterior se había dado cuenta de que el armario de la cocina hacía gala de una sorprendente falta de elementos destinados al desayuno. «Mira que hay descuidos imperdonables, ¿eh, Thomas? ¿En qué cabeza cabe que a alguien con “unas dotes extraordinarias para las labores administrativas” se le olvide dejarle algo para desayunar a la mujer que en un futuro indeterminado va a habitar su cuerpo amnésico? ¿Ni una miserable Pop-Tart? ¿Un cruasán congelado? De verdad». Aunque había café en grano y un molinillo, por lo que pudo sentarse con una taza humeante mientras repasaba aquella descomunal carpeta morada.

«Thomas parece una tipa maja, pero no deja de ser una secretaria con ínfulas —opinó con



sarcasmo—. Aunque trabaje para el equivalente sobrenatural del M15, lo más probable es que sólo se encargue de la parte más aburrida. “¡Cielos! ¡Un hombre lobo se está comiendo a la reina! Coge estos formularios y dile que nos los rellene por triplicado, a ver si hay suerte y podemos resolver la incidencia antes de que termine el trimestre”». Resoplando para sus adentros, abrió la carpeta y leyó las instrucciones que le había dejado Thomas para prepararse antes de ir a la oficina.

Media hora después, llevaba puesto uno de los feos trajes que contenía el armario, sostenía un maletín en la mano y, hecha un manojo de nervios, intentaba explicarle al hombre que tenía al teléfono que le gustaría montar en un taxi lo antes posible mientras reconocía que sí, en efecto, tenía muchísima prisa y sí, claro, tendría que haberlo planeado con más antelación. Se pasó los quince minutos siguientes en el recibidor del edificio de apartamentos, esperando al susodicho vehículo. Cuando este apareció, por fin, le dio la dirección al desaliñado conductor y se vio obligada a reconocer que no, no sabía exactamente por dónde quedaba.

Siguió ojeando la carpeta morada mientras el taxista consultaba su mapa. De momento sólo había conseguido leerse el resumen, que se le había antojado pasmosamente prolijo en detalles. En el despacho del piso había encontrado un taco de notas adhesivas con las que estaba señalando los pasajes que le parecían más relevantes, de resultas de lo cual en todas las páginas había ya alguna marca, cuando no tres, por lo menos. Estaba claro que Thomas no había considerado oportuno incluir ningún índice, aunque sí que había una escueta tabla de contenidos.

—Bueno —dijo el taxista—, ¿seguro que no sabe usted dónde está la casa? —El hombre, algo entrado en años, llevaba puesta una de esas boinas con visera de aspecto sospechoso.

—Pues no —admitió ella mientras pasaba de hoja y se topaba con otro tema de lo más alarmante.

—¿Y quién vive allí, entonces?

—Ah, yo —respondió, distraída, tan absorta en la lectura que no vio la mirada que le lanzaba el hombre. De hecho, no levantó la cabeza en todo el viaje, por lo que seguía sin conocer la ubicación exacta de la casa cuando llegaron. Le dio las gracias al conductor mientras contemplaba fijamente, sonriendo de oreja a oreja, el edificio que se alzaba ante ella. «¡La leche! ¡Tengo que estar forrada!».

—Vive usted en una casa muy grande —apuntó el taxista.

—Pues sí, eso parece.

—Y tiene buen gusto, además. Yo diría que data de mediados del siglo XIX.

—¿Ah, sí?

—Sí. Los marcos de las ventanas y las tejas son inconfundibles.

—Por no hablar del «1841» que se ve grabado sobre la puerta.

—Hay un Rolls-Royce aparcado en la otra punta del camino de entrada —observó, y señaló

con el dedo—, y el conductor va vestido de morado.

—Sí —replicó ella—. Está esperándome, creo. —Cerró la carpeta, pagó y se apeó del vehículo.

—Si alguna vez necesita desplazarse por la ciudad y se siente con ganas de dejarle una buena propina al taxista —dijo el hombre a su espalda—, pregunte por Hourigan en la centralita. Me pondré hasta una camisa morada si quiere.

—Gracias —respondió ella por encima del hombro mientras observaba con detenimiento al conductor que acababa de bajarse del Rolls. La carpeta contenía una nota al respecto:

### *Los camarlengos*

*La jerarquía es complicada en el Grupo Checquy, fruto de siglos de tradición y líderes para los que el inmovilismo es sinónimo de vigor cultural.*

*Por expresarlo de forma muy resumida: si tienes poderes y no estás en la Corte, eres un peón. Si no tienes poderes, no entrarás nunca en la Corte y eres un camarlengo.*

*Dentro de esa estructura hay multitud de niveles distintos, por supuesto. El rango de peón no es automáticamente mayor que el de camarlengo; ya no, por lo menos. Un peón y un camarlengo pueden ostentar la misma autoridad, ambos pueden ejercer de supervisores o jefes de sección, y hay camarlengos con peones a su servicio y viceversa. Perduran algunos prejuicios, claro. Por regla general, si hay que elegir entre un peón y un camarlengo, el primero tendrá más papeletas para llevarse el gato al agua. No obstante, los camarlengos superan en número a los peones.*

*El origen de los camarlengos es muy variopinto. Solemos reclutarlos dentro del Gobierno, el ejército y el clero, por supuesto. Tenemos ojeadores apostados en las universidades atentos a todo aquel que posea alguna habilidad especial y sepa guardar un secreto. La búsqueda de los más brillantes y mejor preparados siempre es reñida, pero contamos con un presupuesto envidiable y nuestra gente tiene buen olfato para detectar lo excepcional a edades muy tempranas. También reclutamos en el sector privado.*

*Los camarlengos son fundamentales para el buen funcionamiento del Grupo Checquy. Trabajan en la administración, el espionaje, la seguridad, la atención médica... Todo. Las secciones en las que no tienen cabida son muy escasas y sólo porque en ellas resulta imprescindible poseer algún poder especial.*

*Una subdivisión de los camarlengos sobre la que deberías estar informada es la que constituye el servicio personal de los miembros de la Corte: secretarias, chóferes, guardaespaldas, etcétera. Estos últimos sólo asisten a los miembros de la Corte cuando se celebra alguna ceremonia o se declara el estado de alerta. Así que, sí, tendrás a varias personas protegiéndote periódicamente, aunque deduzco que no había ninguna cerca cuando perdí la*

*memoria. Fuera como fuese, distinguirás a los sirvientes personales de los camarlengos normales porque van vestidos de morado; es su uniforme de librea, una tradición que se remonta a siglos atrás. En el fondo de la carpeta encontrarás adjunta una lista con los nombres y fotografías de tus sirvientes particulares.*

*Los camarlengos se vinculan al Checquy de distintas maneras: mediante contratos legales, votos religiosos, juramentos de fidelidad... El Acta de Secretos Oficiales contempla algunas de las penas con las que se castiga la desobediencia, pero hay más correctivos recogidos en otras tantas actas de secretos no oficiales; amenazas ambiguas que sugieren venganzas nebulosamente espantosas. Nadie averigua los verdaderos secretos del Checquy sin formar parte del grupo y, una vez dentro, no puede volver a salir. Tampoco es que alguien tenga ninguna razón de peso para intentarlo, claro. La organización nos trata bien y nos paga mejor, y nos proveen de un excelente equipo de terapeutas que siempre se muestran de lo más comprensivos.*

—Buenos días, torre Thomas —saludó el hombre de morado mientras le abría la puerta del coche.

—Buenos días —respondió ella, cohibida.

—¿Qué, al Tablero?

—Sí, claro. O sea, si es lunes será que nos toca ir al Tablero, ¿no? —bromeó en un intento por disimular la confusión que sentía.

—De lunes a viernes —suspiró él, compungido.

—Supongo que este es el precio que hay que pagar por tener un empleo. —El hombre sonrió, sorprendido. «Estupendo, todavía no he empezado y ya estoy saliéndome del personaje», se reconvinó ella para sus adentros—. En fin, será mejor que no perdamos más tiempo.

Ya le había echado un vistazo por encima al material relacionado con el Tablero, pero ahora decidió que sería buena idea repararlo con más atención. Hecha un manejo de nervios, ojeó la tabla de contenido de la carpeta y pasó a:

### *El Tablero*

*De todos los bastiones del Checquy, el Tablero es el más evidente a la par que el mejor escondido. Emplazado en la City, el Edificio Hammerstrom fue adquirido hace unos años bajo el auspicio del por aquel entonces torre Conrad Grantchester. Sirve tanto de cuartel general para las operaciones de ámbito nacional como de barracón para los barghests, además de hacer las veces de prisión temporal y centro de interrogatorios. Contiene asimismo uno de los arsenales clave del Checquy y las residencias alternativas que utilizamos las torres en caso de emergencia o cuando trabajamos hasta demasiado tarde como para regresar a casa, situaciones que se*

*producen con deprimente regularidad. Por lo que al mundo exterior respecta, los únicos que utilizan el edificio son unas cuantas agencias de contabilidad y unos bufetes de abogados, negocios entre cuyos clientes no se encuentra nadie que no pertenezca al Checquy. En las zonas abiertas al público hay una entidad bancaria, un restaurante y un pub. El restaurante es atroz, ni te acerques.*

*Se tardó diez años en remodelar el edificio según las especificaciones de Grantchester, entre las que se incluía la creación de innumerables pasadizos secretos, un cableado especial y medidas de seguridad ocultas. La apabullante falta de gusto por la que se caracteriza la decoración de tu residencia alternativa también hay que agradecerse a él. «¿Es para tanto?», te estarás preguntando. En fin, como lo vas a ver con tus propios ojos tarde o temprano, no me gustaría estropearle la sorpresa. Por otra parte, qué diablos; me enfrento a traiciones, ataques personales y la posibilidad de que mi identidad al completo desaparezca de la faz de la tierra, de modo que me considero con derecho a disfrutar de cualquier placer que se ponga a mi alcance, por mezquino que sea. Además, es que da auténtica grima. Estamos hablando del piso de soltero definitivo, con una atención desorbitante volcada sobre el sistema de sonido y una moqueta tan gruesa, mullida y frondosa que casi hace falta un machete para llegar hasta el baño. Un picadero diseñado específicamente para que las mujeres que lo visiten acaben en la cama con su ocupante.*

*En más de un sentido, esa residencia simboliza la peor parte de tu nueva existencia. Comparado con esa decoración, el hecho de que alguien esté intentando asesinarte resulta incluso soportable. Hay dos de estos apartamentos; fue mi proverbial suerte la que quiso que me tocara aquel cuyo antiguo propietario no había fallecido, sino ascendido hasta convertirse en el segundo hombre más poderoso de la organización y, por consiguiente, mi superior inmediato. Se empeña en preguntarme por la residencia siempre que nos vemos, lo cual sucede al menos tres veces a la semana, así que nunca he podido redecorarla.*

*Con tu posición, en cualquier caso, eres una de las personas que lleva la voz cantante en el Tablero. Esto significa que puedes acceder a todas las áreas, conoces todos los pasadizos secretos y todo el mundo tiene que hacer lo que digas. Encontrarás la ubicación de los pasadizos secretos en la agenda electrónica que está guardada en el cajón de la mesa de tu despacho y en los planos que hay en esta carpeta. Las cerraduras electrónicas están programadas para abrirse con tus huellas dactilares, la palma de tu mano o el código que viste en la primera carta. Los pasadizos secretos, en teoría, se diseñaron para garantizar la intimidad y la seguridad, pero en realidad estoy convencida de que Grantchester se había vuelto paranoico tras tantos años de servicio como agente de campo, aparte de que le gustaba colar a las chicas sin llamar la atención.*

*Ese es el Tablero. Una fortaleza secreta, oculta a los ojos de la población, que protege a los*

*ciudadanos de a pie sin que estos se enteren de nada. La prueba fehaciente de que la humanidad siempre ha estado dispuesta a cerrar los ojos ante la evidencia.*

—¿Puerta principal o garaje, torre Thomas? —preguntó el conductor.

—Hace bueno —respondió ella—. Entraré por delante.

Levantó la cabeza con curiosidad mientras el coche aminoraba la marcha, nerviosa por ver ese bastión de poder camuflado. Abrió los ojos de par en par al encontrarse con lo que parecía un campamento montado enfrente del edificio. Varias tiendas de pequeño tamaño ocupaban la acera y un piquete de personas mal vestidas se manifestaba ante la entrada enarbolando pancartas trufadas de signos de exclamación de color rojo.

«¡BASTA DE CONSPIRACIONES!», proclamaba el cartel que sostenía un hombre con una barba impresionante. «¡LA VERDAD ESTÁ AQUÍ DENTRO!».

«¡SABEMOS LA VERDAD!», anunciaban varias pancartas sostenidas por niños pequeños. Los manifestantes entonaban una especie de rima que, aunque no conseguía imprimir la longitud adecuada a sus versos, se las apañaba para denunciar que el Edificio Hammerstrom era la sede secreta del departamento sobrenatural del gobierno.

—No me lo puedo creer —murmuró, divertida, mientras los vecinos del distrito financiero sorteaban a los manifestantes y rehuían cruzar la mirada con ellos.

Mientras contemplaba la fachada, se percató de que era fácil empatizar tanto con un bando como con el otro. Aquel era el último sitio del mundo en el que uno esperaría encontrar algo interesante. De unos nueve pisos de altura y construido con anodina piedra gris, el Edificio Hammerstrom daba la impresión de ser la clase de escenario en el que los negocios más insulsos llevaban a cabo sus más tediosas operaciones. No había esculturas ni decoraciones de ningún tipo, nada indicaba qué podía haber entre esas paredes. Nadie entraría nunca con la sola intención de visitar su interior. Cualquiera tendría cosas mejores que hacer.

Se sobresaltó cuando el conductor le abrió la puerta, consciente de que debía bajar del vehículo. Le agradeció su gesto, aceptó la mano que le tendía y, titubeante, dio unos cuantos pasos en dirección a la puerta principal. Los manifestantes, al ver a aquella recién llegada tan menuda mirando a su alrededor con los ojos como platos y cara de incertidumbre, debieron de tomarla por una conversa en potencia y se apresuraron a lanzarse sobre ella.

—¡Señorita! ¡Señorita! —En medio de la algarabía, fue el hombre con barba quien finalmente se erigió portavoz—. ¡Señorita, le sorprendería saber que este edificio es la cuna de una de las mayores conspiraciones de la historia! —declaró.

—¿Ah, sí? —replicó ella con voz meliflua.

—¡Aquí es donde el Gobierno esconde sus secretos sobre la verdad!

—¿La verdad?

—¡Sí! —sentenció el hombre, subrayando su afirmación con una pausa dramática.

—¿Qué verdad?

—¿Cómo dice?

—¿La verdad acerca de qué? —matizó ella, sin impacientarse.

—¡Acerca de todo lo que nos han estado ocultando! ¿Sabía usted que el Gobierno británico lleva veinte años enterrando pruebas de que han aterrizado alienígenas en nuestro planeta?

—¿Eso han hecho? —«¿Eso hemos hecho?». Decidió buscar información sobre esos supuestos alienígenas en los documentos que le había dejado Thomas.

—¡Sí! ¡Pero eso no es todo! Tienen equipos de operaciones secretas desplegados por todo el país. Ignoramos a qué se dedican exactamente, pero queremos descubrirlo. ¿Le importaría firmar esta petición y suscribirse a nuestra lista de correo?

Usó una mano para plantarle una carpeta con pinza en las narices mientras agitaba un abanico de panfletos con la otra.

Al final firmó la petición, aunque declinó apuntarse a la lista de e-mails. También aceptó unas cuantas octavillas de impresión casera. Tras guardarlas en su maletín, cruzó las desvencijadas puertas giratorias de la fachada y, ante la horrorizada mirada de los manifestantes, se metió en el edificio.

Dentro le esperaba un pequeño recibidor sin personalidad con un guardia de seguridad, muy grande pero sin personalidad, sentado detrás de una mesa. Junto a los tres ascensores, una placa enumeraba una amplia lista de negocios ficticios que, en teoría, tenían su sede en el edificio. Al mirar a su alrededor vio que el guardia se incorporaba de forma apresurada y se ajustaba la corbata.

—Buenos días, torre Thomas —saludó, y se obligó a apartar la mirada de sus ojos morados y sus magulladuras para concentrarse en sus zapatos—. ¿Qué tal el fin de semana?

—Ha estado bien —respondió ella. La pregunta le había pillado desprevenida—. Ha estado bien, sí, ha estado muy... bien —repitió, incapaz de entrar en detalles. Se produjo un silencio incómodo. Para su regocijo, el corpulento guardia de seguridad daba la impresión de sentirse mucho más azorado que ella.

—Ya, bueno. En fin. Adelante, si es usted tan amable. —Deslizó una mano bajo la mesa y oprimió un botón, lo que hizo que una discreta puerta de cristal esmerilado se abriera con un suave zumbido.

Avanzó mientras le daba las gracias y se encontró en un pasillo dolorosamente brillante que, si el sentido de la orientación no le fallaba, discurría dando la vuelta por detrás de los ascensores, atravesaba un arco de detección de metales y desembocaba en un recibidor algo más espacioso y un poquito más agraciado que el que acababa de dejar atrás. También allí había un guardia de seguridad, algo más grande y un poquito más favorecido, que comenzaba a levantarse ya de su

mesa.

—Buenos días, torre Thomas.

—Buenos días. He pasado un fin de semana de mierda, el más largo que yo recuerde —dijo, fiel a la verdad.

—Vaya, pues sí que tiene mala pinta, sí —replicó él, confundido, supuso que refiriéndose a sus moratones—. En fin, si tiene la bondad de introducir aquí su tarjeta y pasar... —añadió, y le indicó con un gesto las cuatro puertas giratorias empotradas en la pared, separadas por pesados barrotes de hierro y placas metálicas intrincadamente ensambladas.

Oyó una serie de pitidos y golpes secos tras deslizar la tarjeta por encima de un pequeño panel de color negro. Las puertas de metal empezaron a rotar y ella las traspuso de un salto.

Ese era el auténtico recibidor, evidentemente. Sobre su cabeza se arqueaba un techo muy elevado y las puertas de los ascensores se sucedían en las paredes. Recordó haber leído que algunos de ellos bajaban al garaje subterráneo, mientras que los demás comunicaban con los niveles superiores; una maniobra calculada para que todo el que entrase en el edificio tuviera que atravesar distintas capas de seguridad y desfilar ante los guardias, excepcionalmente fornidos y armados hasta los dientes, que aguardaban sentados en el círculo de escritorios central. Era una sala bonita, con mucho ajeteo.

Sus tacones repiqueteaban contra el suelo de mármol, y se le cortó la respiración cuando todo el mundo se quedó callado mientras se apartaba a su paso y despejaban el camino hacia un ascensor en concreto. Con todas las miradas puestas en ella, era más consciente que nunca de los zapatos salpicados de barro que llevaba y sus ojos morados. Enderezó la espalda mientras se dirigía a las puertas, midiendo cada paso que daba. ¿Serían imaginaciones suyas o esa mujer acababa de hacerle algo parecido a una reverencia? Asintió diplomáticamente con la cabeza, sin detenerse. Un hombre se inclinó a su vez y un señor mayor con un traje de tweed le dedicó un sucinto saludo marcial. ¿Cómo debería reaccionar ante aquello? Llevada por el impulso, se detuvo de súbito ante el que la había saludado como si fuese un militar y esbozó una sonrisa. El hombre continuó mirando al frente, sin pestañear.

—¿Sí, torre Thomas?

Le sorprendió la deferencia que le mostraba ese hombre, al menos veinte años mayor que ella.

—Esto, hmm. ¿Estás ocupado? —preguntó, dubitativa, sin saber muy bien qué decir.

—Si me necesita usted, no, señora —contestó él, aún con la mirada al frente.

—Pues acompáñame a mi despacho, por favor. Me gustaría conocer tu opinión sobre el proyecto en el que estás trabajando.

Dicho lo cual, reanudó la marcha hacia el ascensor. La única manera de salir airoso de esa situación, decidió, pasaba por afrontarla con el mayor aplomo posible. Antes de que el hombre le respondiera con una mezcla de temor y respeto, no había asimilado el poder que conllevaba ser

Myfanwy Thomas. No le atemorizaba lo que pudiera ocurrir si lo tocaba, sino la autoridad implícita en el cargo que ella ostentaba.

Percibió la incomodidad que atenazaba a su acompañante en cuanto cerraron las puertas. Puesto que a ella ya se le había olvidado en qué planta estaba su oficina, se aseguró de situarse en el fondo del ascensor para obligarlo a él a pulsar el botón pertinente.

—Bueno —empezó a decir, pero el hombre la interrumpió de inmediato:

—¿Sí, torre Thomas?

—B-bueno —repitió, ligeramente más nerviosa que antes—. ¿En qué estás trabajando ahora?

—Mi sección se encarga de arreglar los desperfectos producidos tras el brote de la plaga en el Elephant & Castle. Estamos diseccionando con minuciosidad los cadáveres y dándoles instrucciones a los testigos.

—Ah, estupendo —replicó ella con un hilo de voz—. ¿Y marcha todo bien?

—Sobre ruedas, sí.

—Excelente. Eso es de lo más... satisfactorio. —Se produjo una pausa prolongada—. ¿Y no tienes ninguna... observación? ¿Ninguna... sugerencia?

Lo que había empezado como una breve prueba de su autoridad estaba degenerando en una entrevista humillante en la que ninguno de los participantes sabía muy bien qué decir.

—No, no —se apresuró a responder el hombre—, estamos siguiendo los protocolos estándar.

—Hmm —murmuró ella, a modo de ingeniosa manera de no tener que decir nada. Se hizo otro silencio de pesadilla.

—Sin embargo...

—¿Sí? —Se abalanzó sobre aquella abertura como si de la pastillita de menta de bienvenida de un hotel se tratara.

—Debo reconocer..., pero, por favor, no se tome usted esto como una crítica al grupo..., que la operación no está siendo todo lo eficaz que cabría esperar.

—¿En serio? —replicó ella, tan sin aliento como si Moisés acabase de bajar del monte Sinaí con un puñado de apostillas a los diez mandamientos—. Concertemos una cita para que puedas elaborar tus ideas. Si me acompañas a mi despacho, podrás fijar el día y la hora con mi secretaria.

Las puertas del ascensor se abrieron en ese momento. Lo dejó salir a él primero, puesto que ella no tenía la menor idea de dónde estaba su despacho.

La secretaria en cuestión, identificada como Ingrid Woodhouse en la carpeta, tenía exactamente el mismo aspecto que en la foto de su dossier. Distinguida y uniformada de morado, Ingrid la saludó cortésmente mientras se levantaba.

—Buenos días, torre Thomas. ¿Cómo está usted?

—De maravilla, gracias. Mira, este caballero tiene unas cuantas ideas que me interesa mucho



escuchar, así que, si pudieras encontrar un hueco en nuestras respectivas agendas, sería estupendo.

Paseó la mirada a su alrededor con curiosidad mientras la secretaria y su acompañante, cuyo nombre todavía ignoraba, acordaban cuándo habría de celebrarse el encuentro en el que ella esperaba que él la pusiera al corriente de algo relacionado con algún tipo de plaga. «Bueno, seguro que ha merecido la pena —reflexionó—. De otra forma no habría encontrado esta oficina en la vida. Además, el pobre parecía convencido de que sus ideas son superinteresantes». Se despidió del hombre (al que oyó que Ingrid se refería por el título de coronel) con una sonrisita distraída y lo vio alejarse ostensiblemente aliviado. Myfanwy se volvió hacia su secretaria.

—¿Qué tal tu fin de semana? —preguntó, enfatizando el «tu» a propósito para inhibir cualquier posible interés sobre sus propias vivencias.

—Ah, muy bien —respondió Ingrid—. ¿Recuerda que le había contado que mi hija Amy iba a venir de York a pasar el fin de semana?

—Ah, sí. ¿Y os lo habéis pasado bien?

—Sí, ha sido muy agradable —contestó—. Aquí tiene usted el resumen de la situación actual. —Le entregó a Myfanwy un portafolio de cuero—. Bueno, ¿quiere que le traiga un café?

—Eso sería maravilloso, sí. Por favor —dijo Myfanwy mientras se dirigía a su despacho, titubeante. Se detuvo un momento y miró alrededor, esforzándose por detectar cualquier rastro de su predecesora que aún pudiese perdurar allí. Se trataba de una habitación espaciosa bellamente amueblada. Dos de las paredes consistían en grandes paneles de cristal con vistas a la ciudad, mientras que las otras dos contenían una colección de retratos. En una esquina del cuarto, un jarrón con rosas decoraba una mesa de aspecto macizo. Ante ella había un enorme escritorio antiguo y, a su lado, una zona de recepción equipada con divanes y una mesa de centro. Se sentó con parsimonia y ojeó, no sin cierta aprensión, los numerosos montones de documentos que se apilaban en su escritorio. Todos parecían oficiales e importantes. Despejó con cuidado un hueco y abrió la carpeta que Ingrid acababa de darle.

Contenía información relacionada con la plaga del Elephant & Castle y los equipos de limpieza allí destacados. Se habían producido tres incidentes a lo largo del fin de semana, ninguno de los cuales había requerido la presencia de comandos barghest (fuera lo que fuese eso), y para esa mañana se había programado el asalto a una secta de astados, con la presencia de E. Gestalt. Había siete personas bajo vigilancia en el área de Londres en particular y treinta y cuatro en todas las Islas Británicas. Se habían iniciado ya los preparativos para el informe anual.

«Vaya, estupendo —pensó—. Si entendiera lo que significa, seguro que estaría emocionadísima. En fin, sea lo que sea, parece que ya está controlado, así que sigamos con el programa previsto».

Estaba enfrascada en la tarea de registrar los cajones para satisfacer su curiosidad cuando

entró Ingrid con una taza de café y una agenda tan abultada que se podría utilizar para tumbar a una vaca. Pegó un largo trago, contemplativa, mientras su secretaria empezaba a detallarle el programa.

—¿Ingrid?

—¿Sí, torre Thomas?

—Esto, perdona que te interrumpa, pero ¿te importaría traerme un poco de crema y azúcar para este café, por favor? —La secretaria la miró como si no la hubiera entendido—. He decidido tomarlo de otra manera —añadió Myfanwy, sintiéndose obligada a explicar el porqué de ese cambio tan brusco en una costumbre que (al menos que ella supiera) debía de llevar años establecida— porque... —«¿Por qué? ¿Porque me apetece engordar? ¿Porque me han dicho que siga una dieta con más azúcar?»—, porque estoy durmiendo fatal de un tiempo a esta parte y me convendría diluir un poco la cafeína. Aunque sin eliminarla completamente, por las jaquecas.

Ingrid continuaba observándola con extrañeza, y Myfanwy no podía culparla ni un ápice, pero se llevó el café dispuesta a modificarlo a su gusto. «Dios, ¿quién me iba a decir a mí que imitarse a una misma sería tan horrorosamente complicado?», se afligió mientras abría la carpeta de Myfanwy.

#### *Atentados contra los miembros de la Corte*

*Uno de los motivos por los que me ha costado tanto destapar esta conspiración es que, en toda la historia del Checquy, los intentos de asesinato contra miembros de la Corte desde dentro de la misma han sido relativamente escasos. Puesto que se trata de una organización militante de siglos de antigüedad que actúa bajo un manto de secretismo con una plétora de barrocas (y hasta rococó, en ocasiones) tradiciones y burocratismos en la que la mayoría de sus integrantes están adiestrados para matar y equipados con habilidades sobrenaturales, y en la que miembros de la Corte imponen su autoridad con una impunidad sobrecogedora, sería lógico pensar que los casos de violencia interna estuvieran a la orden del día.*

*Pero no.*

*Hemos sufrido atentados por parte de organizaciones externas, claro (tanto sobrenaturales como todo lo contrario; en su día lord Palmerston ordenó eliminar a un alfil, por ejemplo), y a menudo se producen víctimas mortales sobre el terreno, pero, que yo sepa, hasta la fecha sólo se atribuyen cuatro asesinatos de miembros de la Corte a otros tantos de sus integrantes. Ha habido unas cuantas ejecuciones oficiales, por supuesto, incluida una carnicería monumental en 1788 que no se declararía legítima hasta mucho más tarde, pero las cuatro grandes ilícitas fueron sonadas:*

*1. En 1678, lord Charles Huxley fue arrojado al fondo de un pozo por orden de su esposa, lady Adelia Huxley.*

2. En 1679, lady Adelia Huxley falleció a causa de los golpes que le propinase con una tetera el alfil Roger Torville, examante de su difunto marido.

3. En 1845, una calesa atropelló a la torre Angelina Corfax. Más adelante se descubriría que por orden de su homólogo, la torre Cassandra Bartlett.

4. En 1951, la torre Juniper Constable estranguló al alfil Donald Montgomery con su propia corbata.

*Es ilegal que un miembro del Checquy mate a otro, naturalmente; no sólo porque se trate de un delito, sino porque con esa acción se erosionan las defensas de las Islas Británicas. En los casos antes citados, todos los asesinos menos uno fueron perseguidos de inmediato, juzgados sin perder tiempo y ejecutados con una sospechosa parsimonia. La excepción a la regla la constituyó la torre Cassandra Bartlett, quien logró ocultar con éxito su implicación en el atentado de Corfax; fueron sus propios diarios los que habrían de delatarla tras su fallecimiento, años después. Tuvo que ser un puto genio para burlar las dotes rastreadoras del Checquy.*

*En pocas palabras, que no se hace.*

*Y mucho menos van a hacérmelo a mí.*

*Quiquiera que haya intentado matarme, quienquiera que se haya propuesto borrar me la memoria..., en fin, se habrá expuesto a un riesgo tremendo para conseguirlo. Me cuesta imaginar que alguien haya osado hacer algo así en el Tablero.*

*Al principio había pensado que podrías solicitar un guardaespaldas para que te acompañase las veinticuatro horas del día, pero tendrías que explicar por qué y eso daría pie a todo tipo de especulaciones sobre ti. Luego tendrías a alguien encima a todas horas y, la verdad, en estos momentos no te conviene llamar la atención. El motivo de que no me hayan puesto protección antes es que sabía que no serviría de nada.*

—Torre Thomas —dijo Ingrid, que acababa de llegar con el café renovado—, ha llamado la secretaria de su homólogo: todos los efectivos se han pasado el fin de semana fuera de la ciudad, en distintas misiones, y ninguno volverá hasta dentro de unas horas, así que la reunión de este lunes por la mañana queda aplazada.

—¿Mi homólogo? Sí... —replicó Myfanwy, empezando con una pregunta, pero esforzándose desesperadamente por convertirla en una declaración reflexiva. Tras descartar varios comentarios posibles, se decantó por subrayar la evidencia—: Habrá que posponer esa reunión, entonces.

—Así es. La torre Gestalt al completo debería regresar para cuando haya finalizado su encuentro con la administradora de la Finca, a excepción de, posiblemente, Eliza, dependiendo del resultado del asalto a la secta de astados.

—Ah, vale —dijo Myfanwy mientras intentaba desentrañar el significado de lo que acababa

de escuchar.

«Creo que ya lo tengo —meditó—. Soy una torre, pero hay dos. Como en el ajedrez. La otra es mi homólogo, la torre Gestalt». Era lógico, más o menos. Tenía una idea aproximada de lo que hacer, pero ahora le preocupaba otra cosa. «¿A qué se refiere con eso de “la torre Gestalt al completo”?».

—A las nueve y media tiene una reunión con los contables de Apex House para repasar el presupuesto de la operación del Elephant & Castle —prosiguió Ingrid, la cual parecía haber decidido hacer la vista gorda con los problemas de comprensión lingüística de su jefa.

—Lo de la plaga —dijo Myfanwy, exultante por haberse acordado.

—En efecto. A las diez y cuarto tiene una reunión de media hora con la dirección de la Finca, y después, a las once, se verá con la torre Gestalt. Cancelaré su cita con el ministro de Defensa.

—¿Sin más? —preguntó, extrañada por la poca importancia que le concedía su secretaria al desaire que se disponía a hacerle al ministro.

—Por supuesto.

—Bueno, está bien —murmuró Myfanwy sin tenerlas todas consigo—. Esperaba que me diera tiempo hoy a revisar unas cifras. —«Y a familiarizarme con la organización que aparentemente dirijo».

—Si queda algún hueco libre —se comprometió Ingrid—, procuraré no llenarlo.

—Te lo agradecería.

—De acuerdo. Veamos, no tiene nada programado para la hora del almuerzo... ¿Quiere que le encargue algo para que pueda tomárselo aquí, en la oficina?

—No, preferiría comer en algún sitio agradable. Intenta conseguirme una mesa donde el menú sea de los buenos.

—Muy bien —dijo Ingrid, sorprendida—. ¿Christifaro's, por ejemplo? —Myfanwy asintió con la cabeza—. Avisaré al chófer para que el coche esté listo. El director de seguridad Clovis vendrá de Apex House después de comer, y recuerde que va a cenar con lady Farrier.

—Bueno. ¿Y cuál era el objetivo de estas reuniones? —inquirió Myfanwy mientras sacaba un bolígrafo y se disponía a apuntarlo todo.

—La administradora de la Finca quería repasar una lista de potenciales adquisiciones, y la cita con el director de seguridad la concertó usted en persona. Me temo que desconozco la razón.

—Ah, vale. Seguro que me vendrá a la memoria más tarde.

—Tiene mesa reservada para cenar en Simpson's. La avisaré cuando haya llegado el vehículo.

En cuanto Myfanwy le hubo mostrado su conformidad, la secretaria salió de la oficina zumbando como un bergantín con todas las velas desplegadas e hinchadas al viento.

«Algo me dice que haría bien en empezar a hacer los deberes y averiguar cómo funciona de verdad esta organización».

*Cómo funciona de verdad esta organización*

*Recibimos un flujo de información constante por parte de la administración pública. Los incidentes sobrenaturales no se limitan al ámbito de los cementerios, las morgues y las sedes de las sectas extrañas. No me malinterpretes, ese es el escenario habitual de la mayoría de ellos, pero muchos más tienen lugar en entornos completamente mundanos, lo que hace que resulten aún más inquietantes. Es más probable que la gente acepte la aparición de un cadáver animado en un camposanto que en una heladería o en el probador de una boutique. Tampoco es que nadie se alegre de ver un zombi levantándose de su tumba, pero suele ser menos escandaloso.*

*A fin de detectar todos los temas que nos preocupan, recibimos un torrente de información, la mayor parte de la cual es irrelevante. Montones de informes, abultados volúmenes de cifras y toneladas de documentos. Contamos con analistas que criban todos esos datos que se nos remiten y, entre esa inmensa cantidad de pormenores y detalles, son capaces de determinar cuándo el mercado de los cereales está siendo manipulado por un vampiro.*

*También estamos conectados con el aparato burocrático a través de las denominadas «Líneas de Pánico». Varios altos cargos del gobierno, tanto nacional como regional, reciben discretas instrucciones diseñadas para ser simultáneamente vagas y específicas. En vez de pedirles que estén atentos al menor indicio de gremlins o tormentas de bilis, unas cuantas diapositivas bien escogidas y el empleo indiscriminado del adjetivo «sobrenatural» bastan para que capten la idea. Como resultado de esta estrategia, recibimos llamadas de pánico de comisarios de la policía, ministros, aristócratas, militares, consejeros, espías, miembros del clero, cirujanos, diplomáticos, directores de hospital, etcétera. Contamos asimismo con personas infiltradas en organizaciones clave que nos alertan con antelación de cualquier anomalía significativa.*

*Pese a todos estos contactos, conservamos intacto el anonimato. Nuestro nombre no consta por escrito en ninguna hoja de papel fuera de la organización. De hecho, son muy pocos ahí fuera los que saben que existimos. La gente recibe un número de teléfono al que llamar y la información llega hasta nosotros a través de los canales más enrevesados. Nuestra red informática no está conectada con ningún sistema externo. No nos encontrarás si intentas seguirnos la pista, pero nosotros sí que te encontraremos a ti.*

La reunión con los chicos de contabilidad, aburrida hasta decir basta, sirvió para que Myfanwy descubriera que llevarse con discreción un montón de cadáveres infectados y diseccionarlos le salía asombrosamente barato al Checquy. El mérito de esa eficiencia en los costes era del educadísimo caballero al que había embaucado para que montase con ella en el ascensor (coronel

Hall, se llamaba). Tomó buena nota para dedicarle algún tipo de elogio. Pese al tedio, tuvo cuidado de tratar con cordialidad a los contables, quienes no paraban de rebullirse incómodos en sus asientos y parecían tenerle pavor. «Se ve que Thomas ostentaba algo de autoridad — reflexionó ociosa—. Lástima que estuviese al mando de esta cuadrilla de frikis».

—¿Torre Thomas? —preguntó Ingrid, que había aparecido sin hacer ruido detrás de los pobres contables. El sonido de su voz estuvo a punto de matarlos de miedo.

—¿Sí, Ingrid? —replicó, levantando la mirada de un montón de columnas de números que, contra todo pronóstico, cuadraban excepcionalmente bien. Thomas le había dicho que era una administradora competente; al parecer, su talento era contagioso.

—Ha llegado la encargada de la Finca.

A juzgar por la reacción de los presentes, Myfanwy dedujo que esa persona era igual de impresionante y aterradora para ellos, por lo que tuvo la delicadeza de invitarlos a salir antes de indicarle a la recién llegada que pasara. O eso intentó, al menos, pero su secretaria insistió en quedarse plantada en la puerta y anunciarla a voz en cuello:

—¡Frau Blüten, institutriz principal de la Finca! —clamó.

—Sí, gracias, Ingrid. —Myfanwy se levantó para recibir a la oronda mujer que ya entraba anadeando en la oficina. Frau Blüten, que era casi esférica, tuvo que ponerse de costado y meter el pecho para pasar por la puerta. Llevaba el cabello rubio recogido en una intrincada serie de espirales y trenzas, y se abalanzó sobre Myfanwy con los brazos abiertos.

—¡Miffy! ¡Mi liebchen! Pero ¿qué te ha pasado en los ojos? —bramó con un fuerte acento alemán. Era la primera persona que se atrevía a hacer alguna observación sobre los moratones que todavía le adornaban la cara. Antes de que la desventurada torre pudiera responder nada, se vio envuelta en un abrazo carnosos y constrictor.

—Qué alegría verla, frau Blüten —jadeó sin aliento. Las rollizas columnas que la atenazaban presionaron una última vez antes de liberarla.

—¿«Frau Blüten»? ¿A qué viene tanta formalidad, Myfanwy? No, habíamos acordado que cuando ascendieras a la Corte me llamarías Steffi. No te habrás pegado con nadie, ¿verdad? ¡Pues claro que no! Pero si cuando eras pequeña odiabas las peleas y mira ahora. ¿Ves lo que pasa? Sí, está claro que sí.

El afecto de la mujer era evidente y agradable, aunque esa costumbre de hablar con preguntas para responderse a sí misma acto seguido resultaba un poco desconcertante.

—Es que, esto... Intentaron robarme en la calle.

—¡Pobres, qué idiotas! —replicó con una risita la oronda mujer.

Myfanwy se quedó sin saber qué decir. Saltaba a la vista que esa persona le tenía mucho cariño, pero se resistía a hablar por temor a revelar demasiado mientras no supiese quién era, de modo que optó por encogerse de hombros.

—¡Qué callada estás hoy! Esperaba encontrarte hecha un manojo de nervios. Ven, deja que te vea. —Frau Blüten la agarró por los hombros con delicadeza y la atrajo hacia sí hasta plantarle el rostro frente a sus ojos—. Hmm, te golpearon..., ¿qué, hace dos días? ¿A lo mejor un poco más? ¡Ay, pobre Miffy! Serían asaltantes corrientes y molientes, espero. Nada sobrenatural. A fin de cuentas, tus poderes no son ningún secreto, ningún miembro de la comunidad sería tan tonto. Bueno, me apetece un chocolate caliente. Pórtate bien y dile a tu secretaria que me traiga una taza... ¡Ah! Estupendo. Muchísimas gracias. Vamos, Miffy, coge tu café, que nos vamos a sentar en esos divanes tan cómodos para hablar largo y tendido.

Tiró de Myfanwy hasta la zona de los sofás, donde su portentosa figura apisonó los cojines.

—Steffi... —empezó a preguntarle, dubitativa—, ¿a qué te refieres con eso de que mis poderes no son ningún secreto? Quiero decir que, como miembro de la Corte, es evidente que...

—Liebchen —se vio interrumpida sin contemplaciones—, aunque no hubieras ascendido a la Corte, todo el mundo estaría al corriente de cuáles son tus poderes. ¡Dios santo, pero si fuiste el hallazgo más emocionante en décadas! Todos conocíamos tu potencial. ¡Los tutores de la Finca te ponían por las nubes ante cualquiera que se parase a escucharlos! —Le pegó un largo trago a la taza de chocolate, absorta en sus pensamientos, y se acarició los carrillos—. Por no hablar, claro está, de que siempre fui plenamente consciente de tus habilidades intelectuales. Habrías llegado a la Corte aunque no tuvieras poderes.

Aquello despertó el interés de Myfanwy. Las cartas mencionaban de pasada la timidez de su antecesora, pero esta era una oportunidad de oro para recabar la opinión de otra persona acerca de ella.

—Últimamente he estado dándoles vueltas a estos asuntos, Steffi. Me gustaría saber qué opinas tú de mi potencial.

*Frau Blüten* enarcó una ceja.

—Vaya, celebros escuchar que estás empezando a tomarte tu carrera más en serio.

Myfanwy bajó la mirada en un intento por proyectar la imagen de la administradora tímida pero competente que se presuponía que era. Una administradora que no había perdido la memoria ni estaba desesperada por sonsacarle toda la información que pudiera a su interlocutora.

—De acuerdo. Cuando te trajeron a la Finca, estabas estrujándole la mano al chófer, tenías la cara untada de chocolate y los ojos cuajados de lágrimas. Mi pobre liebchen... Te aferrabas a aquel hombre como si fuera un flotador y estuvieras a la deriva en el Mar Negro. Farrier era todo cuanto te quedaba en esos momentos y, cuando descubriste que no te profesaba ninguna lealtad, vi que en tus ojos se apagaba la última chispa de confianza que te quedaba. ¡Qué estúpida fue! Tú la adorabas, pero se daba demasiados aires de grandeza como para entenderlo.

»Fuera como fuese, habíamos oído hablar de tus poderes antes de acogerte en nuestro seno y actuamos con suma cautela. Había repasado todos los archivos e informes, y al término de mi

investigación concluí sin sombra de duda que la tuya era una habilidad desconocida hasta entonces, algo inaudito en el conjunto de las Islas Británicas.

»Estábamos ansiosos por comprobar el alcance de tus habilidades, claro, pero nos resistíamos a presionarte; la mayoría de los niños que acuden a nosotros son extraídos con muchísima más delicadeza que tú. Esto es lo que pasa cuando se les permite a los líderes asumir unas responsabilidades para las que no están preparados. Vale que ella pueda caminar por tus sueños y él se cargó a todos aquellos nazis en pelota picada, bravo por ellos, pero permíteme que te diga una cosa: por lo que al trato con la gente respecta, sus competencias sociales dejan mucho que desear.

Steffi meneó la cabeza ante la estupidez de sus superiores antes de preguntar si estaba previsto que llegase alguna galleta para acompañar las bebidas. Myfanwy se mostró conforme y le impartió las instrucciones pertinentes a Ingrid, que no tardó en reaparecer con cara de paciencia infinita y una bandeja de pastas.

—¡Excelente! Gracias, Ingrid. Total, que en cuanto nos enteramos de los poderes que tenías, avisamos a Farrier y Wattleman. Es costumbre informar a la Corte de la presencia de cualquier talento prometedor; ¡a fin de cuentas, ese es el motivo de que haya venido esta mañana! Se percataron de nuestro entusiasmo, no obstante, y se empeñaron en verte con sus propios ojos para establecer un vínculo contigo y ganarse tu fidelidad. El poder y la autoridad que habían deslumbrado a tu padre resultaron ser abrumadores para una niña pequeña como tú; cuando volviste con nosotros, estabas traumatizada y, muy a mi pesar, nunca te has recuperado del todo.

Myfanwy la escuchaba con la taza de café aferrada entre las manos. Podía verlo con total nitidez, aunque estaba segura de que no era un recuerdo que estuviera saliendo a la superficie. Aquello tenía sentido, eso era todo. Las cartas que había leído denotaban que Myfanwy Thomas había sufrido algún tipo de daño.

—Continúa —la animó con un hilo de voz.

—Mira, Miffy, no creas que no me siento orgullosa de ti, lo que pasa es que tu potencial era, evidentemente, muy superior a la realidad en la que te has instalado. Seguro que tú ya lo sabes; al fin y al cabo, nunca te hizo especial ilusión usar tus poderes. Obtuviste el control que buscabas, ni más ni menos, pero era evidente que nunca ibas a ser un agente de campo efectivo. ¡Cielo santo! Pero si se te caían las llaves como alguien te diera una voz. ¿Te imaginas lo que ocurriría si anduvieras por ahí armada con una pistola? —Steffi sonrió y reprimió una carcajada burlona —. No, estaba claro que no podíamos mandarte a la cloaca, el bosque o la casa abandonada donde hubiera decidido refugiarse el monstruo de turno. Tenías buena memoria y capacidad de improvisación, y estabas tan inmersa en el Checquy que la opción de volver a dejarte suelta por el mundo quedaba descartada de antemano. Así que te dejamos entrar en la administración, aunque no sin cierto pesar.



—Hmm —murmuró Myfanwy, que se disponía a preguntar por la dimensión exacta del potencial de Thomas cuando su secretaria entró en el despacho.

—Siento molestarla, torre Thomas, pero la torre Gestalt llegará dentro de quince minutos para reunirse con usted, según lo acordado.

—¿Se va a presentar aquí? —preguntó Steffi, sorprendida—. Dime, Ingrid, ¿qué cuerpo se ha puesto hoy?

«¿“Qué cuerpo”?», pensó Myfanwy, intrigada.

—Hoy nos visitarán los gemelos, frau Blüten.

—Aj, bueno, en tal caso me voy —replicó esta con un estremecimiento—. Si alguna vez te preocupa no haber desarrollado tus poderes al máximo, Miffy, fijate en él. Un guerrero impresionante, maestro de sus dones sobrenaturales y, en mi opinión, un fracaso rotundo como persona. —Sacudió la cabeza—. En cualquier caso, quedaremos pronto otra vez. Nos hemos enfrascado tanto en nuestras reminiscencias que ni siquiera hemos tenido ocasión de revisar los candidatos para la Finca.

Blümen dejó una carpeta llena de perfiles encima de la mesa de centro, le dio una palmadita en la mejilla a su antigua pupila y se fue. Cuando salió de la habitación, Myfanwy se acercó al escritorio y añadió unos cuantos apuntes a la lista de términos y nombres que tenía que buscar: la Corte, la Finca, Steffi Blüten, Wattleman (¿asesino de nazis «en pelota picada?»), Farrier. Aunque, como debía ocuparse del futuro inmediato, regresó al diván y consultó con rapidez la sección dedicada a Gestalt.

### *La torre Gestalt*

*Nueve años antes de que yo naciera, una pobre mujer dio a luz a cuatro niños de una sentada: tres varones y una chica. De ellos, dos eran idénticos. Pero eso no es lo más curioso de todo, sino el hecho de que, cuando los cuatro pares de ojos se abrieron, la mente que se asomaba tras ellos era una sola. Así nació Gestalt.*

*Gestalt resulta desconcertante porque él/ella/ello/ellas/ellos está/están repartidos entre cuatro cuerpos. La gente procura referirse a este conjunto como «Gestalt», a secas, para evitar confusiones gramaticales. Es agotador, sin embargo, utilizar ese término tan ambiguo constantemente, sin usar pronombres, así que, cuando necesite emplear alguno, hablaré siempre de «ella». En una conversación real me abstendría de ello para no pecar de grosera.*

*Sus padres, como es comprensible, estaban tremendamente preocupados por esta prole tan peculiar que les había tocado en suerte; tener cuatro hijos y que todos hagan exactamente lo mismo en el mismo momento, o que sólo uno de ellos se muestre activo mientras los otros tres yacen comatosos en el suelo, debe de ser para morir de miedo. Eso sin contar con el estrés*

*añadido de recobrase tras haber parido cuatro criaturas de golpe. Total, que cuando el Checquy apareció el día que los retoños cumplían un año para ofrecerse a quitárselos de encima a sus padres, a estos les faltaron palabras para expresar el alivio que les embargaba. Me apena decir que esto es algo que ocurre a menudo con los pequeños que adquiere la organización: chiquillos extraños con necesidades no menos extrañas.*

*Gestalt encajó en el Checquy como un guante: un guante un poquito excéntrico, dotado de voluntad propia y con cuatro dedos sincronizados. O quizá sería más apropiado hablar de tres dedos sin voluntad propia y uno que se encarga de sincronizarlos... Mierda, no sé.*

*Por eso resulta tan exasperante trabajar con ella.*

*El caso es que el Checquy se la llevó a la Finca. La educaron, la adiestraron y la criaron en el entorno más cariñoso que cabría esperarse de un sitio así. Convivía con otros niños, los cuales tenían sus propias particularidades. Pequeños con colmillos de jabalí. Adolescentes capaces de hablar con las nubes y sonsacarles respuestas inteligibles. Había incluso un chico, el pobre, cuyo poder consistía en controlar bandadas de flamencos por medios psíquicos. Después de haber pasado por la Finca, puedo asegurarte que no está tan mal como escenario en el que crecer, sobre todo si eres distinto de los demás y posees habilidades inalcanzables para el común de los mortales. Pero con Gestalt no dio resultado.*

*Para empezar, hizo muy pocos amigos. Que pensarás tú: «Oye, pero si eran tres hermanos y una hermana, no necesitaban a nadie más», salvo porque te equivocas. No olvides nunca que Gestalt es una sola persona con ocho ojos; con frecuencia se comete el error de considerarlos entes individuales a los cuatro. Un error del que se aprovecha. Los cuerpos hablan con voces distintas y, de alguna manera, ha desarrollado gestos característicos para cada uno de ellos. No se mueven al unísono ni se quedan sentados con la espalda rígida, esperando a decidir qué es lo que quiere que hagan. Es un actor brillante, hasta el punto de ser capaz de hacer que sus cuerpos discutan o mantengan una conversación amigable. Hasta el punto de ser capaz de hacer que se te olvide que es una sola mente la que mueve los hilos de todas esas marionetas.*

*A los demás niños de la Finca se les olvidó. Para ellos, los hermanos Gestalt no eran más que un hatajo de esnobs. Lo sé porque yo estaba allí. Convivimos en la Finca durante un año, antes de que Gestalt cumpliera los diecinueve y se graduara. Ten en cuenta que yo tenía nueve años y era una tímida patológica, mientras que Gestalt era un cuarteto de rubios despampanantes predestinados a llegar a lo más alto dentro del Checquy. Además, yo estaba colada por uno de ellos, el que no tenía ningún gemelo, por lo que los observaba con atención y acabé cayendo en la cuenta de que no era una persona normal, ni mucho menos. Ni tampoco cuatro con sus ligeras peculiaridades, sino nada más que una; estaba dotada de un poder espectacular y todo el mundo lo sabía.*

*He leído sus expedientes y destacaba como estudiante. Poseía una memoria prodigiosa, tenía*

*una mente muy ágil (tenía cuatro cerebros a los que recurrir, recuerda) y absorbía las instrucciones con rapidez y facilidad. Aquellas cuatro cabezas procesaban la educación normal de inmediato y, bajo una tutela esmerada, llegó a adquirir un control magistral de sus poderes.*

*Aún no había cumplido los nueve cuando ya era capaz de manejar distintas combinaciones de sus cuerpos, seguir múltiples conversaciones a la vez y coordinar inquietantes torneos en los que sus cuatro cuerpos se enfrentaban entre sí.*

*A los doce descubrimos que podía estar despierta de continuo, dejando que uno de sus cuerpos descansara mientras los demás se quedaban en vela. Lo hizo durante cinco meses seguidos.*

*A los quince, sus cuerpos se habían transportado de forma controlada por todo el planeta para estudiar cuál era la máxima distancia segura que podía separarlos sin perjuicio para su integridad. Se demostró que podían estar desperdigados de uno a otro confín sin efectos secundarios adversos.*

*Gestalt pasó a realizar operaciones de campo justo después de graduarse en la Finca. Los impresionantes resultados conseguidos en ella le granjearon enseguida el estatus de torre. Con cuatro cuerpos constituía por sí sola un equipo completo. En el transcurso de dieciséis años en el frente encadenó con éxito una serie intachable de logros aparentemente imposibles que culminaron con la destrucción de un antiguo vampiro que, durante doscientos cincuenta y dos años de sus cuatrocientos ochenta y ocho de existencia, había estado controlando en secreto el mercado del trigo.*

*Ten en cuenta que, en un incidente sonado que se produjo en 1980, hicieron falta cuarenta y cinco soldados para eliminar a un vampiro que tan sólo contaba con sesenta y cuatro años de edad.*

*Gestalt es dura de pelar.*

*Desde que obtuvo el rango de torre, hace ya cinco años, me he visto obligada a trabajar con ella en muchas, muchas misiones. La veo a diario y nos reunimos todos los lunes, miércoles y viernes a las nueve de la mañana. Por lo general, debido al tema de los múltiples cuerpos, tiene al menos dos pares de ojos en el frente, supervisando las operaciones. No suele recurrirse a las torres a menos que surja un problema particularmente gordo, pero a ella le gusta repartir estopa y debo reconocer que se le da de maravilla organizar a los efectivos sobre el terreno. La pega es que por lo general deja un cuerpo plantado en la oficina. Sigue siendo mejor que tener que lidiar con los cuatro, en cualquier caso, sobre todo porque ninguno de ellos parece ser capaz de apañárselas con el sistema de archivos.*

*Deberás andarte con mucho cuidado como resulte ser ella quien te quiere ver muerta.*

—¿Torre Thomas? —preguntó discretamente Ingrid. Myfanwy levantó la cabeza de golpe,

sobresaltada—. La torre Gestalt quiere verla.

—¿Eh? Ah... ¿La torre Gestalt? Pues... estupendo —farfulló—. Dame un momento para que se me bajen estos pelos que se me han puesto de punta. —¿Serían imaginaciones tuyas o realmente estaba mirándola su secretaria como si se compadeciera de ella?—. Vale, ya. Ingrid, dile a la torre Gestalt que pase.

Se apresuró a parapetarse tras el escritorio y recompuso las facciones en una máscara de autoridad más en consonancia con su posición.

Por un instante se preguntó si le daría tiempo a recogerse el cabello de forma que denotara algo más de profesionalidad; ahora lo llevaba sujeto con un sencillo pasador. Pero ya era demasiado tarde. «De todos modos —razonó—, cualquier posible aire de profesionalidad que quiera darme se verá perjudicado por estos dos ojos morados. Además, ¿quién sabe cómo suele arreglarse Thomas?». Mientras Ingrid reaparecía para anunciar con voz rimbombante la llegada de la torre Gestalt, Myfanwy se encogió mentalmente de hombros y mandó toda precaución a paseo. «Total, qué más da, si nadie conoce a nadie».

—¡Torres Gestalt, ojos que os ven! —exclamó en un alarde de entusiasmo fingido. Dos rubios idénticos la miraron con la misma expresión de perplejidad cincelada en el rostro—. Sentaos, por favor, caballeros —les invitó, indicando con un gesto las sillas que había delante de su escritorio—. Vaya, qué buen aspecto tenéis.

—Gracias —respondió uno de los recién llegados.

Había que reconocer que era cierto. Ignoraba qué pinta tendrían los otros, pero estos dos cuerpos estaban de infarto. Tupidos cabellos dorados, ojos azules, piel bronceada... «¿En este país? Por el amor de Dios, ¿cómo se consigue algo así? ¿Se contará entre sus peculiares poderes genéticos la habilidad de ponerse morenos sin que les dé nunca el sol?». Eran gemelos, eso saltaba a la vista, aunque habían tomado medidas para que diferenciarlos no resultara imposible. El de la derecha tenía el pelo más corto, calculadamente alborotado y engominado, mientras que el de la izquierda lucía un peinado más convencional y esmerado. También llevaban trajes distintos. Uno de ellos se despatarró en la silla mientras el otro adoptaba una postura menos informal, si bien ninguno de los dos parecía encontrarse especialmente cómodo. Uno de ellos la escudriñaba con expresión pensativa y la atención del otro parecía estar volcada en la sola tarea de alisarse las perneras del pantalón. Los bautizó mentalmente como Molón y Relamido.

Era espeluznante que esas dos cabezas compartieran una sola consciencia; más lo era todavía que hubiese otros dos cuerpos deambulando por ahí, controlados por la misma mente. «No pierdas la calma —se dijo—, y procura no dejarte intimidar ante el hecho de estar hablando con una mente colmena capaz de acojonar a los bichos más raros del Checquy. Tampoco des por sentado que esté detrás de las agresiones a Thomas; aunque así fuera, no se atrevería a atacarte en tu propio despacho».

—Acabamos de volver de la operación esa de Essex —estaba diciendo Molón—. Pareces, no sé..., un poquito distinta, Myfanwy.

—Serán los ojos morados —sugirió su gemelo.

—No. Se trata de otra cosa.

Myfanwy intentó adoptar una expresión enigmática, seguramente sin éxito. Los vio rebullirse en sus sillas.

—Bueno, ¿qué te ha pasado en la cara? —preguntó Relamido.

—¿Eh? Ah. Nada, que intentaron atacarme.

—Pero ¿estás bien?

—Sí, bien. Magullada pero bien.

—Interesante —musitó Molón.

«Mierda, esto no encaja con la Myfanwy Thomas tradicional que ellos conocen, más dócil e impresionable». Sopesó la idea de fingir sentirse más traumatizada, pero acabó descartándola y optó por ensayar una maniobra evasiva.

—En fin, ¿y dónde se meten últimamente vuestros hermanos? —Los apuntes de Thomas no incluían ninguna foto y sentía curiosidad por ver al cuatrillizo por el que su antecesora había bebido los vientos.

—Eliza está al frente de un equipo en Aberdeen, dando caza a esa secta de astados —respondió con indiferencia uno de ellos—. Robert se encuentra en nuestra oficina.

—Espero que les esté yendo todo muy bien —replicó ella, zalamera, mientras confirmaba que Gestalt era realmente buena. «Se comportan como si de verdad fuesen un cuarteto de hermanos». Myfanwy se dio cuenta de que uno de los gemelos había seguido hablando sin que ella le prestase atención—. Disculpa, ¿qué has dicho?

—Alex te estaba explicando que nos consta que a los dos les va bien —respondió Relamido.

—Ah, claro, por supuesto —convino con aspereza, irritada de súbito por la condescendencia que denotaba su tono—. Ellos están bien. Vosotros estáis bien. Yo estoy bien. Todos estamos bien, estupendo. ¿Os apetece tomar algo? —Uno de ellos pidió café; el otro, un zumo de naranja—. Dicho y hecho. ¿Ingrid? —La secretaria, que debía de haber estado escuchando detrás de la puerta, apareció con una bandeja como por arte de magia—. Gracias.

—Tengo entendido que llegaste un poco tarde esta mañana —observó Molón.

—¿Eh? —repuso con asombrosa templanza Myfanwy.

—Bueno, normalmente eres la segunda persona que entra siempre en el Tablero —comentó Relamido—, después de tu secretaria.

—¿Sí? —«Pero bueno, ¿qué pasa? ¿Acaso vigilan estos dos mis idas y venidas?»—. Ya, es que... tenía una cita.

Los dos se quedaron observándola, expectantes. La sobrevino el súbito impulso de zarandearlos hasta que se les borrarán aquellos gestos tan adustos e insufribles que los caracterizaban.

—Con la ginecóloga —añadió con una sonrisa triunfal—. Para mirarme la vagina. —Asintieron al unísono y, para su satisfacción, ligeramente desconcertados. «Claro, tienen un cuerpo femenino —recordó de repente, abatida—. No se van a escandalizar por la mera mención de una cosa de chicas»—. Y está..., todavía está... bien. En su sitio.

—Me alegro —dijo Relamido.

—Ya, bueno. Vayamos al grano. —Por suerte, Thomas le había dejado preparada una agenda para esa reunión, por lo que sólo tenía que consultar la lista, cosa que podría estar haciendo si no le hubiera dado antes por revolver los papeles—. Vale, veamos...

—Creo que querías pedirme que firmase unos documentos —dijo Molón mientras ella seguía buceando entre las pilas de expedientes.

—Sí —replicó ella sucinta, y encontró el montón que buscaba justo donde lo había dejado—. Vale, a ver, había que firmar estas... cosas... y yo ya lo he hecho, me parece. —Continuó hojeando las páginas hasta ver la rúbrica de Myfanwy Thomas—. Sí, yo ya he firmado y ahora os toca a vosotros. Bien, aquí hay una carta para el... primer ministro... de Gran Bretaña, por la cual le informamos de que no nos consta nada que él deba saber.

Les pasó los documentos a los gemelos, que empezaron a estampar sus respectivas firmas en ellos. Los contempló fascinada mientras producían una rúbrica idéntica tras otra, en veloz sucesión, uno con la mano izquierda y el otro con la derecha.

—Te has saltado este —dijo Relamido, entregándole uno de los contratos.

Myfanwy lo cogió con aprensión, dándose cuenta de algo en lo que no había caído hasta entonces. «Mierda. Ahora tengo que firmar esto. ¿Cómo era la firma de Thomas?». Acababa de verla hacía unos segundos y Thomas había firmado al menos una de las cartas que le había dedicado, pero no se había parado a fijarse con detenimiento en su forma. Un error, en retrospectiva. «Ay, Dios». Respiró hondo y vio que Relamido tenía la mirada clavada en ella. Sonrió con los labios apretados mientras firmaba. «¿Sería así? Me suena». Ninguno de los gemelos mostraba excesivo interés en su rúbrica, de todos modos. Tampoco les dio por comparar la nueva con las antiguas.

—Vale, gracias. Me quedaré con ellos y me aseguraré de que lleguen... adonde tengan que ir.

Y ahora —continuó—, el plan para esta semana. Bien, por lo visto me esperan un montón de reuniones con distintos contables por lo de... ¿Estáis bien? —preguntó. Los gemelos se habían quedado con la mirada perdida. «Qué mal rollo».

—Me dispongo a entrar en el cuartel general de la secta —dijeron los dos al unísono—. ¿Quieres conocer los detalles?

—Eh, claro —contestó—. ¿Debería tomar apuntes?

—No hace falta —respondió Gestalt por dos bocas distintas—. Los agentes están equipados con grabadoras. Nos reunimos en la puerta, el peón Kirkman está mirando a través de ella. Indica que hay tres personas al otro lado, armadas. *Cooper, lanza esas granadas de conmoción en cuanto Meaney haya derribado la puerta.* —Myfanwy levantó la cabeza, sorprendida; la voz de los gemelos había cambiado, volviéndose más atiplada y vehemente. Comprendió que estaba oyendo a su hermana impartiendo órdenes—. Comienza la cuenta atrás: ¡Tres! ¡Dos! ¡Uno!

Los brazos izquierdos de los gemelos se crisparon, imitando los gestos de su hermana a más de trescientos kilómetros de distancia.

—Meaney ha tirado la puerta abajo y nos hemos replegado para evitar la onda expansiva. Ya hemos entrado, con cinco hombres delante de mí. Han cubierto el recibidor y... *¡Abatidlo! ¡Abatidlo! Vale, un astado menos. Equipo uno, vigilad el pasillo. Equipos dos y tres, adelante. Tened en cuenta, muchachos, que buscamos el menor número de víctimas mortales posible. Inmovilizadlos.* Kirkman está registrando las habitaciones de los alrededores. *Vosotros cuatro... asegurad ese cuarto. Avanzad.*

Myfanwy se pasó los cuarenta y cinco minutos siguientes escuchando con atención mientras Gestalt dirigía el asalto. Los soldados recibían instrucciones, se impartían órdenes y se ejecutaba o apresaba a los miembros de la secta en función de la magnitud de su dedicación a la causa. Escuchó el relato de un enfrentamiento cuerpo a cuerpo, golpe a golpe, cuando la fémina Gestalt sufrió un ataque sorpresa y sus guardias sucumbieron empalados en los cuernos de un sumo sacerdote de los astados. Vio que los músculos de los gemelos se tensaban mientras su hermana repartía patadas, lanzaba puñetazos y giraba sobre sí misma, sin que de sus labios escaparan nada más que secas exclamaciones chillonas. Finalmente, tras un «¡KYAA!» aflautado, se relajaron en sus asientos, resollando, y le explicaron que Eliza acababa de partirle el cuello al líder de la secta. El edificio estaba seguro.

—Guau. Impresionante —dijo Myfanwy—. Bien hecho.

—Hmm —murmuró distraídamente Relamido—. Eliza tiene sangre en las botas.

—Qué imagen tan agradable, Gestalt —replicó Myfanwy, intentando mantenerse impassible—. ¿Más café? ¿Otro zumo de naranja? ¿No? No sé, a lo mejor podría pedirle a Ingrid que os traiga unas toallitas húmedas, si queréis.



Cuando se marcharon los gemelos, todavía tambaleantes, se quedó sentada un buen rato, dándole vueltas a la cabeza. Tras la retransmisión en directo del asalto, a Gestalt le había costado concentrarse en el resto de la agenda programada y había accedido a ocuparse más tarde de los detalles administrativos restantes. Al ver la satisfacción con la que los gemelos narraban el ataque y oír el minuto a minuto de la habilidad de su hermana, también a ella se le habían tensado los músculos. Volvían a dolerle las magulladuras que tenía repartidas por todo el cuerpo y no le costaba nada imaginarse a Molón y Relamido moliéndola a palos, con sus ojos encendidos de violencia.

«No puedo entrevistarme con todos los miembros de la Corte y asumir automáticamente que cada uno de ellos es el traidor —decidió—. Cabe por entero la posibilidad de que Gestalt no ordenara agredir a Thomas y que me haya pasado toda la reunión sudando a mares por nada. Pero, si no fueron ellos, ¿quién fue?». Se reclinó en la silla y entrelazó los dedos detrás de la cabeza.

«Demasiadas preguntas, y ni siquiera sé todo lo que sabía Thomas. Aún no. Pero lo sabré».

Cogió la carpeta morada.

### *Las torres*

*Las torres fueron los líderes marciales del Checquy durante los primeros siglos de existencia de la organización, lo que significa que dirigían todas las operaciones militares. El puesto, ocupado tradicionalmente por representantes de la nobleza, requería unos conocimientos enciclopédicos de la táctica y la estrategia bélicas, pero poco más. Mientras que los peones eran la hoja que blandía el Checquy, las torres constituían su empuñadura.*

*Las torres eran meras armas para los antiguos dirigentes de la organización. Eran perros de presa que lanzar sobre sus objetivos y, aunque fuesen los líderes de la manada, seguían siendo unos chuchos. Fueron las torres quienes, en 1702, comandaron el asalto por cuatro frentes sobre Brigadoon y redujeron a cenizas hasta la última de sus estructuras. Aquellos ciudadanos que no murieron ejecutados fueron embarcados rumbo a las minas de plomo de Gales. Las propiedades de las minas imposibilitaban cualquier vía de escape para aquellas extraordinarias personas, por lo que todas perecieron en cautividad. (A finales de los años sesenta, sin embargo, un individuo que afirmaba ser «el último hijo de Brigadoon» apareció para sembrar el caos años antes de que lo redujeran y diseccionaran).*

*Una torre famosa, Rupert Chamberlain, aguardaba encadenado en las catacumbas de la torre blanca hasta que se requerían sus servicios, momento en el cual lo transportaban en una jaula hasta el emplazamiento indicado y lo soltaban sobre el desventurado objetivo que hubiesen seleccionado los líderes. Durante su servicio devoró al duque de Northumberland, a embajadores de Francia e Italia, a un archidiácono y a otra torre compañera suya.*

*Luego, en 1788, la situación cambió drásticamente. Una redistribución generalizada del poder elevó a las torres a un nuevo estatus. En vez de ser los generales del Checquy, recibieron el mando de todas las operaciones nacionales y se transformaron en los guardianes administrativos del Reino Unido. Ahora, cada vez que se produce algún hecho extraño en las Islas Británicas, son ella las que se encargan de investigarlo. Somos ejecutivos y, aunque todavía impartamos violencia periódicamente, sólo lo hacemos delegando esa responsabilidad en otros. Ya no nos manchamos las manos, salvo por voluntad propia. Yo, por ejemplo, prefiero no salir del despacho, pero a la torre Gestalt le gusta el campo de operaciones.*

*Tu principal cometido será controlar el funcionamiento y la política de las fuerzas nacionales del Checquy. Coordinarás los equipos de peones repartidos por todo el país, te entrevistarás con sus mandos y les asignarás distintas misiones. También deberás supervisar la gestión del Tablero, en estrecha colaboración con Gestalt.*

«Uy, eso va a ser divertido», pensó Myfanwy.

*Y te verás de forma periódica con los demás miembros de la Corte para coordinar los movimientos del Checquy.*

*Nada que requiera grandes explicaciones, la verdad.*

«Anda, mira, pues muchísimas gracias —refunfuñó para sí misma con amargura—. Es como si fuese la ministra de Defensa de los Cazafantasmas, pero como en realidad no hay “nada que requiera grandes explicaciones”, seguro que sale todo a pedir de boca. Que luego a lo mejor acaba el país invadido por una horda de duendes y árboles parlantes, pero qué narices, ¡siempre nos quedará Australia!». Hecha una furia, dejó caer la carpeta azul y se dio cuenta de que se había estado mordiendo las uñas. «Fabuloso, esta manía seguro que es nueva; no me imagino yo a la torre Thomas, administradora suprema, dejándose llevar así por los nervios. Esto debe de significar que por fin estoy empezando a desarrollar una identidad propia». Se quedó enfurruñada, contemplando los retratos de quienes la habían antecedido en el puesto y preguntándose cuántos de ellos habrían terminado sus días cargados de cadenas en la Torre de Londres, cuando apareció Ingrid como un torbellino.

—Torre Thomas —dijo—, he anulado su reserva en Christifaro’s.

—¿Por qué? —preguntó desolada Myfanwy—. ¡Era mi única luz al final de este túnel!

—Se ha producido una emergencia —replicó la secretaria, sin inmutarse—. La torre Gestalt y usted deben asistir a un interrogatorio.

—Ah. Vale. —Myfanwy bajó la mirada a su mesa, se abstrajo un momento y volvió a levantar la cabeza—. ¿Tenemos que interrogar a alguien o nos van a interrogar a nosotras?

Ingrid pareció sobresaltarse, pero le explicó que el interrogado era un pobre diablo al que

había capturado el Checquy. Un miembro específico del equipo se encargaría de hacer las preguntas, al parecer, y Myfanwy y Gestalt estarían presentes en calidad de testigos.

—Entonces, ¿no voy a tener que hacer nada?

—No, señora.

—¿Tú crees que debería llevarme algo, por si acaso?

—¿Como qué, aperitivos?

—El cuaderno —decidió Myfanwy—. Y un boli.

—Allí tienen estenógrafos, ya sabe —señaló Ingrid—. Y cámaras de vídeo.

—Sí, ya lo sé —replicó desabrida—. Pero me gusta tomar mis propios apuntes.

—Lo que usted diga, señora.

—Eso. A ver, ¿te importaría acompañarme a la sala de interrrarios..., interrogaderos..., interrogatorios, por favor? Valoraría mucho tus observaciones.

Al fin y al cabo, no podía confesarle que no sabría llegar ella sola.

—Desde luego, señora. Usted primero.

Ingrid se hizo a un lado para dejar que su jefa encabezase la marcha.

—No, no —se apresuró a protestar Myfanwy—. Después de ti.

—Esto es altamente irregular, torre Thomas —observó la mujer.

—Tú sígueme la corriente.

—Como prefiera.

Mientras las dos mujeres recorrían los pasillos caminando a zancadas, la gente se aplastaba contra las paredes para no entorpecer el paso a la torre y su secretaria. Los corredores estaban jalonados de recias puertas de madera maciza. Cada vez que pasaba por delante de una, si estaba abierta Myfanwy aminoraba la marcha y echaba un vistazo dentro. En una de las habitaciones, tres hombres estudiaban un mapa y discutían en voz baja, como bibliotecarios enfadados. En otra, un caballero paquistaní con monóculo, entrado ya en años, esgrimía un bastón bajo la nariz de un hombrecillo rechoncho que llevaba puesto un caftán. Detrás de otra puerta se extendía una sala repleta de estanterías. Sentado a una enorme mesa de madera, un individuo de cabellos ensortijados leía con atención un libro de cuentas mientras acariciaba distraídamente la cabeza del cóndor posado en una de sus muñecas. Levantó la cabeza a tiempo de verla cruzar frente a él y sus ojos se abrieron en actitud de sorpresa.

Llegaron por fin a un par de imponentes puertas de hierro con una placa metálica en ellas. Ingrid se apartó y miró con expectación a Myfanwy. Esta, por suerte, recordaba vagamente haber leído algo acerca de eso. Avanzó y apoyó las palmas de las manos en la placa. El metal se calentó contra su piel y las puertas se abrieron muy despacio, con el sonido de unos engranajes

en funcionamiento. En un anticlímax apabullante, detrás de esas puertas sólo había dos más, las cuales se abrieron deslizándose a los lados. Un ascensor.

Bajaron muchos pisos, hasta hacerse evidente que se encontraban a varios niveles por debajo de la planta principal. Ninguna de las dos dijo nada, pero Myfanwy aprovechó la ocasión para observar a su secretaria en las paredes de espejo. Ingrid era una mujer alta, bien entrada ya en los cuarenta, con el cabello castaño rojizo impecablemente arreglado. Su aspecto era esbelto y atlético, como si se pasara todas las tardes jugando al tenis, y lucía unos discretos complementos de oro, entre ellos un anillo de boda. Aspiró con disimulo por la nariz y detectó el refinado perfume de Ingrid. El traje de oficina que llevaba puesto, de un lila claro, presentaba un corte exquisito.

Myfanwy se miró en el espejo a su vez. El cabello que se había recogido con un pasador empezaba a aflojarse y su traje (por mucho que fuese más caro que el de su secretaria) se veía arrugado. Había pasado por completo de maquillarse y esos dichosos ojos morados le conferían la apariencia de un mapache. Un mapache molido a palos tras toda una vida de desnutrición.

Únicamente el zumbido del ascensor perturbaba el silencio, que parecía ya sospechoso.

—Bueno, Ingrid —dijo, dispuesta a entablar conversación como fuera—. ¿Y no te aburres nunca de ir de morado?

La secretaria se volvió hacia su jefa como si le costase creer lo que acababan de captar sus oídos, pero las puertas del ascensor se abrieron antes de que le diera tiempo a responder nada.

*Querida tú:*

*No es que yo sea bipolar, es que la vida que me han impuesto es así.*

*Mi rutina personal consiste en llegar a casa, sentarme en el sofá con una fuente de palomitas y peinar una tediosa montaña de archivos tras otra.*

*Mi rutina profesional, por su parte, consiste en interminables horas de responsabilidades directivas intercaladas con... En fin, a modo de ejemplo: esta misma tarde, en el trabajo, he tenido que lidiar con una embajadora argentina de visita que manifestó espontáneamente la habilidad de crear animales a partir de ectoplasma. El problema era que no podía controlar esos animales, y el incidente se produjo en pleno centro de Liverpool.*

*La primera noticia que tuve llegó con el parpadeo de las luces de mi oficina. No sé muy bien a quién se le ocurriría la genial idea de conectar la iluminación de los despachos y sedes de las torres a las Líneas de Pánico, pero el caso es que ahora se me encoge el estómago cada vez que se funde una bombilla. En realidad ni siquiera hace falta, porque si pasa algo gordo se enciende un piloto rojo en el teléfono de mi mesa al tiempo que este emite un pitido estridente, en mi móvil suena un timbre ensordecedor y en las dos pantallas de mi ordenador aparece un mensaje dentro de una ventanita emergente.*

*Todo lo cual ha tenido lugar esta noche.*

*Al instante comencé a recibir los detalles. Cuatro civiles muertos. Daños a la propiedad por valor de miles de libras. La embajadora argentina parecía estar sufriendo un ataque de nervios y nadie era capaz de acercarse a ella porque le rodeaba una amenazadora manada espectral compuesta de tarucas, jaguares y llamas.*

*Aunque una vez llegados a ese punto yo ya tenía las palmas de las manos empapadas de sudor, mi mente estaba más seca que la lengua de un loro. Se me dan bien las crisis, pero no porque no me den miedo. Siempre estoy asustada. Sufro tanta tensión que me dan ganas de vomitar. No, si se me dan bien las crisis es porque soy muy, muy buena haciendo preparativos. Procuro cubrir todos los ángulos, prever cualquier posible eventualidad.*

*Como seguramente habrás adivinado ya.*

*Pero volviendo a la luminosa fauna recién materializada en Liverpool: el hombre que estaba al otro lado de la línea era el comandante de turno del Gabinete de Crisis, con sede en Londres.*

—¿Se han movilizado nuestras tropas? —le pregunté.

—Los equipos de Liverpool que todavía no están allí van ya de camino, pero esto tiene pinta de ser algo gordo. —Su voz denotaba preocupación, lo cual resultaba de lo más inquietante. Los oficiales de crisis suelen ser las personas con más sangre fría de toda la organización. De todo el planeta, posiblemente. Si él parecía preocupado, no me costaba nada imaginar que la ciudad corriera peligro de terminar borrada del mapa de la noche a la mañana—. No estoy seguro de que vayan a ser capaces de manejar esta situación.

Abrí una hoja de cálculo y la repasé hasta encontrar lo que buscaba.

—Hay un equipo de internados de último año de la Finca realizando maniobras encubiertas a media hora de los límites de la ciudad —dije—. Los desplegaremos para que presten ayuda de forma provisional.

—¿Eso es legal?

—Sí, según las normas del centro. Un segundo. —Me alejé del teléfono de la cara, le pedí a Ingrid que informara a frau Blüten y retomé la conversación—. ¿Cuál es la situación con la prensa?

—Inexistente, por ahora —sonó la respuesta tensa al otro lado de la línea. Se oía un ajetreo desenfrenado de fondo—. Surgieron unos pocos rumores, pero los conseguimos atajar enseguida.

Respiré hondo mientras sopesaba la situación.

—Corten todas las comunicaciones en la ciudad —ordené.

—¿Cómo dice? —inquirió, sorprendido.

—Hágalo y vuelva a llamarme cuando esté listo... ¡Espere, Lewis! ¿Sigue usted ahí?

—Sí, torre Thomas.

—¿Cuánta luz hay ahí en estos momentos?

—¿Cómo?

—Que cuánta luz hay. Aquí son las seis y diez y ya se ha hecho de noche. Liverpool se encuentra más al oeste, lo que significa que el sol se pone más tarde que aquí. ¿Cuánta luz hay? —insistí. Sonó un murmullo ininteligible a espaldas de Lewis—. ¿Qué ha dicho?

—Que allí todo está oscuro. Como aquí.

—Vale, en tal caso... habrá que cortar también todo el suministro de la red eléctrica. Necesitamos un apagón —dije, lamentando de antemano los problemas que esto iba a ocasionar—. Ahora mismo.

—¿Podemos hacer eso?

—Los técnicos del Tablero han instalado un puerto de acceso informático oculto en las centrales energéticas de las dieciséis ciudades más grandes del Reino Unido —respondí, desvelando así la existencia de un proyecto al que yo misma había dado luz verde nueve meses

*atrás.*

*—No había oído nada al respecto.*

*—Es... de acceso restringido. —Sólo conocían su existencia, de hecho, la Corte y los técnicos a los que se les había encomendado dicha tarea—. Emitiré la orden y apagaremos las luces.*

*—¿En toda la ciudad?*

*—En la zona pertinente, si es posible; en toda el área metropolitana, si no queda otro remedio. Debemos cortar las comunicaciones. Quiero que a los periodistas les cueste averiguar los detalles y que les resulte muy complicado, cuando no imposible, grabar nada.*

*—Vale, de acuerdo, avisaré a los equipos.*

*Colgamos a la vez, llamé a la sección de informática y dejé la ciudad de Liverpool sumida en la oscuridad.*

*—Ingrid, ¿el sujeto es de Argentina? —pregunté a través de la puerta.*

*—En efecto.*

*—Tendré que hablar con uno de los caballos, en tal caso. Comunícame con quienquiera que esté por allí. ¿Y por qué no me ha llamado Gestalt?*

*—Eckhart está en París, Gubbins está al aparato por la línea uno y Gestalt por la dos —contestó con su característica serenidad. Agarré el teléfono y aporreé el botón de la línea número uno.*

*—¿Harry?*

*—Un segundo, Myfanwy. —Le oí soltar el auricular mientras hablaba con otra persona—. Sí, ministro, resulta que la causante de ese accidente aéreo ha sido una fuerza enigmática. Así es. Sí. ¿Que cómo se llama? Solemos denominarla «fuerza de la gravedad». —Exhaló un suspiro mientras recogía el teléfono conectado conmigo—. ¿Sabes, Thomas?, este es el motivo de que nos mantengamos en la sombra. La gente se aferra a las excusas más absurdas. No me extraña que la era de la razón recibiese tan buena acogida; así lo sobrenatural se pudo tomar un descanso por fin.*

*—Hmmm, fascinante —murmuré mientras ojeaba los detalles que acababa de recibir por e-mail—. Mira, una embajadora argentina ha entrado espontáneamente en estado crítico en la zona de Liverpool. Quizá tengamos que eliminarla. Échale un vistazo al correo que te estoy reenviando, calcula las consecuencias que podría tener el que la abatamos y prepárate para lo peor.*

*—¡Santo cielo! —Colgó. Pulsé el botón de la línea dos.*

*—¿Gestalt? ¿Dónde están tus cuerpos?*

*—Tengo uno en Wolverhampton y otro en Nottingham, los dos se dirigen ya a Liverpool. También estoy en el Tablero, en mi oficina.*

*—De acuerdo. Hemos cortado la luz en toda la ciudad. ¿Podrás ocuparte de controlar a las*

*masas y de coordinar la estrategia?*

*—Sin problemas.*

*—Debemos terminar con esto lo antes posible —le dije, y colgué.*

*—Lewis por la línea uno —me avisó Ingrid.*

*—¿Lewis? ¿Ya habéis apagado las luces?*

*—Sí, pero... —Se interrumpió, dejando la frase a medias.*

*—Pero ¿qué?*

*—Pero hay un equipo de televisión suelto por ahí y no somos capaces de dar con ellos.*

*—Oh. Mierda. —Corté la conexión y marqué la extensión de Cobertura Mediática—. La torre Thomas al habla. Tengo entendido que hay un equipo de televisión merodeando por el centro de Liverpool. ¿A qué viene eso?*

*—A que en el centro de Liverpool tienen su propia cadena —fue la seca respuesta de Caspar Dragoslevic, director de la subdivisión.*

*—¿Con nuestro permiso?*

*—Por asombroso que te parezca, carecemos de la habilidad sobrenatural necesaria para influir en la ubicación de las instalaciones de los programas de informativos. Lo que sí que tenemos es un agente infiltrado en la cadena, el cual nos avisará de lo que sea que hayan grabado cuando reciban las imágenes. Quizás entonces podamos hacer algo al respecto.*

*—Buena suerte —resoplé—. Si las imágenes son como sospecho que van a ser, las defenderán con sus vidas. ¿Qué tienen tus embusteros?*

*—Preferiría que no los llamaras así —protestó con un suspiro de resignación Dragoslevic—. Son la Sección de Comunicaciones de Disuasión Táctica.*

*—Caspar, necesitamos contarle algo a la opinión pública, y una mujer argentina que va por ahí tosiendo ectoplasma que se transforma en animales que persiguen a la gente..., en fin, eso entra de lleno en la categoría de cosas que deberíamos evitar que vieran la luz.*

*—¿Sabes, torre Thomas? Con ese dominio de la retórica tuyo, me sorprende que no te metieran en mi departamento.*

*—Dame algo, por favor. Lo que sea. —Colgué. El teléfono volvió a sonar prácticamente de inmediato—. ¿Diga?*

*—Lewis al habla. Se han producido tres muertes más y han llegado otros dos equipos de noticias.*

*—¿Cuál es la situación con las tropas? ¿Hace falta que envíe a los barghests?*

*—Me parece que no, están estrechando el cerco sobre el objetivo. Espera un momento... Ha caído ya —anunció Lewis.*

*—¿Muerte? —pregunté, expectante.*

*—Sí, confirmado.*



—¿Y los animales?

—Están evaporándose —contestó. El alivio que denotaba su voz era el vivo reflejo de mis emociones.

—De acuerdo, llevaos a la mujer e intentad eliminar todas las pruebas incriminatorias. Volveremos a encender las luces y reactivaremos los teléfonos dentro de diez minutos.

—Sí, señora.

Di la orden para que todos los efectivos regresaran a la ciudad, miré el reloj y comprobé con satisfacción que sólo habían transcurrido treinta y un minutos. Sonreí. Somos realmente buenos. Pero entonces sonó un zumbido e Ingrid me informó por el intercomunicador de que estábamos recibiendo un aluvión de llamadas furibundas procedentes del Ministerio del Interior; el Departamento de Medio Ambiente, Alimentación y Asuntos Rurales; el consejo y el departamento de policía de la ciudad de Liverpool; la central eléctrica, y la Real Sociedad para la Prevención de la Crueldad contra los Animales.

—Vale, pásamelos de uno en uno.

Tuve que soportar la ira de un montón de ministros (tanto primeros como de otra índole) y miembros de mi propia organización. A pesar de que el incidente se había resuelto en media hora y que las luces sólo habían estado apagadas durante quince minutos, me pasé otros noventa apechugando con las consecuencias. Mientras murmuraba una frase conciliadora tras otra, no apartaba la vista de tres televisores distintos, conteniendo a duras penas los nervios mientras esperaba a que aparecieran las primeras imágenes.

—Ingrid —dije tras despedirme al teléfono del alfil Grantchester, uno de mis superiores inmediatos—, llama a Caspar Dragoslevic y averigua qué narices piensan contarle a la opinión pública.

Abrí uno de los cajones del escritorio y cogí una aspirina. Pegué un respingo cuando volvió a sonar el teléfono.

—Aquí la torre Thomas.

—Caspar al habla.

—A ver, ¿en qué condiciones nos encontramos? —pregunté, temiéndome la respuesta.

—Traigo excelentes noticias, torre Thomas —contestó—. Gracias al apagón y a la gran cantidad de gente que intentaba abandonar la ciudad, los periodistas no consiguieron llegar al epicentro de la actividad. Tuvieron que quedarse en los límites, y resulta que las cámaras no pudieron capturar a los entes. El ectoplasma no ha quedado reflejado en ninguna grabación, ni analógica ni digital.

—Gracias a Dios. —Suspiré—. ¿Se te ha ocurrido ya alguna historia plausible?

—Tenemos un par de buenas excusas relacionadas con animales fugados de un carguero, sin entrar en detalles, una sobrecarga de la red eléctrica y los consiguientes saqueos.

—Demasiado rebuscado. ¿Debería preocuparme que la gente denuncie haber visto bichos fantasma paseándose por ahí?

—Son las seis de la tarde de un día entre semana en el distrito financiero, así que podría haber sido mucho peor, aunque sí que ha habido unas cuantas denuncias. En cualquier caso, aceptarán la versión que salga por la tele, sobre todo cuando soltemos unos cuantos animales y los atrapemos ante las cámaras —me tranquilizó Caspar. Llevaba veintitrés años trabajando en la tele cuando lo recluté, de modo que confiaba en su capacidad para estimar lo que la humanidad estaba dispuesta a creerse. Me picaba la curiosidad por saber de qué animales estábamos hablando y de dónde iba a sacarlos, pero al final decidí que sin esa información dormiría mejor por la noche.

—Estupendo, pero procura que no se te vaya la mano —le advertí—. Quedaré fatal con los jefes como dejemos sueltos un rebaño de búfalos y estos acaben apisonando a más gente.

Colgué y di por finalizada la jornada.

Ahora son las once de la noche y me siento agotada, pero la necesidad de estar preparada para ti combinada con los hábitos laborales que me inculcaron en el internado hace que todavía esté en el despacho. La coartada de los embusteros se emitió hace horas y, aunque habrá preguntas que responder e hilos complicados que atar, más o menos hemos conseguido volver a evitar una catástrofe. Aquí sigo, no obstante, rebuscando en el pasado a fin de prepararte para el futuro.

Estoy examinando documentos antiguos, buscando algo..., la más leve incorrección por mi parte que me permita dilucidar quién intenta destruirme, pero hasta ahora no me ha sonreído la suerte. Sólo me consuela saber que, cuando el Checquy recluta a alguien, los expedientes recogen casi todo lo que esa persona ha hecho en su vida. Esto va a requerir un trabajo de investigación propio de los detectives de antaño, actividad para la que no tengo aptitudes ni tiempo. No puedo dejarlo todo sin más y dedicarme en exclusiva a perseguir sospechosos, y menos con la desasosegante impresión de estar corriendo una prueba contrarreloj.

No dejo de sufrir embarazosos ataques de ansiedad con los que siempre termino llorando. El trabajo de torre ya es agotador de por sí en condiciones normales, y esta amenaza no contribuye a facilitarme las cosas. Estos pasajeros arrebatos de debilidad suelen pillarme dentro de la oficina, por suerte, así que siempre me puedo refugiar en el servicio para desahogarme. Después me lavo la cara y vuelvo a sentarme tras el escritorio. Me pregunto si mi secretaria se habrá dado cuenta de algo cuando aparece con otra cita o cuando me trae un nuevo montón de papeles.

Me alegra tener que escribir estas cartas. Por lo menos en ellas puedo confesarle mis temores a alguien, aunque nunca vayamos a conocernos ni descubras lo que ha sido de mí hasta que ya sea demasiado tarde.

*Extenuados saludos,*

*Yo*

## 6

La habitación que se extendía ante Myfanwy e Ingrid era espaciosa y sorprendentemente lujosa, con una alfombra mullida y las paredes cubiertas de cuadros. En el aparador de su izquierda había una selección de quesos y fruta, mientras que el ornamentado bar de la derecha se veía repleto de botellas y licoreras de vidrio tallado. Una lámpara de araña colgaba del techo de escayola, surcado de filigranas. Al fondo de la sala, orientadas hacia una pared oculta tras recias cortinas de color rojo, había una gran cantidad de sillas. Varios hombres trajeados revoloteaban alrededor del bufé.

—¿Torre Thomas? —preguntó el mayordomo que acababa de materializarse junto a Myfanwy.

—¿Sí? —dijo esta, sobresaltada, mientras se volvía hacia él.

—¿Le apetecería tomar algún refrigerio?

El hombre señaló el bar con un ademán.

—Me encantaría. ¿Podrías traerme un café, por favor? ¿Qué bebes tú, Ingrid?

Ni su secretaria ni el mayordomo parecieron darse por aludidos inicialmente, pero después de insistir se llegó a un acuerdo según el cual también Ingrid percibiría su correspondiente taza de café. A juzgar por las caras de póquer que la rodeaban, Myfanwy dedujo que en el Checquy las personas que iban vestidas de morado se dedicaban a cubrir las necesidades de los demás, y no a la inversa. Se encogió de hombros, se acercó al aparador y se sirvió un plato lleno hasta arriba de fresas y queso.

—¡Ah, torre Thomas! —exclamó uno de los hombres que pululaban por allí cerca. Era corpulento, hablaba con voz tonante, tenía los dientes muy grandes y la cara muy roja, y se cernió sobre ella como un autobús sin frenos. Myfanwy le sostuvo la mirada, sonrió con diplomacia y se mantuvo firme en su sitio mientras se metía una fresa en la boca. El hombre se quedó inmóvil por unos instantes, desconcertado, como si hubiese esperado que retrocediera o se amilanara ante él, pero no tardó en persistir en su empeño y continuó acercándose hasta plantarse incómodamente cerca de ella, obligándola a echar la cabeza hacia atrás para observarlo.

—Buenas tardes —fue su respuesta glacial. «¿Quién es este fulano y qué quiere ahora, que le haga una reverencia? ¿O debería inclinarse él ante mí?». Aunque el hombre parecía esperar algún tipo de vacilación o deferencia por su parte, tampoco dio la impresión de sentirse insultado al no

recibir nada por el estilo, tan sólo sorprendido. «A lo mejor es que está acostumbrado a tratar con la “tímida patológica” de Thomas —reflexionó Myfanwy—. La torre que jamás osaría pronunciar una palabra más alta que otra».

—Menudo incordio, ¿verdad?, tener que despejar nuestra agenda para este proceso. —La voz del hombre denotaba menos entusiasmo que antes, como si se estuviera acobardando bajo la insolente mirada de ella. Intentó compensarlo aumentando el volumen y, al parecer, también su caudal de saliva.

—Me estás escupiendo —lo reprendió con frialdad, limpiándose la cara con una servilleta mientras él tartamudeaba algo ininteligible. Continuó mirándolo a los ojos y se dio cuenta de que detrás de ella debía de haber aparecido alguien que acaparaba ahora toda la atención de aquel tipo tan maleducado, el cual dio un paso atrás, nervioso, y saludó con un gesto cortés a quienquiera que se encontrase a su espalda.

—Torre Gestalt —murmuró, lisonjero—. Buenas tardes.

«Ah, conque así están las cosas —coligió—. Thomas se encarga de que cuadren las cuentas, pero luego es Gestalt quien infunde respeto». Se giró sobre sus talones y retrocedió, sorprendida. No eran los gemelos los que estaban saliendo del ascensor, sino un hombre mucho más alto y fornido. Comprendió que debía de tratarse del tercero de los cuerpos de Gestalt, así que lo observó con interés renovado. «Caray, Thomas, tenías buen gusto». Robert era musculoso y apuesto. Vestido de forma desenfadada con unos pantalones chinos y una camiseta de manga corta, exudaba un aura de confianza palpable.

—Buenas tardes, Perry —contestó afablemente antes de volcar toda su atención sobre ella—. Tienes buen aspecto, Myfanwy —añadió con una dosis extra de zalamería. Únicamente sus ojos lo traicionaban. «Recuerda», se dijo, «que acabas de tener una reunión con este hombre y has oído cómo mataba a un montón de personas. Sigue siendo el mismo, aunque ahora lleve puesta otra piel»—. Lamento de veras que haya surgido este asunto, sé lo mucho que te incomodan estos interrogatorios. Habrá que hacer de tripas corazón.

Myfanwy aceptó el brazo que le ofrecía, dispuesta a dejar que la condujera hasta las sillas.

Al contacto con él experimentó una sacudida.

Fue como si la hubieran arrojado a un estanque cuyas aguas no dejaran de arremolinarse a su alrededor. Cada corriente era distinta, aislada de las demás. Le dio la impresión de que podría alterar su rumbo con tan sólo estirar el brazo, recanalizarlo, desviarlo o detenerlo incluso por completo. Aquellas cintas fluctuantes eran complejas, espantosamente complejas, pero intuyó que el sistema que formaban comprendía en su totalidad el conjunto físico de Gestalt.

«¡Santo cielo!», exclamó para sus adentros. De golpe y porrazo podía controlar a ese hombre; no a través de la violencia, sino con toda la fuerza y el poder de su mente. Ya no estaba indefensa; ahora era peligrosa. «Entiendo tus reparos, Thomas, pero no había ninguna necesidad

de que estuvieras siempre tan asustada».

Sonrió mientras se dejaba acompañar hasta una de las sillas del centro, donde recibió la taza de café que había encargado antes. Miró a su acompañante maravillada y detectó una sombra de engreída satisfacción en sus apuestas facciones. «¿Te crees que me he quedado embobada por lo guapo que eres? No, es porque ahora sé que podría aplastarte». Los demás invitados comenzaban a acomodarse a su vez. Los mullidos asientos estaban dispuestos en dos hileras que formaban una herradura, algo hundida la fila interior para no obstaculizar la vista de quienes estaban detrás. Era como hallarse en un lujoso palco privado para asistir a un diminuto partido de fútbol clandestino. Un caballero trajeado y de aspecto distinguido se situó delante de las cortinas y carraspeó con timidez.

—Torres, damas y caballeros —empezó a hablar—, llevamos vigilando a este individuo desde que entró en el país, hace tres días. En su pasaporte pone que se llama Peter Van Syoc, holandés, y su tapadera es un viaje de negocios en representación de la firma para la que trabaja, la empresa pesquera Zeekoning. Ciertos factores despertaron las sospechas de nuestros agentes cuando llegó a Heathrow procedente de Ámsterdam. Lo sometimos a una discreta observación de inmediato, en consonancia con los procedimientos establecidos por la torre Thomas. Nuestros observadores entraron en la habitación de la casa de huéspedes en la que se aloja para instalar varias cámaras e instrumentos de escucha.

»Los agentes del Checquy asignados para vigilar al señor Van Syoc nos informaron de que este había pasado ya varias veces por delante del Tablero en el transcurso de su paseo por la ciudad, dedicándole al edificio una atención inusitada. Ayer por la tarde contrató los servicios de una señorita de compañía, a la que pagó para que estuviese toda la noche en su cuarto. Esta mañana el sujeto activó unas habilidades inhumanas y creemos que procedió al asesinato y posterior consumición de la prostituta.

»Fue entonces cuando entraron en acción los peones. Ante su aparición, el sujeto demostró poseer otras habilidades, demoliendo en parte la estructura de la casa de huéspedes antes de que consiguieran inmovilizarlo. —La voz del hombre, estudiadamente seca, no dejaba traslucir ninguna emoción. La timidez de su tono le imprimía un aire ridículo a su relato—. A continuación, fue transportado de inmediato al Tablero.

«Madre mía —pensó Myfanwy—. Qué fuerte». Se giró, buscando a Ingrid, y vio que la secretaria se había acomodado a su lado. Aunque era evidente que se sentía fuera de lugar, lo sobrellevaba con dignidad. Decidió tranquilizarla con una sonrisa; Ingrid, desprevenida, esbozó otra a su vez. Oyó un crujido debajo de ella al volverse de nuevo hacia las cortinas, como si estuviera sentada encima de una hoja de papel. Tanteó hasta encontrar una bolsa meticulosamente plegada.

—¿Gestalt? —dijo, girándose hacia el cuerpo sentado junto a ella—. ¿Qué es esto?

—¡Pero Myfanwy! Siempre tienes una bolsa de papel a mano, ya sabes que estos interrogatorios suelen revolverte el estómago —respondió él. Aunque su tono pretendía ser tranquilizador, a ella le pareció que rezumaba condescendencia.

—Ah, desde luego. Es que no esperaba sentarme encima. —Dejó la bolsa en su regazo. «¿Se mareaba Thomas con estas cosas?». No le costó nada imaginarse a la tímida persona que habitaba ese cuerpo tan menudo vomitando delante de todos esos señores. Aparte de Ingrid, a la que ella misma había invitado en un arrebato de espontaneidad, Myfanwy era la única mujer que había en la sala. «Pobre Thomas —se compadeció—. Qué humillada debe de haberse sentido». Y luego, mientras observaba las cortinas con suspicacia, se preguntó: «¿Qué va a pasar exactamente?».

Las cortinas se abrieron con una sacudida. La intensidad de las luces de la sala se redujo mientras el paño rojo se deslizaba a los laterales. «Es igual que el teatro —reflexionó con desasosiego—. Estamos en nuestro palco privado». Frente a ellos se levantaba ahora un grueso panel de cristal, tras el cual se extendía una habitación embaldosada de azul celeste. En el techo brillaban unas luces muy tenues. Su imaginación había conjurado una mesa de piedra con algún pobre diablo inmovilizado en ella con cadenas y correas, pero en vez de eso lo que vio parecía más bien el sillón de un dentista, muy acolchado. Lo ocupaba un hombre con los ojos cerrados. Tenía las mangas de la camisa meticulosamente recortadas y le habían enrollado las perneras de los pantalones. Estaba inmóvil. Unas tiras de tela lo sujetaban a la silla por las muñecas, la cintura y los tobillos. El frío carácter práctico de la situación resultaba más alarmante que las imágenes medievales que había conjurado su imaginación.

—Ay, Dios —murmuró, ganándose por ello una mirada de conmiseración de Gestalt. Se tensó al ver que un hombre entraba en la sala. Tenía gafas, vestía ropa de médico y llevaba puesta una máscara quirúrgica. Buscó sus herramientas con la mirada, alguna bandeja o algún carrito cargado de relucientes utensilios metálicos, pero no encontró nada. Se sentía cada vez más en tensión. Sin instrumental, ¿cómo recababan su información los miembros del Checquy? ¿Someterían a aquel sujeto a algún tipo de tortura surrealista? ¿Se desgarrarían por sí solos su piel y sus huesos? ¿Le extraería los pensamientos del cerebro algún mentalista? ¿Qué sería lo que había horrorizado tanto a Thomas como para vomitar con frecuencia en el transcurso de estas sesiones? Los dedos se le crisparon sobre el brazo de la silla y deformó la suave tapicería. Se rebulló con incomodidad, reclinándose contra el acolchado mientras el interrogador levantaba las manos enfundadas en guantes de látex y las extendía hacia su víctima. Gestalt se inclinó hacia delante a su lado, expectante, y el silencio se apoderó de la sala.

El interrogador apoyó las manos en el pelo del hombre y empezó a tantear con los dedos, trazando los contornos del cuero cabelludo. Se echó un poco hacia atrás y habló a toda velocidad para el micrófono que colgaba del techo:

—Sus antepasados son originarios casi en exclusiva del oeste de Europa —dijo—, a excepción de un bisabuelo polaco. —Enmudeció de súbito cuando el bocazas que antes había intentado intimidar a Myfanwy resopló con desdén. Tamborileó con los dedos sobre la cabeza del sujeto, contrariado, y continuó—: Posee un talento natural para la música y las matemáticas, pero también tiende a dudar de sí mismo. Hace gala de una temeridad extraordinaria y de un sentido del humor entre escaso e inexistente. Puede matar sin escrúpulos.

Deslizó los dedos con parsimonia por uno de los brazos y se detuvo al llegar a la muñeca. Entornando los párpados, Myfanwy vio que estaba presionando ligeramente y había cerrado los ojos.

—Tiene treinta y dos años y es el segundo de sus hermanos. Nació en junio. Se ha sometido a varias operaciones y ha recibido numerosos implantes. Le han reemplazado los pulmones y los riñones, entre otros órganos. —Tras una pausa prolongada, ladeó la cabeza como si estuviera escuchando algo—. Esa operación tuvo lugar hace cuatro años. Es diestro. Alérgico a la PLV.

Volvió las manos del otro hombre hacia arriba. Apoyó una rodilla en el suelo y se arrimó un poco más a los brazos de la silla, escudriñando con atención las líneas que se entrecruzaban en las palmas del sujeto.

—Nació en Bruselas y su padre murió cuando él tenía cuatro años. En la universidad conoció a una mujer alta y morena; no salió bien. Estudió mecanografía. Se pasó varios años saltando de un trabajo esporádico a otro, principalmente actividades físicas. Y viajó mucho. Ingresó en el ejército al cumplir los veinticinco. Aprendió artes marciales. Viajó mucho más. Violencia. Cometida por su parte, en su mayoría.

Se incorporó y se acercó al lavabo que había en la esquina. Humedeció una toalla de papel y la usó para limpiar con meticulosidad la mano del otro hombre. Cogió una lupa y, tras limpiar el cristal, volvió a examinarle la palma.

—Llevaba dos años en el ejército cuando su vida experimentó un cambio importante.

—Doctor Crisp, ¿a qué cambio se refiere? —lo interrumpió el bocazas. El aludido levantó la cabeza con expresión enojada.

—No estoy seguro —contestó, irritado—. Profesional, en cierto modo, pero drástico.

—¿Cómo lo sabe? —insistió el otro, a pesar de que la persona que estaba sentada a su lado intentó pedirle que se callara. «Perry, por favor, no empieces», oyó Myfanwy que le susurraba al impertinente hombretón.

—Porque le han borrado las huellas dactilares —respondió.

Myfanwy se apresuró a apuntar algo en su libreta; Gestalt intentó espiar con disimulo lo que decían sus notas, pero ella las tapó con una mano y preguntó a su vez:

—¿Qué más ve usted, doctor Crisp?

El aludido se quitó las gafas y examinó la mano aún más de cerca.



—Muchos más viajes, en uno de los cuales se encontró con alguien menudo y de ojos claros a quien ya conocía bien. Parece haber conocido el amor verdadero. Y tuvo tres hijos. Uno de los cuales murió. Dos veces.

—¿¡Dos veces!?! —exclamó Perry—. ¿Qué significa eso?

El interrogador bajó la mano con la que sostenía la lupa, exasperado.

—Vale, ¿quién está hablando todo el rato?

—¿Cómo, no reconoces mi voz? —se burló Perry.

—¡Se han instalado dispositivos electrónicos programados para deformarlas, grandísimo idiota! Pero déjame adivinar... ¿Alguien cuya primogénita todavía no ha encontrado ningún pretendiente ni lo hará en toda su vida?

—¡Ahora seguro que no, farsante! ¿Quién sería capaz de decirle a una niña de dieciocho años que no se va a casar nunca? —Perry se puso de pie y descargó un puñetazo contra el panel de cristal.

—¡Cualquiera que sepa apreciar el valor de la exactitud! —chilló Crisp mientras caminaba hacia él a zancadas. Al quitarse de golpe la mascarilla reveló el bigote con perilla que lucía debajo.

—¿Cómo te atreves? ¡Pero si eres un charlatán! ¡Un cochino embustero!

—¡Mi talento es indiscutible! —vociferó el doctor, furioso, dejando el panel de cristal salpicado de gotas de saliva. No podía ver a través de él, por desgracia, de manera que había ido a plantarse justo delante de Myfanwy y mantenía la mirada fija en algún punto imaginario.

—¡Yo los discuto! —se encrespó Perry a su vez—. Has traumatizado a mi hija con tus calumnias. ¿Qué clase de puerco aprovecha una fiesta de Navidad para babosearle la palma de la mano a una chiquilla con la excusa de leerle el futuro y después le llena la cabeza de mentiras?

—Para empezar, fuiste tú el que le pidió que solicitara mis servicios. ¡Y no le dije nada de lo que no habría podido darse cuenta cualquier desdichado que cruzara dos palabras con ella! Tiene la misma personalidad que un posavasos.

Los dos habían empezado ya a aporrear el cristal y sus gritos degeneraron en una retahíla de improperios ininteligibles. «Increíble. —Estaba pasmada. Todos los demás se habían quedado absortos, por lo que parecía corresponderle a ella hacer algo—. Soy una torre, al fin y al cabo. Y Gestalt no da la impresión de querer tomar cartas en el asunto». Le echó un vistazo de reojo a su homóloga, quien asistía a la acalorada discusión con una sonrisa.

—Caballeros —dijo apaciblemente Myfanwy, pero sus palabras cayeron en saco roto; los demás presentes en la sala se habían levantado y estaban contribuyendo a incrementar el clamor—. Caballeros —repitió alzando un poco la voz. De nuevo fue en vano.

«Vale, se acabó», decidió, exasperada. Ya se le había agotado la paciencia.

—¡Caballeros! —exclamó al fin, y su grito cortó el silencio como haría con un caniche una

guadaña bien afilada. Todos enmudecieron de súbito y la contemplaron con los ojos abiertos de par en par, asombrados—. Tengan la bondad de cerrar el pico de una vez y concentrarse en la tarea que nos ocupa. Doctor Crisp, si no le importa retomar el interrogatorio, me pregunto si no podría reanimar al sujeto y formularle sus preguntas de forma directa.

Entre carraspeos avergonzados, todas las miradas confluyeron sobre el hombre inmovilizado. Los presentes volvieron a ocupar sus asientos, a excepción del doctor Crisp, que se puso la mascarilla quirúrgica y regresó junto a la silla.

En la habitación acababa de entrar una enfermera portando una reluciente bandeja de acero que contenía una jeringuilla repleta de un líquido índigo. Crisp la cogió con cuidado, le dio las gracias a la mujer y clavó la aguja en el brazo del sujeto. Los párpados de este aletearon mientras el doctor aprovechaba la ocasión para cambiarse los guantes. El prisionero se despertó finalmente, mirando a su alrededor con cara de confusión.

—Buenos días —dijo el doctor, intentando sonar sereno y compuesto.

—Es por la tarde —lo corrigió Perry con aspereza.

—¡Silencio! —exclamó Crisp, y lanzó una mirada asesina en dirección al panel de cristal—. Veamos —continuó, volviéndose hacia el sujeto—. Voy a hacerte unas cuantas preguntas y espero que las contestes con sinceridad. Sabré si me mientes, cosa que lamentarás. —El hombre lo miró fijamente, sin pestañear—. Estoy seguro de que me entiendes. —Apoyó con delicadeza una mano en la muñeca del sujeto, colocando los dedos como si se dispusiera a tomarle las pulsaciones—. Empecemos.

Myfanwy experimentó una punzada de malestar mientras asistía a la escena que se desarrollaba a través del cristal. Antes, mientras Crisp leía las líneas de las manos del prisionero, se había relajado en parte. El examen físico no había sido agresivo ni invasivo, pero ahora presentía que iba a haber dolor y violencia. Petrificada en su asiento, era consciente de que Gestalt no la perdía de vista. El corazón empezó a martillearle desbocado en el pecho.

—¿Cómo te llamas? —comenzó Crisp.

—Peter Van Syoc —respondió el hombre. Tenía un fuerte acento holandés y, aunque hablaba con voz sosegada, sus ojos estaban abiertos de par en par, fijos en el cristal. Myfanwy sabía que no podía ver nada a través del panel, pero eso no evitó que se revoliera con incomodidad en su asiento.

—Cierto —asintió el doctor—. Y ahora, ¿para quién trabajas?

—Para la empresa pesquera Zeekoning. —Se produjo una pausa tras su respuesta.

—Esa es una verdad a medias, en el mejor de los casos —replicó Crisp—. Y ahora que ya has comprobado que sé cuándo mientes, te lo volveré a preguntar: ¿para quién trabajas?

—¡Para la empresa pesquera Zeekoning, ya te lo he dicho! —exclamó Van Syoc. Crisp chasqueó la lengua detrás de la máscara, apesadumbrado. Colocó una mano sobre las huellas

dactilares del sujeto sin retirar la otra de su muñeca y, con cuidado, apoyó cada dedo en un punto específico. Myfanwy vio que se le tensaban los brazos por un momento. Van Syoc dio un respingo y aspiró una brusca bocanada de aire, sorprendido.

—¿Para quién trabajas? —Tras recibir una mirada aterrada por toda respuesta, el doctor suspiró y volvió a presionar. Van Syoc profirió un alarido, articulado en esta ocasión. Myfanwy aguzó el oído; aunque para ella el grito daba la impresión de consistir en una simple concatenación de sílabas arbitrarias, los demás presentes en la sala contuvieron la respiración. Se giró, sobresaltada. Los distintos líderes de sección habían palidecido; incluso Gestalt parecía sobrecogida. Era como si acabasen de confirmarles que Satanás había llegado a la tierra y estaba en vías de devorar Glasgow.

—Hmm —murmuró, como si comprendiera la importancia de las palabras que acababa de escuchar. Ya le preguntaría a Ingrid más tarde. Entretanto Crisp estaba preparándose para plantearle otra pregunta al sujeto y, a juzgar por las intensas miradas del resto de los asistentes, Myfanwy dedujo que esta iba a ser de crucial importancia.

—¿Por qué estás aquí? —inquirió el médico, imprimiéndole a su voz un énfasis demoledor. Sus dedos se habían crispado sobre los delicados puntos de presión de la mano del holandés, y era evidente que el dolor que este sentía se estaba intensificando—. ¿Qué se proponen?

Los músculos faciales de Van Syoc pugnaban por escapar de su piel. Tenía la mandíbula apretada como unas tenazas y los ojos desorbitados. Se obstinó en su silencio, pese a todo. Gestalt profirió un gruñido sutil, gutural, y el médico aflojó su presa sobre el brazo del prisionero antes de acercarse al panel de cristal con la mirada al frente y los brazos en jarras.

—¿Sí, señor? —preguntó. Gestalt juntó las puntas de los dedos, formando una pirámide, a todas luces absorta en sus pensamientos mientras observaba sin parpadear al hombre arrumbado en la silla acolchada. Fue Perry el que, transcurridos unos instantes, reunió el valor necesario para romper el silencio:

—Torre Gestalt, es imprescindible que averigüemos qué está sucediendo.

Gestalt asintió con gesto sombrío.

—Extraiga la información, doctor Crisp. Las torres le damos permiso.

—¿Perdona? —protestó sin pensar Myfanwy, sorprendida ante el hecho de que nadie le hubiera consultado nada, granjeándose así una mirada de extrañeza por parte de su homóloga.

—Siempre y cuando tú no tengas nada que objetar, torre Thomas —añadió el cuerpo Robert con una sonrisa. La habitación en pleno volvía a estar sorprendida, pendiente de ella.

—Hm, no. Supongo que no tengo nada que objetar. Prosiga, doctor Crisp, por favor.

Este realizó una sutil reverencia y se volvió hacia el hombre de la silla. Se colocó con cuidado detrás de Van Syoc, extendió los dedos desplegándolos al máximo y, tras envolver el cráneo de su víctima con ellos, empezó a oprimir y masajear la piel.

—¿Por qué estás aquí? —repitió.

Van Syoc se contorsionó y se rebeló al control de sus extremidades. Bajo su camisa se apreciaban unos inusuales estremecimientos, como si sus órganos estuvieran intentando salir de su torso. En la sala, capturado por los micrófonos, resonó el eco espeluznante de unos chasquidos. Myfanwy tardó unos instantes en descubrir cuál era el origen del sonido, hasta que se dio cuenta de que se trataba de los dientes de Van Syoc, que habían comenzado a bailar en sus encías. Le sobrevino un escalofrío de horror al tiempo que se le ponía la carne de gallina.

—¿¡Qué se proponen!?

La agonía del hombre era palpable, hasta tal punto que a Myfanwy le pareció ser capaz de «ver» las sensaciones que estaba experimentando. Palpitaban frente a ella como jirones llameantes cuya intensidad aumentaba y disminuía al compás de las impresiones que fluían por los canales de su cuerpo.

—¿Por qué estás aquí?

Myfanwy sacudió la cabeza, esforzándose por concentrarse más en Van Syoc que en el tormento que exudaba su ser. Víctima de la desesperación, se giró para mirar a quienes la rodeaban y parpadeó, sorprendida. Los demás estaban envueltos en un aura de emociones, círculos concéntricos que se superponían los unos a los otros. Le asaltó el presentimiento de que, con un mero roce de su mente, podría dejarlos a todos yaciendo en coma en el suelo. Volvió a fijar su atención en el prisionero y en el dolor que este sufría. Cuando los sentidos del hombre llamearon contra los suyos, dio un paso atrás para sus adentros. Con el estómago revuelto, tragó saliva con esfuerzo para contener la bilis que amenazaba con escapar de su garganta. «Así se explica que Thomas acabase devolviendo siempre», concluyó, sin dejar de mirar con los ojos abiertos de par en par al sujeto, por el que se compadeció de repente.

Proyectó su mente hacia él. Vacilante, sin entender muy bien lo que se disponía a hacer, tocó aquella de las corrientes que ardía con más intensidad y apagó su dolor.

—¿Por qué estás aquí?

El cuerpo de Van Syoc continuó crispándose bajo las manos de su interrogador, pero Myfanwy sabía que su mente ya no sentía nada. Aunque en el cuello se le marcaban aún todos los tendones, sus ojos saltaban ahora febriles de un punto a otro en busca de una explicación.

Sentada al otro lado del panel de cristal, la explicación en cuestión permanecía conectada al sistema de Van Syoc. «Asombroso —se maravilló Myfanwy mientras recorría las rutas nerviosas del holandés—. Así que esto controla el dolor. —Dirigió su atención a otra zona—. Y este entramado está relacionado con la vista. Pero ¿qué pasa aquí? Esto no puede estar bien». Arrugó el entrecejo mientras examinaba la anomalía. Gran parte de aquel sistema nervioso ajeno le parecía evidente, casi como si se explicara por sí solo, pero había secciones enteras que no tenían sentido. Una ondulación recorrió el sistema en ese momento, obra del doctor Crisp. Con

esfuerzo, Myfanwy volvió a concentrarse en el resto del mundo, donde las cosas no tenían buena pinta. Resultaba obvio que el interrogador, que estaba sudando profusamente, se había percatado de que algo iba mal.

—¿Qué se proponen?

Crisp profundizó más aún y tanteó en busca de los nexos de nervios y energía más sensibles, perturbándolos y agitándolos. Myfanwy podía percibir sus esfuerzos detrás del cristal, los sintió estrellándose contra las barreras que ella había interpuesto en su camino. Tuvo que reconocer para sus adentros que no era rival para las habilidades del doctor, cuya influencia comenzaba ya a desbordar los muros de contención que ella había erigido; instantes después, rompieron sobre el sujeto con una fuerza inimaginable.

—¡¡¡Por qué estás aquí!!!

Van Syoc profirió un alarido, un vagido interminable y desgarrador. Su boca se abrió y se cerró, aleteando sus labios de forma obscena mientras forcejeaba consigo mismo. «¿Son eso palabras? —se preguntó Myfanwy—. ¿Ha sido eso una respuesta?».

Sonó un furioso zumbido procedente de alguna parte, estentóreo. Todos miraron a su alrededor, extrañados, menos Crisp, que estaba concentrado por completo en su proyecto. De repente se oyó un chasquido húmedo. El médico apartó con brusquedad las manos de su paciente y dio un paso atrás con un grito, sobresaltado. Perry se rió al verlo maldecir y agitar los dedos en el aire como abanicos.

—Déjate de tonterías, Perry —lo reconvino con gesto adusto Myfanwy—. ¡Fíjate en el cuerpo!

—El cuerpo —repitió como un eco Gestalt. Todas las miradas convergieron sobre el prisionero, laxo e inerte en la silla. Aunque las ligaduras estaban todavía en su sitio, sujetándolo con firmeza, lo envolvía un silencio alarmante.

Unas sutiles volutas de humo comenzaron a elevarse de los restos terrenales de Peter Van Syoc.

—¿Qué diablos ha sido eso, Crisp? —preguntó a voz en cuello Gestalt. El doctor había sido conducido a la sala de observación y se enfrentaba ahora a un grupo de ejecutivos acusadores y una torre iracunda. Myfanwy e Ingrid permanecían sentadas aún, pero todos los hombres que las rodeaban se habían puesto de pie, presentando un frente unido—. ¡Dijiste que podías hacer confesar a cualquiera, que nos conseguirías toda la información que necesitábamos!

—Torre Gestalt, usted sabe que mi historial es impecable —se defendió el doctor Crisp, con la mirada clavada en el suelo y los puños apretados a los costados. O mucho se equivocaba Myfanwy o la tensión del hombre era más fruto del miedo que del enfado. Su temor era comprensible con Gestalt desgañitándose frente a él, por supuesto, pero también presentía una nota de perplejidad.

—Si tu historial es tan asquerosamente impecable —replicó la torre—, explícame qué hace ahora muerta esa cosa de ahí dentro.

Las puertas del ascensor se abrieron con un susurro y aparecieron los gemelos, también cabreados. Todos los presentes se apartaron cuando irrumpieron en la sala con paso vivo.

—No estoy seguro —balbuceó Crisp, nervioso—. La tolerancia de ese hombre era increíble, aunque no esperaba menos de alguien con su adiestramiento. Es cierto que lo presioné mucho más allá de los límites habituales, pero, francamente, debería haber dado su brazo a torcer mucho antes.

—¿Y lo de morirse? —rugió Relamido.

—¿Eso también debería haberlo hecho mucho antes? —matizó su pregunta Molón, con los dedos engarfiados como garras.

—¡Necesitamos respuestas, Crisp! —bramó el más apuesto de los Gestalt—. ¡Yo las necesito! ¡Y ahora, gracias a ti, no voy a obtenerlas!

—Señor, lo lamento, no me explico qué ha podido ocurrir —se disculpó el doctor con la frente perlada de sudor.

—¿No? —inquirieron al unísono los tres hermanos—. A lo mejor yo puedo ayudarte a entenderlo. —Tres pares de manos salieron disparadas y se cerraron en torno al cuello de Crisp. Aunando sus fuerzas, levantaron del suelo al doctor—. ¿Lo entiendes ahora?

—Gestalt —intervino Myfanwy, en tensión. «¿En serio se propone asesinar a este hombre a la vista de todos?», dudó. «¿Esto es normal? Pero ¿en qué puñetera organización me he metido?»—. Basta ya.

Todas las miradas confluyeron en ella. Podía sentir tres pares de bonitos ojos azules en particular, llameantes, desesperados y enfurecidos.

—Si bien no dudo de los talentos del doctor Crisp, sospecho que hacer que un cuerpo entre en combustión espontánea es algo que los excede. ¿Acierto, doctor Crisp? —El hombre asintió con vehemencia mientras pataleaba con la garganta oprimida aún por una hueste de dedos inexorables—. Aquí ha ocurrido algo que se nos escapa. Así que sé razonable y suelta al pobre médico. —«Psicópata», añadió para sus adentros mientras veía cómo los tres semblantes recuperaban la sensatez. Gestalt lo depositó en el suelo.

—¿A alguien se le ocurre alguna sugerencia ingeniosa? —preguntó el cuerpo de Robert, que parecía haberse serenado de súbito. Los gemelos habían girado sobre sus talones y se encaminaban de nuevo hacia el ascensor, mientras que el doctor jadeaba con la respiración entrecortada en el suelo. Todos los presentes observaban con expectación a Myfanwy. Debían de imaginarse que ella era la que menos posibilidades tenía de acabar estrangulada a manos de su homóloga—. ¿Y bien, torre Thomas? ¿Tú qué dices?

—Se me ocurren un par de cosas —dijo muy despacio ella, esforzándose por ganar tiempo

para pensar. Abrió su libreta y hojeó las páginas con el ceño fruncido, como si estuviera buscando algún tipo de información oculta. Entonces se acordó de algo—. Me intriga qué fue eso que gritó Van Syoc al final. Doctor Crisp, ¿convendría usted que nuestro sujeto se sintió obligado a contestarle?

El médico todavía estaba en el suelo, sin resuello, pero se las apañó para asentir con la cabeza.

—Sí, torre Thomas —contestó con voz ronca—. Fuera lo que fuese lo que estaba intentando decir, no mentía. Me habría dado cuenta.

—En tal caso... —empezó, pero la interrumpió Perry, cuya cara de escepticismo no le hacía ni pizca de gracia.

—Ejem. Aunque estoy seguro de que todos agradecemos las bienintencionadas aportaciones de Myfanwy, me parece arriesgado hacer demasiado hincapié en esta idea. Para cualquiera con experiencia en operaciones es evidente que este hombre —hizo un gesto en dirección al panel de cristal y la figura inerte de Van Syoc— tan sólo estaba reaccionando al insostenible dolor que sentía. Es comprensible que te atemorizara —añadió, dándole una palmadita en el hombro a Myfanwy—, pero no tienes por qué preocuparte, se trata de algo completamente normal, dadas las circunstancias.

El paternalismo que rezumaba el tono de Perry hizo que se le crisparan los nervios.

—Por supuesto —dijo, sosteniéndole la mirada—. Demos gracias a todos los santos por tenerte a ti aquí para recordarnos cuándo hay que hacer oídos sordos a los superiores de uno y cuándo conviene escucharlos.

Con las líneas mentales de Perry desplegadas alrededor de su cuerpo, hubo de contenerse para no sucumbir al impulso de arrebatarse el control de las piernas y dejarlo postrado en el suelo. En vez de eso, se conformó con admirar el modo en que se le encendían los carrillos mientras los ojos amenazaban con salirse de las órbitas.

—Eso sí, Perry, te confesaré que no recuerdo que esa responsabilidad recayera sobre ti en particular. Supongo que es un servicio a la comunidad que tu generosidad te ha llevado a hacernos a todos.

La atención de toda la sala estaba puesta ahora en él, que había enrojecido hasta tal punto que podría haber detenido el tráfico como si fuera un semáforo.

—En cualquier caso —concluyó Myfanwy, agitando una mano en el aire con expresión distraída—, que alguien averigüe cuáles fueron las últimas palabras de Van Syoc.

Por el rabillo del ojo vio que el mayordomo se giraba hacia uno de los peones, el cual se alejó raudamente, había esperado que en busca de algún tipo de experto. «Qué gratificante», se felicitó para sus adentros mientras pegaba un buen trago de café.

—Me gustaría saber, además, por qué empezó a echar humo su cuerpo. Doctor Crisp, ¿por qué retiró usted los dedos de golpe? —preguntó, y se esforzó por fingir que no estaba viendo

cómo todos los hombres que la rodeaban se habían quedado boquiabiertos. Crisp, que ya había logrado reincorporarse, respondió mientras se alejaba con expresión recelosa de Gestalt:

—Bueno, señora —comenzó a decir, compungido—, es que sentí algo parecido a un mordisco, como si me los hubieran intentado amputar de un bocado.

—Enséñeme las manos, por favor —le pidió, y el hombre las extendió para que pudiera verlas mejor. Todavía llevaba puestos los guantes de látex. Myfanwy les dio la vuelta a fin de examinarlas de cerca. Tenía los dedos inusualmente largos, con protuberantes nudillos y articulaciones—. Doctor, las puntas de sus guantes, a la altura de las huellas dactilares, presentan unas diminutas marcas de quemaduras. Quíteselos, por favor.

Así lo hizo el médico, que le ofreció los dedos para su inspección. Parecían palitos de bambú rosa. Dio un respingo cuando Myfanwy hizo ademán de tocarlos.

—No sea usted bobo, no le voy a hacer daño —lo tranquilizó mientras tomaba sus manos entre las suyas. Eran suaves al tacto y estaban cubiertas por una fina capa de polvo procedente de los guantes. Pese a todo, no le costó distinguir unas diminutas partículas de hollín en sus dedos—. Fascinante. Habrá que analizar tanto los guantes como sus manos. Y lo mismo con el difunto señor Van Syoc, por supuesto. A conciencia.

Myfanwy miró a su alrededor y vio que nadie parecía tener la menor intención de hacer nada. Todos estaban demasiado ocupados observándola incrédulos. Se sobresaltaron cuando chasqueó los dedos un par de veces.

—¡Vamos, chicos, que es para hoy! Empezad a devanaros los sesos y avisadnos a cualquiera de las dos torres en cuanto se os haya ocurrido algo. Ingrid, ¿nos retiramos?

La secretaria se situó junto a ella y, juntas, encaminaron sus pasos hacia el ascensor.

—¡Caray! —exclamó Myfanwy, incapaz de contener su frustración por más tiempo, en cuanto las puertas se cerraron—. Pero ¿qué narices ha sido eso?

—A lo mejor es que... —empezó a replicar Ingrid, titubeante, pero el indignado despotriqué de su superior no le dejó terminar.

—¡O sea, primero el engreído ese de Perry se me echa encima como si estuviera metiéndome donde no me incumbía y después va y me deja la cara chorreando de babas! —se quejó mientras volvía a limpiarse la mejilla, con la manga esta vez—. ¡Y la dichosa Gestalt, con ese tonillo paternalista! «Ay, toma esta bolsita de papel para vomitar, por si te mareas, como una niña pequeña». Sin dejar de mirarme todo el rato, esperando que se me revolviere el estómago.

—Aunque, para ser... —intentó apostillar Ingrid, pero Myfanwy estaba ya desatada y, salvo que alguien le pegase un golpe de kárate en la tráquea, las posibilidades de silenciarla eran más bien escasas.

—Tendría que haber dejado que se quedasen de brazos cruzados, con lo bien que se les da eso, como demostraron cuando a Gestalt le dio por intentar estrangular al personal.



Agitó las manos en el aire y sacudió la cabeza con tanta violencia que los cabellos se escaparon de su pasador. Ingrid alargó el brazo y liberó la pinza enredada en su pelo.

—¡Repugnantes cretinos! Gracias, Ingrid. ¿Quiénes se habrán creído que son?

—Bueno, me imagino que «creerían» ser los líderes de sección del Tablero, la élite, los ejecutivos con más poder y de mayor confianza —replicó su secretaria con ironía—. Pero seguro que ya se les han quitado esas fantasías de la cabeza.

—Bah, que piensen lo que les dé la gana —resopló Myfanwy. Ahora que por fin se había desfogado, apoyó una mano en la pared y se inclinó hacia delante, jadeando, con la cabeza agachada.

—Por otra parte —murmuró Ingrid, rompiendo así el prolongado silencio—, no puedo decir que me extrañe del todo.

Myfanwy le dirigió la mirada sin enderezarse.

—¿Disculpa?

Su secretaria tenía la vista fija en el frente, rehuendo deliberadamente sus ojos.

—Torre Thomas, usted sabe que nunca le he hecho ninguna observación sobre su forma de comportarse.

—Ah..., hm, ya. Y yo siempre te lo he agradecido —dijo Myfanwy, esforzándose por disimular el hecho de que ignoraba si eso era cierto.

—Como sabe también, por supuesto, que tengo sus dotes profesionales en la más alta estima. Así que, por favor, no se ofenda... —Hizo una pausa, y Myfanwy se quedó esperando a que continuara—. Por favor, no se ofenda si le recuerdo que usted no ha desempeñado nunca un papel dominante en la gestión del Tablero.

—Oh, ¿eso? Caramba, ¿cómo podría ofenderme por algo así? —le restó importancia al asunto mientras se abrían las puertas del ascensor.

—¿Seguro que no? —insistió Ingrid.

«¿Qué se esperaba? —se preguntó—. ¿Que me tumbara en posición fetal en el suelo o algo por el estilo?».

—Claro, no pasa nada. Veamos, ¿qué nos depara el resto de la jornada? —Se sentía capaz de comerse el mundo de repente, como si acabara de tomarse seis cafés seguidos. Ingrid la observaba con extrañeza—. ¿Qué pasa? ¡Vamos! Reuniones, etcétera. ¿No tenía que verme con no sé quién? Con el director de seguridad, eso era.

—No hasta las tres —respondió la mujer—. ¿Sigue apeteciéndole salir a almorzar? Tuve que cancelar la reserva, pero podría preguntar a ver si tienen algún hueco libre.

—No, me he puesto hasta arriba de fresas y queso durante el interrogatorio. ¿Qué vas a hacer tú ahora?

—¿Yo? —casi exclamó Ingrid, sobresaltada.

—Sí, me gustaría conocer tu opinión sobre lo que acabamos de presenciar —insistió con entusiasmo—. ¿O creías que te pedí que me acompañaras por diversión? Ya hemos pasado por la cita clásica de rigor, con espectáculo y algo para picar incluido, y ahora espero que cumplas con lo que te toca. Pediremos que nos traigan el té para merendar y podrás ofrecerme tu crítica.

«Y de paso, con suerte, me enteraré de una vez qué rayos fue lo que balbuceó al final ese pobre diablo. Lo que hizo que todo el mundo contuviera el aliento como si acabase de desvelar que era el heredero de la corona de incógnito».

—Caray, nada me agradaría más —confesó Ingrid—. Deme un par de minutos para organizarlo todo.

—Me parece bien —convino Myfanwy mientras entraban en el despacho—. Yo también tengo unos asuntillos pendientes que atender antes.

Quería repasar unas cuantas lecturas y, a menos que le hubiese engañado la vista, su somero examen del armario de la oficina había revelado la existencia de una nevera en miniatura. «Espero que Thomas tuviera la sensatez de mantener ese minibar bien abastecido».

Veinte minutos después, se había tomado un descanso de su lectura y se encontraba contemplando un Toblerone con ojos golosos cuando apareció Ingrid, con cara de circunstancias.

—La torre Gestalt ha venido a verla, señora —anunció.

—Ah. Pues qué bien. En fin, espera un momento —le solicitó, ligeramente desinflada. Se recompuso, se apartó el pelo del rostro y se alisó el abrigo—. ¿Tengo buen aspecto? ¿Profesional?

Su secretaria asintió con gesto de escepticismo, en silencio, y se giró para dar la bienvenida a Gestalt. Myfanwy cinceló sus facciones en una máscara de serenidad mientras se apresuraba a retirar la chocolatina de encima del escritorio. Los gemelos entraron y se instalaron al unísono en lo que, a juzgar por el modo en que no paraban de rebullirse, Myfanwy no pudo por menos de concluir que eran unas sillas elegidas a propósito por su incomodidad.

—Gestalt. Hola. —Se produjo otra de aquellas largas pausas cargadas de expectación—. ¿Un Toblerone?

*Querida t :*

*Bueno, ya te he contado cómo me adquirieron de mis padres Farrier y Wattleman. Acababande acompañar a un alterado señor Thomas fuera del edificio y ahora debían vérselas con una mocosa cubierta de lágrimas y chocolate de la cabeza a los pies. Nos terminamos el t  de la mañana y Farrier y Wattleman me explicaron lo importantes que eran, por qué debería esforzarme por contentarlos y hacer que se sintieran orgullosos de mí, y que pronto ingresaría en lo que tenía toda la pinta de ser un internado. Conmocionada aún como estaba por los acontecimientos de la última hora, me limit  a asentir con la cabeza, aturdida, y me dej  conducir hasta el asiento trasero de un coche en el que recorr  un montón de kilómetros, lejos de Londres.*

*El viaje se me antojó interminable. Recuerdo haber mirado a mi alrededor una y otra vez sin cesar, desvalida. Todo cuanto conocía se había esfumado y me adentraba en la campiña cada vez más. Estaba sola en el asiento de una limusina. Me hice un ovillo y volv  a llorar un poco más, hasta que el chófer se compadeció de mí y me dej  sentarme delante, a su lado. Acab  quedándome dormida, estirada incómodamente encima de la palanca de cambios, con la cabeza apoyada en la rodilla del conductor y la mejilla soldada a la pernera de su uniforme por una impía mezcla de babas, chocolate y el fruto de una nariz moqueante.*

*Cuando el coche llegó por fin a la Finca, me despert  con unos golpecitos una mujer grandota, de acento misterioso, que se escandalizó al ver las condiciones en las que había ocurrido mi traslado. Transcurrido el tiempo necesario para manifestar el solemne rechazo que le inspiraba la dejadez de sus superiores, se present  ante mí como frauBl men, la directora de mi nuevo colegio.*

*Era afable y jovial, se portaba bien con los niños y aparentaba ser tremendamente cómoda dormirse encima de ella, pero yo ya lo veía todo y a todos con un recelo espantoso. En cuanto me ape  del vehículo, el conductor sobre el que había venido echando la siesta se larg  sin despedirse siquiera. Era como si no pudiera contar con nadie, como si no hubiese nadie digno de confianza.*

*Esa creencia habría de acompañarme durante muchísimo tiempo.*

*FrauBl men me mandó directamente a la cama, donde ca  rendida ipso facto, extenuada tras las vivencias de la jornada.*

*A la mañana siguiente me despert  inmersa en una nueva vida, transformada en una persona*

*distinta de quien había sido hasta el día anterior. No deja de resultarme curioso que ahora tú estés experimentando algo parecido. ¿Cuántas personas pasan por algo así en el transcurso de su existencia, no digamos ya en el mismo cuerpo? Me pregunto si tú también recordarás hasta el último detalle de tu primer nuevo día. Yo te garantizo que sí.*

*Fue el día más desconcertante y agotador de mi vida.*

*Me despertó el canto de un gallo. Aún no había salido el sol, pero ya había gente deambulando por la habitación y las luces empezaban a encenderse por sí solas de forma gradual. Estaba claro que no me quedaba más remedio que levantarme de la cama, sobre todo cuando sentí que alguien me daba unos golpecitos titubeantes en la espinilla. Al obligarme a entreabrir los ojos, por fin me encontré con una niña china, de mi edad, que me observaba expectante.*

*—¡Buenos días! —me saludó, pizpireta—. ¡Me llamo Mary y me han pedido que te haga de guía! ¡Ya es hora de levantarse!*

*Todo cuanto decía venía envuelto en exclamaciones risueñas, y demostró ser una de esas personas que siempre están de buen humor.*

*Pese a todo, incluso a esa edad a mí ya me parecía algo antinatural que alguien pudiera saltar de la cama con todos los sentidos alerta. Lo que aún no sabía era que los alumnos de la Finca recibían una formación y un adoctrinamiento exhaustivos diseñados para inculcarles una eficiencia sobrenatural. Aficionarse a madrugar formaba parte del trato. Para colmo de males, todos mis compañeros de curso llevaban en la Finca desde que eran prácticamente bebés. No existe ninguna edad determinada en la que se manifiesten los poderes de una persona, puede ocurrir en cualquier momento de nuestras vidas, pero lo más habitual es que se produzca antes de la adolescencia; esto le conviene al Checquy, pues así resulta mucho más sencillo manipularnos. Yo era la única de mi grupo de edad cuyos poderes no se habían detectado en el vientre materno. Los demás habían pasado juntos cada minuto de los últimos ocho años, por lo que además de estar más en forma que muchos atletas profesionales y poseer un sentido de la disciplina que ya lo querría un samurái, los pequeños formaban un estrecho círculo de amigos del alma.*

*Círculo al que de golpe y porrazo se había visto arrojada la pequeña Myfanwy Thomas, quien todavía pugnaba por encajar la idea de que no iba a regresar nunca a su hogar mientras la atormentaba la vaga pero acuciante noción de que debía conseguir como fuese que lady Farrier y sir Henry se sintieran orgullosos de ella. Y eso no era lo único que me preocupaba. Había otra cosa. Algo que hacía que toda esta situación resultara aún más perturbadora: era la primera noche en meses que Farrier no aparecía en mis sueños. Me había abandonado, lisa y llanamente, sin darme explicaciones ni discusión alguna.*

*Cuando me levanté, me pusieron un uniforme azul marino, me enfundaron unos guantes de*

*látex tras embadurnarme las manos de crema hidratante y me enviaron al patio interior, donde realizamos unos cuantos calentamientos antes de embarcarnos en una serie de ejercicios aeróbicos de alta intensidad para, a continuación, practicar un estilo de yoga diseñado para convertirnos en auténticos contorsionistas.*

*Los cinco minutos al término de la sesión durante los cuales se nos permitió tumbarnos de espaldas y hacernos los muertos constituyeron el instante más placentero de la jornada. El posterior circuito de tres kilómetros al trote fue, sin duda, el peor.*

*Mary no dejó de darme ánimos durante todo ese calvario, pero saltaba a la vista que ardía en deseos de reunirse con el resto del grupo; los demás habían terminado casi nada más empezar la carrera. En el tiempo que tardé en completar el circuito (el cual discurría por una ladera empinada, una franja de arena y un arroyo), nos adelantaron cinco grupos de chicos mayores que habían salido a intervalos calculadamente espaciados entre sí. Tras esta paliza vino un prolongado intervalo de relajación, consistente en permitir que tus entusiasmados compañeros te tirasen de los brazos y las piernas como si quisieran arrancártelos de cuajo antes de agarrar el bañador y desfilan bajo una interminable fila de duchas cuya agua salía a una temperatura variable, programada para garantizar que no te estallasen los músculos.*

*Después de aquello tocaba presentarse en la capilla, donde asistimos a un misericordiosamente escueto discurso acerca del patriotismo y el sentido de la responsabilidad, y a continuación nos dispusimos por fin a desayunar, cosa que se les permitió a todos menos a mí. Compungida (pero sin perder la sonrisa), Mary me explicó que los médicos me querían hacer unas pruebas, por lo cual debía permanecer en ayunas. Tuve que quedarme mirando mientras un comedor lleno hasta la bandera de gente se atiborraba de platos diseñados expresamente para proporcionarnos el máximo de energía, fomentar un crecimiento saludable, suministrarnos todos los nutrientes fundamentales, dejarnos el cabello lustroso y garantizar que nos aprovechara al máximo la digestión. Para colmo de males, todo tenía una pinta deliciosa y olía de maravilla. Me senté en medio de un corrillo de chicos y chicas que parloteaban sin cesar, haciendo referencias a cosas de las que yo no había oído hablar en mi vida y riéndose de chistes que yo no entendía (lo cual tampoco tenía nada de extraño, habida cuenta de que su nivel de lectura era cinco años superior al mío y se esperaba de ellos que dominaran dos idiomas extranjeros). Aunque intentaban incluirme en la conversación, yo me sentía agotada, desorientada y famélica.*

*Despuntaba el sol cuando acabó el desayuno. Más adelante descubriría que el gallo que nos despertaba por las mañanas era una grabación, presumiblemente de algún animal cuyo canto había sido identificado como arquetípico para que su voz apelara a una parte atávica de nuestro cerebro y lo estimulase como habría ocurrido con el de nuestros ancestros.*

*Así era la vida en la Finca. Hasta el último aspecto de nuestras vidas estaba meticulosamente*

*diseñado y coordinado para resultar lo más eficiente posible. Al igual que nosotros.*

*Del comedor pasamos al aula, donde se impartían clases que iban desde los clásicos de la literatura a la química, pasando por aprender a desmontar y ensamblar hasta tres tipos distintos de rifles de asalto. El almuerzo tenía una pinta tan apetitosa como el desayuno, pero debí conformarme con un puñado de pastillas que, según me dijeron, me ayudarían a «vaciar la tripa» en preparación para los análisis. Me costó entender lo que significaban exactamente esas palabras, hasta que, en plena clase, tuve que levantarme de pronto mientras el profesor continuaba disertando sobre técnicas de observación. También me vi obligada a abandonar el aula inopinadamente durante la clase de Introducción al Francés (lo cual en realidad supuso un alivio, porque estaba rodeada de mocosos de tres años). Más de lo mismo en la clase de judo. Y en la de Informática. Al finalizar el horario me sentía vacía, tanto emocional como intestinalmente hablando.*

*Por fin, mientras todos los demás se dirigían a los campos de tiro para perfeccionar sus poderes, a mí me llevaron a la enfermería, donde un grupo de personal médico ataviado con inofensivas batas de laboratorio amarillas y guantes de látex se embarcó en una serie de pruebas y exámenes que no dejaron ni un rincón de mi ser sin explorar, sondear, observar y analizar. Fui fotografiada, radiografiada y entrevistada. Cogieron por lo menos una muestra de todos los fluidos de mi cuerpo, amén de algún sólido. Me tomaron las huellas dactilares, tanto de las manos como de los pies, así como las de las palmas y las plantas; me escanearon la retina, grabaron mi voz y registraron el contenido de mis exhalaciones. Recibí un nuevo corte de pelo (largo hasta los hombros era poco recomendable para nuestras «aventuras»), me arreglaron una caries, me pusieron gafas, programaron mi paso por el quirófano para operarme la vista con láser y ponerme un corrector dental en cuanto cumpliera un par de años más, y me asignaron un régimen de halterofilia especial diseñado para impulsarme hasta alcanzar cuanto antes el estándar de los demás chicos de mi edad.*

*Descubrieron que era alérgica a las abejas y que tenía fobia tanto a los espacios cerrados como a los abiertos si en estos reinaba la oscuridad, a las serpientes, a las arañas y a hablar en público. Se me asignó un psicólogo y me propusieron una terapia. Cuando salí de la enfermería, poseían detalles sobre mi condición física, mental y espiritual como para llenar un archivador entero. Y eso fue sólo el principio.*

*Desde allí tuve que cruzar el césped con el cometido de personarme en el recio edificio en el que se encontraba el departamento encargado de gestionar las habilidades especiales de los estudiantes, los dones responsables de que estuviéramos en la Finca para empezar. Pasé por delante de salas de entrenamiento en las que había niños matando animalitos con sus canciones, levantando frigoríficos sobre sus cabezas o enfrascados en profundas conversaciones con las coníferas. Por fin llegué al despacho del director del departamento, quien me entrevistó durante*

*dos horas y pico con la intención de averiguar con exactitud qué había ocurrido cuando me caí de aquel árbol.*

*Esa entrevista destaca en mi recuerdo como una de las experiencias más espantosas de aquel día fatídico, visitas corriendo al cuarto de baño incluidas. Salí de ella con la idea de que podía repetir lo que sucedía cuando tocaba a la gente. En aquel momento no se me ocurrió preguntarme qué habría pasado si hubiera decidido negarme a realizar otra vez ese truco. Años después me enteré de que el protocolo de la Finca para ese tipo de situaciones podría resumirse en algo así como que «el pajarito que es capaz de cantar pero se niega a cantar debe ser obligado a cantar».*

*Me acostumbé a las clases, a la rutina. Y aunque me pasé las primeras semanas con unas agujetas horribles, en fin, ese era el precio que debía pagar si quería ponerme en forma. Esas personas sabían muy bien cuál era el límite al que podían empujarnos. No eran fanáticos instructores de ballet empeñados en que sus pupilos no entrasen en la pubertad, ni maestros de una escuela de élite cuyos alumnos corrían el riesgo de suicidarse como no lograran acceder a la universidad oportuna. En la Finca se esmeraban por no exigirnos más de la cuenta. Al fin y al cabo, a los administradores les convenía producir una serie de excelentes seres humanos adultos, resultado imposible de obtener sometiendo nuestros frágiles huesos y psiques a una presión excesiva.*

*Dicho lo cual, cabría matizar que los niños son capaces de soportar mucha más presión de lo que tradicionalmente se piensa.*

*La batería de análisis médicos era un procedimiento mensual y estándar para todos los alumnos. La Finca estaba desesperada por desentrañar el origen de los talentos antinaturales de sus estudiantes y no iba a dejarse desanimar por el simple hecho de que todos sus esfuerzos estuvieran saldándose con un estrepitoso fracaso tras otro. Había un chico relacionado con un fenómeno atmosférico en Islandia, pero de un modo tan profundo y complejo que en realidad nadie entendía muy bien cuál era la conexión. Otro pequeño intentaba explicarles, sin éxito, cómo hacía para sondear el estado emocional de todos los zurdos del planeta. Esa situación propiciaba que la inmensa mayoría del personal médico se estuviera quedando sin pelo a marchas forzadas, entre la alopecia galopante provocada por el estrés y el mesarse sin parar los cabellos. Pese a todo, el equipo seguía efectuando sus lecturas, realizaba sus análisis y acumulaba toda la información con la vaga esperanza de que los futuros empleados del Checquy poseyeran la tecnología o la inspiración necesaria para descifrar esos datos.*

*No hice amigos. Mis primeras semanas transcurrieron en una desesperada vorágine por intentar adaptarme a la rutina, a las expectativas. Cuando me pude relajar lo suficiente para fijarme en las personas que me rodeaban, descubrí que me costaba entablar conversación con ellas y, como se pasaban la mayor parte del tiempo relacionándose los unos con los otros,*

*nadie se dio cuenta de que yo casi siempre estaba callada. Era incapaz de seguir su ritmo cuando salíamos a correr, no porque no estuviera en forma (mi condición física se había vuelto excelente), sino porque, con los años de entrenamiento que acumulaban, eran sobrenaturalmente atléticos. En términos de logros académicos yo me contaba entre los diez mejores, pero en la mitad inferior de ese ranking. Lo cierto es que nunca fui uno de ellos.*

*Mis habilidades progresaron gracias al trabajo de los instructores, aunque sospecho que no de forma satisfactoria. Entrenar a alguien con poderes es una labor complicada, para empezar. La variedad de habilidades susceptibles de manifestarse es inmensa, y cuesta mucho adiestrar a alguien para que haga algo que tú no puedes hacer. Pero por lo menos se les inculca a los estudiantes de la Finca el entusiasmo por sus poderes. Se les anima a explorar los límites de sus habilidades y todos se muestran dispuestos a aprender.*

*Todos menos yo.*

*Asociaba mis poderes a la sangre y el dolor, a médicos chillando y gesticulando despavoridos. Comprendía también que estos poderes eran los culpables de la brusca separación que había sufrido de mi familia. Combínese eso con una desconfianza exacerbada hacia los desconocidos y se obtendrá una niña extremadamente reticente a tocar a los demás, no hablemos ya de conectarse al sistema nervioso de nadie.*

*Quiso la suerte, no obstante, que si bien la primera activación de mis poderes constituyó una experiencia tanto traumática como dolorosa, a partir de entonces había sido capaz de acceder a ellos con facilidad. Podía hacerlo, pero no quería. No quería estirar el brazo por encima de la mesa y apoyar un dedo en el brazo desnudo del ayudante de laboratorio de turno. No quería comprobar si podía hacer que cerrase el puño. No quería extender mis sentidos por aquella conexión y explorar su cuerpo. No quería estar cerca de nadie y mucho menos introducir mi mente en cabezas ajenas.*

*Aunque acabé haciéndolo, por supuesto. Los avances fueron agónicamente lentos, pero con el transcurso de los meses y los años adquirí la facultad de tocar a la gente y usurpar de inmediato el control sobre sus cuerpos. Podía hacer que se movieran a mi antojo, así como interpretar su condición física, detectar embarazos, tumores e incluso si alguien tenía la vejiga llena. Con el paso del tiempo desarrollé un control mucho más sutil, introduciendo sensaciones nuevas en sus percepciones o, en algunos casos, accionando actividades especiales sin el consentimiento de sus propietarios.*

*Era espantoso; lo aborrecía.*

*Por si fuera poco, en la Finca todos estaban al corriente de mis dones y conocían mis limitaciones. La gente hacía malabarismos para evitar el contacto físico conmigo. Tampoco es que me marginasen; se mostraban razonablemente agradables y nadie me acosaba ni eran crueles conmigo, pero se apartaban a mi paso cuando nos cruzábamos en los pasillos. Me*



*concedían más espacio que a los gemelos que podían dejarte daltónico con un roce o a la chica cuya mano derecha te dejaba la piel cubierta de sarpullidos. Casi todo el contacto de piel contra piel que experimentaba se circunscribía al ámbito de los análisis clínicos. Y yo me conformaba con eso.*

*Cuando me gradué en la Finca, poseía tanto una habilidad única en los anales de la historia como una profunda aversión a emplearla. También albergaba la sospecha de que mis poderes no se habían desarrollado tanto como esperaba el Checquy.*

—No, a ninguno de los dos nos apetece ningún Toblerone —dijo Relamido.

Por un momento Myfanwy coqueteó con la idea de zamparse la chocolatina en ese preciso momento, allí mismo, pero Molón ya estaba abriendo una carpeta y Relamido había empezado a coger carrerilla.

—Myfanwy, al parecer tus sospechas no iban desencaminadas. Como sugeriste, el Departamento de Interrogatorios ha efectuado un análisis exhaustivo de todas las cintas y transcripciones. Les has metido en el cuerpo auténtico miedo en la torre Thomas, por lo visto.

Relamido se repantigó en la silla mientras Molón terminaba de consultar sus documentos y tomaba el relevo.

—El doctor Crisp les había ordenado prestar atención en particular a esos estertores tan estridentes que profirió el sujeto en los últimos instantes. Casi de inmediato, los técnicos se dieron cuenta de que se trataba de palabras coherentes y, en cuanto los traductores consiguieron descifrar su significado, enviaron un mensajero a tu despacho. —El gemelo hizo una pausa—. El corredor se tropezó conmigo en el pasillo y me dijo que debería compartir los informes contigo.

Myfanwy procuró que su máscara de serenidad no se resquebrajara, pero por dentro le hervía la sangre. «¿Cómo se atreve a fisgar en mi correspondencia?», se indignó. Cuando Gestalt le ofreció la nota, prácticamente se la arrebató de las manos. Haciendo caso omiso del ceño fruncido por la sorpresa que se cinceló en el rostro de los gemelos, se apresuró a ojear el mensaje. No le sorprendió descubrir que la caligrafía del doctor Crisp era deleznable. Pese a todo, logró desentrañar cuáles habían sido las últimas palabras entrecortadas de Van Syoc.

«Soy la avanzadilla de una invasión... Vamos a exterminaros a todos».

—«Invasión» —jadeó sin aliento. Miró a los gemelos y comprendió que las muecas que veía en sus rostros no eran de contrariedad, sino de temor—. Gestalt, tenemos que llegar al fondo de este asunto.

—En efecto —convino Relamido—, pero antes hay que informar a la Corte, y esta información es demasiado delicada como para seguir confiándosela a un mensajero cualquiera. ¿No estás de acuerdo?

—Sí —replicó con toda seriedad Myfanwy.

—Ingrid. —La mujer uniformada de morado acudió de inmediato a la llamada de Molón—.

¿Cuánto falta para la puesta de sol?

—Aproximadamente tres horas y media, torre Gestalt —respondió esta sin inmutarse.

—Los días ya empiezan a ser más largos —murmuró con cara de pocos amigos Relamido—. Contacta con Apex House y diles que la Corte necesita conferenciar lo antes posible. Habrá que adelantar la reunión a esta noche en cuanto anochezca.

Ingrid asintió con la cabeza y se apresuró a salir de la habitación.

—Bueno, torre Thomas, parece que nos vamos a quedar levantados hasta muy tarde. Te aconsejo que aproveches ahora para pegar una cabezada y que adelantes la cena.

Myfanwy lo miró fijamente, como si le costara creerse que se atreviera a darle órdenes de esa manera. Tampoco le hacía gracia el tono que había empleado con Ingrid. Ante su escrutinio los gemelos carraspearon, incómodos.

—Torre Thomas, quería disculparme por haber perdido los estribos con tanta violencia cuando el sujeto mencionó a los injertadores durante el interrogatorio. Ya conoces las historias que nos solían contar en la Finca.

—Sí —replicó Myfanwy, solemne, pese a no tener ni idea de a qué estaba refiriéndose.

—Bueno, pues... he hablado con Crisp y él también está de acuerdo en que no hay ninguna necesidad de volver sobre ese incidente —continuó Relamido, lanzándole una miradita de complicidad. Tras unos instantes de silencio, Myfanwy asintió. «¿Quiénes son estos injertadores que preocupaban tanto a Gestalt como para estrangular a alguien?». La expresión de los gemelos denotaba alivio cuando se pusieron en pie—. Muchas gracias, torre Thomas. Nos pilló, hm..., por sorpresa, ya sabes. Tengo que decir que te lo estás tomando muy bien. Mucho mejor de lo que cabría esperar.

Y, con esas palabras, los gemelos se despidieron hasta más tarde.

Myfanwy apuntó la palabra «injertadores» en su libreta mientras Ingrid regresaba al interior del despacho.

La dama Linda Farrier se revolvió mientras dormía, incómoda, con las facciones retorcidas fugazmente en una mueca de preocupación. Sus párpados aletearon y se mordió el labio inferior con gesto de concentración. La mujer, alta y esbelta, estaba tumbada bocabajo en una otomana, con la cabeza apoyada en un brazo y el otro estirado, rozando el suelo con la punta de los dedos. De entre sus labios escapaban de forma periódica unos delicados ronquidos.

La iluminación de la estancia circular era muy tenue. Las paredes sin ventanas se extendían hasta una galería que rodeaba toda la habitación, vigilada por numerosos hombres con uniformes morados armados hasta los dientes e inmóviles como gárgolas.

Abrió los ojos y se dio la vuelta, parpadeando. Un bostezo gigantesco le deformó los rasgos

mientras se sentaba. Junto a la puerta había un hombre menudo, también de púrpura, que se incorporó y se acercó a ella.

—Harrison, ten la amabilidad de informar al Ministerio de Relaciones Exteriores y de la Mancomunidad de Naciones de que hay que reemplazar de inmediato al embajador chino; es demasiado codicioso como para resistirse a la tentación. Otra cosa: en la ciudad de Milton Keynes hay un joven desequilibrado que no tardará en volverse homicida. No me he podido quedar con su nombre, pero vive en una casa de color blanco, el número 57 de no sé qué avenida. Tiene un buzón azul y un sauce en el patio. Él es pelirrojo y está circuncidado.

El secretario asintió con la cabeza, obediente, y lo apuntó todo en una agenda electrónica.

—Mi señora, las torres han solicitado que la Corte se reúna con carácter urgente. Sugieren que se adelante el encuentro de la junta previsto para el viernes.

—¿Las dos? —preguntó lady Farrier, sin ocultar su sorpresa.

—Sí, señora.

—Qué curioso. ¿Y cuándo va a celebrarse esta reunión de emergencia? —preguntó ella mientras se alisaba el abrigo.

—Esta noche —respondió el hombre, cohibido—, quince minutos después de la puesta de sol.

—Ah, por supuesto. Habrá que tener eso en cuenta, ¿verdad? —Exhaló un suspiro de exasperación.

—En efecto, señora.

—De acuerdo. Adelanta la reserva e informa al despacho de la torre Thomas de que nuestra cita para cenar sigue en pie.

—Sí, señora —replicó Harrison.

—Voy a cerrar los ojos otro ratito —anunció ella, tumbándose de nuevo—. A ver si hay alguien interesante dormido en América.

—Yo diría que eso es un oxímoron, mi señora.

—Dios, pero mira que eres esnob.

El caballo Heretic Gubbins (Harry para los amigos) estaba observando la pantalla de su ordenador fijamente, con irritación. El dichoso cacharro se había quedado congelado con doce páginas de directivas sin guardar y ahora a él le tocaba dilucidar cómo demonios podría hacer para reiniciar la máquina sin perder todo lo que había escrito. Se pasó la lengua por los dientes, meditabundo, mientras barajaba las distintas posibilidades. Al final se decantó por arrearle un manotazo al monitor.

Nada.

—¡Chisme asqueroso! —exclamó antes de aspirar una honda bocanada de aire, en un intento

por tranquilizarse. Llenarse los pulmones de aire. Expulsar el aire despacio. Le pegó otro golpe a la máquina.

Nada.

—¡Increíble! —Su secretaria entró en el despacho—. Búscame a alguien del servicio técnico o a esa mujer que asegura ser capaz de dialogar con las computadoras, a ver si alguien es capaz de arreglar esto. —Tras concentrarse de nuevo en el ordenador durante unos instantes, levantó la cabeza de golpe—. ¿Qué pasa?

—Está usted haciendo equilibrios sobre una mano, señor —dijo la secretaria—. Y está volviendo a dejar el techo lleno de pisadas. Las limpiadoras se han quejado ya más de una vez.

—Ah. Vale. —Gubbins se enderezó con una cabriola mientras su secretaria ponía los ojos en blanco.

—De todos modos, señor, venía a informarle de que la reunión de la Corte se ha adelantado. Ahora está previsto que se celebre justo después de la puesta de sol... con carácter urgente.

—De acuerdo —suspiró el caballo mientras levantaba una pierna del suelo hasta quedarse apoyado sobre un solo dedo del otro pie—. ¡Menuda mierda de ordenador!

—¡Y por eso, ministro, no puede usted ir a Australia! —sentenció Conrad Grantchester—. Moriría en un entorno público, delicado y repleto de cámaras.

Pulsó un botón para que la siguiente diapositiva apareciera en la enorme pantalla de protección. En la imagen predominaba el color rojo, pero fueron los puntitos verdes los que más le llamaron la atención al ministro.

—Se ha ganado usted la enemidad de un montón de personas muy poderosas. Personas que tienen estos bichos como mascotas. ¿Ve esas cositas puntiagudas? ¿Las ve? Pues están diseñadas para clavarse en estas otras cosas de aquí, más blanditas, obligándolas a desprenderse, y le aseguro, señor ministro, que no deberían salir de su estómago. —Grantchester hizo oídos sordos a los sollozos y continuó—: El Gobierno, la sociedad y el Checquy preferirían que esas cosas tan blanditas permanecieran en su sitio y, por consiguiente, usted no va a ir a Australia.

Dicho lo cual, se levantó y salió de la umbría sala de conferencias caminando a paso vivo, dejando tras él una estela de jirones de oscuridad neblinosa.

—Dadle unos minutos —ordenó a los ayudantes ministeriales que, amedrentados, esperaban en el pasillo—. ¡Joan! —llamó a voz en cuello a su secretaria, la cual se encontraba justo a su lado—. Dile a alguien que limpie todo ese vómito, haz el favor. ¿Qué toca ahora?

Joshua Eckhart recorría un largo pasillo tenuemente iluminado. Regueros de humedad se

escurrían por las paredes, cubiertas por una gruesa capa de moho. Sus chanclos de goma chapoteaban en el agua, que formaba turbios remolinos alrededor de sus tobillos. Sobre su cabeza parpadeaban los restos de una instalación de tubos fluorescentes. Tras los pasos de Eckhart anadeaba una mujer menuda, vestida con unas altas botas de goma morada y un chubasquero del mismo color, que se aferraba con gesto serio a una carpeta protegida con plásticos. Cerraban la comitiva dos hombres, ataviados también de púrpura y armados con sendas pistolas envueltas en plástico.

Llegaron por fin a una puerta enorme revestida con bandas de bronce, plomo y cobre. Eckhart apoyó las manos en la placa central y sintió el calor que irradiaba contra su palma. Alrededor de sus dedos surgieron unas pequeñas burbujas metálicas, presagiando la activación de algún tipo de maquinaria hidráulica. La puerta se dividió en dos mitades, cada una de las cuales se replegó en la pared correspondiente. Se disponía ya a entrar en la cámara cuando su secretaria le dio un golpecito en el hombro.

—Las torres han convocado una reunión de emergencia en la Corte, señor —dijo, y le enseñó el teléfono móvil sumergible que sostenía en la mano—. Quince minutos después de la puesta de sol.

—Vale —suspiró antes de trasponer la puerta de doble hoja con su séquito pisándole los talones. Hendió el aire un alarido inhumano, seguido del clamor de un montón de cadenas y el violento e impotente entrechocar de unas grandes extremidades gomosas—. Buenas tardes, alteza. No habéis cambiado nada. Veamos, creo que deberíamos hablar sobre su país. Sus súbditos son muy vulnerables sin la protección exclusiva que vos podéis proporcionarles, razón por la cual vais a seguir nuestras instrucciones al pie de la letra.

Obtuvo un gemido febril por toda respuesta.

—¿Que no? Bueno, eso ya lo veremos. Caballeros, dispáren a su majestad. En la cabeza esta vez, por favor.

La habitación, antigua, se encontraba en un edificio igualmente antiguo y estaba decorada según un estilo muy específico que evidenciaba tanto la falta de imaginación de los diseñadores como la presencia de un segundo cromosoma X en su código genético. La pintura, apagada ya en sus orígenes, se había difuminado hasta adquirir una deprimente tonalidad beige. La alfombra no cedía ni un ápice bajo los pies, aunque lo más probable era que no lo hubiese hecho nunca. Incluso la escasa claridad que se filtraba por las ventanas ofrecía un aspecto fatigado y vetusto.

Los ocupantes de los sillones tapizados en cuero eran todos ancianos, obesos y masculinos, aunque no debería entenderse esto como que tan sólo reunían uno de los antedichos adjetivos. Todos ellos, sin excepción, eran varones. El sobrepeso, la veteranía o la suma de ambas

características constituían un plus añadido, pero distaba de ser imprescindible.

Los presentes mordían sus puros, fumaban en pipa y esnifaban rapé. Ocupaba un corrillo de sillas en particular un grupo de personajes cuyos nombres únicamente reconocerían los mayores y más entusiastas seguidores del politiquero más tedioso y los más recónditos despachos gubernamentales. Ostentaban, sin embargo, mucho poder.

Entre estos hombres estaba sentado sir Henry Wattleman, preguntándose si sería muy complicado fingir que le estaba dando una apoplejía. Tras horas de conversación ininterrumpida, era inevitable que hasta el vejstorio más recalcitrante se terminase aburriendo de estar rodeado de más vejstorios recalcitrantes. Absorto en sus cavilaciones, asintió distraídamente con la cabeza mientras el magnate de cierto mineral semidesconocido pontificaba acerca de lo importante que era este (y, por extensión, también él). Apareció un camarero, portando una bandeja en la que había un teléfono inalámbrico. El reglamento del club prohibía a sus miembros utilizar el móvil en las instalaciones, sacrificio que no a todos les parecía tan oneroso como cabría esperar, puesto que en realidad eran muy pocos los que sabían usarlo.

—Sir Henry, tiene usted una llamada.

—Gracias —dijo el aludido mientras entonaba tres hurras para sus adentros—. ¿Diga?

—Sir Henry, al habla Marilyn —contestó su secretaria desde el vestíbulo, límite máximo hasta donde se le permitía internarse en el edificio al no cumplir ninguno de los tres criterios de admisión. Aunque le había asegurado que no le importaba volver al despacho y seguir desempeñando sus quehaceres desde allí, que los asistentes de uno estuvieran a mano y a la espera, listos para atender cualquier petición, era una marca de estatus en el club—. Las torres han convocado una reunión de emergencia en la Corte. La cita es en Apex House, justo después de la puesta de sol.

—Entendido. Me personaré allí de inmediato —indicó él, imprimiéndole una nota de falsa pesadumbre a su voz.

—No, no, señor. Faltan varias horas aún.

—Sí, por supuesto. Ve diciéndole al chófer que se prepare —sentenció Wattleman para concluir la llamada—. Caballeros, no saben cuánto lo siento, pero al parecer se requiere mi presencia en otro lugar. El deber me llama. No hay tiempo que perder.

Los Toblerone se habían hecho de rogar, pero la espera demostró haber merecido la pena; incluso Ingrid había aceptado tímidamente unos montoncitos. Ambas estaban sentadas en el diván ahora: la una con su impecable uniforme morado, la viva imagen de la compostura, y la otra arrumbada entre los cojines, con los pies ceñidos por las medias apoyados encima de la mesa.

—Bueno, Ingrid, ¿qué te ha parecido el interrogatorio? —preguntó Myfanwy.

—Muy interesante —respondió la secretaria.

—¿Ah, sí? Sabes, opino que «interesante» no es la respuesta que cabría esperar de una persona inteligente. Para mí significa «no tengo ni idea, pero algo habrá que decir». —Miró a su acompañante, cuyas mejillas parecían haberse vuelto incandescentes de súbito—. Seré un poquito más específica: ¿qué te han parecido las respuestas del malogrado señor Van Syoc?

Ingrid respiró hondo y bajó la mirada a sus manos.

—Bueno, torre Thomas, supongo que lo más extraordinario de todo este asunto es que los injertadores estén volviendo a enviar operativos a las Islas Británicas. Lo segundo más extraordinario es que los injertadores todavía existan. Pensaba que su organización se había disuelto hacía siglos, después de que todos sus líderes fuesen ejecutados.

—Los injertadores, ya —murmuró Myfanwy, contemplativa—. También a mí me había llamado la atención eso.

Subrayó disimuladamente la palabra que tenía apuntada en la libreta.

—Por otra parte... —titubeó la secretaria.

—¿Sí? —se apresuró a animarla a continuación, desesperada por aprovechar esa posible vía informativa que parecía estar a punto de abrirse ante ella.

—Sospecho que no todos los presentes se llevaron la misma sorpresa. —Myfanwy le hizo un gesto para que continuara al ver que Ingrid se quedaba callada—. Me refiero a que, pese a la consternación generalizada, únicamente la torre Gestalt reaccionó como cabría esperar.

—¿Habría sido más lógico que rematase al doctor Crisp?

—No, claro —replicó la mujer con un escalofrío—. Aunque el intento de estrangulamiento tampoco me pilló por sorpresa del todo. Quiero decir, ya conoce el mal genio de Gestalt, y recuerde que su componente femenino ha estado en combate esta misma mañana. Su secretaria me contó que todos los hermanos estaban con los nervios de punta. —Myfanwy asintió con la cabeza mientras rememoraba cómo se habían tambaleado los gemelos al salir de su despacho después de resumirle cómo había ido el asalto a la secta de los astados—. Además, los injertadores son como el hombre del saco para los graduados de la Finca, como usted bien sabe.

—Hmm —murmuró, completamente perdida—. Tienes razón.

Casi supuso un alivio que sonara el teléfono en ese momento e Ingrid se levantase para cogerlo.

—Despacho de la torre Thomas, Ingrid al habla. ¿Sí? Desde luego. Informaré a la torre de inmediato. Hasta luego. —Apuntó algo y la miró—. La dama Farrier ha solicitado que se reúna con ella para cenar antes de ir a Apex House. Quizá desee cambiarse de ropa.

—¿Por qué? Este traje es de diseño.

—No, si me parece de lo más respetable —replicó su secretaria, algo azorada—. Pero, en fin,



ya sabe cómo le gusta a lady Farrier que se arreglen las mujeres para cenar.

—Sí, por supuesto. La dama Farrier y sus códigos de vestimenta. Supongo que deberías decirle al chófer que se prepare para llevarme de regreso a la casa.

—¿No va a usar la residencia? —preguntó Ingrid, sorprendida, indicando con un gesto los gigantescos retratos colgados en la pared.

—Ah, hm, sí, bien pensado —balbuceó Myfanwy—. Creía que no había nada que pudiera ponerme para cenar, pero ahora que lo mencionas, quizás estaba equivocada. Echaré un vistazo. Y a lo mejor me echo también un ratito. Gracias, Ingrid.

—No olvide que tiene una cita con el director de seguridad del edificio a las tres. ¿Quiere que le mande un mensaje cuando llegue?

—Te lo agradecería.

Esperó hasta que Ingrid salió de la habitación para recoger su libreta y su carpeta morada y acercarse a la pared cubierta de retratos. Intentó asomarse detrás del primero. Nada. En el proceso estuvo a punto de tirarlo y se vio obligada a hacer malabarismos desesperados para que no la aplastara. Se disponía ya a gritar pidiendo ayuda cuando logró enderezarlo de nuevo. Abordó los demás cuadros con mucha más precaución y, transcurrido un momento, encontró uno con bisagras incorporadas en uno de los laterales. Dio un paso atrás y se quedó contemplándolo durante unos instantes.

Era el retrato de un hombre de cabellos morenos, alto y apuesto, con relucientes ojos negros. Le respaldaba un fondo sumamente estilizado, con la pintura oscura esparcida en atrevidas curvas y ondulaciones. Una chapa de cobre lo identificaba como «CONRAD GRANTCHESTER, TORRE». Un suave toque bastó para que el cuadro se abatiera a un lado y revelase una pesada puerta metálica equipada con una de esas placas que se calentaban al colocar las palmas de las manos encima. La puerta se abrió deslizándose a un lado y Myfanwy se encontró frente a unos escalones enmoquetados que conducían arriba.

«Qué melodramático —opinó—. Me pregunto detrás de cuál de esos retratos se ocultará la puerta del cuarto de baño». Recolcó la pesada carpeta en sus brazos y emprendió el ascenso, titubeante. La escalera describió dos giros en espiral antes de desembocar de repente en una enorme habitación inundada de luz. Los grandes ventanales, con vistas a la ciudad de Londres, iluminaban la decoración elegida personalmente por Conrad Grantchester, la torre.

—Anda —dijo en voz alta—. Vale, ahora entiendo a qué se refería Thomas. —«El tipo este debía de tenerse por la persona más irresistible del mundo». Saltaba a la vista que el piso se había diseñado hacía dos décadas con la expresa intención de seducir a todas las jovencitas que pasaran por él. Una vez traídas discretamente hasta aquí, impresionadas por aquella abundancia de cuero negro y paneles de madera oscura, habrían accedido a revolcarse por las suntuosas alfombras moradas al calor de la chimenea. Los innumerables accesorios de bronce capturarían

su reflejo mientras en los grandes amplificadores atronaba el último tema de moda. Myfanwy reprimió el impulso de reírse por lo bajo y se dio el gusto de carcajearse a mandíbula batiente. Tuvo que sentarse para recuperar la compostura, momento en el que el contenido de su carpeta se desparramó por el suelo.

Se levantó al cabo de unos instantes y deambuló por la residencia, arqueando la ceja izquierda tantas veces seguidas que comenzó a sentir agujetas en ella. Encontró una bañera dorada con forma de concha gigante y una mesa de billar de color naranja. Unas instalaciones de pequeños focos realzaban los detalles de las esculturas y los cuadros abstractos. «Vale, tengo que ver el dormitorio. Como haya...». La había. Una cama redonda con su techo de espejos. «Madre mía, pero ¿cómo se las apañaba Thomas para mirar a este hombre a la cara?». El estudio era misericordiosamente austero y moderno, con estanterías repletas de obras de referencia, muchas de las cuales eran libros sobre anatomía. Dedujo que debían de haber pertenecido a Thomas y decidió echarles un vistazo más tarde, a fin de familiarizarse mejor con el modo en que estaban ensamblados los seres humanos.

«De acuerdo, a empollar».

### *Los injertadores*

*Los injertadores, o la Wetenschappelijk Broederschap van Natuurkundigen, se remontan al siglo XV. Según he podido determinar, se trataba de un grupo de alquimistas que merodeaban por Bélgica. O por los territorios que algún día terminarían convirtiéndose en Bélgica, al menos. En cualquier caso, seguro que te puedes imaginar la clase de personas que eran. Ratoncitos de biblioteca, en su mayoría, que se daban cita en sótanos para realizar desafortunados experimentos con mercurio y estiércol en aras de ampliar los conocimientos de la humanidad. No obstante, en su hermandad también había un puñado de nobles, gente extraordinariamente acaudalada cuya adhesión al movimiento venía motivada por el afán de obtener un mayor rendimiento económico.*

*Personalmente, me cuesta creer que alguien con dos dedos de frente creyese que esos hombres topo iban a sacar oro del plomo, o del atún, o de lo que fuese que utilizaran como materia prima. Sin embargo, el duque de Nosequé y el conde de Veteasaber decidieron que esta era una empresa en la que valía la pena invertir y consagraron una cantidad de dinero indecente para patrocinar la hermandad. Esto es algo que por lo general me irritaría sobremanera, pensar en toda esa riqueza dilapidada para subvencionar una investigación tan ridícula, salvo por un pequeño detalle.*

*Lo consiguieron.*

*No llegaron a transmutar el plomo en oro, por supuesto, pero aquellos chiflados mugrientos se tropezaron con un hallazgo no menos valioso: de alguna manera aprendieron a dominar el arte de manipular la carne, de alterar radicalmente las propiedades del cuerpo humano. Esta hermandad de frikis medievales era capaz de forjar y remodelar los componentes principales de las personas. Podían licuar los músculos y los huesos de cualquiera, esculpirlos a su antojo. Podían injertar nuevas extremidades. Podían engendrar criaturas jamás vistas.*

*Me gustaría creer que estos alquimistas cochambrosos tan sólo abrigaban la mejor de las intenciones. Seguro que aspiraban, con suerte, a reparar las heridas de los labriegos mutilados o a mejorar su... lo que fuera. Pero los inversores tenían otras ideas en mente. Con la clase de autoridad que les conferían estos métodos tan innovadores, los miembros de la hermandad estaban en una posición inmejorable para hacerse con el poder. En cualquier otro país habría*

*estallado un baño de sangre a gran escala. Se habrían desencadenado pesadillas sobre la tierra, impíos gólems de carne habrían arrasado los campos de batalla y las noches se habrían poblado de indescritibles e ignotos horrores.*

*Por suerte, estamos hablando de Bélgica.*

*En lugar de crear un ejército de monstruosidades con el que apisonar las verdes praderas y dejar una estela de soldados arrollados a su paso, los adinerados mecenas se reunieron con el regente de la época y mantuvieron una conversación de lo más cortés y civilizada. Seguramente mientras degustaban algún tipo de consomé. Gracias a esa conversación, la hermandad quedó oficialmente afiliada al Gobierno, por así decirlo. A ver, no es por meterme con Bélgica ni con sus padres de la patria, pero aquello era el siglo XV. La organización brillaba por su ausencia.*

*Los injertadores se pasaron un par de cientos de años sin inmiscuirse demasiado en los asuntos de Bélgica ni de ninguna otra parte, ya puestos. Tras recibir una generosa suma de dinero y la orden de proseguir con sus estudios, se enfrascaron en estos con una concentración impresionante, sobre todo si tenemos en cuenta que los territorios que se les habían concedido no dejaban de fragmentarse y cambiar de Gobierno. Los nuevos regentes, al parecer, no estaban al corriente de las actividades de los injertadores, y por suerte estos tampoco mostraban el menor interés por el devenir de las circunstancias políticas; de lo contrario, habríamos tenido correteando de aquí para allá injertadores de la casa de Habsburgo, de la Corona de España y posiblemente hasta de la Abadía Imperial del Principado de Stavelot-Malmedy.*

*En vez de eso, aprovecharon los fondos que se les habían concedido para refinar y perfeccionar sus métodos. El Checquy era vagamente consciente de su existencia, pero no les atribuía ninguna importancia especial. Reconozcámoslo, no eran más que un hatajo de pirados que quedaban en algún sótano perdido por ahí para entretenerse haciéndoles barbaridades a los gorrinos. A nadie le importaba un pimiento. Llegado el siglo XVII, sin embargo, los injertadores eran capaces de producir unas máquinas asesinas cuya eficiencia era tan sobrecogedora que el pobre agente del Checquy que tuvo la mala fortuna de verlas en acción redactó un aterrado informe de treinta páginas salpicadas de vómito y lágrimas. También se volvió mucho más religioso que antes.*

*De resultas del antedicho informe, el Checquy empezó a prestarles mucha más atención. La dama de Alabastro por aquel entonces, Margaret Jones, envió siete agentes del Checquy a Bélgica con el objetivo expreso de observar a los injertadores, cometido que resultó verse dificultado por el hecho de que estos operaban desde siete mansiones distintas, todas ellas rigurosamente vigiladas y patrulladas por enormes criaturas quitinosas dotadas de las propiedades olfativas de un sabueso famélico y el sentido hospitalario de un tiburón asesino. Pese a todo, el Checquy improvisó y consiguió recabar varios datos de crucial importancia. Uno de los agentes, el cual había realizado sus observaciones tras adoptar la forma de una gaviota,*

*confirmó la presencia de todo un pelotón de soldados mejorados, todos ellos montados a lomos de unas criaturas colosales a las que describió como «la prole bastarda entre un caballo percherón y una araña». Se habían convertido ya en un problema internacional.*

*Lamentablemente, al mismo tiempo que el Checquy se daba cuenta de la amenaza que constituían los injertadores, estos hicieron lo propio. Habían descubierto su gloriosa y monstruosa musculatura de repente y les emocionaba la idea de ejercitarla. Tantearon tímidamente al líder del Gobierno de la época, quien se sintió impresionado y vio el amplio abanico de posibilidades que se le brindaban para alcanzar sus propios objetivos. Lejos de informar a su jefe, el monarca español, sobre la existencia de los injertadores, animó a estos a explorar su potencial. Lo malo era que vivían en una época muy religiosa, por lo que les preocupaba cuál podría ser la reacción del populacho si desencadenaran un ejército de criaturas que parecían haber salido disparadas del esfínter diarreico del averno. Tienes que entender que, con lo brillantes que eran a la hora de imprimir fuerza y resistencia a sus creaciones, para los injertadores el sentido de la estética era un concepto desconocido. He visto bocetos a carboncillo y óleos de los productos de aquellas mansiones, y te aseguro que su aspecto era sobrecogedor.*

*El uso de estas criaturas, por consiguiente, tendría que ser discreto. Los injertadores necesitaban una arena relativamente pequeña y contenida en la que llevar a cabo sus prácticas. Ignoro quién sería el genio al que se le ocurrió esta ubicación, pero espero que las hemorroides lo torturaran hasta su lecho de muerte porque lo que propuso, y se le concedió, fue que la Isla de Wight constituiría un blanco preliminar ideal.*

*En 1677, un ejército de monstruosidades surgió del océano y se desató una guerra sobrenatural en suelo británico. En respuesta, el Checquy envió a sus peones bajo el mando directo de las torres. Durante tres semanas se sucedieron encarnizadas batallas en las que cientos de civiles perdieron la vida. Derrotábamos a los invasores muy poco a poco, abatida cada creación de los injertadores al precio de decenas de soldados del Checquy.*

*Doce de nuestros agentes, los últimos antropófagos de las Islas Británicas, aunaron sus fuerzas y masacraron a diecisiete de aquellas criaturas. En el transcurso de aquella batalla resultó arrasada una aldea entera y reducidos a páramos tóxicos sus alrededores. El peón Hamish McNeil, leproso, desató una virulenta enfermedad antinatural sobre las tropas de los injertadores, provocando que sus cuerpos sencillamente se desmenuzaran sin más ayuda que la de sus propios estertores.*

*Al final, el único que quedaba en pie de los invasores era su general, un guerrero gigantesco que había demostrado ser invulnerable a todas las formas de ataque que podía lanzar el Checquy. La situación terminó impulsando a uno de mis (nuestros) antecesores a tomar medidas drásticas. La torre carmesí John Perry, la única torre superviviente, enlazó su mente con la del*

*general de los injertadores y se voló la tapa de los sesos, acabando así con la vida de ambos.*

*Aquel fue el final de la incursión de los injertadores en Inglaterra. Por lo que tengo entendido, al regente inglés de la época, Carlos II, nada le habría gustado más que invadir Bélgica (ya sé que por aquel entonces se llamaba de otra manera, pero ahora comprende todos aquellos territorios antiguos, así que hablar de Bélgica resulta menos confuso) aprovechando que las fuerzas del Checquy habían demostrado (o eso parecía) su superioridad. Los lores y las damas del Checquy, sin embargo, le señalaron con sumo tacto que no sólo habían quedado diezmadas nuestras fuerzas, sino que la mayoría de nuestros generales más competentes habían muerto. El monarca atendió a razones, sorprendentemente, y se entablaron negociaciones con su homólogo belga. Tras tomar medidas para evitar que lo precario de nuestra situación llegase a oídos de los injertadores, se firmó un tratado que nos favorecía.*

*Siguiendo las condiciones estipuladas en ese tratado, el regente de Bélgica accedió a disolver a los injertadores. Se retiraron todas las subvenciones, se aniquilaron todos los experimentos y se confiscaron todas sus mansiones y haciendas. Grandes concesiones, todas ellas, tanto en apariencia como en la práctica. Aun así, que los belgas supieran, la furia de las fuerzas del Checquy podía caer sobre ellos en cualquier momento y sembrar un caos inimaginable, así que las aceptaron sin rechistar.*

*Para el Checquy (y para cualquiera, en realidad), los injertadores habían dejado de ser una amenaza. El proyecto entero fue desmantelado bajo la estricta supervisión de nuestros caballos. Se conservan informes detallados que relatan cómo se ejecutó a sus líderes y se incineraron sus restos ante decenas de testigos pertenecientes a los estratos más elevados de la sociedad. Los soldados del Checquy eliminaron a los científicos, echaron sus cadáveres de comer a los cerdos, sacrificaron a los animales y los quemaron. Sus instalaciones y barracones fueron reducidos a cenizas y las mansiones se redistribuyeron entre los distintos órganos de la Iglesia. Todos los entes alterados, incluso los humanos, fueron asesinados en un proceso que se prolongó durante meses, no debido al número de las criaturas (elevado, por otra parte), sino a su tenacidad. Todos los criados y burócratas implicados recibieron la vehemente e inequívoca recomendación de olvidar cuanto sabían y buscar nuevas ocupaciones.*

*No se produjo ninguna desaparición misteriosa (aparte de las orquestadas por el Checquy), ni se echó de menos a ningún miembro. No había motivos para sospechar que la organización no estuviese acabada. Había constituido un capítulo interesante en la historia de lo sobrenatural y hubo quienes lamentaron que se perdiesen sus conocimientos tan revolucionarios, pero la mayoría estaba de acuerdo en que su desvanecimiento era lo mejor para todos.*

*La mayor parte del Checquy cree que es ahí donde termina la historia de los injertadores. Fueron aniquilados a un precio espantoso y el incidente representa un ejemplo de lo importante que es el Checquy y lo que es capaz de conseguir cuando se lo propone. Por los siglos de los*

siglos.

*Amén.*

*Pero.*

*Pero la élite tenía otros planes. Durante la Primera Guerra Mundial, nuestros agentes tenían por costumbre recorrer la tierra de nadie que mediaba entre las trincheras recogiendo cadáveres. Corrían tiempos fatídicos, el país estaba desesperado y los experimentos clandestinos eran habituales en ambos bandos. En las esferas más secretas del Checquy se había aprobado un proyecto; uno para el que se necesitaban cuerpos sin vida y levantaría menos sospechas obtenerlos en el frente que en Inglaterra. No obstante, el proyecto se saldó con un estrepitoso fracaso y terminó ordenándose que quedara relegado al olvido. Si me enteré de su existencia fue gracias a un trabajo de investigación exhaustivo.*

*El caso es que, mientras estudiaban aquellos cadáveres, nuestros científicos se tropezaron con unos fenómenos perturbadores, y sabían que esas anomalías únicamente podían ser obra de los injertadores. Estos no sólo existían aún, sino que sus habilidades eran ahora muy superiores a las de la época en que Bélgica estaba en la cúspide de su poder.*

*Había que informar a la organización, por supuesto: una de las amenazas más aterradoras a las que el Checquy, por no decir la nación, se hubiera enfrentado jamás seguía estando activa. Pese a todo, los responsables de este proyecto se resistían a acudir a la Corte sin nada más que unas cuantas sospechas basadas en unos cadáveres que, reconozcámoslo, se encontraban en avanzado estado de descomposición. Al fin y al cabo, eran científicos. Y decidieron recabar más información.*

*Dos peones partieron discretamente hacia el frente para investigar. Uno, Thomas Ryan, era un soldado sobresaliente que poseía visión telescópica y era capaz de ver a través de la piel humana. El otro, Charlotte Taylor, podía cocer a una persona por dentro. Viajaban de incógnito y llegaron a Ypres, donde se habían encontrado los cuerpos sospechosos.*

*Ryan se encargó de enviar informes periódicos, manteniendo así a los líderes del proyecto al corriente de todas las novedades. Les comunicó las historias que contaban los soldados en las trincheras. Los muchachos hablaban de cosas que merodeaban por el páramo, retozando entre los cráteres y respirando el barro y la sangre. Hablaban de las personas antinaturales que habían atisbado en la noche, caminando en silencio entre los cadáveres y sorteando el alambre de espino con una agilidad inhumana. A veces se podía entrever algún rostro, aspirando sonriente una bocanada de gas venenoso antes de volver a ocultarse entre las volutas de niebla. Aunque se disparara contra estas apariciones, nadie encontraba ningún cuerpo después.*

*Ryan y Taylor sentían un respeto tremendo por los soldados que los rodeaban, jóvenes que, en su mayoría, tenían los días contados. El miedo era omnipresente y no querían contribuir a alimentarlo. Pese a todo, los agentes del Checquy recopilaron todos los detalles que pudieron y*

*decidieron que tendrían que «ir más allá».*

*Una noche, al abrigo de la tormenta que se había desencadenado, los peones salieron a hurtadillas de su trinchera y se adentraron en la tierra de nadie. La lluvia caía a cántaros, encharcándolo todo y convirtiendo el terreno en una desoladora planicie de fango. Los relámpagos hendían el firmamento teñido por las explosiones y las llamaradas. El rugido de los truenos se mezclaba con los alaridos de las ametralladoras. No puedo ni imaginarme cómo consiguieron atravesar aquella franja, pero sé que tuvieron que esquivar los cadáveres de muchos de sus compatriotas y vadear barrizales en los que se hundían hasta los muslos. Los informes no precisan durante cuánto tiempo caminaron, pero en algún lugar de aquel territorio encontraron lo que buscaban.*

*Encontraron pesadillas.*

*El único comunicado de Taylor fue escueto y directo al grano:*

*«He perdido las botas por culpa del barro, a Ryan por culpa de una explosión y un ojo por culpa de las garras de algo antinatural. He reunido y enviado las pruebas solicitadas».*

*Las pruebas en cuestión bastaron para confirmar que los injertadores habían reanudado sus experimentos. La Corte estaba aterrada, convencida de que se proponían vengarse de ellos, así que enviaron más peones al frente. No obstante, aunque nuestros agentes se aventuraron en las zonas más desoladoras y sospechosas, se sucedieron los meses sin que sus investigaciones ofrecieran ningún resultado.*

*El conflicto acabó y seguía sin conocerse ninguna novedad relacionada con la organización. Tampoco dieron señales de vida en toda la Segunda Guerra Mundial, al término de la cual el Checquy se atrevió a tranquilizarse un poquito. Aunque sabían que el adversario estaba ahí fuera, en alguna parte, no se había detectado el menor indicio de actividad hostil. A lo mejor, se dijeron los miembros de la Corte, es que los injertadores no sienten el menor interés por zanjar antiguas disputas. A lo mejor han decidido imprimirles un carácter exclusivamente teórico a sus perturbadores y oscuros estudios. A lo mejor ahora, por fin, nos podemos permitir el lujo de dejar de obsesionarnos con ellos.*

*A lo mejor.*

*Han pasado décadas sin que hayamos tenido que preocuparnos. No han vuelto a dar señales de vida, ni en las épocas de conflictos ni en tiempos de paz. Perdura todavía un recelo insidioso, pero con todas las distracciones que asedian al Checquy, la organización se esfuerza por concentrarse en sus obligaciones. La Corte reconoce que el recuerdo de la invasión de los injertadores aún siembra un terror excesivo entre las filas del Checquy y aboga por que se difundan las pruebas de su existencia. En la Finca, los estudiantes intercambian historias sobre estos para asustarse los unos a los otros.*

*Para el Checquy, los injertadores continúan siendo una de las amenazas más espeluznantes a*



*la que haya debido enfrentarse jamás. Si resurgieran, sería una catástrofe.*

«Asombroso», pensó con incredulidad Myfanwy, meneando la cabeza. Thomas había incluido unos cuantos bocetos antiguos fotocopiados; aun burdos y borrosos como eran, los detalles que se distinguían en ellos bastaron para revolverle el estómago. Caparazones relucientes, antenas aserradas... «Pero ¿estos bichos cómo eran de grandes? —Eché un vistazo a la descripción—. ¿Así eran los caballos en 1677, como furgonetas? Porque parecen caballos, al menos..., caballos con garras y colmillos, eso sí. Me cago en la leche». Se acordó entonces de las revelaciones que había arrojado el interrogatorio.

«¿Esta es la gente que quiere invadirnos?». Ojeó algunas de las imágenes más recientes, mordiendo los labios mientras consultaba los detalles y los apuntes.

«Madre mía, pues sí que estamos jodidos.

Por cierto, lady Linda Farrier me espera para cenar.

La amenaza de unos belgas malvados capaces de manipular la carne cerniéndose sobre nosotros, y yo sin saber qué ponerme».

Myfanwy contempló con gesto sombrío el contenido de los armarios de la residencia. «¿Acaso Thomas no se ponía nada que no fuese de color negro o gris? —se preguntó—. Es que, a ver, aquí hay por lo menos treinta trajes de diseño y ni uno con la menor chispa de personalidad. Ni una falda por encima de la rodilla ni una blusa que no sea blanca...». Estaba acariciando los abrigos con las puntas de los dedos cuando, llevada por un impulso repentino, introdujo la mano en el bolsillo de uno de ellos y sacó dos sobres, pulcramente marcados como «PARA TI Y 2». En las demás prendas encontró varias cartas idénticas, con las que formó un montoncito tambaleante en el suelo. «Tendré que inspeccionar todos los abrigos que poseo y pasar estos sobres por la trituradora», se dijo.

Arrugó el entrecejo y abrió otro armario, en el que encontró varios vestidos del mismo estilo que los trajes anteriores. «Más ofrendas de la Casa de la Pacatería», refunfuñó para sus adentros. Pese a todo, seleccionó lo mejor de aquel lote tan deplorable y se las compuso para improvisar un conjunto que proclamaba al mismo tiempo «mirad lo elegante que soy» y «pero que sepáis que controlo una organización secreta del Gobierno».

La reunión con el director de seguridad del edificio resultó ser menos controvertida de lo que se temía. Lo cierto era que le imponía bastante respeto, puesto que la había convocado su predecesora, pero por fortuna el hombre tomó la iniciativa para informarle de que había un grupo de fanáticos acampados delante del edificio. Estaban convencidos, al parecer, de que el Tablero era la sede gubernamental de una agencia sobrenatural encubierta.

—Quizá peque de ingenua, pero ¿acaso no lo es? —preguntó Myfanwy, desconcertada—. Quiero decir que eso es a lo que nos dedicamos aquí, ¿no?

—Ah, sí —convino el director de seguridad, Clovis, un tipo muy alto de ascendencia sudanesa. Myfanwy recordó que había estado presente en el interrogatorio, observándolo todo en silencio desde el fondo de la habitación—. Tienen toda la razón. —Esbozó una sonrisa radiante.

—¿Y no le preocupa que un hatajo de frikis de la informática y conspiranoicos pueda echar por tierra nuestra elaborada pantalla de humo, todos esos protocolos de seguridad diseñados para engañar a la opinión pública y ocultar nuestra existencia? Al fin y al cabo, nuestros mejores cerebros se han esforzado lo indecible para permitirnos actuar en secreto.

—Eso es verdad —convino él, asintiendo con la cabeza.

—Y han fracasado.

—Sí. De hecho, el grupo de ahí fuera está dedicándose a informar a todos los transeúntes sobre la naturaleza de nuestras operaciones.

—¿Y nosotros vamos a hacer algo al respecto?

—No —respondió plácidamente el hombre. Myfanwy suspiró. Clovis le había caído en gracia desde el principio, por lo que había decidido no invitarle a sentarse en aquellas sillas tan intencionadamente incómodas. Se atusó el pelo, nerviosa.

—Mira, Clovis... ¿Te importa que te tutee?

—En absoluto, torre Thomas.

—Cuando estemos en privado puedes llamarme Myfanwy —lo invitó ella, sin pararse a meditarlo bien antes.

—Gracias.

—A ver, explícame por qué no estamos tomándonos la molestia de ahuyentar a esas personas.

—Myfanwy...

—Personas que han levantado poco menos que un poblado de tiendas de campaña frente a nuestra entrada de servicio —lo atajó ella, tamborileando vigorosamente con los dedos sobre la mesa de centro.

—Sí, pero...

—Personas —continuó— que se dedican a airear la verdad sobre nosotros ante el primero que pasa. —Respiró hondo y clavó los ojos, aún morados, en él—. Ten la bondad de explicármelo, Clovis.

—Nadie les hace ni puñetero caso a los frikis de la informática y los conspiranoicos —sentenció él, dejándola boquiabierta.

—¿Disculpa?

—Myfanwy —se apresuró a añadir el director de seguridad—, nadie se fija en los manifestantes. Incluso a los amigos del medioambiente se les desoye por sistema, y eso que sus razones sí son de peso. Piensa en lo que proclaman esas personas y comprenderás que nadie en su sano juicio, de paso por el distrito financiero, les va a prestar la menor atención. Ni siquiera

una limosna por compasión les darían.

—¿Estás seguro? A mí me parece un fallo de seguridad preocupante.

—Por favor. Lo único que están consiguiendo los fans de Expediente X estos es tirar piedras contra su propio tejado. ¿No has visto cómo van vestidos?

—Bueno —dijo Myfanwy—, si tan convencido estás...

—Lo estoy —la tranquilizó—. Y ahora, te quería comentar otra cosa.

—¿Sí?

—Sí, y se trata de algo que podría representar una grave amenaza para la seguridad nacional —añadió él, imprimiéndole un tono ominoso a su voz.

«Por todos los santos, —pensó—. Esto empieza a ser un tanto excesivo para tratarse de mi primer día en el curro».

—Alguien ha estado buscándote en Google.

—Que me... ¿qué?

—Alguien ha escrito tu nombre en el buscador de Google —insistió Clovis, inclinándose hacia delante con el gesto tan serio como si estuviese anunciando que el primer ministro acababa de saltar por los aires.

—Caray —murmuró ella—. Pues, jo..., vaya. ¿Seguro que me buscaban a mí?

—¿Cómo?

—Bueno, quiero decir que Myfanwy es un nombre galés, no se lo inventaron de la nada para ponérmelo a mí. Y Thomas también es bastante común. Debe de haber unas cuantas Myfanwy Thomas circulando por ahí.

—Doce, que nosotros sepamos —replicó con toda seriedad él—. Nueve en el Reino Unido, una en Australia, otra en los Estados Unidos y la última en Nueva Zelanda.

«¿Llevan una lista con todas las Myfanwy Thomas del mundo? —se preguntó—. En fin, que no se diga que el dinero de los contribuyentes no está bien empleado».

—Sin embargo —continuó el director de seguridad—, tú eres la única Myfanwy Alice Thomas. Además, introdujeron también tu fecha de nacimiento.

—Oh.

—Sí.

—Espera, ¿cómo sabes si alguien está buscándome en Google? —inquirió ella. «No seremos los dueños de Google, ¿verdad?».

—Hemos puesto los nombres de todos los miembros de la Corte en una lista de alertas —respondió Clovis—. Las distintas organizaciones con las que tenemos acuerdos y relaciones nos informan cada vez que salta alguno de ellos.

—Vale —dijo. «No creo que hayan sido los injertadores. Quiero decir, ya saben dónde está el Tablero; Van Syoc estaba vigilando el edificio y me imagino que tendrán más medios a su

disposición aparte de Google»—. Bueno, ¿y conocemos la ubicación de ese cotilla?

—Esta mañana estaba en Londres. En un cibercafé. Pagó en efectivo.

«¿Quién querría ponerse a buscar información mí?», se cuestionó Myfanwy. «Aparte de mí misma, claro».

—No habrán encontrado nada, supongo.

—No, tu presencia en internet es inexistente —respondió Clovis—. Ponemos todos los medios necesarios para evitar que el personal del Checquy aparezca en la red. Pero ¿se te ocurre alguien que podría estar buscándote? ¿Alguien de fuera de la organización? ¿Quién más sabe que existes?

«¿Estás de guasa?», pensó Myfanwy. «Ni siquiera yo conocía mi existencia hasta hace un par de días».

—No tengo ni idea.

—Bueno, esto es muy raro. Nos mantendremos atentos por si continúan rastreándote.

Myfanwy se disponía a preguntarle si existía alguna otra forma de que alguien pudiera seguirle la pista cuando irrumpió Ingrid en el despacho, sin llamar.

—Con perdón, torre Thomas, pero ha llegado su coche —anunció.

—¿Mi coche?

—Para llevarla a cenar con lady Farrier.

—Ay, mierda —suspiró—. Quiero decir —añadió al fijarse en la expresión consternada de su acompañante—, ay, estupendo, qué velada más encantadora me espera.

*La dama Linda Farrier*

*Todos los miembros del Checquy la tratan con una mezcla de nerviosismo y respeto. No sólo porque sea la jefa. Ni porque se trate de una aristócrata de las de verdad, descendiente de una antigua familia, y sea amiga íntima de la monarca de nuestra nación. Ni siquiera por el hecho de que sea capaz de colársete literalmente en la cabeza mientras duermes.*

*Sino porque exuda autoridad y te mira como si supiera todo lo que estás pensando, todas las infracciones que alguna vez has cometido. Su escrutinio hace que te den ganas de ponerte firme y mearte encima a la vez.*

*La magnitud de su poder e influencia es indeterminada. Aunque todos los integrantes del Checquy saben que puede entrar en tus sueños y controlarlos, también circulan rumores sobre otras habilidades. Se dice, por ejemplo, que es capaz de implantar sugerencias hipnóticas en tu cabeza (hay quienes sospechan que se ha puesto en plan El mensajero del miedo con varios miembros clave del parlamento). Que puede encerrarte a perpetuidad en un sueño. Que puede hacerte*

*Me pregunto si no será lady Farrier la traidora, puesto que puede colarse en las mentes ajenas y actuar a su antojo. ¿Será ella la que me visite cuando esté dormida y me borre la memoria?*

*Porque, como lo sea, estás jodida.*

«¿Por qué le daba tanto miedo a Thomas usar sus poderes?», se preguntó Myfanwy mientras el coche la alejaba del Tablero en dirección a un distrito de inclinaciones mucho más gastronómicas. Por lo que a ella respectaba, era extraordinariamente consciente de sus habilidades. Con la mirada fija en el panel de cristal tintado que la separaba del conductor, uniformado de morado, supuso que no le costaría nada dejarlo ciego. Su acción se saldaría, por supuesto, con el probable resultado de que el vehículo terminara estampándose contra la mediana, pero el caso era que podría hacerlo si se lo proponía. No necesitaba tocarlo, como sugería Thomas en sus cartas. Tenía la impresión de que su antecesora había calculado mal el alcance de sus poderes.

Sin embargo, era evidente que los años de formación en la Finca le habían proporcionado a Thomas un control mucho más depurado del que gozaba Myfanwy en esos momentos; en las cartas se enumeraban proezas que a ella le parecían inalcanzables. Por ahora, sospechaba que su ámbito de influencia se limitaba a las funciones biológicas más básicas. A diferencia de su antecesora, no obstante, ella no veía la hora de explorar sus habilidades. «Si pudiera sentarme con alguien durante unas horas y leer su sistema, sin más, lo entendería todo mucho mejor». Por desgracia, no se le ocurría cómo conseguir algo así sin necesidad de contratar los servicios de una prostituta. «Lo cual estaría definitivamente fuera de lugar».

Aún seguía absorta en sus cavilaciones cuando el coche se detuvo ante la puerta de Simpson's. La sección más joven de la clientela iba tan engalanada como se lo permitía su presupuesto, mientras que los comensales de mayor edad y, por consiguiente, influencia, llevaban puesta la misma ropa de siempre. Un metre encantador le abrió paso entre la multitud, mientras los ojos negros de Myfanwy lanzaba alguna que otra mirada a su alrededor, hasta la mesa a la que ya estaba sentada, con todas sus ínfulas, lady Linda Farrier.

—Buenas noches, mi señora —dijo Myfanwy, debatiéndose entre acompañar sus palabras de una reverencia o no. Era la misma mujer que salía en sus sueños, de eso no le cabía la menor duda. Aquellos ojos, la misma intensa concentración y la imperturbable compostura que acompañaba al poder. Ambas estaban dormidas la última vez que hablaron, y Myfanwy contaba tan sólo unas pocas horas de edad.

Se produjo un silencio prolongado que Farrier aprovechó para sostenerle la mirada antes de

indicarle que se sentara. Bajo aquel escrutinio, Myfanwy se entretuvo alisándose la falda y examinando la cubertería.

—¿Sabes quién soy? —preguntó la dama por fin.

—La dama Linda Farrier, la líder femenina del Checquy —respondió sin titubear.

—¿Sabes quién eres tú?

—Hasta cierto punto.

—¿Seguro? La última vez que hablamos, no tenías ni idea de quién éramos ninguna de las dos. Un problema resuelto, al menos.

—Sí, señora.

—Has conseguido presentarte el lunes en el Tablero y proseguir con tus actividades. Impresionante. Que te marchases no fue nunca una opción. Al fin y al cabo, yo sabía que habías perdido la memoria, pero me habría extrañado que cualquiera de los otros se lo creyera. Y, por supuesto, nadie abandona el Checquy. Myfanwy Thomas conocía secretos de estado del más alto nivel. Aunque no hubieras conservado esos recuerdos, presentándote a trabajar hoy has descubierto cosas que no podría saber nadie que no pertenezca a la organización. Te has convertido en un riesgo intolerable para la seguridad. Pese a todo, abrigaba la vaga esperanza de llegar a algún tipo de acuerdo contigo. Un retiro discreto en algún refugio recóndito, quizá.

—¿Así de fácil? ¿No le debías un favor a Myfanwy Thomas? —«Lo cual me recuerda que haría bien en enterarme de qué favor se trataba», se dijo para sus adentros.

—Jovencita, ignoro qué clase de relación te crees que teníamos Myfanwy Thomas y yo, pero no éramos amigas. Se oponía a mí, a su manera, en muchas cuestiones. Nos mostrábamos civilizadas al respecto, eso sí, lo cual no era tarea sencilla. El hecho de que te guarde este secreto..., un secreto de, por cierto, colosales implicaciones..., y te permita asumir esta vida es suficiente para zanjar cualquier deuda que pudiera haber contraído con ella.

—Pero ¿y si me hubieran matado? Tengo enemigos, eso está claro. ¡No puedes dejar que alguien deambule por ahí sin recordar quién es!

No habría sabido decirle a Farrier qué era lo que debería haber hecho, pero abandonarla a su suerte no le parecía la forma más indicada de devolverle un favor a nadie.

—Pues claro que puedo. Y lo lamento, pero si te hubieran matado, eso tan sólo habría servido para eliminar un engorro —replicó plácidamente Farrier mientras bebía un sorbo de vino.

—Un engorro —repitió Myfanwy.

—¿Cómo calificarías tú a una torre que no recuerda quién es? Eres prescindible, en el mejor de los casos; en el peor, una amenaza. Afortunadamente, has demostrado poseer más aguante del que esperaba —declaró con un deje de satisfacción la mujer.

—¿Ah, sí?

—Por supuesto. No sabías nada y ahora, dos días más tarde, descubro que has afianzado tu

posición en el Tablero reuniéndote con éxito con algunas de las personas más poderosas del país y sentando cátedra sobre cuestiones tan secretas como aterradoras. ¿No te parece un tanto peculiar?

—Dama Farrier, eso no es lo más peculiar que haya escuchado hoy. De hecho ni siquiera está en el *top ten*—contestó sin inmutarse.

—No, ya me imagino que no. —Farrier esbozó una sonrisita—. Eso es lo malo de nuestra profesión; pocas cosas nos parecen imposibles. —El camarero se acercó a la mesa y, presintiendo la tensión existente entre ambas mujeres, se apresuró a apuntar su pedido, nervioso—. Lo cual no significa que seamos inmunes a las sorpresas. Y tú, querida, eres lo más sorprendente que me he encontrado en muchísimo tiempo. Me pregunto cómo te las habrás ingeniado para averiguar tantas cosas sobre quién y qué eres.

Myfanwy la miró fijamente y, por un instante, se sintió tentada de contárselo todo. ¿Podría explicarle que Thomas sabía lo que la esperaba, que se había anticipado a los acontecimientos y había obrado en consecuencia, haciendo sus preparativos? Farrier ostentaba mucho poder y sería una aliada de valor incalculable. «Además —añadió para sus adentros—, enfrentarse a esto en solitario es complicado. Sólo llevo un día en el trabajo y ya he destapado un montón de cosas horrendas. Un ejército de monstruosidades se prepara para asolar el país. En la Corte hay alguien que me quiere ver muerta y todavía ignoro por qué. Tengo la responsabilidad de solucionar todos estos problemas, ¡y ni siquiera recuerdo mi segundo nombre! ¡Necesito hablar con alguien!».

Era tentador y, sin embargo, sabía que no podía hacerlo. Había heredado los poderes de Thomas, pero también sus enemigos. Que Farrier fuera su rival o no aún estaba por determinar, pero no era su amiga.

—Supongo que aprendo muy rápido —dijo Myfanwy, y le pegó un largo trago a su vaso de agua.

—¿Te importa que te haga una pregunta personal?

—Por favor.

—Quizá te parezca extraño, pero ¿quién crees tú que eres? ¿Piensas en ti misma como Myfanwy Thomas, torre del Checquy? ¿O no eres más que alguien que lleva puesto su cuerpo? ¿Conservas algún recuerdo de haber sido ella?

—Buena pregunta —respondió con una sonrisita—. Todavía estoy intentando determinarlo.

—Pero...

—Pero no soy ella. Thomas parpadeó y, cuando sus ojos volvieron a abrirse, era otra persona la que estaba mirando por ellos.

*Alrich se despertó.*



—¿Te importa que te pregunte algo yo a ti?

—Supongo que no —replicó lady Farrier, no sin recelo.

—¿Cómo era Thomas? —Myfanwy se vio recompensada por una expresión de sorpresa.

—Oh, pues... caray —balbuceó la mujer, confusa—. Era... simpática.

—¿Simpática? ¿Cómo que era «simpática»?

—Tienes que entender que me resulta un poco desconcertante hablar contigo de la opinión que me merecía Myfanwy Thomas —señaló razonablemente Farrier.

—Sin duda, pero no estoy preguntándote si le habrías dejado las llaves del Bentley. Sólo quiero saber cómo era.

—Ah, bien, dame un momento. —Los ojos de Farrier adoptaron la misma expresión ausente de hacía tres noches, cuando Myfanwy la había visto sorprenderse en su sueño—. Thomas era una tremenda decepción y, simultánea y sorprendentemente, alguien que poseía un valor incalculable para nosotros.

»Cuando nos hicimos con aquella niña, fue un triunfo. Un talento completamente nuevo, sin debilidades ni deformidades alarmantes... ¿Sabes lo raro que es eso? ¿En una isla tan pequeña como esta? La organización investigó a fondo su vida. Si quieres, supongo que no te costaría mucho encontrar en los archivos de la Finca qué fue lo que cenó todas las noches durante los tres meses que mediaron entre la primera manifestación de sus poderes y nuestra adquisición. Vigilé los sueños de aquella pequeña durante semanas y apunté hasta el último detalle en busca de cualquier indicio de inestabilidad mental. La entrevisté, asegurándome de que cada uno de aquellos sueños estuviera ambientado en un lugar que la pondría a prueba...

Dejó la frase inacabada flotando en el aire.

—¿Y? —la animó a continuar Myfanwy.

—Y todo salió bien. Estaba sana y cuerda, era feliz. Era nuestra.

*Un joven apuesto entró en el cuarto de Alrich, cuyos ojos se iluminaron.*

—Bueno, ¿y en qué sentido constituía una decepción? —preguntó Myfanwy, deseosa de escuchar la versión de los hechos de Farrier pese a conocer ya la respuesta, al menos en parte.

—Fue una de esas cosas impredecibles. Una chica brillante y con aguante en apariencia, pero no reaccionó bien al traslado. Aunque la Finca está diseñada para minimizar el impacto, muchos niños sufren problemas al separarse de sus familias. El propósito de la institución es dar una pronta acogida a los nuevos alumnos, hacer que se sientan cómodos y queridos, y adiestrarlos en el uso más eficaz de sus habilidades. Pero Myfanwy Thomas se encerró en sí misma. Su timidez rayaba en lo patológico. Supongo que eso es aceptable en algunos casos, pero con un talento que resultó estar ligado exclusivamente al contacto físico resultó ser desastroso. Teníamos tantas

esperanzas depositadas en ti..., en ella, quiero decir.

Farrier se quedó callada y observó a la mujer que tenía sentada delante de ella, contemplativa.

«Sé lo que te pasa por la cabeza, lady Farrier. Te preguntas si los poderes de Thomas vendrían incluidos en el lote. Estás diciéndote: “Hmm, cuando todas esas neuronas estiraron la pata y Thomas abandonó el edificio, ¿se estropearía en el proceso el conjunto de lóbulos que le permitían controlar los cuerpos ajenos?”. Por eso no has hecho el menor ademán de tenderme la mano».

—Así que allí estábamos, con una mocosa que, además de ser capaz de controlar a los demás, parecía poseer la habilidad de crear un impermeable caparazón social y emocional a su alrededor. Dejar que se marchase era impensable, porque nadie abandona el Checquy.

—¿Ni siquiera los niños? —preguntó con voz queda Myfanwy.

—Ni siquiera los niños. No sabíamos qué hacer con ella, con aquel recordatorio constante de potencial sin desarrollar. Tampoco te creas que nos conformamos con creer que habíamos hecho un mal negocio contigo y te descartamos sin más. Todos los profesores y el personal de la Finca dedicaron años a esforzarse contigo. —Sacudió la cabeza—. Qué decepción.

«Por un momento se te ha olvidado que no estás hablando con la misma persona —pensó Myfanwy mientras su acompañante dejaba vagar la mirada por el interior del restaurante—. ¿Detecto un poso de sentimiento de culpa?

Sería comprensible».

*Alrich estaba sentado a su escritorio, absorto en la lectura de unos informes y limpiándose los labios, mientras detrás de él, tumbado en un diván, el hombre roncaba.*

—Cuando nos quedó claro que los poderes de Myfanwy Thomas serían siempre irremediabilmente limitados, la Corte dejó de prestarle tanta atención al resto de su educación —continuó lady Farrier—. Superó su aprendizaje sin sobresaltos... recibiendo, por cierto, una formación de primera... y entró a formar parte de la organización del Checquy.

«Se graduó sin pena ni gloria y la relegasteis al puesto más discreto y tedioso que pudisteis encontrarle, dentro de un departamento relativamente insignificante», tradujo Myfanwy para sus adentros.

—Gracias a Dios que se redimió con el paso del tiempo; demostró ser muy competente. Más que competente, en realidad... Incluso brillante. Su iniciativa revolucionó la administración del Checquy y, a la larga, ascendió al puesto de torre.

«Ajá, y seguro que te alegraste lo indecible por ella cuando el fracaso que esperabas barrer debajo de la alfombra se convirtió en el blanco de todas las miradas».

—Era una de las ejecutivas más destacadas que haya trabajado para el Checquy, una

organización con siglos de historia a sus espaldas que siempre ha podido escoger entre los mejores intelectos de la nación. No te confundas —sentenció—, la torre Thomas se ganó su título a pulso.

Myfanwy y Farrier acudieron en coches distintos a la reunión de Apex House. Según los apuntes de Thomas, el Checquy poseía instalaciones repartidas por todo el país, pero las tres principales eran el Tablero, el Anexo (desde donde se dirigían todas las operaciones en el extranjero) y ese lugar, Apex House, el cuartel general definitivo. Mientras se aproximaban al edificio, Myfanwy observó con curiosidad la gigantesca estructura, que tenía forma de media luna. Su aspecto era distinguido, con columnas y sutiles marcos decorados en las ventanas. Ojeó la historia del edificio: además de ser la base de operaciones del lord, la dama y los alfiles, alojaba la mayor parte del aparato legal y financiero de la organización. También era el escenario donde la Corte del Checquy se reunía todos los viernes para coordinar las actividades del departamento.

«¿Cómo es posible que el día se me haya pasado tan rápido? —se lamentó, desesperada, mientras barajaba las hojas de la carpeta—. No sé ni a quién voy a ver ni a qué se dedican. Ay, joder, joder, ¡joder! Menuda administradora de mis narices, Thomas. Ya podrías haberte currado una chuleta o algo». Empezaba a sentir auténtico pánico cuando llegó por fin a una sección titulada:

### *La Corte*

*La Corte del Checquy es el consejo ejecutivo encargado de supervisar toda la institución y, desde que se conoce el juego del ajedrez en las Islas Británicas, su jerarquía se basa en las fichas del mismo.*

*Como sistema es deplorable.*

*Inconvenientes:*

*El Checquy es el organismo gubernamental de un territorio monárquico. Nadie puede ir por ahí proclamándose rey y reina sin ser los de verdad, y menos si poseen poderes sobrenaturales y comandan un ejército privado. Los auténticos monarcas terminarían enterándose, tarde o temprano, y no les haría ni pizca de gracia. Por consiguiente, tras unos cuantos debates acalorados, los títulos de los líderes del Checquy se cambiaron por los de lord y dama en una decisión que, si bien se aleja del tema del ajedrez y sigue dando un poquito de grima, no me parece la más desacertada del mundo.*

*Los títulos de lord y dama poseen una inevitable marca de género, lo que propicia situaciones incómodas cuando se produce una vacante y el candidato más cualificado para ocuparla posee los genitales equivocados. De resultas de esto, durante la segunda década del*

*siglo XX, la organización padeció el violento mandato de la dama Richard Constable, un tipo enorme de barba poblada que en cierta ocasión decapitó a mordiscos a un licántropo irlandés poseído. Constable había llegado al cargo en sucesión de lady Claire Goldsworthy y declinó cambiar su título por pura cabezonería, incluso después del fallecimiento del lord de la época.*

*Aunque, como ya hemos visto, el Checquy se aleje en ocasiones de la temática ajedrecística, todavía perdura la idea de que debería haber dos representantes de cada rango (bueno, técnicamente hablando debería haber cuatro, pero eso ya es otra historia). Compartimos jurisdicción con nuestros homólogos, pero los límites no están muy bien perfilados; a efectos de logística y responsabilidad es una pesadilla. Se da por sentado, por ejemplo, que las torres tienen que prestar asesoramiento y cooperar en todas las operaciones de ámbito nacional. En algunos casos, todo va como la seda; la torre Gestalt y yo nos complementamos, en el sentido de que yo me encargo del papeleo y él hace todo el trabajo de campo. Sin embargo, no todos los equipos se han entendido igual de bien. En una ocasión memorable, en 1967, las torres lanzaron accidentalmente sendos ataques sobre el mismo nido de gorgonas, simultáneos pero individuales, por la sencilla razón de que se habían negado a sentarse a hablar antes.*

*Los alfiles, antes llamados obispos, no forman parte del clero. Ya no.*

*Tampoco es imprescindible que los caballos sean también caballeros.*

*Tenemos prohibido referirnos los unos a los otros por nuestro título si hay civiles delante, lo que habitualmente da pie a situaciones incómodas.*

*Hay quienes opinan que el título de peón posee connotaciones desagradables. Se nos inculca que tarde o temprano podríamos tener que sacrificarnos en aras del bien común, y la implicación de que seamos tan prescindibles y nadie vaya a echarnos de menos a veces resulta descorazonadora.*

*No todos los miembros de la organización reciben un título inspirado en el ajedrez. Quienes no poseen habilidades extraordinarias no se denominan peones, por ejemplo, sino camarlangos. Segregar de este modo a un sector tan amplio de nuestra comunidad no puede decirse que fomente el corporativismo.*

*En ocasiones surgen voces que señalan estos defectos e intentan promover algún cambio, pero no tardan en silenciarse por los siguientes motivos:*

*Si estás en la Corte, ostentas un título rimbombante y no te apetece cambiarlo por algo más genérico.*

*Tradición.*

*Se supone que es algo que debería recordarnos lo importantes que son la estrategia y el rango.*

*Mola.*

*En cualquier caso, aquí tienes a los miembros de la Corte reducidos a lo más básico: su*

*nombre y su cargo. También te he dejado unas fichas de consulta rápida en el primer cajón de la mesa de tu despacho.*

*Torres (responsables de las operaciones en el territorio nacional, con base en el Tablero)*

*1. Los hermanos Gestalt (Alex, Teddy, Robert y Eliza)*

*2. Myfanwy Thomas (esta eres tú)*

«Vale, gracias», pensó con irritación Myfanwy.

*Caballos (responsables de las operaciones en suelo extranjero, con base en el Anexo)*

*1. Mayor Joshua Eckhart*

*2. Heretic Gubbins*

*Alfiles (supervisores del Checquy, ayudantes directos de los líderes, con base en Apex House)*

*1. Alrich*

*2. Conrad Grantchester*

*Lord y dama (los líderes del Checquy, con base en Apex House)*

*1. La ilustrísima y honorable vizcondesa Linda Farrier*

*2. Sir Henry Wattleman*

No se incluía ninguna fotografía, por desgracia, ni siquiera dibujos. «Habrás que improvisar, supongo —concluyó Myfanwy—. Ya estoy empezando a cogerle el tranquillo». Levantó la cabeza al detenerse el vehículo. De cerca, el edificio apeataba a antiguas fortunas y autoridad soterrada. El hombre más obeso que hubiera visto en su vida, cubierto de púrpura de la cabeza a los pies como una ciruela hipertrofiada, se acercó para abrirle la puerta.

—Buenas noches, torre Thomas. ¿Quiere que le lleve eso a la sala de juntas? —preguntó, señalando la carpeta morada y el maletín.

—No, gracias —respondió ella con gesto ausente a la vez que admiraba los grandes pilares que señalaban la entrada del edificio—. ¡O sí, ahora que lo dices! —exclamó, tras meditarlo mejor. «Habida cuenta de que no sé adónde se supone que tengo que ir...»—. Si fueses tan amable, te lo agradecería.

Siguió los pasos del hombre mientras este se dirigía al ascensor y después la conducía por unos amplios pasillos. Myfanwy aprovechó la ocasión para sondear su sistema. Comparado con el organismo radicalmente alterado de Van Syoc, el de un ser humano normal era armonioso y

elegante. Se concentró para seguir el rastro de los impulsos y las conexiones pertenecientes a cada movimiento. El funcionamiento de los músculos y las neuronas era fascinante, la complejidad que conllevaba dar un paso o girar la cabeza. Proyectó un pensamiento a modo de prueba y la mano del hombre se abrió, dejando caer el maletín en el suelo.

—Lo siento de veras, torre Thomas —se disculpó el camarlengo, sorprendido, mientras se agachaba—. Soy un patoso.

—No te preocupes —replicó ella con una sonrisa. Reanudaron la marcha y se quedó absorta en el frenesí de actividad que recorría la columna del hombre, el relampagueante tráfico de mensajes que circulaban entre su cerebro y el resto de su persona. Era el espectáculo más hermoso que hubiera contemplado en su vida.

—¿Torre Thomas? —se oyó una voz a lo lejos.

—¿Hm?

—Ya hemos llegado —dijo el obeso camarlengo, que estaba ofreciéndole sus pertenencias con expresión cautelosa. Myfanwy se repuso de su distracción y aceptó el maletín y la carpeta.

—Disculpa. —«Tendré que andarme con más cuidado», recapacitó. «Por otra parte, cada vez se me da mejor esto». Siempre que empleaba sus poderes con alguien aprendía un poco más cómo funcionaban las cosas, presintiendo intuitivamente las conexiones.

El hombre abrió la puerta y Myfanwy entró en la sala de juntas, donde se quedó paralizada un instante. Después de tanto hablar de la Corte y con lo impresionante que era su propio despacho, se esperaba algo deslumbrante. Sentía curiosidad por ver si se trataba de algo tradicional, con maderas nobles por doquier, o de algo más sofisticado, todo vidrio y metal. Lo que no esperaba era encontrarse con una habitación más bien sobria que estaba pidiendo a gritos una mano de pintura. Ocupaba el centro una mesa de aspecto desvencijado con dos hombres sentados a cada lado. Los gemelos Gestalt constituían la mitad del cuarteto.

—Torre Thomas —dijo uno de los desconocidos mientras se levantaba para saludarla. De unos cincuenta años, era esbelto y extraordinariamente atractivo. Su cabello moreno y ondulado presentaba unas ligeras entradas, pero sus ojos acerados resultaban fascinantes. ¿Serían imaginaciones suyas o se arremolinaban sobre sus hombros unas sutiles volutas de humo negro? Aunque le sonaba de algo, no lograba identificarlo.

—Buenas noches —replicó con una sonrisita Myfanwy, que, pese a la diferencia de edad que los separaba, se sorprendió ruborizándose bajo la intensa mirada del hombre mientras este le estrechaba la mano.

—Supongo que no vas a contarnos por qué se ha adelantado este encuentro.

—Hm, bueno, creo que deberíamos esperar hasta que hayan llegado todos.

—Me parece bien —sonrió él a su vez—. ¿Qué te parece la residencia? ¿Todavía conserva su encanto la decoración?

«¡Anda! ¡Vaya, vaya! Pero si este no es otro que Conrad Grantchester, el del retrato, el responsable de que haya una cama redonda en mi piso —comprendió Myfanwy, volviendo a sonrojarse de súbito ante la imagen que habían conjurado sus pensamientos—. Me apuesto lo que sea a que ese colchón ha visto de todo». Decidió no dormir en él si podía evitarlo.

—La decoración se conserva, alfil Grantchester, que no es poco —respondió con diplomacia, reprimiendo un resoplido que habría resultado impropio de la dama que se suponía que era. Desvió su atención hacia el otro desconocido presente en la sala, el cual ya se había puesto de pie a su vez y esperaba para saludarla. Lucía una tupida mata de rizos castaños y un mostachón enorme, quizá para compensar la ausencia de cejas. Aunque no era especialmente apuesto, iluminaba su mirada un destello de afecto.

—Torre Thomas, me alegra verte —dijo con una sonrisa en apariencia sincera. Le cayó bien de inmediato—. Pero ¿qué diablos te ha pasado en los ojos?

—Atracadores, ¿te lo puedes creer? —respondió ella mientras se devanaba los sesos intentando recordar quién era ese hombre—. Dos desconocidos me asaltaron e intentaron robarme el bolso.

—¡Santo cielo! —exclamó su interlocutor, preocupado—. ¿Estás bien?

—Oh, sí. Ya sabes, cualquiera que se meta con nosotros acabará lamentándolo.

—Bueno, por supuesto —dijo el hombre—. Conozco a varias personas que darían lo que fuese por la oportunidad de aplastar a un malhechor. Uno de mis contables se pasea por las zonas más conflictivas, de hecho, con la esperanza de que alguien lo agrede. Siempre termina llevándose una decepción, el pobre. Supongo que nadie va a intentar robarle la cartera a un tipo que parece el Coloso de Rodas —musitó, mientras levantaba con distracción una pierna del suelo y la doblaba hasta apoyarse la suela del zapato en el nacimiento de la espalda.

—Pues sí, pero bueno, por lo que se ve estás... bien —balbuceó ella, intentando que no se le salieran los ojos de las órbitas. El hombre se había mecido hacia atrás sobre la otra pierna y había acabado haciendo equilibrios sobre un solo talón—. ¿Alguna, eh..., novedad por tu sección?

La llegada de Farrier puso fin a la conversación, por suerte. Venía agarrada del brazo de un caballero entrado en años, alto y arisco; todo el mundo inclinó respetuosamente la cabeza. «Sir Henry Wattleman», dedujo. El lord y la dama los saludaron a todos por su nombre, lo que le ayudó a confirmar que el contorsionista de la cabellera ensortijada era Heretic Gubbins, uno de los caballos.

Cuando el lord y la dama se dirigieron a ella, les dedicó su sonrisa más radiante y una sutil reverencia, lo cual le granjeó un gesto de aprobación por parte de Wattleman y el mutismo de Farrier, a la que no se le escapó que Myfanwy estaba actuando.

Acababan de sentarse cuando llegó a toda prisa otro hombre hablando como una ametralladora por el móvil mientras sostenía un cigarrillo encendido entre los dedos. Saludó a los

presentes con una inclinación de cabeza y siguió dándole instrucciones a su teléfono.

—No, no, no. Dejáis que baje del avión y que llegue a la aduana. Allí le decís que ha surgido un problema con su visado y que tenéis que conducirla a la sala de entrevistas que habremos montado. —Se produjo una pausa—. Nada de comida, podrá usar el baño si va acompañada y aseguraos de recoger todo lo que salga de su organismo. Mantenedla bien lejos de cualquier tubería conectada al sistema de canalización principal. Podéis darle agua, sí. No respondáis a ninguna pregunta que os haga. —Apagó el teléfono—. Buenas noches a todos, lamento el retraso. ¿Soy el último? Claro que no, todavía estamos esperando a Alrich, ¿verdad?

«Así que este debe de ser Eckhart», concluyó Myfanwy.

El recién llegado se sentó frente a ella y aprovechó la colilla del cigarrillo que estaba fumando para encenderse otro. Myfanwy lo observó con interés. Joshua Eckhart tenía el pelo rubio y ralo, y exudaba un aura de dureza. Su bronceado sugería que pasaba mucho tiempo al aire libre trabajando físicamente. Su porte era marcial y sus ojos siempre se mostraban alerta. Cuando se acercó el cigarrillo nuevo a los labios, reparó en las múltiples cicatrices que le surcaban las manos.

Fue en ese momento cuando apareció el alfil Alrich, y a ella se le cortó la respiración.

Era muy alto y tenía la piel marfileña, jaspeada de sutiles pecas. Sus facciones eran angulosas, andróginas y perfectas. Su cabello liso, rojo como la sangre, se derramaba sobre su espalda hasta la cintura, e iba ataviado con un traje azul marino exquisitamente cortado.

—Siento haberos hecho esperar. Trabajar en el turno de noche conlleva que a estas horas sea cuando tengo más ajeteo. —Su voz era ronca y agreste, lo cual contrastaba con su aspecto, tan elegante y pulcro—. Torre Thomas, no sé por qué, pero pareces otra.

—Ya, bueno, es que me han pegado una paliza hace poco.

—Ah, será eso. —Alrich se sentó junto a ella con una agilidad sinuosa—. De acuerdo, ¿qué emergencia es esa que nos ha obligado a adelantar la reunión?

—Los inyectadores —dijo tranquilamente Myfanwy. «Este espectáculo lo va a tener que dirigir Gestalt, así que más me vale anotarme algún tanto mientras pueda». Miró a su alrededor mientras los distintos miembros de la Corte encajaban la información. Las reacciones iban desde los párpados entornados por parte de Eckhart y Grantchester a las náuseas mal contenidas de Heretic Gubbins. Se fijó de pasada, pero con interés, en que ni la expresión ni el porte de Alrich experimentaron la menor alteración—. Esta mañana se detuvo en una coqueta casa de huéspedes de Harrow a un agente de los inyectadores que respondía al nombre de Peter Van Syoc. En el transcurso del consiguiente interrogatorio, descubrimos que lo habían enviado aquí los belgas. ¿Gestalt?

Relamido levantó la cabeza, sorprendido, y se apresuró a reordenar sus apuntes.

—Esto... Gracias, torre Thomas. Para empezar, acabamos de recibir las imágenes de la



adquisición. Aunque ni la torre Thomas ni yo hemos visto aún la cinta, tengo entendido que ilustra a la perfección el problema.

Las luces se atenuaron al tiempo que detrás de Alrich y Myfanwy descendía una pantalla del techo. Se encendió con un parpadeo y todos se giraron para ver la grabación.

La casa de huéspedes era de lo más mona. El agente de viajes de los injertadores debía de valer su peso en oro, estaba claro, porque la cama parecía muy cómoda y la decoración del cuarto denotaba buen gusto. Van Syoc daba la impresión de sentirse como en casa mientras se paseaba por la habitación. No dejaba de ser un poquito espeluznante verlo así, tan tranquilo, cuando hacía tan sólo unas horas Myfanwy había sido testigo de cómo lo torturaban atado a una silla. Su cuerpo había acabado expulsando columnas de humo, pero ahora estaba plantado delante del minibar mientras se metía en la boca un puñado de cacahuetes.

No pudo por menos de sentirse un poco ridícula en ese momento, rodeada por los poderes en la sombra de la nación, todos ellos atentos al vídeo de un hombre sentado en su cama, poniéndose los calcetines y los zapatos entre bocado y bocado de frutos secos. La escena dio la impresión de eternizarse mientras Van Syoc se ajustaba la corbata y se atusaba el pelo frente al espejo. Mientras tanto, Joshua Eckhart encadenaba un cigarrillo tras otro y el cuerpo de Heretic Gubbins se contorsionaba en posturas cada vez más perturbadoramente intrincadas. Todos se rebullían en aquellas sillas de oficina, salvo Alrich, tan perfecto e inmóvil como una estatua de Donatello. Myfanwy empezaba ya a arrepentirse de no haberse traído palomitas o alguna novela cuando de repente, en la pantalla, apareció una mujer procedente del cuarto de baño alisándose el vestido.

—¿Estaba ahí todo el rato? —se extrañó sir Henry—. ¿Qué pasa, también ella pertenece a los injertadores?

No se había leído el informe, evidentemente.

—Esa es la puta —proclamó con voz glacial lady Farrier, provocando que todo el mundo hiciera una mueca.

—Bueno —dijo la mujer del vídeo—. Si alguna vez necesitas cualquier cosa, ya tienes mi número.

—Espera —la detuvo Van Syoc. La mujer puso cara de sorpresa mientras él extendía una mano hacia ella.

«Ay, no, no se la des», deseó Myfanwy, encogiéndose para sus adentros, pero así lo hizo la desconocida, con una sonrisa. Van Syoc sonreía a su vez, aunque sin despegar los labios, que se tensaron cuando atrajo a la prostituta hacia sí con un movimiento fluido. Hipnotizada, Myfanwy vio que la mujer se entregaba a su abrazo girando como una bailarina. Por un momento dieron la impresión de ser estrellas de la edad de oro de Hollywood, sosteniéndole él la barbilla con la palma de la mano y mirándolo ella fijamente a los ojos. Acto seguido, Van Syoc se tensó y le

arrancó la cara de cuajo.

Myfanwy, que tenía los puños apretados en el regazo a causa de los nervios que la atenazaban, se los llevó a los labios, consternada, para reprimir el grito que amenazaba con escapársele de la garganta. Tenía la respiración entrecortada y se sentía como si el corazón estuviera a punto de escapar de su pecho.

«Me cago en la puta, pero ¿en qué clase de trabajo me he metido?». Mientras Van Syoc desnucaba a la prostituta sin inmutarse, Myfanwy miró a su alrededor y experimentó un pinchazo de alivio al comprobar que todos los presentes estaban horrorizados. Incluso Alrich, el cual le había dado la impresión de ser alguien indiferente, tenía los ojos abiertos de par en par a causa de la sorpresa.

En la pantalla, Van Syoc había empezado a fruncir los labios como si se dispusiera a recibir un beso cuando sonó un golpe atronador en la puerta del dormitorio, provocando que todos los espectadores diesen un respingo. También el holandés se sobresaltó, dejando que el cadáver y su rostro cayeran al suelo; el chasquido húmedo del impacto hizo que los miembros de la Corte torcieran el gesto con aprensión.

—Un momento —pidió, con la mirada fija en la puerta mientras rebuscaba sigilosamente en su maleta para sacar una pistola.

—¿Señor Van Syoc? —sonó una voz femenina, servicial y titubeante.

—¿Sí? —preguntó él, realizando cualesquiera que fuesen los intrincados movimientos mecánicos necesarios para dejar un arma de fuego lista para disparar.

—Soy Louisa, de recepción. Perdona que lo moleste, pero ha surgido un problema con su documentación. —Lejos de soltar el arma, Van Syoc la empuñó con firmeza mientras daba unos pasos de espaldas y se alejaba de la puerta—. Así que —continuó Louisa—, si a usted no le importa, le ruego que salga para que podamos solucionarlo.

—Ya, bueno, lo siento, pero estaba a punto de meterme en la ducha —mintió el hombre mientras levantaba la pistola y encañonaba a la mujer a través de la puerta—. ¿No podría bajar al mostrador cuando haya acabado?

—Sí, claro, por descontado. Lamento haber tenido que importunarlo.

La puerta irrumpió en el interior del cuarto con una explosión.

A Myfanwy se le escapó un grito mientras saltaba de la silla. Lo mismo le pasó a Gubbins, por suerte, así que no se sintió tan abochornada. Ambos cruzaron las miradas por encima de la mesa. Los demás estaban absortos en la pantalla.

Un alud de humo ocupaba ahora el hueco de la puerta, cuyo quicio se balanceaba colgando en precario equilibrio, como si le hubieran asestado un mazazo. Van Syoc no había soltado ningún grito ni había pegado ningún salto, sino que se había quedado tan inmóvil como una estatua y apuntaba a la puerta con la pistola. No se veía nada a través de las nubes de humo que se

arremolinaban en el vano. La tensión aumentaba por momentos, incluso entre los miembros de la Corte. De entre la humareda surgieron de repente tres hombres, todos ellos equipados con armas de gran calibre. Iban vestidos con trajes blindados de color negro, unos cascos enormes y gafas en las que brillaba una ominosa luz verde. Parecían, en su opinión, escarabajos samurái.

—¡No te muevas, cabrón! —exclamó uno de los soldados—. Suelta esa p... —Se le truncó la voz cuando Van Syoc le metió una bala entre las gafas. Se oyó un rugido ensordecedor, amortiguado a toda prisa en el vídeo, cuando sendos torrentes de proyectiles brotaron de aquellos dos cañones gigantescos para ir a estrellarse contra el torso del holandés, cuya figura se desplomó con un estremecimiento.

«Caramba —se dijo Myfanwy—, no me esperaba que fuese tan breve. Me pregunto si...». Sus cavilaciones se vieron interrumpidas cuando Van Syoc se incorporó y, efectuando tranquilamente un par de disparos, eliminó a los dos soldados acorazados del Checquy que quedaban en pie.

Myfanwy se felicitó por ser capaz de contener un nuevo chillido mientras, de fondo, oía que Gestalt murmuraba algo acerca de una munición antiblindaje. Se le desencajó la mandíbula, sin embargo, al ver que Van Syoc se levantaba de un salto y su carne comenzaba a escupir las balas alojadas en ella. En medio del humo se materializó ahora la figura de una muchacha. Desconcertada, Myfanwy se fijó en que no llevaba puesto ningún traje acorazado ni empuñaba ningún arma de fuego, sino que iba en chándal y lucía una bandolera con bolsillos cruzada en el pecho. Tenía las manos enfundadas en unos aparatosos guanteletes acolchados hechos de algún tipo de material negro sin brillo.

También Van Syoc experimentó una ligera sorpresa, pero Myfanwy no pudo por menos de admirar su temple: disparó contra la mujer sin pensárselo dos veces. Las manos de la recién llegada se transformaron en una mancha borrosa mientras capturaba todas las balas al vuelo. Myfanwy oyó el impacto amortiguado que produjeron los proyectiles al chocar con los guantes. Van Syoc se quedó estupefacto, pero era un profesional y no tardó en reaccionar enderezando la espalda. Su cuerpo sufrió una sacudida momentánea antes de que los músculos de sus brazos comenzaran a abultarse y crecer, cubriéndose de nódulos de fuerza comprimida semejantes a racimos de uvas gigantes. ¿Serían imaginaciones suyas o de verdad podía oír los chasquidos que emitía la carne al manipularse a sí misma?

A continuación, se le empezaron a alterar las facciones. Se le hinchó la frente y se le abultaron las cejas; la piel que le rodeaba los ojos se extendió sobre ellos como una lámina protectora. Su cuello se expandió hasta volverse tan ancho como la cabeza y después más aún. Su cuerpo daba la impresión de estar ahusándose como una peonza invertida. La nariz de Van Syoc se abatió hacia arriba y se replegó, dejándole dos pequeñas ranuras con forma de lágrima en el centro del rostro.

Myfanwy asistía sobrecogida a la transformación; fascinada, vio que el cabello del hombre se retraía en su cráneo. Se mordió con fuerza el labio inferior y miró de soslayo a Alrich, cuyos ojos permanecían atentos a la pantalla.

—No tendrás una bolsita de papel, ¿verdad? —le preguntó en voz baja. Alrich la miró y negó con un sutil cabeceo. Por suerte, la transformación parecía haberse completado ya. Entró otro peón en el cuarto, un hombre de mediana edad cuyo atuendo recordaba al de un profesor de Historia, americana con parches de cuero en los codos y todo, portando una mochila. Van Syoc se abalanzó sobre la mujer, que proyectó los guanteletes hacia delante y lo interceptó a la misma velocidad cegadora de antes. Le golpeó en el cuello y los hombros, oprimiendo una serie de puntos de presión específicos. Sus manos rebotaron en aquel cuello, el cual daba la impresión de estar compuesto de algún tipo de material elástico y esponjoso. Van Syoc la agarró por los hombros y la empujó con violencia contra la pared. Las manos de la muchacha aleteaban como una exhalación ante el rostro de su agresor, pero este persistió implacable en su empeño y le hizo atravesar literalmente el muro de escayola hasta sacarla al pasillo.

El peón con aspecto de profesor, que se había quedado petrificado por el espanto, tenía toda la pinta de estar preguntándose qué podía hacer; saltaba a la vista que carecía de la fuerza necesaria para reducir a su oponente por sí solo. Rebuscó en su mochila y, con un movimiento brusco, sacó de ella un látigo muy largo de delicada apariencia. Lo enroscó alrededor del torso de Van Syoc y lo tensó cargando todo el peso de su cuerpo sobre él, consiguiendo que su objetivo perdiera el equilibrio. La monstruosidad, enmarcada por los bordes irregulares del boquete que acababa de practicar en la pared, se giró con torpeza mientras entornaba los ojos hundidos en los profundos pliegues de su cráneo. Arrojó distraídamente a la mujer a la otra punta del pasillo, regresó al interior de la habitación y cerró con firmeza una mano sobre el látigo. El peón, consciente de que no era este un pulso que él tuviera la menor probabilidad de ganar, lo soltó, metió ambas manos en la mochila y extrajo dos más.

—¿Cuántos chismes de esos llevará encima? —murmuró Eckhart con un nuevo cigarrillo entre los labios.

Todos continuaron mirando cómo el peón enredaba con destreza las piernas de su oponente y se las sacaba de debajo. Otro giro brusco de las muñecas y los látigos volaron hacia arriba y se enrollaron en el cuello de su adversario. La muchacha reapareció detrás de Van Syoc, vapuleada después de su travesía al otro lado de la pared, y proyectó hacia abajo aquellas veloces manos, que apresaron al injertador y le dejaron la cabeza inmovilizada entre los tobillos. Pese a todo, los colosales brazos de la criatura se encabitaron en todas direcciones y aporrearon cuanto había a su alcance. Dos látigos más surgieron de la mochila y los peones consiguieron lazar y sujetar con firmeza dichas extremidades envolviéndolas en una rosca tras otra de grueso cable trenzado. La mujer sacó una jeringuilla enorme de su bandolera y, con cuidado, le inyectó algo detrás de la

oreja a Van Syoc. Este siguió debatiéndose un rato más, pero sus forcejeos pronto quedaron reducidos a meros espasmos y, transcurridos unos instantes, se quedó inmóvil. Mientras se le encogían los músculos, la pareja de peones se apresuró a afianzar los nudos que lo retenían. Van Syoc se había derrumbado formando un ovillo, inconsciente.

—Necesito un trago. —La voz de la muchacha denotaba cansancio mientras comprobaba el pulso de los soldados abatidos.

—Y yo una tirita —dijo el hombre mientras se examinaba la mano. De improviso, el holandés empezó a rebelarse contra sus ataduras—. ¡Por todos los santos! Creía que esa cosa era capaz de tumbar a un elefante.

—Para eso se utiliza. Es un tranquilizante para elefantes. —La mujer se acercó una mano a la oreja—. Por ahora está controlado, pero envíad al peón Depuy de todos modos. —Suspiró al ver que Van Syoc continuaba luchando contra los látigos—. ¿Conseguiré romperlos? —El profesor, como lo había bautizado Myfanwy para sus adentros, echó un vistazo al asesino que se revolvía en el suelo y asintió con cara de resignación. Sacó varias correas más de la mochila y empezó a reforzar la madeja que envolvía su prisionero—. Dios, los va a destrozarse todos. ¡Que venga Depuy de una vez!

Acompañado por una mujer vestida de enfermera, en la puerta apareció un hombre que caminaba con la ayuda de un bastón y, renqueando fatigosamente, se acercó al forcejeante amasijo de cuerdas del suelo, se agachó sobre su rostro y exhaló una sola bocanada de aire. Van Syoc se quedó inmóvil de súbito; Depuy giró sobre sus talones y se marchó cojeando.

—De acuerdo —suspiró la muchacha—. Será mejor que lo traslademos. Ayúdame a envolverlo con sábanas, trae la plataforma móvil y empecemos la operación de limpieza.

—Van Syoc fue transportado al Tablero —dijo Gestalt—, donde se puso en marcha un sistema de limitaciones especiales para evitar que activase sus implantes. El doctor Crisp lo despertó del letargo en el que lo habían sumido los sedantes y comenzó el interrogatorio, con las torres y algunos de los líderes de sección presentes. Descubrimos que era un agente al servicio de los injertadores y que estos tienen un plan específico.

Myfanwy aprovechó esta pausa para continuar relatando ella lo que había ocurrido:

—Van Syoc murió durante el interrogatorio en circunstancias que están siendo investigadas. Se ha sugerido la teoría de que se activó algún tipo de mecanismo de autodestrucción, a pesar de lo cual conseguimos extraer unos cuantos detalles. Al parecer estaba explorando el terreno, actuando aquí como precursor de una posible invasión por parte de los injertadores.

Gestalt asintió con gesto serio, pero los demás se mostraban incrédulos. «Supongo que debe de costarles aceptar algo así. Es como decir que los normandos están preparándose para lanzar una ofensiva». Transcurridos unos instantes, Wattleman despertó de su trance y se dirigió a los caballos, Eckhart y Gubbins.

—Caballeros, como responsables de las operaciones en el extranjero, ¿tenían siquiera la más vaga idea de que esta amenaza pudiera estar cerniéndose sobre el horizonte?

De pronto, Myfanwy se compadeció de ellos, el uno con sus cigarrillos y el otro con pinta de estar haciéndose una trenza con los brazos.

—Bueno, sir Henry, recuerde que no controlamos el mundo en su totalidad —señaló tímidamente Eckhart—. Para eso habría que aumentar el presupuesto de forma considerable.

—Si el país está a punto de sufrir una invasión —intervino lady Farrier—, no me parece descabellado esperar que vosotros sepáis por lo menos algo al respecto.

—Supongo que no —admitió Eckhart—, pero lo cierto es que no somos especialistas en operaciones de espionaje de gran calado. Somos armas: se nos apunta y disparamos. Hay otras ramas del Gobierno que se encargan de reunir información sobre las operaciones internacionales encubiertas, nos avisan de cualquier posible amenaza y nosotros nos ocupamos de ella.

—Bueno, vuestros homólogos nacionales parecen haber identificado el problema —dijo con voz glacial Wattleman—, así que ahora os toca a vosotros «ocuparos» de él.

—Con perdón —terció Conrad Grantchester—, pero ¿le importaría a alguien refrescarme la memoria y explicarme quiénes son estos injertadores?

Todo el mundo se volvió con expectación hacia Myfanwy, que se quedó paralizada. «Ah, por lo visto aquí soy yo la empollona. Menos mal que había hecho los deberes».

—Los injertadores pertenecen a la Wetenschappelijk Broederschap van Natuurkundigen, cuya traducción aproximada sería algo así como la «Hermandad Científica de los Científicos».

—Tiene gancho —resopló Eckhart.

Myfanwy les proporcionó un breve resumen mientras Farrier asentía con aprobación (y una ligera sorpresa).

—Vale —masculló Grantchester cuando ella acabó—. ¿A quién informamos?

—Al palacio —respondió Farrier.

—Al primer ministro —dijo Wattleman.

—Al ministro de defensa —propuso Eckhart.

—¿A los directores de las agencias de espionaje? —sugirió Gubbins.

—Dios, no. ¿Tenemos que hacerlo? —preguntó con cara de fastidio Grantchester—. Cada vez que aparecemos con algo de lo que no tenían noticia hasta ese momento se vuelven insoportables, y cualquier cosa que se aparte remotamente de lo normal les pone los pelos de punta. ¿Os imagináis cómo reaccionarían si vieran esta cinta? Cuando un espía se echa a llorar, me da mucha grima.

—¿Cuánta información estamos obligados a proporcionarles? —preguntó Gubbins, chasqueando las vértebras tras haber girado la cabeza a la derecha más de lo que cabría calificarse de saludable para un ser humano.

—Recordad que, con la implantación del sistema de respuesta para combatir alertas de alto riesgo, el Checquy recibió numerosos permisos especiales —dijo Eckhart—. Estamos capacitados para elevar el nivel de seguridad de todos los ferris y aeropuertos, y controlar todas las llegadas procedentes del continente. Podemos requisar incluso todos los equipajes.

—¿Para qué molestarse? —replicó Grantchester—. De todas formas, por lo visto son capaces de esconder lo que necesiten dentro de su propio organismo. Y doy por sentado que sus mejoras son invisibles a los detectores de metales.

—Cierto —le concedió Myfanwy—. Pero los perros adiestrados sí son capaces de percibirlos. Se mostraban muy recelosos en presencia de Van Syoc..., cosa que atrajo nuestra atención. En el aeropuerto registraron tanto su equipaje como sus cavidades internas. Los agentes de seguridad alertaron al Checquy ante la imposibilidad de determinar por qué se estaban volviendo locos los animales.

—¿Explicó Van Syoc de alguna manera ese interés de los perros por él? —quiso saber Alrich.

—Alegó que había despegado de Ámsterdam, donde uno puede disfrutar de sustancias que aquí no son del todo legales —respondió Myfanwy.

—Astuto —dijo sir Henry—. Y plausible.

—Por desgracia para él, la adiestradora de los sabuesos era una de nuestras agentes —añadió Myfanwy, a la que se le estaba empezando a ocurrir una idea mientras hablaba—. Poseía habilidades olfativas aumentadas y no detectó la presencia de sustancias ilegales en su persona. No detectó nada fuera de lo corriente, de hecho. Así que quizás deberíamos prestar atención e investigar a cualquiera por el que los perros muestren un interés especial. Si no aparecen restos de droga, que los sospechosos queden a disposición del Checquy. De ese modo podremos tener controlados a los inyectadores sin alertar al resto del Gobierno sobre la gravedad del problema al que nos enfrentamos.

—Muy lista, torre Thomas —la alabó Wattleman con tono paternalista.

—Ya lo sé —dijo ella, ganándose así unas cuantas miradas de sorpresa.

—Sin embargo —murmuró Farrier—, ¿cuál sería la manera más discreta de poner en marcha esta operación? Nada de anuncios oficiales..., suscitarían demasiadas preguntas incómodas.

—Tampoco olvidemos —añadió Alrich— que los controles automáticos no se aplican a todos los viajeros procedentes del continente.

—¡Dichosa Unión Europea! —masculló Wattleman—. Eso de que los quesos de importación nos salgan más baratos está muy bien, pero ¿es que no se paró nadie a pensar que el continente europeo está conectado con otros mucho menos..., menos...?

—¿Cooperativos? —propuso Myfanwy.

—¿Seguros? —sugirió Eckhart.

—¿Llenos de sabrosos quesos económicos? —intervino Gubbins, cuya aportación le granjeó

una mirada asesina por parte de Farrier.

—Quizá si se presentara el nuevo procedimiento ante la gente adecuada... —insinuó Grantchester.

—¡Sí, gran idea! Concertaré una cita en el club con el ministro del Interior —convino con entusiasmo sir Henry—. Él sabrá qué hay que hacer para organizarlo. Asunto zanjado. Veamos, ¿cuál debería ser nuestro siguiente paso?

—Pero ¿cómo sabemos que la invasión no se va a producir esta noche? —preguntó Gubbins—. En estos momentos podría haber ya un montón de monstruosidades mal ensambladas lanzándose en paracaídas sobre nuestras cabezas quién sabe dónde. Quizás estén devorando vivos a los desdichados habitantes de alguna aldea recóndita mientras hablamos.

—Lo dudo —replicó Eckhart—. No se envía un explorador a reconocer el terreno la mañana antes de invadir un país.

—Sí, bien visto —dijo Grantchester—. Es de sentido común.

—¿Podemos estar seguros de que sólo era una misión de reconocimiento preliminar? —preguntó Farrier.

—Sin el menor asomo de duda —respondió Eckhart, vehemente—. Si tres peones fueron capaces de reducirlo, eso significa que no representa todo el alcance del poder de los injertadores.

—Además —terció Relamido—, él mismo lo confesó durante el interrogatorio.

—Carecemos de la información necesaria para planificar nuestro próximo movimiento —añadió Myfanwy. «Algunas ni siquiera conocemos la identidad de nuestro verdadero enemigo»—. Tenemos que investigar más.

—¡Excelente! ¡Bien visto, torre Thomas! —celebró Wattleman—. Que las torres y los caballos sumen sus fuerzas y les presenten sus conclusiones a los alfiles mañana por la tarde. A menos, claro está, que nos invadan esta noche. En cuyo caso, tenéis permiso para despertarnos. ¡Ja, ja, ja!

Nadie más se rió mientras Wattleman y Farrier se levantaban de sus respectivos asientos y se dirigían a la puerta. Grantchester se despidió de todos con una inclinación de cabeza y una ligera sonrisa, la de quien no había recibido ninguna orden de asumir responsabilidad alguna por el problema que les ocupaba. También él salió de la habitación, dejando tras de sí una estela de volutas de humo.

Las torres y los caballos se quedaron con Alrich, plácidamente sentado aún en su silla. «Dios, pero si es que es guapísimo —se maravilló Myfanwy—. Ojalá parpadease de vez en cuando, eso sí. O se moviera. La verdad es que resulta un poco inquietante». De hecho, parecía estar poniendo también nerviosos a los demás. Gubbins daba la impresión de ir a dislocarse los dedos en cualquier momento, tal era su agitación, y la atención que estaba prestándole Eckhart al



cigarrillo que sostenía entre los dedos tan sólo podía calificarse de desmesurada.

—No me dais envidia —anunció Alrich al rato, levantándose de súbito de la silla con una agilidad sobrecogedora—. Pese a todo, estoy seguro de que se os ocurrirá alguna solución excelente.

Dicho lo cual, se marchó.

Los cuatro miembros restantes de la Corte (bueno, cinco si se contaba a Gestalt como dos, cosa que ella se resistía a hacer) se quedaron mirándose entre sí.

—¿Concertar una cita con el ministro en el club? —refunfuñó Gubbins—. ¿Y qué va a decirle? Eh, bien jugada esa ficha de *backgammon*, artista. ¿Te apetece otra copita de brandy? Oye, por cierto, no te lo vas a creer. Resulta que una cuadrilla de mutantes belgas arcanos intentó conquistarnos hace unos siglos y ahora se ha propuesto rematar la faena. Hay que ver cómo son estos extranjeros, ¿verdad? Total, pásame la sección deportiva del *Times*, anda. Increíble.

Se incorporó, impulsó los pies en el aire y se quedó en equilibrio sobre los codos encima de la mesa.

—¿Te importaría dejar de hacer eso? —le preguntó Myfanwy—. No es un espectáculo precisamente agradable.

—Perdón —se disculpó Gubbins mientras volvía a apoyar los pies en el suelo.

—Bueno —dijo Eckhart—. ¿Qué hacemos ahora?

—Asegurar el país —replicó Relamido, como si fuese la cosa más obvia del mundo.

—¡Claro que sí! Como sólo son veinte mil cuatrocientos veintinueve kilómetros de costa...

—La voz de Eckhart destilaba sarcasmo—. Podríamos movilizar a los fareros y a los pescadores.

—Podríamos alertar a la población —sugirió Gubbins, pensativo.

—Habría que contarle a todo el mundo por qué —dijo Myfanwy.

—Y después habría que explicárselo a los estadounidenses —añadió Eckhart. A nadie parecía hacerle ilusión esa idea.

—Parémonos a reflexionar un momento —propuso Myfanwy—. Sabemos lo mismo que cualquiera. ¿Alguno de vosotros ha detectado algún indicio sospechoso que sugiera la inminencia de una invasión? —Todos negaron con la cabeza—. Por consiguiente, cabe suponer que todavía disponemos al menos de un poco de tiempo. Invadir Gran Bretaña no es moco de pavo —prosiguió, meditabunda—. Tenemos que recabar más información acerca de los injertadores. Averiguar cuáles son sus actividades en el extranjero y aquí.

»Habrà que asignar distintos equipos. Hasta la fecha, nuestra única pista es Van Syoc. Sé que en el Tablero lo están abriendo en canal en estos momentos, lo que debería proporcionarnos algún indicio sobre las habilidades actuales de los injertadores. ¿Os parece razonable?

No obtuvo respuesta, pero a Gubbins le dio tiempo a asentir con la cabeza antes de que ella continuara:

—Otro equipo debería rastrear sus movimientos, desandar los pasos que dio y averiguar su lugar exacto de procedencia. El personal del Tablero recibirá todos los detalles que tengamos sobre él y se encargará de distribuirlos. Ustedes dos, caballeros —dijo, señalando a Gubbins y Eckhart—, deben de tener agentes a sus órdenes en el continente. Pídanles que investiguen a los injertadores. Mañana por la mañana volveremos a reunirnos y coordinaremos nuestros movimientos.

Se puso de pie.

—Bueno, ha sido un día muy largo, siento como si me fuese a explotar la cabeza y me marchó a mi casa.

Salieron todos detrás de ella. Su chófer fue el primero en llegar.

El vehículo partió con rumbo al antiguo hogar de Myfanwy Thomas.

*Querida tú:*

*Acabo de caer en la cuenta de que todavía no te he explicado cómo supe que iba a perder la memoria. Sí que he mencionado que estuvo relacionado con unos videntes, pero eso es todo lo que te dije. Lamento haber sido tan críptica.*

*Por lo general, los videntes no gozan de la más alta estima en el Checquy. Ciertamente, cualquiera diría que su poder es el más común y útil con el que se podría encontrar uno. Al fin y al cabo, prácticamente cualquier abuela se supone que es capaz de leer las hojas del té, ¿y qué podría resultarle más útil a la organización que saber de antemano lo que nos depara el futuro o lo que se le está pasando a alguien por la cabeza? Además, sería de lo más práctico para recaudar fondos. Pero la verdad es que los videntes auténticos se pueden contar con los dedos de una mano y detectarlos es más complicado de lo que parece.*

*«Presiento... que estás pensando... ¡esto! ¿He acertado? ¿No? Bueno, ¿y eso que acabo de decir a ti no te sugiere nada? ¿Sí? ¡Ahí lo tienes, soy vidente!». Peores aún son las vagas predicciones y profecías que parecen haberse hecho realidad. Sólo hay que fijarse en ellas con atención para percatarse de que ahí hay gato encerrado.*

*En realidad, los videntes más eficaces son aquellos que no descubren nunca de lo que son capaces y se dedican a vivir a cuerpo de rey tomando siempre la decisión acertada. Sus poderes les ayudan a capear todos los temporales propios de nuestra existencia sin despertar ninguna sospecha, y uno de estos temporales suele ser el Checquy. Los mejores videntes aparecen en nuestro radar cuando han fallecido, cuando sus poderes ya no pueden seguir escondiéndolos de nosotros.*

*Abundan los farsantes, algunos de ellos impresionantes, y se trata de un talento tan arbitrario, de todos modos, que el Checquy ha optado por mantener una saludable postura de escepticismo (debido, en parte, a aquellas dos semanas de infarto durante las cuales un antiguo lord dio órdenes a todos los miembros de la organización de encarcelar al primer desconocido alto y moreno con el que se cruzaran). Somos mucho más susceptibles de aceptar que alguien podría tener el poder de convertir a la gente en sillas de montar que el de leer los pensamientos o ver el futuro. Lo más parecido que tenemos es la afición del doctor Crisp a leer las líneas de la mano, y eso sólo nos entreabre una puerta al pasado de la persona en cuestión. Así que, cuando*

*empecé a recibir advertencias de perfectos desconocidos, mi reacción inicial fue de comprensible desconfianza.*

*La primera predicción llegó un buen día a la hora del almuerzo, una de esas contadas ocasiones en las que no me esperaba ninguna reunión ni me veía obligada a comer encadenada al despacho. Resulta un poco perturbador en retrospectiva. Aquel día fue el último en que todas mis preocupaciones giraban en torno a la coordinación de operaciones encubiertas relacionadas con lo sobrenatural. El último en que me desperté tras haber pasado toda la noche durmiendo a pierna suelta.*

*Puesto que hacía una tarde espléndida, decidí salir a la ciudad y comer en un pub pequeño y acogedor que solía frecuentar antes. De vez en cuando resulta agradable mezclarse con la gente normal, aunque sea inevitable observar a todo el mundo en busca de indicios que lo delaten a uno como poseedor de alguna habilidad especial, por supuesto. El adiestramiento que recibimos es tan riguroso que incluso los conserjes del Checquy andan siempre ojo avizor por si se tropiezan con una manicura ultraperfecta que podría sugerir la presencia de unas garras retráctiles que se afilaran solas o con un traje ingeniosamente cortado para disimular la piel compuesta de rayadores de queso de su portador. Las estadísticas de la organización indican que el 15% de todos los hombres que usan sombrero esconde un par de cuernos debajo. Pese a todo, salir a comer por ahí seguía pareciéndome una actividad placentera.*

*Estaba paseando por la calle, disfrutando del sol que me iluminaba la cara, sin nada más en mente que la duda de qué clase de sándwich iba a pedir. La acera estaba atestada de gente y, aunque tenía cuidado para no tropezar con las personas normales que me rodeaban, me gustaba la sensación de estar perdida en medio de la multitud. Me faltaba poco para llegar al Ivy and Crown cuando oí algo que me llamó la atención.*

*—Torre.*

*Miré a mi alrededor y vi a un mendigo apoyado en la pared. Tenía un sombrero ante él, con unas cuantas monedas dentro, y me observaba con atención.*

*—¿Hablas conmigo? —le pregunté. Levantó una mano y me apuntó con una uña mugrienta.*

*—Tú —dijo—. Te van a quitar los recuerdos. Te robarán a lametones todo lo que hace que seas quien eres. Para siempre. Huirás hasta un parque y allí, bajo la lluvia, otra persona abrirá los ojos que antes te pertenecían. —Hablaban con la voz ronca, truncada, y yo me quedé mirándolo horrorizada—. Al abrirse, tus ojos morados se verán rodeados de cadáveres. Cadáveres enguantados.*

*—¿D-disculpa?*

*—Ya me has oído. —Bajó la mano.*

*—No pienso darte dinero —murmuré sin aliento.*

*—Me parece bien.*

*Llegado ese punto me percaté de que, a diferencia de las entrevistas dolorosamente violentas en las que solía participar, de esa podía alejarme sin dar explicaciones. Así que me aparté de aquel indigente chiflado, aunque sin volverle la espalda, y entré en el pub.*

*Londres, como todas las grandes ciudades, tiene su cuota de locos sin hogar y no me importa reconocer que no soy ninguna experta en sus conductas, pero había algo en aquel individuo que se me antojaba... extraño, no sé. Como el hecho de que no me hubiera pedido limosna (aunque tampoco se la habría dado), por ejemplo. Y que me hubiera seleccionado en medio del gentío. Pero, puesto que su cuerpo no se había disuelto en una explosión de cuervos ni había conjurado una tormenta de granizo de la nada, me lo tomé como un simple encuentro desagradable con alguien ajeno al Checquy y decidí no volver a salir a almorzar fuera en una temporada.*

*Después me zampé un sándwich de cordero asado, lo cual contribuyó significativamente a calmarme los nervios.*

*El incidente, no obstante, continuó preocupándome.*

*Al día siguiente, estaba programado que Gestalt y yo visitáramos la Finca en calidad de directores del centro. No pronunciamos ningún discurso el día de graduación, eso es potestad exclusiva del lord y la dama de la organización, pero sí que estamos obligado cuatro veces al año para cerciorarnos de que los alumnos estén aprendiendo algo y de que el campus entero no haya quedado reducido a un gigantesco cráter humeante. En definitiva, se trata de una tediosa pérdida de tiempo, y que te obliguen a pasar varias horas encerrada en un coche con uno de los cuerpos de Gestalt siempre es un rollo; por lo general, suele quedarse durmiendo mientras utiliza los otros tres para ocuparse de sus asuntos en otros lugares.*

*En esta ocasión me acompañaba su identidad femenina, Eliza, a la cual le sobra todo de lo que yo carezco: es alta, rubia, elegante y tiene los pechos enormes. Caí en la cuenta de que hacía meses que no coincidía con ella y, para mis adentros, me complació ver que había engordado un poquito. Todavía me alegré más cuando estiró sus largas piernas encima del asiento con un suspiro, cerró los ojos y me dejó a solas con los informes que me había llevado para leer.*

*Aunque intenté concentrarme en las listas de matriculados recientes en la Finca, no paraba de divagar. No dejaba de acordarme de aquel indigente. Estaba clarísimo que tenía problemas, de los cuales vivir en la calle tan sólo era uno más, y no podría jurar que realmente hubiese pronunciado la palabra «torre». A lo mejor había querido decir «corre», o incluso «porra». Lo mismo esperaba contarle a alguien llamado Torres eso de que iban a borrarle la memoria de un lengüetazo, no sé. Fuera como fuese, pronto tuve muy claro que no iba a avanzar nada con mis documentos, así que me conformé con mirar por la ventanilla y ver pasar el paisaje.*

*La Finca es muy bonita. Se encuentra en una isla frente a la costa nororiental de Inglaterra. Hasta mediados del siglo XX los jóvenes reclutas del Checquy se formaban según un esquema*

rotante de maestro-aprendiz. Wattleman estudió bajo este antiguo sistema. Todos los años se le asignaba un nuevo mentor, el cual lo instruía en una gama de disciplinas. El maestro se lo llevaba a su casa y le enseñaba todo tipo de cosas útiles, desde cómo sacarles el máximo partido a sus dotes diplomáticas a cuándo resultaba más conveniente prescindir por completo de ellas. La organización siempre se ha esforzado por categorizar y estudiar los distintos poderes que se conocen, por supuesto, pero incluso ahora nuestras habilidades constituyen un misterio para los científicos, por lo que ya te puedes imaginar el éxito que cosecharon sus investigaciones en épocas anteriores.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, sin embargo, a uno de los alfiles se le ocurrió practicar una especie de evaluación. Los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki representaban un ejemplo inigualable de lo lejos que había llegado la ciencia; por primera vez en la historia, un artefacto construido por el hombre sobrepasaba con mucho el nivel de poder de cualquier agente del Checquy que se conociera. Todos estaban nerviosos, pero también sentían curiosidad por descubrir de qué más era capaz la ciencia. ¿Podría proporcionarnos alguna respuesta sobre los miembros de la organización y sus habilidades? Quizá sólo hiciese falta implantar un régimen más riguroso de experimentos.

Asimismo, había quedado muy claro que no todos los agentes tenían madera de mentor. Cada vez eran más los recién graduados que exhibían carencias flagrantes en algunas materias, de modo que el alfil Bastin se propuso instaurar un currículo que fuese lo más fiel posible a la noble tradición del servicio público, sobrenatural o no, y reunió un comité.

A diferencia de la mayoría de los comités, este estaba diseñado para obtener resultados. Lo componían catedráticos y profesores universitarios, generales y sargentos de las fuerzas armadas y un elenco de diversos científicos (hasta unos cuantos individuos con acento alemán e ideas de lo más peculiares que de golpe y porrazo parecían haberse quedado sin casa). El resultado que obtuvimos fue la Finca.

Vale, volvamos al viaje. Eliza y yo paramos en un pueblecito y montamos en el ferry del Checquy que habría de llevarnos a la Isla de Kirrin, donde se encuentra ubicada la escuela. Al desembarcar vimos que nos estaba esperando en el muelle Steffi Blumen, la cual nos estrechó la mano a las dos, a mí me dio un beso de propina y a Eliza le hizo notar que había engordado (¡sí!) y tenía cara de cansancio (¡doblemente sí! Y si esto me convierte en una mala pécora, qué le vamos a hacer).

Nos dirigimos a pie a la escuela, una encantadora colección de edificios de ladrillo con sus tejados rojos, sus jardincitos, sus campos de tiro al blanco, gimnasios y todo tipo de pistas de entrenamiento meticulosamente diseñadas para realizar maniobras especiales. Hay acantilados, una ciénaga artificial y grandes invernaderos con junglas y selvas tropicales en miniatura. Vi mi antiguo dormitorio y el centro médico, tan reacondicionado que resultaba casi irreconocible, en

*el que a tantas baterías de análisis había tenido que someterme todos los meses.*

*Recorrimos las aulas y asistimos sin molestar a algunas de las clases, donde los alumnos no paraban de observarnos por el rabillo del ojo. Di gracias a mi buena estrella porque esta no fuese una de esas visitas en las que debíamos hablar con los estudiantes, y a juzgar por la fatiga que denotaban los pasos de Eliza, deduje que también ella debía de estar haciendo lo mismo.*

*—Te noto un pocopreocupada, torre Gestalt —dijo Steffi—. Creo que deberíamos buscar un lugar más tranquilo.*

*Abrió una puerta y nos invitó a pasar a una habitación tenuemente iluminada.*

*Miré a mi alrededor con curiosidad, pues el cuarto contenía las posesiones más preciadas del Checquy: nueve bebés, procedentes de todos los rincones del Reino Unido. Había revisado sus expedientes la noche anterior y me sabía el nombre de todos ellos. Dos pequeños de ascendencia india. Una chica africana. Tres anglosajones diminutos. Dos árabes británicos. Y una japonesita perfecta en cuyas sienas sobresalían en espiral unas delicadas astas de plata.*

*—Shuri Tsukahara —murmuré—. Su parto habrá sido una pesadilla.*

*—Nació por cesárea, claro —explicó Steffi—. Operación practicada por los cirujanos del Checquy en nuestras propias instalaciones en cuanto tuvimos garantías de que ni la madre ni la hija correrían peligro alguno. Llevábamos vigilando su evolución y ultimando los preparativos desde que a la mujer le hicieron la primera ecografía.*

*—Es preciosa. ¿Cuál fue la coartada?*

*—«Complicaciones». Una palabra que abarca de todo. Gracias a la operación, la mujer sobrevivió y podrá volver a intentar quedarse embarazada.*

*Nos encontrábamos en la sala de maternidad, contemplando el futuro mientras aspirábamos la delicada fragancia de los infantes. Había sido un año particularmente fecundo y esos nueve bebés representaban una vigorosa inyección de savia nueva para el Checquy. Más adelante se les unirían otros, aquellos cuyos poderes no se habían manifestado en el vientre materno.*

*En el siglo XIX, cuando la teoría de la evolución todavía estaba dándose a conocer, hubo quienes expusieron su preocupación ante la posibilidad de que los miembros con poderes del Checquy pertenecieran a una especie en peligro de extinción. Es poco frecuente que la descendencia de estos individuos posea también habilidadessobrenaturales y, si bien a los agentes de la organización Mendel les sonaba de oídas y la obra de Darwin les suscitaba no pocos recelos, con los principios de la reproducción estaban familiarizados más que de sobra. Aunque basta con escarbar un poco en los archivos y fijarse en el recuento actual para darse cuenta de que la población de la organización se mantiene relativamente estable en comparación con la cantidad y el nivel de las amenazas a las que se enfrenta. «Relativamente», insisto. Interpretálo como quieras.*

*El espectáculo de aquellos bebés era muy agradable, en cualquier caso, hasta que uno de*

ellos se revolvió y empezó a berrear. Apareció una enfermera para coger en brazos a la niñita árabe y se sentó con ella en una mecedora, donde acto seguido se desabrochó la camisa y se acercó la pequeña a su pecho. Aparté la mirada con las mejillas encendidas y me sorprendió ver que Eliza hacía lo mismo. Con tantos cuerpos como tenía, no me esperaba de ella que fuese tan mojigata. En ese momento sonó su teléfono. Agucé el oído mientras respondía a la llamada.

—Vale —dijo—. Entendido. No cuelgues. —Eliza se pegó el auricular contra el pecho y se volvió hacia nosotras—. Steffi, ha surgido una cosa... ¿Hay algún sitio en el que pueda hablar sin molestar a nadie?

—Claro que sí —respondió Steffi, saliendo de la sala de maternidad para conducirla hasta una clase que estaba vacía.

—¿Puedo ayudar en algo? —le pregunté mientras se iba.

—No, de esto sólo puedo encargarme yo —replicó Eliza—. Vosotras seguid con la visita, ya os pillo más tarde.

—La próxima parada es el sanatorio —anunció Steffi—. Si terminamos allí antes de que hayas acabado tú aquí, pégale un toque a Miffy. —Nos despedimos de Eliza y nos adentramos en el pasillo—. Caray, qué oportuno —observó—. Así podremos dar un paseíto tranquilas tú y yo.

Llegamos al sanatorio.

Dicen que el olfato es el sentido más íntimamente vinculado con los recuerdos. No puedo confirmarlo, pero si alguna vez pasas por la Finca, acércate al sanatorio, abre la puerta y aspira con fuerza por la nariz, a ver qué pasa. Te lo digo porque, aunque no había estado nunca en la sala de maternidad, con el sanatorio sí que estaba familiarizada. Durante mi estancia en la Finca había pasado por allí con múltiples brotes de gripe, terrores nocturnos, llantos histéricos, rodillas desolladas, diarrea nerviosa, vómitos provocados por el estrés, hemorragias nasales fruto de la ansiedad, torceduras de tobillo y exposición a los elementos tras haberme extraviado en una excursión con acampada incluida, y en lo que resultó ser un incidente memorable, recalé allí tras haber sido rescatada del fondo de la piscina medio ahogada. Así que me sentía un poquito incómoda cuando entramos.

De inmediato uno de los médicos se llevó aparte a Steffi para ponerla al corriente sobre la convalecencia de un niño que se había lastimado las glándulas ampuláceas durante una carrera de obstáculos, con lo cual me quedé sola y desamparada allí en medio. Los pequeños enfermos y yo nos observábamos mutuamente con desconfianza. Algunos habían ingresado aquejados de lesiones de carácter deportivo, mientras que otros estaban allí para que les extirparan distintos apéndices; había varios casos de amigdalitis, e incluso uno especialmente grave de infosura.

Sabían quién era yo, por supuesto, y aunque les habían inculcado que las torres ostentábamos una autoridad impresionante y que el potencial de mis dones sobrenaturales era legendario, estaba segura de que a lo largo y ancho del dormitorio circulaban entre los



*estudiantes muchas de las anécdotas humillantes que había protagonizado en mi juventud. Me reconfortó ligeramente comprobar que se acobardaban un poco ante mi mirada. Al final, tras varios minutos de tenso silencio, me sentí obligada a acercarme al pequeño que con más admiración parecía estar observándome.*

*Se llamaba Martin Heyer, tenía nueve años y era capaz de helarte la sangre al contacto, literalmente. Un querubín con el pelo rubio grasiento y las manitas enfundadas en los guantes de látex de tamaño infantil que proporciona el Checquy a aquellos alumnos que todavía no han aprendido a controlar sus habilidades táctiles. También yo me había visto obligada a usarlos durante las primeras semanas de mi estancia en la Finca. Repasé mentalmente el expediente de Martin y recordé que le gustaban el fútbol y las ciencias; en el ámbito académico se estaban guiando sus pasos hacia la investigación. Por lo visto, había agarrado una pulmonía.*

*—Hola —dije, titubeante—. Soy...*

*—Ya lo sé —me interrumpió con voz sibilante—, eres la torre Myfanwy. Anoche soñé contigo.*

*—¿Ah, sí? ¿Y qué pasaba en tu sueño?*

*—Soñé que un miembro de la Corte daba la orden —susurró— y un hombre te robaba los recuerdos.*

*Se observó fijamente, aterrado, y yo me alejé de él caminando de espaldas, desconcertada.*

*—¿Q-qué? —acerté a balbucir con esfuerzo.*

*—No sabrás quién eres —dijo, y empezó a respirar con bocanadas entrecortadas. Sus pupilas eran enormes y tenía los ojos vidriosos. Alarmada, vi que comenzaba a adquirir un color algo azulado. En ese momento sonó mi móvil y miré en derredor. Los demás niños, lejos de mostrarse preocupados por el aparentemente inminente fallo respiratorio de su compatriota, habían vuelto a concentrarse en sus libros, reproductores de música electrónicos y consolas de videojuegos portátiles—. He intentado avisarte —susurró—, pero no sabías quién eres. Te quedaste plantada en el sitio con los ojos morados.*

*Se acercó una enfermera.*

*—Ay, chiquitín, ¿tienes problemas? —le preguntó al pequeño, que no dejaba de boquear. Descolgó una mascarilla transparente de la percha que había junto a la cama y se la pegó a la boca—. Eso es, cariño, respira hondo.*

*Los ojos del niño se veían inmensos por encima de la máscara.*

*El teléfono seguía sonando en mi bolso.*

*—La torre Thomas al habla —contesté. Me daba vueltas la cabeza mientras me esforzaba por hacer memoria, intentando recordar si el expediente del pequeño Martin mencionaba algo acerca de esta súbita propensión a vaticinar el futuro.*

*Quien me llamaba era el director del bufete de abogados del Tabler, para hacerme unas consultas sobre un trámite sin importancia. Respondí a cada una de sus declaraciones*

*asintiendo de forma distraída con la cabeza, lo que debió de dejarlo un poco descolocado, habida cuenta de que se trataba de una conversación telefónica.*

*El caso es que a mí me estaba dando un ataque por dentro. Verás, empezaba a contemplar la posibilidad de que el pequeño Martin y el mendigo estuvieran sobre la pista de algo. Estaba casi convencida, de hecho. Ambos se habían mostradomuyseguros y sus respectivas predicciones coincidían. Por no mencionar que se me antojaba muy poco probable que estuviesen compinchados.*

*Me pasé el resto de la visita con la cabeza en las nubes sin enterarme de nada. Se había desencadenado una tormenta y, con los truenos como sonido de fondo, visité las nuevas galerías de tiro cubiertas y pasé revista a los guardias del perímetro. Me presentaron a los últimos cirujanos que se habían incorporado al equipo y me reuní con Eliza Gestalt. Todos estos acontecimientos se confunden en una sola mancha borrosa. Montamos en el ferry, y la travesía de regreso fue accidentada y desapacible. Los relámpagos surcaban el cielo conforme caía la noche. Lloviócasitodo el camino de vuelta hasta Londres y pasamos el tiempo en completo silencio.*

*«Todo lo que hace que seas quien eres». Eso me había dicho el sin techo, y eso era lo que no dejaba de sonar una y otra vez dentro de mi cabeza. «Para siempre».*

*Todo lo que hace que sea quien soy. Mis recuerdos. Mi personalidad. Mi alma. Desaparecidos para siempre. Aniquilados. Un destino peor que la muerte.*

*Le pedí al chófer que parase y me dejara salir antes de llegar al Tablero; estábamos en el East End. Me apeé y el coche se fue. Fue entonces cuando me vine abajo. Allí de pie, en aquella calle oscura, me eché a llorar. Me pasé así media hora, inmóvil, desconsolada.*

*Cuando por fin se me acabaron las lágrimas, empecé a caminar. Había algo en la oscuridad y en las calles que me reconfortaba. El pesar y la incredulidad que me atenazaban se convirtieron en apatía. Me metí en el pub menos respetable que pude encontrar y me di cuenta de que no se me ocurría el nombre de ningún cóctel. Al final le pedí al camarero que me preparase algo para calmar el dolor, pero que no supiera a rayos. Tras observarme durante unos instantes, me ofreció una copa que aglutinaba una cantidad alarmante de capas distintas. La acepté con desgana, probé un largo trago sorbiendo por una pajita doblada y me di la vuelta hacia el interior del local, balanceando las piernas en el taburete.*

*Me pareció interesante el modo en que interactuaban los clientes. Estaban sentados, enfrascados en sus conversaciones, hablando en voz mucho más alta que la gente del Checquy. Nadie se dedicaba a patrullar automáticamente los alrededores por si detectaba alguna amenaza, y muy pocos habían elegido un asiento que les permitiera vigilar los accesos. No se habían colocado en la posición óptima para controlar las líneas de fuego más importantes, y me habría apostado lo que fuera a que nadie se había pedido la bebida alcohólica que estuviese*

*tomando en un intento por lidiar con la certidumbre de su inminente aniquilación.*

*Pegué unos cuantos tragos más antes de fijarme en dos cockneysrubias que se encontraban también en la barra, no muy lejos de mí, despotricando contra la sociedad en general y los clientes del pub en particular. Una era alta y delgada, mientras que la otra presentaba un aspecto convencional. Estaban apoyadas en la barra, paseando la mirada por el interior del local.*

*En la Finca nos enseñan a perfeccionar nuestras dotes naturales de observación y evaluación, pero el pormenorizado análisis al que estaban sometiendo esas dos chicas a los clientes del Eight Bells era algo fuera de lo común.*

*—El tío ese de azul es marica.*

*—Lo es, pero aún no lo sabe.*

*—La tía del sombrero viene del este de Europa.*

*—Y sólo tiene acceso a las tiendas de ropa decentes dos veces al año.*

*—Mira, la mujer esa bajita que está sentada en la barra, trajeada...*

*—¡Va a perder la memoria, ya lo sé! —les grité—. Ya lo sé. Dios.*

*Saqué la pajita, lancé la cabeza hacia atrás para apurar aquella copa ridícula de un trago y me fui corriendo del pub.*

*Así descubrí que me iban a borrar los recuerdos y lo acepté como algo inevitable. Cuando llegué a casa por fin, mientras abría la puerta me acordé de otra cosa que me había dicho el mendigo.*

*«Otra persona abrirá los ojos que antes te pertenecían».*

*Habría alguien más en mi cuerpo. Y el pequeño Martin me había advertido que ese alguien no sabría quién era. Aún no había terminado de encajarlo, ese momento tardaría en llegar, pero fue el imaginarme a esa persona, a ti, a alguien todavía más solo que yo, lo que me ayudó a superar aquella noche y me impulsó a escribirte estas cartas.*

*A la mañana siguiente me enteré de que el pequeño Martin había fallecido esa misma noche; al parecer, habían surgido complicaciones.*

Myfanwy se despertó en la cama de Thomas plenamente cómoda. Consultó el reloj por el rabillo del ojo y comprobó que todavía era temprano. Le gustaba madrugar, por lo visto. Por lo menos aún disponía de unos minutos para arrebujarse en las mantas y urdir algún plan antes de afrontar la jornada.

«El problema más gordo es que no tengo ni idea de cómo hacerme pasar por Myfanwy Thomas. Es como si no hubiera dos personas capaces de recordarla de la misma manera. Escandalosamente tímida y, al mismo tiempo, firme en su ética profesional. Callada y retraída, pero logró ascender a la Corte. Anoche, cuando tomé la iniciativa, es innegable que los demás se llevaron una buena sorpresa. ¿Correré peligro de que descubran mi tapadera? Nadie puede acusarme de no ser Myfanwy Thomas, porque soy ella. Superaré todas las pruebas físicas a las que me sometan. Si la torre Thomas ha empezado a comportarse de forma extraña, en fin, tiene el poder necesario para hacer lo que le dé la gana mientras su trabajo no se resienta.

Así que sólo debo procurar que mi trabajo no se resienta».

Se levantó de la cama y se dispuso a explorar. La noche anterior, tras abandonar la reunión, el chófer la había llevado a la casa de Thomas. Entró, desactivó la alarma que había empezado a pitar (un viejo y fiable modelo 230500) y, con los ojos entrecerrados a causa del sueño, subió a la planta de arriba, donde encontró un dormitorio. Podría ser el cuarto de invitados, que ella supiera. Sin embargo, a juzgar por la mesita y el platillo lleno de monedas y resguardos que había encima de ella, lo más probable era que se tratase de la habitación de su antecesora. Lo cual significaba que esos eran sus armarios. Abrió uno, primero, y después el otro; se llevó una desilusión al comprobar que la ropa que tenía en casa era igual de insulsa que la del apartamento y la del despacho.

En contraste con su guardarropa, la casa era un encanto, bellamente diseñada y decorada y repleta de cosas interesantes. Las paredes estaban cubiertas de estanterías rebosantes de libros.

Encontró una nota en la encimera de la cocina.

*Srta. Thomas:*

*Ha llamado su secretaria para avisarme, así que voy a salir ya. Sé que ha quedado para*

*cenar, pero de todas formas le he dejado un plato frío en la nevera, por si acaso, y le he cambiado el arenero a Wolfgang. A menos que me diga usted lo contrario, la veré mañana por la tarde.*

*Val*

«Bueno, así que tengo un ama de llaves», dedujo Myfanwy. Se asomó al frigorífico y encontró un succulento surtido de carnes, quesos y verduras. «¡Y sabe cocinar! ¡Y tengo un gato! Que se llama *Wolfgang*». Tras agarrar un puñado de minizanahorias, comenzó a investigar la casa.

—¿*Wolfgang*? —No obtuvo respuesta, ni un triste maullido ni el tictac correteante de unas patitas. Examinó las puertas en busca de alguna trampilla, pero no encontró nada que se le pareciera. «Ay, Dios, más le vale ser un gato. Como se trate de algún tipo de bicho mutante peludo...»—. ¿*Wolfgang*?

Se produjo un movimiento fugaz en el resquicio de una puerta entreabierta, como una exhalación, y Myfanwy se encontró contemplando un conejo cuyas orejas, extraordinariamente largas, barrían el suelo.

—¡Oooh! ¡Pero si tengo un conejito! —Se arrodilló y le tendió una mano. Sin dejar de observarla, el roedor se sometió con desconfianza a una caricia dubitativa y aceptó una de las zanahorias—. ¿Cómo estás, *Wolfgang*?

Al no obtener respuesta, se consoló con la idea de que por lo menos no era un conejo sobrenatural y desvió su atención hacia asuntos más acuciantes.

Evidentemente había que abordar el problema de los injertadores, sobre todo si estos seguían enviando operativos. Wattleman se había indignado al enterarse de que uno de sus agentes estaba en suelo británico; como apareciesen más, le daría un ataque. Puesto que el funcionamiento diario del Tablero no podía detenerse por tiempo indefinido, Myfanwy tendría que aprender todo lo posible sobre su trabajo. Y todavía ignoraba cuál de los miembros de la Corte había dado la orden de agredir a Thomas.

Regresó al dormitorio para vestirse. Las torres y los caballos tenían una reunión y quería averiguar con quién debía vérselas. La noche anterior le habían causado una impresión más bien neutra, aunque nadie se mostraba en su mejor momento tras enterarse de que una invasión inminente se cernía sobre su país. Heretic Gubbins le había caído bien, a pesar de que la poseyera el impulso casi irrefrenable de sacar un lápiz y arreglarle un poco esa cara sin cejas, y la cantidad de cigarrillos que había logrado consumir Eckhart resultaba impresionante. Grantchester era condenadamente atractivo, eso había que reconocerlo, aunque fuese un par de décadas mayor que ella y la imagen de aquella residencia tan hortera pareciese flotar sobre él. Gestalt la desconcertaba. ¿Y qué misterio escondía el tal Alrich? Era un regalo para la vista, pero su

presencia le alteraba los nervios... y no para bien. Hora de sumergirse otra vez en la carpeta morada.

*Mayor Joshua Eckhart, caballo*

*Nacido en el seno de una familia cualquiera de York. A ver, ten en cuenta que yo no soy quién para juzgar a nadie, pues, que yo recuerde, mi familia no tenía nada de especial. Pero mis padres eran gente honrada, cenábamos juntos y yo los quería. Me siento relativamente segura al afirmar que el pequeño Joshie Eckhart no amaba de ninguna manera a los suyos. Deben de haber sido dos de los individuos más despreciables que hayan pisado Gran Bretaña, y me parece un milagro que, tras conocerse, decidieran contraer matrimonio y tener descendencia en vez de asesinarse el uno al otro. Así nos habrían hecho un favor a todos, claro, por lo que encaja con la típica forma de actuar del señor y la señora Eckhart el haber elegido la opción más dañina para el resto de la humanidad.*

*¿Sabes?, me entero de un montón de cosas deprimentes gracias a mi trabajo, pero pocas me hundan tanto la moral como el saber que los progenitores del caballo Eckhart no sólo no han fallecido todavía, sino que siguen viviendo juntos en York y reciben una modesta pensión del Checquy. Lo único que los redime es que únicamente tuvieron un hijo y que este les fue apartado de su lado.*

*Eckhart senior, el padre de Joshua, participaba en todo tipo de arquetípicas actividades delictivas. Aunque tampoco vayamos a atribuirle por eso el menor ápice de talento o glamour. No estamos hablando aquí de ningún ladrón de guante blanco, ni siquiera de un carterista especialmente diestro; su carrera se adscribía en exclusiva al ámbito de los crímenes menos sofisticados. Mientras no requiriese habilidad ni escrúpulos, estaría dispuesto a hacerlo. Sólo así estaría dispuesto a hacerlo, mejor dicho. Era un cretino violento al que le gustaba romper cosas, como botellas, ventanas y los dientes de su hijo de seis años.*

*La señora Eckhart no era mucho mejor. El único motivo por el que no se dedicaba a pegar palizas a cambio de dinero era que carecía de la fuerza necesaria; eso, y que rara vez emergía del fondo de la botella lo suficiente como para hacer nada más aparte de comprar la siguiente botella.*

*Los informes de la trabajadora social asignada al hogar de los Eckhart se parecen a la serie de artículos que podría haber escrito Stephen King para Casa y Jardín. La mujer que inspeccionó el lugar empleaba muchos más signos de exclamación de lo que cabría esperar encontrarse en un expediente gubernamental y recibió numerosos mordiscos, tanto de un bulldog como del propio Joshua. A causa de la negligencia que caracterizaba su educación, el pequeño estaba siempre desaseado, desnutrido y asilvestrado. Dormía debajo de la cama, en el suelo, se alimentaba de las sobras que rapiñaba a su alrededor y sus conocimientos de la lengua*

*inglesa se cimentaban en gran parte sobre las conversaciones que mantenían sus padres. Eso comporta que, hasta la fecha, conserve un inabarcable repertorio de obscenidades, aunque se suela abstener de emplearlas.*

*Joshua acabó ingresando en el sistema oficial de acogidas, donde medró. El pobre crío no salió nunca del orfanato, pero tuvo la suerte de que lo dejasen al cuidado de buenas personas. Por primera vez en su vida, Joshua se sintió valorado y querido, y demostró ser tan inteligente como sociable; en cuanto consiguieron que dejase de morder a la gente, al menos.*

*Gracias a las deslumbrantes recomendaciones que recibió por parte de sus maestros y tutores, obtuvo una beca completa para ir a la universidad y se graduó con honores en Historia Militar. De ahí saltó al ejército, donde no tardó en destacar como un soldado excelente. Se le confiaban numerosas responsabilidades, y aún no había cumplido los treinta y cinco cuando ya estaba acostumbrado a que lo destacasen a las regiones más conflictivas del planeta. De resultas de ello, Joshua Eckhart estaba familiarizado de sobra con las facetas más sutiles de la seguridad nacional desde antes incluso de acceder al Checquy.*

*A diferencia de los de la mayoría de los miembros de la organización, los poderes de Eckhart no se manifestaron hasta que él ya era adulto. En el transcurso de una misión en Yakarta, incurrió en las iras de los carteristas de la ciudad con su manía de sujetarles las manos cuando estas ya estaban dentro de sus bolsillos, tras lo cual se dedicaba a proclamar a los cuatro vientos lo que ocurría, abochornando así al desventurado aprendiz de ratero. Le parecía desternillante, por lo visto. Al final se le echaron encima armados con cuchillos. En circunstancias normales, habría fallecido a causa de siete puñaladas.*

*Si hubiera llegado a recibirlas, quiero decir. Pero no. En vez de eso, las siete hojas de acero se derritieron al contacto con su cuerpo, escurriéndose por su camisa en forma de pequeños regueros metálicos.*

*Hasta hoy continúa siendo un misterio quién se sorprendió más, si los ladrones o Eckhart.*

*Los rumores vuelan y pronto empezó a susurrarse en las calles de Yakarta que Joshua Eckhart era un brujo. Tres días más tarde sufrió un atentado en el que intentaron decapitarlo con unas tijeras de podar. Los agresores fracasaron estrepitosamente, y cuando quisieron escapar se encontraron con su vehículo plegado formando un cubo a su alrededor. El Checquy se puso en contacto con Eckhart de inmediato y se ofreció a ayudarle a explorar sus nuevas habilidades, mencionando de pasada las recompensas y la satisfacción que podría reportarle colaborar con los departamentos menos ortodoxos del Gobierno.*

*Sin pensárselo dos veces, él tomó un vuelo a Inglaterra y se trasladó a la Finca, donde puso a prueba el alcance de sus poderes entre los hijos más peculiares del Reino Unido. Se fue dos años antes de que yo llegara, pero tengo entendido que los demás estudiantes lo adoraban. Los instructores procuran fomentar siempre un entorno acogedor, pero evitan intencionadamente*

*adoptar el papel de progenitores. A Eckhart no le hacía falta tener tanto cuidado, debido a lo cual gozaba (y continúa gozando) de una extraordinaria popularidad entre los peones.*

*Cuando ingresó en la Finca, ya estaba casado y tenía su propia descendencia, algo muy poco habitual. Desde que el Checquy implantó la adquisición sistemática de niños dotados, escasean los agentes con plenos poderes y familia. Nuestro entrenamiento es tan riguroso y nos volcamos de forma tan exclusiva en nuestra misión que los pequeños que salen de la Finca no suelen estar preparados para desarrollarse en el ámbito de lo personal.*

*Reconozco, aunque esto sólo podría confesártelo a ti, que si hay alguien que encarne a la perfección las consecuencias extremas de lo que acabo de decir, esa soy yo. Sencillamente me incomoda la idea de... intimar. Hasta a los peones más sociales y extrovertidos les cuesta, no obstante. Salir con alguien es complicado incluso dentro de la organización, sobre todo porque nos hemos criado juntos. Supongo que es comprensible.*

A Myfanwy le pareció detectar una nota de pesadumbre en estas palabras.

*Por eso el Checquy es una fuerza tan dedicada y concentrada, sin vínculos afectivos que puedan transformarse en lastres inoportunos.*

*Pese a todo, Eckhart tiene a su familia y están muy unidos. Sentía curiosidad por ver cómo se las apañaba para compaginar el entrenamiento con todo lo demás, pero resulta que los fines de semana se marchaba a casa. Por lo que su mujer y sus hijos respectaba, estaba trabajando en algún tipo de misión especial para el Gobierno, lo cual no dejaba de ser cierto, a grandes rasgos. Me lo puedo imaginar. Por las mañanas, Eckhart se sentaba entre una chica de vapor y unos hermanos que respondían al nombre común de Gestalt y estudiaba los secretos del mundo en el que vivía. Por las tardes, junto con un equipo de científicos, maestros y soldados, comprobaba con cautela los límites de sus habilidades.*

*Puede manipular el metal. Al contacto con él, este se vuelve líquido y maleable y adopta la forma que él quiera. No se trata de magnetismo; no puede atraerlo ni repelerlo. Lo esculpe agrupándolo en grandes puñados relucientes y moldeándolo a su antojo. Con sus tutores desarrolló técnicas de combate inéditas hasta entonces. Las armas que porta alteran su forma para adaptarse a cada situación y las balas ya no constituyen ninguna amenaza. Si resulta ser el traidor, tendrás que partirle la cabeza con una pala de críquet, siempre y cuando no te mate él primero. Hay un pesado pisapapeles de mármol encima de tu escritorio, por si alguna vez te hace falta.*

*Tras graduarse en la Finca, recibió el mando de otros siete peones con los que se dedicó a operar de uno a otro confín del planeta resolviendo emergencias. Cuando algún problema*



*excedía las competencias de un equipo convencional, la solución pasaba por llamar al grupo de Eckhart.*

*En Grecia rescataron a tres ciudadanos británicos que habían sido poseídos por fantasmas de la antigua Esparta.*

*En los territorios del norte de Australia eliminaron una veta de ópalo inteligente que había sepultado a todo un distrito.*

*En Alemania dirigieron un batallón de peones en una campaña contra la Infantería de la Nacht que se prolongó cinco meses.*

*En la Toscana actuaron como guardaespaldas de un hechicero que había cambiado de bando. Su familiar, una variedad de iguana muy exótica y cara, pereció pisoteado sin querer en el transcurso de la operación, pero por lo demás fue un éxito.*

*Este tipo de trayectoria meteórica se prolongó durante varios años y culminó con el ingreso de Eckhart en la Corte al tiempo que yo me graduaba en la Finca. Recibió el título de caballo y la responsabilidad de supervisar los entresijos internacionales de la organización.*

*Han pasado ya siete años y sigue siendo la persona de referencia a quien acudir por lo que a asesoría castrense respecta. No sólo es un combatiente excepcional, sino posiblemente también el estratega más brillante de toda la Corte. Su experiencia en el ejército y sus estudios universitarios le han proporcionado unos conocimientos enciclopédicos sobre las aplicaciones militares. Domina todos los tipos de operaciones, a cualquier escala.*

*Inspira afecto y lealtad, y da la impresión de ser una genuina buena persona. Ojalá hubiera coincidido con él en la Finca. Quizá todo habría sido distinto.*

Alguien llamó a la puerta con los nudillos y Myfanwy levantó la cabeza, sobresaltada. Consultó la hora de reojo mientras soltaba la carpeta.

—¿Torre Thomas? Su chófer —anunció tímidamente una voz masculina.

—Vale, un momento —replicó ella. Recogió sus cosas y se despidió de *Wolfgang*.

—Buenas, Ingrid. ¿Algo espeluznante que reportar?

—Nada que se salga de lo habitual, torre Thomas —respondió su secretaria—. El doctor Crisp está esperándola en su despacho, y probablemente deberá dedicar toda la mañana a esta reunión de las torres y los caballos. He reorganizado las demás citas. Su tarde consistirá sobre todo en ver a las personas que esperaban verla por la mañana. —Le entregó una taza de café y una carpeta abultada—. Aquí tiene los últimos informes de todo cuanto ha ocurrido en las islas.

—Gracias. ¿Cuánto falta para la reunión? Ah, ¿y se va a celebrar aquí? —preguntó Myfanwy

mientras ojeaba distraídamente los documentos.

—Aquí, sí. Dispone de media hora.

Asintió con la cabeza y entró en su despacho, donde el doctor Crisp la aguardaba instalado con dificultad en una de aquellas sillas tan incómodas.

—Buenos días, doctor Crisp —lo saludó con la mejor de sus sonrisas.

—Torre Thomas, voy a tener que retractarme de mis disculpas —replicó él con firmeza.

—¿Hm? —Se arriesgaba a sonar como si quisiera tomarle el pelo, pero el doctor Crisp estaba tan absorto en lo que fuese que se disponía a decir que a Myfanwy podría haberle dado una apoplejía allí mismo y él seguramente no se habría dado ni cuenta.

—Lo siento, pero así es.

—¿Se está disculpando por estar retractándose de sus disculpas? —preguntó con socarronería ella.

—Van Syoc no murió por mi culpa.

—De acuerdo.

Se había sentido un poco culpable por entrometerse en el interrogatorio, pero de ninguna manera toleraría que torturasen a otra persona en su presencia. El estómago le dio un vuelco de súbito mientras se preguntaba si no habría precipitado ella el fin de Van Syoc al añadir sus habilidades a la mezcla.

—Torre Thomas, le agradezco la confianza depositada. Su intervención con la torre Gestalt después del interrogatorio significó mucho para mí, aunque yo mismo albergase mis dudas. Pensaba que había cometido un error, que había hecho algo sin querer, pero... —Hizo una pausa antes de pronunciar las palabras más dulces que Myfanwy hubiera escuchado en su vida—: Pero la muerte de ese hombre vino de dentro de él mismo. Ninguna fuerza externa podría haber acabado con él de esa manera.

—¿Qué? —preguntó ella, con voz temblorosa.

—Torre Thomas, no sé si está usted familiarizada con los pormenores de mi labor.

—Doctor Crisp, lamento reconocer que no sé casi nada sobre su trabajo, pero de corazón le aseguro que, en estos momentos, me encantaría que me lo explicara.

—¡Oh! —exclamó él, algo azorado—. Bueno, para empezar, no inflijo dolor.

—Sí que lo hace —lo contradijo Myfanwy.

—No, le aseguro que no.

—Que sí —insistió ella—. Lo he visto.

—Ah, ¿se refiere a las reacciones? ¿El castañeteo de dientes y esas erupciones en el torso? No, no, yo no tuve nada que ver con eso. De ninguna manera. Jamás haría algo así. —Se estremeció—. No, los culpables fueron los implantes de los injertadores.

—Pero, doctor Crisp, he visto el dolor. Lo vi recorriéndolo por dentro —añadió Myfanwy—.

Con mis poderes.

—Santo cielo... ¿En serio? —preguntó el médico, fascinado—. Asombroso. Aun así, con el debido permiso, torre Thomas, lo que vio usted no era dolor, sino compulsión.

—¿Cómo?

—Al contacto con mis dedos sienten la necesidad de hablar. Les obligo. Necesitan responder a mis preguntas. Es lo que hago. Ni sus cuerpos ni sus mentes sufren el menor daño.

—¿Qué sucedió, entonces?

—Para empezar, los injertadores escogieron como agente a una persona admirable. No me había encontrado nunca con nadie capaz de resistirse a la compulsión de ese modo.

—¿Y esta... «compulsión» no les lastima? —preguntó Myfanwy. Ese era un punto sobre el que no quería albergar la menor sombra de duda.

—Es algo que desean, nada más. No experimentan ningún dolor físico. Sólo ansían responder, contar la verdad. Van Syoc debía de ser un modelo de autodisciplina para no haber hablado antes, porque deseaba hacerlo. Era su único anhelo.

—Pero, entonces, ¿qué pasó? ¿Por qué falleció?

—Los injertadores han progresado mucho, torre Thomas —explicó Crisp—. Sus habilidades son asombrosas. El cuerpo de Van Syoc estaba entreverado de fibras, de artefactos. Pero lo que mi equipo y yo hemos descubierto es que no controlaba por completo sus mejoras.

Myfanwy se quedó pensativa, en silencio. ¿Controlaba ella por completo sus poderes? El doctor Crisp continuaba hablando, de modo que volvió a dirigir su atención hacia él.

—Me temo que Van Syoc no era el único que miraba a través de sus ojos en la sala de interrogatorios.

—Los injertadores —murmuró horrorizada Myfanwy.

—Sí. Cuando parecía que Van Syoc se disponía a decir algo, sus implantes estaban programados para volverse en su contra. Y cuando habló al fin, sus superiores le ordenaron a su cuerpo que lo destruyera. Su cerebro se vio obligado a apagarse. Varios de sus órganos se contrajeron y desgarraron por sí solos, y una descarga de electricidad controlada atravesó su organismo.

—Por eso a usted se le chamuscaron los dedos —comprendió Myfanwy.

—Sí.

—Doctor Crisp, soy yo la que debe pedirle disculpas. Y le tengo que confesar algo, además. Interferí con su interrogatorio.

La frente del hombre se arrugó por un momento mientras escuchaba, fascinado, todos los detalles que comenzó a desgranarle Myfanwy.

—Caballeros, las mejoras de Van Syoc son una mezcla de tecnología punta y brujería del Viejo Mundo —anunció Myfanwy, mirando a los tres hombres que había en la sala. Esa mañana Gestalt estaba representada por Relamido, a quien ya podía identificar como Teddy. Gubbins tenía los dedos doblados hacia atrás, acariciándose la muñeca, y Eckhart fumaba como una chimenea. Sus ojos se demoraron en él un momento, meditabundos. En un arrebato de curiosidad, abrió su expediente en el ordenador y consultó las imágenes de su infancia. El historial fotográfico de Eckhart, un niño de aspecto lastimero y desnutrido cuando fue adquirido en custodia, mostraba cómo se había recuperado y crecido hasta convertirse en un joven robusto. Ahora, al alcanzar la mediana edad, parecía haberse instalado en una recia combinación de soldado y ejecutivo. Le dedicó una sonrisa sin poder evitarlo, y él se la devolvió sin soltar el cigarrillo que sujetaban sus labios.

Volvió a concentrarse en sus notas.

—Los implantes han resultado ser mucho más numerosos de lo que nos imaginábamos. Para empezar, su columna estaba meticulosamente revestida de una especie de sílice.

—¿Con qué objetivo? —preguntó Gubbins.

—¿Blindaje? —sugirió Eckhart.

—El doctor Crisp y su equipo continúan investigándolo —replicó con cautela Myfanwy, atenta a cualquier posible reacción por parte de Gestalt. Este tenía los ojos entornados desde el principio de la presentación y su expresión denotaba desconfianza; saltaba a la vista que era consciente de que ella había recibido una información que a él le faltaba. Myfanwy estaba segura de que tarde o temprano debería hacer frente a ese problemilla en el seno de su departamento—. Para tratarse de un blindaje, sin embargo, es demasiado frágil. Las resonancias magnéticas muestran las pinceladas que dejaron los injertadores al aplicar el material sobre el hueso. Sospechamos que podría tratarse de una especie de antena. El material exhibe unas interesantes propiedades piezoeléctricas y está unido al cerebro de Van Syoc.

—Así que el hombre era un teléfono móvil ambulante —comentó Gubbins, retorciéndose el bigote—. Fascinante.

—Y una cámara digital —añadió Myfanwy—. Cabe la posibilidad de que Van Syoc hubiera podido retransmitir todo lo que ocurría a su alrededor.

—¿Para qué quería el ordenador, entonces? —preguntó Eckhart.

—¿Eh? —replicó en un alarde de sagacidad Myfanwy.

—Había un portátil en su habitación —le recordó Eckhart— conectado a internet. ¿Para qué tomarse esa molestia si tienes un teléfono móvil que te acompaña a todas partes?

—Podría deberse a multitud de razones. Quizá se trate de una línea exclusiva —sugirió Gubbins—. O de un solo uso.

—No hemos descubierto nada demasiado revelador —dijo Myfanwy—. Los chicos del

Departamento de Informática están mirando con lupa el portátil, pero hasta ahora no han podido determinar que hiciera algo más con él aparte de enviarles unos cuantos e-mails a su familia. — Respiró hondo y continuó con el resumen—. Esa parece ser la única modificación de su esqueleto. En cuanto a su musculatura, en fin, eso ya son palabras mayores. Sin duda habréis observado que se le habían practicado varias intervenciones.

—La desorbitada inflamación de la cabeza y los hombros podría decirse que lo delataron — contestó Gubbins.

—Me imagino que era un mecanismo de defensa diseñado para protegerle la nariz y los ojos. Y para incrementar su fuerza hasta volverlo capaz de atravesar las paredes a puñetazos, cosa que resulta siempre de lo más práctico.

—Todo esto es muy interesante, pero estamos más que familiarizados con las habilidades de los injertadores —injirió con voz glacial Teddy, cuyos dedos no dejaban de tamborilear frenéticamente sobre la mesa.

—Sí, torre Gestalt, pero los detalles son importantes porque representan un cambio drástico en los métodos que habían empleado hasta ahora —repuso con el mismo tono helado Myfanwy—. Tradicionalmente, optaban por alteraciones complejas. Van Syoc presenta una llamativa ausencia de mejoras potenciales. No había armas ocultas en su fisionomía ni modificaciones espectaculares. La última vez que un injertador pisó el suelo británico, era del tamaño de un caballo de tiro y parecía haber salido del vientre de un erizo de mar. Nunca han destacado por su sutileza, así que la contención de la que hacen gala las modificaciones de este hombre resulta de lo más sospechosa.

—Estoy de acuerdo —dijo Eckhart—. Aun así, torre Thomas, me atrevería a sugerir que quizá se trate de un simple cambio de enfoque. Tiene sentido enviar unos espías lo más discretos posible a explorar el terreno.

—¿Crees que hay más de ellos ahí fuera? —preguntó Gubbins—. ¿Más belgas con la cabeza abultada que podrían estar sacando fotos con los ojos y enviándoselas por e-mail a Bruselas a través de sus vértebras?

—No lo sé —respondió Myfanwy—. Los agentes que tenemos en aduanas localizaron de inmediato a Van Syoc en el aeropuerto. Considero poco probable que se les hayan pasado por alto otros espías.

—Me cuesta creer que nos quieran invadir de verdad —prosiguió Eckhart—. La última vez, cuando contaban con el respaldo de los recursos de todo un país, sólo intentaron conquistar una isla. Ahora no tienen nada, ¿y nos preocupa que se propongan atacar a una nación entera? ¡No tiene sentido!

Eckhart se interrumpió ante el chasquido que emitieron los nudillos de Gubbins. Y sus muñecas. Y sus codos. Y sus hombros.

—Perdón —murmuró este, abrumado por el peso de las miradas que convergían en él.

—Estamos haciendo demasiadas conjeturas —dijo Myfanwy—. No podemos estar seguros de nada. —Observó por el rabillo del ojo a Gestalt, que se había arrumbado en la silla pero parecía estar más calmada—. Heretic, ¿os habéis enterado Joshua y tú de algo que pudiera estar relacionado con esto? —Los dos negaron con la cabeza—. ¿Nada? ¿Ningún fallecimiento o desaparición fuera de lo habitual?

—No más fuera de lo habitual que de costumbre —replicó Gubbins con aspereza—. Si hubiésemos detectado el más leve rumor sobre los inyectadores, habríamos informado ya a toda la Corte.

—¿Entonces, qué? —preguntó Myfanwy, exasperada—. Estoy dispuesta a aceptar la posibilidad de que existan organizaciones sobrenaturales secretas con el poder necesario para inmiscuirse en los asuntos de la humanidad sin que esta sospeche nada. No me queda otro remedio, puesto que nosotros pertenecemos a una de ellas. Pero hay secretos tan enormes que no se pueden ocultar eternamente. Imaginaos lo grandes y fuertes que tendrían que ser para conquistarnos. Joshua, ¿crees que podría haber un ejército que estuviera preparándose para invadirnos? ¿Una fuerza capaz de doblegar a todo este país?

Eckhart estaba jugando con una moneda. Ante la atenta mirada de Myfanwy, la hizo girar sobre los nudillos, el metal se fundió y se escurrió entre sus dedos. Abrió la mano para revelar la misma moneda regenerada.

—No —respondió, al cabo de un rato—. Nos habríamos enterado ya. No existe ningún ejército. Imposible.

—Entonces se trata de otra cosa —dijo Gubbins—. De algo que no alcanzamos a ver.

El resto de la reunión arrojó pocas cosas de provecho, salvo la resolución por parte de todos de desplegar sus respectivas antenas al máximo y celebrar reuniones frecuentes. Los agentes en el extranjero de Eckhart y Gubbins se coordinarían en equipos destinados a combatir esta amenaza específica. Gestalt se ofreció con entusiasmo a encabezar la investigación en territorio nacional.

—Siempre y cuando, torre Thomas, a ti no te importe supervisar las operaciones convencionales.

Quizá Myfanwy tuviera elección, pero, de ser así, ignoraba cuál. Por lo que a ella respectaba, ese era el procedimiento estándar.

—Sí, me parece bien, Gestalt.

—Ya sé que no sueles adoptar un papel tan directo en los trabajos de campo y que por lo general rechazas asumir la iniciativa en situaciones de emergencia —añadió Teddy—, pero estoy seguro de que, con un poco de esfuerzo, sabrás encontrar la motivación necesaria.

«¿Y por qué no te arrebató el control sobre la vejiga, mejor? —estuvo a punto de replicarle

Myfanwy—. Seguro que para eso no me costaría nada encontrar la “motivación necesaria”». Pero se contuvo y se limitó a dedicarle una sonrisa que dejaba al descubierto muchos más dientes de lo normal.

—Alguien debería avisar a los alfiles —señaló Gubbins—. Y yo no puedo, porque en China ha surgido un problema.

—Eso, un problema que requiere la atención de ambos caballos —se apresuró a añadir Eckhart. «Sutil, chicos. Sutil de narices», pensó Myfanwy, que tomó la palabra antes de que a Gestalt pudiera ocurrírsele alguna excusa barata.

—Lo haré yo, pero espero que el cargo de conciencia os anime a hacerme todo tipo de concesiones por esto.

«Me parece increíble que estas sean las personas encargadas de garantizar la seguridad del país». Se quedó viendo cómo salían en fila de a uno mientras se empezaba a armar de valor, resignada a someterse una vez más al inquietante escrutinio de los alfiles.

—... y esos son los resultados de nuestras indagaciones, caballeros —concluyó. Los alfiles, sentados frente a ella, la distraían sin poder evitarlo. Ambos eran muy atractivos, pero no tenían nada más en común. Y no sólo porque Alrich aparentara ser cinco años más joven que ella mientras que Grantchester superaba ya la cincuentena. Era como si todo en ellos representase dos polos opuestos.

Había algo hipnótico y sobrenatural en la belleza del alfil Alrich. Sus rasgos eran casi frágiles, y sus labios, carmesís, relucían a la luz de las lámparas. Sus ojos se encontraron con los de ella y se demoraron allí. En aquella mirada, gloriosa y profunda, Myfanwy detectó un atisbo de algo que resultaba hechizante y aterrador al mismo tiempo.

Apartó la mirada de él con esfuerzo y se fijó en Conrad Grantchester, que estaba tomando notas apresuradamente en su agenda electrónica. Mientras que Alrich exudaba un aura de asexualidad, Grantchester era innegablemente viril. Irradiaba sofisticación mezclada con pasión a partes iguales, y el sarcasmo con el que se conducía lo volvía aún más intrigante.

Era como estar hablando con una estatua y con su escultor.

El silencio se prolongó durante al menos todo un minuto, tiempo durante el que Alrich no parpadeó ni una sola vez. Myfanwy bajó la mirada a su libreta antes de volver a espiarlo de reojo, y descubrió que él continuaba observándola. Distraída por los dos apuestos alfiles, no dejaba de perderse en sus apuntes e imaginar escenarios indecorosos.

—Lo que sugiero, en tal caso —declaró Grantchester, levantando por fin la mirada de la agenda y el lápiz óptico—, es que asignemos un grupo de miembros selectos del equipo de evaluación de Apex House a la tarea de ejecutar un análisis de riesgo estratégico de máxima

prioridad. Dicho análisis nos ayudaría a identificar objetivos potenciales y a implantar las medidas de seguridad apropiadas.

»Torre Thomas, cualquier novedad que surja relacionada con los injertadores, tanto si proviene del examen de ese tal Van Syoc como de las investigaciones de los caballos y la torre Gestalt, deberá pasar por los alfiles para que el análisis sea lo más completo posible.

Myfanwy asintió con la cabeza y apuntó algo en su libreta.

—De momento —concluyó con voz templada el alfil—, dejaremos que las cosas sigan su curso. Todos los visitantes que entren en el país se someterán a un examen exhaustivo. Tenemos a los caballos y los cuerpos de Gestalt buscando información adicional. Estoy seguro de que no debemos preocuparnos por nada, por lo menos de momento. —Parecía que estuviese ensayando el discurso que iba a pronunciar ante el lord y la dama—. Gracias, torre Thomas.

Grantchester se levantó y se fue. Myfanwy se volvió hacia Alrich y comprobó, sobresaltada, que también él se había marchado ya. Qué susto. Y ella, al parecer, tenía permiso para retirarse. Miró el reloj; pasaban unos minutos de las ocho. Bueno, la reunión había durado menos de lo que se temía. A lo mejor esa noche hasta le daba tiempo a ver algún *reality* en la tele y todo.



*Alfil Conrad Grantchester*

*Mientras que Gestalt consiguió ingresar en la Corte merced a sus dotes como soldado y Eckhart por tratarse de un estratega brillante, el ascenso al poder de Grantchester se debió a su talento para la contabilidad y la diplomacia. Al fin y al cabo, el Grupo Checquy no es sólo un ejército, una escuela, una prisión o un centro de investigación; es todas estas cosas a la vez y más. Alguien tiene que seguir la pista de las innumerables diligencias que se realizan, asegurarse de que todo funcione como es debido y de que no se quede ninguna factura sin pagar.*

*Ahí es donde entramos en juego las personas como Grantchester y yo.*

*Conrad Grantchester tenía ya más de treinta años cuando se unió al Checquy. Había nacido en el seno de una familia londinense de clase media-alta y cursó estudios en Eton antes de matricularse en la Universidad de Ginebra. Era popular, pese a no participar en ninguna actividad extracurricular aparte de causar estragos entre la población femenina, y finalizó sus estudios destacando sobre todo en las áreas del derecho y la economía.*

*Tras graduarse, fueron muchas las agencias de espionaje (el Checquy entre ellas) que intentaron reclutarlo, pero a él no le interesaba. Todos los informes coincidían en que era muy ambicioso, pero no tenía ninguna ideología política a la que se pudiera apelar. En vez de eso, Grantchester se introdujo en el mundo del dinero y los beneficios.*

*Su labor en una firma de inversiones demostró que, cuando no se estaba cepillando a ninguna chica con el pelo muy largo y la falda muy corta, sabía sacarle el máximo partido a su educación. Los directivos de la compañía lo enviaron a todos los rincones del mundo, donde adquirió grandes sumas de dinero y multitud de contactos útiles. Su ambición y su motivación propiciaron que valiese ya varios millones antes de alcanzar la treintena. Pese a seguir gozando de mucha popularidad entre las mujeres, a los treinta y dos contrajo matrimonio con Caroline Marsh, hija de una familia acaudalada, y se introdujo en los círculos más selectos.*

*A los treinta y tres, Grantchester comenzó a experimentar un extraño picor localizado en distintas zonas de la piel. Naturalmente, visitó a los mejores médicos del país, cuyos exhaustivos exámenes arrojaron unos resultados de lo más llamativo que pronto cayeron en nuestras manos.*

*Conrad es capaz de producir una gran variedad de compuestos químicos dentro de su cuerpo y, a continuación, expulsarlos en forma de un fino rocío a través de los poros. Las propiedades de estos compuestos van desde una toxina mortífera a un lacrimógeno no letal (como el gas*

mostaza), pasando por un spray sin ninguna propiedad conocida. Todos estos gases tienen algo en común: que emergen en forma de una nube negra que deja a oscuras el área que cubre.

A pesar de su evidente idoneidad para el Checquy, captar a Grantchester resultó ser extraordinariamente complicado. Como he mencionado antes, estaba acostumbrado a que lo cortejaran desde que acabó la universidad, por lo que había terminado desarrollando cierta inmunidad a los reclutadores gubernamentales. Ya estaba ganando dinero a espuestas. Comprarle no iba a ser fácil.

Al final, no obstante, se dejó seducir por la oportunidad de correr aventuras, por la promesa de enfrentarse a nuevos retos intelectuales y de obtener un poder inimaginable, y se unió a nosotros.

También recibió un suculento anticipo.

Asistió a unos cuantos de los talleres que se impartían en la Finca, para aclimatarse al mundo como en realidad era, y se trasladó a nuestra división de asuntos extranjeros. Viajó a todas partes, demostrando que no hay por qué resolver todos los problemas sobrenaturales con un crucifijo, una estaca o una escopeta; muchos pueden solucionarse con discreción, diplomacia, algo de mano izquierda y un modesto puñado de concesiones. También puede llegarse muy lejos quedando para cenar y compartiendo una botella de vino con la persona adecuada en el momento oportuno. Pero el valor de Grantchester no radicaba exclusivamente en sus dotes lingüísticas y en su olfato para los negocios: sus atractivas facciones y sus impecables modales resultaron ser de lo más práctico.

Firmó un acuerdo con las Sirenas del Mar Mediterráneo (aunque tengo entendido que no todas las gestiones se llevaron a cabo en posición vertical), supervisó el espinoso derrocamiento de un dictador de la Antártida y allanó el camino para el ascenso al poder de un tirano en una pequeña nación africana. Aunque se daba por sentado que acabaría ingresando en la Corte, muchos se llevaron una buena sorpresa cuando recibió el cargo de torre en vez del título de caballo.

Como torre, le debemos en gran medida la consolidación y optimización de las finanzas internas del Checquy. He tenido ocasión de revisar cuál era la situación antes de que él tomase el timón, un verdadero nudo gordiano de cuentas fiduciarias, herencias, propiedades, bonos y acciones. Tampoco es que nuestras arcas estuvieran desangrándose, pero sí que sufrían una hemorragia gradual. Grantchester se encargó de restañar esa herida.

Demostró, asimismo, poseer un olfato excepcional para asignarle a cada uno la tarea que mejor se ajustaba a sus habilidades; es un tasador excelente de los puntos fuertes y flacos ajenos. Supongo que es un don que tienen los que trabajan para las grandes empresas. La cuestión es que ha respaldado ascensos poco ortodoxos y muy cuestionables que, a la larga, resultaron ser verdaderos golpes de genio, y su experiencia empresarial también lo ha

*convertido en un cazatalentos incomparable; entre sus contactos fuera del Checquy se cuentan individuos con dones extraordinarios.*

*Supervisó el diseño y la reconstrucción del Tablero, lo cual habla por sí solo de la clase de mente que posee: respetable por fuera y taimado por dentro. A Grantchester le gusta estar preparado, tener todas las contingencias cubiertas y todos los imprevistos organizados en pulcros sistemas metódicos. El combate no es su fuerte, pero no le quita el sueño ordenar algún asesinato de vez en cuando, aunque sólo cuando todas las vías de negociación han fallado.*

*Después de ocho años como torre, dio el salto al puesto de alfil, accediendo así a la supervisión de todo el Checquy. Su primer cometido consistió en examinar la estructura financiera de la organización en su conjunto, la cual resultó ser aún más enrevesada y tener más agujeros que la división nacional. Grantchester se arremangó y consiguió que volviéramos a obtener beneficios.*

*Personalmente, lo respeto a rabiar. Sus innovaciones administrativas han revolucionado la organización y se muestra deslumbrantemente pragmático en todos los aspectos. Yo heredé su puesto y su picadero (no estaba soltero cuando encargó decorarlo, por cierto). Es un secreto a voces que será él quien dirija el Checquy cuando Wattleman o Farrier decidan endilgarle esa responsabilidad si alguno de los dos se anima a renunciar a la parte que le toca, por lo que me imagino que seguiré trabajando a sus órdenes una buena temporada.*

*¿Y te he dicho ya lo guapo que es?*

*Para concluir, considero pertinente observar que entre sus conquistas románticas se encuentran no sólo varias accionistas del Checquy, sino también empleadas directas de la organización. Me apresuraré a añadir que yo no estoy entre ellas, particular que, lo confieso, me provoca sentimientos encontrados. Aunque sus aventuras han sido siempre un ejemplo de discreción, en el transcurso de mi investigación he podido desenterrar unos cuantos contactos que sientan las bases del arsenal al que recurriré si alguna vez me veo obligada a extorsionarlo. No ha tenido ningún hijo ilegítimo, pero una chica, miembro muy popular del Checquy, se quitó la vida después de que Grantchester rompiera con ella. Sólo él y yo conocemos la causa de ese suicidio, el cual sacudió los cimientos de la organización en su día.*

—¿Torre Thomas? —preguntó tímidamente Ingrid mientras entraba en el despacho. Myfanwy levantó la cabeza de golpe, sobresaltada, de los informes que estaba leyendo. «Asombroso», pensó. «Creo que no la había visto nunca tan alterada». La secretaria estaba sudando.

—Ingrid, ¿te encuentras bien? Pareces un tanto sofocada. ¿No será...? —Dejó la frase sin terminar, azorada. Al fin y al cabo, la mujer tenía ya sus añitos.

—¡No, no se trata de eso! ¡Me acaban de notificar que van a venir los americanos!

—¿Todos de golpe?

—¿Sabe?, ser tan sarcástica con su ayudante ejecutiva me parece contraproducente —replicó Ingrid con aspereza—. Y no hablo de los americanos en general, sino de los alfiles estadounidenses.

«¿Hay alfiles estadounidenses? —se preguntó Myfanwy—. ¿Hay un Checquy en los Estados Unidos?». La carpeta morada debía de ofrecer alguna explicación para eso, pero llevaba los dos últimos días tan absorta en sus responsabilidades más inmediatas que casi no le había dado tiempo a consultarla; supervisar todos los detalles y cerciorarse de que todos los cabos quedasen atados acaparaba toda su atención. Además, fuera cual fuese el talento que residía en el cerebro de Thomas, parecía haberse aplacado. En un par de ocasiones se le había olvidado incluso que no era la misma Myfanwy Thomas por la que todo el mundo la tomaba. Ya no le preocupaba que sus actos o sus palabras pudiesen desentonar con la imagen mental de la torre Thomas que se habían formado los demás, y había descubierto que reconocer su ignorancia sobre algún que otro particular no equivalía automáticamente a desvelar su secreto. Por fin estaba empezando a apreciar el poder que conllevaba pertenecer a la Corte.

—Vale, así que van a venir los alfiles americanos. Supongo que querrán incordiar a Conrad y Alrich. Un hatajo de vejestorios trajeados con ganas sentarse alrededor de la chimenea con sus copitas de brandy, fanfarroneando, cotilleando y decidiendo el futuro de naciones enteras mientras se atiborran de canapés, ¿eh?

Enarcó una ceja en dirección a Ingrid.

—No, torre Thomas. Lo que quieren es verla a usted.

—¿A mí? —se extrañó.

—Sí —sentenció su secretaria, solemne. Se quedaron mirándose fijamente.

—¿Esta es la revancha por mi sarcasmo de hace un momento? —inquirió transcurridos unos instantes.

—Pues no —dijo Ingrid—. Aunque reconozco que lo podría haber sido.

—En fin. ¿Y cuándo está previsto que lleguen?

—Dentro de cuarenta y cinco minutos.

—¿Cuarenta y cinco minutos? ¿¡Cuarenta y cinco putos minutos!?! —Se levantó de un salto y empezó a ordenar la mesa como una posesa. El plato de galletas fue a parar a un cajón y las hojas sueltas se apilaron en apresurados montones. Montones que volvieron a desparramarse acto seguido—. Podría encargarme una pizza para comer, así me daría tiempo a prepararme mejor.

Contempló su atuendo con ojo crítico. No alcanzaba el nivel de informalidad propio de un *casual Friday*, pero sí que denotaba que ese día no había esperado tener que reunirse con nadie.

—¿Para qué querrán hablar conmigo? —se preguntó en voz alta, desesperada.

—Fue usted la que redactó el informe, torre Thomas.

—¿Qué informe?

—Sobre los injertadores, el que escribió tras la reunión entre las torres y los alfiles.

—¡Eso era confidencial! —exclamó—. ¡Para uso interno del Checquy, nada más!

Comenzó a amontonar los papeles de nuevo.

—Los injertadores están en la lista de temas que disparan alertas automáticas —le explicó Ingrid—. Ciertos asuntos se comunican a toda la comunidad de inmediato.

—Bueno, ya, pero si hubiera sabido que iba a leerlo más gente, habría...

—¿Sí?

—¡Yo qué sé! ¡Le habría pasado el corrector más a fondo, por ejemplo! —¿Eran imaginaciones tuyas o estaba disfrutando Ingrid con esto?—. Vale, así que llegarán dentro de tres cuartos de hora. ¿Les vamos a preparar algún tipo de recibimiento especial o algo por el estilo?

—Los líderes del Checquy celebrarán una reunión oficial mañana por la noche para dar la bienvenida a los invitados. Se supone que así les habrá dado tiempo a recuperarse del jet lag. Pero por hoy, según dicta la tradición ya establecida, obraré la sagrada cancelación de sus otras citas y reservaré una mesa en el templo de la venerable comida italiana.

Myfanwy observó con suspicacia a su secretaria, la cual últimamente había empezado a volverse cada vez más bromista.

—Torre Thomas —añadió Ingrid a continuación, ya con su acostumbrado tono paternalista—, que no cunda el pánico. Suba a la residencia, cámbiese de ropa, arréglese y ya la avisaré yo cuando hayan llegado.

Myfanwy asintió con la cabeza, obediente, abrió la puerta oculta detrás del retrato y se dirigió al pisito de soltero.

## *Los americanos*

*El Checquy llegó al Nuevo Mundo con los primeros ingleses. El segundo pasajero que desembarcó en Jamestown era un agente de la organización que se pasó casi todo el tiempo que estuvo allí horrorizándose ante las barbaridades que cometían los otros colonos y aplaudiendo para sus adentros cada vez que alguno sucumbía a las sutiles artes sortilegas de los nativos. Regresó a Gran Bretaña con una nueva afición, el maíz, y con el ferviente deseo de no volver a pisar las colonias. Convenció a la Corte de que sería necesario realizar otra incursión, más concienzuda y mejor subvencionada, para evaluar el potencial sobrenatural del continente americano. Los dirigentes tomaron buena nota y destacaron varios agentes en el Nuevo Mundo.*

*El más importante de ellos era Richard Swansea, sobre el que recayó la ingrata tarea de convertirse en el primer agente secreto paranormal del Gobierno en la colonia de Plymouth. La correspondencia que mantuvo con Inglaterra constituye una lectura fascinante, entre otras cosas porque el pobre diablo no suscribía el fervor religioso de sus conciudadanos.*

*Rodeado de fanáticos con cara de pocos amigos, Swansea se vio obligado a representar una farsa brillante; si sus vecinos hubieran descubierto cualquiera de los expedientes que ocultaba en su casa, con toda seguridad lo habrían ahorcado. Gracias a su caritativa obra social y su, en apariencia, fe inquebrantable, llegó a convertirse en un héroe local, más venerado incluso que los padres de la comunidad. Nadie vestía con más sobriedad ni era más implacable en su censura a los vicios ajenos. Para él aquello debió de ser un infierno.*

*Cuando vivía en Londres, la existencia de Richard Swansea se había caracterizado por el desenfreno y la casquivania. Hijo de una madame de renombre, Swansea se crió alternando a placer entre dos mundos opuestos. La mitad del tiempo se dedicaba a corretear por las calles, sin nadie que lo controlara, y la otra mitad a familiarizarse con los numerosos y muy nobles clientes del... establecimiento de su madre. Uno de ellos pertenecía a las altas esferas del Checquy, por lo que en cuanto empezaron a manifestarse sus poderes, mezcla de piel camaleónica, regeneración corporal y contorsionismo, cuando este contaba apenas doce años, lo captó de inmediato.*

*Durante su estancia en la academia dejó maravillados a los profesores y se ganó la adoración de sus compañeros de estudios. Después, tras graduarse, se convirtió en el empleado más prominente de la organización. Sus numerosos contactos dentro de la alta sociedad y su exhaustivo conocimiento de los bajos fondos le permitieron ejecutar con éxito algunas de las operaciones más impresionantes de la época y, por consiguiente, cuando surgió la oportunidad*

*de fundar la primera subdivisión importante del Checquy en América, se eligió para la tarea al peón más destacado de todos.*

*Me imagino su frustración al tener que pasearse por ahí con un sombrero mugriento calado en la cabeza, los pulgares enganchados en el cinturón y una escopeta al hombro. Él, que había sido un donjuán, el predilecto de las prostitutas londinenses, un caballero acostumbrado a cenar en la mesa de lo más granado de la sociedad y a codearse con la chusma con la misma facilidad, desterrado al tedio de una aldea recóndita poblada por fanáticos religiosos cuyo concepto de la diversión consistía en prohibirla en todas sus manifestaciones.*

*De no haber sido por su inquebrantable lealtad al Checquy, Swansea les habría dado la bienvenida con los brazos abiertos a todos los monstruos merodeadores que quisieran arrasar Plymouth. Diablos, seguro que hasta les habría proporcionado mapas detallados y los habría jaleado mientras devoraban a los peregrinos.*

*Deduzco que su única vía de escape eran las prolongadas expediciones que realizaba por las zonas agrestes de los alrededores, donde entabló amistad con los nativos. Hizo cuanto estaba en su mano por alertar a las tribus del peligro que representaban sus compatriotas y las instó a desplazarse a otros territorios; los líderes asintieron educadamente con la cabeza, le desvelaron los secretos de su pueblo e hicieron caso omiso de sus advertencias, por lo que Swansea asistió al inevitable desenlace apesadumbrado, pero sin sorprenderse por ello.*

*Los ciento siete años siguientes los dedicó a sentar las bases de una operación de resistencia estrechamente vinculada con los objetivos de la organización nodriza. Su Checquy americano, que con el tiempo adoptaría la denominación de Croatoan, se propagó por todas las colonias y sus miembros se enfrentaban, en más de un sentido, a un desafío inimaginable. Su cometido, en teoría, era el de llevar un registro de todas las criaturas y sucesos sobrenaturales del Nuevo Mundo. Si surgía alguna amenaza, tenían instrucciones de reducirla y, en la medida de lo posible, embarcarla con vida a Inglaterra para su examen. Aunque procuraban seguir estas directrices, la escasez de recursos y la necesidad apremiante a menudo dictaban que algunas de esas amenazas tuvieran que ser eliminadas directamente. Cada una de las colonias contaba con su diminuto centro de operaciones; la empresa entera se asemejaba a un precario archipiélago de islotes desperdigados frente a un océano de bosques y montañas inhóspitas.*

*En todas las colonias había una oficina del Croatoan, pero no te pienses que la organización daba para mucho más. Carecía de los inmensos recursos demográficos a los que podía recurrir el Checquy, por lo que sus fuerzas consistían en un batiburrillo de soldados, que no eran otros que cualquier individuo con poderes al que los croatoans conseguían echarle el guante. Swansea les explicó la situación a las tribus con la esperanza de encontrar más reclutas; había observado que entre los nativos se daba una incidencia mucho más elevada de personas con talentos especiales. La respuesta que obtuvo fue una diplomática negativa. Parece ser que, en su*

*opinión, los miles de años de experiencia los habían preparado de sobra para defenderse de cualquier amenaza que pudiera surgir de su tierra natal. Le desearon toda la suerte del mundo en su empresa, eso sí.*

*Así que Swansea se enfrentaba a serios problemas. La naturaleza de las colonias, tan religiosas e independientes, impedía que el Croatoan pudiera contar con ningún respaldo gubernamental a la hora de adquirir niños. Si a los colonos ya les molestaba pagar impuestos por el té, imagínate la ilusión que les haría tener que desprenderse de su progenie. Además, conocía mejor que nadie los riesgos que entrañaba poseer poderes sobrenaturales y criarse rodeado de puritanos. Les hacía imaginarse sogas y nudos. De modo que se vio obligado a adoptar medidas extraordinarias para formar un ejército con el que proteger a la población.*

*Se adquirieron niños de todas maneras. Aquellos pequeños cuyas familias estaban dispuestas a colocarlos como aprendices bajo la tutela de prominentes «hombres de negocios» de la localidad se convirtieron en agentes sin suscitar excesivas polémicas. Los hijos de padres menos flexibles fueron..., en fin, secuestrados. Swansea y sus colaboradores los raptaban en las calles o los sacaban discretamente de sus camas y los enviaban a otra colonia, donde recibían nuevas identidades y se les aleccionaba sobre la importancia de la misión del Checquy encarnado en el Croatoan. Recibían una educación, aprendían un oficio y protegían a la comunidad.*

*A los adultos se les tentaba. De vez en cuando, el Checquy enviaba refuerzos cuya llegada siempre era motivo de gran alborozo. Por lo demás, Swansea se las apañaba como podía. En un inesperado e irónico giro de los acontecimientos, se comenzó a sacar por la fuerza de sus barcos a los marineros. Cualquier adulto que manifestase algún tipo de poder tenía numerosas papeletas para que los colonos lo ajusticiaran (si bien cabe observar que donde Swansea no encontró nunca el menor atisbo de talento sobrenatural, ni en adultos ni en niños, fue precisamente en la aldea de Salem). En cualquier caso, los croatoans rescataron a muchos de estos «brujos» y «brujas» y los reeducaron; el carisma y la dedicación de Swansea contribuyeron en gran medida a la conversión de estos prodigios tardíos. Se compraron numerosos esclavos tras someterlos a exámenes exhaustivos y, una vez integrados en el Croatoan, se les concedió la libertad. Aunque algunos agentes elevaron airadas protestas al principio por tener que trabajar hombro con hombro con ellos, «como si fueran sus iguales», las protestas cesaron en cuanto quedó de manifiesto que el nivel de habilidad medio que demostraban los africanos resultaba ser muy superior al de la mayoría de sus compañeros.*

*Eran muchas las amenazas que acechaban a las colonias (surgían con aterradora frecuencia, de hecho), y el Croatoan se esforzaba al máximo por combatirlas; en la medida de lo posible, los líderes de cada sección procuraban enviar refuerzos a sus homólogos más acosados. Fue esta unidad lo que le permitió al grupo capear el temporal de la revolución, sumada quizá también al hecho de que todos los miembros de la organización estaban exentos de pagar*



*impuestos (privilegio que nunca ha llegado a extenderse a la rama de Gran Bretaña, debo añadir. No te creerías la cantidad de impuestos a los que debo hacer frente) y a que los representantes del Checquy que los visitaban les profesaban un hondo respeto. Eran realistas, sin embargo, y sabían que su obligación era tanto proteger al pueblo como mostrarse leales al trono.*

*Durante la guerra por la independencia de los Estados Unidos, los agentes del Croatoan no lucharon en ningún bando. El baño de sangre y el caos de las innumerables batallas estimularon a algunas de las fieras más exóticas del territorio, entre ellas unos moluscos gigantes que les gustaban abatirse sobre las haciendas solitarias para cebarse con las familias que las habitaban; contener esta amenaza mantuvo ocupados de sobra a los distintos equipos de la organización, cuyo número al término de la contienda se había visto reducido a la mitad tras sufrir cuantiosas bajas infligidas tanto por las operaciones más desesperadas como por la violencia arbitraria consustancial a todos los conflictos armados.*

*Llegado este punto, las fuerzas supervivientes se encontraron ante un incómodo dilema, pues eran agentes al servicio de un Gobierno que había sido firmemente invitado a abandonar su país. Si se presentaban ante George, Ben, Thomas y el resto de la cuadrilla, lo más probable sería que los largasen con viento fresco. O que acabasen en el patíbulo al que tanto cariño le parecían tener por allí. Jefferson y Franklin no eran tan estrechos de miras supuestamente, pero algunos de los croatoans más veteranos recelaban de desvelar su identidad ante nadie. No obstante, aquel país era tan suyo como de cualquier otro, y estaba claro que ninguno de aquellos nuevos y todavía algo desconcertados gobernantes se aproximaba siquiera a entender los horrores sobrenaturales que campaban por allí bajo la salvaguardia de la noche, y menos aún a saber cómo combatirlos. Hostigadas y exhaustas, las mermadas filas del Croatoan continuaron protegiendo a sus vecinos mientras enviaban una desesperada pero educada carta tras otra al Checquy solicitando instrucciones.*

*Entretanto, en Inglaterra, los miembros de la Corte se enfrentaban a sus propios problemas. Algo desagradable había nacido en Cornwall y abatirlo había acaparado la atención de todo el Checquy. El 3 de septiembre de 1783, mientras se firmaba y ratificaba el Tratado de París, nuestra organización estaba lamiéndose las heridas, enterrando a sus muertos y empezando a prestar atención otra vez a aquellas zonas del mundo que no estaban en Cornwall. Se rumorea que el lord carmesí llegó a exclamar «¡me cago en la puta!» en pleno oficio religioso cuando le entregaron de golpe todas aquellas cartas procedentes de América.*

*Aunque los croatoans estaban desempeñando un servicio de vital importancia para el bien de la humanidad, el Checquy decidió que quizás aquel no era el momento más indicado para solicitarle al rey Jorge una nueva partida de fondos con la que mantener a flote a sus homólogos estadounidenses, por lo que habría que apelar al Gobierno del nuevo país, pero con sutileza. El*

*Croatoan decidió enviar un delegado para explicar cuál era su misión y ofrecer sus servicios. Alguien cuyas habilidades fuesen lo bastante llamativas como para impresionar a las autoridades. Alguien que pudiera escapar con facilidad si el presidente recién electo reaccionaba empuñando el mosquete. Hasta que no estuviesen seguros de que el Gobierno los aceptaba, la consigna era mantenerse en la sombra y portarse bien.*

*El representante escogido para la ocasión fue un alfíl, un antiguo esclavo llamado Shadrach. Su aparición en el hogar de George Washington fue apropiadamente inexplicable y le habría causado una honda impresión al presidente de haberse encontrado este en su casa; por desgracia, Washington había decidido dedicar ese día a pasar revista a las tropas. Por suerte, la materialización de Shadrach en medio de una nube de polillas y sus impecables modales le cayeron en gracia a Martha Washington, hasta tal punto que la mujer le consintió quedarse hasta que regresara su esposo. La primera de todas las primeras damas que vendrían después y el antiguo esclavo conversaron durante horas en el salón, y Shadrach se lo explicó todo acerca del Croatoan y su misión. Martha, una persona extraordinariamente amplia de miras, tuvo la sensatez necesaria para darse cuenta de que la labor de los croatoans podría resultar beneficiosa para aquella nación incipiente.*

*Entre taza y taza de té libre de impuestos, Martha y Shadrach se dedicaron a apuntalar los detalles de la inclusión de la organización en el Gobierno. La complejidad de las negociaciones era sobrecogedora y en el seno de la comunidad sobrenatural continúa debatiéndose sobre cuál de los dos demostró ser más astuto. Fuera como fuese, cuando George Washington llegó a casa, se encontró con que era el flamante propietario de una agencia sobrenatural encubierta.*

*Varios historiadores han subrayado el hecho de que George Washington era un espía consumado al que le gustaba desviar gran parte de los presupuestos del Estado hacia sus organizaciones secretas. Bueno, pues te aseguro que una generosa porción de ese dinero fue a parar a las arcas del Croatoan. En muchos sentidos, su organización era un reflejo del Checquy: también ellos recibían un presupuesto escandalosamente abultado y conservaban una estructura jerárquica pese a las protestas de Martha, quien sostenía que una Corte regente desentonaba con los nuevos ideales de la nación. Shadrach, sin embargo, había sido inflexible al respecto. Al contrario que el Checquy, no obstante, al Croatoan se le denegó el permiso necesario para separar por la fuerza a los niños con poderes de sus familias. Lo cierto es que Martha se había mostrado partidaria, pero la postura del presidente sobre ese particular era inamovible. Los croatoans, por tanto, se vieron obligados a seducir a sus agentes con exuberantes referencias al sentido del deber y la responsabilidad, lo cual funcionaba casi tan bien como las adquisiciones forzosas y tenía la ventaja de no constituir una afrenta flagrante contra la constitución.*

*Por último, y de crucial importancia, se acordó que el Croatoan, al igual que el Checquy, no*

*interferiría en aquellos asuntos que no estuvieran relacionados con lo sobrenatural. Su jurisdicción habría de restringirse estrictamente al ámbito de lo antinatural.*

*La organización creció a medida que lo hacía también el país, pero no de forma proporcional. Por alguna razón, en los Estados Unidos nacían muchos menos niños con habilidades especiales que en Gran Bretaña. Ello habría sido motivo de preocupación, salvo por la circunstancia de que las amenazas sobrenaturales eran también menores, lo cual no quiere decir que no tuviesen problemas. Fue en América donde surgieron las Irregularidades creadas por medios matemáticos, seres que deformaban la substancia misma que componía el tiempo y el espacio a la vez que manipulaban en secreto la industria del cine mudo. La secta del Distanciamiento. El Jinete del Hambre. El Dios Tintineante. Ominosas amenazas sobrenaturales todas ellas, aunque, en términos puramente estadísticos, no parecían constituir un problema demasiado grave para los Estados Unidos.*

*Richard Swansea, antes de fallecer decapitado en repetidas ocasiones por una amante despechada (y cada vez más desequilibrada), se había fijado en esta tendencia y nos legó una posible explicación en los diarios que encontramos después de su muerte. La estrecha amistad de Swansea con los nativos americanos le había permitido observar sus ritos y prácticas, y postuló la existencia de un arsenal de protecciones entrelazadas con el tejido mismo de la tierra. Aunque el número de tribus no dejaba de reducirse, su labor perduraba y el continente se mantuvo relativamente libre de incidentes paranormales.*

*Pese a la separación de ambas organizaciones, dictada por los gobiernos de sus respectivos países, el Croatoan y el Checquy supieron conservar una relación excelente. Al principio se evitaban los compromisos oficiales, pero la comunicación era regular y fluida, y rara vez pasaba una década sin que algún miembro de una de las dos Cortes visitara a sus homólogos al otro lado del charco. En 1850 se aprobó un acuerdo oficial, el Pacto Sororitas, en el que enumeraban los múltiples vínculos de amistad existentes entre ambas organizaciones. Entre las características de este acuerdo estaban la creación de la Lista, el compromiso de extraditar a los transgresores y la solemne promesa de que ninguno de los dos grupos consentiría formar parte de una guerra contra el país del otro. La Lista consistía en un catálogo de amenazas que cada una de las agencias consideraba más graves; cualquier novedad relacionada con alguna de esas amenazas se debería compartir de inmediato.*

*Se produjeron incluso algunas campañas conjuntas. Durante la Guerra de Secesión, el Croatoan solicitó refuerzos cuando los gigantescos moluscos de antaño, sobreexcitados por la violencia, resurgieron para asolar el país. En 1903, el Checquy apeló a sus correligionarios estadounidenses cuando se abrió un portal en Hong Kong y los demonios comenzaron a infiltrarse en la comunidad. En 1989, los dos grupos coordinaron la supresión de los muertos vivientes de Hawái, estado que no gozaba de la inmunidad mística de sus vecinos continentales.*

*El éxito de estas campañas sirvió para fortalecer los lazos de amistad que unían a ambas organizaciones.*

*Hoy en día, los miembros del Croatoan son nuestros más firmes aliados; conocen secretos de los que ni siquiera nuestros compatriotas están al corriente. Y pese a que su número es muy inferior al nuestro, controlan un territorio varias veces más extenso. Personalmente, siento el mayor de los respetos por ellos.*

«Caray, qué bonito —pensó Myfanwy—. Pero ¿alguna vez has conocido a uno en persona? ¿Debería estar atenta por si me cuentan alguna broma privada? ¿Le tendría que preguntar por sus hijos a alguien?». Repasó el contenido de la carpeta, angustiada, pero no encontró ninguna información relevante. Consultó el reloj y vio que le quedaba muy poco tiempo para arreglarse. Por suerte, no padecía escasez de trajes formales. Cuando Ingrid regresó para anunciar la llegada de los americanos, a Myfanwy ya le había dado tiempo a saquear los armarios, volver corriendo al despacho y adoptar una pose que casi se podría calificar de normal.

—Torre Myfanwy Thomas, del Checquy, le presento al alfil Shantay Petoskey, del Croatoan —entonó Ingrid con voz rimbombante. «¿Cómo lo hace?», se preguntó Myfanwy, ruborizándose hasta la raíz de los cabellos. «¿Se habrá apuntado a clases de elocución o algo?». El eco de las palabras de su secretaria aún seguía rebotando con estruendo por toda la habitación cuando entró el alfil. Myfanwy abrió los ojos, cerrados con fuerza a causa del bochorno. Cuando vio a Petoskey, se le abrieron más todavía. No se esperaba que la mujer fuera así.

Shantay Petoskey debía de ser cinco años mayor que ella y ofrecía un aspecto espectacular. Tenía la piel negra, era muy esbelta y alta no, altísima. Su atuendo, el cual podría calificarse tanto de horrorosamente caro como de preocupantemente barato, le quedaba absolutamente divino.

«Por favor, que haya llegado hasta donde está acostándose con todo lo que se menea —deseó para sus adentros—. Sería una injusticia que, además de guapa, también fuese lista».

La mujer daba la impresión de estar haciendo un esfuerzo para no partirse de risa.

—Vale, gracias por esa presentación tan florida, Ingrid —dijo Myfanwy.

—Lo dicta la tradición —replicó sin inmutarse su secretaria.

—Cómo no. Alfil Petoskey. —Inclinó la cabeza en un gesto forzado que pretendía ser elegante y distinguido, aunque debió de quedarse en meramente ridículo.

—Torre Thomas, encantada de conocerte —la saludó esta—. Llámame Shantay, por favor.

—Y yo soy Myfanwy. —«¡Ay, Dios, que es la primera vez que nos vemos!». Miró con disimulo detrás de Shantay, pero lo único que vio fue a Ingrid, que se encaminaba ya de regreso a su mesa—. Disculpa, pero me había parecido entenderle a mi secretaria que esperábamos la visita de dos alfiles.

—El alfil Morales se sentía indispuesta y se ha quedado en el hotel.

—Oh, espero que no se trate de nada grave.

—El viaje, que la deja agotada —le explicó Shantay—. Sabíamos de antemano que no iba a estar presente en esta reunión.

—No te preocupes. Hace tres cuartos de hora yo ni siquiera sabía que hubiese una reunión concertada, así que no pasa nada, en serio.

«Me parece increíble que acabe de decir eso».

—Me parece increíble que acabes de decir eso —soltó Shantay. Se produjo un instante de espantosa tensión durante el que Myfanwy se preparó para recibir una declaración de guerra. Después, su acompañante sonrió de oreja a oreja—. Eres mucho más graciosa de lo que me habían contado.

Le guiñó un ojo y Myfanwy le devolvió la sonrisa. Le caía de maravilla.

De repente se percató de que las dos estaban todavía de pie.

—Lo siento de veras —se disculpó—. Sentémonos. ¡Pero no ahí! —Detuvo a Shantay antes de que esta se instalara en la silla intencionadamente incómoda—. Vayamos a los divanes. ¿Te apetece algo de beber?

No tardaron en encontrarse instaladas en los acogedores sofás mientras degustaban las tazas de café que les había llevado Ingrid.

—Bueno, bueno, Shantay —dijo Myfanwy, reclinándose con placidez y dejándose envolver por los mullidos cojines.

—Bueno, bueno, Myfanwy —replicó Shantay, igual de cómoda y bienhumorada.

—¿Y qué os trae por Inglaterra tan de repente? Que no es que no nos alegremos de veros ni nada por el estilo.

—Ah, cierto. Para empezar, el informe que redactaste dejó impresionada a toda nuestra Corte —explicó el alfil mientras se recolocaba el vestido a su alrededor—. Y resulta que ha llegado en el momento más oportuno.

—¿Sí?

—Sí. Hace cuatro horas, un equipo de nuestros peones interceptó a una mujer de aspecto sospechoso que acababa de aterrizar en Los Ángeles. Tras someterla a un minucioso examen se descubrió que poseía unos implantes de lo más llamativos. —Enarcó una ceja en un gesto cargado de complicidad antes de añadir—: Y no eran de silicona.

—Deja que lo adivine —dijo Myfanwy, poniéndose seria de súbito—. ¿Mejoras de los injertadores?

Shantay asintió con gesto grave.

—Joder —suspiró Myfanwy—. ¿Fueron los perros los que os llamaron la atención sobre ella?

—No. Todavía no hemos implantado ese sistema de detección canina.

—¿En serio?

—Totalmente en serio. Nos pareció sospechosa porque venía de Bélgica —confesó en un alarde de franqueza Shantay.

—Qué curioso —murmuró Myfanwy—. No sé yo si eso iba a funcionar aquí. ¿Y se le fue la olla en el aeropuerto?

—Bueno, podría haber ocurrido si se hubiera fijado en los tres albinos que la seguían, pero fueron muy discretos. Lo cierto es que estalló sin que mediara la menor provocación.

—Alarmante.

—En grado sumo. El alfil Morales y yo lo organizamos todo para venir aquí en cuanto se nos informó. —«Y de todo esto hace dos horas», se maravilló Myfanwy. «Lo mejor será que no haga preguntas»—. Los injertadores representan una amenaza fehaciente para nuestros países — continuó Shantay—. La aparición de uno ya era motivo de preocupación, pero dos en un intervalo tan breve..., en fin, eso ya resulta más que inquietante.

—¿La mujer aún sigue con vida?

—Sí, aunque reducirla no fue nada fácil —respondió con tono sombrío—. Se las apañó para matar a trece personas en el aeropuerto.

—Ningún civil, espero.

—Cuatro y nueve peones.

—Santo cielo. Lo siento muchísimo. ¿Ha llegado el incidente a los medios?

—Es imposible barrer bajo la alfombra algo así cuando sucede en un espacio tan público. Tan sólo hemos conseguido ocultar algunos de los detalles más grotescos. Por suerte, ninguno de los peones activó sus poderes a la vista de todos.

—Entonces, ¿cómo...?

—Francotiradores —fue la sucinta respuesta.

—¿En serio? Nuestro hombre resultó estar hecho a prueba de balas.

—No usamos balas.

—Ah. Por favor, acepta mi más sincero pésame y el de todo el Checquy por esta tragedia.

Shantay le agradeció las condolencias asintiendo con la cabeza.

—Vuestros caballos habrán recibido un informe oficial en menos de una hora, pero queríamos estar aquí para asistir a la inevitable conferencia.

—Claro. Disculpa, pero decías que la mujer sigue con vida. ¿Habéis empezado a interrogarla?

—Ojalá. La hemos trasladado a nuestra sede en Nevada, pero se ha sumido por sí sola en una especie de coma del que ninguno de nuestros agentes la ha conseguido sacar todavía.

—Uno de nuestros peones tuvo éxito en sus intentos por despertar a Van Syoc —dijo Myfanwy, rememorando las concienzudas atenciones del médico—. Estoy segura de que podríamos llegar a algún tipo de acuerdo. El doctor Crisp, nuestro jefe de extracción de información, es quiromante y arúspice, lo que significa que sabe leer a las personas tanto por dentro como por fuera. En estos momentos se encuentra sepultado de trabajo por culpa de los injertadores, pero debería ser capaz de averiguar más cosas con alguien que todavía respira que con un cadáver.

—Y si no, tenemos una mujer que se entiende de maravilla con los difuntos —dijo Shantay—. No quiero pecar de indiscreta, pero ¿no había matado el doctor Crisp a la última persona que interrogó?

Myfanwy tardó unos instantes en contestar.

—No, Van Syoc no murió por su culpa. Fueron los injertadores.

—¡Jesús! —exclamó la americana tras escuchar todo lo que Crisp le había explicado a Myfanwy—. Entonces, la mujer que tenemos ahora en custodia... ¿Podrían ordenarle que se autodestruyera?

—No hace falta que nadie le ordene nada. Pueden hacerlo por voluntad propia.

—Peor aún. Haré unas llamadas, a ver si consiguen encerrarla en algún sitio que anule todas las señales.

—Buena idea, pero tampoco te lleves una desilusión si al final no da resultado: Van Syoc estaba contenido a cinco pisos bajo tierra. Le pediré al doctor Crisp que hable con tus compañeros; quizás a él se le haya ocurrido ya alguna solución.

Las dos mujeres dedicaron los minutos siguientes a ignorarse mutuamente mientras Shantay hablaba a toda prisa por el móvil y Myfanwy le explicaba cuál era la situación a Ingrid. Una vez impartidas las instrucciones pertinentes, volvieron a concentrarse la una en la otra.

—¿Comemos? —propuso Myfanwy.

—Por mí, encantada —respondió Shantay.

*Querida tú:*

*El trabajo de investigación, aunque sea para averiguar quién quiere asesinarme, me calma los nervios. Al fin y al cabo, enfrentarme a cantidades ingentes de información es lo que hago a diario de todas maneras. La mayor parte de dicha información se encuentra disponible en nuestro sistema informático interno, una red cerrada, por lo que ningún ordenador que contenga referencia alguna al material relacionado con el Checquy podrá conectarse nunca a internet. Los e-mails que intercambian nuestras distintas oficinas deben pasar por uno de nuestros satélites, así que las probabilidades de que nos hackee algún cerebritito quinceañero con demasiado tiempo libre entre manos son nulas. Aquí no encontrarás ningún terminal conectado a otro mediante cables directos de red, y si te parece que montar algo así debe de salir por un ojo de la cara, te aseguro que aciertas.*

*En cualquier caso, la cuestión es que en mi ordenador puedo encontrar casi cualquier cosa y mi posición como torre me concede accesos privilegiados prácticamente a todo, así que me dedico a revisar documentos, documentos y más documentos. De vez en cuando, también necesito algo que no se ha cargado en el sistema. Si el material se encuentra disponible en el Tablero, lo que hago es bajar a los archivos, una zona preciosa del edificio: alfombras de color verde oscuro, grandes estanterías de roble, estudiosos leyendo en silencio... Me gusta ese sitio. Y me apasiona seguirle la pista a la información, saltar de un estante a otro, pasar por delante de vitrinas repletas de venerables reliquias y cruzar la puerta metálica que conduce a la cripta.*



*La cripta consiste en una interminable sucesión de pasillos llenos de secretos. Armarios muy altos con innumerables cajones de madera lustrosa. Carpetas selladas con lacres de cera. Cajas con ordenados montones de papeles. Y después dejo atrás esas habitaciones, me pongo el abrigo y entro en la cámara frigorífica, donde unos recios archivadores de acero contienen los detalles.*

*En los detalles es donde está siempre la clave de todo.*

*No obstante, hay cosas que no están disponibles ni en línea ni en el Tablero, y si se encuentran en cualquiera de las otras instalaciones que tenemos en Londres, aprovecho el fin de semana para acercarme hasta allí y recorrer los pasillos del Anexo o de Apex House. Si lo que busco está en otro sitio, solicito que me lo envíen directamente y, después de que Ingrid haya firmado los albaranes correspondientes, encima de mi mesa se materializa un montón de carpetas ajadas, envueltas en fundas de plástico y cubiertas de sellos. Siempre me emociono al ver los nombres de sus lugares de procedencia: Bath, Stirling, las Orcadas, la Isla de Man, Manchester, Portsmouth, Edimburgo, Whitby, Exeter. Estamos en todas partes.*

*A lo que me dedico ahora es a revisar los libros de cuentas, que suman no ya cientos, sino miles de páginas. Los antiguos métodos y sistemas financieros del Checquy sólo podrían calificarse de espantosamente complejos, e incluso las técnicas actuales son tan enrevesadas como cabría esperar de una agencia gubernamental casi independiente que opera en secreto a lo largo y ancho del globo. Las cifras bailan frente a mis ojos: números de cuenta, transacciones, documentos de identidad, marcas de destino, códigos de autorización... Me he quedado bizca revisando letras de cambio a la vista, me he esforzado por tantear activos intangibles y me he hinchado a comprobar dietas.*

*¿Que por qué me dedico a revisar los libros de cuentas? Bueno, pues porque en el transcurso de mi carrera he podido comprobar que, incluso en este mundo secreto del poder, el misticismo y los prodigios ocultos, al final todo se reduce al dinero. Y me pregunto si no será mi talento para la contabilidad, combinado con mi acceso a los archivos del Checquy, la razón por la que alguien de la Corte quiere destruirme. Quizá teman que los pille en un desfalco o algo por el estilo.*

*Cosa que, por casualidad, podría haber hecho. No se trata de nada exagerado, pero me da la impresión de que las finanzas de sir Henry y Gestalt son... poco ortodoxas. Quizá se deba a que los dos llevan un estilo de vida muy peculiar, claro. Sir Henry goza de una existencia longeva a lo largo de la cual ha operado bajo un par de identidades y nombres distintos, con las inevitables consecuencias que eso conlleva, por lo que es fácil que se extravíe el dinero. Gestalt, por su parte, recibe el sueldo correspondiente a cuatro personas, pero no tengo muy claro que pague una cantidad de impuestos proporcional.*

*La cuestión es que carezco de pruebas concluyentes. No sé a ciencia cierta que ninguno de ellos haya cometido algún fraude. Confirmarlo, revisar todas sus cuentas, me llevaría más*

*tiempo del que dispongo. Mis hallazgos, sin embargo, podrían justificar una investigación a gran escala. Razón por la cual forman parte de mi plan de extorsión de emergencia.*

*Aunque no creo que los desmanes económicos del uno o el otro sean suficientes para que quieran sacarme de circulación. La traición que me espera debe de obedecer a otros motivos. Así que todas las noches, todas las mañanas, todos los paseos en coche y todas las horas del almuerzo (las contadas ocasiones en las que disfruto de ellas), cuando no estoy escudriñando los detalles de los expedientes personales de la Corte, me dedico a revisar los libros de cuentas. Las propiedades del Checquy, por supuesto, son múltiples y diversas; jamás sería capaz de analizarlo todo. Pero sí que me he valido de mi cargo de torre para solicitar que se auditen las arcas más importantes, auditorías llevadas a cabo por secciones rivales en un intento por garantizar que no se produzcan colaboraciones indeseadas. Mientras tanto, estoy examinando personalmente las partidas presupuestarias que se han destinado a los proyectos de mayor envergadura dentro del Checquy, cuya complejidad podría haber facilitado algún que otro desvío de fondos.*

*Y hace que mi empeño se haya convertido en un verdadero suplicio.*

*En estos momentos estoy metida hasta las cejas en la subvención anual que se destina a la Finca; una barbaridad de dinero, créeme, pero por otra parte comprensible. Todo el que sale de ahí al cumplir los diecinueve años posee el equivalente a una esmerada educación universitaria, una rigurosa formación militar y el mayor dominio posible sobre sus poderes. Su presupuesto debe contemplar el mantenimiento de unas instalaciones equiparables a las de los mejores centros públicos del país, los equipos adecuados para diagnosticar y poner a prueba un amplio abanico de habilidades sobrehumanas, el alojamiento de un alumnado genéticamente inestable, el sueldo de los docentes más cualificados y abiertos de miras del mundo, y los sistemas de seguridad necesarios para mantenerlo en secreto. Por no hablar de la terapia para todos los implicados.*

*Te cuento todo esto porque, de resultas de mis interminables semanas de horas en vela estudiando, examinando y husmeando como un sabueso cualquier pista que oliese a dinero, he descubierto otra irregularidad, una que podría ser lo bastante importante como justificar mi destrucción.*

*Y en cuanto me haya tomado una aspirina, pienso tirar de ese hilo hasta desembrollar la madeja.*

*Jaquitosamente tuya,*

*Yo*

—Bueno, esto tiene pinta de ir a estar mucho más rico que el sándwich casero que me había

llevado al trabajo —dijo Myfanwy después de que el chófer las dejase en el restaurante más exclusivo de la ciudad, donde se sentaron iluminadas por un claro de sol—. Qué nombre tan interesante, Shantay. ¿Es el diminutivo de algo?

—No, que yo sepa. ¿Por qué, el tuyo sí?

—¿Myfanwy? ¿De qué podría ser el diminutivo?

—Sabe Dios, la gente tiene unos nombres muy raros, sobre todo cuando se los inventa.

—¿El tuyo es inventado? —preguntó con curiosidad Myfanwy.

—No.

—Entonces, ¿qué clase de nombre es ese?

—Ah, viene del francés —respondió Shantay mientras aceptaba la copa de vino que acababa de traerle un camarero obsequioso.

—¿Y lo de Petoskey? No me digas que por tus venas corre sangre polaca.

—Es Chippewa, significa «el sol naciente». No te preocupes, siempre despista a la gente.

—Por lo menos tú puedes tener la relativa certeza de que lo pronuncias correctamente.

—Eso sí. ¿De dónde viene Myfanwy? ¿De Escocia?

—De Gales.

—¿En serio? No sé nada de Gales —reconoció.

—Ya, ni yo.

—¿No te contaron nada sobre tu ascendencia tus padres? —preguntó distraídamente el alfil estadounidense mientras le hacía una seña al camarero para que se acercase de nuevo—. Los míos siempre están hablándome de mis numerosas raíces étnicas y culturales. Puedes dejar aquí la botella. —Esto último se lo dijo al camarero, quien estaba claro que hoy se iba a ganar su propina.

—La verdad es que no conozco a mis padres —replicó Myfanwy mientras se recolocaba las gafas de sol. La terraza del restaurante era el sitio perfecto en el que sentarse a comer en Londres una tarde soleada como la que hacía ese día. La brisa era fresca, pero la combatían unos elegantes radiadores verticales. Por lo general, había que ser alguien famoso para conseguir mesa allí, aunque de alguna manera Ingrid se las había apañado para entablar amistad con todos los restauradores de la ciudad. Cuando aparecieron Myfanwy y Shantay, la una portadora de una tarjeta de crédito que parecía estar hecha de oro de ley y la otra con pinta de diosa recién escapada de algún panteón africano, las ubicaron de inmediato en aquel selecto lugar, por delante de un grupito de escandalosas estrellas de cine que al parecer habían llegado diez minutos antes que ellas.

—¿No conoces a tus padres? —repitió.

—No, me apartaron de su lado cuando tenía nueve años. —Myfanwy se arriesgó a probar el vino.

—Santo cielo, se me había olvidado. Así hacéis las cosas aquí, ¿no es cierto? —dijo Shantay, horrorizada.

—Mm-hm —murmuró Myfanwy por toda confirmación.

—¿Sabes? No te ofendas, pero me cuesta creer que separéis a los niños de sus familias.

—Es una tradición ya asentada. —Myfanwy eligió para comer algo que en el menú gozaba de una descripción tan interminable como prolija en detalles. Ya que iba a cargarle una suma de escándalo a la cuenta de gastos del Checquy, qué menos que obligar al chef a trabajar de lo lindo —. A las personas como nosotras se nos considera algo así como propiedad del país.

—Bueno, en los Estados Unidos existía una tradición parecida según la cual algunas personas no eran más que simples mercancías. Después tuvimos una pequeña guerra de nada que nos sirvió para mandar esa tradición a paseo.

—Ya.

En ese momento apareció otro camarero para tomarles nota, proceso que se prolongó más de la cuenta porque las dos se empeñaron en leerse de arriba abajo las descripciones de la comida antes de pedir nada.

—Entonces, ¿no te acuerdas de tus padres? —insistió Shantay cuando el camarero, tambaleándose bajo el peso del sinfín de epítetos culinarios con que lo habían cargado, las hubo dejado a solas.

—Ni pizca —respondió con absoluta franqueza.

—¿Y eso no te molesta?

—Pues no, la verdad. —Se encogió de hombros mientras se preguntaba cuáles habrían sido los sentimientos de Thomas al respecto—. Bueno, ¿y cómo acabaste tú en el Croatoan?

—Me presenté pronto al examen. Tenemos un programa de lo más conciencioso. En nuestro país se producen tan pocas manifestaciones que no podemos permitirnos el lujo de que se nos escape ningún posible candidato. Total, que estaba allí con mis padres, en Flint, Michigan. ¿Lo conoces? —preguntó de sopetón.

—Me suena. ¿No había un unicornio paseándose por allí el año pasado?

—Nah, eso fue en East Lansing —dijo la americana—. La cuestión es que, cuando yo era pequeña, mis padres lo pasaban bastante mal para llegar a fin de mes, y más con tres hijos.

—En mi casa creo que también éramos tres.

—¿Ah, sí? ¿Cuál eras tú?

—La mediana, casi con toda seguridad —respondió Myfanwy, haciendo memoria.

—Yo era la mayor. Y aunque no nos moríamos de hambre, tampoco nos faltaba mucho para llegar a ese punto. Entonces les llegó una carta con un montón de timbres oficiales.

—¿Del Gobierno?

—No, de un internado carísimo que había en New Hampshire. Nos ofrecían alojamiento

gratuito, educación y manutención.

—Caray. Gracias al cielo por la escrupulosa honradez del Departamento Sobrenatural del Gobierno de los Estados Unidos. —Se mordió la lengua para no seguir esgrimiendo su bienintencionado sarcasmo como si de un martillo pilón se tratara—. Pero ¿por qué constituye eso un sistema más ético que el nuestro?

—Porque mis padres pudieron elegir. Los tuyos, sospecho que no.

—No, aunque nuestro enfoque conlleva ciertas ventajas. ¿La oferta que os enviaron incluía algo más?

—Se me permitía volver a casa por vacaciones —respondió Shantay.

—Bueno —dijo Myfanwy—, ahí reconozco que no puedo competir.

La comida resultó estar deliciosa. Tras el postre, conversaron sobre los entresijos de los acuerdos de seguridad de sus respectivas naciones mientras las conducían de vuelta al Tablero.

—Torre Thomas —dijo el chófer—, a los manifestantes les ha dado por levantar una barricada delante del acceso al aparcamiento. Seguridad está intentando apartarlos de ahí, pero me temo que va para largo.

—Déjanos en la puerta, en tal caso. —Myfanwy se puso los guantes—. Gracias, Martin.

Cuando bajaron del coche, las dos agentes observaron con desagrado a los manifestantes.

—¿No os habéis planteado azuzarles a la policía? —preguntó Shantay.

—Creo que así sólo conseguiríamos atraer a la prensa —contestó Myfanwy, a quien le había llamado la atención la presencia de una mujer en la acera de enfrente. Su aspecto le sonaba de algo.

—¿No podríais echarle la culpa a un ajuste de cuentas entre bandas callejeras rivales?

—Estamos en Londres, no en Los Ángeles. Además, este es el distrito financiero.

La conversación quedó interrumpida cuando la mujer que le sonaba de algo, una muchacha, cruzó la calle y se acercó a ellas.

—Con perdón. Siento molestarte.

—¿Sí? —replicó Myfanwy. «Me suena mucho su cara... ¿Estará en el Checquy?».

—¿Es..., eres Muvvahnwee Thomas?

—Supongo que sí. Disculpa, ¿nos conocemos?

—Me llamo Bronwyn. —La chica se quedó observándola, titubeante, como si aguardase alguna reacción por su parte—. Bronwyn Thomas. Soy tu hermana.

Se quedaron sosteniéndose la mirada, la mujer que afirmaba ser una hermana llamada Bronwyn, con los ojos rebosantes de expectación, y Myfanwy enmudecida de asombro. Ni siquiera ver a Gestalt estrangulando al doctor Crisp le había afectado tanto como esa revelación. Al fijarse mejor en la muchacha, podía reconocer sus propios rasgos en ella, aunque mucho más bonitos (preciosos, la verdad, eso había que admitirlo), junto con una figura más alta y una larga melena rubia con mechas, como dictaba la moda.

«Normal que me sonase de algo», pensó Myfanwy, desconcertada. Vio que Shantay se había quedado boquiabierto a su vez, pero todos los sonidos del mundo parecían haberse esfumado, sustituidos por Bronwyn. Percibió una conexión, una sensación de familiaridad, casi. Como si esta joven encajara en su vida rellenando un vacío con forma de hermana.

«¿Qué es esto? ¿Será posible? —dudó, sin apartar la mirada de aquellos ojos que eran idénticos a los suyos—. ¿Será realmente mi hermana?».

«Tendría que decir algo, ya había pasado un minuto».

—Dios santo —murmuró, y después ya no se le ocurrió qué más podría añadir—. Hola.

Titubeante, le tendió la mano. La chica que decía llamarse Bronwyn dio un respingo, sobresaltada, pero después la aceptó con una sonrisa y se la estrechó tímidamente.

—Esto debe de ser todo un *shock para ti* —dijo Bronwyn—. *Aparecer así, de la nada...*

—Es lo más extraordinario que me haya pasado en la vida —la interrumpió Myfanwy—. Lo más...

Dejó la frase inacabada flotando en el aire, con la mirada fija todavía y sosteniendo aún la mano de Bronwyn.

—Yo soy Shantay. Trabajo con Myfanwy —anunció sin mucha emoción esta mientras daba un paso al frente—. Me parece que la impresión ha podido con ella.

—Hola —saludó Bronwyn.

—Mirad, lamento haceros esto, pero es que tenemos que atender un asunto muy importante. Y no puede esperar.

«¿Tenemos que atender un asunto?», se afligió Myfanwy.

—Bronwyn, me tienes que pasar todos tus datos de contacto. Tu dirección y eso —le pidió Myfanwy—. Yo te daré los míos, y nos las apañaremos para quedar. —Soltó la mano de quien

decía ser su hermana a regañadientes y agachó la cabeza. «Tiene los mismos dedos que yo», se percató, mareada. «¡Dios, pero si ni siquiera me he quitado los guantes para darle la mano!». Hizo una mueca—. Puedes venir a mi casa y nos pondremos al corriente —balbuceó de forma atropellada.

Conforme hablaba, sin embargo, empezaban a materializarse ya en su cabeza los cientos de complicaciones que podrían emanar de ese inesperado giro de los acontecimientos.

Intercambiaron sus datos y quedaron en verse esa misma noche. Myfanwy prometió llamarla más tarde para concretar a qué hora. Tras una incómoda despedida, dejó que Shantay la condujera al interior del Tablero.

—Bueno —dijo la estadounidense cuando montaron en el ascensor—, eso sí que no se lo esperaba nadie.

Le dio un pañuelo de papel a Myfanwy al ver que esta no dejaba de sorber con fuerza por la nariz.

—Y que lo digas. No me he quitado los guantes para estrecharle la mano —se lamentó—. Estaba tan atónita que ni siquiera se me ocurrió.

—¡Gracias a Dios! Chica, si esa desconocida se te hubiera echado encima con la intención de plantarte un par de besos o establecer cualquier tipo de contacto con tu piel, le habría partido la cabeza contra el bordillo en el acto.

—¿Cómo?

—¿Me tomas el pelo? Aparece de la nada una desconocida y se pone a darte conversación... ¡Ni siquiera sabes «qué» es! ¡Diablos, podrían haberla contratado los injertadores!

—Sé que tengo una hermana y esa mujer es idéntica a mí... en algunas cosas, al menos —se corrigió Myfanwy, acordándose de las largas piernas de Bronwyn.

—Venga ya, por favor. Sabes de sobra lo que son capaces de hacer —dijo Shantay—. Se parece a ti, vale, pero nos enfrentamos a unos individuos que son prácticamente los dioses de la cirugía estética y las armas biológicas más estrafalarias. Habría intervenido si llego a ver que intentaba echarte encima el aliento, joder. Como para haber dejado que te tocara.

—Shantay —dijo Myfanwy—, si hubiese intentado asesinarme, no le habrían hecho falta las armas de los injertadores. El tío de la casa de huéspedes tenía una pistola.

El recuerdo provocó que se le encogiese el estómago.

—¡Es verdad! Esa chica tiene suerte de no ser un cadáver decapitado en la calle ahora mismo.

—Bueno, eso nos habría causado algún que otro problema. Pero tienes razón, no sé nada de ella. Habrá que verificar su identidad antes de que la deje entrar en mi casa. Necesitaré todos los expedientes que haya sobre Bronwyn Thomas, incluidas fotos, detalles sobre su vida personal, su historial de viajes, dónde vive. La auténtica Bronwyn Thomas podría encontrarse en Australia en estos momentos...

—¿Estás bien? —la interrumpió Shantay—. Te ayudaré con esas comprobaciones. Juntas podemos llegar al fondo de todo este asunto.

—Sí, es que... espero de verdad sea ella y que no haya ningún problema. Sería agradable tener una hermana.

—A lo mejor lo es. Cotejaremos toda la información y, si nos da buena espina, esta noche podrás salir de copas con ella si quieres. En cuyo caso, te las tendrás que ver con otro dilema.

—¿Cuál?

—Explicarle dónde has estado durante toda su vida.

Una vez en casa, Myfanwy se sentó en un extremo del diván, apoyó los pies encima de un taburete y echó la cabeza hacia atrás. Pese a la copa de brandy llena hasta el borde que tenía en la mano y la plácida presencia de *Wolfgang* en su regazo, la expectación que sentía ante la inminente llegada de Bronwyn le atenazaba aún el estómago.

Shantay y ella se habían pasado toda la tarde inmersas en un frenesí de comprobaciones de seguridad. No le gustaba la idea de que nadie, ni siquiera Ingrid, supiera que estaba documentándose sobre su hermana. Le harían preguntas y el Checquy podría denegarle el permiso para verla. Si esa chica era su hermana, estaba decidida a conocerla.

Y si no lo era, en fin, tendría que hacer algo al respecto.

De modo que le había pedido a Ingrid que borrara de su agenda todas las citas programadas para esa tarde. Shantay y ella se habían metido en su despacho, habían cerrado la puerta y se habían puesto manos a la obra para averiguar todo lo posible acerca de Bronwyn Laura Thomas. Su rango de torre le confería un acceso prácticamente ilimitado a la información que poseía el Gobierno sobre sus ciudadanos, y el interés de su predecesora por la investigación y la preparación se traducían en que podía llevar a cabo casi todas sus pesquisas desde la misma oficina.

Bronwyn Laura Thomas no vivía en Australia, sino en Londres, en un piso cerca de Marble Arch. Estaba matriculada en la universidad, en la Facultad de Bellas Artes. Carecía de antecedentes criminales. Jamás había visitado ningún país extranjero, y menos Bélgica. El uso que hacía de internet era de lo más ortodoxo; dolorosamente ortodoxo, casi. Nada de e-mails a ningún belga ni a nadie que pudiera resultar sospechoso. No disponían del tiempo necesario para investigar a todas las personas con las que había mantenido correspondencia en los seis últimos meses, pero su selección al azar no había desvelado nada fuera de lo común. El número de su teléfono móvil era el mismo que le había proporcionado a Myfanwy esa tarde.

La persona que aparecía en las fotos a las que habían podido acceder también era idéntica a la mujer con la que habían hablado.



—Vale, parece que todo está en orden —había dicho Shantay—. Podría tratarse realmente de ella.

—Creo que es ella —confesó Myfanwy—. Lo creo de veras.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

Se mordisqueó el labio. Desde que entró en esa vida, muy pocas cosas le habían producido genuino placer. El extracto de su cuenta bancaria. La comida que había degustado en compañía de lady Farrier. Su espontánea amistad con Shantay. La idea de ver a su hermana, de tener una hermana, era maravillosa. Estaba harta de ser huérfana. Quería tener una familia o por lo menos algo más que una amiga.

—La voy a llamar —decidió, y cogió el teléfono.

—Espera. No la llares al móvil, marca el número de su casa.

—No me ha dado el número de su casa —protestó Myfanwy. Entonces se le encendió la bombilla—. Vale, de acuerdo.

Había marcado ese número y había hablado con una Bronwyn Thomas que esperaba su llamada. Tras conversar durante unos instantes, acordaron que Myfanwy enviaría un coche a recogerla. Cosa que sucedería dentro de cinco minutos. El ama de llaves, Val, a la que por fin había visto, se había mostrado emocionada al enterarse de que iba a venir su hermana.

—Ya sabe que siempre me he preocupado por usted, señorita Thomas —le había dicho con su cerrado acento del norte—. Pasa demasiado tiempo sola. Para una muchacha joven no es saludable trabajar todo el día, y después venir a casa y quedarse dormida en el sofá. Me alegra que vaya a visitarla su hermana. A lo mejor ella consigue hacerle entrar en razón. —Dicho lo cual, había insistido en preparar una bandeja enorme llena de comida—. ¿Cuánto hace que no se ven?

—Años —respondió Myfanwy, con una exactitud impecable.

—¡Años! ¡Qué horror! Típico de todas ustedes, las chicas con carrera. Consiguen el trabajo que querían y se olvidan por completo de todo lo demás. ¿Sabe que esta es la primera vez que la oigo hablar de su familia?

Al conocer a Val, Myfanwy se dio cuenta de que Thomas la había contratado por dos motivos. El primero, que resultaba reconfortante tener a alguien que te recordara lo desastrosa que era tu vida, y el segundo, que a la hora de cocinar y adecantar la casa era un prodigio. Temerosa de ofenderla, se limitó a asentir dócilmente ante todas sus sugerencias, brandy incluido.

—No es que sea yo partidaria de fomentar el consumo de bebidas alcohólicas por regla general —le había dicho—, pero nunca la había visto a usted tan nerviosa. —Le sirvió la copa y

le ordenó que se sentara e intentase relajarse—. Le abro la puerta a su hermana y me voy a mi casa.

Así que ahora Myfanwy estaba acariciando el pelaje de *Wolfgang*, aunque todavía no había probado ni una gota de su bebida. Toda su concentración iba a dirigida a intentar permanecer alerta y, simultáneamente, aliviar el agarrotamiento que sentía en los músculos. Esos malditos zapatos, los que se sentía obligada a ponerse cuando representaba el papel de torre, le martirizaban los tobillos. Tan absorta estaba contemplando el techo que ni oyó el timbre, ni se dio cuenta de que Val estaba abriendo la puerta, ni vio que su hermana había entrado en la sala.

—¿Myfanwy? —dijo con timidez. Esta dio un respingo y miró a su alrededor, hecha un manojo de nervios.

—¡Hola! Pasa. Me levantaría, pero tengo aquí a *Wolfgang* y no le gusta que lo mareen — explicó con gesto de impotencia mientras señalaba al conejo, que se veía de lo más pancho. A Bronwyn se le iluminaron las facciones y se acercó para acariciarlo.

—¡Qué tierno! ¿Cuánto hace que lo tienes?

—Uf, cielos, ni idea —respondió Myfanwy, fiel a la verdad—. ¿Te gustaría cogerlo? — Bronwyn se sentó en el diván, a su lado, y Myfanwy le transfirió al animal con delicadeza—. Bueno —dijo, nerviosa.

—Bueno.

—No sé tú —volvió a intentarlo Myfanwy—, pero cuando me desperté yo esta mañana, esto no era en absoluto lo que me esperaba. ¿Cómo narices has conseguido encontrarme?

—No fue nada fácil. Estaba en una cafetería, navegando por internet, y... ¿A ti no te pasa nunca que te da por buscarte a ti misma? Eso hice, y luego, por curiosidad, tecleé tu nombre para ver qué pasaba.

«Ah, la misteriosa rastreadora de Google —cayó en la cuenta Myfanwy—. Supongo que ese caso lo podemos dar ya por resuelto».

—No obtuve ningún resultado, aparte de una tía de Nueva Zelanda que se dedica a confeccionar peras con lana y fieltro para venderlas por internet. Pero la intriga era cada vez mayor, así que seguí investigando. Busqué tu certificado de defunción..., puesto que son documentos de dominio público, igual no lo sabías..., aunque tampoco tuve éxito por esa vía.

—No tenía ni idea, no —reconoció. «Me extraña que al Checquy se le haya pasado por alto algo así».

—Pues sí. De modo que, una vez que vez tuve claro que seguías con vida, me acordé de un amigo que trabaja en el Departamento de Hacienda. Al principio se resistió, pero terminó accediendo a seguirle la pista a una Myfanwy Alice Thomas que vive aquí. Eres la única en todo el Reino Unido.

«El fisco tenía que ser, claro. No hay quien se esconda de ellos».

—Impresionante.

—La investigación siempre se me ha dado bastante bien —confesó con modestia Bronwyn.

«Mira, una cosa que tenemos en común —pensó Myfanwy—. Aunque seguro que tú no has heredado el poder de hacer que la gente se cague en los pantalones. Qué caprichosa es la genética».

—Seguía sin estar segura de que fueses tú. Vine a esta dirección y estaba armándome de valor para acercarme a la puerta y pulsar el timbre cuando te vi. Te pareces tanto a mamá... Así que te seguí hasta ese edificio de la ciudad. Miré en el directorio del recibidor, pero ahí no salía tu nombre.

»Aun a riesgo de quedar como una acosadora —continuó Bronwyn—, confieso que me aposté en los alrededores del edificio. Supuse que, si no salías por la puerta principal, siempre podría volver aquí y llamar al timbre. Y, de repente, allí estabas, justo en la acera de enfrente.

Sacudió la cabeza, asombrada, y a Myfanwy no le cupo la menor duda de que Bronwyn estaba esforzándose por encontrar la forma menos indiscreta de hacerle un montón de preguntas. De modo que se le adelantó:

—Bronwyn, tú tienes veinticinco años, ¿verdad?

—Sí, tenía tres cuando... te fuiste. Por eso en realidad no recuerdo nada de ti —reconoció la muchacha, con cara de sentirse culpable por ello.

«¡Pues ya somos dos!», exclamó para sus adentros Myfanwy, intentando que se le ocurriera algo más que añadir. Tras unos instantes de incómodo silencio, Bronwyn apostó por la opción menos arriesgada:

—Me gusta mucho tu casa. ¿Cuánto hace que vives aquí?

—Ah..., un par de años —respondió de forma vaga. Puesto que se había pasado casi toda la tarde comprobando la identidad de la chica, no le había dado tiempo a preparar ninguna historia plausible—. Conseguí un ascenso de los buenos y me compré este sitio. Tardé siglos en decorarlo.

—Me encanta. Bueno, ¿y a qué te dedicas?

—Trabajo para el Gobierno —le explicó—. Estoy especializada en asuntos domésticos. —Vio cómo se apagaba el destello de interés que hasta entonces iluminaba los ojos de Bronwyn, tal y como cabría esperar—. Superviso un montón de cosas distintas. Trabajo hasta tarde y no tengo mucha vida social, pero me gusta.

Lo cual era cierto, advirtió. No disfrutaba tan sólo con las labores administrativas, aunque se le dieran muy bien. Le gustaba todo.

—Vale, tengo que preguntártelo —se lanzó Bronwyn—. ¿Qué ocurrió? Jonathan me contó que teníamos una hermana y había algunas fotos tuyas, pero mamá y papá nunca hablaban de ti. Me pasé muchísimo tiempo creyendo que te habías muerto o algo así.

—Jonathan es nuestro hermano, ¿verdad? —preguntó Myfanwy, titubeante. Debía andarse con cuidado, pero también sentía una tremenda curiosidad.

—¿No lo recuerdas? —preguntó con incredulidad Bronwyn.

—No mucho. Era muy pequeña cuando me fui y después pasaron muchas cosas.

—¿Qué cosas?

—Bueno, es difícil de explicar. ¿Qué te contó tu..., nuestro padre? ¿O nuestra madre? —inquirió Myfanwy, temerosa de contradecir cualquier versión establecida de los hechos que pudiera existir ya.

—Nada. Cuando Jonathan y yo intentábamos sonsacarles algo sobre ti, se cerraban en banda. Sobre todo papá, decía que no quería que le hiciéramos nunca ninguna pregunta al respecto. Insistía en que te habías ido y que deberíamos intentar olvidarnos de ti, seguir adelante con nuestras vidas.

Bronwyn mantuvo la mirada fija en Wolfgang mientras hablaba, y a Myfanwy le dio la impresión de que ese asunto debía de haber suscitado varias discusiones acaloradas. Gritos, silencio y vergüenza. Niños castigados a irse a la cama sin cenar. Se sintió indescriptiblemente culpable.

—Tenía un problema médico, algo muy gordo... Nadie apostaba por que saliera con vida. — Su hermana la observó con preocupación—. Ahora me encuentro mucho mejor —le aseguró—, pero durante bastante tiempo estuve en la cuerda floja. Me pasaba los días sedada, totalmente ida, en los pabellones de aislamiento —se inventó en un arrebato de creatividad.

»Por eso no podíais visitarme. Nuestros padres creían que me iba a morir y tenían prohibido verme. Para ellos debía de ser más fácil no pensar en ello siquiera.

—¿Cuál era el problema? —inquirió Bronwyn, vacilante.

—Una cosa muy complicada y muy rara —respondió vagamente Myfanwy—. Aunque no hace falta que te preocupes, no se trata de algo genético. Preferiría no hablar de ello, eso es todo.

—Pero ¿te pusiste mejor?

—Hace cuatro años aproximadamente descubrieron un cóctel de medicamentos que me permite llevar una vida más o menos normal. El proceso de desintoxicación ha sido de lo más arduo, sin embargo. Llevaba años tomando algunas de esas sustancias y había desarrollado una adicción importante —continuó Myfanwy, algo impresionada por la facilidad con la que se le estaban ocurriendo todas esas mentiras.

—¡Eso es espantoso! —exclamó Bronwyn—. Pero ¿no pensaste nunca en intentar ponerte en contacto con nosotros?

Aunque era evidente que no quería ofender a Myfanwy, se sentía dolida. Le resultaba incomprensible que su hermana no hubiera buscado a su familia de inmediato.

—Estaba experimentando una enorme cantidad de cambios a una velocidad vertiginosa —

explicó—. Acababa de escapar de una existencia borrosa por culpa de los medicamentos. Tuvieron que ayudarme a encontrar este piso y un empleo. Estaba tan acostumbrada a concentrarme exclusivamente en una sola cosa que era como si no me quedase tiempo para nada más que el trabajo y la clínica de desintoxicación. Todavía sigue costándome horrores salir al mundo real. Me pone nerviosa. —Observó fijamente a Bronwyn, como si quisiera obligarla con la mirada a dejar de sentirse molesta—. Además, mis recuerdos de todos vosotros eran tan vagos... Cuando le daba vueltas, era como si lo hubiese soñado todo.

Bronwyn asintió con la cabeza, apabullada. Al final resultaba que su hermana era una yonqui con agorafobia en proceso de recuperación.

—No sé qué decir... Esto es mucho para digerirlo de golpe. Para ti debe de haber sido muy duro.

—Ya, bueno. —Myfanwy se encogió de hombros para restarle importancia—. Así son las cosas. En realidad, me siento muy agradecida por cómo ha salido todo al final.

—Claro —murmuró Bronwyn. Se miró las manos mientras acariciaba a *Wolfgang*.

—¿Estás bien? —le preguntó, intranquila.

—Sí, es sólo que ya me parecería increíble si me lo estuviera contando una amiga, y tú eres mi hermana —dijo, todavía con la cabeza agachada. Respiró hondo—. Me siento como si debiera haberlo sabido ya, como si esto tuviese que formar parte de nuestro pasado, pero la familia te dejó abandonada. Tú también opinarás lo mismo, que ni siquiera nos importaba lo que te pasara. —Miró por fin a Myfanwy, y esta vio que tenía los ojos anegados de lágrimas—. No existe ninguna razón para que sientas nada por mí, pero quiero que sepas que, aunque no te recuerde y quizá tú no te acuerdes de mí, me alegro de haberte encontrado. De verdad que me gustaría que fueses mi hermana.

La sinceridad que destilaban aquellas palabras le llegó al corazón a Myfanwy, que acertó a musitar:

—A mí también.

A continuación se inclinó hacia delante sin poder evitarlo, y Bronwyn y ella se abrazaron y rompieron a llorar y a reír al mismo tiempo. Mientras sostenía a la muchacha en sus brazos, sintió un estallido de sus poderes, como si alguien hubiese vertido un bidón de gasolina en una fogata. Podía percibir los lazos genéticos que compartía con ella, como si su hermana fuese un espejo en el que, hasta cierto punto, se reflejaban sus propios patrones. Se apartó con delicadeza, contempló a Bronwyn a un brazo de distancia y volvió a estrecharla contra su pecho, riendo de nuevo.

«Todo lo demás parecía formar parte de la vida de Thomas —meditó—. Algo heredado. Pero esto, esto es tan mío como podría haberlo sido de ella. Esta chica es la hermana de este cuerpo, y este cuerpo es tan mío como de Thomas». Con ese pensamiento, se permitió relajarse por fin y

aceptarse a sí misma.

—Bueno —dijo Myfanwy cuando se tranquilizaron y secaron la cara—. Háblame de ti. Y de la familia.

—Ay, Dios. Me pesa tener que decírtelo así, pero nuestros padres han muerto —le informó Bronwyn, apesadumbrada.

A Myfanwy no le pilló por sorpresa; ya lo había leído en los expedientes. Pero ahora, al escuchar a su hermana, notó que le recorría un estremecimiento de la cabeza a los pies. De alguna manera eso lo volvía más real, más relevante. Aquellas personas no eran tan sólo los padres de un cuerpo heredado, sino que eran sus padres. La punzada de tristeza que la sobrevino se reflejó en sus facciones.

—Perdieron la vida hace ocho años, en un accidente de tráfico —continuó su hermana— por culpa de un conductor borracho. Me trasladé a Londres para compartir piso con Jonathan. Es banquero, tiene treinta y tres años. Con el fallecimiento de mamá y papá, se convirtió en mi tutor legal. No fue fácil empezar de cero, en otro colegio y cosas así. Terminé los estudios a duras penas y después me pasé un par de años dando tumbos por ahí, aceptando un puñado de trabajos birriosos. Al final Jonathan dijo que ya debería haberme dado tiempo a reponerme del trauma, así que ahora estoy en la universidad. A los Thomas siempre nos ha venido bien fijarnos un objetivo. Seguro que eso ya lo habías descubierto tú sola.

Intercambiaron una sonrisa y Myfanwy experimentó una sensación extraña. Ver los rasgos de una estampados en el rostro de otra persona era, en cierto modo, reconfortante.

—Sospechábamos que aún seguías con vida —murmuró Bronwyn—. Jonathan y yo nos zambullimos en todos los papeles y descubrimos unos cuantos documentos.

«Cielos, no habré acabado de soltarle un embuste con todo lujo de detalles para que vaya ahora y me caiga con todo el equipo —cayó en la cuenta, horrorizada Myfanwy—. ¿Qué pondría en esos documentos?».

—Eran archivos financieros. Mamá y papá habían estado recibiendo unos ingresos periódicos. Jonathan los rastreó desde su trabajo y consiguió averiguar que provenían del Gobierno, de algún tipo de departamento recóndito. Intentamos seguirte la pista, pero había kilómetros y más kilómetros de legajos. Además, no teníamos ni idea de cuál era tu paradero, qué estaba ocurriendo. Al final, lo más fácil fue dejar de darle vueltas. Pero los pagos siguen llegando —concluyó Bronwyn, cohibida—. Estoy costeándome la universidad gracias a ellos.

«Una compensación del Checquy —dedujo Myfanwy. Me pregunto a cuánto asciende el valor que tengo para ellos».

—¿Y qué es lo que estudias?

—Diseño de Moda —respondió Bronwyn.

—¡Ay, estupendo! A lo mejor tú consigues educarme al respecto. Por lo que a los entresijos

de la moda respecta, soy una completa ignorante.

—Pero ¿qué dices? ¡Fíjate en el traje que llevas puesto!

Así lo hizo Myfanwy.

—¿En serio? —No era un traje que proclamase a gritos «¡miradme!». Más bien daba la impresión de que su propietaria preferiría que no la viese nadie.

—Es de muy buena calidad. —Bronwyn acarició la tela, impresionada—. Y cuesta más de lo que gano yo como camarera en tres meses.

—Ya, bueno, mi teoría es que, si pago por mi atuendo una cantidad indecente, la gente pasará por alto el hecho de que me queda fatal.

Se quedaron hablando hasta tarde y Myfanwy averiguó un montón de detalles sobre la vida de su hermana. Todavía vivía con Jonathan y si no había traído a su hermano era porque se hallaba en Japón, donde iba a pasar unas semanas por asuntos de negocios. Quería ser diseñadora, pero desconfiaba tanto de su talento como de la posibilidad de encontrar trabajo. Por otro lado, había hecho muy pocos amigos desde que se mudó a Londres y no tenía novio.

—Me conozco esa historia —dijo Myfanwy—. Yo nunca he tenido novio.

«Ni tiempo para buscarlo», se lamentó, abatida. Las explicaciones que Thomas le había dejado escritas sobre su ausencia de vida social habían sido sucintas, tímidas y levemente torpes, tal y como se imaginaba Myfanwy que había sido la propia Thomas. Debería dedicarle más tiempo a esa faceta de su vida. Había encontrado un aparatito que funcionaba con pilas en el cajón de la mesita de noche, pero le daba reparo emplearlo. «Y eso que es mío. Sólo ha entrado en contacto con mi cuerpo, pero no exactamente “conmigo”. He aquí un efecto secundario de la amnesia en el que la gente no suele pararse a pensar».

Tras dejar a Bronwyn en el cuarto de invitados, regresó al salón y se acabó el brandy. Recogió a *Wolfgang* y lo dejó en la jaula donde pasaba las noches. Después levantó un cojín del extremo del diván donde ella se había sentado, sacó la pistola que estaba escondida debajo y la guardó en uno de los cajones del escritorio.

*Querida t :*

*Vale, al final he descubierto un verdadero filón de malversaciones.  Sabes?, por algo emplea el FBI a tantos contables y fanáticos de los ordenadores. Al final todo se reduce al dinero. Y el auge de la electrónica ha causado estragos entre quienes poseen inclinaciones delictivas. Antes, agarrabas un puñado de doblones y te los gastabas; las autoridades no podían seguirle la pista a un dobl n. Ahora siempre queda algún rastro.  Esas irregularidades que te mencion  antes? Bueno, pues resulta que se trata de un montón de pasta. Y ya he descubierto adónde querían redirigirla.*

*Seguir la pista del dinero que faltaba ha sido de lo más entretenido, sobre todo comparado con todos esos registros de transacciones realizadas con tarjetas de crédito corporativas que he tenido que examinar. Menudo co azo. Por algo no existe ningún programa de televisión que se llameCSI: forenses contables. Aunque debo decir que ahora s  que me conozco el Checquy al dedillo. Y s  dónde está el dinero que falta.*

*En comparación con el presupuesto total del Checquy, la cantidad que se ha ido esfumando a lo largo de los años no es para tanto, pero sí suficiente para comprar un montón de terrenos en el sur de Gales, levantar unos cuantos edificios y crear un pequeño ejército de supermocosos.*

*Correcto: alguien ha montado una segunda Finca.*

*A lo mejor a ti no te parece tan asombroso, pero yo no podrá haberme sorprendido más ni aunque hubiera descubierto que tienen a una segunda familia real encerrada en el valle remoto donde han construido esa base secreta. Así de extraordinario es. La Finca original representa el auténtico núcleo del poder del Checquy. Las habilidades paranormales no son lo único que convierte a nuestros agentes en los mejores del mundo, aunque sin duda les conceda ciertas ventajas. Si son los mejores se debe a que comienzan su riguroso adiestramiento a una edad muy temprana, lo cual explica que el Checquy continúe siendo tan poderoso y que las pesadillas prefieran quedarse debajo de la cama en vez de salir a jugar con nosotros. Y ahora hay otra, de manera que quien la controle posee un arsenal tan devastador como ilegal.*

*Me costaba creerlo, de modo que me obligó a ir all  abajo. Disponía de un fin de semana libre y la alternativa a pegarme una escapadita a Gales consistía en quedarme en mi casa y revisar más archivos. Así que un viernes por la tarde, después del trabajo, met  un par de maletas y la jaula de Wolfgang en el coche, me puse al volante y empecé a conducir.*

*Me gusta conducir,  sabes? Uno de los múltiples privilegios de mi rango es que no debo*



*preocuparme por que me multen por exceso de velocidad, y gano lo suficiente como para permitirme la frivolidad de tener un buen coche equipado con un estéreo todavía mejor. Mientras quemaba el asfalto me las apañé para cantar lo bastante alto como para justificar la velocidad, aunque no tanto como para evitar que Wolfgang pudiera ponerse de pie sin temor a salir rodando.*

*¡Ah, Gales! ¡La tierra de mis antepasados! ¡Nuestros antepasados! Por tus venas corre sangre galesa, ¿lo sabías? De todos modos, nuestra familia salió de allí hace unas cuantas generaciones y, aunque probablemente tengamos algunos parientes desperdigados por allí en alguna parte, no recuerdo haberme encontrado nunca con ellos.*

*Desde que descubrí que, en un futuro cercano, uno de mis compatriotas intentará eliminarme, me he vuelto un tanto paranoica. Creo que es comprensible, la verdad. Así que decidí no registrarme en ninguna pensión y dormí al aire libre, en un saco.*

*Hacia años que no dormía a la intemperie, desde las acampadas de entrenamiento en la Finca. Dios, cómo las odiaba. De hecho odiaba a todos mis compañeros de grupo, sentimiento que no se atenuó cuando me obligaron a compartir tienda con Emmie, la chica que disparaba insectos por la boca. Pero en esta ocasión me resultó de lo más relajante dormir al raso, arrebujada en mi saco de dormir nuevo contemplando las estrellas y escuchando los ruiditos que hacía Wolfgang en su jaula. Era una noche sin luna y me encontraba en la agreste campiña galesa, por lo que la contaminación lumínica brillaba por su ausencia. En su lugar, sobre mi cabeza rutilaban quinientos millones de estrellas.*

*Al día siguiente continué adentrándome en Gales hasta llegar a una aldea perdida de la mano de Dios donde, discretamente, intenté hacer algunas averiguaciones. Me sentí incómoda al principio entablando conversación con aquellas personas a las que no conocía de nada. Temía que me corrigieran al oírme pronunciar mi propio nombre. Quiero decir, mira esa W ahí en medio; siempre me ha preocupado estar diciéndolo mal. ¿Dónde se ha visto una W muda? Además, tenía la impresión de que me echarían la bronca por meter la nariz donde no me llamaban, pero lo cierto es que fue todo muy fácil. Resulta que a la gente normal le encanta contarte su vida, y las viejecitas de la peluquería eran unas auténticas minas de información.*

*Por lo que a los residentes de esa aldea respecta, la finca secreta es una especie de instalación militar en la que se trabaja con material superclasificado. Creo que eso fue lo que me dijeron, al menos. Allí todo el mundo tenía un acento fortísimo. Visto por el lado bueno, salí con un corte de pelo encantador.*

*Ninguno de los ocupantes de la finca va nunca al pueblo. Todas las mañanas circulaban por la calle principal unos camiones cargados de suministros, pero los conductores no se paran ni a comprar tabaco. Las instalaciones en sí se encuentran en su propio valle de empinadas laderas y hay una sola vía de entrada y salida, la cual atraviesa unos bosques que ya debían de estar allí*

*cuando llegaron los primeros exploradores romanos. Me encontré con unos chavales que andaban husmeando por los alrededores del único pub y les sonsaqué lo que sabían. Tiene gracia; los rebeldes juveniles de antaño protestaban intentando evitar que los reclutase el ejército, mientras que estos lampaban por colarse en aquella base en concreto.*

*Según Darren, Lucy, Ricky y Maysie: «Hay un punto donde la valla pasa por encima de una hondonada y te puedes meter por debajo. Te sientas al amparo de los árboles con un pack de cervezas y unos prismáticos, y a disfrutar del espectáculo. Es una pasada».*

*La fama superclasificada de esta segunda finca seguramente radique en los objetos extraños que la sobrevuelan. Formas misteriosas que surcan la noche, luces brillantes que se reflejan en las nubes y personas que practican extrañas rutinas gimnásticas en el césped. Para los aburridos adolescentes de la aldea es como vivir puerta con puerta con el Cirque du Soleil y un escuadrón de acrobacias aéreas. Para mí es como estar en casa.*

*Antes de seguir, permite que te deje una cosa muy claro: Finca no hay más que una. No se trata de guardar todos los huevos en la misma cesta ni nada de eso; es cuestión de mantener tus bienes a salvo. Todo el potencial genético de las Islas Británicas está ahí, una fuente de riqueza y poder inconmensurable. Y al reunirlos a todos bajo el mismo techo, nos aseguramos de que se establezca una conexión entre ellos. Los peones del Checquy están tan bien coordinados porque han recibido la misma educación en el mismo lugar.*

*En cierta ocasión vi un documental sobre armas de fuego. Lo que más me impresionó fue descubrir lo importante que había sido desarrollar la tecnología necesaria para que se pudieran intercambiar las distintas piezas entre mismos modelos. Qítale el percutor a una pistola, pónselo a otra y seguirá funcionando. Eso supuso que las armas dejaran de ser únicas y pudieran repararse con facilidad. Con los peones sucede lo mismo. Casi todos ellos, pese a su apabullante diversidad en términos de habilidad sobrenatural, encajarían en un nuevo equipo con la misma facilidad que en el antiguo.*

*Irónicamente, son los inadaptados los que suelen medrar en la Corte. Ninguno de nosotros es un agente del Checquy estándar. Incluso rodeados de bichos raros, somos extraños.*

*Fuera como fuese, había que investigar esa finca y no iba a confiarle esa tarea a nadie, de modo que tendría que encargarme yo misma. Los chicos me aseguraron que los guardias patrullaban periódicamente el perímetro montados en unos de esos «chismes superguays de cuatro ruedas con luces», pero se los veía venir de lejos y daba tiempo a ponerse a cubierto; las medidas de seguridad de esta escuela eran decepcionantes. En la Finca de verdad, esconderse en el bosque no serviría de nada. Ya puestos, tampoco habría ninguna aldea pintoresca en los alrededores. Por otra parte, el presupuesto de este sitio era limitado (si lo sabría yo) y su mayor mecanismo de defensa era el secretismo.*

*Aquella noche me puse la ropa de infiltración que me había llevado. Negra de la cabeza a los*

*pies, con pasamontañas y todo, bajo el cual empecé a sudar como un pececito de colores en un wok al fuego. Los guantes eran lo más importante. Les había practicado unos agujeros lo bastante grandes como para dejar al descubierto las puntas de los dedos.*

*Me quedé paralizado en cuanto puse un pie en aquella espesura. La noche anterior, de acampada, me había embargado la calma. Ahora, el menor ruidito bastaba para ponerme los pelos de punta. La luz era escasa y no me costaba nada imaginarme que de un momento a otro podría abalanzarse sobre mí alguna bestia surgida del albor de los tiempos para llevarme a rastras hasta su guarida recóndita. No es que posea una imaginación prodigiosa, sino que sé perfectamente lo que merodea por ahí fuera. Gracias a Dios, pude guiarme por la hondonada; de lo contrario, me habría perdido a las primeras de cambio, pero estaba tan obsesionada con no perder de vista las paredes de la zanja que terminé dándome de bruces contra la valla. Las instalaciones, por suerte, carecían de los fondos necesarios para rodear el perímetro con alambre de espino; si no, aún seguiría allí.*

*El corazón me latía desbocado en el pecho mientras me arrastraba bajo la valla, pero tampoco fue tan difícil como temía. De pequeña detestaba que los profesores nos sacasen de la cama a horas intempestivas para obligarnos a realizar aquellas maniobras nocturnas. Estaba en forma, pero no soportaba la idea de que las personas con las que convivía y estudiaba fuesen a intentar agarrarme al amparo de la oscuridad. Aborrecía el susto que me llevaba cada vez que alguien se dejaba caer de un árbol o saltaba desde debajo de una montaña de hojas para inmovilizarme en el suelo, carcajeándose. Sabía que no lo hacían con mala intención. Formaba parte del juego. Pese a todo, yo era siempre la primera en caer. Por mucho que me esforzase, era incapaz de tomar la ofensiva.*

*Al otro lado de la valla había menos árboles y estaban más espaciados entre sí. No vi ni rastro de ningún guardia, así que me arriesgué a asomarme a la linde del bosque. Quería ver a qué clase de fundación me enfrentaba.*

*Para empezar, era horrorosa. El que hubiese montado ese sitio había elegido unos terrenos de primera, pero el entorno era tan bonito que pensé que alguien debería encerrar al desaprensivo del arquitecto que hubiera tenido la genial idea de plantar aquellos mazacotes arquitectónicos sin personalidad que surgían del césped. Me llamó la atención la ausencia de ventanas en los edificios.*

*Además, era pequeña. Sólo había tres o cuatro construcciones y las instalaciones eran lamentables. No tenían ni un mísero campo de críquet. Lo que sí había a ese lado de la base eran varias pistas de tiro al blanco.*

*Esperé un buen rato en la linde del bosque y me oculté entre la maleza cuando uno de los guardias pasó zumbando por delante de mí. Me acordé de mi estancia en la Finca y del profesor que nos había enseñado a movernos con sigilo en la naturaleza, un antiguo agente del SAS*

*acostumbrado a arrastrarse por todos los tipos de terreno habidos y por haber; sé que yo siempre había sido una decepción para él, pero disimulaba bien su desdén. Si hubiera visto el modo en que aquellos guardias patrullaban el perímetro, se habría subido por las paredes. Quizá se hubieran vuelto descuidados, confiados en su anonimato. O quizás aquel sitio no pudiera permitirse nada mejor.*

*Cuando el centinela pasó de largo, crucé corriendo el césped en dirección a uno de los edificios. ¡Ni siquiera tenían focos! Iba bien camuflada, pero tampoco me hacía ilusiones; sabía que no era invisible. Había unas cuantas cámaras de seguridad, pero mi rudimentario reconocimiento del terreno había bastado para encontrarlas con facilidad.*

*Me deslicé entre ellas y me aplasté contra la pared, donde habían dejado que creciera un arbusto. Agazapada, me mimetizaba bastante bien con el entorno. Respiré hondo varias veces seguidas y procuré tranquilizarme. Notaba como si se me fuese a escapar el corazón por la boca, pero en el fondo me sentía exultante. El plan estaba dando resultado. Me disponía ya a examinar la puerta del edificio más próximo cuando oí un ruido... y me quedé paralizada.*

*Sonó un chasquido metálico casi al mismo tiempo que una lucecita oscilante desvelaba a un hombre que estaba encendiéndose un cigarrillo a menos de dos metros de mí.*

*Hostia. Puta. Joder.*

*Sólo de recordarlo me dan ganas de vomitar. El tipo ese, armado con una pistola, había salido a fumar a la calle y yo había estado a punto de doblar la esquina corriendo para darme de bruces con él. No me eché a temblar. Estaba petrificada en el sitio, lo que hace que lo que pasó a continuación sea aún más inesperado.*

*Alargué una mano desde detrás de la pared y le rocé la muñeca con las yemas de los dedos. Una corriente eléctrica saltó entre los dos y, en fin, ya sabes cómo funciona.*

*Eres la única que lo sabe, de hecho.*

*Fue apenas una caricia, pero accedí a los sistemas perceptivos desde su propio interior y le prohibí verme o sentirme siquiera. ¿Sabías que puedes hacer eso? Los ojos de todo el mundo tienen un punto ciego, así que creé uno nuevo que me incluyera. No era un simple punto ciego: me extirpé por completo de su percepción. Podría haberme plantado delante de él, dando voces, que mientras estuviera tocándolo ni siquiera se percataría de mi presencia. Exigía concentración, pero lo conseguí.*

*Podría haberle obligado a volver a meterse en el edificio, pero es muy, muy difícil obligar a alguien consciente a hacer algo así sin que sospeche nada. Y no quería que se diese cuenta de que aquella noche estaba ocurriendo algo extraño. De modo que permanecimos así varios minutos, mientras él fumaba y yo sudaba copiosamente.*

*Aproveché la ocasión para examinar al hombre. Llevaba puesto un uniforme verde, sin más distintivos que una plaquita con su nombre en la que ponía «gustavson». Al final tiró la colilla,*

*giró sobre sus talones y regresó adentro. Tras mover con cuidado la mano, de su muñeca a su nuca, lo seguí.*

*Recorrimos un pasillo interminable e insulso. Los interioristas de esa finca, tras graduarse en la misma escuela que el arquitecto, habían decidido pintar de color verde bilis las paredes de bloques de hormigón. Paredes que relucían nauseabundamente bajo el zumbido de los fluorescentes; era como pasearse por un tracto intestinal bien iluminado. Si alguna vez te aburres y te apetece plantearte un reto a ti misma, prueba con esto: busca a alguien que sea más alto que tú (no debería ser muy difícil), apoya las puntas de los dedos en su nuca e intenta seguirlo mientras se dedica a caminar como si tuviera prisa por llegar a algún sitio. No puedes romper el contacto con él y pisarle los talones sería contraproducente. Así me veía yo, de puntillas, saltando y trotando tras los pasos de Gustavson.*

*Pasamos por delante de muchas puertas, pero, por suerte, no nos cruzamos con nadie. De lo contrario, no me habría quedado más remedio que ordenarle a Gus que disparase contra cualquier posible testigo y habría tenido que reevaluar mis planes sobre la marcha. En vez de eso, Gus se metió en su oficina, la cual resultó ser una especie de sala de vigilancia en la que había varios monitores. Por un momento espantoso temí que pudiera haber saltado algún tipo de alarma, que se me hubiese escapado una cámara. Pero todas las vistas del exterior que mostraban las pantallas pertenecían a las que había tenido la precaución de esquivar. No se oía nada. La seguridad de aquel sitio me parecía cada vez más ridícula. El guardia se arrellanó en su silla, pronunció un «todo despejado» en tono autoritario para su walkie-talkie y, con cara de sumo desinterés, echó un vistazo a los monitores. No me pareció que así fuese a averiguar gran cosa, de modo que me introduje en su mente y lo sumí en un sueño profundo.*

*Exploré la sala con más detenimiento. En los monitores vi las galerías de tiro al blanco, un camino de acceso y un helipuerto. También había cámaras en el interior y fueron estas las que más me llamaron la atención. En todas ellas se veían luces encendidas, lo que me pareció un despilfarro de electricidad, aunque quizá se debiera a la ausencia de ventanas. Vi un garaje con algunos coches y camiones, todos ellos pintados de un marrón anodino, y un cuarto muy grande que daba la impresión de ser una perturbadoramente espartana mezcla de comedor y gimnasio.*

*También había dos vestuarios con duchas, diseñados para garantizar una absoluta falta de intimidad a quien los usara; ni barreras ni cubículos, tan sólo una hilera de grifos. Y el hecho de que también allí hubiese cámaras me puso los pelos de punta. ¿Serían para los estudiantes? En la Finca sólo compartíamos el cuarto de baño con nuestro compañero de habitación; es absurdo privar a unos adolescentes de su derecho a la intimidad, sobre todo a los genéticamente diversos. Y aquellas habitaciones eran desoladoras, todo hormigón, sin pintura ni baldosas. Lo más parecido a un adorno era la fila de perchas que se extendía a lo largo de una de las*

*paredes. Por lo menos los separaban por sexos, a menos que se tratase de poner a los chicos con características físicas particulares en un cuarto y al resto en el otro.*

*Encontré los dormitorios. Dos habitaciones, una con seis camas y otra con ocho. Las luces refulgían cegadoras en ellas, pero sus ocupantes daban la impresión de estar durmiendo plácidamente. Tampoco allí había ningún complemento especial. Ni armarios para la ropa ni cortinas que separasen unas camas de otras para concederles algo de intimidad. Aquello parecía una cárcel. Di gracias a Dios por que no me hubieran enviado allí de pequeña.*

*Todo era muy ilustrativo, pero necesitaba indagar más. Tenía que haber algún despacho, aulas. Las cámaras, al parecer, se centraban en los estudiantes y el terreno circundante, pero el complejo incluía varios edificios más. En algún lugar debían de guardar los archivos. En la pared había un panel, un mapa electrónico cuyos pilotitos luminosos supuse que debían de indicar la ubicación de las cámaras y los sensores de alarma. Tras un ejercicio de orientación básica, deduje que me encontraba en lo que el mapa crípticamente denominaba «Admin». Los demás edificios estaban etiquetados como «Alojamientos», «Instrucción» y «Planta física», pero el más grande de todos era el «Centro médico». Puesto que no tenía tiempo para investigarlos todos, decidí darme un paseo por el interior de Admin. Además, soy una burócrata consumada y me chiflan los archivadores.*

*Mi exploración me condujo hasta unos cuantos depósitos, una pequeña cocina y, por último, las oficinas. Me sorprendió descubrir que, aunque su sistema de vigilancia era rudimentario, por lo menos se tomaban la molestia de cerrar las puertas con llave. Quizá les preocupara que los alumnos deambularan por ahí sin permiso. En cualquier caso, no había cerradura que se me resistiera, ya que había sido rigurosamente adiestrada en «el noble y femenino arte del allanamiento de morada», como insistía en denominarlo mi antiguo instructor. Me quité los guantes de lana a los que había recortado las puntas de los dedos y me puse otros de látex; por lo de las huellas dactilares, ya sabes. Un meneíto con las ganzúas más tarde, accedí a un despacho como cualquier otro. Ordenadores, cafetera, plantas mustias. Cerré la puerta sin hacer ruido a mi espalda; no quería que me pillase por sorpresa ninguno de los amigos de Gus.*

*Las circulares que encontré encima de una de las mesas identificaban estas instalaciones como Campamento Calígula, que a mis oídos sonaba entre castrense y vacacional; la clase de destino que podría haber elegido un gordo legionario romano para pasar el verano. Aunque los ordenadores están muy bien, forzarlos me cuesta un poco más, por lo que los archivadores tenían pinta de poseer el mayor potencial para proporcionarme información práctica. Mis dedos enguantados obraron su magia y me topé con un montón de datos interesantes, aunque limitados al ámbito de las finanzas y el alumnado. El resto de la información debía de estar en los archivos o en otro despacho.*

*Los datos más antiguos que pude encontrar sobre aquel Campamento Calígula se*

remontaban a veinte años atrás. Ojeé por encima las cuentas. Lo que necesitaba era algo que me confirmase que las partidas presupuestarias habían venido a parar aquí. Y lo encontré. Me bastó con buscar aquellos dichosos números bancarios (los cuales me sabía ya de memoria, de tanto revisar una y otra vez los informes). También sentía curiosidad por ver en qué se estaban gastando el dinero, porque en lujos estaba claro que no. Descubrí que una considerable porción de los fondos se destinaba a pagar el sueldo de los monitores y al mantenimiento de las instalaciones médicas. Ignoro a quién habían contratado para dar clase en el Campamento Calígula, pero ganaba más que los profesores de la auténtica Finca, y eso que nosotros seleccionamos a los mejores. En cuanto a los cirujanos, se embolsaban sumas todavía más abultadas. Apunté el nombre de unos cuantos médicos e instructores y consulté la hora.

Calculé que disponía de media hora más antes de tener que largarme de allí.

¿Y ahora qué? Consulté los expedientes de los estudiantes, que parecían quedarse allí hasta mucho después que en la Finca; no salían hasta que cumplían los veintitrés años, momento en el cual todos eran destinados a un sitio llamado Albión. El problema es que no pude encontrar ninguna información sobre qué era ni dónde estaba ese lugar, pero, en cualquier caso, no debía de encontrarse densamente poblado. Por otra parte, el Campamento Calígula había producido una quincena de graduados en cinco años, cosa incomprensible. Quiero decir, si tenía catorce alumnos ahora... Entonces descubrí cuántos alumnos habían perdido la vida allí. Un montón. Por no decir casi todos; algunos durante los entrenamientos, la mayoría de ellos bajo el bisturí.

Lo más frustrante era que no se explicitaba el nombre de ningún miembro de la Corte por ninguna parte. Me costaba creer que se hubiese creado una operación de ese tipo sin la supervisión de alguien de la élite, dado que sólo nosotros ocho poseemos el control necesario para montar algo así. El acceso a las finanzas. A los niños. Nadie más en todo el Checquy ostenta la autoridad requerida en tantos ámbitos distintos. Hojeé páginas y más páginas, pero no encontré la menor mención a ninguno de nosotros. Todos los informes se redirigían al Fundador, pero tampoco se explicaba quién era.

Sentía curiosidad por averiguar algo más acerca de los actuales alumnos. ¿Quiénes eran? ¿Cómo los reclutaban? Quizá las respuestas a esas preguntas pudieran proporcionarme alguna pista que me permitiese seguir el rastro del cerebro de la operación. Eché un vistazo a la fotocopidora que había en la esquina y decidí arriesgarme. Gus tardaría en despertarse y me bastaría con copiar la primera página de cada expediente para disponer de los detalles fundamentales. Me acerqué, recelosa, y encendí la máquina. Armó un buen escándalo, pero se tragó los papeles que le metí y escupió enseguida los duplicados. Acababa de volver a dejar las carpetas en sus respectivos cajones cuando oí que alguien forcejeaba con el pomo de la puerta. Me quedé paralizada.

«Que no cunda el pánico —me dije—. Será uno de los colegas de Gus, haciendo la ronda».

*Pero ¿significaba eso que había encontrado e intentado despertar a su compañero? ¿O se dirigiría al centro de mando, comprobando de paso que todas las puertas estuviesen cerradas? No se oía ninguna alarma. Todas estas ideas se sucedieron vertiginosas por mi cerebro casi al mismo tiempo que alguien introducía una llave en la cerradura.*

*Un terror inconmensurable activó mis reflejos y estos me impulsaron a esconderme detrás de la puerta en tres rápidos pasos. Uno de los guardias la abrió y entró en la habitación. Echó un vistazo a su alrededor, sin fijarse en exceso. No era Gus; sabía que no podía tratarse de él, pero me sentí aliviada de todos modos. Ese hombre era más alto y joven, y no llevaba la pistola en la mano, lo que me tranquilizó. Comenzaba ya a volver sobre sus pasos cuando la fotocopiadora emitió un pitido. Mientras se giraba en redondo e intentaba desenfundar el arma, me quité de golpe uno de los guantes, estiré el brazo y establecí la conexión que necesitaba.*

*Silenció su voz.*

*Inmovilicé su cuerpo.*

*Vertí un torrente de sensaciones en su espinazo.*

*Ni siquiera me vio mientras le sobrecargaba el sistema. Se desplomó de rodillas con un espasmo, enmudecido. No había vuelto a golpear a nadie de esa manera desde mis primeros días en la Finca, cuando todavía no había aprendido a controlar mis poderes. Todos sus sentidos estaban abrumados. La Orquesta Sinfónica de Londres podría haber estado tocando en el cuarto, un regimiento entero de conejitas de Playboy podría haber estado bailando el cancán delante de sus narices, y él ni se habría enterado.*

*A continuación, lo dejé K.O. > por completo. Sufrió una convulsión, se quedó despatarrado en el suelo y me arrodillé para cerrarle los párpados. Se despertaría dentro de una hora aproximadamente con una jaqueca espantosa. Y los calzoncillos manchados. De mis idas y venidas no habría el menor rastro. Al menos, aparte de ese pobre diablo tirado en el suelo; quizá lo achacaran a que había sufrido un tipo de ataque de epilepsia o algo por el estilo. Me apresuré a apagar la fotocopiadora, acordándome de emplear para ello la mano que aún llevaba enguantada, y me fui. Me arriesgué a perder unos segundos asomándome a la sala en la que había dejado a Gus, que continuaba arrumbado en su silla, tal y como lo había dejado. Tras meditarlo unos instantes, me decidí a entrar. Había llegado a la conclusión de que encontrarse con dos centinelas inconscientes sin motivo aparente podría levantar alguna que otra sospecha.*

*Apoyé los dedos con delicadeza en las sienas de Gus y sondeé su interior con mis poderes, reanimándolo hasta despertarlo. Exhaló un suspiro y sus párpados aletearon fugazmente, pero su cerebro seguía sin procesar ninguna información. Ya no estaba inmerso en el trance en el que lo había sumido, sino en un duermevela tan leve que saldría de él sin percatarse siquiera de que se había quedado traspuesto. Abandoné la habitación con sigilo.*

*Salir fue igual de sencillo que entrar. Wolfgang me observó con extrañeza cuando por fin me*



*monté en el coche, pero estaba demasiado ocupada conduciendo como alma que lleva el diablo para dedicarme ni por un segundo a tranquilizarlo. Sólo después de haber puesto cien kilómetros de por medio y de tener que hacer un alto en el arcén para aliviar la vejiga me di cuenta de que estaba sonriendo de oreja a oreja, como una lunática, mientras tarareaba la Obertura 1812 de Tchaikovski.*

*¡Tenía tantas cosas en las que pensar!*

*Afectuosamente,*

*Yo*

Titubeante, Myfanwy llamó a la puerta de la habitación de invitados mientras procuraba que no se le derramase ninguna de las dos tazas de té que llevaba en las manos. Bronwyn y ella habían convenido la noche anterior en que, como ambas habían bebido un poco de más y era muy tarde, su hermana debería quedarse a dormir allí.

—¿Bronwyn? —Oyó los sonidos propios de alguien acosado por la resaca al que le está costando un esfuerzo tremendo levantarse—. Traigo té para ti.

El murmullo que obtuvo por respuesta podría interpretarse como algo parecido a «adelante», de modo que entró en la habitación. Su hermana estaba enterrada bajo la gruesa colcha de una cama enorme, pero la masa de pelo rubio que asomaba entre las mantas ayudó a localizarla.

Se sentó con cuidado en el borde. Un brazo emergió y cogió el té con cautela. Al final, Bronwyn consiguió incorporarse y se sentó con las manos envueltas alrededor de la taza.

—Está rico.

—Lo ha hecho Val —confesó Myfanwy.

—¿Quién es Val?

—Mi ama de llaves.

—¿Tienes ama de llaves?

—También cocina. Podía elegir entre contratarla o morirme de inanición.

—Es demencialmente temprano —la reprochó Bronwyn.

—Ya lo sé, quería despedirme antes de ir al trabajo. —Myfanwy hizo una pausa y le pegó un trago largo a su té—. Bueno, ¿cuál es tu plan para hoy?

—Tengo clase a las diez —murmuró con tono triste su hermana—. Así que tendré que pasar por casa para cambiarme y recoger los apuntes y eso. Y después, a la facultad. ¿Y tú?

—¿Te acuerdas de mi amiga Shantay? Tengo una reunión con ella esta mañana y después un montón de papeleo que solventar a lo largo de la jornada. Y esta noche seguramente asistiré a una cena con los líderes de mi departamento para comentar las últimas novedades que han surgido en territorio norteamericano. Tedioso pero necesario. —Suspiró—. Val está preparando gofres, así que había pensé que podríamos desayunar juntas. Después le pediré a algún chófer que te acerque a tu casa.

—Me parece increíble que tengas chófer —dijo Bronwyn—. Debes de ser buena en lo que

haces.

—Sí, claro, soy un prodigio del papeleo —replicó Myfanwy, restándole importancia—. Lo que de verdad me apetece es pasar más tiempo contigo. Quiero decir, ahora que nos hemos encontrado... —Dejó la frase sin acabar, cohibida de repente—. Supongo que decir que quiero que seamos una familia a lo mejor es un poco brusco. Pero ¿amigas, al menos?

Miró con timidez a su hermana.

—Por supuesto que sí. ¡Me muero de ganas de que conozcas a Jonathan! Le mandaré un e-mail. Vuelve dentro de dos semanas. ¿A menos que prefieras escribirle tú directamente?

—Dios, no sabría ni por dónde empezar ese mensaje —replicó apesadumbrada—. Creo que lo mejor será que le escribas tú. —Bronwyn asintió con la cabeza—. Y ahora, como no bajemos ya, Val me mata.

—Buenos días, torre Thomas.

—Buenos días, alfil Petoskey —saludó Myfanwy mientras entraba en la zona de recepción que había en el exterior de su despacho—. Has llegado pronto. Me imagino que Ingrid te habrá provisto de café y pastas.

—Sí, torre Thomas —dijo su secretaria, que parecía algo alterada. Ingrid era célebre por llegar siempre la primera en el turno de día, pero el chófer le había contado a Myfanwy que Shantay había llegado antes que ella.

—Nuestra oficina me envió anoche los últimos informes relativos a la chica de los injertadores —le explicó Shantay—. Y en el hotel, el minibar de mi habitación estaba misteriosamente vacío.

—¿Por culpa tal vez de fuerzas arcanas que desafían la comprensión de los seres humanos normales? —inquirió Myfanwy mientras ojeaba la bandeja que contenía la correspondencia recibida esa misma mañana. Era la clase de pregunta que una aprendía a formular de forma automática cuando trabajaba para el Checquy.

—No, me temo que la culpable fui yo —dijo Shantay sin sombra de remordimiento.

—Ah, vale. Ingrid, ¿qué tenemos para hoy en la agenda?

—Se han producido incidentes en Bath y Exeter —respondió su secretaria, leyendo una lista—. Los equipos de la ciudad entraron en acción de inmediato y ya se están ocupando de ello. El grupo encargado de contener la plaga que se había desatado en el Elephant & Castle espera presentar sus conclusiones esta misma tarde. Y la Corte al completo se reunirá con los representantes del Croatoan por la noche.

—¿Cena? —preguntó Myfanwy.

—Desde luego —le confirmó Ingrid—. Los chefs de Apex House ya se han puesto manos a la

obra.

—Excelente. Bueno, en tal caso, ¿por qué no entramos en mi despacho, alfil Petoskey? —dijo Myfanwy, disimulando una sonrisita.

—Muchas gracias, torre Thomas. Encantada —replicó esta a la par que le guiñaba el ojo. Una vez a salvo tras la puerta cerrada, Myfanwy se carcajeó sin poder evitarlo.

—Por todos los santos, Shantay, ¿qué haces aquí tan temprano? Aparte de matar a mi secretaria a disgustos.

—Me aburría —respondió tan tranquila—. El alfil Morales sigue durmiendo y en la tele del hotel no echaban nada interesante. Me habías contado que siempre madrugas para venir a la oficina y sentía curiosidad por saber qué tal te ha ido con tu hermana.

—Vale, subamos a la residencia —sugirió Myfanwy mientras abría el retrato.

—¿Tienes tu propio apartamento? —preguntó con incredulidad Shantay.

—No te creas, lo comparto con el Fantasma de las Chulerías Pasadas —le advirtió.

—Entonces, ¿ni rastro de los injertadores en ella? —preguntó la americana cuando le describió lo ocurrido la noche anterior con el lujo de detalles que los hombres creen que suelen reservar las mujeres para hablar de sus citas—. ¿Seguro que esa cara era suya?

—Si alguna vez han operado a esa chica, habrá sido para sacarle una muela —dijo Myfanwy—. Cuando nos abrazamos, fue como si la conociera por dentro y por fuera. Es mi hermana..., prácticamente podía leer su ADN. Conectamos como dos imanes.

—¿Tiene tus mismos poderes? —inquirió Shantay, enarcando las cejas.

—No, es de lo más normal. Ni mejoras extrañas ni poderes sobrenaturales, nada.

—Bueno, eso está bien. Debes de estar encantada.

—Lo estoy, pero también muy nerviosa. ¿Y si mis hermanos deciden que no les caigo bien?

—Les tienes que caer bien. Esa es la única ventaja de pertenecer a una familia.

Se habían acomodado en algún tipo de mueble compuesto de cuero, cromo y alambres, para revisar los informes de los Estados Unidos. Puesto que el doctor Crisp aún no había llegado a América, consistían fundamentalmente en la descripción física del agente de los injertadores y los detalles de cómo había llegado a Los Ángeles.

—¿Y todavía te queda por conocer a tu hermano? —preguntó Shantay, dejando la carpeta a un lado mientras se caía lánguidamente de la silla a una alfombra de piel de oso en la que se apreciaba una alarmante serie de rozaduras. Myfanwy no se habría recostado allí ni loca, pero, en fin, ella sí conocía al antiguo dueño del apartamento.

—Pues sí, y va a ser muchísimo más difícil. Bronwyn tenía tres años cuando me marché; en realidad no se acuerda de mí. Pero Jonathan ya había cumplido los once y me imagino que

estaríamos muy unidos. No tengo ni idea de lo que voy a decirle —confesó—. No recuerdo gran cosa de mi vida anterior al Checquy. ¿Algún consejo?

—Podrías contarle que los años de adicción extrema a los medicamentos te han dejado la memoria empañada —le sugirió Shantay—. O que tuviste que someterte a unas sesiones intensivas de lavado de cerebro cuando empezaste a trabajar para el Gobierno. O que recibiste un porrazo con un bate de críquet y padeces amnesia.

—Sí, claro. Amnesia, la opción más probable. Seguro que se lo traga. ¡Bravo! —Empezó a aplaudir, con sarcasmo, pero tanto ella como Shantay se quedaron de piedra al ver que su gesto había provocado que una sección de la pared rotase hasta revelar una barra extraordinariamente bien abastecida y llena de espejos—. Hala. Ya no puede una ni dar una palmada tranquila.

—En cualquier caso —dijo el alfil—, ¿sabes qué es lo más preocupante de todo esto?

—¿Qué?

—Que por lo visto llevas décadas pronunciando incorrectamente tu propio nombre.

—Vaya, muchísimas gracias —refunfuñó—. Pero me da igual, no pienso cambiar... —Levantó la cabeza de repente, sobresaltada, al ver que las luces del techo parpadeaban. Empezó a sonar el teléfono—. ¿Qué ocurre, Ingrid?

—Torre Thomas —dijo su secretaria—. Lamento molestarla, pero ha surgido una situación de emergencia en Bath. El incidente que le mencioné antes posee unos aspectos sin precedentes. El equipo de la zona está teniendo problemas, hemos enviado un destacamento de barghests desde aquí y necesitan una torre *in situ*.

—Vaaale —respondió muy despacio Myfanwy. Por algún motivo, la idea de tener que acudir al escenario de un incidente paranormal de verdad no le hacía especial ilusión. Mientras leía los expedientes había descubierto que entre los agentes del Checquy era más habitual morir descuartizado que de cualquier otra manera. La organización les ofrecía un plan de jubilación envidiable, pero casi nadie vivía lo suficiente para aprovecharlo—. ¿De estas cosas no se suele encargar Gestalt? —preguntó, esperanzada.

—La torre Gestalt está concentrándose en la investigación de los injertadores —le recordó Ingrid.

—La torre Gestalt tiene cuatro cuerpos. ¿Ninguno de ellos puede ir a Bath?

—Los gemelos están en el norte de Escocia, Robert está en Irlanda y Eliza está en York.

—De acuerdo. ¿Cómo llego hasta allí?

—Encontrará un helicóptero listo en la azotea dentro de unos minutos. Puede subir en el ascensor privado.

—¿Debería ponerme botas de goma o algo por el estilo? No recuerdo haber hecho nada parecido antes.

—No, con lo que lleva puesto ahora está bien —le aseguró su secretaria—. Al fin y al cabo,

usted va en calidad de observadora.

—Estupendo —murmuró, malhumorada, mientras se levantaba del diván—. En fin, llámame al móvil si surge algo más.

—¿Qué pasa? —preguntó Shantay.

—Se ha producido un incidente en Bath y tengo que ir a supervisar.

—Oh, parece interesante. ¿Puedo acompañarte?

—No veo por qué no. En marcha.

Tardaron varios minutos en dar con el ascensor privado, lo que Myfanwy explicó alegando no haber tenido que usarlo nunca hasta ese momento. Resultó estar detrás de una puerta que había tomado por la de un armario.

Las aspas del helicóptero zumbaban con impaciencia en la azotea; un hombre vestido de morado les abrió la puerta del vehículo. Se pusieron cómodas en los asientos de cuero y miraron por las ventanas mientras la ciudad se alejaba de ellas, como un albatros gigantesco que hubiera visto una apetitosa sardina. El teléfono de Myfanwy estaba sonando.

—Thomas.

—Torre Thomas, Ingrid al habla. El Tablero ha comenzado a recibir información relacionada con el incidente hacia el que se dirige. Estoy reenviándosela al teléfono en estos instantes.

—Gracias. —Abrió el documento adjunto al mensaje y empezó a leer con sumo interés.

#### TRANSCRIPCIÓN TELEFÓNICA DE LOS SERVICIOS DE EMERGENCIA DE LA CIUDAD DE BATH, 01:35-01:37

OPERADORA: Servicios de Emergencia.

LLAMADA RECIBIDA: Sí, hola. Mire, perdone que llame tan tarde, pero es que la casa de la acera de enfrente... ¿Qué hora es, la una y media? El caso es que se ven luces moradas parpadeantes en las ventanas. Ni siquiera han corrido las cortinas y la gente está..., no sé, gimiendo, cantando, ululando o algo por el estilo, y me da apuro acercarme para darles un toque de atención. No sé, no me dejan dormir, mañana tengo un examen y todo esto es muy raro, ¿sabe?

O: Sí, enviaremos un coche para que se ocupe de ello en cuanto nos proporcione su nombre y la dirección de la vivienda que es motivo de queja.

LLR: Ah, vale. Hm, me llamo Rowena Lillywhite, vivo en el treinta y siete de la calle Bennett y mi queja va por los vecinos del número treinta y cuatro.

O: De acuerdo, señorita Lillywhite. Ahora mismo saldrá para allá un vehículo.

LLR: Gracias, se lo agradezco de veras.

(Fin de la transcripción)

Myfanwy rastreó su memoria en busca de cualquier posible referencia a unas luces moradas acompañadas de gemidos/cánticos/ululares extraños. Había dedicado un montón de horas a revisar la carpeta púrpura y los archivos del Checquy, pero eso no le sonaba de nada. Reprimió las primeras impresiones incómodas que empezaban a aflorar a su mente. Impresiones de pánico y caos.

Miró de soslayo a Shantay por si esta se había percatado de algo, pero la vio sentada y tan tranquila leyendo correos en el móvil. Myfanwy sacudió la cabeza y exhaló un hondo suspiro. Podía hacerlo. Volvió a concentrarse en su teléfono y pasó al mensaje siguiente, que empezaba con una nota de Ingrid.

*Torre Thomas, este es el resumen de la situación que ha elaborado Mahesh Poppat, líder del equipo de respuesta asignado al incidente de Bath. Está redactado a partir de varias fuentes distintas, pero debería proporcionarle una idea de la situación.*

*1:55 a.m.—Los agentes O'Hara y Parker llegaron al 34 de la calle Bennett. Llamaron a la puerta, vieron que estaba abierta y entraron.*

*1:59 a.m.—Rowena Lillywhite llamó otra vez, preocupada por los alaridos que había empezado a oír procedentes de la casa de sus vecinos. Los gritos cesaron en medio de su llamada y le dijo a la operadora que se habían reanudado los cánticos.*

*2:02 a.m.—Richard Drake, el supervisor de guardia de los servicios de emergencia, notificó a Alexander Jefferson, inspector jefe de la policía de Bath, que estaba ocurriendo «algo extraño». Como estipula la tradición, Jefferson se puso en contacto con nuestra oficina de Bath y se movilizó al equipo de la zona.*

«De modo que así funciona todo esto —pensó Myfanwy—. Me pregunto si todos los incidentes comienzan con alguien al que le pasa algo atroz». La siguiente sección consistía en un informe redactado apresuradamente por Mahesh Poppat. No podría jurarlo, pero le pareció que sus palabras denotaban cierto desasosiego ante la posibilidad de que la torre se enfadase con él. «Seguramente esperaba encontrarse con Gestalt —supuso—. Habida cuenta de que la última vez que la vi cabreada le dio por intentar estrangular a quien le estaba ayudando, supongo que los temores de este hombre no van desencaminados».

Poppat describía las precauciones que habían tomado, como cortar el tráfico y acordonar la zona. Hacía un montón de referencias al «protocolo de actuación estándar», probablemente en un intento por soslayar cualquier posible traba administrativa. Los acontecimientos se habían desarrollado con normalidad hasta que los peones que habían entrado en la casa empezaron a tardar más de la cuenta en salir. En salir con una forma reconocible al menos. Tras un parpadeo

de aquellas luces moradas, seguido de varios alaridos estridentes, por una de las ventanas escapó un torrente de grumo viscoso. Se estaba analizando la sustancia en esos momentos para ver si contenía restos del personal.

Para sorpresa de Myfanwy, eso no había elevado el incidente de forma automática al estatus de emergencia. El viejo protocolo de actuación estándar hizo otra aparición y se destacó un segundo equipo de peones, esta vez más numeroso, con cámaras y con la orden de mantener el contacto por radio en todo momento. Hasta que la imagen de las cámaras se llenó de estática, el contacto por radio se cortó, comenzaron a escucharse alaridos, emergió un nuevo torrente viscoso y los cánticos prosiguieron sin inmutarse. Llegado este punto, Poppat (siguiendo rigurosa y escrupulosamente lo que dictaba el manual, según él mismo se encargaba de asegurarle al lector) se puso en contacto con el Tablero. Desde allí se envió un equipo especial de barghests y se le notificó la situación a la torre Thomas.

«Y heme aquí ahora, camino de Bath para visitar la casa encantada que devora personas». Le había llamado la atención una palabra en particular de las que salían en el memorando; abrió la carpeta morada y buscó hasta dar con la sección indicada.

### *Los barghests*

*En teoría, todos los miembros de nuestra organización somos expertos a la hora de reventar cabezas y podrían movilizarnos como soldados de pleno derecho, ya que entre los componentes integrales de nuestra formación en la Finca se cuentan las artes marciales y el adiestramiento con armas, tan fundamentales para nuestro currículo como el álgebra (que se me daba muy bien) y la música (que se me daba fatal; me obligaban a tocar la trompa). Pero no todo el mundo está destinado a ser un luchador, por supuesto. Incluso aquellos alumnos a los que las confrontaciones no les producen rechazo en ocasiones están más preparados para desempeñar cualquier otra función dentro del Checquy.*

*Pese a todo, muchos de nuestros miembros son soldados y de los buenos. Me gustaría subrayar el hecho de que el combatiente medio del Checquy obtendría las máximas calificaciones si se presentase a las pruebas de cualquier cuerpo de operaciones especiales. Se los identifica cuando aún son muy jóvenes, por lo que los instructores gozan de una oportunidad incomparable para transformarlos en auténticos guerreros. Desde su más tierna edad se embarcan en la misma clase de formación que reciben los militares profesionales adultos: dominan numerosos estilos de lucha, son expertos en cientos de armas y aprenden todo tipo de técnicas de supervivencia, estrategia y lucha antiterrorista. Y, por si fuera poco, poseen habilidades sobrenaturales.*

*Están preparados para ir a la guerra contra monstruosidades ignotas.*

*Y con los mejores de entre todos ellos se nutren las filas de los barghests.*



*Mis indagaciones sugieren que los barghests eran la base sobre la que se cimentó el Checquy: un escuadrón de élite de soldados sobrenaturales adiestrados para enfrentarse a las pesadillas más espantosas. Hoy en día no existe en la organización ni una sola persona que, de recibir la orden, no estuviese dispuesta a soltar de inmediato la estilográfica, empuñar un arma y lanzarse a la carga contra las tinieblas. Al principio, cuando le ofrecimos nuestros servicios a Cromwell sólo éramos combatientes, pero en los siglos transcurridos desde entonces el Checquy ha evolucionado hasta convertirse en la organización que es ahora. Los barghests, sin embargo, continúan representando el epítome de lo que somos. Ellos no están ahí para investigar, solventar papeleos ni cuadrar cuentas. No son guardaespaldas. No son policías. Son guerreros.*

*Hay diez equipos de barghests; cuatro de ellos con base en el Reino Unido y seis repartidos por el resto del mundo. De estos seis equipos internacionales, que están controlados por los caballos, dos se encuentran en Canadá, uno en Nueva Zelanda, dos más en la India y otro en Australia. Los cuatro equipos de las Islas Británicas están a las órdenes de las torres y suelen emplearse como refuerzos de emergencia. Cuando las cosas se ponen feas en suelo patrio y las fuerzas locales se ven incapaces de enfrentarse a la situación, los llamamos.*

*Aunque también yo, en teoría, poseo autoridad sobre ellos, en realidad es Gestalt la encargada de dirigir las operaciones sobre el terreno, por lo que no estoy demasiado familiarizada con ellos. No obstante, cada tres meses me toca asistir a una revisión de las tropas o como se llame eso y los veo a todos en posición de firmes y uniformados con sus trajes de combate. Gestalt y yo nos paseamos frente a ellos con ademán autoritario y me siento superincómoda. Soy plenamente consciente de los extraordinarios sacrificios que realizan y que exudan un aura de competencia absoluta cuadrados ante mí, con la mirada fija al frente y todos los músculos en tensión. Para ser sincera, me siento un poquito intimidada.*

*Por no mencionar el hecho de que mi ineptitud en lo tocante a todo lo que tenga que ver con las artes marciales y la actividad física es de dominio público dentro del Checquy; es una comunidad reducida y hay gente en los barghests con los que compartía estancia en la Finca. Me siento ridícula delante de ellos, no puedo evitarlo. Nunca me he atrevido a detenerme, mirar fijamente algún uniforme y reprocharle a su portador que esté arrugado o sucio o sea indigno en cualquier otro sentido de que lo luzca un soldado intachable.*

*A pesar de todo, soy yo la que aprueba su ingreso en las filas, la que revisa sus informes y se encarga de su mantenimiento. Teniendo en cuenta toda la formación que reciben y la tremenda cantidad de dinero que invertimos en ellos, no me parece exagerado asumir que deberían ser capaces de resolver cualquier problema que se les plantee, por peliagudo que sea.*

Cuando Myfanwy y Shantay llegaron al aeropuerto, el vehículo que estaba esperándolas las llevó

a la ciudad sin perder tiempo, pilotado por un solícito chófer de uniforme púrpura.

—Habrá que probar las aguas —dijo Shantay mientras ojeaba el folleto turístico que alguien se había dejado en el coche.

—¿Hmm? —Myfanwy había pasado a la sección de la carpeta morada que hablaba de Bath. Según Thomas, en su momento la ciudad había sido un auténtico caldo de cultivo para los incidentes sobrenaturales, el lugar de visita obligada para todo hechicero, *bunyip*, gólem, duende, picto, hada, demonio, tilacino, gorgona, moira, secta, escoria, momia, memo, *groke*, esfinge, sílfide, musa, flagelante, diva, redivivo, tejedora, segador, desollador, sangrador, enano, gnomo, liliputiense, *leprechaun*, ciénago, tótem, adivino, pitonisa, sombrerero, *hattifattener*, diablillo, cambiaformas, hombre polilla, chamán, habitante de las alcantarillas, *warlock*, *morlock*, *poltergeist*, *zeitgeist*, elemental, *banshee*, *manshee*, licántropo, *lichenthrope*, *sprite*, alma en pena, *aufwader*, arpía, *silkie*, *kelpie*, *klepto*, espectro, mutante, ciborg, *balrog*, trol, ogro, gato con botas, perro con gorro, mentalista y psicópata que se preciara.

De hecho, Thomas había encontrado pruebas que sugerían que era en Bath donde se había fundado el Checquy, en respuesta al inagotable torrente de sucesos extraños. Según los informes más polvorientos, había sido casi imposible caminar por cualquiera de las oscuras callejuelas de la ciudad sin tropezarse con algo que tuviera más extremidades de la cuenta. Durante siglos, había sido la principal fuente de operativos del Chec-quy del país. Después, hacía veintidós años, el número de incidencias comenzó a reducirse de forma considerable. La oficina de la localidad, la más grande del Reino Unido después de las instalaciones de Londres, se redujo hasta conservar apenas una cantidad simbólica de efectivos. Ahora era el lugar al que se enviaba a los peones para que se fuesen acostumbrando a las cosas, y el lugar en el que se quedaban los que no lo con-seguían.

Por todo ello, ese incidente resultaba inusitadamente inusitado.

—Que habrá que probar las aguas —repitió Shantay.

—¿Se trata de alguna expresión norteamericana que no había oído nunca hasta ahora, con la de series que me trago en la tele? —preguntó distraída Myfanwy—. ¿O es un eufemismo retorcido?

—No, al parecer es una cosa inglesa —respondió Shantay—. Después de encargarnos de este incidente deberíamos ir a tomar una cena ligera y a las aguas. Hay unos manantiales naturales que llevan siglos de moda.

—Suena maravilloso. Eres toda una turista.

—Bueno, quiero vivir la experiencia inglesa al completo. Cena ligera con té, supervisar incidentes sobrenaturales, disfrutar de las aguas, ir a Harrods, debatir sobre posibles conspiraciones internacionales...

Cuando el vehículo llegó a su destino, un caballero nervioso de origen indio y vestido con

uniforme de camuflaje les abrió la puerta.

—Torre Thomas, es un placer volver a verla. Hace ya unos cuantos años que no tengo el gusto.

Era más o menos de la misma edad de Myfanwy, que vaciló por un momento para intentar averiguar qué tratamiento darle. Como esperaba que la menospreciaran, había estado preparándose para la fría actitud de superioridad que tan bien le había servido con los bobalicones en el interrogatorio. Pero aquel pobre hombre estaba tan nervioso que le parecía innecesario (puede que incluso desagradable) avasallararlo.

—Mahesh, ¡encantada de volver a verte! —exclamó con una amplia sonrisa, y aceptó la mano que le ofreció para salir del coche—. ¿Cuánto hace?

—Creo que no nos vemos desde que nos graduamos de la Finca —respondió Poppat.

—Ah, sí, la Finca. Los buenos tiempos —repuso ella en un tono que daba a entender que aquellos tiempos, aunque buenos, no eran un tema pertinente.

Cuando Shantay salió del coche, Myfanwy se volvió hacia ella.

—Mahesh, este es el alfil Petoskey del Croatoan. Está aquí en calidad de observadora. — Aquello sólo sirvió para aterrar más al peón—. Alfil Petoskey, este es el peón Poppat.

—Peón Poppat. Es un placer muy especial conocerlo —lo saludó, y Myfanwy le lanzó una mirada de reprobación.

—Un honor, señora —respondió este con una reverencia nerviosa.

Myfanwy miró a su alrededor. Estaban en una calle de aspecto muy normal, con una hilera de casas ordenadas y respetables, aunque se respiraba una atmósfera de quietud sobrenatural, como si los edificios no se creyeran del todo lo que estaba sucediendo. En cada extremo de la calle había enormes camiones para bloquear el tráfico y reverberaba un ruido muy irritante que se le clavaba en los lóbulos frontales.

El cántico era agudo e inconstante, variaba entre una invocación casi gregoriana y un retorcido ululato, como si alguien condujera una apisonadora por encima de un grupo de músicos suizos. «Si llevan así toda la noche, me sorprende que no se hayan quejado más vecinos», se extrañó.

—Entonces, ¿cuál es la situación? —le preguntó a Poppat mientras este las conducía hacia un enorme camión blindado.

Parecía constar de dos grandes caravanas unidas por uno de esos sistemas de fuelles. Entraron por el final y recorrieron un pasillo estrecho. A ambos lados había barghests sentados en bancos bajos, de manera que aprovechó para observarlos con curiosidad y discreción. Los soldados vestían una protección gris hecha de algo que parecía plástico mate duro, y tenían un aspecto solemne y el mortífero aire de serena quietud de las trampas para osos. Algunos blandían armas enormes, mientras que otros no llevaban nada. Cuando pasaron entre ellas, las tropas saludaron

respetuosamente con un gesto de cabeza.

Entraron en una sección corta flanqueada por puertas de jaulas cerradas: detrás de algunas había estanterías de armas; otras estaban vacías y, seguramente, servirían de celdas temporales. Después llegaron a un área médica en la que un peón con bata esterilizaba sus uñas, afiladas como escalpelos. Más allá estaba la unión entre los dos vehículos y, por fin, Poppat abrió una puerta en la que ponía «sala de mando». Myfanwy vio relucientes ordenadores por todas partes, sillas con acolchado ergonómico y peones con cara de empollones y la vista clavada en las pantallas mientras tecleaban sin parar y, en un caso, lamían con diligencia un monitor.

Poppat revoloteaba alrededor de Myfanwy y Shantay como una mamá gallina para asegurarse de que estaban cómodas y que no entorpecían a los empollones. Ellas le dieron las gracias y aceptaron su oferta de café, que les trajeron de la cocina (a través de otra puerta más). La torre no pudo evitar fijarse en que los peones les lanzaban ansiosas miradas de soslayo (sobre todo a ella). Era como si esperasen que les arrojase un rayo mortal si intentaban pulsar la barra espaciadora.

—De acuerdo, peón Poppat —dijo, y a Shantay se le escapó un bufido de risa—. Por favor, informe sobre la situación.

El hombre asintió, algo inquieto, e hizo un gesto hacia los monitores.

—Bueno, estamos bastante seguros de que los dos primeros equipos están muertos —respondió con voz temblorosa. Myfanwy recordó que eran sus compañeros, los colegas que el peón veía todos los días—. En cuanto al procedimiento estándar —«allá vamos otra vez», murmuró para sí misma—, hemos desalojado la calle y nos hemos coordinado con la policía local para salvaguardar la discreción.

—¿Qué explicación les habéis dado? —preguntó Shantay.

—A la policía le hemos contado que se trataba de una secta religiosa que ha estado toqueteando las tuberías del gas y que era necesario mantenerlo en secreto —contestó Poppat con calma—. A los vecinos, que se trataba de un escape de gas en una casa con amianto.

—El protocolo estándar —añadió Myfanwy.

—Por supuesto —coincidió el peón, más relajado tras oír las palabras mágicas—. Todos los miembros del primer equipo contaban con monitores de constantes vitales y trajes de protección medioambiental completa. Entraron por la puerta principal, y Cassie..., la líder del equipo..., informó de que el interior parecía cubierto de una capa bulbosa de moho morado. Confirmaron que el aire era respirable y no tenía toxinas. Después, perdimos el contacto.

—¿La transmisión se cortó sin más? —inquirió.

—Como si alguien cerrara una puerta en las narices de las ondas de radio —intervino uno de los empollones informáticos, una chica regordeta con matas de hojas en vez de pelo y cejas—. Esta vez no sucederá —añadió con satisfacción.

—¿Ah, no? —repuso Myfanwy algo fría. Todavía intentaba inventarse una personalidad

creíble y supuso que las torres no estaban acostumbradas a que las interrumpieran.

—No —contestó la chica—. Este equipo irá con cámaras y extenderá cables de comunicaciones, además de permanecer en contacto por vía inalámbrica. Y vamos a apostar a alguien en la puerta para evitar que se cierre.

—Muy ingenioso —comentó con ironía.

«Gracias a Dios que utilizamos la última tecnología. No sé si nuestro presupuesto daría para comprar un par de ladrillos con los que sujetar la puerta».

—No tardaremos mucho en estar preparados —añadió Poppat a toda prisa—. Lydia —le dijo a la empollona regordeta—, ponte en contacto con el barghest FitzPatrick para ver si el equipo está listo. —El peón del ordenador asintió y el follaje que le cubría la cabeza emitió una luz—. Lydia es nuestra especialista en comunicaciones —le explicó Poppat a Myfanwy en voz baja—. Es una experta consumada.

—Más le vale, con esa actitud —le susurró Shantay a la torre.

—Peón Poppat —interrumpió Lydia—. FitzPatrick dice que el equipo de barghests está listo.

—Excelente. Pasa el canal a los altavoces, por favor.

De repente, la habitación se llenó de los sonidos amortiguados de los soldados profesionales: respiraciones controladas, el silencioso crujido de un chaleco protector, alguien que tomaba aire entre dientes. Entonces se oyó una profunda voz masculina:

—El barghest FitzPatrick a la espera de órdenes.

Se produjo una pausa; Myfanwy y Shantay contemplaban embobadas los monitores, en los que de repente habían florecido las imágenes de las cámaras de los soldados. Entonces, Myfanwy se dio cuenta de que no sucedía nada.

—Torre Thomas, usted es la oficial de mayor rango —le recordó Poppat en tono de disculpa—. Usted da la orden.

—¡Ah! Vale —respondió ella, roja de vergüenza, mientras procuraba hacer caso omiso del bufido de risa que había soltado Lydia—. Empiecen la operación.

Las luces de la caravana redujeron su intensidad y se volvieron rojas como las de un submarino en condiciones de batalla. Los empollones se inclinaron sobre sus terminales, atentos.

—Recibido —les llegó la voz de FitzPatrick—. Equipo barghest, adelante.

La luz de la caravana cambiaba a medida que las imágenes de las pantallas también lo hacían. Todo el equipo corría por el exterior en dirección a la casa. Desorientaba un poco ver tantas perspectivas moverse a lo loco. Myfanwy parpadeó, algo mareada. Le dio un trago al café y descubrió que estaba asqueroso. Aquel maldito ulular aumentaba de volumen por los altavoces. Volvió a mirar las pantallas y vio que el equipo entraba en la casa. Al abrirse la puerta, el sonido creció y en la caravana todos hicieron una mueca.

—Voy a bajarlo —comentó Lydia.

El sonido perdió intensidad, aunque seguía presente como irritante ruido de fondo.

—¿Puedes analizarlo? —preguntó Shantay.

—Lo estamos transmitiendo a los laboratorios del Tablero —contestó la chica, sin volverse—. Nos avisarán si averiguan algo.

—Loza, tú te encargas de la puerta —oyeron decir a FitzPatrick.

—Sí, señor.

El centro de mando se quedó en penumbra cuando entraron en la casa. En el interior no había luces, y unas capas translúcidas de algo morado cubrían las ventanas y entorpecían el paso de los rayos de sol. Myfanwy entornó los ojos para intentar descifrar qué eran las distintas formas.

—Voy a pasar a visión nocturna —avisó un empollón con acento del este Londres.

Los monitores adoptaron un tinte verde y lo que antes fueran nebulosos contornos se convirtieron en una visión de lo más extraña. Por lo que ella lograba distinguir, era como si alguien hubiera cogido una sala de estar normal con sus muebles, sus lámparas, sus sillones blandos y demás, y le hubiera echado encima una alfombra de pelusa asquerosa. Aquella sustancia cubría las paredes y el techo, y se extendían a través de las puertas.

—¿Qué nos puedes contar, FitzPatrick? —preguntó Poppat.

—Esta cosa es morada y, al pisarla, parece de goma. Huele a... ¿Cómo lo describirías tú, Turner?

—A moho —respondió un peón de voz cascada—. Se parece al *Aspergillus fumigatus*, pero con unos cuantos factores adicionales que no reconozco. Aunque no son sintéticos.

—¿Quién es ese tal Turner? —le susurró Myfanwy a Poppat.

Uno de los empollones tecléo deprisa en su ordenador, y el historial de Turner apareció en uno de los monitores. Miró automáticamente el apartado de «Ventajas» y vio que contaba con un sentido del olfato aumentado y memoria eidética.

—FitzPatrick, ¿algún rastro de los equipos anteriores? —preguntó Poppat.

—No, señor, no en la entrada.

—De acuerdo, procedan a registrar la casa, escalonando las tropas. —El peón se volvió hacia sus superiores—. Vamos a repartirlos por las instalaciones, de modo que cada pareja de centinelas quede a la vista de la pareja anterior.

Myfanwy asintió. Tenía sentido.

El equipo cubrió con precaución la planta baja y dejó centinelas en las esquinas y los umbrales más estratégicos. Los cables que los soldados desenrollaban brillaban sobre los hongos que lo cubrían todo. El resto de las habitaciones daba la impresión de haber llevado una vida normal camuflada a toda prisa por una capa de moho. Incluso había un jarrón con flores en la mesa de la cocina, con todos los pétalos impregnados de una grumosa piel morada.

—Señor, no hay ni rastro de los equipos ni de nadie más —informó FitzPatrick.

Myfanwy supuso que el cántico de fondo les estaba poniendo los nervios de punta a todos los peones. Aunque Lydia había bajado el sonido, incluso la versión amortiguada que recibían en la caravana la incomodaba.

—FitzPatrick, soy la torre Thomas. ¿Alguna idea sobre el origen del sonido?

—Procede de arriba, torre —respondió el soldado—. ¿Quiere que subamos?

—¿Está asegurada la planta baja? —preguntó Poppat.

—Sí, señor.

—Entonces llame a todos los soldados en posición, salvo los que sean necesarios para mantener vigilada la puerta principal, y procedan.

—Sí, señor.

Subieron las escaleras y dejaron una pareja de soldados al pie y otra pareja arriba.

Lydia se aclaró la garganta.

—El Tablero ha percibido un cambio en el cántico; están analizando y comparando —dijo, todavía concentrada en los monitores.

—No he notado nada —le susurró Myfanwy a Shantay—. ¿Y tú?

El alfil estadounidense negó con la cabeza. El equipo de peones llegó a la primera puerta, que estaba entreabierta. Justo cuando FitzPatrick se inclinaba para abrirla con el fusil, varias cosas pasaron a la vez.

El monitor en el que aparecía la soldado ante la puerta reveló en un fogonazo cómo algo tiraba de ella y la metía de golpe en la casa.

El resto de las imágenes se movieron a toda prisa cuando los demás peones se giraron al oír el grito de Loza. Entonces, una ola de la extraña sustancia se levantó del suelo y cubrió las cámaras.

Se oyeron unos cuantos gritos confusos y disparos.

La puerta principal se cerró de golpe y cortó limpiamente los cables que habían llevado consigo los peones.

«La hostia —soltó para sus adentros Myfanwy, horrorizada—. Hostia puta».

Tras un instante de pasmo, respiró hondo. «Eres la torre, así que mantén la calma».

—¿Alguna idea? —preguntó a los presentes, aunque todavía le latía el corazón a mil por hora. Los chillidos habían recorrido la sala antes de perder el contacto inalámbrico. Los empollones tecleaban a toda prisa, no se despegaban de los monitores y hablaban con gran urgencia por los cascos y los móviles. Resultaba evidente que nadie había averiguado todavía lo que pasaba o qué hacer, así que Myfanwy se echó atrás en su asiento, paciente, y esperó a que obtuvieran respuestas. Unos cuantos le lanzaron miradas nerviosas y ella fingió no darse cuenta.

—¿Alguna idea, alfil Petoskey? —le preguntó a Shantay en voz baja mientras entrelazaba los dedos para que no le temblaran.

—Bueno, te aseguro que no había visto nunca nada parecido —contestó su amiga, no sin

cierta admiración—. No sufrimos esta clase de incidentes con frecuencia.

—Sí, en fin, me da la impresión de que también es bastante extraordinario para nosotros —comentó, procurando desesperadamente mantener un tono relajado.

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

—Pues seguro que el peón Poppat seguirá su adorado procedimiento estándar —respondió mientras miraba a su colega, que corría como loco de un lado a otro muy ocupado—. No quiero molestarlo. Ya es malo tener que encargarte de una emergencia delante de tu jefa, mejor no exigirle que la entretenga.

De hecho, Poppat avanzaba hacia ella.

—Torre Thomas, el procedimiento estándar establece que, llegados a este punto, destruyamos la casa, ya sea con explosivos o con un anillo de...

Lo interrumpió un grito de emoción que surgía del otro extremo del centro de mando.

—¡Están vivos! —chilló uno de los tecnopeones.

Todos se quedaron paralizados y miraron los monitores mientras proyectaba pantallas en las que se veían los signos vitales de los miembros del equipo. Myfanwy recordó haberlos visto al entrar, cuando Poppat le explicó que todos los barghests estaban equipados con dispositivos de vigilancia bajo los chalecos.

—¿Están todos vivos? —preguntó Myfanwy. «¿Eso es bueno o malo?».

—Sí, señora —respondió el técnico—. Todos los barghests. Según estos indicadores, no se les ha introducido nada en el organismo y, aunque están bastante nerviosos (el corazón acelerado y demás), no han sufrido ningún daño.

—Qué pena —comentó Poppat.

—¿Pena? —repitió.

—Bueno, sí, porque tenemos que destruir la casa de todos modos... —Dejó la frase en el aire, y ella se volvió hacia el tecnopeón.

—¿Se están... moviendo? —inquirió con cautela.

—No, señora.

«Mierda».

—¿Están conscientes?

—Sí, señora.

«Doble mierda».

—Ah. —Frunció los labios y se volvió hacia Poppat—. Mahesh, no me convence mucho lo de borrar el edificio de la faz de la tierra teniendo gente viva dentro.

—Lo entiendo, torre Thomas, pero el protocolo está...

—¿Sí? —lo interrumpió ella con las cejas muy arqueadas.

—Bueno, está bastante claro, y la torre Gestalt nunca ha vacilado en...



—Sí, por supuesto.

Se hizo un silencio incómodo que, por suerte, Lydia rompió, aunque no sin cierta reticencia:

—¿Torre Thomas? El Tablero envía una actualización sobre el análisis del cántico.

—¿Algo útil? —«¿Voy a tener que firmar la sentencia de muerte de catorce de mis compañeros?».

—Creo que debería escucharlo.

—De acuerdo —suspiró.

Lydia giró una rueda. El volumen del cántico subió, aunque habían aumentado y amplificado una parte. Ahora sobre el tarareo se percibía una voz tensa que no dejaba de repetirse:

—Enviad a la torre... Enviad a la torre... Enviad a la torre... Enviad a la torre...

—Vaya, mira tú por dónde —observó con sarcasmo Myfanwy.

*Querida tía:*

*Seis chicas. Ocho chicos. Ese es el actual número de chavales del establo del Campamento Calígula, y son un fascinante puñado de mocosos entre los once y los veintidós años. Las páginas que copié me ofrecen los detalles básicos, aunque apenas empiezan a describir sus poderes. Aun así, me da la impresión de que no poseen habilidades naturales, sino que los someten a una extraordinaria cantidad de cirugía para agregárselas; es lo más asqueroso que he oído en mi vida.*

*El proyecto entero es completamente opuesto al estilo del Checquy y, además, por lo que sé, el objetivo es imposible. Ni siquiera estoy segura de por qué han elegido a esos críos. Verás, los alumnos no parecen tener nada en común. Todos proceden de distintas zonas del país, y sus familias pertenecen a estratos sociales y contextos distintos. Las he investigado, he consultado sus historiales de Hacienda, he examinado todos los datos existentes sobre ellas y no encuentro la razón por la que los sacaron de sus hogares.*

*Aceptémoslo: si quieres mirarlo de la manera más fría posible, hay muchos chicos ahí fuera que resultan fáciles de secuestrar: huérfanos, niños de la calle. Joder, incluso pueden importarse. O, teniendo en cuenta el tiempo que lleva funcionando el campamento, hasta podrían haberlos criado allí. Perosalieron de familias británicas normales, lo que significa que la gente del Calígula ha hecho un esfuerzo tremendo sin ningún motivo aparente. Algo así es una tarea complicada incluso para el Checquy, así que no lo entiendo.*

*De vez en cuando reflexiono y me asombro del trabajo que lleva a cabo mi organización. Por lo poco que recuerdo de mi vida familiar, estábamos muy unidos. Mis padres eran gente culta, más o menos pudiente, independiente. Y, a pesar de eso, se derrumbaron cuando Wattleman y Farrier les dijeron que me iba con el Checquy. Cabría esperar que lucharan. Que protestaran. Que los denunciaran, tal vez. Por lo menos, cabría esperar que se pusieran en contacto con los medios de comunicación. Si el Gobierno te quita a tu hijo, hablas de ello. Puede que te busques una terapia de grupo. Pero las familias lo mantienen en secreto. ¿Por qué?*

*Bueno, muchos de los alumnos de la Finca son sobrenaturales. Piensa en Gestalt. ¿Te gustaría tener algo así en tu casa? Así que muchos padres se sienten aliviados cuando se llevan a sus hijos. De hecho, algunos están dispuestos a pagar. Para las familias que sí los quieren, la cosa se pone más fea porque el Checquy lleva muchos años haciendo esto y se le da muy bien: mienten, amenazan, prometen. Y tienen a la ley de su parte. Todavía no sé bien qué historia le*

*contarían Wattleman y Farrier a mi padre aquel último día; yo no estaba prestando mucha atención.*

*Con todas estas herramientas pueden machacar a la gente para someterla o engañarla por completo. Los padres acaban creyéndose que sus hijos sufren una enfermedad mortal, que tienen tremendos problemas mentales, que son contagiosos o lo que sea. Al final, saben que sus niños ya no son suyos y que el Gobierno se encargará de su cuidado. Un número deprimente de familias están convencidas de que les han hecho un favor.*

*En cualquier caso, todavía no he logrado averiguar qué sucede en el Campamento Calígula.*

*Saludos,*

*Yo*

—Torre Thomas, al menos debería esperar a que llegue el segundo equipo de barghests del Tablero —le suplicó Poppat.

—No —respondió con la mirada clavada en el uniforme que le había entregado alguien. El traje que había llevado a la oficina aquella mañana no sería en absoluto apropiado: no iba a recorrer una casa encantada en falda y tacones.

—Pero no puedo permitir que un miembro de la Corte entre en el emplazamiento de un incidente sin escolta, y todas las tropas locales... —Dejó la frase en el aire.

—Todas las tropas locales han acabado licuadas —terminó por él—. De todos modos, no sé si la escolta me serviría de algo. Y si tengo alguna oportunidad, por remota que sea, de ayudar a los nuestros... —Respiró hondo—. Debo entrar.

Poppat la agarró del brazo, desesperado.

—Myfanwy, ambos sabemos que este no es su campo. No puedo dejar que entre sola.

—No —intervino una voz detrás de ellos. Se volvieron y descubrieron que Shantay se estaba cerrando la cremallera de un uniforme de combate de peón. Se había recogido el pelo en la nuca y, de repente, parecía mucho más peligrosa—. No va a entrar sola. Entrará conmigo.

—De eso nada —contestó Myfanwy—. Quizás existan precedentes legales que te permitan acompañarme para observar, pero ¿te imaginas las repercusiones si hieren a un alfil del Croatoan en una operación del Checquy?

—Sí, aunque si eso ocurre, tú también estarás muerta y te va a dar igual.

—Ah, claro, lo importante es que a mí me dé igual.

—No pienso dejarte entrar ahí sola.

—No es asunto tuyo —replicó ella, cortante—. Y, aunque lo fuera, la voz no pidió un alfil estadounidense, sino una torre.

—¡La voz puede irse a la mierda! Estoy convencida de que los chicos a los que enviaste eran buenos, pero yo soy muy capaz de manejarme en esta situación y tú necesitas a alguien que te cubra las espaldas. —Myfanwy agitó una mano y Shantay, aprovechando que intuía que había ganado ventaja, insistió—: Cielo, no te ofendas, pero vivimos en un mundo muy pequeño. Las noticias vuelan y nuestros informes sobre vosotros son igual de detallados que los vuestros sobre nosotros. Así que sé que este tipo de cosas no son tu especialidad. Necesitas un brazo fuerte a tu

lado y esa soy yo.

«Quizá no fueran la especialidad de Thomas —reconoció Myfanwy—, pero yo guardo algunos ases en la manga». Aun así, no le gustaba la idea de entrar sola en la casa.

—Vale —aceptó al fin—, puedes venir.

—Como si cupiera alguna duda —resopló Shantay mientras sacaba una pistola de asombroso tamaño y la examinaba.

—Perdona, ¿qué coño es eso?

—¿Qué?

—¡El puñetero cañón que tienes en la mano!

—Es mi arma —respondió con inocencia.

—¿De dónde narices lo ha sacado? —inquirió Poppat—. No tenemos nada parecido en el arsenal.

—Lo llevaba en el bolso.

—¿En el bolso? —repitió Myfanwy—. ¿Cómo lo has colado por aduanas en el aeropuerto?

—¿El aeropuerto? Cielo, llegamos a la embajada. ¿Por qué crees que estaba tan cansado el alfil Morales? Nos trasladó de una ciudad a la otra.

—Ah —dijo Myfanwy, pasmada durante un instante por el extraño mundo en el que había aparecido.

—¿Qué clase de arma vas a llevar tú? —preguntó Shantay.

—Ninguna.

—Tienes que llevar una.

—¿Ah, sí, Harry el Sucio? —preguntó mientras examinaba la pistola de su amiga.

—Cielo, si me lo propongo, soy capaz de atravesar un tanque con los puños y aun así llevo un arma.

—Vale, llevaré una. Pero nada que pese más que yo.

Aunque Poppat intentó insistir en acompañarlas, Shantay puntualizó que sería una crueldad innecesaria por su parte dejar toda la responsabilidad en manos de algún pobre segundón de tres al cuarto.

—En realidad, yo soy el pobre segundón de tres al cuarto —confesó—. El jefe de sección de Bath, el peón Goblet, lleva de baja por enfermedad desde ayer. La gripe.

—Eso sí que es tener el don de la oportunidad —comentó la estadounidense, que procedió a crujirse los nudillos y el cuello de un modo muy militar.

A Myfanwy le estaba costando doblar los brazos: la chaqueta que le habían puesto era de su talla, pero estaba hecha de Kevlar, cuero y plástico, y parecía tallada en madera.

—¿Sabéis que hace años que no hago algo así? —comentó.

Myfanwy y ella estaban en el umbral de la puerta, esperando a que los técnicos les echaran un

último vistazo.

—¿Ah, sí? —le preguntó a su compañera mientras intentaba averiguar cómo había acabado, de repente, con dos cuchillos y una enorme arma de fuego—. ¿Cuántos años?

—Uno y medio —confesó Shantay.

—No me digas. ¿Qué es esto?

—Spray de pimienta. ¿No te quieres poner unos guantes?

—No. ¿Y eso qué es?

—Un táser.

—Asombroso. Bueno, supongo que deberíamos entrar ya —comentó Myfanwy con una evidente falta de entusiasmo. Puso la mano en el pomo, lo giró y entraron en la casa.

—Precioso —dijo, y notó que la americana la miraba de un modo extraño—. Bueno, si no tenemos en cuenta la gigantesca manta de hongos que lo cubre todo. Si obvias ese detalle, lo cierto es que se nota cierto buen gusto. —El alfil siguió mirándola—. Vale, déjalo. ¿Algún rastro de los barghests?

—No —susurró. Llevaba el enorme pistolón en la mano y parecía muy tensa.

—¿Qué te pasa? —preguntó en voz baja—. Tienes cara de temer que alguien te toque el culo.

—Eso no me importaría, siempre que fuera una persona. Lo que me pone nerviosa es que sea la decoración la que intente meterme mano.

Siguió dando la vuelta, examinando la estancia.

El aire era cálido y húmedo, como si hubieran entrado en los pulmones de un enorme animal de la jungla. Unas barrocas curvas fúngicas subían desde el suelo y bajaban del techo, y Myfanwy no era capaz de discernir si habían subido arrastrándose desde el sótano o si se derramaban desde los pisos superiores. En algunas zonas, el moho era una manta suave y anodina que se pegaba por completo a la pared. En otras, era irregular y bulbosa, como si de mortero se tratara. También había gruesas ramas leñosas que bajaban en espiral y colgaban de un modo extraño.

Entonces se le ocurrió algo:

—¿Por qué susurramos?

—Porque me preocupa que unas fuerzas sobrenaturales me arranquen la cara —respondió su compañera—. No quiero llamar la atención.

—Ah, vale. —Miró de nuevo a su alrededor—. Entonces, ¿debería susurrar yo también?

—No si no quieres —repuso su amiga, irritada.

—No, no pasa nada. Supongo que deberíamos subir, ¿no? De ahí es de donde sale ese puñetero cántico. Espera un momento...

Se le acababa de ocurrir una idea. Hincó una rodilla en el suelo y, con los dedos extendidos, lo tocó.

—¿Qué coño haces? —inquirió Shantay, horrorizada—. ¡No lo toques!

—Confía en mí —musitó—. Creo que funcionará.

Nada más entrar en la casa había percibido que aquel lugar le hacía cosquillas. Notaba la vitalidad que zumbaba en la habitación, aunque era algo desenfocado, como una cuerda de guitarra que alguien acabara de tocar. Como no lograba concentrarse en ello, hecho que le molestaba, apoyó la palma de la mano en el suelo y se conectó.

Al instante, sus sentidos se colocaron en su sitio. Las sensaciones que captaba eran más agudas, más definidas.

—Ya veo cuál es el problema —dijo.

Había estado buscando una sola forma cuando la impresión consistía en muchos patrones unidos. Era como si hubieran colocado varias decenas de transparencias, unas encima de otras. Se complementaban, pero no encajaban del todo.

Era casi... coral.

—¿Qué coño haces? —exclamó Shantay, que para su consternación olvidó susurrar.

Myfanwy parpadeó y se esforzó en mirar a través de sus ojos de verdad. De la palma de su mano surgieron diminutas olas que recorrieron las sábanas de moho.

—Lo siento —respondió mientras se sacudía las manos en los pantalones—. Estaba recibiendo unas vibraciones muy curiosas de este cuarto.

—¿Como cuáles? —preguntó el alfil.

—Como un montón de voces cantando juntas.

—¿Voces? —repitió la otra, poco convencida.

—Recibo un sonido claramente humano, aunque hay algo más mezclado con él.

—Genial —repuso Shantay en tono lúgubre.

—Eres de las que ven el vaso medio vacío, ¿eh?

—Es la voz de la experiencia. En estas situaciones, el vaso siempre está medio vacío.

—¿Siempre?

—Siempre. Justo hasta que se llena de alguna especie de sangre espectral que al final se convierte en una entidad demoniaca.

—Menos mal que me dedico a temas administrativos —comentó Myfanwy—. Bueno, ¿subimos?

—Sí, suena bien.

A pesar de hablar en tono despreocupado, las dos miraban a su alrededor, nerviosas. Shantay levantó el arma y flexionó los dedos de la otra mano. Myfanwy apretaba los dientes. Cuando llegaron a las escaleras, ambas se detuvieron y esperaron a que la otra subiera. Myfanwy fue la primera, escalón a escalón; las botas se le hundían un poco en los hongos. La tenue luz violeta proyectaba un brillo espeluznante sobre sus rostros. Al mirarse las manos, se quedó pasmada:

parecían las manos de un cadáver. Shantay y ella avanzaron despacio mientras los cánticos continuaban, y se dio cuenta de que la estaban hipnotizando.

—Myfanwy —dijo el alfil detrás de ella, lo que consiguió sacarla de su ensimismamiento. Dejó escapar un grito y se agarró al moho que cubría la barandilla, que se apartó al tocarlo—. ¿Qué? ¿Qué? —exclamó Shantay, que miraba a su alrededor en busca de algún horror sobrenatural al que pudiera disparar.

—¡Nada! Es que... ¡No hagas eso! —le espetó, irritada.

—¿El qué?

—No sueltes de repente mi nombre cuando estoy concentrada en no morirme.

—Vaaale, lo sieento —respondió su compañera, aunque no parecía sentirlo en absoluto.

—Bueno, ¿qué quieres?

—Este sitio me da muy mala espina. Me pone los pelos de punta, y eso que he estado en muchos sitios raros.

—¿Que a ti no te gusta? ¡Yo soy la que va delante! Has estado en un montón de misiones. ¿Qué ha pasado con la tía que iba toda dispuesta a «patear culos»?

—Eso fue antes de entrar en una casa que huele a seta boleto gigante. ¿Cómo sabes que el paisaje no va a tragarnos como ha hecho con todos esos peones?

—Ha pedido una torre. ¿Quieres que le haga una advertencia? —Gritó a la planta de arriba—: ¡Eh! ¡Has pedido una torre! ¡Bueno, pues aquí estoy, así que nada de mierdas! —Después se volvió hacia Shantay—. ¿Satisfecha? ¿Por qué me miras así?

Siguió la vista del alfil hasta la pared, donde los hongos parecían haberse remodelado solos. Lo que antes fuera una superficie irregular con los bultos de los cuadros que se había tragado, ahora lucía cientos de excrecencias, las cuales medían el doble que su índice y acababan en un reluciente orbe negro que, no cabía duda, era un ojo que las observaba con atención.

—¿Les disparo? —susurró Shantay por la comisura de los labios.

—¿Es tu respuesta para todo? —le preguntó Myfanwy, también por la comisura de los labios.

—Pues sí. Quizás eso explique por qué tenemos tan pocos incidentes en los Estados Unidos.

—Quizá. Sigamos subiendo.

Darles la espalda a los cientos de ojos de caracol gigante fue una de las cosas más difíciles que había hecho en su corta vida. La americana la siguió, y esta vez se movieron más deprisa. Al final de las escaleras se encontraron con un largo pasillo con puertas repartidas a ambos lados, todas abiertas y de las cuales surgía aquella luz morada tan poco favorecedora. Motas de polvo y esporas flotaban en los tenues haces de luz. Los cánticos se habían vuelto opresivos; casi los sentían dentro, martilleando el aire.

Caminaron con precaución hasta la primera puerta, comprobaron que las armas estaban listas y se asomaron al interior. Allí crecían los mismos hongos, aunque el color era más intenso, como



si estuvieran cerca de la raíz de la infestación. El púrpura se había oscurecido hasta adquirir el tono de una berenjena y estaba veteado de gruesas rayas carmesíes. Prácticamente brillaba y sudaba un espeso icor que apestaba a carne podrida.

El moho había absorbido los muebles que había en aquel cuarto, igual que abajo, aunque en este caso parecía que antes de la aparición de los hongos alguien había apilado todo en una esquina para dejar un gran espacio en el centro. Allí, acurrucadas en posición fetal, con las rodillas contra el pecho mientras entonaban un monótono cántico, había dos filas de personas cubiertas de moho.

Las dos mujeres volvieron a meter la cabeza en el pasillo y compartieron un instante de desaliento.

—Menuda mierda —comentó Shantay—. ¿Les has visto la cara?

—Era la única parte que no estaba envuelta en esa porquería. Es como si llevaran túnicas de mugre. —Myfanwy se estremeció—. ¿Qué crees que deberíamos hacer?

—Bueno, no creo que te hayan llamado ellos —reflexionó el alfil—. No parecen ser conscientes de lo que hacen. En realidad, no parecen ser conscientes de nada.

—¿Otra persona, entonces?

—Vamos a echar un vistazo en el resto de habitaciones.

Recorrieron el pasillo. En cada cuarto había un grupo de gente cantando al unísono con la mirada perdida. Se trataba de hombres y mujeres de todas las edades dispuestos en meticulosas filas. Incluso en el baño había cuatro personas en la misma postura con los rostros enmarcados por vellosas cutículas de hongos. Myfanwy entró con cuidado y se acercó despacio a las figuras. Sin hacer caso de los susurros de advertencia de su compañera, se agachó frente a la más cercana.

Era un chico, un adolescente. Tenía las mejillas algo rechonchas y un bigotito emborronado que indicaba que pretendía hacerse pasar por un chaval de dieciocho y fracasaba miserablemente. Tenía la mirada fija en algo que no estaba allí y las pupilas como cabezas de alfiler.

—Shantay, este crío no tiene más de catorce años. Dios, ¡si hasta le salen gallos!

Se levantó, asqueada, y miró a los demás.

—En este cuarto no hay nadie con edad suficiente para abrirse una cuenta en el banco.

—Bueno, son lo bastante mayores para una posesión —comentó el alfil.

Myfanwy alargó una mano hacia la cara del chico, respiró hondo y le puso el índice entre los ojos con mucha delicadeza.

*Estaba flotando en un mar de sensaciones..., en lo que conformaba la personalidad del muchacho. Sin embargo, donde habría esperado encontrarse con un complicado torrente de imágenes, sabores y sonidos, estaba todo amortiguado. Delicadas corrientes circulaban por allí,*

*apenas conscientes de la temperatura del cuarto, del ruido distante de la bota de Shantay al dar toquesitos en el suelo y del olor del desodorante de Myfanwy. Pero casi no percibía todo eso, todo lo que era el mundo.*

*En vez de ello, se encontraba la arrolladora presencia del cántico, que retumbaba y arrancaba ecos por arriba, por abajo y alrededor, como un trueno. Lo absorbía todo. A través de él percibía los distintos latidos de la gente que la rodeaba; todas las personas de la casa que entonaban la melodía estaban unidas entre sí. La presión de la invocación la enclaustraba, la presionaba, intentaba tirar de ella. Myfanwy se tensó y se zafó.*

—¡Mierda! —escupió, y se tumbó bocarriba. Shantay estaba arrodillada a su lado, limpiándole la cara con la manga de la camisa—. ¿Qué coño ha pasado?

—Te has quedado traspuesta durante veinte minutos, y yo les he tomado una fobia tremenda a los champiñones, te he comprobado el pulso siete veces y he contestado a una llamada de Poppat. Después, el cántico se ha vuelto un poco irregular y te has tirado de espaldas al suelo —respondió el alfil mientras contaba cada uno de aquellos acontecimientos con los dedos.

—¿Qué ha dicho Poppat?

—Sólo ha llamado para ver cómo íbamos. En un desacertado arranque de sinceridad, le he contado que estabas en trance, así que después he tenido que dedicar cinco minutos a convencerlo de que no inmolara este sitio con nosotras dentro. Y le he explicado lo de la gente en trance. Me ha pedido que lo llames.

—Ah, genial —comentó Myfanwy sin entusiasmo.

—¿Estás bien?

—Sí, pero en el sistema nervioso de este chico sucede algo raro. Es probable que todos estén pasando por lo mismo. Ayúdame a levantarme, vamos a averiguar quién mueve los hilos. Si sobrevivimos, llamaré a Poppat.

Shantay la levantó y las dos se sacudieron el polvo mutuamente. Sólo quedaban unas cuantas puertas, pero se acercaron a ellas con cautela, ya que sabían sin lugar a dudas que habría alguna sorpresa desagradable detrás de ellas.

Ocurrió antes de lo que esperaba Myfanwy. La costumbre y las normas de los incidentes horripilantes dictaban que tenía que tratarse de la última puerta del pasillo y que se enfrentarían a un momento de horror inimaginable. Así que, a medida que avanzaban, estaba más tensa y permanecía con la vista fija en aquella última entrada.

Por ello estuvieron a punto de saltarse la penúltima habitación y fue por pura casualidad que se fijaron en el frenético hombre de su interior. Tuvieron que mirar dos veces antes de detenerse en el umbral. El hombre llevaba un traje que había visto mejores tiempos, pero las actividades fúngicas habían causado estragos tanto en aquella ropa como en su cara. La suciedad, el sudor y

las esporas habían formado una capa moteada que lo cubría por completo, y apestaba como un tronco cubierto de musgo sudoroso. Pasaba a toda prisa de cantante a cantante y les susurraba algo al oído al hacerlo. Myfanwy era incapaz de discernir el efecto de aquella labor, aunque el desconocido no se detuvo, ni siquiera después de percatarse de su presencia.

A pesar de que en ningún momento apartó la vista de las personas envueltas en moho del suelo, aprovechó las pausas entre susurro y susurro para gritar algo hacia la puerta, así que Myfanwy y Shantay recibieron su mensaje a través de una serie de cortas exclamaciones.

—¡Gracias a Dios que has venido!... ¡Empezaron hace dos noches, sin previo aviso!... Quiero decir que yo no di la orden... ¡y empezó la expansión!

Estaba acuclillado frente a una mujer muy gorda y la miraba fijamente a los ojos.

—Pasé por aquí ayer por la mañana para echar un vistazo a la congregación y ver su progreso... Bueno, ¡vaya que si han progresado! La invocación crecía de volumen... Quiero decir que los vecinos iban a acabar por oírlo y la luz se vería al ponerse el sol. Tuve que llamar a la oficina para avisar de que estaba enfermo, y llevo desde entonces intentando frenarlos. Te habría llamado directamente, pero dejé el teléfono en una mesa después de ponerme en contacto con el trabajo y le creció el moho por encima. Además no podía marcharme y la situación se volvió crítica. Cuando apareció el Checquy, decidí que mi única alternativa era dejar que la congregación empleara sus rutinas de autodefensa; sabía que te llamarían después de que el segundo equipo acabara consumido. ¡Dios mío! ¿Te das cuenta de que he tenido que liquidar a mi gente? ¡A mi propia gente!

Myfanwy le lanzó a Shantay una mirada de horror y a cambio recibió otra de incredulidad.

«¿De verdad es el jefe regional del Checquy en Bath?». Desplegó con cuidado su mente y encontró el patrón de los sentidos del hombre. «Y, de ser así, ¿por qué está haciendo esto? No puede ser una acción de nuestra organización porque no habría licuado a los equipos. Pero si no lo es, ¿por qué habla con nosotras como si supiéramos lo que está sucediendo?».

—Al menos pude evitar que mataran al tercer equipo... Barghests, ¿no? —No esperó a la respuesta—. ¡No lo entiendo! Se suponía que no iban a empezar todavía y, a no ser que hagamos algo, no hará más que extenderse. Apenas responden a las frases de instrucción que nos dieron. Sólo he conseguido introducir mi mensaje en el cántico disparando a uno de los congregantes e injertándome brevemente en el sistema, por lo que tendremos que meter a alguien dentro para limpiar mi rastro. Todavía llevo parte de esa porquería encima.

»En fin, sabía que oirías el mensaje. Gracias a Dios que gritaste..., mi vista funciona tan mal a través de los órganos sensoriales de esta cosa que estaba a punto de encerrarte en un capullo.

Myfanwy se estremeció al entender lo que insinuaba y se preguntó dónde habrían guardado al equipo de asalto de barghests. El hombre seguía hablando.

—... ni idea de cómo detenerlos. Estoy repasando todos los códigos de emergencia y no

funciona nada. ¿Conoces alguna puerta trasera para bloquearlo todo? —Se volvió en busca de una respuesta y se quedó helado al verlas—. ¡No sois Gestalt! —exclamó, pasmado.

«Ah —pensó Myfanwy—. De repente todo tiene un poquito más de sentido».

Se contemplaron durante un momento, y entonces lo aisló del mundo. «Al fin y al cabo, no tengo ni idea de lo que este tío es capaz de hacer. Hasta donde alcanzan mis conocimientos, podría obligar a mi bazo a comerse a sí mismo. Será mejor no darle la oportunidad».

—No te preocupes, Shantay, lo tengo.

—¿Estás segura? —preguntó esta con precaución.

Avanzó y se relajó un poco al ver que el tío del traje estaba paralizado en cuclillas, con la respiración acelerada, los ojos vidriosos y los rasgos congelados en la pura imagen de la confusión. Ahora que Myfanwy podía observarlo con atención, le resultaba vagamente familiar. «Será de uno de los cientos de historiales de personal que he leído».

Shantay agitó una mano delante de sus ojos y se dio cuenta de que no los movía. Se inclinó con cuidado y le dio un golpecito en la oreja. Nada.

—Impresionante. ¿Cómo lo has hecho?

—Acabo de averiguarlo ahora mismo —respondió mientras miraba a su alrededor sin fiarse mucho de los cantantes, que seguían con su sonsonete.

—Entonces, ¿estoy loca o este tío es uno de los tuyos? —preguntó el alfil.

—Creo que se llama Goblet.

De repente, el hombre salió de su trance y le encajó un gancho de derecha a Shantay que provocó que la estadounidense cayese sobre uno de los miembros de la secta. La figura envuelta en hongos siguió canturreando como si nada.

—¿Cómo coño has hecho eso? —preguntó Myfanwy.

Goblet se levantó y le enseñó los dientes mientras una capa de espinas le brotaba del cuerpo. Myfanwy dio un grito cuando el pelo del hombre creció y se endureció formando más púas. Unos pinchos huesudos le perforaron la ropa; su traje, antes distinguido, se había convertido en un amasijo de lana perforado.

Shantay rodó hasta ponerse en pie y se restregó la mandíbula. Después se levantó y lanzó una mirada de odio asesino al hombre puercoespín.

—No te muevas, cabrón —le ordenó mientras sacaba su enorme pistola y lo apuntaba con ella—. Eso me ha dolido de verdad. Creía que lo tenías sujeto —le dijo a Myfanwy, tensa.

—Y yo.

—Bueno, ¿puedes hacerlo otra vez?

—Quizá.

Desplegó sus sentidos y sondeó con cuidado a Goblet, que babeaba en el centro del cuarto. «¿Cómo demonios se ha soltado? Le corté la espina dorsal por aquí y por aquí, así que no debería poder... Ah. Bueno, esto es fascinante». Se replegó y miró a Shantay.

—No sirve; tiene como siete espinas dorsales adicionales, todas tejidas formando una red. No soy capaz de controlarlas todas a la vez... Los impulsos saltan de unas a otras.

El tío movía la cabeza de izquierda a derecha para seguir la conversación, aunque en aquel momento volvió a centrarse en ella.

—Torre Thomas, jamás habría imaginado que serías tú la que se atreviera a salir de su despachito y se ensuciase las manos —comentó con desdén. Las uñas se le estiraron para convertirse en garras con púas mientras avanzaba hacia ella.

—Venga ya —repuso Shantay, y le disparó en la espalda. El hombre trastabilló un poco hacia atrás, pero después se estabilizó, se giró y la lanzó contra la pared de un manotazo. Las púas cortaron la cara del alfil, quien además se golpeó la cabeza contra el moho.

—Ignoraba que hubiéramos caído tan bajo. ¿Alistar americanos en los barghests? En fin, es la misma Corte que te nombró torre —le espetó, asqueado—. Una niña inútil que llora por las esquinas y juguetea con los libros de cuentas.

—Está claro que deberían haber elegido a un cretino traidor al que le salen pinchos del culo —comentó Myfanwy mientras intentaba sacar la pistola del costado, a punto de dejarla caer en el proceso.

—¿Traidor? —exclamó él—. ¡Esta misión es por el bien del Checquy y, por extensión, por el bien del país!

—¿Por eso no sentiste la necesidad de informar a la Corte de tus actividades, Goblet?

—¡Bah! ¡La Corte no está preparada para eso! Al menos, todavía no.

Dio otro paso hacia Myfanwy y ella retrocedió hacia la puerta, que se había cerrado en silencio. A su alrededor siguieron los cánticos, como si nada.

—Entonces, ¿creíste que esto era responsabilidad tuya? —preguntó mientras rodeaba a uno de los miembros de la secta para poner obstáculos entre ambos.

Mientras tanto, localizó su arma e intentó averiguar cómo quitarle el seguro. Era algo que Thomas tuvo que aprender en sus primeros días en la Finca, pero, por desgracia, no parecía conservar ese conocimiento, y no ayudaba que no pudiera quitarle los ojos de encima a Goblet por miedo a que se los sacara.

—Ah, torre Thomas, ¡qué poca experiencia de campo! Estás intentando sonsacarme información sobre el plan. —Sonrió y le enseñó una dentadura aserrada—. ¿Quieres que te cuente los detalles, como un villano de las películas de Bond, justo antes de que el reloj de pulsera se te transforme en una especie de sierra circular?

—No llevo reloj.

—Aún mejor. Así no tendré que arrancarte los brazos cuando empecemos nuestra pequeña sesión. Me gusta dejarlos para el final. —Myfanwy flaqueó al oírlo y su adversario lo notó—. Oh, sí torre Thomas, vamos a divertirnos mucho. Pero vas a morir sin averiguar lo que está pasando.

—Goblet, lo averiguaré todo. De hecho, me lo vas a contar tú.

—¿Ah, sí? —preguntó él, y arqueó una ceja y varias espinas—. ¿Y cómo pretendes...?

Dejó la frase sin acabar, se puso bizco y se derrumbó; Shantay estaba detrás de él con sus relucientes guanteletes metálicos. No, no eran guanteletes: los puños se habían cubierto de un metal plateado perfecto y reluciente. Perfecto salvo por los restos de sangre y los fragmentos de púas que se le habían pegado después de aplastarle la parte trasera de la cabeza a Goblet.

—Qué capullo —comentó.

Después se sacudió algunos trozos de espinas de los nudillos con un chirrido metálico, y la plata se le volvió a introducir bajo la piel, salvo en algunas zonas, que se transformaron en anillos y pulseras.

—Eso es muy práctico —dijo Myfanwy, admirada—. Me encantaría que mis accesorios hicieran lo mismo.

—¿Sí? Pues a mí me encantaría ser capaz de cerrarles la boca a los tíos —repuso Shantay—. ¿Quieres hacer un intercambio temporal?

—Tentador, pero acabo de averiguar cómo conseguir que la gente sude la gota gorda y quiero jugar un poco más con ello.

—Me parece justo.

—En fin, supongo que deberíamos intentar descubrir cómo detener esto. —Myfanwy hizo un gesto hacia el cuadro que las rodeaba: el moho, el hombre erizo en posición supina y los miembros de la secta que seguían con su frenético canto—. Goblet, aquí presente, parecía creer que estaba perdiendo el control.

—¿Llamamos a tus chicos de las caravanas?

—¿No se los tragará este limo?

—Puede que no, ahora que no está consciente.

—No estoy segura... Por lo que sabemos, él era lo único que evitaba que nos comieran a nosotras y que digirieran al equipo que entró antes. —Miró a su alrededor, nerviosa, y le alivió comprobar que los hongos no le subían por las botas—. Creo que por ahora estamos bien. Razón de más para solucionar el asunto con rapidez.

—Coincido. Podría machacarles el cráneo, si quieres —propuso Shantay mientras su joyería prometía todo tipo de violencia indescriptible.

—No me gusta demasiado la idea de aporrear a varias decenas de ciudadanos británicos.

—Bueno, entonces, ¿qué sugieres?

A modo de respuesta, Myfanwy se arrodilló al lado de la persona más cercana: una mujer de delgadez extrema que parecía haber estado viviendo de la fotosíntesis. La sustancia que le cubría el rostro era de un morado intenso y la envolvía en una ligera capa. Le colocó los dedos extendidos en la cara y los ojos se le pusieron vidriosos al concentrarse.

Shantay la observó expectante, con un silencio reverencial.

Después la observó menos expectante.

Después miró la hora.

Después se miró las uñas y se retocó una con una lima que llevaba en una bolsa.

Después se acercó a Goblet y le dio una patada en la barriga, por si acaso.

Después sacó el móvil para ver si tenía mensajes, aunque le costó un poco escucharlos por culpa del cántico.

Después miró de nuevo la hora.

Después se puso a canturrear algunas líneas de una canción popular y le echó un buen vistazo a cada una de las personas de la secta.

Después sonó el teléfono.

—¿Se te ha ocurrido que puede que necesite una pizca de concentración? —le espetó Myfanwy, saliendo del trance—. ¿Es que la pose dramática y la cara intensa no te han dado una pista?

—Lo siento, pero no puedo apagar el teléfono. Soy un alfil del Croatoan. ¿Y si hay una emergencia?

—¿Es una emergencia, pues? —preguntó Myfanwy en tono helado. Shantay miró la identificación de llamada y, con cara avergonzada, se guardó de nuevo el móvil en el cinturón—. ¿Y bien?

—Vale, en este caso concreto no era una emergencia.

—¿Quién era?

—Mi madre.

—Dios —masculló Myfanwy antes de volver a su trance.

La estadounidense suspiró y miró a su alrededor. Tardó un poco en darse cuenta de que su compañera había empezado a sangrar por la nariz y de que le temblaban las extremidades.

—¡Mierda! —exclamó, y se hincó de rodillas para colocarle una manga en la nariz. La llamó por su nombre, pero no obtuvo respuesta.

Lo que sí sucedió fue que el cántico subió de volumen y la sangre siguió brotando de la nariz de esta. Además, vio que una flor roja florecía en la mandíbula de su amiga. Se acercó más y advirtió que, en realidad, era polvo de esporas. Aumentó de grosor ante los ojos de Shantay y se convirtió rápidamente en una pelusa que bajó por el cuello de Myfanwy y le subió hacia el cuero cabelludo.

—Ay, Dios, ay, Dios, ay, Dios —masculló para sí mientras intentaba quitárselos del pelo.

Sus dedos se cubrieron de metal, al igual que sus cuidadas uñas, y rascó las mangas del uniforme de camuflaje de la torre para arrancarle los pequeños champiñones que empezaban a brotarle de ellas. Entonces se acordó de la nariz e intentó contener la hemorragia con su propia manga.

—Myfanwy, cielo, ¡tienes que despertar ya! —gritó en la oreja cubierta de morado.

Shantay oyó un leve ruido detrás de ella y volvió la vista: Goblet se agitaba débilmente. Debía de contar con algún tipo de capacidad de regeneración. O eso o sus púas ofrecían más protección de la que imaginaba. Se miró las uñas plateadas y, por un momento, contempló la posibilidad de arrancarle la yugular. Sin embargo, se giró con torpeza (porque había cogido en brazos a su amiga) y le dio una patada con la bota. El tacón acertó en la espinosa mandíbula y, por un momento, todo mereció la pena.

Entonces Myfanwy empezó a convulsionarse y, al hacerlo, le dio un cabezazo en la cara.

—¡Ay! ¡*Maddita* sea! —chilló Shantay mientras se agarraba la nariz y soltaba a Myfanwy en el suelo.

El cántico subió de volumen, cada vez más frenético, y el alfil no se dio cuenta de que tenía una ligera pelusa de moho en los antebrazos.



*Querida tú:*

*Bueno, menudo día y medio. En estos momentos me encuentro en una limusina de vuelta de Whitby con el caballo Gubbins. El alfil Alrich y sir Henry vuelven en helicóptero, puesto que las normas del Checquy establecen que no haya más de dos miembros de la Corte en el mismo transporte aéreo, y a mí me pareció que después del despilfarro de dinero (y personal) de hoy sería una extravagancia pedir otro helicóptero.*

*Todo comenzó temprano, justo como no me gusta que empiecen los sábados. Prefiero dormir hasta más tarde, que me preparen el desayuno, sentarme junto a la chimenea encendida, puede que ir de compras y después pasarme por la oficina. Pese a ello, este tuve que despertarme a las cuatro de la mañana y prepararme para que me recogieran a las cinco menos cuarto. Mi guardaespaldas de la jornada, Anthony, me esperaba junto a la puerta cuando salí, y me pregunté con aire culpable cuánto tiempo llevaría allí de pie, expuesto al gélido viento invernal. Cargó con mi maletín, mi mochila de aseo y mi bolso hasta la limusina, y se aseguró de que estuviera cómoda antes de introducir su considerable mole en el asiento del copiloto. Una vez dentro del coche, me dormí y no desperté hasta que recogimos a Gubbins, que estaba de un buen humor abominable.*

*—Buenos días, Myfanwy —exclamó al entrar de un salto en el vehículo, despertándome de golpe. Había estado babeando copiosamente sobre el reposabrazos—. Madre mía, pero que frío hace. Aun así, esto es muy agradable, ¿eh?*

*Su guardaespaldas, un hombre negro con aspecto de anoréxico, se sentó en silencio a su lado.*

*—Claro que sí —respondí. Todo es muy agradable cuando no eres tú el que ha tenido que planificarlo.*

*—Debo reconocer que no estoy muy enterado de los detalles... Estaba en Brasilia cuando llegó la notificación.*

*—La eclosión de un huevo.*

*—Cómo no —respondió, poniendo los ojos en blanco—. Siempre hay un huevo cuando nos encontramos con un suceso sobrenatural.*

*—Los huevos son una parte esencial de nuestro negocio —dije en pleno bostezo—. En fin, es un estudiante de diecisiete años de la Finca. Noel algo, tengo los detalles apuntados en alguna*

parte. No es que cuente con grandes dotes en el terreno de las habilidades especiales (se lleva bien con los animales o algo así), pero es un entusiasta de la historia y la investigación.

—¿Un chico listo?

—No les dan la opción de no serlo. ¿Crees que frau Blumen relajaría sus estándares?

—De ningún modo —respondió con un bufido.

—Total, que a este chico se le concedió acceso especial a los archivos, y estaba escarbando entre algunos de los manuscritos cuando se topó con la mención a algo muy interesante.

Me puse a rebuscar en mi bolsa hasta dar con el termo de café; le ofrecí a Gubbins, que negó educadamente con la cabeza.

—Entonces, ¿qué era eso tan interesante?

—No me vas a creer —le advertí.

—Estoy en el Checquy. Me pagan para creer en cosas en las que nadie más cree.

—Un dragón —respondí con cansancio.

—Me tomas el pelo.

—Te lo dije. Yo tampoco me lo creía. Es decir, no se ha confirmado ningún avistamiento desde hace siglos, e incluso entonces sólo se veían en lugares con un frío extremo. El inicio de la Pequeña Edad del Hielo fue la última vez que estuvieron por aquí. —Intentaba no mirar mientras Gubbins realizaba unos extraños ejercicios isométricos. El hombre era como un yogui puesto de ácido. Me serví un café y mantuve los ojos clavados en mis manos—. En cualquier caso, parece ser que una dragona con una fecundidad por encima de la media decidió poner su huevo en North Yorkshire. Por lo que se ve, era una zona muy popular para los dragones.

—¿Ah, sí?

—Sí, dragones y pterodáctilos. Durante millones de años, ese lugar tuvo algo que atraía a los reptiles alados. Se han encontrado esqueletos completos de pterodáctilos y partes de esqueletos de dragones que tomaron por una subespecie de pterosaurio. Uno de nuestros agentes, Yves Tyerman, fue testigo y grabó la puesta del huevo. Su informe fue aceptado por la Corte de Londres y archivado, y no volvió a ver la luz durante cientos de años.

—Supongo que el funcionariado siempre será el funcionariado —comentó Gubbins con alegría.

—Bueno, gracias a la investigación de Noel como se llame hemos sabido de la existencia del huevo de dragón. Ahora bien, esas cosas tardan siglos en eclosionar, pero este chico, con su peculiar atención al detalle, ha calculado la fecha exacta de la eclosión.

—¿La fecha exacta? —preguntó el caballo con escepticismo.

—A mí no me mires. No soy experta en esas criaturas, aunque parece que son bastante puntuales con estas cosas. Nuestro niño prodigio hizo algunos cálculos, y sus poderes le dijeron

que la cría del huevo estaba viva y saldría del cascarón esta noche. Tú y yo vamos a asegurarnos de que esté todo listo. Por eso vamos tan temprano.

—¿Y todo eso ha pasado en los últimos días?

—No, eso pasó hace seis meses —respondí con cansancio—. Pero he tenido que autorizar las exploraciones y excavaciones en el terreno.

—¿Excavaciones?

—Los dragones suelen enterrar sus huevos a bastante profundidad, así que hemos tenido que montar una discreta excavación arqueológica.

—¿Y ahora vamos a ser testigos de cómo eclosiona un huevo de dragón?

—Ajá. Aunque no sólo de la eclosión. Este chico... —Repasé mis papeles—. Se llama Noel Bittner. Y sostiene que será capaz de establecer una especie de conexión psíquica con el dragón cuando nazca. Dice que sus mentes ya se han tocado y que existirá un vínculo entre ellos cuando salga.

—Fascinante.

—Sí —repuse sin entusiasmo—. Así que, por supuesto, media Corte estará allí para ser testigo de la ocasión: una torre, un caballo, un alfil y el lord. Además de todo el personal auxiliar y Bittner.

—Entonces, ¿dónde están el alfil y el lord? —preguntó con intención.

—El alfil Alrich llegará tras la puesta de sol con sir Henry —respondí con rencor—. Van en helicóptero.

Él asintió con tristeza, y ambos nos acomodamos con nuestros portátiles y los muchos, muchos papeles necesarios para dirigir cualquier departamento gubernamental.

Para cuando llegamos al emplazamiento, yo estaba muerta de hambre y Gubbins sufría de un caso agudo de claustrofobia. Cabría pensar que a un hombre tan flexible no le iría mal en un espacio pequeño y cerrado; al fin y al cabo, sé a ciencia cierta que es capaz de meterse en una maleta y permanecer dentro siete horas. Lo he visto hacerlo. Sin embargo, dentro de los confines relativamente espaciosos de una limusina Rolls-Royce acabó a punto de volvernos locos a los dos.

Sólo la más exquisita educación (que los dos habíamos adquirido a punta de pistola en la Finca) y el hecho de que era mi miembro favorito de la Corte evitó que aquello acabara en un enfrentamiento verbal. Por suerte, ambos salimos del vehículo al nevado exterior con tal entusiasmo que dejamos sorprendido al peón que nos esperaba. El guardaespaldas de Gubbins salió un poco más despacio, pero con la mirada aún más perdida. Anthony, que había estado delante con el conductor, parecía lánguido en comparación.

—Torre Thomas, caballo Gubbins, bienvenidos a la Incubadora — nos saludó sin mucho ánimo el peón.

—Gracias, peón Cahill —respondí, mirándola. Era alta y vestía la típica ropa que te permite matar a alguien sin problemas y sin llamar la atención de los viandantes. Los pantalones chinos resultan útiles para estas cosas—. Gubbins, este es el peón Breeshey Cahill. Se ha encargado de supervisar el proyecto desde que Bittner nos lo comunicó.

La mujer dio un respingo al oír el nombre de Bittner. Por lo que había oído yo, el chico había dado por sentado que, al ser el descubridor, también tenía derecho a dirigir el espectáculo. Para Breeshey, obligada a alimentarle el ego a la vez que organizaba a treinta personas, había sido todo un reto.

—Es un placer, peón Cahill —la saludó Gubbins como el caballero que era—. Entiendo que ha estado trabajando en circunstancias complicadas, pero no he oído más que alabanzas a su labor. —Ella se ruborizó de gusto—. Gracias por reunirse con nosotros. Sé que es muy temprano.

—Pero también supone el final de seis meses muy largos —repuso ella con una sonrisa. Me maravillé por un momento al ver cómo florecía al recibir la atención de mi compañero. No es que me hubiera ninguneado del todo, pero su mirada me pasaba rozando para posarse en él. Me había desairado y dolía. Antes no me molestaba, pero desde que sé lo que va a suceder (desde que sé de ti) he procurado observarme con más atención. La gente me hace caso omiso. No me presta ninguna atención porque no soy..., no soy lo que se espera de un líder.

Volví a la conversación. Cahill explicaba los detalles de las instalaciones que se habían montado. Escuché y taché mentalmente todos los gastos que yo había autorizado: el equipo de archivos del Checquy con las cámaras, científicos con equipamiento sensorial, una enorme unidad de refrigeración para alojar al dragón cuando naciera, uno de nuestros satélites en órbita geosíncrona por encima de nosotros, alojamiento para el equipo de excavación, una base de operaciones relativamente lujosa, cáterin. Todo había costado una asombrosa cantidad de dinero y ni siquiera así Bittner, el niño prodigio, estaba contento. Quería que el huevo y toda la pesca se trasladaran a Stonehenge. Cuando se lo negaron, quiso que crearan uno nuevo en otro lugar. Mis observadores en el emplazamiento me habían informado de que estaba indignado con el resto de las peticiones no concedidas. De haber sabido lo que sí había autorizado, su indignación no habría tenido límites.

—... y si nos siguen hasta la granja verán que les hemos preparado un desayuno —concluyó Cahill.

—¿La granja? —repitió Gubbins.

—Sí, estos terrenos eran una granja particular —explicó la mujer—. La compramos por una bonita suma.

Escuché en silencio, pero mentalmente añadí el detalle de que había sido yo la que había vetado la propuesta de pagar al granjero una miseria y usar la autoridad gubernamental para

«matarlo de miedo», como había sugerido Bittner en una de sus muchas circulares. Como recordaba el espantoso trato dispensado a mi padre, opté por el lado más amable de la expropiación. Le habíamos pagado bien al propietario, además de inventarnos una historia calculada para apaciguar cualquier preocupación y no suscitar ningún interés.

El peón Cahill nos guió con delicadeza a través de un complejo de estructuras temporales hasta la granja, donde habían organizado un bufé maravilloso. Aunque escatimara en ciertas áreas, una de las lecciones que me grabaron a fuego mis profesores de la Finca era que un ejército no puede marchar con el estómago vacío. Por tanto, siempre me aseguraba de contar con un buen personal de cáterin en las operaciones sobre el terreno más largas.

Gubbins, los guardaespaldas y yo reunimos varios platos llenos de pastas y comida caliente, y nos servimos tazas rebosantes de café; necesitábamos hacer acopio de energía para el largo día de ultimar detalles que nos esperaba. Acabábamos de acomodarnos cuando la puerta se abrió de golpe. Anthony se sacó un par de metralletas de las axilas mientras que el guardaespaldas esquelético (que se llamaba Jonas) resultó llevar escondida una escopeta recortada bajo la túnica (¿había mencionado ya que vestía una túnica? Bueno, pues sí. Y de color morado chillón).

—Alto —le ordené en voz baja a los guardaespaldas. La persona que había entrado en la habitación no les prestaba atención.

—Así que usted es la torre Thomas —dijo bien alto. Lo había reconocido al instante como Noel Bittner por su arrogancia, irritante hasta extremos insospechados, y por el hecho de que todavía no tenía edad para beber alcohol. Y por las gafas—. He tenido que aguantar su mezquina gestión de los fondos. Entiendo que no todo el mundo es capaz de valorar las asombrosas oportunidades que ofrece este acontecimiento. ¡Las fuerzas únicas que convergen aquí hoy permitirán que la majestuosidad, el orgullo y la magia regresen a estas islas!

Hizo una pausa para tomar aire y Gubbins me murmuró por la comisura de los labios:

—¿Les ordenamos que disparen?

Negué con la cabeza.

—Al parecer, él es el que tiene que establecer un vínculo con el dragón —respondí, también susurrando. Gubbins me miró como si deseara contestar, pero Bittner ya había iniciado otra diatriba, armado de justa indignación.

—Cabría esperar que una torre del Checquy comprendiera el éxtasis que supone este acontecimiento y no rechazara las condiciones adecuadas para la llegada del dragón a este mundo. Había oído rumores sobre usted, pero no podía creerme que fuese tan inmune a la grandeza de la ocasión. ¡Y ahora, ahora acabo de enterarme de que ha permitido la presencia de soldados armados en el emplazamiento, no para proteger al polluelo, sino para matarlo! —Se inclinó sobre la mesa para hablarme a la cara. Me encogí por instinto y me percaté, asqueada,

*de que me estaba escupiendo en la comida—. ¡Exijo que retire sus tropas! El dragón y yo ya nos hemos puesto en contacto mentalmente y puede sentir el horror que siento yo. No sé si seré capaz de calmarlo a pesar de mi empatía innata.*

*Me miró con rabia. Detrás de mí, Anthony se tensó, dispuesto a destrozar al chico, así que intenté que su presencia me animara.*

*—Noel —empecé, tranquila.*

*—Prefiero que me llamen adepto Bittner —repuso. Gubbins arqueó sus inexistentes cejas, pero se contuvo para no responder que se había inventado el título.*

*—Adepto Bittner —dije—, entiendo tu preocupación. —El chico se infló como un globo, así que seguí hablando a toda prisa—. Pero debes comprender que no todo el mundo comprende lo que está sucediendo en este lugar. Se trata de una situación muy poco común incluso para el Checquy. —Podía destrozar el idioma tan bien como cualquiera, y se trataba de un crío que, sin duda, había leído demasiados libros de un género concreto. Su anterior pose de justa indignación pasó a transformarse sutilmente en una de orgullo más contenido—. Estos hombres no han acudido por el dragón, sino para que nuestros visitantes, que son de suma importancia, se sientan seguros, como requiere la situación.*

*—Lo entiendo —respondió, y asintió a regañadientes—. Además, las balas tampoco harían daño al dragón; mi objeción se debe a la falta de respeto que supone.*

*—Ten por seguro que somos conscientes del honor que se nos concede. —Eso le gustó, y asintió de un modo que seguro que él consideraba serio y sabio. Respiré hondo—. Adepto Bittner, estamos desayunando, ¿te apetece acompañarnos?*

*Noté que Gubbins, a mi lado, se estremecía ante la perspectiva.*

*—No —respondió, tras echar un reticente vistazo al bufé—, estoy ayunando hasta la noche para prepararme. Ahora debo acudir junto al huevo y seguir en íntimo contacto con el dragón.*

*Noel Bittner salió del cuarto y yo aparté mi plato con una mano temblorosa. No es que el chico diera miedo; es que no me gustaba que me gritaran.*

*—Myfanwy —dijo Gubbins—, no puedo creerme que hayas permitido a ese mierdecilla hablarte así. Me da igual el talento que tenga, eres un miembro de la Corte del Checquy y él no es más que un alumno de la Finca.*

*Estaba cabreado, no sólo con el muchacho, sino también conmigo. Respiré hondo de nuevo.*

*—Caballo Gubbins, se trata de la única persona capaz de comunicarse con el dragón. No estaría mal evitar que este último haga lo que por tradición suele hacer su especie, como ir volando por ahí quemando casas y comiéndose a cientos de humanos antes de dirigirse al norte. Si el Checquy consigue controlarlo, sería fantástico. Con ese objetivo en mente, soy capaz de aguantar casi cualquier cantidad de mierda que me echen encima.*

*Gubbins se apaciguó, aunque me daba cuenta de que no estaba contento. Sin decir palabra,*

*me levanté y me serví un desayuno más fresco.*

*El resto del día transcurrió supervisando preparativos para la eclosión. Era >invierno y, aunque habían sacado el huevo de su agujero, no podían trasladarlo al interior. A los dragones les gusta el frío. El frío glacial. Así que, a pesar de estar bajo cero, habíamos montado un enorme aparato de refrigeración. También hacía falta un alojamiento especial para que los humanos pudieran observarlo de cerca sin morir congelados ni acabar asesinados por la inesperada rabieta de un dragón recién nacido, de manera que se había instalado un círculo de salas de vigilancia alrededor, equipadas con sillones cómodos, calefactores, cristal blindado, brandy y binoculares. Todos los lujos del hogar.*

*Cuando llegó el helicóptero había oscurecido hacía tiempo, y yo había podido ducharme en la granja y ponerme algo un poco más formal. Al fin y al cabo, no todos los días se está presente en el nacimiento de un dragón. Gubbins y yo nos colocamos en la entrada del pabellón, dispuestos a dar la bienvenida a los últimos testigos de la Corte.*

*—Buenas noches, sir Henry —lo saludé con recato—. Bienvenido.*

*El lord avanzó sobre la nieve crujiente, asintió con benevolencia y se apresuró a entrar en la habitación climatizada, donde procedió a quitarse el grueso abrigo. Gubbins lo siguió para acomodarlo y me dejó sola para recibir a Alrich, que acababa de salir de la oscuridad. Los guardaespaldas se tensaron discretamente. Todo el mundo tenía frío y había empezado a caer una ligera nevada que relucía a la luz de nuestras instalaciones, pero Alrich se deslizó por el suelo en completo silencio. No dejaba pisadas en la nieve y su aliento no formaba vapor. El pelo le brillaba como sangre ardiente e iba vestido de seda negra. Me estremecí a pesar del calor que salía por la puerta que tenía a la espalda.*

*—Alfil Alrich —susurré.*

*Me sonrió y asintió levemente con la cabeza. Estaba preparada para que pasara flotando junto a mí, pero me ofreció un brazo y, tras tragar saliva, lo acepté. Las puertas de cristal se deslizaron hasta cerrarse detrás de nosotros y empecé a recuperar la sensación en los pies. Gubbins estaba encargándose de las presentaciones entre sir Henry y los distintos miembros clave del equipo sobre el terreno.*

*—... y este es Noel Bittner —concluyó.*

*Bittner corrió al frente, pisándome por el camino. Llevaba una especie de túnica a medida con capucha, aunque no se había tapado la cabeza con ella. Sir Henry lo miraba con una sonrisa afable que se intensificó cuando Bittner le hizo una profunda reverencia. Me entraron ganas de poner los ojos en blanco, pero tenía que reconocer que todos saludábamos con la debida deferencia a los jefes del Checquy. Aunque, por lo general, no nos llevábamos el puño al pecho ni hincábamos una rodilla en el suelo.*

*—Así que este es el joven que ha desenterrado tanto la historia del huevo como el huevo en sí*

—dijo sir Henry en tono de aprobación. Vi que el peón Cahill se tensaba, aunque mantuvo el pico cerrado.

—En realidad, sir Henry, el peón Cahill se ha encargado de supervisar la excavación — comenté discretamente, y Bittner me lanzó una mirada asesina.

—Ah, por supuesto —repuso el lord con benevolencia mientras le daba un cálido apretón de manos a la mujer—. Estoy muy impresionado con lo que han montado por aquí. La torre Thomas me envió los informes y, por lo que veo, se ha tratado de una misión de primer orden.

A la interpelada se le iluminó el rostro, mientras que a Bittner se le agrió.

—Noel —intervine—, este es el alfil Alrich.

El mocoso dio un discreto paso atrás. El poder de sir Henry lo atraía, pero Alrich lo intimidaba lo suficiente para no corregirme por no emplear el título que él mismo se había concedido. Hizo otra reverencia coreografiada, aunque un poco menos postrado. Fue divertido ver que Alrich no decía nada y se limitaba a responder con un leve gesto de cabeza. El chico se levantó, vacilante, y miró la hora en su reloj.

—Sir Henry, ya casi ha llegado la hora de la eclosión. ¿Me disculpa?

Sir Henry asintió, el muchacho se alejó y abrió una puerta que daba al patio en el que estaba el huevo, y yo me sobresalté cuando entró el viento en la sala.

Ya había aprovechado la oportunidad para examinar el huevo hacía unas horas: era azul oscuro y su superficie estaba algo empedrada a causa del efecto de varios siglos de tierra encima; medía dos veces más que yo y habrían sido necesarias cuatro o cinco personas de mi tamaño cogidas de la mano para rodearlo. Permanecí inmóvil, con un montoncito de nieve encima, y me puse muy incómoda. Noel me invitó a tocarlo, pero, temiendo que pudiera activar mis poderes, dejé las manos a la espalda y rechacé la oferta. Respondió con una mueca desdeñosa.

Ahora estaba iluminado con unos focos y la nieve de encima se había fundido. Habían instalado una pasarela de madera que llegaba hasta él por la que caminaba Noel Bittner con la túnica al viento. En las galerías de vigilancia que rodeaban el huevo, los técnicos, biólogos, historiadores y un equipo de televisión lo observaban atentamente. En el tejado había tropas del Checquy armadas con distintas armas; los textos históricos no daban demasiados detalles sobre cómo matar a un dragón, puesto que no se sabía de nadie que lo hubiera logrado. En nuestra zona, nos acomodamos en los amplios sillones y aceptamos las bebidas que nos servía un mayordomo. La intensidad de las luces de arriba se atenuó un poco, mientras que la de las del patio aumentaba para que lo pudiéramos ver todo con claridad.

Bittner estaba equipado con una radio manos libres con la que se pretendía que todas sus reacciones y observaciones quedaran registradas para la posteridad. Respiraba profundamente, sospecho que aposta. Para mí su postura era teatral en exceso: extendió los brazos, y la fina



túnica aleteó al viento. Supongo que había pensado que tendría un aspecto impresionante en el frío glacial. Sin embargo, después de la entrada de Alrich, como mínimo hacía falta un desnudo integral para impresionar a alguien. Además, nunca he tenido paciencia con los pretenciosos.

—Está algo caliente al tacto —llegó el informe jadeante de Bittner a través del sistema de comunicación—. Diría que nos quedan dos minutos.

Después oímos la voz de uno de los científicos:

—A todos los observadores: colóquense sus gafas protectoras y sus morrales.

Entonces apareció el mayordomo con una bandeja cargada con unas gafas similares a las que antes usaban los motoristas. También había unas prendas parecidas a los delantales y llenas de plomo que procedimos a colocarnos en el regazo.

—Un minuto —dijo Bittner.

Me alisé la falda con ansiedad y después volví a colocar el morral de plomo. A mi alrededor los demás observadores estaban tensos y Alrich, como siempre, inmóvil; ni un aliento le agitaba el cuerpo. Todos contemplábamos las blancas manos del chico sobre el huevo y escuchábamos su voz a través del intercomunicador.

—Se está revolviendo. Noto sus movimientos. Flexiona los músculos dentro del cascarón.

Estaba aprovechando la ocasión al máximo. ¿Y por qué no? Después de todo, algo así podía darle un buen empujón a su carrera dentro del Checquy.

Además, yo también lo notaba.

Estaba allí, un leve cosquilleo en los límites de mi percepción. Miré a mi alrededor para ver si los demás reparaban en ello, pero estaban todos concentrados en el adolescente prodigio en comunión con el monstruo que despertaba. Tuve un asomo de duda en el último momento: los dragones ya habían destruido Europa en una ocasión, habían asesinado a innumerables personas. Frente a nosotros teníamos al único superviviente de una dinastía que se había esfumado en el siglo XIV, el estertor final del linaje, y estábamos viéndolo renacer.

Percibía el movimiento dentro del cascarón. Sus músculos se flexionaban contra sus confines, y los míos los imitaban de manera inconsciente. Sentí el inicio del pánico en la boca del estómago. Lo más normal es que necesite tocar a alguien para usar mis poderes, aunque, de vez en cuando, si una persona se encuentra bajo una gran presión física o mental, me llegan algunos datos. Pero aquello era diferente. Mis dedos se encorvaron a modo de garras y tuve que luchar contra mis propios músculos para enderezarlos. Quería extender las alas y gritar al aire.

Bittner había guardado silencio, aunque todos éramos capaces de ver el leve balanceo del huevo. Entonces, una garra atravesó el cascarón, apuñalándolo como un tacón de aguja. Fue algo limpio, controlado; lo rebanó y apartó capas de quince centímetros de grosor. En un plazo sorprendentemente corto, el huevo había caído y vimos una masa de escamas marrones. Bittner extendió los brazos, y la cría se desplegó, estiró las extremidades, dejó que los tendones se

recolocaran en su sitio. Levantó su cuello de serpiente. Enorme, con alas como abanicos que se alzaron al cielo. Lo contemplábamos hechizados.

—Dios mío —susurró Alrich.

A través del intercomunicador oíamos la respiración entrecortada de Bittner. Lo oímos jadear justo antes de que el dragón echara la cabeza atrás y chillara a la noche. Unos pulmones con siglos de antigüedad tomaron aire por primera vez. Los ojos se abrieron y vieron su primera luz. Y yo lo sentí todo. Gritó de nuevo, más alto, y todos nos llevamos las manos a las orejas.

—¿Torre Thomas? —preguntó Cahill, vacilante, y vi que estaba dispuesta a dar la orden a los francotiradores.

—¡No! —gritó Noel, que se volvió con rapidez para mirarnos—. ¡No lo hagan! ¡Estamos estableciendo un vínculo! Compartimos una conex...

Su frase se cortó del modo más abrupto cuando el dragón alargó una lánguida zarpa para decapitarlo.

Me llevé las manos a la boca, aunque mis ojos estaban fijos en la escena. A mi alrededor, la habitación reaccionó. La gente se levantó y volcó los sillones. Unos gritaron. Un par de ellos vomitaron. Alrich se echó a reír. Anthony me puso la mano en el hombro como si pretendiera sacarme de allí y Cahill chilló por la radio dando la orden de atacar. Delante de nosotros, el patio se llenó de relámpagos cuando los soldados abrieron fuego. Las balas barrieron la zona y el cristal se combó con los proyectiles que rebotaban en la cría. Había dado órdenes de usar el cristal blindado más fuerte posible; eran las mismas ventanas detrás de las que se sentaba el papa. Volutas se alzaban ante nosotros y ocultaban al dragón. Su cola azotó nuestra protección transparente antes de desaparecer de vuelta a las nubes. De pronto, un torrente de fuego estalló e iluminó el humo y la nieve.

—¿Situación? ¡Situación! —gritaba Cahill.

No hubo respuesta y el humo empezó a clarear. El dragón retrocedía sobre las patas traseras, ileso, batiéndolas con delicadeza. Por el patio yacían desperdigados los cadáveres de los soldados mientras otros ardían en el tejado. Había cuerpos destrozados por el suelo. Un hombre colgaba frente a nuestra ventana, destripado, con las entrañas pintando el cristal de rojo.

—Joooder —dijo Anthony detrás de mí.

La criatura alargó una extremidad, arrancó un trozo del guardia y empezó a devorarlo sin miramientos. Con dedos débiles, abrí el móvil y marqué.

—Soy la torre Thomas. ¿Me oyes, Monica?

—Sí, señora —respondió su voz.

De fondo soplaba el viento y me la imaginé arrebujada en su abrigo para protegerse del frío, con el pelo recogido, observando las estrellas que daban vueltas a su alrededor mientras

*esperaba pacientemente, flotando en el aire. La cabeza del dragón se volvió, bajó y nos vio a través del cristal. Percibí que tensaba los músculos y sacaba las garras.*

*—Ha ido mal. Empieza ahora, por favor —le ordené, orgullosa de hablar con voz firme.*

*—Sí, señora.*

*Monica colgó y yo me volví hacia el peón Cahill, que contemplaba conmovida los distintos pedazos de sus tropas.*

*—Peón Cahill, cierre las persianas, por favor. —Ella me miró sin procesar la información, así que le tomé la mano—. ¡Cierre las persianas!*

*Una descarga le recorrió el cuerpo; me miró con los ojos cada vez más abiertos y le dio un manotazo a los controles que tenía al lado. Unas enormes persianas de hierro subieron rodando desde el suelo y ocultaron al dragón.*

*—Thomas, ¿qué coño está pasando? —preguntó sir Henry, que me agarró de mala manera por el hombro para girarme hacia él—. Exijo saber...*

*Dejó de hablar y también todos los demás, dado que oían lo que estaba ocurriendo. De algún lugar por encima de nosotros surgió un chillido agudo que aumentaba de volumen e intensidad. Crecía y crecía, y nos abrazamos en el cuarto cuando el sonido nos entró en la cabeza y nos estremeció los huesos. Entonces, con un crujido atronador, llegó. Nos golpeó una onda sónica que sacudió las persianas y fracturó el cristal, aunque no consiguió destrozarlo. Se hizo el silencio.*

*Toqué el botón que Cahill había pulsado antes y las persianas bajaron. En el patio se habían apagado los focos, pero veíamos el cadáver del dragón tirado en el suelo. Lo habían decapitado de un golpe limpio, y en el hueco entre cuerpo y cabeza, en tranquila posición de firmes y cubierta de humeantes tripas de dragón, estaba el peón Monica Jarvis-Reed, que acababa de descender seis kilómetros y medio en picado armada tan sólo con su cuerpo indestructible y una ropa fácil de lavar.*

*Después de eso, como podrás imaginar, la noche se dio por concluida a toda prisa y, si me perdonas, ahora mismo procedo a desmayarme de agotamiento.*

*Con cariño,*

*Yo*

Las dos mujeres yacían en el suelo mirando al vacío mientras el polvo se les depositaba en los ojos. Tenían la ropa tiesa a causa del moho, y a su alrededor los miembros de la secta seguían con sus cánticos. Un poco más allá, Goblet, el hombre erizo, estaba tirado en una postura que daba a entender que no se iba a ninguna parte ni haría nada en durante un buen rato. Bajo una capa de pelusa, el teléfono de Shantay sonó con su versión electrónica de la canción de *La familia Addams*.

Myfanwy se sentó de golpe y ahogó un grito. Después se llenó los pulmones de aire mohoso y tanteó el suelo con los dedos mientras su cuerpo luchaba por bombear oxígeno allá donde era necesario. Cogió la cantimplora del cinturón y se pasó un buen rato haciendo gárgaras y escupiendo, tosiendo lo que fuera que le estorbaba. Al final consiguió mirar en derredor y responder al teléfono.

—¿Diga? —preguntó con voz ronca.

—¿Myfanwy? —fue la respuesta de Poppat; sonaba tan frenético que se le había olvidado el protocolo—. ¡Gracias a Dios! ¡Estábamos a punto de volar en pedazos ese sitio y prenderle fuego! ¡Ese teléfono lleva cuarenta y cinco minutos sonando!

—¿En serio? —inquirió ella con aire ausente—. Bueno, no hagáis nada con la casa, que ya he averiguado el problema.

—Fantástico —respondió el peón—. ¿Está bien el alfil Petoskey?

—Oh, sí —le aseguró Myfanwy mientras se recostaba en el cuerpo postrado de su amiga—. Se recuperará en un par de minutos, y toda esta situación debería estar resuelta en una media hora. —Miró a su alrededor, a la capa morada que cubría la sala. Durante los minutos que había pasado inconsciente, nuevas ramas de hongos habían brotado de las paredes para cubrir el umbral y tejer una barricada por las ventanas—. Sí, media hora... aproximadamente.

—¿Puedo enviar algunas tropas, al menos? —preguntó Poppat.

—Mejor no —respondió ella mientras veía que un nuevo zarcillo de verdín se alargaba por el techo—. Te llamaré cuando haya vía libre.

—Pero ¿seguro que va todo bien por ahí?

—Sí. Te llamaré dentro de un rato.

—Pero ¿y si...? —empezó a preguntar, y le colgó.

—Es un buen chico, pero va a haber que sacarle ese manual del colon —comentó a los esclavos que cantaban—. Evidentemente, vosotros tenéis vuestros propios problemas, aunque al menos no dependéis del procedimiento estándar.

Suspiró y miró con desdén la sustancia que le cubría la ropa y la piel. Le picaba y parecía compuesto a partes iguales de moho negro y unas virulentas esporas rojo anaranjado.

Visualizó mentalmente una imagen del sistema cuyo mapa había trazado durante su conexión con los miembros de la secta. Una vez que hubo averiguado cómo funcionaba, todo había resultado ser... Bueno, había resultado ser de una complejidad horrorosa. Sin embargo, al menos ahora lo entendía. Con un giro mental interrumpió todas las diminutas conexiones que convertían las esporas en parte de algo más grande. Se sopló sobre su cuerpo y los copitos muertos se alejaron volando.

Después, le tocó el dorso de la mano a Shantay. Al contacto con sus dedos, unas espirales plateadas se extendieron como líquido por la piel de la estadounidense, aumentaron de tamaño y se unieron hasta que toda ella se convirtió en metal. El pelo crujía y crepitaba un poco al enrollarse el metal siguiendo las curvas de sus muchas trenzas, como una escultura realizada por el artista más diestro y perfeccionista del mundo. El material, al cubrirla, cortaba el moho de la piel, y el alfil empezó a brillar en la penumbra.

Myfanwy observó a su amiga, asombrada; una modelo bañada en mercurio. El dedo que reposaba en el dorso de la mano de Shantay estaba mugriento en comparación con la reluciente perfección de debajo. No obstante, se resistió al impulso de retirarlo y envió otro mensajito a través de la piel metálica para que recorriera su cuerpo. Esta se estremeció como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Una vez, dos veces. Y entonces se sentó y abrió los ojos. Aunque su piel parecía de plata, sus ojos eran duros y brillaban como gemas negras.

—Buenos días por la mañana —la saludó Myfanwy—. Siento no tener ni café ni té, pero es lo que pasa cuando decides echarte una siesta en el lugar de trabajo.

—Eso no ha tenido ninguna gracia —repuso Shantay con voz ronca—. Es como si me hubiera cepillado los dientes con una rebanada de pan rancio.

—Sí, bueno, no te preocupes —suspiró—. Ya he averiguado cuál es el problema.

—¿Así que sabes cómo parar todo esto?

—Claro, tan simple como hacer esto.

Parpadeó.

Y los cánticos cesaron.

—Entonces, ¿qué hiciste exactamente? —preguntó Shantay.

Estaban sentadas en el vestíbulo de un albergue juvenil, rodeadas de estudiantes mochileros

de Australia y América, a la espera de que un coche fuera a recogerlas. Ambas habían insistido en ducharse después de salir de la casa, pero la sede del Checquy en Bath estaba repleta de peones, soldados y médicos, todos intentando hacer cincuenta cosas a la vez. Aunque sin duda se habrían hecho a un lado al ver que Myfanwy tenía un rango superior, lo cierto era que ellos estaban más necesitados. Y como no había habitaciones en ningún hotel («hay una convención o algo así en la ciudad, torre Thomas, lo lamento profundamente»), era el albergue o nada. Al parecer, ya no te dejaban usar los baños romanos, por muy torre que fueras.

—Cuesta describirlo, pero consistía en interrumpir el flujo de instrucciones de los hongos a sus huéspedes. La importante es que conseguí cerrarles la boca y abrir esas pequeñas vainas del sótano en las que tenían encerradas a nuestras tropas.

—¿Sabemos qué intentaban hacer? Quiero decir, además de parecerse a la cosa esa verde que sale en el fondo de mi frigorífico.

—Bueno, ¿no comentó nuestro amigo con espinas que le preocupaba que se propagara? Quizá planeara comerse Bath o algo así. Estaba creciendo. No iba a parar.

—¿Una bomba de moho? —preguntó Shantay, que miró irritada a su alrededor cuando la empujó un universitario que cargaba con una mochila que medía dos veces más que ella.

—Supongo. Pero eso no es lo que me preocupa —respondió Myfanwy, que frunció el ceño un instante mientras meditaba—. Algo raro pasaba con Goblet.

—¿El hecho de que se tratara de un miembro de alto rango de tu organización que, al parecer, pretendía traicionarnos?

—Bueno, reconozco que eso es un poco peculiar —concedió—, pero no.

—¿Quizá que implicara a tu colega en la conspiración delante de una importante representante de un gobierno extranjero?

—Bueno, no sólo eso —repuso, algo irritada.

—¿Y qué me dices de que tengamos que volver a Londres para esa cena y tú estés hecha un desastre?

—No me estás ayudando, que lo sepas. Ah, ahí está el coche. Gracias a Dios.

—Entonces, ¿significa eso que no vamos a probar las aguas? —preguntó el alfil.

### *Norman Goblet*

*A Goblet lo reclutaron para la Finca durante una época de cambios. El currículo y la filosofía de la Finca, en sus orígenes, consistían en una combinación de la mentalidad de posguerra y las tradiciones del Checquy: una especie de híbrido entre campo militar y casa gremial. No cabe duda de que era una mejora respecto al anterior enfoque maestro-aprendiz, pero con el transcurso del tiempo la organización decidió que se necesitaba un nuevo sistema.*

*Se realizaron cambios drásticos. Con esta reforma de la Finca y sus métodos hubo que superar algunos vicios y, en mi opinión, Norman Goblet destaca como uno de los más viciosos.*

*Bueno, mejor dicho, el más vicioso.*

*Reclutado a los doce años, Norman Goblet era el niño mimado de sus profesores. Esta nueva encarnación de la Finca se basaba en el clásico modelo del internado, así que la remodelaron como si de una especie de Eton con tentáculos se tratase. En cualquier caso, en todas las academias de este tipo siempre hay un alumno que sabe encajar mejor que nadie, que acaba siendo el jefe de su casa (sí, por aquel entonces tenían casas, gracias a Dios que las desmantelaron hace un par de décadas), que saca unas notas lo bastante altas para no quedar al final de la clase pero tampoco ser un empollón y que le dora tanto la píldora al director que el hombre acaba asado. Goblet era uno de esos alumnos. Su habilidad para destacar sólo era comparable a su habilidad para adular. Como era de natural pomposo y autoritario, habría sido un miembro ideal para la Corte, así que no fue ninguna sorpresa que lo eligieran capitán de la escuela y que estuviera destinado a la grandeza dentro del Checquy.*

*El hecho de que no estuviera a la altura de lo que prometía fue motivo de gran satisfacción para sus compañeros. Tras algunas actuaciones sin pena ni gloria en el Anexo, lo trasladaron a Bath, que entonces era el emplazamiento con más actividad de las Islas. Entiendo que lo hicieron siguiendo la recomendación de su antiguo director, que estaba deseoso de ver medrar al chico de oro. Aun así, no hubo medra alguna, y se quedó en Bath incluso después de que los acontecimientos sobrenaturales decayeran. Al final lo nombraron supervisor de la región, en parte por pura vergüenza del Checquy y en parte porque estaba claro que allí no podría fastidiarla demasiado.*

*Me reunía con él dos veces al año: una en la sesión de revisión anual en la que todos los supervisores regionales acudían al Tablero y otra en la fiesta de Navidad para los altos cargos. Lo cierto es que no me parece casi digno de mención. Algo amargado, aunque eso lo entiendo. Prácticamente le habían prometido un puesto en la Corte, cosa que jamás ocurrió. Lo que era bueno para el país, pero no tanto para Goblet.*

—Ingrid, ¿vienen todos los cuerpos de Gestalt a la gala de esta noche? —preguntó Myfanwy, que sostenía el móvil con la barbilla mientras examinaba la carpeta morada.

Shantay y ella volaban de regreso a Londres, y estaba intentando encontrar la sección en la que se describían las sanciones por traición. En algún momento había leído aquella parte por encima y recordaba de forma vaga una larga lista de castigos que culminaban con la parte culpable muerta a pisotones por los habitantes de la aldea de Avebury, lo que parecía poco probable, o al menos algo difícil de organizar.

En la casa del moho se había pasado varios minutos intentando averiguar cómo se introducían

las espinas en el cuerpo de Goblet. Después le había echado su abrigo sobre la cabeza, lo había llevado de la mano hasta el exterior y lo había metido en la caravana procurando que nadie viera de quién se trataba; no le apetecía que todos supieran que un miembro de alto rango del Checquy había sido el responsable. Dispuso que lo transportaran al Tablero y lo metieran donde no estorbase. Por otro lado, daba la impresión de que aquel incidente iba a adquirir la categoría de leyenda para los peones. En teoría, en las últimas cuatro décadas no se había producido ninguna amenaza a la que no pudieran hacer frente los barghests, y, de repente, aquella torre escuchimizada... ¿Conoces a Thomas, la niñita delgaducha que una vez vomitó en la piscina de la Finca? Sí, pues entró después de que se comieran al equipo de asalto y salió quejándose de que necesitaba una ducha y una caja de bombones.

Cuando Myfanwy llegó a la caravana, se encontró con su equipo alerta, ansioso y deseando seguir órdenes. De inmediato, un contingente de científicos del Checquy con los bisturís dispuestos había entrado con precaución en la casa después de asegurarles que ya no corrían peligro de que se los zampara nadie. A su vez, un peón armado con motosierras había bajado al sótano y se había pasado media hora muy pringosa abriendo las vainas sobre cuya presencia ella le había avisado; dentro estaban los barghests, todos de un mal humor muy comprensible. A los miembros de la secta los extraían con cuidado de sus capullos muertos, que se volvían grises, y los procesaban para discernir quién coño eran. Mientras, habían cubierto toda la casa de enormes sábanas de plástico para ocultarla de los viandantes, y en ellas habían escrito funestas advertencias sobre la presencia de amianto para así poder recoger muestras en el interior de todo y examinarlas después al microscopio.

—Sí, torre Thomas —respondió Ingrid con calma por teléfono—, al lord y la dama les gusta el efecto de los cuatro cuerpos, y están muy interesados en impresionar a los estadounidenses. Esperan que vista usted algo formal. ¿Me permite sugerirle el vestido carmesí? ¿El que la obligó a comprar aquella griega?

Se hizo un largo e incómodo silencio, puesto que no tenía ni idea de lo que le estaba contando su secretaria. ¿Un vestido carmesí? Qué poco propio de ella. Por lo que sabía, todo lo que había en el armario de Thomas era negro, gris o blanco.

Ingrid suspiró.

—Val me comenta que está en el armario de su dormitorio de invitados, junto con el resto de la ropa que la griega le obligó a comprar y que nunca se pone. Le enviaré instrucciones sobre cómo colocárselo.

—Dios —repuso Myfanwy; hasta aquel momento había estado prestándole atención a medias, pero el comentario la sacó de golpe de su examen del papeleo—. Creía que se iba a tratar de un encuentro pri-vado.

—Bueno, son los miembros de la Corte y sus séquitos —respondió Ingrid—. Y los enviados



del Croatoan con sus séquitos.

—Espera un segundo —dijo Myfanwy, y se volvió hacia Shantay, que estaba ocupada consultando su correo electrónico—. Shan, ¿tienes un séquito?

—Pues claro —respondió ella en un tono que sugería que también poseía una columna vertebral, una nariz y otras cosas que solían darse por sentadas.

—¿Y dónde está? —preguntó—. ¿Por qué no hay nadie revoloteando a tu alrededor? Y no te lo tomes como algo personal, pero ¿por qué no te están entreteniendo para que no tengas que acompañarme a los incidentes?

—Venían en avión, todavía se están instalando en el hotel.

—Ah. Ingrid, ¿estará listo... mi séquito? —preguntó, vacilante. Desde el día en que adoptara aquella vida no había sido consciente de contar con un séquito específico como tal. Quizá Thomas hubiera decidido no tener ninguno.

—Yo tengo cita en la peluquería dentro de una hora —respondió Ingrid—, y les he enviado instrucciones por correo para que sepan cómo peinarla, así que estarán preparados cuando llegue. Otra cosa, ¿le parece aceptable Anthony como guardaespaldas?

—Sí, suena genial.

«Así que Ingrid y Anthony son mi séquito».

—Excelente, entonces acudiremos a su casa media hora antes de la puesta de sol.

—Estupendo —respondió.

«Es como si fuera al baile del instituto».

—¡No puedo ponerme esto! —exclamó, horrorizada.

Val entró trotando en el dormitorio de invitados y se detuvo en seco al ver el vestido que sostenía.

—¡No puede ponerse eso! —exclamó el ama de llaves.

—Sí, lo sé —coincidió Myfanwy, que temblaba de frío en ropa interior, pero que prefería eso a la alternativa.

—Es como si toda la tela que debiera estar arriba hubiera migrado abajo —comentó Val.

—Sí, lo sé —repitió Myfanwy, que se examinó el pecho con aire pensativo y se preguntó cómo iba a mantener aquella prenda en su sitio. ¿Por qué se describía Thomas como una persona tímida y modesta si era capaz de tener un vestido que avergonzaría hasta a una cortesana veneciana? No era que resultase indecente, sino que requería una gran confianza en una misma. Era extraordinaria e innegablemente poco ortodoxo. En cualquier persona habría parecido llamativo, de modo que en Thomas sería de todo punto asombroso.

De hecho, todas las prendas del armario del dormitorio de invitados suponían un drástico cisma con respecto a los claros gustos de Thomas en cuestión de moda. Myfanwy había abierto las puertas y después había tenido que dar unos cuantos pasos atrás, pasmada por la ropa que

había encontrado. En el interior florecía un jardín de colores. Una amplia variedad de vestidos, tanto de día como de noche, y de trajes la esperaba, todo ello diseñado a la perfección y deseoso de que lo miraran.

—¿A qué clase de fiesta va? —preguntó Val.

—Es por trabajo.

—¿Formal?

—Hasta cierto punto.

—Evidentemente. Ya no se ven muchas colas en los vestidos, salvo en las bodas.

«Una boda muy amplia de miras tendría que ser para que la novia llevara este vestido. Incluso podría incluir una noche de bodas en el altar».

—Vamos a reunirnos con los estadounidenses —explicó.

—¡Ah! —repuso la mujer, sin duda reorganizando sus esquemas mentales.

—¿Cómo crees que me caerá?

—Creo que se le caerá en cuanto el primero que pase cerca tire de esto de aquí —respondió, seria—. Aun así, lleva un peinado precioso, y con alguna que otra joya tendrá un aspecto muy especial.

Al enterarse de que se trataba de un acontecimiento internacional, el ama de llaves lo había incluido de forma automática en la misma categoría que los Oscar y, posiblemente, que la Segunda Guerra Mundial. Empezó a dar vueltas por allí como si Myfanwy fuese su hija de camino al baile de graduación. Val, que, como era lógico, conocía mucho mejor que ella ciertos aspectos de la casa, apareció con un joyero del que sacó un gran collar metálico para que ocupara el lugar de lo que faltaba de tela en la parte superior del vestido. En caso necesario, también le podría servir para matar a alguien a golpes al lado de los canapés.

De algún modo, juntas averiguaron cómo se suponía que debía entrar en el vestido y dónde iba cada correa y cierre. Cuando por fin se colocó frente al espejo, ambas se quedaron sin aliento.

—Bueno, bueno —dijo Val.

Era glorioso, de un modo algo extraterrestre. Como si se hubiera bañado en la sangre de diez diseñadores de moda. Los artistas de la peluquería habían sabido a la perfección cómo peinarla y maquillarla a juego con el vestido, que estaba hecho a medida para ella. Todo lo que debía estar cubierto quedaba cubierto. La tela se le ajustaba y se arremolinaba en torno al cuerpo, y aunque odiaba reconocerlo, lo cierto era que estaba fantástica. Se trataba de un vestido diseñado para llamar la atención.

—Parece Cenicienta —exclamó la mujer, asombrada.

—Sí, si a Cenicienta le hubiera dado por el *bondage* y su hada madrina fuera Christian Dior.

—Ojalá tuviera un hombre que la llevara del brazo —comentó Val con tristeza, de vuelta a su papel de madre preocupada.

—Doy gracias porque esta cosa no tenga ni metal ni cuero —repuso ella. «Ni pinchos».

Contemplaron su aspecto un poco más hasta que el timbre de la puerta las sacó de su ensimismamiento.

—¡Bueno, ahí está su coche! —exclamó Val—. ¿Tiene todo lo que necesita?

—Salvo el Kevlar y un arma —respondió Myfanwy, que, con el ajetreo de arreglarse, se había olvidado por un momento de las revelaciones sobre la traición de Gestalt.

—¿Qué?

—Nada, era broma.

Apex House parecía un palacio de cuento de hadas; los focos pintaban sus columnas delanteras de vivos colores con la caída de la noche. El crepúsculo se marchaba justo cuando el coche de Myfanwy llegaba a la entrada. Su guardaespaldas para aquella noche, Anthony, había llegado convertido en un japonés gordísimo que hablaba con un fuerte acento escocés y vestía el traje tradicional de Escocia, aunque su kilt se podría haber usado como funda de cuadros para un sofá y a su morral no le habría ido mal algo de ayuda. Aun así, Myfanwy había tenido la presencia de ánimo suficiente para felicitarlo por su aspecto.

Un chorro incomprendible de sílabas había brotado de los labios del hombre. La interpelada fue incapaz de decidir si se trataba de japonés, gaélico o un extraño híbrido entre ambos, pero sonrió educadamente de todos modos.

Hicieron una pausa en la entrada cuando Ingrid se puso a dar vueltas alrededor del vestido de Myfanwy para asegurarse de que no hubiera ni una arruga. Ella tampoco tenía mala pinta en su vestido morado, aunque no alcanzaba a superar las cotas de exotismo de su jefa.

—No sabe cómo me alegro de que eligiera ese vestido, torre Thomas. Es toda una novedad para usted, pero le sienta bien.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. Seguro que va a atraer unas cuantas miradas.

—Ay... Fantástico.

Recorrieron los pasillos, y allá por donde pasaban los peones y camarleros se apartaban y hacían una reverencia. ¿Se trataba de su imaginación o los empleados masculinos aprovechaban la ocasión para echarle un vistazo a la parte superior de su vestido? A juzgar por las reacciones de las empleadas, las noticias sobre su atuendo llegarían rápidamente al circuito de cotilleos del Checquy. Eso, unido a sus escapadas en Bath, quería decir que su imagen corporativa estaba a punto de sufrir un cambio radical. Detrás de ella, a su derecha, navegaba Ingrid con una expresión de tranquila eficiencia. A su izquierda, Anthony avanzaba en todo su esplendor. Entraron en la sala de recepciones, y los alfiles y caballos ya estaban allí, junto con sus camarleros, todos elegantes y poderosos.

El alfil Grantchester vestía un esmoquin a medida con jirones de niebla oscura enroscándosele artísticamente por brazos y hombros, la cual, además, lo seguía como una estela por toda la sala.

El caballo Eckhart llevaba uniforme militar. El caballo Gubbins también vestía esmoquin, aunque el suyo estaba bastante arrugado, y parecía hacer lo que podía por no adoptar ninguna pose poco digna.

Sin embargo, el que dejó a Myfanwy con la boca abierta fue el alfil Alrich. Lucía un kimono de seda negra con intrincados bordados de un intenso carmesí metálico, tan largo que se extendía por el suelo detrás de él como una cola, aunque no tanto como el vestido de Myfanwy, y de los hombros le brotaban enormes aspas que se arqueaban hacia atrás como hojas de espada. Era un atuendo de extraña y decadente elegancia. El cabello lo llevaba trenzado a la espalda, como una larga cola caoba. Cuando se percató de que lo miraba, le dedicó una sonrisita mientras examinaba cada detalle de su vestido. Al parecer, lo aprobaba, puesto que se le ensanchó la sonrisa.

Entonces llegó Gestalt, sus cuatro cuerpos caminando, fluidos, a la par. Por mucho que a Myfanwy le costara reconocerlo, eran impresionantes. La mente que los dirigía había decidido aprovechar la sorprendente similitud de sus cuerpos y los había vestido igual, con libreas azul oscuro. Examinó a Eliza, la hembra y la única a la que todavía no había visto. Estaba preciosa, con el pelo recogido en un intrincado moño en la parte de atrás de la cabeza. Cuando los cuatro hermanos se volvieron para mirarla, se tensó, aunque no sucedió nada.

El lord y la dama llegaron y recibieron los honores pertinentes, él con su resplandeciente uniforme militar y tantas medallas que casi constituían una armadura, y ella vestida con un clásico vestido de noche. Todo el mundo charlaba con educación y nadie se quedó mirando el atuendo de Myfanwy de un modo que pudiera considerarse grosero. Los camareros se movían entre ellos con cautela para no chocarse con nadie que pudiera destruirlos por accidente; los trajes de Alrich y Myfanwy, en concreto, presentaban ciertas dificultades, dado que se proyectaban de maneras inesperadas. Por fin se anunció la llegada de los enviados croatoans.

El alfil Morales entró el primero, una mujer bajita de ascendencia mexicana apoyada en su bastón y vestida con algo negro y caro, flanqueada por dos hombres, ambos con aspecto de culturistas. Llamaron a Myfanwy para que presentara al alfil a los jefes de la organización. Farrier y Wattleman la saludaron formalmente, y el resto de la Corte se dio a conocer por sí mismo. Entonces entró Shantay, tan maravillosa como cabría esperar teniendo en cuenta que disfrutaba de acceso a todas las tiendas de Rodeo Drive, además de tener una figura que, según algunas de las historias del Checquy, impulsaba a la gente a vender su alma con tal de poseerla.

Se intercambiaron cumplidos mientras los camareros circulaban entre los invitados. A Myfanwy le había preocupado un poco que el salón de baile luciera la misma decoración insulsa que aquella horrenda sala de conferencias. No obstante, se trataba de un espacio enorme con relucientes lámparas de araña, bellas columnas talladas y grandes arreglos florales. El lugar perfecto para una fiesta.

—Pasaremos al comedor en unos quince minutos, torre Thomas —le susurró Ingrid.

Asintió para darle las gracias y volvió a prestarle atención a lo que decía uno de los camareros de Eckhart. Después acabó metida en una conversación con Shantay, Gubbins, Wattleman y Robert Gestalt. El parloteo era tan educado que dolía, y los participantes, en vez de mencionar a los injertadores, procuraban dedicarse a una charla insustancial con la que resultaba fácil manejarse. Las conversaciones sobre la amenaza de dicha organización tendrían lugar al día siguiente, con un orden del día formal y actas, así que Myfanwy se pasó casi todo el tiempo echando vistazos cautelosos al hermano Gestalt y preguntándose cuál sería la mejor forma de revelar la traición. Acababa de decidir pedirle a Ingrid que organizara una cita con Farrier y Wattleman a la mañana siguiente cuando Gubbins, de repente, empezó a gorgear sobre las actividades del día:

—Bueno, alfil Petoskey, me cuentan que hoy ha vivido toda una aventura al acompañar a la torre Thomas en uno de nuestros incidentes. —Shantay captó la mirada de Myfanwy y parecía algo recelosa, como si no estuviera del todo segura de hasta dónde debía contar—. Por supuesto, fue completamente legal, sir Henry —le aseguró Gubbins al lord—. Según los términos del Pacto Sororitas, nuestros primos estadounidenses tienen permiso para asistir a los incidentes.

—Sin duda —dijo Wattleman, que no parecía muy contento con la información—. ¿Y dónde estuvo, alfil Petoskey?

—Pues... —masculló esta, que era la única persona aparte de Myfanwy enterada de la aparente traición de Gestalt al Checquy—. Bueno, en...

—Bath, ¿no? —la ayudó el caballo, solícito.

—¿Qué? —preguntó Gestalt de repente, mirando con los ojos entornados a Shantay y a Myfanwy.

—Oh, sí —siguió diciendo Gubbins, ajeno por completo a la tensión que se palpaba en el aire—. Algo sobre una casa llena de gente que generaba un hongo, ¿no? Me gusta escuchar las transmisiones cuando los barghests salen a una misión.

Gestalt se había quedado rígido. Después, poco a poco, se llevó una mano al interior del abrigo. Myfanwy se le acercó mentalmente para leer con delicadeza sus sensaciones y se dio cuenta de que la torre cogía una pistola. Respiró hondo y se lanzó a la piscina.

—¡Torre Gestalt, la acuso de traición contra el Checquy y el Reino Unido de las Islas Británicas!

Todos guardaron silencio, las conversaciones murieron y las cabezas se volvieron hacia ella. Con unos reflejos felinos, Robert sacó la pistola y le apuntó a la cara. Myfanwy vio que estaba dispuesto a asesinarla y sintió un momento de pura satisfacción cuando él descubrió, perplejo, que no era capaz de apretar el gatillo.

«Oh, sí, eso lo estoy haciendo yo».

Lo miró con las cejas arqueadas, y después se concentró y lo obligó a lanzar el arma hacia un rincón lejano de la sala.

Entonces, como si se le ocurriera en el último momento, lo obligó a lanzarse en dirección contraria, justo sobre uno de los arreglos florales.

Durante un segundo, todos los presentes se quedaron paralizados, incluso sus otros cuerpos, que parecían desconcertados. Acto seguido, el lugar pareció cobrar vida. Se oyó un chillido al otro lado del cuarto cuando uno de los gemelos Gestalt le dio un revés a lady Farrier y empujó a uno de sus camareros para estrellarlo contra un camarero. Una bandeja de aperitivos salió volando. Los otros dos hermanos sacaron sus pistolas y un par de cuchillos de combate de aspecto alarmante, y la hermana abrió fuego sobre una mujer que servía bebidas. Los tres hermanos abrieron la boca y ladraron órdenes. Myfanwy, demasiado absorta en la camarera que caía muerta al suelo, estaba distraída y no pudo captar todas las palabras, aunque sí que oyó «levantamiento» y «acabad con ellos».

En respuesta a sus órdenes, varios de los camareros repartidos por la sala sacaron sus armas y se dirigieron con aire amenazante a los miembros de la Corte. Tres de ellos corrieron hacia Conrad Grantchester. Aquella esquina de la habitación se vio envuelta en sombras cuando el alfil derramó un torrente de humo negro a través de sus poros; la bruma se tragó a Ingrid y Anthony, y Myfanwy entrevió que otras dos personas de morado los atacaban. Oyó toses, personas que se chocaban y las inconfundibles palabrotas de Joshua Eckhart, lo que confirmaba que había conservado todo el vocabulario aprendido de sus deplorables padres. Se oyó el salvaje golpeteo de las armas de fuego y todos se agacharon.

El alfil Morales cogió de la mano a dos de sus camareros y desapareció de un modo tan abrupto que a Myfanwy le dolieron los ojos.

El hermano de Gestalt al que había lanzado contra un enorme jarrón de flores estaba poniéndose de rodillas, chorreando agua, mientras los helechos decorativos le caían de los hombros. «Oh, no —pensó ella—, tú no te vas a meter». Lo golpeó con su mente y lo lanzó por los aires. Después le sujetó mentalmente el cuerpo y le paralizó las articulaciones.

Entretanto, los gemelos habían derribado a los camareros de Shantay con una rápida sucesión de disparos, y Myfanwy vio, horrorizada, que algunos de los camareros del Checquy se habían vuelto contra sus miembros de la Corte: uno de los secretarios de Gubbins había rodeado el cuello de su señor con un cable de acero y estaba estrangulándolo, mientras que el guardaespaldas de Farrier le había dado a esta una patada en las costillas y ahora se alzaba sobre la mujer con un cuchillo. La sala estaba repleta de gente que intentaba matar a alguien. Por suerte, nadie había intentado atacar todavía a Myfanwy, así que se retiró un poco.

Eliza movía la pistola para apuntar a Wattleman, y Myfanwy soltó de inmediato a Robert, agarró mentalmente a su hermana y la paralizó justo cuando iba a disparar. Detrás de ella, Robert

se levantó y empezó a luchar con uno de los guardaespaldas del lord. Myfanwy sentía dentro de la cabeza el forcejeo de Gestalt por liberarse, así que apretó con sus pensamientos a la torre traidora; la vista se le sacudió al mirar a través de los ojos de Eliza.

Durante unos segundos, pudo leerle el cuerpo. Notó los músculos tirantes, las manos con callos en lugares desconocidos y la incómoda sensación de su periodo. Después absorbió más información todavía. Se había hecho la cera en las piernas hacía poco y todavía le quedaban fragmentos de entremeses en los huecos de una muela. Percibía los restos de las heridas sufridas por su cuerpo a lo largo de los años: líneas blancas en los nudillos y en el dorso de las manos, una que le recorría el vientre, y el leve dolor de las cicatrices de unas uñas que le habían arañado la espalda.

Myfanwy la sujetó con fuerza hasta que uno de los camarlangos de Grantchester le dio una patada detrás de las rodillas y la derribó, haciéndole perder un poco el control de Eliza. El hombre le pisoteó los tobillos, ella gritó y, sin querer, soltó a su presa.

Eliza parpadeó unas cuantas veces y después se volvió hacia Wattleman, que se había quedado con la boca abierta, y le disparó en la cabeza. El anciano se derrumbó y cayó en los sorprendidos brazos de Shantay. Unos cuantos metros más allá, Gubbins intentaba zafarse del cable con el que lo estrangulaban. Myfanwy volvió la vista hacia el hombre que la había derribado y lo vio sacarse un cuchillo del abrigo, así que se sobrepuso del dolor que le palpitaba en las piernas, entró en su mente y lo obligó a apuñalarse en el muslo y girar la hoja.

Detrás de ella, Alrich estaba arrancándole las extremidades a uno de sus secretarios.

Era la anarquía, los miembros de la Corte y los camarlangos se atacaban unos a otros por todas partes. Gubbins se dislocó el cuello lo justo para poder sacarlo del cable y aplastarle a la vez la nariz a su atacante.

Eliza había ido a por Shantay y disparaba como loca al alfil estadounidense y al anciano que llevaba en brazos. Por desgracia para Gestalt, Shantay se había cubierto con su piel de reluciente armadura y estaba acurrucada sobre Wattleman para protegerlo; las balas rebotaban en ella creando una lluvia de chispas. Cuando se quedó sin munición, Eliza miró a la mujer metálica que tenía delante y, al parecer, decidió buscarse un objetivo al que poder hacer daño con un cuchillo de combate... y que, además, no pudiera partirla por la mitad. Se dio media vuelta y atacó a un camarlengo que defendía a lady Farrier.

«Eso sí que no», pensó Myfanwy débilmente, y estaba a punto de bloquear las piernas de la mujer para dejarla despatarrada en el suelo cuando notó que unas manos se le cerraban en torno al cuello. El camarlengo traidor que se había apuñalado siguiendo sus órdenes, sin prestar atención al dolor y a pesar de no haber sido capaz de sacarse el cuchillo del muslo, se había arrastrado hasta ella y parecía bastante capaz de estrangularla.

«¡Cabrón!», gritó para sus adentros, y, en un instante de pánico, lo paralizó por completo.



Con las manos todavía aferradas a su cuello.

«Muy bien, perfecto.

Vale, no te dejes llevar por el miedo —se tranquilizó—. Todavía puedes respirar un poco. Vale, ¿cómo conseguiste que aquel gordo soltara el maletín?».

Siguió con cuidado el rastro de su sistema nervioso y descubrió que no era en absoluto normal.

«¿Qué coño es esto? No tiene sentido. Si cometo un error, acabaré estrangulándome».

Procurando no respirar hondo, recorrió los nervios con mucho cuidado para evitar que el hombre apretara más.

Mientras soltaba con cautela los dedos del camarlengo, Gubbins se abalanzó contra un gemelo Gestalt y se enzarzó con él en un combate de horrendas contorsiones. El segundo gemelo se unió al primero, y Myfanwy de repente comprendió cómo había alcanzado Gestalt el cargo de torre. Asombrada, contempló a una sola mente que coordinaba dos cuerpos en una perfecta demostración de artes marciales. Entonces, el tercer hermano se sumó a ellos con unos golpes rápidos como rayos, y todos se sincronizaron para atacar a la vez; Gubbins estaba en apuros, por mucho que se doblara para adoptar posturas imposibles. Le dio un revés a un hermano y, a cambio, recibió un puñetazo en el estómago. Se flexionó, ahora a la pata coja, ahora sobre las dos manos; era un remolino que pegaba a la desesperada a los cuerpos de su compañero de la Corte.

Teddy se tiró sobre él y agarró al caballo por las solapas del esmoquin. En respuesta, Gubbins rodeó con las manos la muñeca y el codo de su atacante y se los retorció con violencia hacia atrás, rodando sobre su propia columna vertebral mientras lanzaba su adversario por los aires. El otro gemelo alargó una mano sin mirar, y Myfanwy vio que los dos hermanos se daban la mano y, como un artista del trapecio, Alex agarraba a Teddy antes de que cayera al suelo. Se giró y lo ayudó a aterrizar limpiamente antes de darle la vuelta y lanzarlo de vuelta hacia Gubbins.

El caballo se defendió con una patada baja, y Teddy dio una voltereta por encima de él que distrajo a su contrincante lo suficiente para que los otros hermanos lo agarraran y le plantaran dos puños en el vientre. Gubbins se dobló y los hermanos tomaron impulso para rematarlo.

Tres puños golpearon a la vez, como martillos sobre carne, y redujeron el cráneo del caballo a pulpa.

Detrás de ellos se oyó un rugido cuando Alrich salió de entre una multitud de atacantes sacudiéndose una niebla roja. Tenía el kimono hecho jirones y sangre corriéndole por los brazos; el alfil era como un ángel vengador en plena matanza. Con un gruñido se dirigió a la melé mientras sus largos dedos puntiagudos se curvaban formando garras.

Gestalt, en una asombrosa demostración de sentido común, decidió huir.

En cuatro direcciones distintas.

—¡Se escapan! —gritó Shantay, que todavía sostenía a Wattleman.

—Y una mierda —graznó Myfanwy.

Por fin había sido capaz de zafarse de los dedos que le rodeaban el cuello, y respiró hondo con ganas. Después lanzó sus pensamientos como loca para intentar atrapar a los cuatro. El esfuerzo le supuso una migraña, pero no los soltó. Cuatro cuerpos tropezaron, aunque era un único intelecto el que luchaba contra ella. Tensó su red y esbozó una sonrisita de satisfacción: lo tenía. Lo tenía y no lograría escapar de ningún modo: no había otro cuerpo en el que colarse, no había otro hermano al que movilizar.

Sin embargo, de repente, la mente desapareció, se le escapó entre los dedos. La actividad mental de los cerebros cesó.

—¿Qué? —gritó Myfanwy, y de la sorpresa perdió el control de sus prisioneros.

Frenética, barrió la zona, pero no logró detectar ni rastro de la torre traidora. Las rodillas de los hermanos se doblaban, aunque entonces se enderezaron; adondequiera que hubiese ido antes Gestalt, estaba de vuelta, y los cuerpos escapaban. Myfanwy desplegó los zarcillos de su psique y, con mucho esfuerzo, atrapó a uno de ellos. Lo rodeó con su mente y después le retorció los sentidos y la percepción de modo que corriera directo hacia una pared y perdiera la consciencia.

«Chúpate esa, cerdo».

Los camarlangos también huían y los otros hermanos se perdieron entre la multitud. Es decir, se perdieron hasta que Alrich salió volando desde el otro extremo de la sala, lo que hizo que la gente se desperdigara como bolos. El alfil agarró a un hermano por el hombro, lo levantó en el aire, le dio una vuelta y lo lanzó contra el suelo con una fuerza increíble. El otro gemelo tropezó con una secretaria muerta, pero llegó hasta la puerta, por lo que tanto Eliza como él desaparecieron mientras el resto de traidores (los pocos que Alrich no había hecho pedazos) bloquearon la salida para evitar que persiguieran a la torre.

Myfanwy los derribó mentalmente y Alrich se asomó a la puerta.

—Se han ido —informó en tono lúgubre.

—¡Mierda! —gritó Myfanwy antes de dejarse caer en el suelo. Dejó escapar un gran suspiro—. ¿Puede alguien quitarme a este hombre de encima, por favor?

—Bueno, el alfil Morales está sano y salvo de vuelta en Miami —dijo Shantay tras cerrar su móvil—. Nuestros superiores me informan de que se supone que debo volar de regreso a los Estados Unidos mañana e informar de vuestras decisiones de esta noche. —Se dejó caer en el sofá al lado de Myfanwy y se quitó los zapatos con un par de patadas. Un camarero se le acercó con discreción—. Tomaré un *gin-gin mule* —le indicó.

El camarero inclinó la cabeza con educación y miró a Myfanwy.

—Sí, yo también —le dijo ella mientras intentaba no hacer caso del médico que le miraba los tobillos.

Justo después del caos, se había preguntado si los dirigentes del Checquy deberían marcharse a un lugar seguro. ¿Había que informar al primer ministro? Farrier había descartado sus sugerencias «hasta que hayamos decidido qué queremos contar», así que el grupo al completo se había trasladado a una sala de recepciones anexa que se asemejaba al salón de baile, salvo por la evidente falta de cadáveres y sangre. Ya sólo quedaban diez personas de la fiesta original, y cuatro médicos las atendían.

Tres camareros leales habían sobrevivido a la batalla. Ingrid y una de las secretarías de Gubbins estaban de pie contra la pared, incómodas, a pesar de las repetidas invitaciones a sentarse de distintos miembros de la Corte. La dama Farrier estaba sentada al lado del guardaespaldas de Wattleman, un pelirrojo alto, y ambos tenían un ojo morado. También sostenían cócteles idénticos y parecían igual de cabreados.

—¡Es que no puedo creerme que hayan asesinado a más de veinticinco personas en una función oficial del Checquy! —exclamó Wattleman, furioso. El anciano se había sacudido la bala de la cabeza y le molestaba bastante que los demás asistentes a la fiesta no hubieran hecho lo mismo—. No había tenido lugar una matanza de semejante magnitud en el Checquy desde... desde... —Miró a Myfanwy en busca de ayuda.

«¿Qué pasa, que también soy la historiadora del grupo?», gruñó para sus adentros, irritada. Rebuscó en su memoria alguna información relevante y no obtuvo nada.

—Desde hace siglos, señor —respondió, rotunda.

—¡Exacto! —exclamó él—. ¡Siglos! ¡Y precisamente cuando recibíamos a unos invitados tan distinguidos!

A Myfanwy le fascinaba que lo que lo más airara al hombre no fuera el intento de asesinato de los miembros de la Corte, sino que Gestalt y su gente hubieran roto las reglas del decoro al hacerlo durante una recepción oficial. Y delante de los estadounidenses.

—Sí, resulta sorprendente lo poco que parecían importarles las reglas de cortesía y las leyes de este reino, en general —comentó Eckhart con sorna. En medio de la batalla, Myfanwy lo había visto agarrar una bandeja metálica con bebidas, fundirla entre sus manos y transformarla en puñales. Ahora estaba enroscándose el metal en las muñecas, convertido en brazales—. Después de todo, por eso Thomas acusó a Gestalt de traición.

—Sí —repuso el alfil Grantchester en voz baja desde un sofá mullido en exceso. No se le veía ni una arruga en el esmoquin y le daba pequeños tragos a su martini con una calma inquietante—. Es un punto interesante. Debemos seguir el protocolo. Torre Thomas, ¿en qué basabas tu acusación?

—¿Que en qué la basaba? —repitió ella, incrédula—. ¿Es que cree que he acusado a un hombre inocente? ¿Y que ese hombre inocente decidió liderar un motín espontáneo en plena hora del cóctel? ¿Con armas que, por casualidad, llevaban encima? Sí, tengo pruebas de su traición,

pero si vamos a seguir el protocolo, ¿no creo que la tradición dicte que uno de los dirigentes de la organización deba estar comiendo salchichitas mientras yo presento mi informe!

Cuando terminó su diatriba, se dio cuenta de que estaba gritando y todos la miraban.

—Al parecer, a la torre Thomas le han salido dientes a juego con el vestido —comentó con ironía el alfil Alrich.

—Con lo que queda de él, al menos —dijo Farrier con remilgo—. Aun así, ambos están en lo cierto. Torre Thomas, no es a ti a quien se juzga. No obstante, nos gustaría saber en qué ha estado metida Gestalt, aparte de volver en nuestra contra a mis secretarios y humillarnos delante de nuestros invitados.

—Y de asesinar a un miembro de la Corte —añadió Eckhart—. ¿O se le ha olvidado que mi hermano caballo yace muerto en la sala de al lado?

Nadie habló durante un instante; todos recordaban el cuerpo maltrecho de Gubbins que habían dejado cubierto con un mantel salpicado de sangre.

Myfanwy tuvo que reflexionar a toda prisa. Necesitaba ponerlos al día, aunque había algunas cosas que no podía arriesgarse a contar. Así que les habló de todo lo sucedido en Bath y mencionó que la habían atacado hacía una semana, de ahí sus ojos morados. No estaba segura de que ambos sucesos estuvieran relacionados, pero sí que resultaba sospechoso.

También evitó mencionar lo de su pérdida de memoria.

—¿Y crees que fue Gestalt? —exclamó Wattleman—. ¿Que los miembros de mi propia Corte están intentando asesinarse entre sí?

—Y con éxito —señaló Alrich, sombrío—. Gubbins está muerto y casi todos los camarlangos presentes eran traidores o han acabado asesinados. O ambas cosas.

El alfil se examinaba con tristeza la ropa hecha trizas, aunque no se había molestado en lavar la sangre que lo cubría ni había aceptado una copa.

—¡Sí! ¿Qué me decís de eso? —inquirió Farrier—. Me preocupa mucho la cantidad de camarlangos más que hay dispuestos a apuñalarme. Dios, que cualquiera de ellos estuviera dispuesto a hacerlo resulta... inquietante. Pero ¡tantos! ¿Deberíamos acompañar a la salida a los que quedan?

—Dama Farrier, que esta gente estuviera dispuesta a perder la vida para protegernos debería ser prueba suficiente de su lealtad —comentó Myfanwy, contundente.

No dejaría que nadie le quitara a Ingrid. La dos habían encontrado a Anthony bocabajo en el suelo, muerto tras recibir veinte puñaladas y con su absurdo tartán morado casi negro a causa de toda la sangre derramada. Habían llorado un poco juntas y habían ido de la mano de una sala a la otra.

—Supongo —repuso Farrier, vacilante—. En cualquier caso, los han registrado, ¿no?

—Ahora mismo no importa —dijo Alrich—. Y, además, algunos llevaban sus armas dentro

del cuerpo. Vi al menos a tres camarlengos sacarse cuchillos de bolsas ocultas bajo la piel y sentí un par de sus golpes. Ninguna persona normal es capaz de pegar con tanta fuerza.

Myfanwy estuvo a punto de mencionar la peculiar musculatura modificada de su estrangulador, pero decidió guardárselo... No quería que nadie se fijara en que ahora estaba dispuesta a usar sus habilidades.

—Pero seguro que los examinan a fondo—intervino Shantay—. La política del Croatoan se basa en la suya: los camarlengos no tienen poderes.

—¡Por supuesto que los examinamos! —soltó Eckhart—. Por dentro y por fuera. Y el análisis es lo más exhaustivo posible.

—Y puede ser pero que muy exhaustivo —masculló el guardia del ojo morado.

—Entonces debe de tratarse de modificaciones posteriores —comentó Shantay, emocionada—. Cambios deliberados en sus cuerpos. Pero nadie puede realizar esa clase de modificaciones. Nadie, salvo...

Dejó la frase en suspenso, horrorizada.

—Los injertadores —terminó Myfanwy por ella—. Los injertadores se han infiltrado en la organización.

A la revelación siguió una pausa terrible durante la que los presentes se miraron con aire suspicaz. «¿Acaso todos los miembros de la Corte esperan que otro miembro de la Corte se saque un bazuca de alguno de sus orificios?», se preguntó Myfanwy.

—Si la integridad del Checquy se ha visto comprometida, cualquier camarlengo podría ser un traidor —dijo Farrier, un comentario que era tanto paranoico como obvio. La mujer lanzó miradas ansiosas a Ingrid y al resto.

—Quizá deberíamos matarlos a todos —sugirió Myfanwy alegremente. Tras otro silencio meditabundo, se dio cuenta, horrorizada, de que Eckhart se lo estaba planteando—. ¡Por amor de Dios! ¡Que era broma!

—El caso es que tal vez sea necesario —dijo Grantchester despacio—. No podemos permitirnos albergar traidores entre nosotros.

—¡No podemos permitirnos matarlos! —exclamó Wattleman—. ¡La organización se derrumbaría!

—¿Y quién sabe? Quizás alguien tenga escrúpulo por asesinar al personal —le susurró Myfanwy a Shantay. Se sentía como si sus padres la estuvieran avergonzando delante de su mejor amiga—. En cualquier caso —dijo en voz más alta—, no podemos dar por supuesto que los infiltrados se limitan a los camarlengos. Después de todo, Gestalt era un traidor. Cualquier individuo con poderes podría estar trabajando para los injertadores. Cualquiera de nosotros.

—Pero no otro miembro de la Corte, sin duda —dijo Wattleman con voz débil.

—Es imposible estar seguro de lo que ha sucedido con esta organización —repuso

Grantchester. El aire que lo rodeaba se oscureció. Al parecer, cuando se estresaba perdía un poco el control de sus habilidades. Curiosa, intentó leer sus sensaciones; dentro del cuerpo del alfil era como si le bullera agua helada justo debajo de la piel y le saliera por los poros—. ¿Quién sabe hasta dónde llega la infección?

La pregunta quedó flotando en el aire.

—Bueno, hay una persona que sí lo sabe —murmuró pensativa.

—Ingrid, eres consciente de que estamos a domingo, ¿verdad?

—Sí, torre Thomas.

—Tú y yo vamos por los páramos yermos del sudoeste de Escocia a visitar una cárcel un domingo por la mañana —dijo Myfanwy mientras miraba por la ventanilla de la limusina.

El vehículo estaba en medio de un convoy bastante grande de guardaespaldas que debían proteger a la torre durante su desplazamiento. Había dos limusinas blindadas, en una de las cuales viajaban Ingrid, ella y dos guardias de honor; en la otra se encontraba un peón septuagenario con la habilidad de respirar cianuro y sudar gas lacrimógeno. También había cuatro hombres bien armados en moto, una furgoneta llena de soldados y un satélite que seguía su recorrido desde su posición, a muchos kilómetros de altura.

Myfanwy se había sentido un poco avergonzada ante la idea de viajar con un pequeño ejército, pero Joshua Eckhart y el director de seguridad Clovis habían insistido, mencionando la necesidad de aumentar la protección. Ambos le aseguraron que confiaban en esos hombres, en parte porque los guardias tenían poderes y habían pasado por el proceso de adoctrinamiento de la Finca, pero, sobre todo, por las terribles amenazas con las que los habían asustado si algo le pasaba a Myfanwy.

De hecho, se trataba tan sólo de parte de las medidas de seguridad añadidas en los dos últimos días para proteger a la Corte. En cuanto Clovis llegó a Apex House la noche del ataque, proclamó que no se les permitiría regresar a sus casas en el futuro inmediato, sino que a partir de entonces residirían en sus pisos vigilados de las tres sedes. Y a todos se les habían entregado botones del pánico. Las distintas instalaciones del Checquy repartidas por el país estaban en aislamiento, y todos los miembros de la Corte se encontraban bajo la constante protección de dos guardias de honor cada vez que salían de sus alojamientos. Incluso cuando estaban en sus despachos, había dos en la puerta.

—Sí, torre Thomas.

—¿Hmmm? —repuso Myfanwy con aire ausente.

—Sí, las dos vamos por los páramos yermos del sudoeste de Escocia a visitar una cárcel un domingo por la mañana. Son tiempos desesperados —aclaró Ingrid.

—Sí, Clovis dijo que no habíamos llegado a este nivel de seguridad desde que aquellos

espeluznantes críos rubios daban vueltas por Winshire. Insistió en que había que tener controlados a todos y cada uno de los peones y camarlangos. Y eso que no hay ni comparación con lo que están haciendo los estadounidenses: en su última llamada, Shantay me contó no sé qué sobre disparar a cualquiera que no supiese cuál era la capital de Bélgica.

Desde el regreso a Washington D.C. del alfil estadounidense, las dos habían hablado varias veces por teléfono. Shantay estaba supervisando la protección de las figuras más importantes de su país y, aunque bromeara con lo de la capital de Bélgica, lo cierto es que el despliegue de medidas de seguridad a ambos lados del Atlántico resultaba impresionante. Myfanwy era muy consciente de ello, puesto que había tenido que firmar para aprobar muchas de aquellas medidas.

Unas cuantas personalidades habían recibido discretos protectores del Checquy, se había aumentado la seguridad en las fronteras y también el nivel de alerta por terrorismo, lo que seguramente habría desconcertado a todos los terroristas humanos. Mientras ella se dirigía a Escocia, Farrier y Grantchester se reunían con un comité secreto compuesto por el primer ministro, el ministro del Interior, el ministro de Defensa, los directores del MI5 y el MI6, la regente y el heredero al trono. Myfanwy no les envidiaba la tarea de explicarles el problema.

Abrió la enorme carpeta morada y hojeó su contenido hasta dar con la entrada sobre la cárcel del Torreón de la Horca.

### *El Torreón de la Horca*

*Era la mansión ancestral de una desconocida familia de nobles escoceses que se las apañó para cabrear al rey. Traición o algo así. Así que los despojaron de sus tierras y bienes, los vendieron como esclavos y entregaron la casa al Checquy, que no le prestó ninguna atención hasta que se les comentó el detalle de que quizá fuera buena idea hacer algo con el regalo del rey.*

*Se trata de un castillo de aspecto adusto en medio de ninguna parte, lo que lo convierte en el sitio ideal para que el Checquy aparque a algunos de sus indeseables. En realidad, el lugar perfecto sería una isla en otro planeta, pero como alternativa no está nada mal.*

*La razón por la que se llama el Torreón de la Horca es que, antes de establecer las instalaciones actuales, los enemigos con forma humana del Checquy solían acabar colgando del extremo de una soga. Incluso ahora, todavía organizamos unas cuantas ejecuciones en la horca. Y por decapitación. Y con estaca. Y en la hoguera. Y mediante inmersión en cubas llenas de destilado de anguila. El método que sea necesario, en general. El Torreón de la Horca es más bien una institución penitenciaria temporal que se emplea hasta que el Checquy decide que el sujeto no tiene redención posible.*

*Por fuera, la mansión presenta todo el aspecto de encontrarse a la espera de que aparezcan los ingleses para exigir a los habitantes la entrega de sus vírgenes, así como de cualquier*



*cabeza de ganado o moneda que pueda haber por allí. Sin embargo, por dentro es supersofisticada, con lo último en cámaras de seguridad y grilletas de plomo.*

*Es donde metemos a los enemigos a los que no podemos matar.*

—Echo de menos a Anthony —suspiró Ingrid con tristeza.

Myfanwy levantó la mirada, sorprendida. No era nada propio de su secretaria mostrar tanta emoción.

—Era un buen hombre —coincidió con ella.

«Sólo lo vi una vez, pero parecía agradable. Y Thomas lo aprobaba. Además, ahora que estamos en Escocia podría encontrar a alguien que me explicara qué coño decía».

—El director de seguridad Clovis está buscando un sustituto —continuó su secretaria—. Le pregunté si podría asignarnos a otro guardaespaldas incomprensible. Los viajes en coche con él eran muy relajantes.

«¿Estará borracha?», dudó Myfanwy antes de decidir que la sensiblería de su secretaria no era más que la combinación de aquel paisaje tan lúgubre y la falta de sueño. Ingrid sacudió la cabeza.

—En fin, falta poco para llegar al Torreón de la Horca —concluyó.

—Sí —suspiró su jefa—. Seguro que mantenemos una charla muy agradable. Lo único que necesito es ponerme la cara de dar miedo.

—¿Tiene una cara de dar miedo? —inquirió Ingrid, escéptica.

—Sí —respondió Myfanwy, indignada—. Claro que tengo una cara de dar mucho miedo.

Ingrid la examinó durante un momento.

—Entonces, le aconsejaría quitarse la rebeca, torre Thomas —sugirió con mucho tacto—. Es posible que las flores de los bolsillos resten efectividad a su amenaza.

—Torre Thomas —saludó Gestalt.

Quedaba claro que las últimas treinta y seis horas habían sido muy malas para los cuerpos de Gestalt que el Checquy había logrado retener. Myfanwy estaba en la habitación en la que tenían encarcelado al gemelo, antes tan pulcro y ahora algo arrugado, y un par de fríos ojos azules la miraban con odio. Había ordenado a sus dos guardaespaldas que se quedaran fuera, y estos habían accedido porque la puerta era de cristal y podían ver lo que ocurría dentro. Uno de ellos le sujetaba la rebeca, que se había quitado en el último minuto para sustituirla por una chaqueta de aspecto mucho más oficial, aunque también menos cómoda. Como sus movimientos estaban restringidos a la residencia segura del Tablero, había pedido a un mensajero del Checquy que se la trajera de su armario del dormitorio de invitados de la casa antes de salir para Escocia. Ahora

descubría que tenía una especie de corsé cosido en el interior, así que estaba muy derecha. Con suerte, así resultaría un poco más intimidatoria.

—Gestalt, tienes buen aspecto —dijo—. Quiero decir, todo lo bueno que podría tener alguien con ese encantador aparato. Lo que significa que estás hecha una mierda.

Estaba inmovilizada con un cepo, el cual se enganchara a la pared mediante unas gruesas barras de hierro, y las manos y la cabeza le asomaban por los agujeros. Por otra parte, una esfera de malla de alambre le rodeaba la cabeza, como si alguien intentara mantenerlo a salvo de unas abejas muy gordas.

—Dios mío —comentó Myfanwy, alegremente—, no quieren correr ningún riesgo, ¿eh? Lo único que falta para completar la imagen es un grillete en el tobillo con una gran bola de hierro colgando y una máscara de hockey.

—Si te digo la verdad, no sé para qué se molestan —respondió.

—¿Porque te quedan muchos otros cuerpos rondando por ahí?

—Exacto.

—Aun así, ya no tienes acceso a la mitad de ellos, ¿verdad? Quiero decir, hace tres días había cuatro hermanos corriendo por ahí, libres para hacer lo que les viniera en gana, y ahora sólo quedan dos. Tenemos aquí al cuerpo Teddy y al cuerpo Robert en la habitación de al lado. Un poco humillante, ¿no te parece?

—Todavía me quedan el doble de cuerpos que a ti —repuso Gestalt, sarcástica.

—¿Y crees que me afecta esa falta? Te aseguro que los demás no estamos deseando tener un par de cuerpos extra. Nadie te envidia por eso. Aun así, no es la razón por la que he venido a hablar contigo.

—Ya me parecía a mí. ¿Me vas a preguntar por el paradero de mis otros cuerpos?

—No, claro que no —le aseguró Myfanwy—. Al menos, todavía no. El doctor Crisp quiere que lo traigan de inmediato para interrogarte. Todavía no te ha perdonado del todo que intentaras estrangularlo. Y cree que tu fisiología única supone un desafío maravilloso. Pero todavía lo necesitamos en Estados Unidos y, de todos modos, contamos con un bonito bufé de torturadores aquí mismo, en nuestras instalaciones.

—¡Tortura! —se burló—. Eres consciente de que puedo abandonar este cuerpo, ¿no? No tengo más que salir de él y meterme en otro.

—Ah, sí, lo sé. Después de todo, te vaciaste por completo la otra noche, ¿no? Cuatro hermanos y ni un cerebro entre ellos. Aunque tampoco es que en circunstancias normales hubiera gran cosa —añadió Myfanwy con voz dulce.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Quería ver si deseabas contarme algo por voluntad propia.

—¡Estarás de broma! —exclamó—. Si no pienso contar nada si me torturan, ¿por qué

demonios iba a contarte algo por voluntad propia?

—Hay cosas peores que la tortura —respondió ella con una sonrisita. Se había pasado todo el camino desde Londres estudiando las posibilidades, y su creatividad le había sorprendido—. Al fin y al cabo, quizá tengas cuatro cuerpos, pero estoy bastante segura de que estás emocionalmente unida a todos ellos. Ahora bien, puedes elegir responder a mis preguntas por voluntad propia o que te cercenemos varias extremidades con una motosierra, también por voluntad propia.

Gestalt estaba observándola fijamente.

—Nunca has tenido menos de cuatro cuerpos con los que trabajar, ¿verdad? Así que seguro que tener sólo dos te está volviendo loca. Sin embargo, al menos los que tenemos todavía están ilesos. —Hizo una pausa para darle efecto dramático—. ¿Qué te parecería meterte en un cuerpo sin ojos ni orejas ni extremidades?

»Por supuesto, no estarías presente durante el procedimiento en sí (no sentirías el dolor, así que, técnicamente, no es tortura), aunque seguro que te haría daño el mero hecho de saber que están abusando de tu cuerpo. Quizá sea uno entre muchos, pero no deja de ser tuyo. No tendríamos que mutilarlos a ambos. Incluso, puede que logremos organizarlo de tal modo que veas cómo sucede. Que veas cómo te destrozamos.

—¡No serás capaz! —gritó—. ¡Como me toques, te mato!

—Yo te mataré primero —le prometió Myfanwy, fría—. Te mataré dos veces, si me apetece.

—¡Te odio! ¡Te odio! —exclamó, hasta que ella se le metió dentro y lo silenció.

—Tienes que callarte un momento —dijo.

Por un instante le preocupó que Gestalt se marchara, incapaz de tolerar la manipulación de su mente, pero los ojos azules seguían mirándola con rabia.

—Bien, vamos a pensar —sugirió, y frunció los labios—. Me pregunto cuántas personas estarán implicadas en este pequeño motín tuyo. Sé que no son sólo los camareros de la recepción de la otra noche. Después de todo, tuve el placer de conocer al señor Goblet. Así que ¿por qué no me cuentas algo más sobre tu operación en Bath?

Myfanwy soltó su boca y, a cambio, recibió una sarta de obscenidades. La silenció de nuevo.

—Precioso. Además, me encuentro con la alarmante prueba de que has estado confraternizando con los inyectadores. Teniendo en cuenta los castigos que impone el Checquy a sus agentes por traición, ¿quieres hablarme de eso?

No quería, pero al menos esta vez no hubo palabrotas. Parecía algo mareada, eso sí, aunque no se le podía culpar por eso. Había leído cuáles eran los castigos por traición y por confraternizar con los inyectadores, y se le revolvía el estómago al pensar en ellos. Lo cierto era que, en comparación, sus amenazas resultaban hasta compasivas. «Con razón estuvo a punto de estrangular a Crisp cuando encontramos al primer infiltrado —recordó—. Debía de aterrorizarle que

descubriéramos a la organización».

—Quizás exista la posibilidad de lograr clemencia. Si hablas, claro. La Corte no quiere ver a uno de los suyos sometido a tortura, y menos hacerlo pasar por el sufrimiento de las penas por asociarse con la Broederschap. Pero no puede haber secretos, Gestalt. Por ejemplo, ¿adónde fuiste anoche, cuando saliste de los cuerpos? ¿A algún pequeño escondrijo espiritual? ¿A una casa de vacaciones psíquica? Fue una estupidez por tu parte, porque ahora sabemos que hay algo más de lo que parece.

—No soy la única con secretos —le soltó—. ¿Crees que nadie se percató de que manipulabas a la gente desde el otro extremo de la sala? Si no recuerdo mal, todos creíamos que tenías que tocar a alguien para obligarlo a obedecerte. Aunque también se suponía que no tenías las agallas suficientes para hacerlo. ¡Es una de las razones por las que nos esforzamos tanto por meterte en la Corte!

«Ah —se relamió Myfanwy—, por fin empieza a hablar».

—¡Sí! —graznó Gestalt, triunfante—. ¡Ahora saben lo de tus poderes y descubrirán todos tus secretos cuando te abran en canal!

—¿Querías tenerme en la Corte?

—¿Una niñita débil y llorona que no levantaría la nariz de los libros de cuentas? Por supuesto que te queríamos allí. Y no fue fácil.

—Bueno, gracias a Dios que os esforzasteis tanto. Ahora yo estoy aquí y tú estás... En fin, vestida con algo que parece una mezcla entre una jaula de conejillo de indias y una trampa para osos.

—No por mucho tiempo. Se volverán las tornas y entonces serás tú la que se preocupe por motosierras. ¡Y sólo tienes un cuerpo!

—Estoy temblando —se mofó, desdeñosa—. Mira, me he acurrucado en posición fetal. Sólo que no.

—Recuerda que estoy aquí, pero también estoy ahí fuera —repuso—. Libre. Puedo ir a tu casa y pasármelo en grande.

Myfanwy intentó parecer tranquila, aunque por dentro sintió una punzada de miedo. A pesar de todas las advertencias de su predecesora, no dejaba de pensar en los cuerpos de Gestalt como si fueran personas distintas.

—Quizás albergues el sueño de destronar al Checquy —dijo en tono frío—. De recuperar tus cuerpos. Lo que sea. —Vio un ansia repentina en los ojos de Gestalt—. Pero te aseguro que a la primera señal de problemas, les pegaré un tiro a estos dos cuerpos. Lo haré en persona. Teddy y Robert volverán a ver la luz del día sólo si colaboras conmigo. Ya hablaremos de nuevo cuando hayas tenido tiempo para meditarlo.

»Pero piensa deprisa, Gestalt. Los torturadores están organizando su agenda y quieren

empezar mañana. El tiempo se agota.

Dejó escapar un ruidito como de vibración de sierra e imitó el gesto de cortarse la mano por la muñeca mientras arqueaba las cejas y la miraba. La furia se apoderó del gemelo, que intentó abalanzarse sobre ella a pesar de sus ataduras. Miró a Myfanwy a los ojos, y ella aprovechó la oportunidad para apoderarse de él.

*A través de un par de ojos contemplaba con atención la pantalla de un ordenador en un cuarto oscuro. Notaba un dolor sordo en la mejilla y le dolían los nudillos. Tenía un vaso de ginebra en la mano y un plato de queso sobre el escritorio.*

—¡Sal...

*A través de otro par de ojos, dormía. Una manta eléctrica le calmaba los músculos y unas sábanas suaves le acariciaban la piel.*

—... de aquí...

*A través del tercer par de ojos se miraba a sí misma, y sintió el frío hierro alrededor del cuello y las muñecas.*

—... zorra...

*A través del cuarto par de ojos vio una puerta. Estaba sentada en una cama dura, con las rodillas contra el pecho. Las luces de arriba iluminaban poco, y la franja de luz bajo la puerta le quemaba los ojos.*

—... de...

*A través del último par de ojos veía la televisión. La habitación estaba bien iluminada y era cómoda, con ventanas que daban a un río. Se comía una zanahoria y levantó la vista cuando una mujer alta de penetrantes ojos azules entró en el cuarto.*

... mierda!

Se interrumpió el contacto, y Myfanwy dio un tembloroso paso atrás. Se sentía como si hubiera atravesado varios kilómetros corriendo. Sudaba, le latía el corazón con fuerza y la

rodillas apenas la sostenían. Por instinto, se dobló, y las puntas de su chaqueta con corsé se le clavaron en las costillas. Tomó aire, jadeante, y se obligó a enderezarse. Gestalt y ella se miraron a los ojos, ambas con la respiración entrecortada. Ninguna dijo nada, y entonces Myfanwy retrocedió de espaldas hasta salir del cuarto. La mirada de Gestalt seguía fija en ella, hirviendo de rabia.

—¿Le ha sonsacado algo? —le preguntó Ingrid por encima del cuenco de sopa.

El alcaide había insistido en proporcionarles un comedor para que tomaran algo y se había excusado con timidez cuando Myfanwy le pidió un poco de intimidad. Al otro lado de la puerta estaban el peón tóxico y los dos guardias de honor, y tres guardaespaldas colgaban por detrás de las ventanas, suspendidos de cuerdas. Myfanwy había insistido en que miraran hacia fuera.

—Puede —respondió.

—¿Le ha sacado algo a usted?

—Quiero creer que no.

—¿Ha averiguado lo de su pérdida de memoria? —preguntó Ingrid como si nada.

Myfanwy la miró, sorprendida. Dejó caer su mente sobre el cuerpo de Ingrid, bloqueándolo todo salvo la voz, la vista y el oído.

—Supongo que debía de habérmelo esperado —dijo su secretaria—. En la oficina se rumorea que ahora puede controlar a la gente sin tocarla.

—¿No lo comprobaste en persona? —inquirió Myfanwy—. Obligué a un hombre a apuñalarse con un cuchillo delante de toda la Corte.

Habló en tono duro con la esperanza de que comprendiera que, de desearlo, podría obligarla a hacer lo mismo. Ciertamente, lo que sostenía Ingrid era una cuchara, pero estaba segura de que podría improvisar.

—Bueno, no olvide que en ese momento estaba ahogándome y pataleando dentro de la nube que había creado el alfil Grantchester —aclaró la mujer.

—Por supuesto.

Tras aquellas palabras se produjo una pausa en la que Myfanwy se sintió incómoda, mientras que Ingrid parecía muy satisfecha consigo misma, a pesar de tener los músculos paralizados.

—En fin, sobre ese comentario sin importancia que has dejado caer...

—Su amnesia —apuntó su secretaria, servicial.

—Sí, eso. Aunque prefiero no pensar en ella en esos términos.

—¿Prefiere no pensar que su absoluta falta de memoria es amnesia?

—¿Te parece poco razonable?

—Pretendo ser precisa, torre Thomas.

—Y, aun así, me llamas torre Thomas.

—Usted se hace llamar torre Thomas.

—No nos enfangemos en detalles insignificantes —pidió—. ¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde la noche que entré en mi despacho y me encontré a la torre Myfanwy Thomas hecha un ovillo en el suelo, llorando y mascullando que sus recuerdos se desvanecían. —Myfanwy la miró con la boca abierta—. Era la otra Myfanwy Thomas, claro —añadió—. La que era usted antes de que usted fuera usted.

—Ajá.

Ingrid la miró sin apartar la vista y dejó escapar el suspiro más grande que le permitió su cuerpo inmóvil.

—Muy bien —dijo—, esto es lo que ocurrió.

*Era tarde, y a Ingrid no le hacía gracia encontrarse en el ascensor del Tablero. Su hija mayor, Amy, viajaba de vuelta en tren desde York (donde iba a la universidad) para pasar el fin de semana, así que estaba deseando llegar a casa. Cuando salió con el coche del aparcamiento subterráneo y esquivó a un manifestante nocturno, se dio cuenta de que había dejado el regalo de su hija en el cajón de su escritorio. Una irritación más en lo que había sido un día excepcionalmente largo y molesto.*

*Primero habían tenido que encubrir a toda prisa el paso de una arpía huida por el centro de Stoke-on-Trent. Después, averiguar a última hora que uno de los informes que debían enviarse aquel día al primer ministro incluía varios errores y tenía que repasarse de forma exhaustiva. Se sentía culpable por haber dejado a Thomas sola en la oficina, ya que la pequeña torre estaba todavía examinando la versión final del informe, pero su jefa sabía de la llegada de Amy y la había instado a marcharse.*

*«En serio, Ingrid, vete —había dicho—. Ya casi he acabado con esto. Cuando termine, le daré el visto bueno y el mensajero de la torre enviará la copia física directamente al número 10. Después me subiré a la residencia y dormiré allí. Has cancelado mi coche, ¿verdad?».*

*Ingrid sonrió y asintió.*

*«Pues, entonces, buenas noches, torre Thomas —se despidió—. E intente descansar un poco este fin de semana».*

*«¿Hmmm? —repuso Thomas, absorta de nuevo en el informe—. Oh, sí. Y tú también, Ingrid. Que te diviertas con tu familia».*

*Vio que la torre concentraba toda su atención en el documento que tenía delante y se apartaba el pelo de la cara con aire ausente. La secretaria sacudió la cabeza, ya que sabía que su jefa se pasaría gran parte del fin de semana en el despacho. Sintió una punzada de pena,*



*aunque se fue a paso ligero. Casi todo el personal se había marchado ya y le gustaba la tranquilidad a media luz que se respiraba en los pasillos.*

*De camino a la salida pasó junto al Departamento de Publicaciones y vio que todavía había luces encendidas y varias cabezas inclinadas sobre papeles leyendo sin parar. En aquel momento, mientras caminaba a toda prisa de vuelta a su despacho para recuperar el regalo de Amy, todos guardaban sus cosas para irse. Estaba claro que la torre Thomas había aprobado el informe y lo había enviado, a salvo en la garganta de Toby, que aquella noche era el mensajero de la torre.*

*«Como esa mujer no se haya ido a la residencia —pensó—, como me la encuentre leyendo otra cosa, le confisco los marcadores fluorescentes y la envío a la cama».*

*No salía luz por debajo de la puerta, lo que probablemente significaba que Thomas se había retirado a la residencia, donde lo más seguro era que siguiera trabajando. «Bueno, al menos no está en el despacho», murmuró Ingrid para sí. De repente, le sorprendió un sonido inesperado, un movimiento donde no debería haberlo.*

*Era una secretaria que había entrado en el Checquy no después de varios años de riguroso entrenamiento en la Finca, sino al cabo de dieciséis años de funcionaria. No poseía más poderes inhumanos que un abundante sentido común y una gran capacidad para mantenerlo todo organizado. Sin embargo, una década en el Checquy le había enseñado lo impredecible que era la vida. Aquel sonido podía ser cualquier cosa. Entró con precaución en su despacho y prestó atención por si oía algo más antes de abrir la puerta, despacio.*

*—¿Torre Thomas? —susurró.*

*Las luces del despacho estaban apagadas y, cuando palpó en busca del interruptor y las encendió, le alivió un poco comprobar que no había nadie dentro. Se asomó con aire culpable al despacho de su jefa, pero también estaba vacío, y el retrato que servía de puerta a la residencia estaba cerrado. Suspiró e intentó decidir qué hacer. ¿Estaba segura de haber oído algo? ¿Merecía la pena molestar a Thomas?*

*Un ruido procedente del baño privado de su jefa la sacó de su dilema. Se acercó con cuidado a la puerta en la que habían retratado a una torre antigua con una gran peluca empolvada y ojos compuestos. Se le pasó por la cabeza hacer algo sensato, como salir del despacho y cerrar la puerta con llave. Podía llamar a seguridad o buscar a un miembro del Checquy con poderes para que la ayudara. El único problema era que, cuando trabajabas para una organización como aquella, aprendías que las ideas tradicionalmente racionales acababan resultando innovadoramente estúpidas. Como la historia de la mujer de la limpieza que abrió el armario porque había oído gritos lastimeros saliendo de él. O Declan, el contable, al que le había parecido que lo mejor era retroceder en silencio e intentar pedir ayuda cuando el calamar de tierra portugués apareció contoneándose por el pasillo. Sin duda, en aquellos momentos ambas*

*decisiones parecerían sabias, pero la mujer de la limpieza había acabado estéril y ciega, mientras que los susurros de Declan por teléfono habían conseguido que el calamar se sintiera amenazado. Como resultado, el contable había acabado teñido de morado para siempre y, además, se había visto obligado a aprender a manejar una calculadora con la lengua, puesto que ya no tenía brazos.*

*Ahora Ingrid oía unos susurros quejumbrosos procedentes del cuarto de baño, y reconoció la voz de inmediato. Giró el pomo y abrió la puerta. Tirada en el suelo, frente al lavabo, estaba la torre Thomas hecha un ovillo, con las rodillas contra el cuerpo mientras temblaba sin parar. Ingrid dio un paso atrás, conmocionada.*

*Thomas tenía los ojos muy abiertos y los labios de color rojo sangre. No, se corrigió, horrorizada: aquellos labios que susurraban con tanto frenesí no estaban simplemente rojos, sino ensangrentados y despellejados. Era como si alguien le hubiera restregado por la boca un papel de lija muy fino.*

*—Todo se derrumba —gimió—. Me rompo.*

*—Oh, Myfanwy —jadeó, aterrada—. ¿Qué le ha pasado?*

*—Mis pensamientos —susurró esta con desesperación. Miró a Ingrid, y la asustada secretaria vio que le caían hilos de sangre de los labios—. Se alejan. Me los ha arrebatado a lametazos, y ahora se van.*

*—¿Qué? ¿Quién le ha hecho esto? —preguntó, y se arrodilló para acercarle una mano temblorosa. Thomas dio un respingo para apartarse de ella—. Myfanwy, voy a buscar ayuda. Llamaré a seguridad y a los médicos...*

*Ingrid se calló cuando su jefa la agarró del brazo con una fuerza sorprendente.*

*—No puedes porque no es así como tiene que ser —repuso Thomas, frenética—. Hoy es el día, y tengo que irme. Además, no puedo confiar en nadie, puede que los envíen a matarme. Hay un traidor. Hay... —Frunció el ceño—. Ya se ha ido. —Enterró el rostro en las manos—. Se ha ido. Por fin lo sabía. Por fin sabía quién era y... ¡Maldita sea! —chilló. Ingrid dio un bote del susto y vio que la joven la observaba con ojos ardientes; después miró a su alrededor, desesperada—. ¿Has oído eso?*

*—Tenemos que sacarla de aquí —dijo con voz enérgica—. Quienquiera que sea sabrá dónde encontrarla.*

*—Hay una puerta. Una puerta en el despacho.*

*Se puso de rodillas como pudo, aunque todavía temblaba como un flan.*

*—¿La que da a la residencia?*

*—No, por ahí entraron ellos —respondió Myfanwy con el pánico pintado en los ojos—. Algunos ya están muertos y otros, conmocionados, pero sé que pueden venir más. —Se enderezó*

— Han llegado otros a la residencia, los percibo. La puerta está cerrada con llave, pero eso no los detendrá.

—¿Hay gente muerta en su residencia?

—Por favor, ayúdame a llegar al despacho —insistió sin prestar atención a la pregunta.

Con un gran esfuerzo, se apoyó en la pared para levantarse y se tambaleó, así que Ingrid corrió a sujetarla. Cuando los poderes de Thomas le recorrieron el cuerpo, notó que se le tensaban los músculos y luego se le relajaban de golpe. Por un momento miró a través de los ojos de la joven y se vio a sí misma. Le ardían los labios y el dolor le desgarraba la cabeza. Entonces, todo volvió a su sitio.

—Lo siento —masculló Thomas débilmente.

—No pasa nada. No se preocupe por eso. Venga, ¿al despacho?

—Deprisa. Ya llegan.

—¿Está segura?

—Los percibo.

Miró a su jefa a los ojos. Aunque el Checquy estaba compuesto, en teoría, por gente muy reservada, lo cierto era que se trataba de una comunidad relativamente pequeña. Las características y las limitaciones del talento de Thomas eran por todos conocidas.

—¿Los percibe? —La miró y vio que unos oscuros moratones empezaban a rodearle los ojos —. Dios mío.

—Deprisa.

Juntas consiguieron llegar hasta el despacho y, una vez allí, Ingrid se dirigió a los retratos, expectante.

—No —negó Thomas—, ahí no.

Caminó dando tumbos hasta una esquina del cuarto y retiró la moqueta. En el suelo había empotrada una trampilla metálica con un teclado. La torre se arrodilló con torpeza, introdujo un código, y la puerta de metal se deslizó con suavidad para dejar al descubierto unas escaleras de caracol muy empinadas y estrechas que desaparecían en la oscuridad.

—¿Adónde llevan? —preguntó Ingrid.

El descubrimiento de una trampilla oculta en un despacho en el que había entrado cientos de veces la había desconcertado un poco, pero esa noche no estaba en el primer puesto de la lista de acontecimientos sorprendentes.

—Aparcamiento —respondió la torre—. Zona privada del aparcamiento al otro lado de la calle.

—¿Aparcamiento... de coches? —preguntó, incrédula—. ¡No puede conducir en este estado! ¡Si apenas consigue mantenerse en pie!

Thomas abrió la boca para decir algo, pero después hizo un brusco gesto para darle la

razón. Se sacudió del hombro la mano de Ingrid y se balanceó un poco, aunque siguió erguida, se llevó las manos a los lados de la cabeza y respiró hondo, con el aliento entrecortado. Entonces, ante la horrorizada mirada de su secretaria, los ojos se pusieron en blanco. Ingrid se mordió el labio y supuso que se trataba de algo intencionado.

Transcurrieron un par de minutos en los que la mujer no dejó de volver la vista atrás, ansiosa, a la espera de que el responsable del terrible estado de su jefa saliera de detrás de un retrato provisto con armas de todo tipo. Entonces, sin previo aviso, la torre empezó a sufrir convulsiones. Todavía de pie y con las manos a los lados de la cabeza, daba la impresión de que el resto de los músculos de su cuerpo se sacudieran con violencia. Ingrid se quedó donde estaba, impotente, temiendo incluso tocarla por si sus poderes la inutilizaban. Al final, cesó el ataque y Thomas recuperó la conciencia.

—Ya está —dijo, con la respiración alterada. Tenía la mirada fija y parecía mucho más controlada que antes.

—¿Ya está? —repitió Ingrid—. ¿Que ya está el qué? ¿Qué ha pasado?

—Le he hecho algunas cosas a mi cerebro. Es algo que no había hecho nunca y, probablemente, no haya sido buena idea. Pero creo que me queda algo de tiempo antes de perderla por completo.

—¿Perder el qué?

—La memoria —contestó—. Así que tengo que irme. Ahora. Mientras todavía pueda.

—¡Espere! No olvide la chaqueta, que está diluviando.

La torre captó su mirada y las dos mujeres se sonrieron al recordar todas las veces que le había recordado ponerse el abrigo.

Thomas permitió que Ingrid la ayudara con la chaqueta y después empezó a bajar por la trampilla, aunque levantó la mirada cuando la secretaria le sujetó la muñeca.

—Me ha dicho que sabía quién había sido —dijo la mujer con urgencia—. ¿Quién le ha hecho esto?

—Lo siento, pero no tengo ni idea de qué me hablas —respondió, y arrugó la frente. Se quedó mirando a Ingrid por un momento—. Gracias —logró articular con torpeza—. Por todo.

Después se concentró en la complicada tarea de descender por los escalones. Desapareció y la trampilla se cerró sobre ella.

En el exterior, la lluvia caía con más fuerza.

—Y esa fue la última vez que la vi —concluyó—. Salí del despacho de inmediato y corrí por la escalera de incendios hasta llegar al aparcamiento, me metí en el coche y recogí a mi hija en la estación. Después me pasé todo el fin de semana con las puertas y las ventanas cerradas, a la espera de que sonara el teléfono. No sonó, así que el lunes fui al Tablero. Cuando entró usted, no

sabía qué pensar.

—Y no dijiste nada —señaló Myfanwy, cautelosa.

—No.

—¿Por qué?

—¿Con quién iba a hablar? —inquirió ella a la defensiva—. ¿Con usted? No sabía lo que había sucedido, aunque los labios y los ojos parecían los de la torre Thomas. Me había dicho que estaba perdiendo la memoria... Pensé que quizás usted fuera ella y que sólo había olvidado los últimos días. No tenía ninguna intención de contarle nada a la torre Gestalt, claro. Y cualquier cosa que le dijera a los alfiles o a los dirigentes del Checquy no serviría más que para meter en más problemas a la torre Thomas.

—¿Y tanto te importaba Myfanwy Thomas?

—Al parecer, sí que me importaba —respondió la secretaria. Hizo una extraña pausa—. Me importa. —Las dos mujeres se sonrieron con cautela.

—De manera que desapareció sin más por una escalera de caracol —comentó Myfanwy al fin.

—Sí.

—Creo que tenemos que echarle un vistazo a esa ruta de escape —declaró, abstraída—. Quizás encontremos alguna pista sobre lo que sucedió.

—¿Qué sucedió? Llevo muerta de curiosidad desde entonces.

—Bueno —respondió Myfanwy tras tomar una decisión. Liberó a Ingrid de los poderes con los que la atenazaba, y la mujer se dejó caer un poco al notar que se le soltaban los músculos—. Abrí los ojos y estaba bajo la lluvia...

Fue una narración selectiva de la que eliminó toda mención a Bronwyn. También procuró no revelar cuánta información le había dejado su predecesora.

—Así que no es usted una planta —comentó Ingrid—. Al principio me preocupaba un poco tener una invasión de los ultracuerpos en el despacho de al lado.

—¿Y qué te hizo cambiar de idea?

—A una planta no se le habría dado tan rematadamente mal imitar a la torre. Sobre todo teniendo en cuenta que, asumámoslo, no era tan difícil de reemplazar. Sólo hacía falta mantener la cabeza gacha y parecer sumisa. Estaba bastante segura a las cuatro horas de verla aparecer. Lo supe con certeza en la recepción. La torre Thomas que yo conocía jamás se habría puesto el vestido carmesí. Por eso le sugerí que lo hiciera.

—Entonces, ¿crees que alguien más lo sospecha? —preguntó Myfanwy con cuidado. También se había guardado el detalle de que Farrier estuviera al corriente de quién era y quién no

era. Ingrid suspiró y se restregó los ojos.

—La verdad es que no lo sé —respondió con cansancio—. Son tiempos difíciles. He estado leyendo, y los injertadores son la única fuerza que ha estado a punto de vencernos en serio alguna vez. Estuvieron muy, muy cerca de lograrlo. Y ahora, de repente, aquí están, y da la impresión de que llevan mucho tiempo entre nosotros. Richard Whitlam, ¿lo conoce? —Myfanwy negó lentamente con la cabeza—. Bueno, la antigua torre Thomas lo conocería. Todo el mundo lo conocía. Un tipo encantador. Fue ayudante del alfil Alrich durante treinta años. Lo reclutaron en la universidad y siempre fue muy amable con los nuevos camarlangos. Se esforzaba al máximo por hacernos sentir bienvenidos. —Sonrió—. En mi primer día, el hombre bajó a la oficina y me regaló un cactus, el que todavía tengo en el escritorio. Un tipo encantador, muy amable y leal hasta la médula al Checquy. —Suspiró—. En la oficina se rumorea que, en la recepción, desenvainó un estilete de hueso e intentó apuñalar al alfil.

Miró a su jefa, impotente.

—Si un hombre como ese —continuó—, un hombre que protegía el sueño de un miembro de la Corte, un hombre cuya lealtad jamás se puso en duda, un hombre querido..., puede ser un injertador, entonces no sé qué podemos hacer. Porque, torre Thomas, desconozco si los miembros de la Corte son conscientes de esto, pero... los injertadores ya conocen nuestros secretos.

Fue como si de pronto cubriera una nube negra, porque Ingrid estaba en lo cierto: todavía conmocionados por el ataque durante la recepción, la Corte había perdido de vista la imagen de conjunto. Temían que sus secretarias y sus mujeres de la limpieza los apuñalaran. Sin embargo, lo único que las secretarias y las mujeres de la limpieza debían hacer era abrir las puertas principales y dejar entrar a los injertadores.

Corrección: al resto de los injertadores, porque ya estaban allí.

—Esta gente no es infalible, Ingrid —repuso Myfanwy con un gran esfuerzo por mantener la calma—. Lo que ocurrió en la recepción no estaba planeado. No están preparados para una rebelión a gran escala.

—¿No cree que meter armas escondidas en Apex supone una preparación considerable? ¡Podrían habernos matado a todos!

—Si se tratara de la Cámara de los Comunes, quizá, pero esto es la Corte del Checquy. Enfrentarse a Eckhart armados con una daga y una pistola es como ponerse delante de un tanque armados con una barra de mantequilla. Dudo que una organización con siglos de antigüedad que estaba a punto de infiltrarse decidiera llevar a cabo un golpe de estado usando el equivalente a plumeros. Puede que estén preparándose para hacerlo y por eso llevaron las armas encima, pero, si planean un golpe, lo de la recepción no salió según lo previsto. No, eso fue porque desvelé las intenciones de Gestalt.

—Entonces, ¿cree que la torre Gestalt estaba detrás de todo? —preguntó Ingrid, animándose un poco—. Si era el que dirigía la infiltración...

—Significa que en todos estos siglos los injertadores no han logrado perfeccionar su don para detectar el talento. Gestalt será muchas cosas, pero le falta sofisticación para dirigir un golpe. He leído los archivos y sé que la ascendieron al puesto que ocupa en la Corte por sus extraordinarias habilidades de combate.

—Por supuesto, y por eso la ascendieron a usted, también, para equilibrarlo —respondió su secretaria, que al parecer había olvidado por un instante que la persona promocionada no era la que tenía delante—. Todo el mundo sabía que necesitaban a alguien que se dedicara a dirigir de verdad el Tablero y las operaciones en territorio nacional.

—Sí, bueno, también necesitaban a alguien que no se impusiera demasiado —repuso con sarcasmo—. A Gestalt se le escapó ese detallito cuando me puse la cara de dar miedo: fueron los injertadores los que me metieron en la Corte.

—No basta una persona para ascender a alguien a ese puesto. Ni siquiera una con cuatro cuerpos.

—Entonces, ¿qué estás insinuando? —preguntó Myfanwy con un mal presentimiento.

—Estoy diciendo que hay más traidores en la Corte.

—¿Torre Thomas? —La voz de Ingrid, vacilante, brotó del intercomunicador.

—¿Sí? —chilló Myfanwy desde su escritorio, donde estaba concentrada en el análisis de la investigación sobre los injertadores y lo que la traición de Gestalt implicaba.

—Su móvil está sonando en mi escritorio, donde lo dejé para cargarlo —respondió Ingrid en tono acusador.

—¿Puedes responder, por favor? —preguntó su jefa, consciente de que aquel informe lo examinarían las Cortes de dos naciones, así que no le apetecía mucho que sonara como si lo hubiera escrito una imbécil. Procuró hacer caso omiso del profundo suspiro que le llegó a través del intercomunicador.

—Es una tal señorita Bronwyn —la avisó Ingrid, con la insinuación implícita de que, si Myfanwy había estado dispuesta a confiarle el secreto de su amnesia, también debería estar dispuesta a informarla sobre cualquier persona que llamara preguntando por «la señorita Myfanwy Thomas».

—Ah, sí, pásamela.

Guardó su documento, se levantó del escritorio y salió a recuperar su móvil, esquivando con cautela las inestables pilas de papeles que cubrían casi todo el suelo. Desde que regresó de Escocia, se había dedicado a revisar los archivos personales de los camarlengos traidores en busca de alguna pista. Hasta el momento no había dado con ninguna revelación deslumbrante, aunque sí que se habían producido unas memorables avalanchas de documentos. Ingrid se negaba en redondo a seguir llevando papeles al despacho, y un miembro del personal de limpieza había estado a punto de sufrir un ataque de histeria cuando le pidieron que limpiara el polvo.

—Hola, ¿Bronwyn?

—¡Buenas! ¿Cómo te va? Me llegó tu mensaje sobre tu crisis en el trabajo.

—Bueno, la cosa está un poco más controlada, aunque todavía hay bastante estrés en el ambiente.

—Así que es algo gordo. En fin, que hace cinco días que te fuiste a Escocia.

—¿Cinco días? —repitió Myfanwy—. ¿En serio?

—Pues sí, estamos a viernes. Por eso he llamado. ¿Quieres salir esta noche? Unas cuantas nos vamos de picos pardos y se me ha ocurrido que, si no estabas ocupada, te podrías venir.



—¿De picos pardos? ¿Qué picos? —preguntó

—¿Qué?

—¿Es un arma nueva?

—¿De qué estás hablando? —preguntó la chica cuyo mundo no giraba en torno a la seguridad sobrenatural.

—¿Y de qué estás hablando tú? —inquirió la chica cuya vida social giraba en torno a salir de vez en cuando a comer por ahí y visitar emplazamientos a rebosar de malicia paranormal.

—A ir de picos pardos, de juerga...

—Ah... Hmmm... —repuso Myfanwy con cautela.

—No parece muy entusiasmada —comentó Bronwyn, algo herida.

—Oh, no —respondió a toda prisa—. Es que acabo de recordar que creo que nunca he ido de picos pardos.

—¿En serio? Ah, vale —añadió su hermana al recordar la historia falsa que Myfanwy le había contado—. Bueno, pues deberías venir. Quiero decir que es un buen momento, y mamá siempre decía que las chicas Thomas nacieron para bailar. A no ser que... —Dejó la frase en el aire, incómoda.

—¿Qué?

—Bueno, he recordado lo que me contaste... Que te ponía un poco nerviosa salir.

«¿Qué? —dudó, desconcertada—. Ah, vale, mi supuesta agorafobia».

—No, la verdad es que debería intentar salir —afirmó con rotundidad—. Deja que compruebe un par de cosas. —«Como averiguar cómo salir de aquí sin escolta»—. Después te llamo.

Las hermanas acordaron que Myfanwy llamaría más tarde y que, si al final salía, Bronwyn no albergaría ninguna expectativa poco realista sobre su habilidad con el baile.

—Ingrid, ¿tengo alguna reunión programada para esta noche? —le preguntó su jefa por el intercomunicador.

—Torre Thomas, ya sabe que todas sus citas deberían pasar por mí —fue la cortante respuesta.

—Está pasando por ti.

—Bueno, se supone que esta noche debería llamar al alfil Petoskey de Croatoan.

—Le enviaré un correo electrónico a Shantay y le diré que la llamaré mañana —decidió. «Me mataría si se enterara que he dejado escapar una oportunidad social de verdad por hablar sobre trabajo con ella un viernes por la noche»—. Y, por favor, avisa al director de seguridad Clovis de que me quedo en la residencia, así que no necesito que me prepare ningún guardaespaldas. Ah, y a ver si puedes conseguirme una linterna y una pistola.

—El director de seguridad Clovis viene de camino para hablar con usted sobre la seguridad interna.

Ingrid pasó a modo hipereficiente. Para cuando llegó Clovis, los escritorios y las sillas estaban hasta arriba de una estrafalaria gama de armas de fuego. Myfanwy tenía la vista clavada en la pantalla del ordenador, además de una torre de archivos sobre el regazo.

—Buenas tardes, torre Thomas —la saludó. De pie entre las tambaleantes pilas de papeles, era una figura de inmovilidad exquisita.

—Buenas tardes. ¿Te importaría cerrar la puerta para que Ingrid no se reviente un tímpano intentando escuchar lo que decimos? —Un bufido de irritación les llegó desde el vestíbulo—. ¿Cómo estás, Clovis?

—Ocupado, Myfanwy. Acabamos de terminar el diseño del nuevo protocolo de seguridad. Vamos a examinar a todos los miembros del Grupo Checquy en busca de implantes de los injertadores.

—Ah, vaya, eso está bien.

—Sí, salvo que supone someter a todos los miembros de la organización a unas pruebas físicas desagradables, largas y muy invasivas. Hay que hacerlo en nuestras instalaciones, así que el personal médico va a pasarse unos cuantos meses con sobrecarga de trabajo. Verás, hasta que hayamos inspeccionado a todos los médicos, tendremos que colocar grupos de tres observadores al azar en las salas para asegurarnos de que los examinadores no alteren las pruebas. Y todos los médicos de la organización, además de un doctor civil elegido al azar, tendrán que coincidir en el veredicto de cada prueba. Por tanto, vamos a enviar los resultados a treinta y cinco médicos repartidos por el mundo. Creemos que es muy poco probable que todos los facultativos del Checquy sean topos de los injertadores. Y si lo son, bueno, nos queda el civil.

—Joder —comentó ella, no muy convencida—, parece muchísimo trabajo.

Él asintió, brusco.

—Intentamos ser lo más exhaustivos posible. Evidentemente, no hay nada que garantice que todos los agentes de los injertadores tengan implantes, pero los traidores de la recepción los tenían, así que vamos a empezar por ahí. Y antes de examinar a los médicos revisaremos a los miembros de la Corte. Empezando mañana. Así que prepárate.

—Genial —respondió Myfanwy con una profunda falta de entusiasmo—. No hay nada como un sábado dedicado a pruebas físicas desagradables, largas y muy invasivas. Programa las mías para por la tarde, porque tengo que recuperar tiempo de sueño.

—Muy bien. Por supuesto, habrá guardias en las puertas de tu oficina hasta entonces.

—Ya me siento más segura. ¿Café?

—Gracias, pero tengo que volver al trabajo. Todo el mundo lleva de los nervios desde la semana pasada, y tengo que supervisar los exámenes de tus médicos. Cambiando de tema, ¿te importaría explicarme por qué tienes el despacho lleno de armas de fuego? ¿Es que temes una rebelión de los trámites?

—Oh, no. Pienso usarlas como pisapapeles.

Cuando Clovis la dejó sola en la habitación llena de armas, llegó el momento de lanzarse a la piscina. Dejó con cuidado la enorme pila de carpetas sobre el escritorio y se abrochó a la cintura la pistolera que le había suministrado Ingrid. Cogió sin mucho convencimiento la pistola seleccionada y, tras revisar a toda prisa un manual de instrucciones sobre armas de fuego (también suministrado por su secretaria), se acercó con sigilo a la esquina que Ingrid le había comentado a principios de semana.

Un rápido vistazo al directorio de pasadizos secretos de la carpeta morada le había confirmado que dicho pasadizo existía, y tras una cautelosa exploración había descubierto cómo levantar la punta de la moqueta. Sin embargo, había estado tan ocupada investigando sobre camarlangos traidores que no había tenido la oportunidad de estudiar la ruta de escape de Thomas. Ahora se asomaba con indecisión a la intrincada trampilla del suelo. Se fijó, con un leve escalofrío de consternación, en que había gotas de sangre sobre el teclado.

Introdujo «230500» y la puerta se abrió para dejar al descubierto una escalera de caracol muy estrecha, como las que se encuentran en las torres de las iglesias. La examinó con la esperanza de dar con un interruptor de la luz. Nada. Bueno, no le extrañaba. Por eso había pedido la linterna. Aun así, la idea de descender por aquel profundo agujero en tinieblas no le resultaba demasiado atractiva. No pudo evitar acordarse de que a su antecesora la habían visto por última vez bajando aquellas mismas escaleras.

Entre el momento en que Thomas cerró la trampilla detrás de ella y el instante en que Myfanwy abrió los ojos en el parque a oscuras, Thomas había abandonado el edificio, huido por medio Londres y sufrido el ataque de unos agentes bien entrenados. Pensó en los moratones que se encontró al examinarse el cuerpo en el hotel aquel primer día: había recibido una paliza salvaje. ¿Le habría ocurrido en ese pasadizo, en la oscuridad?

«Tengo que bajar ahí —decidió—. Tengo que ver si queda algo, alguna pista. Quizás averigüe quién la atacó.

Además, quizá consiga salir a jugar con Bronwyn esta noche».

De nuevo comprobó que llevaba la pistola en la cadera y la linterna colgando de una correa en la muñeca. Se preparó y empezó a bajar por los peldaños. Estaba claro que el pozo se había añadido al edificio mucho después de su construcción, ya que apenas había sitio suficiente para estar de pie. De no haber sido tan menuda, se habría visto obligada a ponerse de lado para descender. Respiró hondo, se dijo que no era el mejor momento para desarrollar claustrofobia y se sumergió en la oscuridad.

—¿Qué clase de capullo habrá diseñado esto? —se preguntó Myfanwy en voz alta mientras bajaba con cuidado las escaleras.

No sabía bien cuántas plantas había bajado ya, pero se les tenía que estar acabando el Hammerstrom. Las piernas le estaban matando y se había arañado la espalda varias veces al estrecharse el conducto. Resultaba evidente que lo habían construido para adaptarse a los caprichos del edificio más que a la comodidad de la persona que lo usara. Para cuando llegó al fondo, estaba polvorienta, rozada y muy cabreada. No obstante, encontrar un interruptor de la luz a un lado la aplacó un poco.

—Una decoración encantadora —comentó mientras las luces fluorescentes se encendían entre titubeantes parpadeos.

El pasillo era simétrico a ambos lados. Las paredes eran de bloques de hormigón y el suelo, bajo una capa de polvo, del mismo material sin pulir. Le recorrió un escalofrío de miedo al ver unas pisadas en el polvo que se alejaban del pie de las escaleras. Sacó la pistola y se dispuso a seguir sus propias huellas por el pasadizo.

Estaba claro que, a pesar de la neurocirugía que se había realizado ella sola, el estado de Thomas debía de deteriorarse a medida que avanzaba. En cierto punto había caído de rodillas y apoyado las manos en el suelo para levantarse. Más adelante había pequeñas manchas de sangre, y Myfanwy se acarició las rodillas al recordar que las tenía peladas la primera vez que se miró en el espejo. Rebuscó en su cerebro alguna sensación de *déjà vu*. Nada.

Mientras caminaba con cautela, el silencio la inquietó. ¿Hasta qué profundidad habría llegado? Era como si se hubiera pasado toda la vida bajando por aquellas escaleras, aunque sin ningún indicador resultaba imposible saberlo. Aun así, según Ingrid, aquel estrafalario pasadizo conducía a un aparcamiento, así que siguió adelante.

Aparte de la humedad, había algo desagradable en el aire. «¿A qué huele?», se preguntó. Le despertaba un cosquilleo en la cabeza, no un recuerdo, sino más bien algo instintivo. El túnel torcía a la derecha en ángulo recto y frenó, cauta. El olor era más fuerte, y notó que la garganta se le contraía de tal modo que no descartaba en absoluto la posibilidad de vomitar.

«Esto es absurdo —se reprochó—. Cuento con poderes aterradores. ¿Por qué voy a depender de una pistolita ridícula que he cogido porque me ha parecido mona? No la necesito. —La tiró hacia atrás, desdeñosa—. ¡Claro que sí! Acabé con una casa entera de extraños miembros de una secta fúngica que habían devorado a tres equipos de fuerzas especiales sobrenaturales. Soy la caña. —Se paró y desplegó sus sentidos en busca de alguna señal de vida—. Vale, nada. Al menos, nada que pueda detectar —murmuró para sí, inquieta—. Pero entonces, ¿por qué huele tan mal aquí abajo? Algo asqueroso vaga por los túneles sobre los que se encuentra mi despacho, algo invisible a mis admirados poderes.

Mierda.

¿Dónde está mi pistola?».

Tras retroceder sobre sus pasos, recogió el arma del polvo y prestó atención a lo que la rodeaba. Silencio sepulcral. Como seguía asustada, a pesar de sentirse un poco absurda sostuvo la pistola con ambas manos y dobló la esquina de un salto, aterrizando en una postura que indicaba que estaba preparada para abrir fuego sobre lo que fuera.

—Ay, gracias a Dios.

«No te preocupes, no es ningún monstruo raro, sino tres cadáveres putrefactos», intentó tranquilizarse mientras devolvía sobre su linda pistolita. Tras limpiarse la boca y sacudir el arma para quitarle parte del vómito, se acercó con precaución a los muertos. Todos vestían ropa morada, aunque estaban empapados de fluidos corporales. «Qué asco».

Uno de los cadáveres se encontraba un poco apartado de los otros dos y, a juzgar por los dos grandes agujeros que le veía en el pecho, le habían disparado. «Supongo que le dispararía el otro tío. El que parece que... Sí, parece que se ha disparado a sí mismo —concluyó—. La pista me la da el enorme revólver que tiene contra la sien. Contra la sien que le queda.

Vaaale, deja que lo analice con calma. Thomas está intentando huir por este pasillo. Entonces aparecen estos tíos en sentido contrario. Creen que está enajenada, drogada o lo que sea. Además, todos saben que no tiene poderes. Así que la agarran, y ella obliga a uno de ellos a disparar a los otros dos y después suicidarse. Thomas sigue camino del aparcamiento y deja esas huellas que continúan por el pasadizo.

Dios. Bueno, buen trabajo, Thomas».

Y con ese elogio mental a su predecesora, esquivó con cuidado los cadáveres y reanudó su camino por el túnel.

A pesar de los muertos putrefactos, se animaba por momentos. El aire era cada vez más fresco y, aunque las pisadas de Thomas se arrastraran un poco, aunque encontrara una horquilla tirada en el suelo, bueno, Myfanwy ya sabía cómo acababa la historia. En aquel preciso instante estaba interesada en los detalles. «Debería averiguar si esos camarlangos llevaban identificación. Aunque ni de broma pienso tocarlos sin guantes».

Al final llegó a una puerta metálica con un teclado, donde volvió a introducir el mismo código. La puerta se abrió, y ella entró en el aparcamiento y miró a su alrededor con curiosidad. Como el túnel, estaba bien iluminado, aunque no se veía polvo en el suelo. Una puerta automática ocupaba una pared casi entera y, más allá, tal como le había contado la carpeta, había un aparcamiento público desde el que podía salir en coche fácilmente y sin que nadie se fijara en ella.

Se concentró en el interior del lugar. Había cinco coches envueltos concienzudamente en sus fundas. «Eso es obra de Thomas, sin duda —infirió Myfanwy al recordar las sábanas que protegían los muebles del polvo en el piso franco al que había ido—. Siempre cuidando los

detalles». Esbozó una sonrisa arrepentida al recordar su trabajo como torre. Ingrid le había confirmado que tenía el mismo talento que su predecesora: el mismo ojo para las minucias y la misma capacidad para sumergirse en la información.

Retiró una de las fundas y contuvo el aliento. «Da igual qué traje elija hoy para salir, con este coche me basta para echar un polvo». Era rojo y tenía todas las curvas que a ella le faltaban. «¿Quién iba a saber que bajo la rebeca con flores bordadas de Thomas latía el corazón de una amante de los coches? ¿Serán todos así?». De hecho, no lo eran, aunque estaban bastante limpios y cuidados. Una berlina, un Mini, un Land Rover, una camioneta, una moto. «Ya veo, un vehículo para cada ocasión. Supongo que no necesito un taxi —pensó mientras abría la puerta del coche rojo y veía que las llaves de contacto estaban puestas—. A ver si todavía sé conducir un coche con cambio manual». Pulsó el botón del mando a distancia y la puerta automática del garaje privado se deslizó hacia el techo.

Justo antes de salir a la zona pública del aparcamiento, le llamó la atención un espacio vacío y una funda tirada en el suelo: aquella plaza la había ocupado un vehículo hasta que se lo llevó otra mujer con su mismo cuerpo.

—¡Hola, chica! —la saludó con entusiasmo Bronwyn cuando abrió la puerta de su piso y se encontró con Myfanwy—. ¡Estás estupenda! Salvo por la ropa.

Las hermanas se abrazaron con cierta torpeza.

—¿Qué puedo decir? He venido directa desde la oficina. Y podría ser peor: tienes suerte de que sea viernes y toque vestimenta informal.

De hecho, iba con traje, pero había pescado unos vaqueros bien planchados y una camiseta negra del armario de la residencia.

—Pues tu oficina debe de estar hasta arriba de polvo. Supongo que los vaqueros valdrán, pero vamos a buscarte un *top* mejor. Entra.

Bronwyn la invitó a pasar a su apartamento, que resultó estar bastante desordenado y, sin duda, compartido por dos personas muy distintas.

—Perdona el lío. Como no está Jonathan, disfruto de la libertad de dejar mis cosas tiradas.

Myfanwy se fijó en los rollos de tela que había en el sofá y en la máquina de coser instalada en la encimera de la cocina.

—Voy a terminar de arreglarme —anunció la chica mientras desaparecía por un pasillo—. Y te buscaré algo.

Myfanwy miró a su alrededor con curiosidad. De no haberla reclutado el Checquy, aquella podría haber sido su vida. Dio vueltas por el cuarto, pisando con aire ausente las creaciones de su hermana, y les echó un vistazo a las fotos de la repisa de la chimenea. Había varias de una pareja que, evidentemente, eran sus padres, y otras de Bronwyn y un tío que debía de ser su hermano, Jonathan.

—Vale, te he traído un par de cosas.

Myfanwy la miró y arqueó una ceja. Bronwyn llevaba la clase de vestido que las herederas se ponen para ir a los clubs y salir después en la prensa amarilla. En realidad, desviaba la atención del vestido en sí para centrarla en toda la piel que no cubría. Abrió la boca para protestar porque entraron en funcionamiento varios mecanismos integrados de hermana mayor. «Pero yo me puse el vestido carmesí, así que ¿cómo voy a juzgarla? Además, si alguien intenta acosarla, le obligaré a darse una patada en el culo».

—De acuerdo —respondió—, ¿qué me sugieres? Porque... Oh, ni de coña. Eso no me lo

pongo encima.

«Sólo estoy dispuesta a llevar algo tan atrevido como el vestido carmesí una vez por temporada».

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo? —preguntó Bronwyn, que se divertía con aquello. Comparado con el atuendo que llevaba ella, era bastante recatado, aunque, bien visto, el desnudo integral era bastante recatado comparado con el traje de su hermana pequeña.

—Porque insinúa que estoy dispuesta a acostarme con alguien a cambio de un cóctel. De hecho, insinúa que quizás esté dispuesta a acostarme con alguien a cambio de una mirada. Además, ¿no nos vamos a congelar de frío cuando salgamos?

—Creo que exageras —le respondió—. En fin, ¿y esto?

Rechazó varias opciones hasta que su hermana anunció que ella era la que estaba estudiando moda, la que sabía adónde iban y la que decidiría lo que iba a ponerse. Por tanto, varios minutos después caminaban hacia el lugar en el que Myfanwy había aparcado el coche, esta última vestida con algo que un compañero de Bronwyn había hecho en clase.

—La hostia —soltó Bronwyn—. ¿Esto es lo que conduces cuando no te llevan de un lado a otro en un coche del Gobierno? —Las dos contemplaron el deportivo rojo, que había atraído la atención de unos cuantos admiradores fascinados—. Debería meterme a funcionaria.

Myfanwy, que empezaba a temer que sacar el bólido de marcha había sido un error, masculló algo sobre un alquiler y realizó la complicada maniobra de meterse en el vehículo, que era tan bajo que casi iba sentada en la calle.

—No vamos a poder aparcar este coche cerca de club —le advirtió su hermana—. Lo arañarán, lo robarán o algo por el estilo.

Maniobraron a través del tráfico mientras Bronwyn charlaba por el móvil, quedaba con sus amigas y le daba instrucciones para llegar a un aparcamiento seguro. Al final, con el deportivo protegido por la buena gente de un hotel de cinco estrellas que le resultaba familiar, se unieron a la cola de un club que, según su hermana, era el lugar perfecto para emborracharse y bailar.

Cuando por fin las dejaron entrar, Myfanwy miró a su alrededor con interés. Dentro, el club era mucho menos impresionante y mucho más ruidoso de lo que se esperaba. Bronwyn la tomó de la mano, la llevó hasta el bar y chilló por encima de la música para preguntarle qué quería beber. «¡Lo que sea!», le respondió moviendo los labios mientras le metía un billete en la mano. Bronwyn le guiñó un ojo y se introdujo entre la masa de gente para llegar a la barra. Myfanwy no entendía cómo iba a conseguir una bebida en aquel follón, pero entonces recordó el *top* que se había puesto. «Si el camarero es un tío, le regalará un barril de cerveza». Aunque intentó ponerse de puntillas para localizarla, el resto de la multitud era de altura normal.

Cuando por fin emergió su hermana de entre la masa de gente, llevaba dos vasos largos llenos de una sospechosa cantidad de líquido. Avanzaron con cautela cargadas con sus bebidas hasta un



grupo de sillones en los que estaban sentadas las amigas de Bronwyn, todas altas, guapas y normales. Myfanwy sonrió educadamente, las escuchó cotillear y se entretuvo examinando el gentío. «Tantas personas, y ninguna sabe los secretos que sé yo». Le dio un precavido trago a su cóctel, seguido de uno más largo, y se retrepó en el cómodo sillón mientras miraba la pista de baile a través del filtro de sus poderes. Los patrones sensoriales de la multitud se ondulaban ante ella. Los corazones latían al ritmo de la música. Los pulmones jadeaban aire y el sudor brillaba en la piel.

«Tengo que despejarme», pensó.

—Voy a por agua —le dijo a Bronwyn.

Mientras cruzaba el club, tensó la mente y dirigió con sutileza los movimientos de los bailarines. La multitud se abrió para dejarla pasar y se volvió a cerrar después. Se acercó a la barra y la gente se apartó sin tan siquiera percatarse de que lo hacía. «Joder, qué buena soy», se autoelogió. Pidió un vaso de agua y, al echar la cabeza atrás, perdió el control un instante. Un tío de culo enorme la empujó y ella se dio contra alguien.

—Lo siento mucho —se disculpó; al volverse, se encontró cara a cara con el alfil Alrich.

Dos reacciones opuestas pugnaban por prevalecer. La primera era miedo a que Alrich fuera el miembro traidor de la Corte y la hubiera seguido hasta allí para matarla. La segunda, indignación contra el universo por hacerle algo semejante en su única noche libre.

Aunque resultara desconcertante y, posiblemente, se debiera a su poca costumbre de beber alcohol, ganó la segunda.

—¡Venga ya! —gritó mientras dejaba el vaso en la barra y lo salpicaba todo de agua y hielo.

—¿Torre Thomas? —dijo Alrich sin perder la compostura ante su ira.

—¿Qué coño haces aquí? —bramó ella—. ¿Y dónde están?

—¿Quiénes? —preguntó el alfil con calma.

—¡Tus guardaespaldas!

Miró a su alrededor, frenética, en busca de gente vestida de morado que pudiera estar lista para sacar armas de injertadores y matarla.

—Myfanwy, no tengo ningún guardaespaldas.

—¿Cómo dices? —inquirió ella débilmente, mirándolo.

—No he venido con guardaespaldas.

«Si no hay guardaespaldas, está aquí fuera, por la noche, sin protección. —Intentó llegar hasta él con sus poderes y no le sorprendió demasiado comprobar que no funcionaban—. Claro que no, no con él. No necesita protección para acabar conmigo. Es probable que ni siquiera este club lleno de civiles pudiera detenerlo. Los haría pedazos a todos en cuestión de segundos como si no fuera gran cosa. Por otro lado, todavía no me ha partido por la mitad, así que supongo que no es el traidor, ¿no?».»

Evaluó sus opciones.

«Opción 1: Luchar.

Sin poderes que funcionen con él, no tiene sentido. Podría abrirme un agujero en el torso sin tan siquiera derramar la bebida.

Opción 2: Huir.

Aunque lograra llegar hasta el coche, es probable que me alcanzara de todos modos. Y si no es el traidor y huyo, las reuniones de personal van a ser muy embarazosas.

Opción 3: Gritar pidiendo ayuda.

Si Alrich es un traidor, véanse los resultados violentos de la opción 1. Si Alrich no es un traidor, véase la vergüenza social de la opción 2.

Opción 4: Mantener una conversación educada.

Quizá me sirva para sacarle información que me ayude a determinar si es el traidor. Además, quizá también me gane más tiempo de vida».

Así que Myfanwy eligió la opción 4.

—Bueno, en fin, Alrich, ¿qué haces aquí?

—Estaba en la calle y capté tu olor en el aire —respondió él, despreocupado.

—Que me has oído —dijo, consternada. Resistió el impulso de olerse las axilas.

—Sí, tu aroma flotaba en el aire y quise saciar mi curiosidad: ¿qué hará Myfanwy Thomas esta noche? Me sentí muy intrigado al comprobar que entrabas en un club de dudosa reputación.

—No lo entiendo. Estás fuera y no llevas guardaespaldas. Y hay algo distinto en ti... —Se quedó mirando, sorprendida, la cortina de pelo que le caía sobre los hombros—. ¿Te has teñido la melena de... rubio? —Dio un paso atrás, al darse cuenta de repente del atuendo de Alrich—. ¿Qué llevas puesto? —preguntó mientras examinaba los pantalones estrechos de cuero y la camiseta de malla—. Pareces puro sexo con botas.

—Y eso me lo dice la chica que se puso aquel vestido carmesí para la recepción —replicó él a la vez que arqueaba una ceja, jocoso.

—Sí, bueno, um. —Myfanwy se quedó sin palabras—. Al menos no me lo he puesto hoy —le soltó, y él se echó a reír.

—Deja que te invite a algo.

—De acuerdo, pero que sea suave. Al parecer, aguanto fatal el alcohol.

*Alfil Alrich*

*Es un vampiro.*

*A pesar de ello, te rogaría que no le blandieras ningún símbolo sagrado delante de las narices en las reuniones de la Corte. Aparte de que no funcionan, es de muy mala educación y supondría una incómoda interrupción del orden del día.*

*Una vez que ha quedado establecido ese detalle esencial de la etiqueta, paso a su expediente.*

*Alrich nació en este mundo en 1888, en una mansión londinense.*

*Imagínate un cuarto envuelto en tapices con gruesas alfombras en el suelo. Hay un enorme fuego ardiendo en la chimenea. La madera despide un olor dulce, extraño. En el centro de la habitación, de pie sobre un plinto de oro y cobre, hay un huevo, lo bastante grande como para albergar a un hombre en posición fetal. El huevo está hecho de un material semitransparente de color marrón rojizo oscuro. La superficie no es lisa, sino irregular y llena de bultos. De hecho, si te fijas bien, te recuerda a una costra. Si la examinas con más atención, verás que hay marcas de dedos en ella, lo que indica que nadie ha puesto el huevo, sino que lo han esculpido. Si lo miras muy de cerca, a trasluz, distingues una figura dentro.*

*Echan más troncos a la lumbre, y la temperatura de la habitación aumenta hasta que te brota el sudor de los omóplatos y te gotea por la espalda. No tardas en notar el aire caliente en la garganta, y entonces compruebas que el huevo, como tú, también ha empezado a sudar. Perlas de un fluido rojizo, como sangre seca, se materializan en la superficie, y la cáscara en sí es algo más transparente.*

*Mientras observas, te percatas de que se ablanda, cambia de forma. Es flexible. Entonces, cerca de la parte superior, una mano acabada en garras atraviesa la cáscara y derrama ríos de sangre y clara por la superficie que acaban en las pristinas alfombras.*

*Durante todo este proceso, sabes que no debes hacer ruido.*

*La mano desgarrar la cáscara, que ahora es correosa, de arriba abajo, y mete dentro los trozos arrancados. La criatura del interior sale con torpeza, con una masa de pelo enredado y la piel brillante de los fluidos de su nacimiento. Se resbala, las extremidades le dan problemas, y cae de rodillas en la alfombra. Mientras observas, horrorizada, echa la cabeza atrás y grita.*

*El sonido no es humano.*

*Al cabo de unos largos minutos, por fin deja de gritar. Y entonces, aunque parezca increíble, se dedica a destrozarse el huevo y comerse los pedazos. Has permanecido firme durante todo el suceso, pero esto ya es demasiado. Notas que te entran náuseas y tienes que huir. Sales de tu escondite. La criatura ladea la cabeza en tu dirección y avanza hacia ti, vacilante. Arrancas uno de los tapices, detrás del que hay una ventana oculta, y te lanzas a la desesperada a través del cristal para internarte en la noche nevada.*

*Mientras escapas, te arriesgas a volver la vista atrás a través de los copos de nieve y ves una figura de pie en la ventana, observándote.*

Estas fueron las circunstancias que rodearon la eclosión de un vampiro, descritas por Eleanor Thurow, una agente del Checquy que poseía el don de los camaleones y una mente inquisitiva. No se trataba del nacimiento de Alrich, sino del de su hermano, Pitt. Alrich nació una semana

después.

*En aquella época, el Checquy no creía oficialmente en la existencia de los vampiros. La organización defendía que no eran más que los villanos de las novelas góticas, mal adaptados a partir de las fábulas de Europa del Este. No obstante, el peón Thurow se había pasado un tiempo en aquella zona, entre el pueblo, y aunque no había visto un vampiro de verdad, sí que había escuchado anécdotas. Anécdotas muy convincentes. Al regresar a Gran Bretaña, había planteado algunas preguntas bastante inocentes que recibieron respuestas cortantes.*

*Una torre había llegado a burlarse de ella en su cara, para después declarar ante varios testigos que «sólo las mentes más crédulas e ingenuas se creerían unas fantasías tan ridículas e improbables», lo que debió de tener su gracia dicho por un hombre que de cintura para abajo consistía en una especie de niebla brillante. En cualquier caso, el peón Thurow no se dejó amedrentar por el escarnio de sus superiores (aunque sólo lo fueran de nombre) y se embarcó en un proyecto personal para encontrar un ejemplo de vampiro.*

*Lo que Thurow había hecho se enmarcaba en la más rancia tradición del Imperio Británico: había descubierto una especie y, a la vez, había entrado en guerra con ella. Por tanto, la versión oficial del Checquy sobre los vampiros al instante pasó de ser «qué estupidez, niña tonta, ¡esas cosas no existen!» a «vale, existen, y parece que nos están matando».*

*Thurow había dado con el rastro del creador de Alrich y Pitt tras meses de trabajo de investigación. He leído sus diarios (que es donde encontré la descripción anterior), y debió de ser una mujer muy entregada e inteligente. Tampoco le eran ajenas las situaciones peligrosas, dado que sus habilidades y su carácter la convertían en el sujeto ideal para la infiltración y la vigilancia de cerca. Estamos hablando de una mujer que había observado, y condenado, sin ser detectada al jefe de una secta que adoraba las emociones cuando intentaba engendrar a la personificación del odio con una de sus devotas discípulas. Tras disparar a los dos futuros progenitores (en delito flagrante), se había colado entre la congregación de espectadores horrorizados y había abierto las puertas del complejo para que entraran los soldados del Checquy.*

*Además, aquel mismo año se había pasado varios meses en la calle fingiendo ser una prostituta. Formaba parte de un programa de intercambio con la Policía Metropolitana, que en aquel momento buscaba al infame asesino de varias desdichadas trabajadoras sexuales. Merece la pena señalar en un aparte que ni siquiera el Checquy logró averiguar quién era el señor Destripador ni si el asunto ocultaba algo de naturaleza sobrenatural.*

*En cualquier caso, su traslado a la Policía Metropolitana había agudizado sus dotes detectivescas. Para descubrir al vampiro tuvo que hacer gala de una gran paciencia, camuflada de pie en habitaciones privadas y despachos para escuchar conversaciones de aquellos que notarían los efectos de un vampiro. Su investigación la llevó de las comisarías locales a las*

*cámaras de los palacios episcopales, pasando por un internado cuyos estudiantes sufrían una peculiar anemia.*

*Al final, sus pesquisas la condujeron a una mansión cerca de Regent's Park. Entró y descubrió que la casa estaba vacía salvo por los dos cuartos en los que se encontraban los mencionados huevos, cuartos decorados con un esplendor palaciego.*

*Al peón Thurow le resultaba evidente que en la casa sucedía algo peculiar, aunque en un primer momento no supo con certeza de qué se trataba; recuerda que la mayoría de sus ideas sobre vampiros se basaban en la ficción y las leyendas (Drácula no se publicaría hasta nueve años después), y nada le encajaba. Registró todas las habitaciones y no encontró ni ataúdes ni nada durmiendo bocabajo en los armarios. Tampoco había tierra revuelta en el sótano. Y le sorprendió encontrar una cruz colgada con orgullo en la pared de la capilla de la mansión. A pesar de sus registros, no encontró ni rastro de la criatura que había puesto los huevos, así que tomó la decisión de quedarse dentro de la casa, oculta, y esperar a que cayera la noche.*

*No es la decisión que habría tomado yo, pero bueno, yo no suelo ir armada con un par de revólveres y la tranquila determinación de demostrar que mis superiores se equivocan.*

*También sé un poco más que ella sobre los vampiros.*

*En cualquier caso, eligió una de las habitaciones de los huevos, activó su habilidad para el camuflaje y esperó con paciencia. Siete horas más tarde, cuando el sol ya había desaparecido, un hombre alto entró en el cuarto y encendió con cuidado la lumbre. Lo describió en su diario como «impresionante, con larga melena blanca y un rostro que parecía hundido tras la nariz».*

*El hombre prendió el fuego, llenó el hogar hasta arriba de madera aromática y vertió aceites de un dulce aroma sobre las llamas. Después empezó la eclosión que he descrito antes. No tengo ni idea de por qué el vampiro progenitor de la ventana no la persiguió cuando huyó de la casa; puede que necesitara atender a Pitt o que el alba estuviera demasiado próxima. De uno u otro modo, el caso es que Thurow tuvo tiempo para regresar a Francis House (que entonces era la sede del Tablero) y escribió a toda prisa el informe en el que detallaba su descubrimiento de un vampiro, el nacimiento de otro y su creencia de que pronto nacería un tercero.*

*Sus superiores sólo se pusieron en movimiento cuando mencionó el barrio en el que todo esto estaba sucediendo, preocupados por la seguridad de algunas familias influyentes y adineradas. No sin cierto escepticismo, enviaron a las fuerzas del Checquy a la mansión, que resultó estar ardiendo. Todos miraron con cautela al peón Thurow, le dieron unas palmaditas en la cabeza y la enviaron a casa.*

*Eleanor Thurow se marchó hecha una furia y escribió en su diario con la misma indignación.*

*No apareció en el trabajo al día siguiente.*

*Enviaron a un camarlengo a su hogar y este la encontró clavada bocabajo en la pared de su dormitorio.*

*De inmediato se procedió al registro de su casa, donde encontraron sus diarios y se los llevaron para leerlos con detenimiento. Bajaron con cuidado su cadáver, lo examinaron y descubrieron que le faltaba más sangre de la que cabría esperar, incluso teniendo en cuenta el... goteo. Al descubrir este detalle, los agentes del Checquy le clavaron una estaca en el corazón, le cortaron la cabeza, la atiborraron de ajo y le dieron un buen entierro cristiano.*

*Me encantaría saber cómo le explicó aquel gilipollas, la torre, a sus tropas que la mujer de la que se había burlado estaba en lo cierto, pero resulta que al día siguiente encontraron su cuerpo cortado por la mitad, a lo largo. Al parecer, la intrusión de Thurow en la eclosión del huevo había dado inicio a una especie de vendetta, y al regresar la mujer a su sede le había ofrecido al vampiro un rastro hasta el Checquy. Fue el comienzo de una guerra nocturna de desgaste.*

*Al principio se trataba de una muerte por noche. No seguían ningún patrón: una noche era una torre; a la siguiente, un camarlengo; a la siguiente, un peón que trabajaba de administrativo. Era un método muy eficaz para sembrar el pánico. Los agentes en Londres estaban petrificados y poco dispuestos a abandonar las plazas fuertes de la organización. Sin embargo, las instalaciones demostraron no ser tan seguras como todos creían. Se encontraron cadáveres, algunos de ellos exangües, dentro de los edificios del Checquy. Uno cada noche.*

*Once días después, el número de asesinatos se dobló. A pesar del aumento de la seguridad, cada noche aparecían dos cadáveres. Se empezó a dormir en grupo y se instauraron unas cuantas reglas que los obligaban a no quedarse nunca a solas. Por la mañana se pasaba lista y siempre descubrían que faltaban dos personas. A veces los cadáveres estaban juntos; otras, en distintas habitaciones, y en ocasiones, en edificios distintos. Aparecían en pasillos, en oficinas y en las cámaras más seguras del Checquy. Era algo tan impredecible que el miedo se incrementaba por momentos.*

*Diecisiete días después de que Eleanor Thurow fuera testigo del nacimiento de Pitt, la tasa de mortalidad volvió a subir: tres muertes por noche, y esta vez los asesinatos eran distintos y más calculados. La gente se despertaba y descubría que la persona con la que habían estado durmiendo los miraba con ojos vacíos. Los guardias se volvían para preguntarles algo a sus compañeros y los veían tirados en el suelo con los cuellos desgarrados. Una mujer se ahogó en la sangre de su secretaria.*

*Entonces, una mañana, pasaron lista y comprobaron que no había muerto nadie en la sede de Londres. Lo revisaron una y otra vez. El alivio debió de ser monumental, con celebraciones espontáneas en los pasillos. No obstante, a lo largo del día recibieron mensajes aterrados de las oficinas en Cardiff y Cheltenham, además del que llegó desde una taberna en St. Bees en la que un investigador del Checquy estaba de vacaciones.*

*Durante la siguiente semana, asesinaron a agentes de la organización de todo el país.*

*Al final, después de treinta y tres días y setenta y dos muertes, el lord y la dama se*

*despertaron en su búnker fortificado y se encontraron con sus guardaespaldas en coma, hipnotizados por el vampiro que en aquel momento los miraba de frente. Heller, el vampiro progenitor, se presentó y anunció que, a lo largo de las anteriores semanas, su joven prole se había quedado bastante impresionada con el alcance del Checquy. Durante el proceso de recaudación de datos sobre el objetivo y los medios de la organización (y, aunque él no lo dijera, de matar a sus miembros), el más joven de sus hijos, Alrich, se había prendado del asunto. ¿Estarían dispuestos el lord y la dama a aceptarlo un tiempo a su servicio?*

*¿Te sorprende este repentino giro de los acontecimientos?*

*Pues a ellos, más.*

*Sin embargo, uno no alcanza lo más alto del Checquy sin una gran capacidad para adaptarse rápidamente a los cambios.*

*Alrich entró como peón en medio de un embrollo laberíntico de acuerdos y arreglos. Por supuesto, dejaron de asesinar a los agentes, y los otros dos vampiros desaparecieron sin dejar rastro. La organización desconocía el lugar en el que Alrich descansaba, y él se presentaba todas las noches en Francis House para encargarse de sus tareas. Al principio era incómodo, en parte porque nadie sabía bien de qué era capaz y él no estaba obligado a pasar por ningún tipo de prueba, y también porque ignoraban a cuántos colegas había matado. Además del miedo, muy razonable, de que decidiera reanudar la matanza y desangrar a unos cuantos. Llegados a este punto, ya no quedaba nadie en la organización que no hubiera perdido a un conocido en las depredaciones de los vampiros. Como resultado de todo esto, recibieron al nuevo recluta con bastante hostilidad, aunque nadie fue tan idiota como para intentar vengarse.*

*Los primeros meses trabajó solo, sobre todo en situaciones de combate. Algunos asesinatos que le encargó una torre muy nerviosa a la que acababan de ascender. Unos cuantos brotes en los que tuvo que someter a los monstruos. Era un arma, una que la gente temía usar. Entonces le asignaron un compañero, un hombre llamado Rupert Campbell que sangraba fuego y había perdido a su esposa hacía poco (por culpa del parto, no de los vampiros; ni siquiera el Checquy tiene tan poco tacto). Campbell había sido un gran agente, pero en aquel momento estaba perdido, al borde del suicidio, y era un borracho. Dos agentes vergonzantes juntos. No me cabe duda de que la Corte esperaba que se destruyeran mutuamente. Sin embargo, lo que ocurrió fue que Alrich encontró un amigo y un mentor, mientras que Campbell dio con algo que lo distraía de su desesperación. Juntos lograron notables hazañas.*

*Si deseas más detalles, puedes leer la ficha oficial de Alrich, pero creo que basta con decir que, gracias a sus éxitos, ambos alcanzaron el rango de alfiles. Él lo conserva desde entonces. Campbell murió en 1929.*

*El alfil Alrich cuenta con un conocimiento profundo y pormenorizado del Checquy y de la nación; al fin y al cabo, lleva más de cien años trabajando para nosotros. También es un*

*combatiente aterrador y efectivo, aunque es su formidable intelecto lo que lo convierte en el recurso más valioso de la organización. Guarda en su interior una ingente cantidad de conocimiento corporativo (llevo varios meses intentando convencerlo para que lo plasme en papel) y se maneja a las mil maravillas en su trabajo.*

*Casi todo lo que sabemos sobre los vampiros lo hemos aprendido por contar con él entre nuestro personal, aunque no suelta prenda y nunca lo hemos examinado. Ni siquiera sabemos cómo se crean los de su especie... Fue una de las condiciones para su entrada en el Checquy: que jamás le preguntaran por el procedimiento y que nunca le pidieran que diera origen a otro vampiro. Es decir, sabemos que nacen de huevos, pero eso es todo. Desconocemos de dónde salen los huevos y qué material tienen dentro. ¿Se mete algo para que cambie? ¿Un cadáver? ¿Una persona viva? ¿Un bebé? Quizá no se introduzca nada y Alrich simplemente creció. Quizá fuera una persona normal tiempo atrás. Él no dice palabra.*

*En cuanto a los demás vampiros... Bueno, de los otros (Pitt y Heller) no hemos vuelto a oír hablar. No tenemos ni idea de si siguen vivos ni tampoco sabemos si continúan en el Reino Unido. Con el tiempo, también hemos encontrado a dos más desde que Alrich se nos unió, y a ambos los matamos (Gestalt en concreto se encargó de uno de ellos). Sus cadáveres no nos han ofrecido ninguna pista, ya que se disolvieron en un charco de sangre y agua al morir, y sus posesiones no nos explican nada ni sobre sus orígenes ni sobre la existencia de otros. Me pregunto si los dos vampiros que matamos estarían relacionados con Alrich de algún modo; ¿estaría usando la organización como su ejército personal? ¿Nos manipularía para que entráramos en un juego maestro de política vampírica? Es una teoría inquietante, y en realidad no tengo nada que la sustente, salvo mi paranoia.*

*El Checquy contempla a Alrich con una peculiar mezcla de miedo, orgullo y aceptación displicente. Es un vampiro, y algunas personas recuerdan vagamente que una vez fue enemigo de la organización, pero es nuestro vampiro y, además, lleva aquí desde siempre. Más que casi nadie. Los recién llegados se sorprenden al principio, aunque podría decirse que es motivo de orgullo hacer caso omiso de su inhumanidad o restarle importancia.*

*Y, al fin y al cabo, ninguno de nosotros es normal.*

*Es el carisma encarnado, así que resulta sencillo olvidar que se trata de un depredador, un depredador de seres humanos. No necesita matar a su presa y su capacidad para hipnotizar a sus víctimas significa que no tienen por qué saberlo. No obstante, me he percatado de que los que trabajan para él suelen morir antes de tiempo. Su personal también presenta la tasa más alta de bajas por enfermedad del Checquy. Si se informara sobre esto a la organización, se suscitaría una reacción importante. ¿Se alimenta de ellos? ¿Está modificando sus recuerdos? No lo sé con certeza, pero una investigación oficial sería muy mala para nosotros.*

*En la Corte ya existe cierta desconfianza. Jamás ascenderá por encima del rango de alfil, eso*



*lo saben todos. ¿Es un motivo de irritación para él? ¿Cuáles son sus prioridades? ¿Se quedará para siempre con el Checquy o se trata simplemente de su formación, de una fase adolescente? Quizás una noche abra los ojos y se marche sin más. Para nosotros, sus motivaciones son un misterio.*

*Si Alrich es nuestro enemigo, te enfrentas a alguien con poder a todos los niveles. Con su fuerza podría hacerte trizas, como si fueras una hoja seca. Con sus habilidades mentales evitará que intentes nada. Su velocidad sobrepasa tus reflejos más rápidos. Con su astucia y autoridad impedirá que pidas ayuda dentro de la organización. Y su falta de humanidad se traduce en que no vacilará en destruirte si lo considera necesario.*

*Sin embargo, su naturaleza depredadora quizá lo impulse a jugar contigo antes de hacerlo.*

—Entonces, ¿qué haces aquí sin guardaespaldas? —preguntó Myfanwy—. Porque el director de seguridad tiene a dos personas siguiéndome todo el rato, y son incapaces de confundirse con el paisaje, así que he tenido que darles esquinazo. —«Aunque ahora mismo no parece la decisión más inteligente del mundo»—. Gracias a Dios que Clovis no puede vernos a los dos en estos momentos. Se pondría furioso —añadió mientras bebía con delicadeza del martini de manzana que Alrich le había pedido.

«Si fuera a matarme, no se habría molestado en pedirme una copa. Aunque eso no significa que no sea un traidor».

—Mis hábitos personales exigen una pizca de intimidad —respondió él, mirando a cualquiera menos a ella.

—¿Tus hábitos personales? —repitió Myfanwy—. No lo entien... ¡Ah!

«Supongo que es complicado elegir un buen trozo de carne fresca cuando trabajas en el turno de noche del Checquy».

—Pero ¿en un club? —inquirió—. ¿Con el pelo teñido de rubio platino?

—No está teñido, es que tengo hambre. En cualquier caso, no necesito guardaespaldas. Además, cuesta elegir a una cosita bonita cuando me vigilan. No todo el mundo aprueba mi estilo de vida.

«Ya imagino», se dijo Myfanwy.

—¿Qué opinas de ese? —le propuso ella mientras hacía un gesto discreto hacia un guapo joven que, en realidad, se parecía bastante al alfil, aunque sin la gloriosa melena y con un presupuesto para vestuario mucho más ajustado.

—Ah, sí, parece adecuado —respondió el vampiro en voz baja.

—Adelante. De todos modos, tengo que volver con mi grupo antes de que empiecen a preguntarse dónde me he metido.

Alrich abandonó su copa sin beber, se volvió hacia ella y le ofreció una elaborada reverencia.

—Muy bonito, aunque me sentiría más honrada si no hubieras calculado sutilmente el movimiento para enseñarle el culo a toda la sala.

Alrich le guiñó un ojo y se acercó con elegancia al bailarín rubio. Le susurró algo al oído y el joven esbozó una amplia sonrisa. Después le dio la mano al alfil, que lo sacó de la pista de baile en dirección a la salida.

«Mierda, eso ha sido impresionante —se fascinó Myfanwy—. Ese chaval no tiene ni idea de dónde se mete. Va a pasar una noche que nunca habría olvidado de no ser por el hipnotismo». Regresó con su grupo, donde unos cuantos jóvenes con mucha fe estaban dándoles conversación a las estudiantes de moda.

—¿Quién es ese tío? —preguntó su hermana—. Está muy bueno.

—Un amigo del trabajo.

«Y un traidor asesino, posiblemente».

—Charisma creía que era modelo.

—Os habría presentado, pero había venido con otra idea en mente.

—Sí, ya me he dado cuenta. Qué pena. Hasta que se fue con el otro tenía la esperanza de que estuviera ligando contigo. ¿Por qué los tíos buenos siempre son gais?

—Sí —respondió. «O vampiros».

—¿Quieres bailar? —preguntó Bronwyn.

—En absoluto.

—Genial, pues vamos —repuso la chica, que se acabó la copa de un trago y se levantó de golpe.

Al final resultó que no era una bailarina innata. Su hermana y sus amigas se contoneaban por allí de un modo que reconocía vagamente de los pocos videoclips que había visto. Sin embargo, se sorprendió al percatarse de que se divertía. No recordaba haber estado tan relajada desde que abrió los ojos en el parque y se preguntó dónde estaba. Llevaba unos cuantos cócteles flotándole en el estómago y bailaba (mal, pero algo mejor que al principio) con Bronwyn y las demás. La música palpitaba y veía el latido de la gente. Cerró los ojos y dejó que el ritmo la guiase. Entonces una mano le dio un golpecito en el hombro y se volvió. Sorprendida, abrió los ojos y se quedó mirando una barbilla.

Era una barbilla de las buenas, fuerte, unida a un hombre también fuerte y atractivo. Se movía con torpeza y parecía avergonzarse un poco por haberla molestado. Habló, pero sus palabras se perdieron en la música.

—Lo siento, ¿qué? —chilló, bastante contenta de que un tío de aspecto agradable se le acercara en un club. Observó sus labios con atención, intentando leer algo sobre invitarla a una bebida, así que terminó no entendiendo ni palabra—. ¿Qué?

Él tío sonrió y le enseñó los dientes, que en realidad eran cuchillas.  
«Claro, cómo no».

*Querida tú:*

*Hoy ha sido un día de lo más estresante.*

*En realidad, se suponía que iba a ser una jornada tediosa. Tenía que repasar una montaña de papeleo, informes sobre los que informar y, por puro milagro, los demás miembros de la Corte estaban fuera dedicándose a cuestiones urgentes que no llegaban a ser emergencias. Me había acomodado y estaba leyendo sobre los ratones parlantes que habían infestado Lewisham antes de que nuestra oficina regional acabara con ellos. La exterminación había durado meses y había supuesto una cantidad alarmante de facturas y registros, los cuales yo debía revisar.*

*Acababa de empezar con las cuentas del tercer mes y estaba intentando averiguar por qué el genocidio de unas cuantas alimañas charlatanas había costado quince millones de libras y requisar un vehículo blindado de la Segunda División Acorazada cuando recibí una frenética llamada de Heretic Gubbins, que estaba en Nueva Delhi para encargarse de un aspirante a potentado. Hablaba muy deprisa, aunque, por lo que recuerdo, la conversación fue más o menos así:*

Yo (distráida): *Sí, ¿diga? ¿Diga?*

Él: *¿Diga?*

Yo (todavía distraída): *¿Diga?*

Él: *¿Diga?*

Yo: *Dime, puedo oírte.*

Él: *¿Torre Thomas?*

Yo: *Sí.*

Él: *Sí, soy Heretic Gubbins, desde Delhi.*

Yo: *Dim...*

Él: *Lo siento muchísimo, pero al parecer la griega va a llegar una semana antes de lo esperado, así que no hay nadie más que tú para recibirla.*

Yo (intentando averiguar por qué narices habíamos tenido que acabar con los ratones): *Ajá. Vale. ¿Qué?*

Él: *La griega.*

Yo (todavía sin prestar atención): *Sí.*

Él: *Está a punto de llegar, y vas a tener que recibirla y atenderla hoy.*

Yo: *Ah, vale. Espera, ¿qué griega?*

Él: *Ya sabes, nunca recuerdo su nombre, pero hace esa cosa y tiene miles de años.*

Yo (empezando a sentir pánico): *¿Qué cosa hace?*

Él: *Bueno, convierte a la gente en ganado.*

Yo: *¿Qué hace qué?*

Él: *Convierte a la gente en...*

Yo: *¡Ya lo he oído! ¿Y qué se supone que tengo que hacer con esa mujer?*

Él: *Bueno, ya sabes, lo normal.*

Yo: *¡No sé qué es lo normal! ¡Ese no es mi trabajo! ¡Es el tuyo! ¡Si quieres que intercambiamos puestos, ven aquí ahora mismo y ponte a cuadrar el presupuesto de control de plagas en Londres mientras (agité papeles) averiguas por qué coño un armario de dos puertas en el dormitorio de invitados de una casa de campo se considera un asunto de interés nacional!*

Él: *Torre Thomas, lo único que tienes que hacer es recogerla en Heathrow, acompañarla a dar una vuelta por la ciudad y cenar con ella.*

Yo: *¡No puedo hacer eso!*

Él: *¿Por qué no?*

Yo: *Porque... yo no ceno. (Pausa incómoda). Porque no se me da bien la gente. (Pierdo del todo la compostura). ¡Sobre todo la gente que convierte a otra gente en ganado!*

Él: *Lo siento, no te he oído, creo que se corta la línea...*

Yo (chillando): *¡No, no se corta! ¡Sólo lo dices para...!*

(Oigo el pitido del teléfono)

*He logrado ganarme una reputación de persona que lo sabe todo a través del sencillo método de no tener vida social. No obstante, el mundo en el que vivimos es lo suficiente extraño como para que la descripción «griega de mil años» no baste para identificar a un único individuo. Ni siquiera me sonaba. Le pedí a Ingrid que llamara a la secretaria de Gubbins, que tenía el nombre de la mujer y la hora de su aterrizaje en Heathrow, para la que faltaban treinta minutos. Por suerte, contratamos ayudantes estupendos, así que en menos de diez minutos las dos mujeres lograron improvisar dos limusinas, chóferes sin personalidad a la vista, un itinerario de ocio para todo el día y a mi voluminoso escocés luchador de sumo como guardia de honor.*

*—Ingrid, ¿quién es esta mujer? —le pregunté cuando nuestro coche traqueteaba a través del tráfico. Estábamos apretujadas en un asiento para que ella pudiera indicarme los detalles relevantes de sus archivos; Anthony se había sentado frente a nosotras, puesto que le había presionado para que sirviera de caballete de una enorme tira de papel en la que se representaba*

*la cronología de la vida de la griega. Por tanto, estaba sentada de espaldas al chófer (cosa que me marea), mientras que Ingrid tenía sus documentos extendidos sobre mi regazo.*

*—En la actualidad se llama Lisa Constanopoulos.*

*—¿En la actualidad? —repetí, e intenté examinarme la falda a través de las distintas capas de papeles. ¿Me lo estaba imaginando o me la había puesto al revés?*

*—El nombre es una adquisición reciente; a estas personas tan ancianas los nombres les duran lo mismo que los trajes.*

*—¿Tengo la falda al revés?*

*—Sí. Ahora, tenga en cuenta que la edad confirmada de la señora Constanopoulos es de al menos tres mil quinientos años —siguió explicando la secretaria. Una lluvia de archivos se desperdigó por el suelo cuando intenté girar la prenda para recolocarla. Anthony y yo nos inclinamos a la vez hacia delante y nos dimos un cabezazo.*

*—¡Ay! —chillamos ambos, y yo reboté contra el asiento.*

*—... el último siglo es conocida por haberle dado un rodillazo en la entrepierna a Joseph Stalin durante una recepción informal, y fue una importante figura dentro de la industria del diamante sudafricana —continuó Ingrid—. También curó el cáncer de uno de los miembros de nuestra familia real en los años cincuenta del siglo pasado e infectó a otro de sífilis en los sesenta.*

*—¡Dulce madre de Dios, mi cabeza!*

*—Hmmmrgmmrg, torre Thomas —masculló Anthony frente a mí.*

*—¿Qué ha dicho?*

*—No lo sé —contestó Ingrid.*

*—¿Cuánto falta para que aterrice su avión? —inquirió mientras me apretaba con fuerza la frente magullada.*

*—Cinco minutos.*

*—¿Cuánto nos queda para llegar?*

*—Veinte minutos.*

*—Mierda.*

*Mientras trotábamos por las entrañas de Heathrow, Ingrid me informaba de los últimos detalles sobre la persona con la que iba a comer.*

*—Era amiga íntima de Eva Perón y estuvo brevemente involucrada en el Gran Incendio de Chicago. Quizás esté en posesión de una codorniz que pone huevos de oro y ha sido responsable de cuatro terremotos a lo largo de los dos últimos siglos.*

*Nos llevaron a toda prisa a la sala especial de recepciones a la que va la gente importante para no tener que soportar el paso por aduanas. Es lujosa y privada, y no tienes que mezclarte*

*con el vulgo. Es la sala en la que esperas si eres muy, muy poderoso y una vez te pillaste una buena curda con José de Arimatea. O si eres Mick Jagger.*

*Como es natural, la griega llegaba tarde. Nosotros aparecimos media hora después de que aterrizara su avión, pero supongo que cuando tienes todo el tiempo del mundo puedes permitirte esperar a que tu cita se acomode. Además, aprendes el arte de hacer una buena entrada. Ingrid estaba en plena descripción de los tres cultos modernos dedicados a adorar a la mujer, cuando esta entró en el cuarto.*

*La tipa acababa de llegar de Milán, donde se había dedicado a elegir trajes de alta costura y amantes, y llevaba puestos uno de cada. Iba tranquilamente del brazo de un adonis que parecía contar con el coeficiente intelectual de una tabla de planchar, y detrás de ellos había dos personas: una anciana y un enorme aborigen australiano.*

*Esperaba encontrarme con una belleza gloriosa, una diosa con la dignidad y la confianza que dan los siglos. Al fin y al cabo, había regateado con lamas y se había batido en duelo con el papa. Así que me quedé sorprendida al ver a una mujer de mi altura (que no es gran cosa, como sabes) y un inflado pelo rubio oxigenado. Pintalabios rojo sangre. Gafas de sol enormes. Un cigarrillo en una mano. Y largas uñas carmesíes.*

*Aun así, aparentaba unos cuarenta años. Lo que no está nada mal cuando llevas viva más que Matusalén.*

*—¡Mi querida torre Thomas! —exclamó mientras cruzaba la sala a toda velocidad, se inclinaba sobre mí y me plantaba un beso en cada mejilla, dejando enormes manchas de pintalabios en ellas. Tenía un acento líquido que se deslizaba con soltura entre Europa y Sudamérica. Lucía tantos anillos en los dedos que habría sido capaz de paralizar a Anthony a golpes—. ¡Qué guapa eres! —me mintió—. ¡Estoy encantadísima de conocerte! ¿Sabías que tienes la falda puesta del revés?*

*Mascullé algo inarticulado sobre que era un honor recibirla en el Reino Unido de parte de nuestro (ignorante) monarca y que el caballo Gubbins lamentaba no estar allí para atenderla. Tenía la lengua trabada y sólo conseguí darle media vuelta a la falda.*

*—¡Oh, sí! ¡Harry! Lo vi en Kuala Lumpur hace unos años.*

*—Diez años —puntualizó con un suspiro la anciana que tenía detrás.*

*El modelo, del que Lisa se había zafado en cuanto me había visto, le lanzó una mirada asesina. Por los archivos, yo ya sabía que la anciana era la secretaria personal de la griega y que el aborigen no era su guardaespaldas, sino su experto en TI.*

*—¿Diez años? —repitió vagamente—. ¿En serio? En fin, espero que le vaya bien, pero estoy bastante segura de que tú y yo vamos a pasarlo de maravilla. —Entonces, para matarme de vergüenza, añadió—: Y creo que podemos ayudarte con el tema del vestuario, sin lugar a dudas. Dime, ¿toda tu ropa es tan... gris?*

*Detrás de mí, Ingrid dejó escapar una especie de resoplido amortiguado. Quiero suponer que estaría ahogándose con una pastillita de menta. Le lancé una mirada con la esperanza de que no lo hubiera oído y vi que tenía cara de póquer, lo que significaba que lo había oído todo.*

*Joder.*

*Lisa avanzó como un torbellino por los pasillos de Heathrow flanqueada por una torre del Checquy y un chico de portada. Era como salir con mi abuela y mi personal shopper, todo en uno. Empezó a encadenar nombres de tiendas de ropa y sastres que teníamos que visitar. Su anciana secretaria los apuntaba mientras Ingrid y Anthony se apresuraban a seguirnos y escuchaban con creciente desmayo cómo su programa, tan meticulosamente diseñado para asegurar la corrección política y una seguridad impecable, acababa tirado por la borda a favor de una especie de cambio de imagen sobrenatural.*

*Intenté protestar citando ora el impedimento de mi salario (una mentira), ora la política del Checquy (otra mentira) y que desconocía mi talla (lo que era cierto, aunque no me gustara reconocerlo). Lisa le restó importancia a todo, prometió pagar lo que compráramos, me aseguró que en el Checquy nadie deseaba ofenderla y me informó de que, cuando te gastas la cantidad de dinero que ella iba a gastarse, te adaptan las tallas.*

*Tres horas después, el contenido de mi armario se había elevado a la quinta potencia, era la propietaria de varias latas de maquillaje, y Anthony e Ingrid cargaban con montañas de bolsas de la compra. De secretaria personal y guardia de honor habían sido rápidamente degradados a mozos de carga. Sus caras de aturdimiento iban a juego con la mía; Ingrid después me confesó que se había sentido complacida de un modo muy lamentable después de que Lisa aprobara su elección de restaurante. Dado el tema de conversación durante la comida, me alegré de que la griega hubiera pedido una mesa aparte para nuestros séquitos.*

*—Verás, Myfanwy Thomas —dijo mientras gesticulaba con la copa de vino—, creo que no estás disfrutando lo bastante de la vida. Por supuesto, esa curiosa Finca a la que te enviaron parece afectar de ese modo a muchos de sus internos.*

*Le dio una larga calada a su cigarrillo.*

*—Bueno, señora...*

*—¡Lisa! Ya te lo he dicho, ¡tengo que acostumbrarme a que me llamen Lisa!*

*Apuró la copa de un trago y llamó al camarero, que no dejaba de dar vueltas por allí, fascinado.*

*—Claro, sí, Lisa. Verás, nos enseñan...*

*—Sé que esto de los colegios es la última moda, pero yo aprendí a los pies de mi abuela y me ha ido bastante bien.*

*—Evidentemente...*

*—Esa mujer me instruyó en el uso de mi fuerza, aunque lo más importante que me enseñó fue*



*a disfrutar de la vida.*

—¿Y cuánto tardó? —pregunté, lo que me sirvió para que me hiciera caso omiso mientras seguía con su sermón.

—No sabes disfrutar de la vida. Me doy cuenta. Tienes que buscarte un hombre y usarlo.

—¿Perdón? —chillé. Notaba cómo me subía la sangre a la cara.

—Una joven como tú tiene que salir a bailar con chicos, es lo que te diría mi abuela.

—Pero...

—Búscate a alguien agradable, llévatelo detrás de unos arbustos y... —siguió Lisa mientras le echaba un vistazo al joven/zorrón que se había traído con ella—. Por supuesto, esto de la traición que te espera en el futuro debe de estar pesándote. Gracias, camarero, tomaré una botella de Perrier, y otra para mi amiga.

*Se examinó las uñas con aire crítico; después me cogió las manos y miró las mías.*

—Por supuesto —coincidí mientras me preguntaba con aire ausente si mis uñas pasarían la prueba; hasta que procesé lo que me estaba diciendo—. ¿Qué has dicho?

—Querida, tienes que beber un poco de agua. Mi abuela siempre decía que un vaso de agua por cada dos de vino te procuraba una larga vida y unos intestinos limpios. Aunque me he dado cuenta de que sólo has bebido una copa.

—Lisa...

—¿Cómo van tus intestinos?

—¡Lisa! —exclamé, y nuestros ayudantes de la mesa de al lado nos miraron, consternados. Seguí hablando en voz más baja—. ¿Qué significa eso de la traición que me espera en el futuro?

—Myfanwy Thomas, en el futuro te traicionará un miembro de tu Corte. Lo sabes. Lo sé. Te encontrarás bajo la lluvia y a tu alrededor sólo habrá cadáveres.

—¿Cómo tienes esa certeza? —susurré.

—Lo veo rodeándote, pequeña —respondió sin soltarme las manos. Aunque hablaba con voz tranquila y baja, me las sujetaba con fuerza—. Lo veo con claridad.

—¿Qué más?

—¿Hmmm? —murmuró mientras observaba con detenimiento las puntas de los dedos.

—¿Qué más ves?

—Veo que necesitas una manicura.

—¡No! ¿Qué más ves en mi futuro?

—Veo que vas a necesitar un vestido de noche. Por suerte, conozco al hombre perfecto para eso.

*Resultó que el hombre que conocía había muerto hacía treinta y dos años, pero su nieta también era costurera y le presentó varios bocetos de un diseño rojo pasión que me dio demasiada vergüenza comentar. También apuntó algunas medidas que eran notablemente*

*distintas de las que habían anotado los otros sastres. Como objeté, Lisa llamó a su anciana secretaria y a su juguete sexual para pedirles su opinión. Los animó a imaginarme con el vestido, lo que supuso que dos desconocidos me comieran el pecho con los ojos durante varios minutos.*

*—Deberías mostrar tus pechos con orgullo, Myfanwy Thomas —declaró Lisa en voz alta delante de todo el mundo.*

*—¿Perdona? —Mátame ya.*

*—¡Están muy bien! Un poco pequeños, pero con una forma preciosa. ¡Deberías estar amamantando bebés! ¡Dejando que los chuparan! —exclamó con elaboradas gesticulaciones.*

*Que alguien me mate de una vez.*

*—¿Sabes cuántos bebés han chupado de estos pechos? —preguntó—. Sí, ¡y también unos cuantos hombres adultos! —añadió mientras le daba una vigorosa palmada en el culo a su juguetito. Él esbozó una sonrisa melosa en su dirección y después volvió a clavar la mirada en mi busto.*

*Al final llevé a la griega al hotel y la acompañé hasta su suite. Cuando me despedía en la puerta, me agarró por la muñeca, me acercó a ella y me susurró al oído con voz ronca. El humo del cigarrillo y su perfume francés me llenaron las fosas nasales, pero no fue eso lo que me puso la carne de gallina.*

*—Myfanwy Thomas, te esperan malos tiempos. Tan malos que hacía tiempo que no veía nada parecido. Lo perderás todo. Acabarás bajo la lluvia, y no veo nada más allá de eso. Así que disfruta mientras puedas.*

*Sus ojos se clavaron en los míos como ascuas ardientes y pude ver los años en su interior. Siglos y siglos que se extendían en el tiempo hasta un principio inimaginable. Entonces cerró la puerta y me dejó temblando en el pasillo.*

*Ingrid y Anthony me llevaron a casa. Y ahora estoy sentada a oscuras, con mis numerosas bolsas de la compra por toda compañía.*

El aliento del tipo de las cuchillas apestaba a sustancias químicas, así que Myfanwy apartó la cabeza por instinto. Algo en aquel olor intentaba rescatarle un recuerdo del fondo de su cerebro. Había dejado de bailar y se había puesto en tensión, preparada. Sus poderes estaban listos, aunque vacilaba en usarlos en un lugar público. «¿Cómo voy a explicarle esto a Bronwyn?», pensó, frenética. El de las cuchillas no la había atacado, y se atrevió a echarle un vistazo rápido a su hermana, que seguía contoneándose con sus amigas sin enterarse de nada.

El tío parecía normal una vez que cerró la boca. Bueno, puede que no del todo, aunque sin duda más normal que muchas de las personas con las que ella trabajaba a diario. Cabeza rapada, nariz puntiaguda, labios pálidos estirados en una tensa sonrisa. Myfanwy se preparó para un posible movimiento, pero el hombre se limitó a quedarse allí, balanceándose un poco. Ella arqueó las cejas a modo de pregunta, y él hizo un gesto hacia una mesa que estaba algo alejada de los altavoces y, por un milagro, libre. Como vacilaba, él levantó poco a poco una mano en la que llevaba un móvil. Se lo ofreció con discreción para que Bronwyn y sus amigas no lo vieran. Suspiró, aceptó el móvil con precaución y lo siguió hasta la mesa.

—¿Hola? —se atrevió a saludar. Una voz poco definida se escuchó por el aparato, ahogada por la música—. Tendrás que hablar más alto, estoy en un club y suena una especie de música para fornicar o algo así, yo qué sé. —La voz se elevó, pero era imposible entender nada.

Myfanwy miró al hombre e hizo una mueca para indicarle que no oía a la persona del otro lado de la línea. El tío puso los ojos en blanco e hizo a su vez otra mueca para indicarle que aquello no era idea suya y que nadie había prestado atención a sus protestas. Después señaló la salida con un pulgar.

—¡Estarás de coña! —le soltó.

Él señaló de nuevo hacia la salida. Ella se inclinó para acercarse a su oreja y habló con claridad.

—Puede que a mis amigas les parezca un poco raro que me largue con un hombre al que he conocido hace un minuto. —Él la observó sin expresión alguna—. Veo que no estás familiarizado con el fenómeno de las chicas que salen en grupo, pero a menos que estés preparado para montar una escenita, no me voy.

—Estoy preparado para montar una escenita excepcionalmente perturbadora —le susurró al

oído. Tenía un acento que no lograba ubicar. Europeo. ¿Escandinavo?

—Seguro que la mía lo es mucho más —le respondió Myfanwy, también susurrando—. A no ser que puedas superar la desagradable idea de arrancarte los ojos con las uñas.

Su interlocutor dio un paso atrás, temeroso. Ella arqueó una ceja y le paralizó las articulaciones. No obstante, en vez de alarmarse, el sujeto esbozó su sonrisa afilada y miró con aire sugerente a Bronwyn y sus amigas.

—¡No te atreverás! —le espetó ella mientras lo atenazaba con más fuerza, concentrando su poder mental en los pulmones del tipo. Él se tensó y abrió más los ojos, aunque no perdió la sonrisa, sino que señaló con la barbilla a las chicas.

Myfanwy se volvió y vio que no les había pasado nada, que bailaban sin preocupación alguna. Bronwyn captó su mirada, la saludó y arqueó las cejas para saber si estaba bien, así que se obligó a sonreír y asintió. Su hermana le echó otro vistazo al hombre de los dientes (en aquel momento ocultos bajo los labios) y le devolvió el gesto para indicarle que era mono.

Entonces Myfanwy se fijó, mientras su inquietud aumentaba, en que las chicas estaban rodeadas de unos bailarines más torpes de la cuenta. Varios llevaban ropa más apropiada para infligir daño físico que para ligar. Vacilante, dejó a un lado su preocupación e intentó sujetar a los bailarines. «No puedo —tuvo que reconocer—. Las chicas están en medio y todos se mueven, por no hablar de que acabo de tomarme un brebaje que tenía dentro seis tipos de vodka distintos». Derrotada, volvió a concentrarse en el hombre de los dientes peligrosos.

—¿Sabes? Odio que me coaccionen usando un cliché —le dijo. Él la miró sin comprenderla—. ¿Ven con nosotros o matamos a tus amigas? Tío, sólo te falta haberme pegado una pistola a las costillas durante la iluminación estroboscópica.

—¿Habría funcionado?

—Lo dudo. Ahora, si no vamos a montar una escena, ¿qué les cuento para explicar por qué me marchó?

El tío parpadeó, nervioso. «Está claro que se trata de una persona experta en el terreno sobrenatural, pero que no tiene mucha relación con las personas normales. Y menos con las mujeres».

—¿Que quieres ver mi coche? —sugirió. Ella se contuvo para no reírse en su cara.

—¿Significa eso que voy a regresar?

—La verdad es que no lo sé —balbuceó. A pesar de la seriedad de la situación, empezaba a sentir un poco de pena por él.

—No les voy a decir que quiero ver tu coche. No tengo dieciséis años y no estamos en *Grease*. Hagamos una cosa. Sales tú. Vuelvo a la pista y bailo cinco minutos, y tus matones pueden vigilarme. Después fingiré que recibo un mensaje urgente del trabajo y salgo para hablar con tu amigo.

El de la boca de cuchillas dudó un momento y después asintió y se fue. Sus amigos siguieron bailando mal.

Cinco minutos después, Myfanwy salió del club. Se había quitado de la cabeza su conversación con el calvo dentado y, presa de un repentino fatalismo temerario, había bailado brevemente con uno de los matones. Ahora, ya en el exterior, miró a su alrededor y vio una luz de neón reflejada en una cabeza rapada.

—Torre Thomas —dijo, y esbozó su especial sonrisa.

—Tío Irritante Anónimo con Dientes Agresivos —lo saludó a su vez mientras esbozaba su propia sonrisa—. Bueno, ¿dónde está tu amigo?

—Al otro lado de la calle, si haces el favor de seguirme.

Le ofreció la mano y se inclinó un poco, como habría sido costumbre en el Tablero, pero no allí, así que la cola de gente que esperaba para entrar en el establecimiento recibió el gesto con silbidos y vítores.

—¡A por él, nena! —chilló una chica.

Palabras similares (aunque más específicas) de ánimo brotaron por todas partes, y ella se sonrojó. Cruzaron la calle con premura y él le abrió la puerta de su coche.

—Menudo trabajo de mierda te ha tocado —comentó Myfanwy. Él se ruborizó, incómodo, y asintió—. La verdad es que has sido muy educado. ¿Eres belga, por casualidad? —Él asintió de nuevo con torpeza—. Eso me parecía.

Y se metió en el vehículo.

Se acomodó en su asiento y procuró por todos los medios parecer tranquila antes de alzar la mirada para ver quién era su anfitrión. «Eso les impresionará —meditó, satisfecha—. Estoy tranquila, relajada, serena y ya he aplacado a su lacayo». Entonces vio lo que ocupaba el resto de la limusina.

«No voy a gritar —se obligó a la desesperada—. No voy a vomitar. No me voy a desmayar. Aunque cualquiera de esas reacciones sería muy pero que muy razonable ante esa cosa que flota en un tanque de limo».

A la criatura que tenía enfrente parecían haberla despellejado justo antes de entrar en el coche. Los fluidos que solían discurrir bajo varias capas de piel relucían en la superficie. Los ojos estaban desaparecidos; uno brillaba con un intenso azul teutón que habría sido el orgullo de Hitler, mientras que el otro estaba tan inyectado en sangre que se había vuelto de un nauseabundo color naranja.

Unas placas de quitina, colocadas con un cuidado casi caligráfico, recorrían con delicadeza la carne irritada, mientras delgadas tiras de músculo envolvían las extremidades, salpicadas por

crestas y espolones de alarmante asimetría.

En la boca había protuberancias blancas a modo de dientes que, a pesar de ser perfectos en teoría, estaban... mal. Sobresalían, retorcidos dentro de sus encías, y a veces parecían estar en pleno proceso migratorio a otro lugar de la cavidad bucal. Unos brillantes colmillos blancos donde solían crecer los incisivos; una muela sustituida por un premolar. No había dientes delanteros, aunque Myfanwy contempló con horrorizada fascinación cómo unos pequeños bordes blancos brotaban de las encías. Cuando la criatura estiró los labios en una horrible sonrisa, el efecto fue pavoroso.

Pero lo que más le revolvió el estómago era la simple presencia biológica de aquel ser. No pretendía sondearlo con sus poderes, pero sus sentidos se desplegaron sin ella quererlo y retrocedieron al instante que tocaron a la cosa. En esa criatura, las conexiones que se encuentran dentro de todos los seres humanos estaban destrozadas, retorcidas de un modo espantoso. Nervios desviados, arterias y músculos desgarrados y pegados en lugares en los que no deberían estar. Era una perversión deliberada de la biología. Myfanwy era tan incapaz de entrar en contacto con aquel ser con su mente como de beber aguas residuales.

La criatura se reclinó, medio sumergida en un tanque que llegaba a la altura de la cintura y que sustituía una fila de asientos de la limusina; el depósito estaba lleno de un líquido viscoso que creaba aceitosos arcoíris. El ser despellejado apoyó los brazos en el borde y apoyó la barbilla en el dorso de la mano. Mientras Myfanwy lo observaba, un colmillo se colocó en su sitio con un clic audible. Ella hizo una pequeña mueca.

—Buenas noches, torre Thomas —la saludó.

Ella asintió y sonrió con educación mientras apretaba los labios con tanta fuerza que se quedaron sin sangre. Sus poderes permanecían bien resguardados en su interior, encogidos de miedo por culpa de lo que tenía delante.

—Soy el *graaf* Gerd de Leeuwen, de la *Wetenschappelijk Broederschap van Natuurkundigen* —añadió—. Disculpe mi aspecto. Me están cultivando una piel nueva, pero no quería esperar. En cuanto oímos que se encontraba sin escolta, supe que se trataba de la oportunidad perfecta para reunirme con usted.

Myfanwy asintió con la cabeza, incapaz de hablar.

—Deje que empiece asegurándole que, al margen del resultado de nuestra conversación, ni mi gente ni yo la tocaremos esta noche. Ni tampoco les haremos daño a sus amigas. Se lo hago saber sin poner ninguna condición. Es una cortesía que le ofrezco porque tiene usted algo que deseo. Y porque me han hablado de su poder.

«Bueno, eso ha sido una presentación muy bien montada», opinó Myfanwy, y tomó nota de que los injertadores no sabían quién era Bronwyn.

—Son civiles —respondió—. Tocarlas, seguirlas o investigarlas sería de una extrema falta de

diplomacia. Me resultaría difícil participar en una reunión productiva si creyese que van a hacerles daño, ya sea esta noche o cualquier otra.

Vio que la sangre subía a las mejillas de la criatura o, al menos, a los capilares que se encontraban donde deberían haber estado las mejillas.

—No está en posición de exigirme nada —dijo su interlocutor, cortante.

—Jamás se me ocurriría hacerlo. Pero cambiemos de tema. Entiendo que quiere algo que yo tengo.

«Sea lo que sea». La criatura tensó los músculos del cuello y los tendones de los dedos, enojada. Myfanwy apretó los dientes cuando unas placas diminutas de quitina arañaron el borde metálico del tanque. Contempló con nerviosa fascinación cómo el ser controlaba su rabia.

—Muy bien —repuso el extranjero tras morder con fuerza—. Ahora, hablemos.

—Vale.

—No me gusta estar en este país —aclaró, molesto.

Ella esperó, expectante. Suponía que lo que buscaba no era un billete de Eurostar para salir del Reino Unido.

—Preferiría seguir en *België*, pero unas desafortunadas circunstancias me han arrastrado hasta aquí.

—Debe de ser difícil —comentó Myfanwy con toda la falsa simpatía que pudo reunir.

«Qué pesadez tener que ir a invadir un país», pensó. Empezaba a perder la paciencia. El hombre despellejado del tanque la miraba con la cabeza ladeada.

—Sí —respondió, vacilante—. Me desagrada verme obligado a hablar con un miembro del Checquy. Todavía no he olvidado lo de la isla de Wight.

Myfanwy abrió la boca al percatarse de lo que le estaba diciendo: había estado presente durante la invasión de los injertadores. La criatura que tenía frente a ella tenía más de trescientos años. Conmocionada, perdió por un instante el control de sus defensas y empezó a sentir arcadas. «Como pase más tiempo aquí dentro, voy a vomitarle encima. Tenemos que acabar ya», se instó. No sin esfuerzo, reprimió las náuseas e intentó sonreír. Fue más bien un rictus, pero bastaba.

—Entiendo lo fastidioso que debe de ser para usted, pero no creo que la primera comunicación oficial entre su gente y el Checquy desde la Guerra de Wight sea para que sepan que le molesta estar en nuestro país. Así que hablemos claro. ¿Qué quiere?

—¡No puede hablarme así! —gritó el hombre, y el espasmo que sufrió dentro del tanque hizo que lo salpicara todo de líquido—. ¡Y no juegue conmigo!

Le ardían los ojos de rabia al inclinarse hacia ella.

—¡No estoy jugando! —replicó ella, perdiendo toda intención de ser diplomática. La criatura dio un respingo, sorprendida, aunque no se movió—. ¿Qué quiere?

—¡Ya sabe lo que quiero! —exclamó el otro.

Una espuma amarillenta le salió de entre los labios y salpicó las mejillas de Myfanwy. Espantada, se frotó el rostro.

—¿Qué coño...? Mire, no tengo ni puta idea de lo que quiere, pero será mejor que hable ahora o me largo de este coche.

—¡Quiero a mi *deelhebber*! ¡Quiero a Ernst von Suchtlen!

Perpleja, Myfanwy parpadeó y preguntó:

—¿Qué?

—¿Qué de qué? —escupió él.

—Que de qué me está hablando.

—¿Cómo?!

—No lo entiendo —insistió ella, intentando calmarlo—. ¿Qué es lo que quiere?

—¡Quiero que me devuelva al *graaf* Ernst von Suchtlen!

—¿A quién?

—Al otro líder de la *Wetenschappelijk Broederschap van Natuurkundigen* —respondió entre dientes que habrían estado apretados de haberse alineado bien.

—Lo siento —se disculpó Myfanwy con cuidado—, pero no tenemos a esa persona.

—No me tome por tonto —repuso el ser, desdeñoso—. Desapareció de nuestra *fabriek* hace meses y dejó instrucciones para continuar con nuestra estrategia aquí y para ocultar su ausencia. Para ocultármela a mí. —Apretó el borde del tanque—. Ambas cosas funcionaron tan bien que no me percaté de su desaparición hasta hace unas semanas.

—¿Lleva meses desaparecido y no se había dado cuenta?

—El tiempo pasa de un modo distinto para nosotros —soltó con desdén—. En cuanto descubrí su ausencia, le seguí el rastro. Descubrimos que se había enviado un correo electrónico a Myfanwy Thomas, que es una torre del Checquy; nuestros enemigos mortales. Es lo único que indica su paradero. Envié a mi agente personal a encontrarlo, ¡y no han dudado en apresarlo y torturarlo! Ahora —respiró hondo para controlarse—, ¿dónde está Ernst?

—Lo siento, pero no tengo ni idea —le aseguró Myfanwy.

«Mierda —gimió—. Thomas ni siquiera sabía que los inyectadores seguían en activo. Si uno hubiera aparecido en su puerta, habría sido lo primero que mencionara en la carta número uno».

—¡Si me tomas el pelo, empezaré a matar gente ahora mismo! —chilló él—. ¿Quieres ver asesinatos en las calles?

Estaba revolviéndose en el tanque, enviando olas de aquella pringue a diestro y siniestro. Horrorizada, Myfanwy vio que una de las perneras de sus vaqueros se empapaba de la rodilla para abajo. «¿Está sufriendo un ataque?». Las ventanillas estaban salpicadas y, cuando alzó el brazo hacia ella, le cayeron gotitas en la cara y en el *top*.

—¡Escúchame, puto despellejado! —le gritó—. No tengo ni idea de lo que me estás hablando,



pero tienes que calmarte.

—¡Si no aparece dentro de tres días, liberaré tal ola de terror sobre tu gente que destrozaré el país! —vociferó. El depósito se rompió bajo la presión de sus dedos, y el fluido que quedaba empezó a derramarse por el suelo—. ¡Ahogaré esta ciudad en bilis y sangre! —Las sacudidas empezaban a hacerle daño. Myfanwy vio desgarros diminutos y gotas rojas en distintas zonas—. ¡Ahora, largo, torre! ¡Tienes el tiempo que te he dado!

Seguía bramando cuando ella abrió la puerta y una ola de sus fluidos bañó la acera. Tropezó al salir, se le cayó el bolso y los contenidos se esparcieron sobre la pringue. «Genial, fantástico», gruñó para sí misma justo cuando su móvil emitía un chillido ensordecedor y moría dentro del limo. El calvo estaba junto a la puerta, ansioso. Al oír los gritos del interior del coche, palideció.

—Sácalo de aquí —le ordenó ella sin rodeos.

—¿Ha hecho lo que le pedía? —preguntó él, frenético, mientras se sentaba delante.

—¿A ti qué te parece?

El hombre se estremeció, cerró la puerta, y la limusina se alejó a toda velocidad y la dejó cubierta de un cieno acre, de pie frente al club y un grupo de testigos boquiabiertos.

—No puedo creerme que sea la segunda vez que llego a este hotel con pinta de mujer maltratada —caviló al acercarse a los porteros. Para su sorpresa e irritación, esta vez no se apresuraron a abrirle la puerta.

—Oigan —les dijo, muy roja.

—Lo siento, querida, pero no permitimos el paso a mendigos —respondió uno. Lo decía en tono de disculpa, aunque también con autoridad.

—¿Mendigos? —chilló ella—. ¡No soy una mendiga! Soy... —Se devanó los sesos en busca de una explicación para su aspecto—. Soy una cantante de rock.

La miraron con recelo.

—Tengo tarjetas de crédito.

Siguieron mirándola.

—¿Doy buenas propinas? —probó a añadir.

—Tiene que seguir su camino, señora —insistió el otro.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó—. ¡La última vez que vine, tenía los ojos morados, los labios rotos y estaba empapada! Y no tuve problemas para conseguir una habitación. ¿Qué clase de negocio dirigen aquí? ¡Mi coche está aparcado en su garaje vigilado y no quiero mancharlo de porquería!

—Señora, son las tres de la mañana y, si no se aparta de una vez, vamos a tener que hacerlo nosotros.

—¡Como me pongan un dedo encima, se van a enterar!

—Sin duda. Estos uniformes sólo se lavan en seco.

Estaba estupefacta. Desde que había recibido su cargo de torre, se había acostumbrado a que la gente hiciera lo que le ordenaba. Por un momento consideró la posibilidad de usar sus habilidades para quitarlos de su camino, pero se dio cuenta de que ningún poder del mundo podría conseguir que un recepcionista le diera habitación si no quería hacerlo. «¿Qué hago? No puedo llevar a Bronwyn a casa así».

—Vale, entonces quiero sacar mi coche del garaje —dijo, enfadada—. Tengo el resguardo por alguna parte.

Intentó rasparse parte del cieno de los dedos y abrir el bolso.

—Fuera —ordenó uno de los porteros—. Ahora.

Tras lanzarles una mirada asesina, se alejó por la acera y disfrutó del placer perverso de ver cómo una pareja de viandantes se apartaba de ella de un salto.

«Vale, mi móvil está cubierto de porquería y ya no funciona. No puedo permitir que mi hermana me vea así aunque lograra regresar al club, lo cual dudo mucho». El limo empezaba a picarle y era tan viscoso que no podía raspárselo sin más. «¿Qué coño es este fluido?». Entonces tuvo una idea y dobló de forma precipitada una esquina.

«Gracias, Señor», pensó. En un fallo de seguridad que habría impulsado a Clovis a arrancarse los pelos, en la entrada trasera del hotel había una única persona detrás de un escritorio, y esa persona estaba durmiendo. Al parecer, era la entrada para convenciones y funciones, y había unas cuantas celebrándose a las tres de la mañana. Las puertas se abrieron y se metió dentro. En sueños, el recepcionista arrugó la nariz al percibir el desagradable olor de Myfanwy. Ella agitó una mano en su dirección y el hombre se sumió en un sueño más profundo. Tras respirar hondo, dejó atrás el mostrador.

No hubo ningún grito de indignación para detenerla. Ni tampoco ningún irritante: «¡Oiga, disculpe!». Tampoco oyó que la amenazaran con llamar a la policía por dejar un rastro maligno en el suelo mientras recorría el pasillo hacia la piscina. Atravesó el patio y miró a su alrededor con cautela. El vaho de la piscina nublaba el frío aire nocturno, y una luz eléctrica brillaba bajo el agua. Por suerte, no había nadie en el patio y las ventanas que daban a ese lado estaban todas cubiertas por cortinas o a oscuras. Dejó el bolso cubierto de limo en una tumbona y examinó con aire funesto su ropa mugrienta. Por un momento consideró la posibilidad de desnudarse, pero entonces vio los balcones que daban a esa zona. «No creo que sea buena idea —decidió—. Además, si aparece algún empleado cabreado, no quiero tener que salir corriendo en pelotas». Suspiró y descendió los escalones para sumergirse en el agua. Metió la cabeza y sintió un calor delicioso en la piel.

Mantuvo los ojos cerrados con fuerza mientras se restregaba con ganas el cuerpo; se le desprendieron glóbulos de fango y una bruma aceitosa cubrió el agua. A continuación se pasó los dedos por el cabello y notó que se le quitaba el limo. Después nadó para apartarse de la porquería

y regresó a los escalones.

«Bueno, ahora estoy empapada —se lamentó—, pero es una mejora, sin duda». El destino le sonrió en forma de una toalla que alguien había abandonado en una tumbona, así que se quitó la camiseta para escurrirla. Todavía quedaban unas cuantas manchas marrón negruzco bastante sospechosas en su ropa, aunque la piel y el pelo ya no estaban cuajados de porquería. Se secó la cabeza y los brazos mientras meditaba si debía o no quitarse los vaqueros, cuando se dio cuenta de que un hombre la observaba desde un balcón.

—Ah... hola —saludó, algo cohibida por llevar puesto tan sólo el sujetador.

—Buenas noches. Ha tenido que ser una fiesta de las buenas.

Myfanwy miró hacia la piscina, que tenía toda la pinta de haber sufrido un vertido tóxico en la parte profunda.

—Ya te digo —respondió, de pronto exultante. Había salido viva del incidente de Bath y escapado casi ilesa de la batalla tras acusar a Gestalt de traición. Joder, incluso había soportado la reunión con aquella criatura de los inyectadores. Y ahora estaba encantada consigo misma por haberse colado en un hotel pijo y haberles dejado la piscina hecha un asco—. Ha sido todo un acontecimiento.

—¿Te apetece tomar algo? —le preguntó el hombre, sonriente—. Podría bajarte una copa.

—Agradezco la oferta —respondió ella, sonriéndole también—, pero tengo que buscar al resto de mi grupo. Dicho lo cual, ¿sería mucho pedir que me prestaras una camiseta? —preguntó, y señaló las enormes manchas del *top*.

—¿Una camiseta? Claro. —Desapareció en su habitación y regresó al balcón con una camisa formal azul bien doblada—. Quizá te quede un poco grande —le advirtió al lanzársela.

—Es infinitamente mejor que la alternativa.

Se puso la prenda, y le hizo gracia comprobar que le llegaba por debajo de las rodillas.

—Bueno, tengo que irme. Gracias por la ropa.

—Te diría que te portaras bien, pero creo que es un poco tarde —comentó él en tono irónico.

—No te preocupes, estoy bien. Que pases buena noche.

—Y tú —respondió mientras la observaba marcharse por donde había venido.

Myfanwy nunca averiguaría si el club la habría dejado volver a entrar cubierta de mugre, pero resultó no tener problema alguno con una chica empapada de cintura para abajo. Aquel lugar le resultaba mucho más mundano después de los acontecimientos de la última hora, y se dedicó a contemplarlo, meditabunda. «¿Cómo narices me encontraron aquí los inyectadores? —se preguntó—. Es el último lugar en el que yo habría esperado estar, así que ¿cómo lo han sabido?».

«Quizá me siguieran desde el aparcamiento —siguió cavilando, no muy convencida—. Lo que significaría que llevaban vigilándolo desde antes de que yo conociera su existencia. Eso es mucho esperar. Pero Alrich sabía que estaba aquí —se dio cuenta, y sintió un escalofrío—. ¿Les

habrá dado el chivatazo?». Sus especulaciones se cortaron en seco por culpa de un bostezo enorme, así que se encogió de hombros mentalmente. «Ya seguiré dándole vueltas por la mañana». En la pista de baile, Bronwyn y sus amigas empezaban a parecer cansadas.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó su hermana, incrédula—. Ese no es ni de coña el *top* que te presté y... ¡estás empapada! —exclamó, ansiosa, tocando su ropa.

—Me ha salpicado un coche. Y un hombre muy agradable me ha dado su camisa.

—¿Se la quitó sin más?

—Sí —respondió Myfanwy, inventando sobre la marcha—. No parecía que la echara de menos.

—Pero ¿dónde está mi top?

—En el bolso. Lo lavaré y te lo devolveré. «Si puedo salvarlo —se corrigió—. ¿Quién sabe si las manchas biológicas raras se quitan?».

—¿Y lo de tu trabajo?

—Era una emergencia, lo he solucionado por teléfono. A las tres de la mañana. ¿Estás lista para irnos?

—¿Y tú estás bien para conducir?

—Sí, claro. Pero creo que vas a tener que sacar tú el coche del aparcamiento. A los tíos del hotel no les caigo demasiado bien.

El teléfono del piso estaba sonando y a Myfanwy no le apetecía contestar. Alargó un brazo con la intención de levantar el auricular y colgar, pero algún sádico (ella probablemente, aunque puede que Grantchester) había colocado el aparato en la otra punta de la habitación. Empezó a manotear sobre la mesita de noche con la esperanza de encontrar una lámpara; lo único que consiguió fue activar el dispositivo que controlaba la rotación de la cama redonda. Para cuando logró escapar de allí, recorrer el cuarto, tropezar con los vaqueros empapados que había lanzado por los aires dos horas antes, maldecir aquella ropa infernal hasta en arameo, desenredarse de ellos, levantarse y responder al teléfono, seguía sin estar del todo despierta.

—¿Sí?

—Torre Thomas, soy Ingrid.

—¿Sí?

—Son las seis y media.

—¿Sí?

—Tiene su examen médico dentro de media hora.

—Sí.

—Así que ¿pido que le dejen preparado el desayuno en el comedor?

—Sí.

—¿Torre Thomas?

—¿Hmmm?

—¿Torre Thomas?

—¿Sí?

—Han pasado quince minutos y todavía no ha salido.

—Sí.

—¿Está vestida?

—Nah.

—¿Está desnuda?

—Nah.

—Así que puedo enviar a estos corpulentos guardaespaldas a su dormitorio, ¿no?

—¡Ni se te ocurra! Saldré dentro de quince minutos y será mejor que haya café preparado. Y cuando acabe, envía a alguien aquí arriba para averiguar cómo se apaga mi cama.

—¿Quiénes son? —inquirió Myfanwy sin entusiasmo mientras señalaba con el pulgar a los dos hombres gigantescos que tenía detrás, flanqueando la puerta de su despacho.

—Son los enormes guardaespaldas de hoy —respondió Ingrid con alegría.

—¿Dónde está el café?

—Ah, no hay café. Los médicos dijeron que era mejor que no comiera ni bebiera nada hasta después de las pruebas.

—Pero..., pero ¿no me habías dicho que habría desayuno cuando bajara?

—Era un cebo para sacarla de la cama.

Myfanwy consideró por un momento la opción de echarse a llorar. No obstante, asintió con cansancio.

—Voy a necesitar un teléfono nuevo —informó sin más, y dejó caer el móvil cubierto de limo en el escritorio.

Ingrid lo miró en silencio mientras parte del asqueroso líquido se derramaba sobre su secante. Un número infinito de preguntas incómodas flotaban en el aire, suplicando que alguien las formulase, y Myfanwy intentó imaginarse cómo plantearía la situación su secretaria.

—Considérelo hecho, torre Thomas —dijo la mujer al fin—. Dígame, ¿se ha duchado?

—Sí, aunque alguien me había quitado todo el gel y el champú.

—Sí, eso es porque van a comparar su olor con las ampollas de su sudor que tienen almacenadas.

—Bárbaro. —Volvió la vista atrás y vio a dos hombres con gafas entrar en la oficina, expectantes.

—Bueno, torre Thomas, estos son el doctor Burke y el doctor Leichhardt.

Los dos médicos tenían bigote, y el uno parecía el negativo fotográfico del otro. Hicieron unas torpes reverencias que ella recibió con un gesto de cabeza y un bostezo.

—Buenos días, caballeros. Espero de todo corazón no tener que hacer nada demasiado difícil —comentó mientras intentaba mantener los ojos abiertos.

—¿Cómo dice, torre Thomas? —preguntó el doctor Burke.

—Ya sabe, no tendré que ponerme a correr o algo parecido, ¿no?

—Oh, no, torre Thomas —respondió Leichhardt—. Nuestras pruebas son bastante pasivas por su parte. Aunque debería advertirle que algunas son algo...

—Desagradables, largas y muy invasivas, lo sé —lo interrumpió. Después se volvió hacia

Ingrid—. ¿No había pedido que me las hicieran por la tarde? —le preguntó en tono lastimero.

—El director de seguridad Clovis reorganizó las citas al azar —respondió esta mientras se dirigían al ascensor—. Al parecer, opinaba que esa aleatoriedad era clave para evitar que los injertadores evitaran nuestros métodos de detección.

«Por lo que he visto, a los injertadores se les da bien la aleatoriedad», gruñó, aunque se abstuvo de decirlo en voz alta.

—¿Y está despierto y trabajando el director de seguridad Clovis a estas horas de la mañana? —inquirió con rencor.

—Claro que no —contestó Ingrid antes de pulsar el botón de la planta médica.

Las puertas se abrieron, y Burke y Leichhardt urgieron a Myfanwy, Ingrid y los dos enormes guardaespaldas a entrar en el centro médico.

—¿Y no se suponía que debían ser tres doctores? ¿Para garantizar algo?

—Sí, ahí está la doctora Wills —contestó su secretaria, y le presentó a una mujer muy alta con el cabello de un rubio glacial cuyos guantes le llegaban al codo.

—Buenos días, torre Thomas —saludó la doctora, sin sonreír tan siquiera un poco—. Por favor, quítese el pijama y las zapatillas, póngase este camisón de papel, métase en esta cama e introduzca los pies en los estribos.

Myfanwy asintió con una profunda falta de entusiasmo y miró a su alrededor en busca de un sitio en el que cambiarse. Los tres médicos la miraban, expectantes, y eso le abrió los ojos a la lúgubre realidad. Al menos Ingrid tuvo la decencia de apartar la vista. Los enormes guardaespaldas salieron con mucho tacto para colocarse a ambos lados de la puerta. «Quizás haya sido mejor no tomar café —meditó—. Casi prefiero no estar del todo despierta para esto». Alguien se lo pagaría caro.

—Bueno, caballeros, ¿empezamos? —propuso la ginecóloga—. Ingrid, ¿quieres un café? —Myfanwy entornó los ojos.

Alguien se lo pagaría caro, sin duda.

—Ingrid, tengo que saber si... ¡Ay, ay, ay! ¿Qué coño está haciendo ahí abajo?

—Lo siento, torre Thomas —le respondió alguien que estaba entre sus piernas y no sonaba nada arrepentida. Los dos médicos que flanqueaban a la doctora sonrieron a modo de disculpa.

—No tanto como lo va a sentir después —masculló para sí, y le pidió a su secretaria que se acercase—. Ingrid —dijo en voz baja para que no la oyeran el resto de los presentes—, ¿podrías comprobar mi agenda de los últimos seis meses? Tengo que saber que tuve alguna reunión con un tal *graaf* Ernst von Suchtlen.

—¿Ahora, torre Thomas?

—Por favor.

Asintió y se dio media vuelta para examinar los archivos en su tablet. Myfanwy bostezó y después dejó escapar un pequeño chillido.

—Lo siento, torre Thomas. Se le tensa el cuerpo cuando bosteza —explicó la doctora.

Myfanwy la miró con aire suspicaz y un haz de luz la cegó.

—Eso no habrá salido de mí, ¿no?

—No, claro: estamos sacando algunas fotografías digitales.

—¿Qué?

—No se preocupe, torre Thomas —intervino Burke—. No las vamos a publicar en internet ni nada parecido. Son para el médico externo.

Otra punzada de extremo malestar.

—No es nada agradable, no —comentó con voz tensa.

—Lo siento —respondió la doctora—, no suele haber tanta gente aquí dentro.

—¿Qué?

—Me refiero a dentro de la sala de examen.

—Caballeros —saltó Myfanwy—, ¡les agradecería que no empujaran a mi ginecóloga investigadora!

—Tendremos cuidado —le aseguró Leichhardt para tranquilizarla—. Bien, puede que esto sea incómodo de un modo poco ortodoxo, pero, haga lo que haga, no contraiga los músculos.

Cerró los ojos, horrorizada, y pensó en Inglaterra. Cuando la doctora por fin se quitó los guantes, acababa de llegar a la conclusión de que el país no merecía en absoluto tanto esfuerzo.

—Torre Thomas, ya casi hemos terminado por aquí. Aunque sé que hasta ahora no ha sentido interés por el asunto, quizá debamos aprovechar esta oportunidad para hablar sobre anticonceptivos.

Ingrid la miró arqueando una ceja.

«Quizá deba mentir y decirles que soy una injertadora —pensó a la desesperada—. O Satán. Es probable que parasen si fuera Satán».

—Yyy... esto ya está, así que ahora la pasaremos a los dentistas —anunció Leichhardt—. Estos son los doctores Weiss, Engel y Olivier.

—Encantada de conocerlos —los saludó Myfanwy—. ¿Me puedo poner el pijama?

—Me temo que no —se disculpó Olivier—, pero tenemos otro camión de papel para usted.

—Oh, qué emoción —respondió ella con un suspiro.

—Y si hace el favor de sentarse en este sillón —añadió Engel —, nos gustaría meterle en la boca esta cosita. Evitará que cierre la mandíbula.



—¿Juánton jaljulán que jurará ejto?

—Lo siento, lo ignoro. Como comprenderá, torre Thomas, queremos ser lo más exhaustivos posible. Ahora vamos a cerrar estos tornillos alrededor de su cabeza, sus hombros y la parte superior de su torso. ¿Le gustaría abrazar un osito? —le propuso la doctora Weiss mientras le ofrecía un pequeño peluche con tartán.

—Jí, jor jajor.

—¿Torre Thomas? —oyó preguntar a otra voz.

—¿Jí?

—Soy Ingrid.

—¿Jé?

—He repasado su agenda del último año y no aparece ese nombre.

—Jierda. ¿Y jorra jejjona?

—¿Cómo dice? —preguntó Ingrid, frunciendo el ceño. Myfanwy miró al doctor Olivier con cara de súplica. Al parecer, el hombre hablaba con soltura el «mandíbulas abiertas».

—Ha dicho: «¿Y otra persona?».

Trató de asentir con la cabeza, pero lo único que podía hacer era parpadear con énfasis.

—Lo siento, ¿quiere que revise la agenda en busca del nombre de cualquier otra persona? —vaciló Ingrid, desconcertada.

—¡Oh! —exclamó Myfanwy mientras sacudía su osito de peluche, frustrada e impotente—. ¡Hngh!

—Torre Thomas —la regañó el doctor Engel—, hemos colocado cuchillas afiladas dentro de su boca. Será mejor que no se agite.

Myfanwy puso los ojos en blanco.

—¿Quiere que compruebe las agendas de los demás?

—Jí.

—Muy bien, torre Thomas.

—Torre Thomas —dijo la doctora Weiss—, ¿sabe cómo se ha hecho estas cicatrices en la garganta?

—¿Ajíjaldas?

—No, todavía tiene las amígdalas. ¡Ah, y tiene una caries!

—Bueno —comentó Engel—. Ya que estamos aquí, bien podemos empastársela.

—¿Ha conseguido dormir un poco en la resonancia? —inquirió su secretaria mientras caminaban lentamente por los pasillos del Tablero. Los dos enormes guardaespaldas marchaban tras ella ocupando todo el espacio y golpeándose contra los cuadros de las paredes. En medio de las

pruebas, Myfanwy se percató de que no estaban allí sólo para protegerla, sino también para matarla o, al menos, reducirla, si resultaba ser una planta injertadora.

—Un rato —respondió ella de mal humor—. Bueno, ¿el nombre no ha aparecido por ninguna parte?

—No. Y, aunque no ha sido fácil, también he organizado la revisión de todos los diarios no personales de los miembros de la Corte.

—¿Y nada?

—Nada de belgas —se disculpó.

—Me lo imaginaba —suspiró—. Bueno, ¿por cuántas pruebas más tengo que pasar?

—Análisis de sangre, de orina, de saliva, de heces, de pelo, de huellas, de ojos, de oídos, de ADN y unos cuantos minutos dentro de algo a lo que los técnicos se refieren como «el enjambre de abejas».

—¿Por qué lo llaman así? —preguntó Myfanwy, suspicaz—. ¿Porque zumba?

—Bueno, probablemente —contestó Ingrid, evasiva—. Después de eso, los perros tienen que olerla... —Dejó la frase en el aire mientras examinaba su lista.

—Ya sabes que los perros no reaccionaron con la injertadora que detuvo la gente de Shantay. La pasearon delante de ellos y ninguno gruñó.

—Cierto, pero el director de seguridad Clovis cree que, como fueron ellos los que descubrieron a Van Syoc, merece la pena intentarlo. En fin, después de los animales, tres caballeros van a lamerla.

—¿Lamerme? —vaciló Myfanwy, horrorizada.

—Sí. Tenemos mucha suerte: únicamente contábamos con dos hombres cualificados para lamer, pero hemos podido traer a uno de los estudiantes de la Finca. En realidad, ellos se llevan la peor parte, puesto que sólo son tres y deben lamer a todos los miembros del Checquy.

—Pero ¿cuántos años tiene ese alumno? —inquirió, desesperada.

—Diecisiete.

Se le revolvió el estómago.

—¿Y dónde tienen que lamerme?

—En la sala de examen.

—¿Qué? No, me refiero a en qué parte del cuerpo tienen que lamerme.

—En la punta del dedo índice de la mano derecha —respondió la mujer como si fuera obvio.

—Ay, gracias a Dios —repuso su jefa, muerta de alivio.

—En serio, torre Thomas, ¿en qué estaba pensando? —preguntó la secretaria, jocosa—. ¿Que le iban a lamer cada centímetro del cuerpo?

—Una estupidez, lo sé —se rió ella casi sin ganas.

—Sí, y muy grande —coincidió Ingrid mientras miraba su lista—. No tenemos tiempo para

eso.

*Querida tú:*

*De verdad creo que me merezco mucho más reconocimiento por no haberme dado a la bebida después de tanta profecía vaticinando mi ruina. Pero, en fin, siempre he bebido con moderación. En la Finca, el alcohol estaba estrictamente prohibido. «Una mente limpia y un cuerpo limpio te convierten en un arma perfecta» era lo que solía decirnos uno de los profesores. Aunque, por supuesto, siempre había formas de conseguirlo en caso de que de verdad lo quisieras; de vez en cuando, un grupo de chavales se escapaba al pueblo más cercano o lo intentaba. Vamos, que estábamos en una isla, así que no era fácil. Además, como te imaginarás, nuestros profesores estaban bien entrenados en el arte de la vigilancia.*

*Sin embargo, para los que querían un pequeño subidón, había una chica cuyo pelo te colocaba si te lo comías.*

*O un chico que te hacía flipar si le dejabas tocarte los globos oculares con la punta de los dedos, cosa que yo nunca estuve dispuesta a probar.*

*Al grano, que me estoy enrollando.*

*Varias semanas después de mi bacanal de compras con la fashionista griega inmortal, estaba tomándome el café mientras veía salir el sol. Aunque por lo general Ingrid siempre llega la primera, había logrado adelantarme a ella unos minutos, de modo que aproveché la oportunidad para dedicarme a una de mis tareas favoritas: repasar el correo. Es probable que sea por culpa de los años que estuve en la Finca, donde nadie recibía correspondencia, pero adoro recibir cartas. Lo habitual es que mi secretaria haga de filtro; no obstante, esta vez lo vi yo: fui la primera en fijarse en aquel intrigante paquetito.*

*La mayor parte de la correspondencia no revestía mayor interés. Un par de revistas científicas sobre el sistema nervioso y neuroanatomía (estudio mucho). Circulares internas de la Finca, el Anexo, el Torreón de la Horca y Apex House: un modisto de Gloucestershire al que habían encarcelado por utilizar roedores como sirvientes no remunerados; al maldito bosque móvil ya se le había advertido con meridiana claridad que debía dejar en paz las granjas solitarias; el Departamento de Contabilidad iba a revisar las solicitudes de caballos Clydesdale presentadas por el Departamento de I+D. Y estaba la invitación a la fiesta de Navidad anual de la Corte, que se celebraría en la casa de Conrad Grantchester. Habían invitado a todos los miembros y sus familias.*

*Por supuesto, como no tengo a nadie a quien llevar, suele acabar acosándome la mujer de*

*algún colega que quiere emparejarme con alguien. No sé si es que sus maridos, al llegar a casa por la noche, les cuentan la vida de la solterona de la oficina o si es que resulta tan obvio que estoy sola. Mi único consuelo es que a Gestalt le pasa lo mismo.*

*En fin, al menos eso me ofrece una buena excusa para estrenar uno de los vestidos que me eligió Lisa. No el rojo, por supuesto. Ni esa cosa morada con tirantes y un pequeño polisón. Y está claro que tampoco el de las plumas. Mientras repasaba mentalmente la lista de trajes y los iba tachando de uno en uno, cogí el paquete. El vestido negro quizá sirviera si encontraba a alguien que supiera cómo se trenzaban todos los lazos. Corté la cinta de la caja sin prestarle mucha atención. Si te soy sincera, estaba más que dispuesta a llevar el collar de ópalos. Sin embargo, el vestido que Lisa decía que debía ponerme con él tenía mucho escote, tanto por delante como por detrás. Y a los lados. De hecho, era poco más que una falda con tirantes. Con un suspiro, abrí lo que tenía entre las manos.*

*Dentro había un corazón humano cubierto de sangre.*

—Torre Thomas, le aseguro que lograremos limpiar la sangre de la moqueta —prometió Ingrid.

—Y la analizaremos por si escondiera alguna sorpresa desagradable —añadió el doctor Crisp mientras recogía una minúscula cantidad de sangre de mi escritorio con un hisopo. Lo acompañaba una multitud de ayudantes que se arremolinaban en torno a la mesa y la moqueta que se había manchado. En cuanto había puesto los ojos encima del contenido de la caja, la había lanzado por los aires con lo que después oí a mi secretaria describir a uno de sus amigos como «el chillido de un lechón aterrorizado».

—Y estamos examinando tanto el corazón como la caja, por si hubiera algún dispositivo peligroso —explicó el director de seguridad Clovis tras dejar de hablar a toda prisa en su móvil—. Veremos si logramos seguirle el rastro a través de la empresa de mensajería —le indicó a un subordinado enorme, que esperaba detrás de él—. Es probable que no funcione, pero no quiero pasar nada por alto.

—Torre Thomas, ¿seguro que no quiere salir de la esquina? Creo que el sofá le resultará más cómodo.

*Ingrid se volvió y habló en voz baja con el doctor Crisp. La vi lanzarme una mirada de preocupación.*

—¿Trauma? —dijo Crisp, como si le hiciera gracia—. No lo creo. Es probable que sólo necesite un buen trago de algo fuerte.

—¡O una buena bofetada! —exclamó Teddy Gestalt al entrar en el despacho. Los peones y los camareros se apartaron de su camino mientras seguía el rastro de sangre y bajaba la vista para contemplarme con evidente asco—. Mira, Thomas, este comportamiento no es aceptable para un alumno, ¡así que menos aún para una torre del Checquy! Ahora, deja de temblar,

*levanta y procura no seguir haciendo el ridículo delante del personal. —Me echó un último vistazo, puso los ojos en blanco y se dio media vuelta—. Doctor Crisp, jefe Clovis, espero una copia de los informes sobre la investigación. E intentad averiguar por qué iba a molestar a alguien en enviarle un corazón a la torre Thomas.*

*Tras volcar todo su desdén en el último comentario, salió del cuarto a zancadas y dejó tras de sí un silencio muy incómodo.*

Dolorida, magullada y muy necesitada de cafeína, Myfanwy se sentó con cuidado a su escritorio. Llevaba un pijama suave y una bata. Tras varias horas de pruebas físicas desagradables, largas y muy invasivas, y muy pocas horas de sueño, estaba de pésimo humor. Y a ese estado de ánimo contribuía la sensación de que no debería volver a la cama porque tenía que encontrar al *graaf* Ernst von Suchtlen y que la cafetera de la oficina estuviera rota y no supiera cómo funcionaba la de la residencia.

Mientras Ingrid iba a suplicar café a otro departamento, Myfanwy había repasado de nuevo la carpeta morada de Thomas sin encontrar nada que mencionara una reunión con los injertadores. Empezaba a lamentar haber dejado las cartas en el despacho de su casa. Desesperada, en pleno mono de cafeína, estaba reclinada en su silla con los ojos cerrados. Entonces sonó el teléfono y el timbre le hizo estallar de dolor el cráneo.

—¿Sí? —preguntó con voz tensa.

—Torre Thomas, tiene una llamada —informó la voz de Ingrid.

—¿Me has conseguido café? —preguntó, esperanzada.

—Sí, nos van a enviar un poco de la cocina.

—Genial. Avísame en cuanto llegue.

Colgó y cerró los ojos. Un instante después, el teléfono volvió a sonar.

—Excelente, ¿ya ha llegado el café?

—No, lo siento, torre Thomas, pero sí que tenía una llamada a la espera.

—¿Un sábado? —inquirió, quejumbrosa—. Dios, vale, ¿quién es?

—Alguien llamado, deje que lo vea, tuve que escribirlo fonéticamente. Un tal... Gerd de Leeuwen.

—¿En serio?

—¡No me ponga a la espera! —le gritó una voz al oído.

Myfanwy dio un respingo y lanzó sin querer el teléfono contra las rosas decorativas de la esquina del despacho. Tras sujetarse la oreja con una mano, puso el aparato en manos libres.

—¿Diga?

—¡Soy el *graaf* Gerd de Leeuwen! —chilló la inconfundible voz del belga despellejado que había conocido la noche anterior.

—¿Cómo ha conseguido este número? Ni siquiera yo lo conozco —respondió, demasiado cansada y gruñona para ser educada. La organización de aquel hombre era la culpable de su reciente lluvia de pruebas médicas. Además, le asustaba mucho menos ahora que no tenía que verlo.

—¡No me cuestione! ¡Cuento con la sabiduría que dan los siglos!

—Pues vaya cosa —replicó ella con un bufido—. Que sepa que quince minutos antes de conocerlo estuve de copas con un vampiro. El tío lleva muerto desde el siglo XIX y todavía sabe cómo comportarse.

Hizo una pausa para ver si reaccionaba de manera incriminatoria ante la mención de Alrich; quizá le diera alguna prueba que demostrara la traición del alfil.

—¿Dónde está Ernst von Suchtlen? —exigió saber la voz, al parecer haciendo caso omiso de sus comentarios.

—¿Está drogado o qué? ¡Me dijo que tres días! Y eso fue hace diez horas.

—¿Dónde lo han metido para necesitar tres días? —exclamó con voz triunfante al otro lado de la línea.

—Dios mío —suspiró Myfanwy mientras el belga se lanzaba en otra interminable diatriba—. Mire, espere un momento, que tengo otra llamada. —Pulsó el botón y cortó un grito de rabia impotente—. ¿Diga?

—Torre Thomas, tengo su café.

—Excelente, Ingrid, tráemelo.

Después volvió a la línea del inyectador y se tambaleó un poco con el estallido de insultos belgas del siglo XVII. Los guardaespaldas abrieron las puertas para que Ingrid entrara con una enorme taza de café y un móvil nuevo; la mujer se quedó paralizada al oír el torrente de gritos. Aunque se tratara de un idioma ininteligible, quedaba muy claro que la persona que llamaba no estaba siendo ni educada ni profesional. La secretaria se acercó con precaución al escritorio.

—¿Tiene esto algo que ver con ese *graaf* Ernst von Suchtlen por el que preguntaba? —susurró, sorprendida por el lenguaje que escupían los altavoces.

—No, es su compañero, que no tiene piel —le aclaró Myfanwy mientras le daba al botón de silenciar y miraba con anhelo el café—. Son los líderes de los inyectadores. Este tío me abordó anoche y exigió saber el paradero de su colega.

—¿Está hablando con los inyectadores? —exclamó Ingrid—. ¿Por qué no ha pedido que rastreen la llamada?

—¿Eso se puede hacer?

—Siempre que lo mantenga en la línea.

—¡... y desataré una ola de terror! —gritaba De Leeuwen en inglés antes de colgar.

—Bueno, ¿qué quieres de mí? Soy un genio de la administración, no de las



telecomunicaciones.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —preguntó su secretaria.

—No lo sé, ¿esperar a que el moho cubra los montes de Cotswold? —repuso, irritada.

Entonces sonó de nuevo el teléfono e Ingrid fue a contestarlo, pero dudó sobre la base vacía.

—¿Dónde está el aparato?

—Lo tiré a las rosas —le explicó su jefa mientras pulsaba el botón del altavoz—. ¿Diga? —inquirió con precaución.

—Soy el *graaf* Gerd de Leeuwen —respondió la voz del belga despellejado.

—Ah, hola —saludó Myfanwy mientras hacía gestos frenéticos a su secretaria y derramaba el café.

Con las prisas, Ingrid se golpeó la espinilla con un reposapiés y salió cojeando del despacho para llegar hasta su teléfono. El preciado néctar cafeinado se esparció por el escritorio de Myfanwy, empapó varios documentos de importancia nacional y envolvió su móvil nuevo. Dejó escapar un gemidito de angustia e intentó volver a meter parte del café en la taza usando su tarjeta de seguridad laminada.

—Me han comentado que quizás haya actuado de forma impulsiva —dijo De Leeuwen—. Con esto en mente, la oferta original de los tres días sigue en pie.

—¿Tres días desde ahora? —preguntó ella haciendo un alto en sus esfuerzos de recuperación cafetera. «Puñetero cabrón belga bipolar»—. ¿O tres días a contar desde el momento de la oferta original?

Miró a través de las puertas a Ingrid, que hablaba a toda velocidad por otra línea y hacía gestos frenéticos para que lo mantuviera al teléfono. Myfanwy puso cara de no poder controlar la conversación y después intentó en vano seguirle el hilo a la diatriba del belga, que, por desgracia, había terminado en aquel preciso instante con la frase: «¿Lo entiende?».

—Bueno, sinceramente, señor, hoy es sábado y, aunque contamos con un buen número de personal durante el fin de semana, tal vez no sea suficiente.

«Sí, eso tiene mucho sentido», se felicitó, e intentó interpretar la expresión de Ingrid.

—¿Qué han hecho con él para necesitar la ayuda de tanta gente? —fue la suspicaz reacción.

A Myfanwy había empezado a dolerle la cabeza otra vez, y dado que los tiernos cuidados de los doctores Wills y Engel habían resultado no ser tan tiernos, sus partes sensibles también le molestaban. Bebió un poco de café rescatado e hizo una mueca. «La diplomacia no funciona. Los buenos modales no funcionan. Joder, ni la cordura funciona —reflexionó—. Voy a tener que hablar sin más rodeos con esta criatura». Respiró hondo.

—Piense un poco en lo que ocurrió anoche. Sé que quizá se haya perdido entre tantos siglos de material acumulado en el archivo mental de su cerebro, pero fue hace unas cuantas horas. Flotaba en una pecera de aguas residuales y yo estaba allí, con cara de querer vomitar. Usted

chillaba de manera ininteligible y quizá recuerde que le dije... que... nosotros... no... lo... tenemos. Ahora bien, haremos todo lo posible por ayudarlo, pero si ha perdido a uno de sus hombres, usted es el único culpable, no yo. —Levantó la mirada y vio que Ingrid y los guardaespaldas la miraban, incrédulos. «Quizá me he pasado de sincera»—. Además, como puede que sepa, soy el miembro más reciente de la Corte. Es posible que le convenga hablar con otras personas sobre su misión.

—¿Qué misión?

—No sé, todo este tema de: «Existimos y estamos colando agentes en Inglaterra y Estados Unidos».

—No sólo no hablaré con otros miembros de la Corte sobre esto, sino que usted tampoco lo hará —respondió sin más De Leeuwen.

—¿Perdone?

—La hemos elegido porque Ernst vio algo en usted, el general de nuestro mayor enemigo. Si creyese que desconoce su paradero, la habría despellejado, su hermana estaría muerta y yo me encontraría observando cómo unas tropas cultivadas en cubas violaban a su primer ministro en Trafalgar Square sobre una pirámide de calaveras londinenses.

A Myfanwy se le helaron las venas.

—¿Qué? —susurró.

—Lo que oye —le confirmó el belga en un tono de profunda satisfacción—. Así que le sugiero que abandone la falsa afirmación de que no lo tienen ustedes porque ahora entiende lo serio que es este asunto.

—Me aseguró que no las tocarían ni las investigarían —musitó ella, horrorizada.

—No sea inocente.

—Hijo de puta. ¿Cómo te atreves a amenazar a mi familia? —le gritó al teléfono—. Como intentes tocarle un pelo a Bronwyn, bombardearé tu país hasta reducirlo a escombros. Te perseguiré, controlaré tu cuerpo y te obligaré a arrancarte las tripas y sacártelas por el culo. ¡Puto cadáver!

—¡No me hables así! —chilló el belga. Se oyó ruido de salpicaduras de fondo, lo que significaba que seguía en su tanque.

—Le ordenaré a uno de mis guardaespaldas que se cague en esa pecera, y te restregarás la mierda por la carne como si fuera jabón del Body Shop —siguió diciendo Myfanwy—. ¿Y esas modificaciones tuyas? Bueno, te las arrancarás con las uñas, desagradable despojo de carnicero.

Del altavoz brotó el sonido de alguien sufriendo una apoplejía en una piscina.

—Bueno, señor *graaf* Gerd de Leeuwen, llámeme dentro de tres días y veremos cuál es la situación. Si mi hermana nota la más leve incomodidad antes de ese momento, recibirá a su colega en forma de juego de maletas. Adiós —se despidió antes de colgar con manos

temblorosas. Después se volvió hacia Ingrid, que acababa de volver a entrar en el despacho—.  
Hola.

—Así que, además de en telecomunicaciones, tampoco es una gran experta en diplomacia, ¿eh? —comentó débilmente.

—Necesito un trago.

—Creo que lo necesitamos las dos —repuso la secretaria, y abrió un retrato tras el que se escondía un bar bien abastecido. Sirvió un par de copas de algo de color ámbar mientras Myfanwy sacudía el café de su móvil nuevo.

—Ese tío no está bien de la cabeza —gruñó—. Ya era malo saber que los injertadores planeaban una invasión, pero al menos creía que estaban cuerdos.

—Sí. Torre Thomas, ¿tiene una hermana?

—Sí —respondió ella a la defensiva.

—¿Cómo puede tener una hermana? —Bajó la voz—. Solo lleva siendo usted dos semanas.

—Este cuerpo tiene una hermana. Es tanto mi cuerpo como el de la persona para la que trabajabas antes. Así que, sí, tengo una hermana. Me encontré.

—¿Cómo?

—Por la declaración de la renta.

—Ya veo. ¿Y cómo la han identificado los injertadores?

—Anoche salí con ella —respondió con aire culpable.

—¿Salió anoche?

—Fuimos de copas.

—¿De copas? —exclamó.

—Sí —contestó su jefa, ruborizada—. Por eso acabé con el móvil cubierto de limo. ¿Qué creías que había pasado?

Ingrid realizó un visible esfuerzo por calmarse.

—Torre Thomas, no soy su madre ni tampoco un miembro de la Corte, y sé que es usted inteligente, así que no necesita que le señale lo increíblemente estúpido que ha sido su comportamiento. No necesita que le subraye que ha puesto en peligro su vida, la vida de su hermana y el bienestar de todo el país. Y ahora tenemos al teléfono a unos injertadores lunáticos.

—Lo sé —reconoció Myfanwy en voz baja.

—¿Cómo se llama su hermana?

—Bronwyn.

—¿Y su cumpleaños?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Lo apuntaré en la agenda para que no se le olvide comprarle un regalo —explicó Ingrid como si fuera lo más normal del mundo.

—Es una idea muy bonita, pero ¿no deberían preocuparnos un poquito más las amenazas demenciales del injertador y un poquito menos lo de actualizar la agenda? —preguntó Myfanwy, temiendo que su secretaria se hubiera servido más alcohol terapéutico de la cuenta.

—El Departamento de Comunicaciones dijo que nos avisaría cuando logran rastrear la llamada. ¿Tiene un plan?

—Bueno, como no sé nada sobre ese Ernst von Suchtlen que se supone que tengo encarcelado, creo que deberíamos localizar la llamada, perseguir al hombre sin piel, descargar sobre él todo el poder del Checquy, y disfrutar ambas de la oportunidad de darle unas cuantas patadas cuando lo hayan detenido. Con eso bastará. Salvo por lo de los traidores de la Corte, aunque estoy segura de que eso también se solucionará cuando tengamos al mandamás injertador —recitó Myfanwy, y le dio un trago contemplativo al líquido de color ámbar—. ¿Sabes cuánto se tarda en rastrear una llamada?

Ingrid se encogió de hombros.

—Vale, bueno, supongo que debería regresar a la tarea de dirigir las operaciones domésticas. ¿Se sabe algo nuevo de la Corte?

—Tiene que entregar sus nominaciones antes del sábado —respondió después de comprobar su mamotreto de agenda.

—¿Nominaciones?

—Sustitutos para la torre Gestalt y el caballo Gubbins.

—Ah, claro. Y... ¿cuál es el proceso para todo eso?

—Lo cierto es que no estoy demasiado familiarizada con él. Supongo que es una de esas cosas que se supone que sólo saben los miembros de la Corte, aunque estoy bastante segura de que participan el primer ministro, el ministro de Defensa y el monarca en ejercicio. —Myfanwy la miró boquiabierta, de modo que Ingrid dejó entrever algo de vergüenza—. Los secretarios hablan. Pero sí que sé que tendrá que escribir una lista de cinco posibles candidatos del Checquy, tanto para el cargo de torre como para el de caballo.

—Dios. Diez personas. Bueno, tendré que meditarlo. ¿Qué me dices del coronel Hall? Me cae bien y parece bastante entendido. En cierta ocasión repasé su historial y está muy cualificado. ¿Sabías que supervisó las tropas en Irlanda del Norte? ¿Y también varias misiones internacionales?

—Es muy simpático —coincidió Ingrid—. Su secretaria lo adora y su equipo lo idolatra, pero me temo que no puede ser miembro de la Corte.

—¿Por qué no?

—Bueno, porque no es un peón —respondió, azorada.

—No tiene poderes, ¿eh?

—No. La ley del Checquy establece que sólo aquellos con poderes pueden alcanzar puestos

de mando.

—Me incomoda que se deban tener poderes extraños para ser miembro de la Corte. Sobre todo si yo nunca uso los míos... o casi nunca, al menos, y pocas veces para encargarme de las labores de la Corte.

—Sí, pero en teoría podría pedírsele que supervisara misiones. La verdad es que tiene suerte de que no la hayan llamado más a menudo después de destapar la traición de Gestalt la semana pasada. Hablando de ello, ¿tiene permiso para contarme cuál es la situación?

—Bueno, al parecer no va a haber juicio ni nada. Gestalt nunca ha defendido su inocencia, y lo de intentar matar a todos los asistentes de la fiesta era prueba suficiente sobre su culpabilidad. Sin embargo, hablé con sir Henry y lady Linda, y ambos coincidieron en que resultaba inapropiado que yo supervisara el interrogatorio, dado que ostentábamos el mismo rango. Así que he traspasado la responsabilidad a los alfiles. Les he dado algunas ideas para garantizar la cooperación de Gestalt y ahora sólo me queda esperar a ver si le sonsacan algo interesante.

Alrich se había humedecido los labios de manera inconsciente al aceptar dicha responsabilidad. Se estremeció levemente al recordarlo y le dio otro trago al líquido ambarino.

—Esperar a que rastreen la llamada, esperar a los torturadores... —meditó mientras se rascaba el punto del que le habían sacado sangre con una jeringuilla de tres puntas y aspecto alarmante blandida por un enano subido a una escalera—. Odio esperar. ¿Hay algo que podamos hacer mientras tanto? ¿Alguien con quien hablar? —preguntó, quejumbrosa—. ¿Algún jefe de departamento o director de proyecto?

—Estamos en fin de semana, torre Thomas —le recordó Ingrid con amabilidad.

—Claro. Y la gente no debería trabajar los fines de semana porque eso sería absurdo, ¿eh?

—Bueno, la oficina veinticuatro horas está funcionando —le aclaró Ingrid—, y la situación con los inyectadores nos obliga a mantener abierta la de vigilancia. Y, por supuesto, el personal médico está aquí realizando las pruebas. Un equipo de asalto y dos pilotos permanecen de guardia. También está el personal de seguridad, el de limpieza...

—Vale —la interrumpió Myfanwy—. Me limitaré a entrever estos documentos con mis ojos recién escaneados y a firmarlo todo con mis dedos lamidos.

—Venga, torre Thomas, ya sabe que se han disculpado. Al parecer, al lamerla se les durmieron las lenguas, así que tuvieron que probar con todos los dedos.

Levantaron la vista cuando un joven que aferraba un trozo de papel entró corriendo en el despacho de Ingrid. Vio a Myfanwy y la secretaria a través de la puerta, se ruborizó y corrió hacia ellas. Uno de los enormes guardaespaldas que flanqueaban la entrada levantó un brazo, y las dos tuvieron la oportunidad de vislumbrar las suelas de los zapatos del chico cuando su cuerpo se puso a girar en el aire alrededor del eje del antebrazo del guardia.

—¡Oh! —exclamaron ambas a la par.

El otro gran guardia entró en el cuarto, las saludó y colocó con delicadeza el pie en el cuello del joven, el cual se encontraba en posición supina, jadeaba y agitaba con desesperación el trozo de papel.

—¡No lo matéis! —exclamó Ingrid—. Torre Thomas, este es el peón Summerhill, del Departamento de Comunicaciones.

Myfanwy le hizo un gesto con la cabeza al guardia, que levantó el pie a regañadientes y dejó que Summerhill se sentara.

—Torre Thomas, señora Woodhouse...

—¿Qué ocurre, Alan? —le preguntó Ingrid—. ¿Ha localizado la llamada?

—Todavía no. Estamos trabajando en ello, pero ha llegado este fax. Está dirigido a la torre Thomas.

Myfanwy cogió la hoja de la mano del chico y este metió la cabeza entre las rodillas. El papel estaba cubierto de una caligrafía ornamental, y tuvo que entornar los ojos para ver más allá de las florituras y descifrar el mensaje.

*Torre Thomas del Checquy:*

*He sembrado el terror, aunque sólo un poco, en Reading con la única intención de demostrarle mis habilidades. Si no se apresura, quizá no quede demasiado del hogar de John Perry. Quedo a la espera de ver al graaf Ernst von Suchtlen el martes.*

*Saludos,*

*Graaf Gerd de Leeuwen*

Lo leyó sin poder creérselo. Todos dieron un respingo cuando las luces parpadearon y se oyó una alarma chillona. El teléfono empezó a sonar con frenesí sobre el escritorio de Ingrid, acompañado por una luz roja intermitente.

—¿Qué coño es eso? —preguntó Myfanwy con un mal presentimiento.

—Un incidente —respondió su secretaria en tono lúgubre mientras se disponía a responder al teléfono.

Myfanwy, los dos guardaespaldas gigantes y el chaval sin resuello del Departamento de Comunicaciones la observaron.

—De acuerdo. De acuerdo. Vale. Sí, allí estará. ¿Cuánto tiempo? Vale. Gracias, Jennifer. —Colgó—. Bueno, torre Thomas, me temo que tenemos un incidente en...

—Reading —la interrumpió ella con aire cansado.

—Sí —le confirmó Ingrid, que arqueó las cejas de la sorpresa.

—Los injertadores —siseó Myfanwy, y se percató de que los guardaespaldas y el chico la

contemplaban horrorizados—. Ninguno de los tres ha oído lo que acabo de decir y va en serio —añadió con el tono más mortífero que le permitía el pijama.

«Esa mierda despellejada me dijo que si alguien se enteraba de que habíamos estado hablando, mataría a Bronwyn. Está claro que no puedo confiar en que no lo haga de todos modos, pero tampoco quiero correr más riesgos de los necesarios».

—De hecho, vosotros dos seréis mis guardaespaldas de manera indefinida. No habrá sustitutos. Y tú... —le dijo al tembloroso muchacho de comunicaciones.

—Peón Alan Summerhill —le chivó con discreción Ingrid.

—Peón Alan Summerhill, ¿hasta qué punto es vital tu presencia para rastrear esa llamada?

—Bueno, es mi cuarto día en el puesto.

—¿Eres una especie de niño prodigio indispensable y tu ausencia supondría una notable diferencia en el proceso de rastreo de la llamada?

—No...

—Vale. Entonces nos acompañarás a Reading —le ordenó—. No dirás ni una palabra a nadie de lo que has oído en este cuarto y no te apartarás de mí sin permiso. ¿Entendido?

—Sí, torre Thomas —le aseguró, temblando.

—Bien. Ingrid, ¿está controlado el incidente? ¿Es discreto?

—Es una comisaría.

—Jooder —exclamó uno de los guardaespaldas, y todos los miraron—. Antes era poli —añadió a la defensiva.

—La comisaría está en el centro de la ciudad y han tenido la sensatez de sellar el edificio —siguió explicando Ingrid—. Los centros de operaciones móviles deberían estar listos cuando lleguemos.

—¿Algún otro detalle?

—Los barghests se están movilizandoy nos encontraremos con ellos en el emplazamiento —contestó la mujer—. Caballeros —añadió, dirigiéndose a los guardaespaldas—, van a constituir la seguridad *in situ* de la torre.

Se acercó a su escritorio, y regresó con su abrigo y un portátil dentro de un maletín.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Myfanwy.

—Voy con usted. El helicóptero estará aquí dentro de siete minutos.

—Vale, pero...

—Torre Thomas, sigue usted en pijama. Quizá le convenga subir a cambiarse. Y no se olvide de la chaqueta.

—Vale —aceptó con un suspiro, y abrió otro retrato para subir a su apartamento.

Detrás de ella, uno de los enormes guardaespaldas se había quedado tan atascado en las estrechas escaleras que su compañero tuvo que empujarlo.

Era muy distinto estar en un helicóptero con Ingrid, un peón neófito aterrorizado y dos guardaespaldas enormes en vez de con Shantay; las rodillas de unos y otros no dejaban de entrechocarse, y el peoncito Alan (como lo llamaba mentalmente) estaba aplastado entre los enormes escoltas, que tenían cara de ir a sufrir violentas arcadas de un momento a otro. Ingrid leía a toda velocidad en su portátil mientras Myfanwy llevaba unas grandes gafas de sol y escuchaba los terribles informes que iban llegando.

—La policía de Reading ha acordonado la zona a bastante distancia —anunció la secretaria.

—¿Y más allá de los cordones?

—Deje que lo mire —respondió mientras examinaba toneladas de letras—. Vale, sí. Bueno, hay unas cuantas personas por allí, pero no muchas. Pueden dispersarse fácilmente, ya sea mediante anuncios oficiales o, en caso necesario, con gas lacrimógeno.

—Bueno, algo es algo. ¿Cuál es la tapadera?

—Rehenes, aunque nadie ha usado la palabra que empieza por T.

—¡Está prohibido usar la palabra que empieza por T! —exclamó Myfanwy—. Dios mío, ni te imaginas cómo complicaría eso las cosas. Además, los jefes y los alfiles me desollarían viva. No quiero que nadie la pronuncie.

—El alfil Grantchester ya avisó a toda la organización de que la palabra que empieza por T estaba prohibida —le recordó Ingrid con amabilidad.

—Sí, porque mantuvo una larguísima conversación telefónica con el primer ministro y el ministro de Defensa, y después las torres tuvimos que soportar un sermón de cuatro horas —respondió Myfanwy. «Que, por suerte, no tuve que aguantar yo. Thomas estaba tan cabreada que había escrito una diatriba de trece páginas a interlineado sencillo»—. En cualquier caso, asegúrate de que los embusteros se inventen una excusa racional para lo que sucede.

—Una excusa racional. ¿Como que han sido unos locos, por ejemplo?

—Una excusa racional —repitió Myfanwy, firme—. Bueno, ¿sabe alguien quién es ese tal John Perry?

En circunstancias normales habría consultado la carpeta morada, pero, con las prisas, se le había olvidado. Miró esperanzada a las personas apretujadas dentro del helicóptero, pero ninguna de ellas parecía saberlo. Ingrid levantó la mirada del portátil y confirmó que no había ningún miembro del Checquy con ese nombre; buscarlo en internet la había llevado hasta varios civiles, ninguno de los cuales era de Reading ni parecía tener nada que ver con la situación.

—Vale —dijo—. Bueno, pospondremos ese misterio para más tarde. Ahora, ¿se sabe si hay algún herido?

«Por favor, Señor, que sólo haya rehenes. Como ese cabrón despellejado haya empezado a



herir gente, vamos a tener problemas. Debo de mantener la calma y la compostura».

—Hay siete agentes de policía, tres administrativos y un par de docenas de civiles atrapados —respondió Ingrid.

—¡Mierda! —exclamó, y golpeó el reposabrazos presa de la frustración—. Esto era completamente innecesario. ¡Le dije a De Leeuwen que encontraría a su puñetero colega!

—Pero no lo dijo en serio —le recordó Ingrid con amabilidad—. Estaba rastreando la llamada, iba a localizarlo antes de que se acabara el tiempo.

—Sí, ¡pero él no lo sabía! ¿Por qué habrá decidido hacerlo?

—Le dijo que era el despojo de una carnicería y lo amenazó con obligarlo a torturarse en una bañera llena de heces.

—¿Crees que lo ha hecho por mis comentarios?

—Bueno, no parecía el individuo más estable del mundo. Puede que lo haya hecho por cómo lo saludó, porque es sábado, porque uno de sus ayudantes no se inclinó lo suficiente en la reverencia o vaya usted a saber.

—¿Sigue siendo sábado? —inquirió Myfanwy, exhausta—. Lo sé, no suelo encargarme de estas cosas. La torre Gestalt era la responsable de los incidentes sobre el terreno.

—Por favor, torre Thomas —graznó Alan, el peoncito—. En la Finca todos saben cómo manejó el incidente de Bath.

Los enormes guardaespaldas asintieron, e incluso Ingrid le sonrió con confianza.

«Vale, fantástico», pensó Myfanwy, consternada, mientras el helicóptero iniciaba el descenso.

—¡Ay! —exclamó cuando aterrizaron con brusquedad y se le agitó por dentro todo lo que habían investigado los médicos del Tablero.

Los dos enormes guardaespaldas, que parecían muy aliviados de volver a tierra firme, se levantaron y examinaron la pista. Había una limusina esperándolos, flanqueada por dos formidables vehículos todoterreno. Alrededor de los coches se había reunido un grupo de personas gigantescas, todas ellas nerviosas y bien armadas, lo que nunca era una buena combinación.

—Torre Thomas, vamos a asegurarnos de que esta gente es de fiar —anunció uno de los escoltas.

Cuando se alejaron, Alan se desdobló poco a poco. Myfanwy observó por la ventana a sus hombres, que se alzaron algo tambaleantes sobre el personal del Checquy, todavía recuperándose del mareo. A Ingrid le sonó el teléfono, respondió y asintió mientras escuchaba.

—Todo en orden para bajar, torre Thomas —dijo mientras se levantaba—. Alan, coge las maletas, por favor.

—¿Dónde estamos? —preguntó Myfanwy. El helicóptero parecía haber aterrizado en un prado reacondicionado recientemente—. ¿Es que no había ningún aeropuerto? ¿O helipuerto? ¿O

un lugar que no estuviera minado de...? ¡Maldita sea! Ahora tengo mierda de vaca en los zapatos.

—Al menos no lleva tacones —repuso Ingrid, hundida en la tierra. Detrás de ellas, Alan forcejeaba con el equipaje.

—Torre Thomas, este es el peón Cyrus West. Es el agente de campo encargado de este incidente —le indicó uno de sus enormes guardaespaldas.

—Me alegro de verte, Cyrus —lo saludó Myfanwy, que intentó hacer caso omiso de la vacilación del agente al darle la mano. Recordó que su secretaria le había avisado de que se había corrido la voz sobre el tío al que obligó a apuñalarse.

—Damas. Caballeros. —Saludó a los demás miembros del equipo del Checquy con un gesto de cabeza, mirándolos a los ojos—. Me alegro de veros a todos. Cyrus, seguro que estás deseando volver al lugar de los hechos.

Se metió en el coche, y sus acompañantes y West la siguieron. El enorme guardaespaldas examinaba un arma gigantesca que había sacado de una de las maletas de Ingrid.

—Eso tiene puesto el seguro, ¿no? —inquirió, nerviosa.

—Pues... sí, claro, torre Thomas —le aseguró el hombre, no muy convencido, mientras echaba un vistazo al lateral del arma.

—No le van mucho las armas de fuego —le susurró Ingrid a Myfanwy—. Pero es capaz de arrancarle la piel del torso a la gente con sólo pensarlo.

—Ah..., bien. En fin, Cyrus, ¿me podrías informar sobre la situación en la comisaría?

El peón asintió y empezó a hablar con una voz monótona e increíblemente soporífera. Myfanwy, que ya sumaba resaca, falta de sueño, y un cuerpo sometido a sondas, drenajes, inyecciones, escáneres y raspados, empezó a notar que se le cerraban los ojos. Pero consiguió extraer varios detalles clave del discurso. Según varios informes:

(a) Un hombre de aspecto corriente entró en la comisaría y le rompió el cuello con las manos a la persona que tenía más cerca antes de volverse y bloquear la puerta por la que había entrado. Un agente de tamaño considerable había intentado atacarle con una porra extensible y sólo había conseguido que le arrancara la cabeza del torso de un puñetazo. Llegados a este punto, toda la comisaría estaba movilizada, armas incluidas, y en unos segundos el hombre se encontró mirando a los cañones de varias pistolas y algunos táseres. Examinó la habitación con la ceja arqueada y dejó escapar un bufido jocoso. Después,

(b) sin prestar atención a las órdenes de soltar el arma, se sacudió la multitud de balas que rebotaron contra su cuerpo. Ante las miradas anonadadas de los agentes, sonrió, alzó los brazos y, con un gruñido de esfuerzo (según la frenética llamada del jefe de policía),

(c) «le salieron una especie de tentáculos de carne de los brazos, los alargó y empaló con ellos

a toda las personas del cuarto. Había sangre por todas partes. Después tiró de los empalados y su piel empezó a cubrirlos, a comérselos. Y ahora está lleno de bultos porque los lleva en su interior y se está poniendo enorme y... Dios mío, ¡no! ¡Envíen ayuda! ¡Ayuda!».

(d) El Checquy se movilizó al instante y al llegar se encontró vacías las calles que rodeaban la comisaría, ya que las buenas gentes de Reading no estaban acostumbradas a que de ella surgiera el ruido de una batalla campal a tiros un sábado por la tarde. Eso, unido a los gritos sobrenaturales y las salpicaduras de sangre en las ventanas, había servido para alejar a gran parte de la población. El Equipo de Respuesta a Incidentes del Checquy en la localidad había llegado casi de inmediato, aislado la zona, echado con amabilidad a los pocos testigos que quedaban y disuadido a los medios de comunicación.

—Si me da su aprobación, torre Thomas, seguiré dirigiendo la operación. Se llamó automáticamente a los barghests, y a usted se la avisó porque estamos en alerta de algún color —concluyó Cyrus.

—Verde amarillento —apuntó el peón Alan. Todos lo miraron, y él se encogió un poco.

—Lo siento, ¿quién es? —preguntó West.

—Este es el peonci..., digo, el peón Alan... algo —masculló Myfanwy.

—Summerhill —la ayudó el muchacho.

—El peón Alan, aquí presente, oyó algo que voy a tener que contarte —le aclaró Myfanwy a Cyrus— y que ninguno de los ocupantes de este vehículo puede decirle a nadie. Ya sabrás que la organización ha programado unas pruebas médicas, ¿no?

—Sí, he oído que no son agradables. ¿Debería preocuparme?

—Oh, no, son geniales. Pero el motivo de su obligatoriedad es el mismo por el que ese hombre está disparando a la gente y, bueno, empalándola.

—No sé bien si la entiendo.

—Son los inyectadores —concluyó, y el peón se quedó pálido.

Sin embargo, ella perdió la concentración cuando el enorme guardaespaldas soltó el arma y todos dieron un respingo.

—Bueno, Cyrus —continuó después de que el hombre hubiera recogido la pistola con cara de avergonzado—, no puedes informar a nadie de lo que acabo de contarte. Sólo espero que te ayude con el enfoque de la operación, que, por supuesto, seguirás dirigiendo. Los barghests están a tu disposición. Yo sólo he venido a observar.

Myfanwy intentaba no recordar la última vez que había acudido a mirar. Por su expresión, West hacía lo mismo.

—¿Se trata del comienzo de otra invasión? —quiso saber, ansioso.

—No. Al menos, no lo creo. Colijo que se trata de una advertencia. Pero, por supuesto,

siempre existe la posibilidad de que los observadores aprovechen un momento de debilidad, así que tenemos que solucionar esto lo antes posible.

Cyrus tenía cara de estar reprimiendo las arcadas, mientras que el peoncito Alan parecía a punto de echarse a llorar. Myfanwy notaba que le iba a empezar a doler la cabeza, en la zona de la frente.

—Entonces, Cyrus, ¿sabe algo de un tal John Perry?

—Por supuesto.

—¿Un tal John Perry, de Reading? —preguntó ella, suspicaz.

—Por supuesto. John Perry, de Reading. La torre John Perry.

—¿La torre John Perry?

—Sí, el agente más famoso del Checquy que ha salido de aquí. Uno de los agentes más famosos de todos los tiempos.

—Ah —respondió ella mientras lanzaba miradas asesinas a todos los que no tenían amnesia y, por tanto, ninguna excusa razonable para no ser capaces de identificarlo—. Refréscame la memoria.

—Fue clave en el rechazo de la invasión de los inyectadores en la isla de Wight.

«Dios, este belga despellejado no perdona una», se percató Myfanwy. Mientras ella y todos los demás que no eran de Reading guardaban un silencio culpable, Cyrus lograba parecer a la vez insultado por su ignorancia y preocupado por la idea de tener inyectadores en su ciudad. Llamó por su móvil y empezó a hablar en un tono bajo pero frenético.

—Torre Thomas, ¿está usted bien? —preguntó de repente Ingrid.

Levantó la mirada, sorprendida, y se dio cuenta de que estaba apretándose las sienes con los nudillos.

—Se me está formando un dolor de cabeza justo frente a nosotros.

—¿Justo frente a nosotros? —preguntó Cyrus.

—Es muy específico —respondió ella, cortante—. ¿Tenemos aspirinas en el coche?

Todos miraron a su alrededor, algo perdidos.

—Tenemos Johnnie Walker Blue Label —fue la sugerencia de su secretaria, que estaba examinando el minibar.

—¿En serio? —preguntó el enorme guardaespaldas con un entusiasmo poco decoroso.

—No voy a beber whisky con el estómago vacío de camino a un incidente —negó Myfanwy—. Ni tampoco vosotros —añadió cuando el gigantesco escolta echó un vistazo anhelante al bar—. Ingrid, ¿no llevas nada en el bolso?

—Lo siento, torre Thomas. Quizás haya alguna especie de botiquín. ¿Quiere que le pregunte al chófer?

—No..., sí..., no lo sé —respondió ella, y puso una mueca de dolor—. Esto no es normal. Es

como, como...

—¿Como qué? —preguntó el peoncito Alan, emocionado.

—Como si viniera de fuera de mi cabeza.

—¿Qué? —intervino Alan—. ¿De dónde?

—¡De ahí! —escupió Myfanwy mientras señalaba al frente, a un edificio muy grande rodeado de tropas y vehículos del Checquy—. ¡Justo de ahí!

*Querida tú:*

*El corazón no nos dio muchas pistas. Lo pasaron por todos los dispositivos de escaneo conocidos por el hombre y le pidieron a esa chica anoréxica que asegura ser psicométrica que intentara sacarle una lectura, pero ni siquiera ella obtuvo respuestas. Así que el corazón está ahora en uno de los frigoríficos cerrados con llave, y yo no tengo ninguna pista sobre quién me lo envió. De estar más animada y tener un sentido del humor de mierda, habría dicho que se trataba del equivalente a una tarjeta de San Valentín, pero me contendré y hablaré de nuestra última adquisición... y de cómo me vi envuelta en una operación de encubrimiento muy apresurada.*

*En la comunidad se rumorea desde hace años que ahí fuera había un animal de propiedad privada que era capaz de predecir el futuro. El Checquy cuenta con unos cuantos precognitivos, psíquicos y videntes con bolas (de cristal y de otro tipo), y todos ellos sin excepción son una auténtica mierda. Es habitual que nos entreguen alguna que otra profecía irritante que, de forma invariable, rima pero no está bien medida, además de ser tan metafórica que resulta de todo punto incomprensible. O se trata de algún capullo que desea dotar de significado a sus ataques de epilepsia. Así que, aunque nos sentimos obligados en cierto modo a seguir buscando psíquicos, no prestamos demasiada atención a lo que dicen.*

*Entenderás entonces por qué estábamos tan ansiosos por ponerle las manos encima a un animal que pudiera predecir el futuro con exactitud: ellos no fingirían para llamar la atención. A un equipo de agentes se les había asignado la tarea de encontrarlo y adquirirlo por el medio que fuera. Siguieron cientos de pistas, peinaron el reino y lograron gastar una sorprendente cantidad de dinero (lo sé porque ¿imaginas quién tuvo que encargarse de la contabilidad y la administración de aquel pequeño fiasco?). Se retiraban agentes y otros los sustituían. Varias veces creyeron haber encontrado el animal... aunque el rumor nunca había dejado claro de qué especie se trataba.*

*El caso es que, a lo largo de dicha empresa, recibí varios cerdos, una cabra, un conejo, un Jack Russell terrier y, mi favorito, una caja de cartón con lo que el agente aseguró que eran «los caracoles proféticos de Beccles». Todos ellos se habían presentado con gran fanfarria a los miembros de la Corte. Huelga decir que ninguno de aquellos especímenes era capaz de predecir el futuro. O, si lo era, no estaba dispuesto a comunicarnos sus descubrimientos. Lo único que logramos con la misión fue ponernos en ridículo. Ah, y yo me quedé el conejo.*

*Esta fútil pérdida de tiempo es una de las cosas que heredé al convertirme en torre, y habría estado encantada de abandonarla de no ser porque se trataba de una de las obsesiones preferidas de Wattleman, así que me vi en la obligación de mantenerla.*

*Pero esta mañana se confirmó: el equipo por fin se había hecho con el animal y nuestros mejores científicos habían realizado una serie de pruebas exhaustivas. De modo que me encontré escribiendo con gran esmero invitaciones formales a los miembros de la Corte para una cena hoy mismo en el Tablero antes de observar la increíble y asombrosa magia del único pato profético del Reino Unido.*

*Por supuesto, lo redacté en términos algo más rimbombantes.*

*Envié las invitaciones a través del mensajero de la torre e intenté seguir con mi trabajo. En general consume todo mi tiempo, pero hoy no lograba concentrarme. Me pasé varias horas contemplando la pantalla de mi ordenador, incapaz de hacer nada útil, y al final me di cuenta de que tenía dudas.*

*Si lo piensas, aparte de lo poco probable que es que un pato sea capaz de adivinar el futuro, las probabilidades de que nuestro variopinto grupo hubiera encontrado al único animal psíquico del reino no eran muy altas. Y, sinceramente, no me atraía la perspectiva de levantar la sábana y presentar ante la Corte un pato corriente. Después de tantos errores incómodos, el equipo de búsqueda nos había asegurado que esta vez habían encontrado al animal correcto sin lugar a dudas. Aun así, eso no me calmaba los nervios. Así que no había alternativa: tenía que bajar a comprobarlo yo misma.*

*Quería verlo para comprobar si era capaz de comunicar con claridad sus predicciones y también para comprobar si las mismas eran precisas. Un pato lo bastante inteligente como para comunicarse con las personas podría (pensé) ser lo bastante inteligente como para mentir sobre su capacidad de adivinar el futuro. No obstante, yo me encontraba en una posición única para evaluar sus habilidades, puesto que ya sabía lo que me reservaba el futuro. Así que bajé hasta los laboratorios recorriendo los pasillos con la vista fija en el suelo. Como siempre, intentaba no mirar a los ojos a nadie. Siempre me da vergüenza que me hagan reverencias y esas cosas, y, además, ¿quién sabe lo que les pasará por la mente? Todos me conocen y me doy cuenta de que no me respetan mucho.*

*A pesar de eso, respetan mi cargo y, cuando pedí un momento a solas con el animal, se me concedió a toda prisa. El personal abandonó sus pruebas y los cuidados del adivino emplumado para llevarme hasta una sala blanca insonorizada en la que me senté con él y un portátil. Bueno, el pato tenía el portátil, que contaba con un teclado extragrande que le habían instalado los cerebritos (al parecer, habían tenido problemas con la relación de tamaño entre pico y tecla). El doctor Crisp me acababa de explicar los detalles del funcionamiento del ave.*

*—Estamos hablando de los clásicos cuentos de hadas, torre Thomas —me había dicho*

*cordialmente—. Sólo tres preguntas por persona. Siempre. Y deben hacerse seguidas. Respuestas de sí o no.*

*En realidad, resulta bastante alarmante ver un pato en persona. Son más altos de lo que cabría esperar y más... inmediatos. Nos miramos fijamente, él y yo, y debo reconocer que yo fui la que apartó la vista primero.*

*—Sí, bueno. Soy la torre Thomas —le saludé—. Aunque quizá ya lo sabías.*

*El pato se limitó a ahuecarse las plumas con el pico.*

*—¿Tienes nombre? —le pregunté para establecer algún tipo de entendimiento. Me miró y se cagó en la mesa. Estaba claro que no se trataría de un diálogo fluido. Abandoné el intento de charla y me metí de lleno en preguntar por el futuro.*

*—Pato, ¿me atacarán unos agentes del Checquy?*

*Estiró del cuello de repente y picó en la tecla de la S del teclado. Su «sí» apareció en el monitor.*

*Como ya me habían adivinado el futuro, entre otros, un niño, un indigente y un oráculo de tres mil setecientos años, tampoco es que fuera la revelación más sorprendente del mundo, aunque me impresionó su rápida respuesta. Intenté decidir qué preguntar a continuación. Era una oportunidad única de sacar algo de ventaja.*

*—Pato, em, ¿me atacarán en mi casa?*

*«No».*

*Dejé escapar un suspiro de alivio. Me había estado imaginando que me despertarían en pleno sueño o que tendría que presenciar el asesinato de mi conejo; ahora podía descartar esos temores. Pero todavía podía plantear otra pregunta. ¿Qué necesitaba saber? Me sentía presa de un terrible cansancio, más consciente que nunca de todo lo que debía hacer antes de que llegara el final. ¿Me quedaba tiempo?*

*—Pato, ¿perderé..., perderé la memoria en menos de un mes?*

*«Sí».*

*Me llevé las manos a la cara un minuto entero, minuto durante el cual el pato se limitó a quedarse allí sentado, ambos sumidos en nuestros pensamientos. Le agradecí que no me prestara atención. Eso me permitió recalcular a toda prisa mi agenda. Nunca había sabido cuándo iba a suceder (cuándo iba a «perderlo todo», como había dicho Lisa), pero siempre había supuesto que tendría tiempo para prepararme. Y ahora, ahora sé que serán unas semanas, como mucho.*

*Perdida en mis cavilaciones, le di las gracias al ave con aire ausente y salí del cuarto. Los demás miembros de la Corte no tardarían en llegar. Y, además, el olor a mierda de pato no era demasiado agradable.*



—¿Qué coño hacías ahí dentro, Myfanwy? —exigió saber Teddy Gestalt. El equipo de científicos del doctor Crisp levantó la mirada, sorprendido—. El resto de la Corte estará aquí dentro de un par de horas, así que regreso de Stirling y te encuentro trasteando con esta nueva adquisición en vez de ocupándote de los preparativos necesarios para una recepción y una presentación formal.

—Está ya todo organizado, torre Gestalt —respondí con amabilidad—. Quería asegurarme de que el pato funcionara correctamente. Puede que no lo recuerdes, pero hemos tenido varios falsos positivos durante la búsqueda de este artículo y...

—¿Intentas decir que ignoro lo que sucede aquí? —exclamó en un tono venenoso—. ¿Que no he estado pasando el suficiente tiempo en el Tablero? Porque si prefieres empezar a acudir a las distintas misiones sobre el terreno, Myfanwy, me parece estupendo.

Me observó, triunfante, confiado en que yo jamás querría semejante cambio. Durante un breve y resplandeciente instante deseé poder aceptar como si nada. Por callarlo.

Entonces te recordé y recordé los preparativos que todavía me quedaban. No terminaría a tiempo si empezaba a viajar por el país.

—No, torre Gestalt, eso no será necesario —respondí en voz baja.

—Muy bien. Entonces será mejor que te laves la cara y te cambies. Va a ser una noche muy importante.

—Sé que es importante, Gestalt, lo sé. Por eso le he planteado tres preguntas al sujeto, de modo que pudiera confirmar que, en efecto, puede ofrecernos predicciones precisas sobre el futuro. Estoy convencida de que tú también prefieres no entregar un oráculo falso al lord y la dama.

Gestalt se lamió los labios, nerviosa. La fascinación de Wattleman con el proyecto era tristemente célebre y la posibilidad de acabar humillados, muy real.

—¿Qué me dices de las pruebas que han realizado Crisp y los demás?

—He preferido verificarlo en persona —le contesté con cuidado—. No me atraía la idea de que sir Henry Wattleman, colider del Checquy, condecorado en secreto con la Cruz Victoria, planteara unas preguntas vitales a un ave acuática corriente y no recibiera más que una caca encima de la mesa. Creo que no sería nada bueno ni para mi carrera ni para la tuya.

Hizo una mueca mientras yo seguía hablando, manteniendo el tono tranquilo y falto de interés.

—Le he preguntado tres cosas sobre esta noche. Sus respuestas quedarán confirmadas antes de su presentación ante la Corte. Si demuestran ser equivocadas, lo diremos sin más y así sustituiremos la humillación por simple bochorno.

—Hmmm —repuso, pensativa—. Quizá no sea mala idea. De hecho, quizá yo también deba...

—Fuera lo que fuera a decir, lo cortó en seco un secretario de aspecto tímido al susurrar que los miembros de la Corte iban a llegar temprano—. Da igual —dijo, y yo me sentí aliviada de

que no se le hubiera ocurrido preguntar por lo que le había planteado al pato—. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—El primer coche está de camino —respondió el secretario con cautela, temeroso del infame genio de la torre.

—¿Ahora? —repetimos al unísono, espantados. El hombre pareció sorprenderse y decidió incluirme en la conversación.

—Sí, y sir Henry acaba de llamar para avisarnos de que trae a un visitante especial.

—¿Un visitante especial? —repetimos, de nuevo al unísono.

—Sí, un invitado importante que se sentará a la derecha de sir Henry durante la cena —concluyó, a la par que languidecía ante la intensidad de nuestras miradas.

—¿Un invitado importante? —me preguntó Gestalt al volver a ponernos frente a frente—. ¿El pato no lo mencionó?

—¿Qué? ¡No! No malgasté una pregunta profética con la posible aparición de invitados inesperados a cenar. ¿Acaso no sabes cómo funciona el animal?

—No. Y no me importa. Pero un invitado especial... Posiblemente uno que no pertenece al Checquy...

—Que estará sentado a la mesa junto a Wattleman —añadi—. Y...

—Al que han invitado a un anuncio secreto.

—El anuncio secreto de un descubrimiento sobrenatural de primer orden que podría influir en el futuro de la nación.

—¿El primer ministro? —aventuró Gestalt.

—O la realeza —sugerí.

—¡Joder! —exclamamos al unísono mientras salíamos corriendo, dejando atrás a un equipo de científicos que había estado cotilleando nuestro diálogo y ahora corría de vuelta a la sala insonorizada para adecentar al pato y prepararlo para su gran actuación. Cuando entran en escena personajes importantes, todo se vuelve más complicado. Todo necesita estar perfecto.

Como mínimo, Gestalt y yo queríamos estar presentes para recibir con el debido respeto al invitado desconocido.

Unidos en la desesperación, nos precipitamos por los pasillos del Tablero, Gestalt tirándome de la mano. Derribamos a varios camarlangos que estaban en nuestro camino e hicimos volar por los aires varias pilas de papeles. Después, rebotamos en alguien con cuerpo de hormigón y yo perdí un zapato.

—¡No tenemos tiempo! —gritó mi homóloga. Volvió a tirarme de mí y seguimos corriendo—. ¡Déjalo ahí!

Me quité el otro zapato de una patada.

—¡Tú! —le chillé a una mujer que teníamos delante—. Llama a Ingrid e infórmala de que

viene a cenar alguien importante y que se sentará al lado de sir Henry.

*La mujer asintió como una enajenada al pasar junto a ella.*

—¡Fuera de nuestro camino! —chilló Gestalt cuando doblamos la esquina y nos encontramos con un grupo de secretarios que retrocedieron justo a tiempo.

—¿Tus hermanos? —pregunté, jadeante. Quizás uno de ellos pudiera recibir a los invitados.

—Están todos trabajando sobre el terreno —contestó entre jadeos. Lo cierto es que me animó un poco ver que ella también estaba sin aliento—. ¡Detened el ascensor! —Nos paramos frente a las puertas. Estaba a reventar—. Todo el mundo fuera —resolló.

*El personal salió en estampida en respuesta a su autoridad o puede que porque yo tenía pinta de estar a punto de sufrir un ataque al corazón. Entramos dando tumbos, y Gestalt pulsó el botón para anular los anteriores e ir directamente a nuestra planta. Me apoyé en la pared mientras descendíamos. Después me miré en el espejo y se me cayó el alma a los pies.*

—Tengo el pelo fatal, llevo el peor de mis trajes, voy descalza y quizá venga a cenar con nosotros el dirigente de la nación... ¡Dios mío! ¿Estará lista la cena? —Fui a coger el móvil y me di cuenta de que me lo había olvidado en el despacho—. ¿Tienes un móvil? —Gestalt estaba doblada, con las manos sobre las rodillas, pero negó con la cabeza—. ¿Podrían tus otros cuerpos llamar a la cocina? ¿O a Ingrid?

—Lo estoy haciendo ahora mismo.

—Dile que me traiga unos zapatos.

—Vale, zapatos —repetió, todavía con la cabeza entre las rodillas—. Ven.

—¿Por qué? —pregunté, suspicaz.

*Durante la precipitada carrera se me había olvidado que me quedaba un mes. A lo sumo. De repente, se me ocurrió la posibilidad de que me atacaran en un ascensor.*

—Te arreglaré el pelo —me aclaró mientras sacaba un peine del bolsillo interior de la chaqueta y lo sostenía en alto.

—Ah.

*Se enderezó y se puso detrás de mí para peinarme con esmero.*

—Se te da bien —comenté con la mirada gacha. Y olía de maravilla. Recordé por un momento que había estado colada por ese hermano y me ruboricé.

—Tengo un cuerpo femenino —repuso rápidamente—. Vale, no estás mal.

*En realidad, aunque odiara reconocerlo, estaba bastante bien.*

—Gracias. Tienes la corbata torcida, espera.

*Se la enderecé, cohibida, y le alisé el cuello de la camisa. En esa pose estábamos, yo de puntillas y él mirándome, los dos sonrojados por la carrera, cuando se abrieron las puertas. Ingrid estaba allí. Anthony, también. Así como la secretaria personal de Gestalt y su guardaespaldas (una china esbelta con un montón de piercings en la cara). Todos nos miraban.*

—*¡Ya basta! —exclamé—. Ingrid, ¿cuánto tiempo nos queda? ¡Ingrid! —Ella parpadeó, y después volvió en sí y me dio unos zapatos.*

—*El primer coche está entrando ahora mismo, torre Thomas.*

—*¿Y de quién es?*

—*Sir Henry con su invitado —respondió en tono de disculpa.*

—*¡Mierda! —gritó Gestalt.*

*Nos dirigimos a toda prisa hacia la entrada, aunque ya sin correr.*

—*¿Sabemos de quién se trata? —preguntó volviendo la vista hacia nuestra comitiva.*

—*No, señor —respondió su secretaria.*

—*¿Cuánto tiempo hace que un primer ministro acudió al Tablero? Joder, ¿cuánto hace que visitó alguna de nuestras instalaciones? —se preguntó.*

—*Thatcher vino una vez, al inicio de su carrera —recordé.*

—*¿Y la realeza?*

—*Bueno, sólo el monarca regente y el primero en la línea de sucesión saben de nuestra existencia. Pero los dos últimos monarcas no han vuelto por aquí después de la visita de rigor tras su coronación. Estoy segura.*

—*Y nos han dado cinco minutos para prepararnos.*

*Estaba furiosa. Se calmó cuando llegamos al área de recepción, que en realidad era una forma muy amable de llamar a lo que había en el aparcamiento. Contábamos con una zona enmoquetada para cuando los vehículos vomitasen a sus pasajeros, y unas puertas corredizas con vidrieras que daban a los ascensores, a lo que Ingrid había añadido unos guardias de honor de impresionante altura para flanquear el camino y saludar a los invitados. Gestalt y yo corrimos entre los guardias y llegamos a nuestro objetivo justo cuando se abría la puerta y entraba el coche de Wattleman. Me llamó la atención un grupo de gente que gritaba enfadada al lado del automóvil.*

—*¿Qué coño es eso? —exigió saber Gestalt.*

*Anthony masculló algunas sílabas en un idioma indefinido.*

*Yo asentí con gesto sabio antes de preguntar:*

—*¿Qué?*

—*Tenemos manifestantes en el exterior del edificio —contestó la escolta de mi homóloga con un tintineo musical de los piercings de sus labios.*

—*¿Cuánto han empezado? —inquirí cuando el coche frenó al acercarse.*

—*Hace media hora —respondió Ingrid.*

—*¿Por qué ridiculez protestan? —exigió saber Gestalt, claramente irritado por las molestias*

—*¿Es por el banco?*

—*No, protestan por las operaciones gubernamentales encubiertas que se dirigen desde esta*

oficina —explicó la chica.

—¿Qué? —exclamamos ambas, horrorizadas.

—Estoy organizando una reunión con el director de seguridad Clovis —explicó Ingrid con calma—. Me dice que no hay de qué preocuparse.

—No vamos a quedar bien —murmuré mientras el vehículo paraba delante de nosotros—. Gracias a Dios, las ventanas están tintadas. Ah, y son a prueba de huevos.

La puerta se abrió y por ella salió sir Henry. Todos realizamos los gestos apropiados de bienvenida mientras estirábamos el cuello para ver quién era la persona que lo acompañaba.

—Ah, veo que estáis todos deseando saludar a nuestro visitante —comentó sir Henry en tono jovial—. Y, por supuesto, es un gran honor para todos nosotros que se haya dignado visitarnos en este día histórico. To... Señorita Myfanwy Thomas, señor... —Hizo una pausa para intentar conectar los nombres propios de Gestalt con sus distintos cuerpos. Me dio pena y se lo susurré—. Ah, sí, señor Theodore —le hizo un guiño teatral— Gestalt, permitidme que os presente a Rupert Henderson.

—¿Eh? —atinó a decir Gestalt, y se me habría escapado una risita de no ser porque yo también intentaba averiguar quién era aquella persona. Vestía una especie de túnica de arpillera y a su pelo no le habría venido mal unos toques del estilismo de mi colega. Estaba bastante segura de que no era ni la persona que se sentaba en el trono británico ni el primer ministro.

—Quizá no lo reconozcáis por su aspecto, pero estoy convencido de que su reputación lo precede —anunció sir Henry con orgullo.

—Sin duda —respondió Ingrid con toda la naturalidad del mundo mientras Gestalt y yo procurábamos recuperar la compostura.

—Sir Henry, señor Arpill... digo, Henderson —empecé a saludar.

—¿Qué? —ladró el señor Henderson a voz en grito—. ¡Habla alto, chica!

Vacilé y noté que se me llenaban los ojos de lágrimas. Agaché la cabeza y parpadeé con ganas.

—No debería gritarle a nuestra Myfanwy, maestro Henderson —le pidió Wattleman cordialmente—. Tiene una voz suave —añadió mientras me daba palmaditas en el hombro—, pero es una maravilla detrás de un escritorio.

Mientras mi homóloga nos conducía a los ascensores, oí a Wattleman hablar con el señor Henderson en lo que él consideraba voz baja.

—Una chica muy tímida. Procuramos no inquietarla porque se desmorona.

—Siempre ha sido así —añadió Gestalt en voz baja.

Yo caminaba justo detrás de ellos y noté que me ardían las mejillas; me sorbí la nariz con disimulo. Ingrid me pasó con disimulo un pañuelo.

*Una vez en la sala de recepciones, esperamos a que llegara el resto de la Corte, que apareció con extraordinaria rapidez. Daba la impresión de que los demás miembros debían de haber recibido el mismo vago mensaje que nosotros, puesto que todos parecían haberse arreglado a toda prisa y estaban expectantes, y al final se quedaron desconcertados al descubrir que se trataba de un desconocido vestido como el profeta del dios del compost.*

*Los demás se dedicaron a charlar mientras yo guardaba silencio, incómoda. Cuando por fin nos metieron en el comedor para una cena cocinada a toda velocidad, le pedí con discreción a Ingrid que viera si podía descubrir algo sobre Rupert Henderson. Ella asintió y se marchó mientras los camareros servían las bebidas. Con el pretexto de acercar mi silla a la mesa, Gestalt me susurró si había recibido confirmación.*

*—¿Qué?*

*—¡El pato! ¿Se han cumplido sus predicciones? —inquirió, frenético.*

*—Ah, vale. —De repente se apoderó de mí el espíritu de la venganza—. Sólo he obtenido respuesta a una de las preguntas. No las confirmaré todas hasta el final del postre.*

*—¿El postre? —repitió, horrorizada.*

*—Sí, y una de las preguntas es sobre ti —añadí con dulzura. Palideció—. Pero no te preocupes por eso. Después de todo, si es cierto, no te quedará más remedio que cumplir la profecía.*

*Theodore se dirigió con pasos temblorosos a su asiento.*

*La cena estaba deliciosa, y tomé nota mental de agradecerles a los chefs lo bien que se habían adaptado al cambio de horario. Gestalt se pasó toda la comida sudando de forma copiosa.*

*Al final, justo cuando terminábamos nuestro pudín de pan de frambuesa con mantequilla y helado borracho de frutas, sir Henry se levantó.*

*—Damas y caballeros, colegas y amigos. Hoy es un gran día, la culminación de años de esfuerzo, investigación e incansable trabajo de campo. Espero que todos nos enorgullezcamos de este logro. Dice mucho de nuestra organización que seamos capaces de reunir la fuerza y el compromiso necesarios para dedicarnos a un proyecto durante tanto tiempo y enfrentados a tantas adversidades.*

*Levanté las manos para aplaudir y después las bajé con torpeza al percatarme de que nadie más lo hacía.*

*—Por supuesto, todos conocéis a Rupert Henderson —siguió hablando mientras todos sonreíamos inocuamente—. Creo que basta con conocer su reputación para justificar su presencia esta noche. Sin lugar a dudas, sus conocimientos sobre el futuro y todos los temas proféticos se merecían una participación activa en este gran acontecimiento.*

*Todos asentimos, reflexivos, aunque jamás habíamos oído hablar de él. Ingrid entró de puntillas hasta colocarse detrás de mi silla y me puso un papel delante.*

*«Torre Thomas:*

*Hay muy poco en los archivos. Nació en Brighton. Tiene cuarenta y cinco años. Vagos rumores sobre habilidades psíquicas, aunque nada lo bastante concreto como para garantizarle una plaza en la Finca. En cualquier caso, se hizo famoso en ciertos grupos del Gobierno y consiguió impresionar a algunos altos cargos de los servicios secretos. No teníamos constancia de que sir Henry lo conociera, aunque otros miembros de su club han acudido a él varias veces para consultarle».*

*Le di las gracias en voz baja y miré al otro lado de la mesa, donde, con un susurro, Gestalt rechazaba la oferta de café de un camarero. «Con esto bastará», decidí. Lo miré a los ojos y asentí. Se quedó helado, lanzó una mirada de preocupación al camarero y después me miró. Asentí de nuevo. Palideció.*

*«Sí, qué mierda cuando crees que tu futuro está escrito, ¿eh?»», me regodeé. Disfruté observándolo un rato mientras él realizaba un claro esfuerzo por volver a concentrarse en los discursos; en aquel momento, Rupert le daba las gracias locuazmente a sir Henry a la vez que se proclamaba el mejor psíquico de todos los tiempos.*

*Resultaba evidente que no sabía bien qué clase de organización era el Checquy. Parecía guiarse por la (poco desencaminada) suposición de que estábamos relacionados con la inteligencia militar y que habíamos tropezado con una reliquia de supuesto valor místico. Nos contó, en tono paternalista, que a pesar de lo que creyéramos en el mundo existían más cosas de las que parecía a simple vista. Que fuerzas misteriosas nos rodeaban y que nuestras suposiciones prosaicas subestimaban en gran medida el poder sobrenatural que existía en el mundo.*

*Miré a mi alrededor, incrédula. El alfil Alrich miraba al «psíquico experto» con un profundo desdén mientras bebía de una copa de tinto; ante mis ojos, el color de su cabello pasó a ser de un castaño más oscuro. El caballo Eckhart trezaba con aire ausente sus cubiertos. La dama Farrier parecía contenerse para no apuñalar a Henderson con su tenedor de postre. Salvo sir Henry, para quien el Sermón del Monte no era más que el prefacio de este discurso, la Corte entera parecía dispuesta a cometer un asesinato.*

*—Muchas gracias, maestro Henderson —dijo Wattleman, que se puso a aplaudir y obligó a los demás a unirnos con una ovación muy poco entusiasta—. El maestro Henderson ha confirmado a través de su clarividencia natural que nuestra adquisición es, de hecho, la criatura que llevamos tanto tiempo buscando.*

—Bueno, gracias a Dios que pagamos al doctor Crisp varios cientos de miles de libras al año —mascullé entre dientes—. Al parecer, es para cuidar de los patos y realizarnos chequeos.

Desde el extremo opuesto de la mesa, Alrich captó mi mirada y me ofreció una leve sonrisa de lástima. Estaba claro que me había oído.

—Me ha informado de que las revelaciones que ofrezca la criatura revestirán una gran significancia y deberán mantenerse en estricto secreto —continuó el lord—. Así que lady Farrier y yo creemos que sólo nosotros, los líderes de la organización, deberíamos estar presentes cuando el maestro Henderson obtenga la profecía. Asistiremos al proceso y después debatiremos sobre qué respuestas es seguro compartir. No os preocupéis, no cuestionamos vuestra discreción, pero también debéis comprender que algunos secretos deben ser lo más confidencial posible.

Con la cara convertida en nube de tormenta, esta vez fue el alfil Grantchester el que dio inicio al aplauso; chorritos de humo negro le brotaban de las manos.

—Bien dicho —consiguió mascullar a pesar de lo mucho que apretaba la mandíbula.

Wattleman seguía mirando a Rupert con ojos relucientes mientras este hablaba largo y tendido sobre sus poderes. Al parecer, sólo él sería capaz de extraer todos los matices de la profecía a través de sus talentos naturales y sus estudios. Para cuando el doctor Crisp entró por una puerta lateral, la amnesia empezaba a resultarme una opción muy atractiva. El científico se me acercó, se agachó y me habló en voz baja.

—Torre Thomas, el pato está listo en la habitación contigua. Me han avisado de que no todos los miembros de la Corte estarán presentes, ¿es cierto?

—Sí, es un cambio más dentro de esta serie de deliciosas modificaciones de la agenda. Deje que le presente a nuestro nuevo experto. —Me aclaré la garganta y, por un milagro, nuestro invitado se calló—. Siento interrumpirlo, pero me han avisado de que el sujeto está listo para usted. Este es el doctor Crisp, nuestro experto residente en, bueno, en todo, básicamente. Él le dará los detalles que ya han averiguado sobre el animal.

El médico se acercó con una sonrisa educada y Henderson le estrechó la mano.

—Gracias, doctor Crisp. Es un placer conocerlo, aunque ya tengo algo de experiencia en estos asuntos y he descubierto que es mejor no entorpecer mis impresiones. Seguro que lo entiende.

—Bueno, la investigación... —empezó, pero el otro ya estaba urgiendo a los dirigentes a entrar en el cuarto donde esperaba el pato. Me alegró un poco notar, justo antes de que se cerrara la puerta, que el animal parecía pasar por completo de los recién llegados.

—Lo siento mucho, doctor Crisp —me disculpé en voz baja—. Siempre ha sido un proyecto importante para sir Henry, así que debemos respetar sus decisiones.

—Lo entiendo a la perfección. ¿Sabe cuánto tiempo lleva trabajando en esto?



—No lo sé con certeza.

—Unos cuarenta años.

—¿Cuarenta años?

—Sí.

—¿Cuarenta años?

—Sí, ese es el tiempo que lleva el rumor del pato circulando por el país.

—Doctor Crisp, entiendo que el mundo es un lugar extraño. Acabo de pasarme casi media hora escuchando a una persona contarme en un tono bastante ofensivo y paternalista lo extraño que es el mundo. Pero ¿me está diciendo que ese pato es mayor que yo?

—Ese pato lleva en la misma familia varias generaciones.

—¿Es inmortal? —chillé. La gente miró alrededor, sorprendida, y me ruboricé.

—El pato es... muy longevo.

—Ya le digo.

—No sabemos cuánto vivirá. La única forma de saber si es mortal es seguir vivo hasta que muera.

—Eso es muy científico. Pero esa ave podría alterar de forma drástica el modo en que se dirige esta organización. Por fin sabremos con claridad lo que nos espera. Y, por lo que veo, podría ser un activo importante para siempre. ¡Piense en todo el bien que podríamos hacer!

Él sonrió, y la puerta del cuarto del pato se abrió de golpe. Todos miraron hacia allí, sorprendidos.

Henderson se plantó en el umbral con las manos empapadas en sangre y plumas en el pelo.

—¡Este pato no me dice nada! —gritó.

Durante un momento, nos quedamos paralizados de terror. Detrás de Henderson, lady Farrier parecía a punto de vomitar y sir Henry se sostenía la cabeza entre las manos. Rupert respiró hondo con el aliento entrecortado y habló de nuevo, esta vez en voz más baja:

—Este pato no me dice nada.

—¿Y eso lo ha impulsado a matarlo? —preguntó con ironía el alfil Alrich.

El psicómetra lo miró; le temblaban las manos. Dio un paso hacia el alfil y después, demostrando por primera vez algo de inteligencia, decidió no dar más.

—¿Qué le ha hecho al animal? —preguntó Gestalt con voz tensa.

—He seguido todos los procedimientos tradicionales —respondió el hombre—. He usado una hoja purificada. He invocado a los elementos benefactores...

—¿Ha abierto al pato en canal? —chillé.

—¿Cómo si no iba a examinar sus entrañas?

—¿Qué tal con una resonancia magnética? —propuso Eckhart mientras se encendía un cigarrillo. Henderson le lanzó una mirada de odio.

—Los presagios sólo se revelan tras la muerte del animal.

—O no, como ha sido el caso —comentó Alrich.

—No lo entiendo —siguió diciendo—. He seguido las normas. Así es como se extrae la información de un ave acuática.

—Cretino descomunal... —le insultó Gestalt—. Ya habíamos verificado que podía ofrecer respuestas precisas a las preguntas orales.

—¿Qué? —preguntó Henderson con voz débil.

—¿Qué? —repitió Wattleman, levantando la vista.

—No me lo puedo creer —dijo Farrier.

—¿Lo matamos? —preguntó Eckhart.

—Quizá sea lo mejor —meditó Farrier—. ¿Alfil Alrich?

—Acabo de cenar —murmuró el interpelado.

—Estábamos hablando de matarlo, no de dejarlo seco —puntualizó Eckhart.

—¿Y si después intentamos leerle las entrañas? —propuso Grantchester.

—¡Esperad un momento! —gritó Wattleman—. Está claro que se trata de un horrendo error, pero lo que está hecho no puede remediarse y debemos adaptarnos a las nuevas circunstancias.

Hablaba en tono firme y empleando toda su autoridad. En aquel momento, no era un hombre que acabara de ver cómo el sueño de varias décadas acababa asesinado torpe e innecesariamente ante sus ojos. Era un general. Nuestro líder. Era impresionante, lo reconozco, y todos nos retiramos con cautela. El psicómetra se limpió con disimulo la frente en la manga de su vestimenta de arpillera.

—Entonces... ¿no lo matamos? —insistió Eckhart. Dejé escapar un bufido de risa, y todos me miraron.

—Lo siento —me disculpé en voz baja.

—El señor Henderson —dijo el lord (me di cuenta de que había dejado de llamarlo «maestro»)— ha firmado los acuerdos de confidencialidad habituales. A la luz de este desastre impondremos restricciones adicionales. Torre Thomas, seguro que puede encargarse de ello.

—Sí, sir Henry —respondí, aunque hice una mueca cuando me llamó torre.

No tenía ni idea de qué sabía el hombre, pero usar los títulos del Checquy delante de él sólo servía para enfatizar más si cabe nuestra rareza. Aparte de nuestro trabajo con un pato oracular. Y nuestro aparente interés en matarlo.

Y... el tío con el cóndor en la cabeza que acababa de pasar por delante de la puerta que daba al pasillo y que algún camarero había dejado abierta.

—Buena chica —repuso Wattleman, y procedió a salir del comedor, seguido del resto de miembros de la Corte.

Me tocaba a mí llevar a Henderson a mi despacho y asentir mientras él firmaba todos los

*formularios que hicieran falta para asegurarnos de que jamás hablara del Checquy, del pato ni de nada de lo que hubiera visto.*

*Así que ese ha sido mi día. Debo reconocer que, aunque me siento mal por el pato, también me siento bastante mal por mí. Ahora sé el poco tiempo que me queda, y hay mucho por hacer.*

*Con cariño,*

*Yo*

—Tiene que haber alguien con una puta aspirina —gruñó Myfanwy—. Vamos, si una vez leí que estas limusinas están equipadas para reconstituir a gente disuelta en ácido...

—Bueno, en realidad no creo que... —empezó a responder Cyrus, pero ella le hizo un gesto para que se callara.

—¡Me da igual, me da igual! —gritó—. Estoy viendo puntos y, como esto no pare, todos vais a empezar a verlos dentro de nada. Que alguien me consiga una aspirina, por favor.

Enviaron a varios lacayos a buscarla mientras llevaban a Myfanwy a la caravana. La tenue luz del sol le resultaba cegadora, así que se tapó los ojos con las manos y dejó que Ingrid y uno de los enormes guardaespaldas la condujeran con delicadeza.

El dolor aumentaba a medida que se acercaban a la comisaría, y las sensaciones le recordaron al belga despellejado en su tanque, al efecto que ejercía en ella su retorcida anatomía. «Obra de los injertadores, sin duda», dedujo. No obstante, mientras que en el encuentro del coche se le había revuelto el estómago, lo que fuera que se ocultaba en la comisaría le estaba aplastando los pensamientos.

—¿Torre Thomas? —la llamó una voz profunda pero vacilante que le reverberaba en el cráneo. La mano del enorme guardaespaldas le apretó el hombro.

—¿Sí? —respondió; se asomó a través de sus manos y vislumbró unos gigantescos dedos enguantados.

—Soy el peón Steele —se presentó la voz tímida. A través de la migraña, el nombre le sonaba.

—Peón Steele. Estabas en Bath, ¿no? Fuiste el que entró con las motosierras y sacó a todos de las vainas del sótano.

Lo recordaba bien: un hombretón cuyos antepasados sin duda habían llegado a Inglaterra en barcos con dragones en las proas. Como la sociedad actual no veía con buenos ojos el tema del saqueo, había acabado en el Checquy, donde apreciaban como era debido su potencial para sembrar el caos allá donde le pidieran.

—Sí, señor.

—¿Qué puedo hacer por ti? —inquirió intentando no hacer caso a lo de «señor».

—No sé si se ha dado cuenta, pero este emplazamiento huele igual que el incidente de Bath.

—¿El olor? No, no me había dado cuenta.

—Bueno, uno de mis dones es un sentido del olfato muy agudo —explicó Steele.

—¿En serio? Dame la mano —le pidió Myfanwy mientras agachaba la cabeza para protegerla del sol.

En cuanto sintió la piel contra sus dedos, se introdujo en sus sentidos. El olor a productos químicos y moho le recorrió los centros olfativos del cerebro sin pasar por la molesta ruta de su nariz.

—Ah, sí, es igual. —¿Cómo lo había descrito Shantay?—. Como una seta boleto gigante..., salvo porque esta vez es como si la hubieran bañado en formaldehído.

—Exacto. ¿Es eso...? ¿Es eso su dolor de cabeza?

Cortó el contacto de inmediato.

—Sí, perdona. Es el mismo olor y los acontecimientos están relacionados. Sin embargo, te agradecería que te guardaras para ti esa información.

—No hay problema, torre Thomas. Pero estaba pensando que, si quiere, podría entrar. Me blindo bien y saco de ahí a esa gente a hachazos.

Su tono era entusiasta, e incluso a pesar del dolor, Myfanwy sentía que al hombre se le aceleraba el corazón con la idea.

—Entiendo lo que dices, peón Steele, y ni se te ocurra.

—¡Sí! ¡Ahora mismo voy! Espere, ¿cómo dice?

—Lo siento, Steele, pero en mi última operación el fenómeno se comió a tres equipos del Checquy, incluido uno de los barghests, antes de que entráramos, y estuvieron a punto de usar mi cerebro como fertilizante. Esa comisaría me está provocando dolor de cabeza, así que nadie debe acercarse a ella. No quiero que más miembros del Checquy acaben convertidos en entidades amorfas, sobre todo porque no podemos garantizar que se les trate con la misma delicadeza que la última vez. —En el último momento recordó que no era más que una observadora—. ¿Te parece bien, peón Cyrus?

—Sí, señora.

—Vale. Bueno, ¡que alguien me traiga una puta aspirina, por favor!

El ruidoso bullicio de la base de operaciones murió en cuanto Myfanwy y su séquito entraron; todos pusieron cara de atormentados. Por un momento, se avergonzó, aunque después decidió que seguro que eran capaces de quedarse callados unos instantes con las luces apagadas.

Una doctora de la organización se le acercó y le pasó las manos sin guantes por el cráneo y el cogote. Masculló algo sobre sensibilidad de los nodos y le inyectó algo que burbujeaba en la jeringa y que tuvo el mismo efecto que una suave manta mojada sobre su cerebro.

—Se sentirá algo confusa unos minutos —le avisó la mujer con voz ronca—. Y después se pasará unos cuantos minutos más orinando.

Se alejó mientras los trabajadores reanudaban sus charlas y Myfanwy esperaba a que sus pies tocaran el suelo. Todos parecían ser conscientes de que no podría realizar ninguna contribución hasta pasados unos momentos, así que se acomodó con los ojos cerrados para escuchar a los que hablaban e intentar evitar que la parte superior de su cabeza se desenroscara y dejara salir volando con alas de algodón a su cerebro.

—El peón Carmine tiene una especie de visión de onda milimétrica —comentaba alguien—. Dice que hay un cubo de carne en la sala principal y ninguna otra forma de vida en el edificio.

—¿Así que los ha absorbido a todos? —preguntó Cyrus.

—En teoría. Ese cubo ocupa toda la habitación. No podemos ver por las ventanas porque la carne se aprieta contra ellas.

—¿Las puertas se abren hacia dentro o hacia fuera?

—Le pediré a Carmine que lo compruebe.

—Que no se acerque más de veinte metros —le advirtió una mujer con acento escocés.

—También es telescópica.

—O podría usar prismáticos y ya está —sugirió la escocesa. El intercomunicador crepitaba.

—Al habla el peón Carmine —dijo una voz tranquila por el aparato—. Las puertas se abren hacia dentro; están hechas de madera y tienen ventanas.

—¿No había muebles? ¿Un mostrador o algo? ¿Sillas? —preguntó el peón escocés.

—Sí, pero parece que las han sacado de la sala o que están aplastadas contra las paredes por culpa de la expansión del cubo.

—¿Está el cubo, no sé, haciendo algo? —quiso saber Cyrus.

—Palpita un poco.

—¿Qué tamaño tiene? Sé que llena la habitación, pero ¿podemos obtener medidas, por favor? —pidió la escocesa, que parecía ser la número dos.

—Mide cinco metros de largo por cuatro de ancho —respondió un pequeño operario sentado a su ordenador—. Y tiene dos metros y medio de altura.

«Eso es un cubo de carne bastante grande».

—El peón Motha acaba de llegar de Wells —informó el diminuto informático—. Cuenta con resonancia magnética. Le vamos a proporcionar unos prismáticos a veinte metros de la comisaría. Si esperan un momento, les ofrecerá alguna información sobre el interior de la masa.

—Peón Carmine, su vista puede atravesar las paredes, pero no la piel, ¿correcto? —preguntó Cyrus.

—Sí, señor.

—Ingrid, tengo que ir al servicio —dijo Myfanwy en voz baja—. ¿Dónde está?

Se excusaron y se encontró en un espacio más pequeño que el baño de un avión. Tenía conexión al intercomunicador, eso sí, así que pudo escuchar el informe del peón Motha, la mujer

de los ojos con resonancia magnética.

—Vale, estoy recibiendo unas estructuras muy interesantes. Tenemos algunas capas musculares de alta densidad en el exterior, aunque no es uniforme.

—¿A qué te refieres? —inquirió la escocesa, brusca.

—Bueno, peón Watson, es como un tejido de retales. Veo distintas capas de músculos fusionados. Las costuras no abultan, pero está claro que tienen distintos orígenes.

—¿Dice que es denso? —preguntó Cyrus.

—Sí... y tiene más de medio metro de grosor. No sé si podría detener una bala, aunque seguro que soporta bastante fuerza sin romperse. Supongo que han usado varias fuentes y las han unido. La fuerza de cada sección dependerá de dichas fuentes.

Myfanwy frunció el ceño, tensó algunos músculos para evitar efectos sonoros incriminatorios y pulsó el botón del intercomunicador.

—Al habla la torre Thomas. Cyrus, es probable que hayan empleado agentes para fortalecer extremadamente los músculos. Ya los hemos visto antes en acción. —Estaba rememorando la alarmante transformación de Van Syoc—. Por favor, continúen.

Pulsó el interruptor para dejar de hablar y siguió escuchando los comentarios.

—Veo unos cuantos tatuajes —añadió Carmine—. Dos de ellos están algo distorsionados y uno está muy estirado. Creo que antes era un ancla.

—Comprueba la plantilla de la policía, a ver si hay antiguos marinos.

«¿Qué medicina me han puesto? —meditó Myfanwy, todavía en el cubículo—. Creo que no he bebido tanto. Me tomé el café que salvé del escritorio, el líquido ambarino que me sirvió Ingrid, esa porquería que me obligaron a tragar antes de escanearme el estómago en mis encantadores pruebas médicas, el agua que me tomé anoche al llegar y esa extraña bebida de varias capas...». Mientras hacía recuento de la ingesta de líquidos, llamó a su secretaria a través de la puerta.

—¿Sí, torre Thomas?

—Voy a necesitar una botella de agua cuando salga de aquí —le encargó en voz alta antes de volver a concentrarse en Motha.

—De acuerdo, así que bajo las capas de músculos tenemos una jaula de hueso. Es asimétrica —informó—. Sigue un patrón, aunque tiene huecos. La verdad es que resulta fascinante, como un mosaico.

—Así que es como una armadura, ¿no? —supuso Watson.

—No, es probable que la estructura blinde un poco, pero la carne no está compactada en el interior. Está apanalado. Tiene bolsillos de aire y de fluidos que le proporcionan soporte interno. Es una genialidad —añadió, sin aliento.

«Es lo que tienen tantos siglos de alquimia belga», pensó Myfanwy, que estaba llegando al

final de su vejiga y temía que también se le hubiera quedado seco el cerebro. El dolor de cabeza había desaparecido por completo, y también parecía haber orinado el aturdimiento.

—En fin, si estoy en lo cierto, los huesos están desperdigados en la masa —prosiguió Motha—. Creo que se han desmontado dentro del cubo y redistribuido.

—¿Órganos? —preguntó Cyrus.

—Están ahí dentro, sí. Atados en una ristra y flotando por ahí. Los han empaquetado con mucha eficiencia y están amortiguados por los fluidos. ¡Y los cerebros siguen conectados! —Motha sonaba demasiado entusiasmada con aquello, en opinión de Myfanwy—. Bueno, en realidad, sólo son partes de los cerebros; parece que los han rebanado y troceado un poco.

«¿Quién es esta mujer?».

—El caso es que están rodeando uno central, en el que también se han realizado modificaciones considerables. Y hay material metálico y cerámico... Supongo que se trata de electrodomésticos. —Myfanwy recordó el teléfono satélite que habían encontrado en la cabeza y la columna de Van Syoc. Lo más probable era que aquel cabrón despellejado de la limusina estuviera escuchando lo que ocurría en la comisaría.

—¿Ojos? —inquirió mientras se lavaba las manos.

—No encuentro ninguno. ¿Carmine?

—Nada en la superficie —respondió este—. Ni orejas. Ni pelo. Ni siquiera vello corporal, por lo que veo.

Salió del lavabo y aceptó la botella de agua que le ofreció Ingrid. Uno de los enormes guardaespaldas estaba esperando fuera, mientras que el otro merodeaba al final del pasillo. El séquito al completo regresó a la base de operaciones, y Myfanwy miró a su alrededor en busca del peoncito Alan hasta que por fin lo encontró escondido en una esquina, como si pretendiera no estorbar. Le hizo un gesto con la cabeza con aire distraído y volvió a su asiento.

—La prensa ha empezado a preguntar —advirtió Watson, la mujer escocesa—. ¿Tenemos algo preparado? ¿Instrucciones del Departamento de Comunicaciones del Tablero?

—Siguen trabajando en ello —contestó una india que estaba frente a un monitor—. Por culpa de los disparos no pueden usar una excusa no violenta, como hicieron en Bath. Y como no se nos permite mencionar el ter...

—¡No lo digas! —exclamaron Myfanwy, Cyrus, Ingrid, los dos enormes guardaespaldas y el peoncito Alan. La india parpadeó ante semejante arremetida y se encogió de hombros.

—En cualquier caso, empiezan a aparecer informes en la web, aunque, por suerte, no de fuentes respetables —concluyó antes de volver a sus monitores.

—Torre Thomas, no creo que exista un modo de rescatar a esas personas —le dijo Cyrus en tono serio—. Las del cubo.

—Estoy de acuerdo. Lo único que podemos hacer con esta situación es acabar con ella. Y hay



que conseguirlo lo antes posible. —La idea de que hubiera civiles enchufados a la máquina bélica de los inyectadores le revolvió el estómago. Y dudaba mucho que hubieran colocado ese bloque humano en la comisaría de Reading sólo para ocupar espacio—. Quiero que aniquilen ese cubo lo antes posible. De hecho, creo que debemos cauterizar todo el emplazamiento. ¿Qué opciones tenemos?

—Bueno, torre Thomas, en condiciones normales le hablaría de demoliciones estándar o algún agente incendiario. Sin embargo, teniendo en cuenta la, eh, información que nos ha ofrecido en el coche, no estoy seguro de que sirvieran de algo.

«Vaya, sí que les han afectado por aquí las historias de los inyectadores», se sorprendió Myfanwy mientras observaba a Cyrus. Era un agente de alto rango condecorado por el Checquy, pero en aquel momento sudaba y tenía la cara roja.

—En estas circunstancias —siguió Cyrus— creo que lo mejor sería combinar explosivos, napalm y las habilidades de Harper Callahan. ¿Me da su autorización para llamarlo?

—Si no recuerdo mal, Harp Callahan tiene nueve años y sigue en la Finca. Todavía no ha alcanzado el rango de peón, ¿no? —expuso ella, que ya conocía la respuesta. La carpeta morada se había encargado de explicarle los detalles de las armas más mortíferas del Checquy en las primeras páginas.

—Aun así, sus habilidades han resultado ser opciones efectivas y discretas de aniquilación desde que tenía seis años.

—Pero los poderes del joven Harp no dejarán más que un cráter. Inventar una tapadera para eso sería bastante complicado —repuso ella. ¿A quién pretendía engañar? Encubrir aquello iba a ser una pesadilla de todos modos.

West la atravesó con la mirada.

—Torre Thomas, creo que esta situación podría requerir medidas extraordinarias.

—De acuerdo entonces. Lo llamaremos.

—Creo que es lo más inteligente. Y, mire, Callahan tiene un cincuenta por ciento de posibilidades de sobrevivir.

A Myfanwy se le formó un nudo en el estómago. No se le había ocurrido que usar los poderes del niño pudiera matarlo. Por lo que recordaba, su archivo tendía a enfatizar la cantidad de terreno que era capaz de destruir sin efectos secundarios indeseables como radiación, contaminación de las líneas ley o papeleo molesto. ¿Decía algo sobre los efectos sobre sí mismo? No lo recordaba.

—¿Podría morir? —susurró con voz débil.

Cyrus la miró muy serio.

—Torre Thomas, tenga en cuenta todo lo que me ha contado. Como torre del Checquy, piense en su responsabilidad con el pueblo del Reino Unido —dijo en voz baja y sin inflexión—. No

tiene tiempo para meditar el tema.

—Tienes razón —convino mientras intentaba recordar las frases. Las instrucciones de Thomas habían insistido en que memorizara—. Yo, Myfanwy Alice Thomas, torre del Checquy, Espada Oculta de la Corona, Primer Cuervo de Escocia, Herald de *Éire* y General del Ejército Secreto Británico, reclamo la presencia de Harper Callahan, pupilo de la Finca, para servir al ignorante pueblo del Reino Unido con todas sus fuerzas y capacidades de modo que nuestras islas perduren.

Era una afirmación ridícula y arcaica, pero servía para hacerlo todo bonito y oficial, y para que la responsabilidad de toda la operación recayera sobre su cabeza. Sólo las torres, los alfiles, el lord y la dama del Checquy podían autorizar el uso en tierras británicas de un agente clasificado como Fuerza de Erradicación Física. Por suerte, sólo había tres personas con ese grado de poder en el país. De hecho, una de ellas se mantenía encerrada en una cámara acorazada de las Islas Shetland. Para utilizarlas había que informar al primer ministro, el ministro de Defensa, el monarca y todos los miembros de la Corte del Checquy. Mientras terminaba de pronunciar sus frases, oía que los dedos de los miembros del equipo marcaban en sus teléfonos los números pertinentes para comunicar la información y llamar al alumno de la Finca.

«No queda más remedio —se recordó—. Y si ese niño muere, bueno, será una de las muchas barbaridades de las que soy responsable desde que abrí la caja de seguridad 1011-B.

Y si alguien exige saber por qué decidí utilizar a un crío capaz de convertir la ciudad entera en una lengua de roca fundida, me veré obligada a contarle que mis poderes indicaban que el cubo era un arma de los injertadores. Lo que resulta ser cierto».

—¡Se mueve! —anunció la animada voz de Carmine.

—Guardias del perímetro, prepárense —ladró Cyrus.

Unos pequeños monitores se encendieron por toda la sala, y Myfanwy entornó los ojos ante la repentina luminosidad. Contempló las imágenes y se dio cuenta de que eran de las cámaras diminutas que colgaban de las armas de las tropas del Checquy que rodeaban el edificio.

—¿Qué ocurre, Jasmine? —inquirió Cyrus.

La voz de Motha les llegó a través del intercomunicador, sorprendida:

—Esos muelles de músculos se están flexionando y los huesos cambian de sitio.

—¿Cómo? —preguntó Watson.

—No lo sé, pero no es para reforzarlos. Veo que se abren agujeros en la jaula, como persianas.

—¡Hay una fisura en la epidermis! —exclamó Carmine—. Se ha abierto durante un segundo. Está en el lateral que da al frente del edificio.

«Donde estamos nosotros», se percató Myfanwy sombríamente.

—Eso no tiene buena pinta, señor —le dijo Watson a su superior—. Si sale algo, estamos

justo en su camino.

—Pero estamos blindados —le recordó el pequeño peón informático.

—Y tenemos soldados en el tejado —añadió Cyrus.

—Algunos de los huesos están atravesando el suelo —informó Motha.

—¿Por qué? —vaciló Watson con el ceño fruncido.

—Está anclándose —respondió uno de los enormes guardaespaldas, y todos lo miraron.

—¿Anclándose para q...? —empezó a preguntar Watson antes de que la caravana se meciera con una repentina explosión—. ¡Joder!

Los que tuvieron la suerte de estar sentados se dieron contra los respaldos de sus sillas ergonómicas, mientras que los que estaban de pie se encontraron tirados en el suelo, doloridos.

—¿Situación? —bramó Cyrus mientras la caravana temblaba de nuevo.

—¡Varios tentáculos de músculo acaban de salir del cubo, atravesar el muro de la comisaría y aferrarse a la caravana de operaciones! —gritó el peón Motha, horrorizado.

—¡Está tirando de ustedes hacia el edificio! —chilló Carmine, cuya voz, presa del pánico, casi se perdía por la estática.

Otro tirón imponente envió a los que habían logrado ponerse de rodillas de vuelta con sus compañeros en posición supina.

—Sí, gracias, lo notamos —soltó Myfanwy—. ¡Hay que salir de aquí echando leches! ¡Todos fuera! ¡Tropas del Checquy, abran fuego contra esos tentáculos! ¿Dónde está Steele con sus motosierras? ¡Enviadlo contra ellos!

Todos la miraron.

—¡Ya! —gritó ella, y los galvanizó con un empujón mental a sus sistemas nerviosos. Fue tosco y corto, pero consiguió ponerlos en movimiento.

Los enormes guardaespaldas actuaron en maravillosa coordinación. Uno recogió a Myfanwy como si fuera una muñeca y se la echó al hombro. Las distintas partes de su cuerpo que los médicos habían examinado antes protestaron airadamente.

Por un momento se planteó resistirse, pero decidió que actuar como una niña de cinco años recalcitrante no le serviría de nada. La estructura se sacudió al subir una acera, y todos acabaron lanzados contra la pared. El guardaespaldas que la llevaba había pivotado para protegerla con su cuerpo. El otro los adelantó apartando a empujones de su camino a los cerebritos tecnológicos. Ingrid y el peoncito Alan se aferraron al arnés del hombretón que llevaba a Myfanwy y se dejaron arrastrar por él. Myfanwy, a pesar de estar colgando, consiguió mirar a los ojos a su secretaria, que parecía desaliñada por primera vez desde que la conocía. Intercambiaron miradas lúgubres, y la jefa, todavía jadeante, estiró el cuello con dificultad para ver dónde estaba el personal de la base de operaciones y seguir su rastro. Watson seguía allí, gritando, aunque no la oía con el estruendo de la caravana al arañar el hormigón.

—¿Qué? —le preguntó al peón escocés, esforzándose por oírlo.

—¡Van en dirección equivocada!

Myfanwy intentó girarse sobre el hombro de su enorme escolta. Al parecer, habían llegado al final de un pasillo y no era el que conducía a ninguna de las salidas. Puso los ojos en blanco y se preparó para hacer alguna observación lacerante al hombre que lideraba la marcha, cuando este se volvió y llamó al peoncito Alan.

—Te toca, chaval —dijo en tono firme.

Tras humedecerse el labio con aire nervioso, el peón desgarrado apoyó ambas manos sobre la pared de acero blindado y se tensó. Se oyó un crujido y, cuando apartó las manos, había una franja gris sobre el metal. El enorme guardaespaldas le hizo un gesto al joven peón para que retrocediera y le pegó un puñetazo a la fractura creada por el chico para abrir un agujero en la pared, el que cargaba con ella la dejó en el suelo con cuidado y ayudó a su amigo a arrancar el resto. El chirrido del metal ahogó el ruido del viaje marcha atrás del vehículo, y todos contemplaron maravillados la recién creada (aunque tosca) salida de emergencia. Después el hombretón la recogió de nuevo y saltó al otro lado de la abertura.

Myfanwy había olvidado lo alta que era la caravana; estaba montada en esos neumáticos lo bastante grandes como para pasar por encima de un Volvo y la habían apoyado sobre unas pesadas patas metálicas. Creyó estar flotando durante unos cinco segundos antes de acabar estrellándose contra el hombro de su protector y enseñándoles la ropa interior a los mirones boquiabiertos del Checquy. Su escolta la bajó de sus brazos y la dejó sin miramientos a sus pies. Ella aprovechó la oportunidad para subirse los pantalones antes de que otro agente de seguridad la agarrara del brazo. Detrás de ella, los guardaespaldas ayudaban a la gente a salir de la caravana; uno de ellos se limitaba a cogerlos de uno a uno para lanzárselos a su compañero, que colocaba a la persona en cuestión en la acera. Ingrid y Alan fueron los primeros, y ahora unos enérgicos peones camuflados los urgían a alejarse.

Myfanwy miró atrás. Habían arrastrado el vehículo mucho más de lo que se esperaba, casi hasta los escalones de entrada de la comisaría, y ahora los tentáculos la agitaban adelante y atrás. El estruendo era horrible, pero lo que de verdad le llamó la atención fueron los dos tentáculos de carne que la tenían agarrada. Se sacudió de encima los brazos del peón con ropa de camuflaje y se arrodilló para asomarse debajo de la caravana.

—¿En qué se ha atascado? —le gritó al soldado, que intentaba averiguar el mejor modo de ponerle las manos encima a su oficial al mando sin que le montaran un consejo de guerra o se convirtiera en víctima de sus infames poderes.

—Unos bolardos de hormigón —le respondió al oído.

Ella asintió, meditabunda, y fue consciente de un fuerte zumbido mecánico entre un golpe y otro. Levantó la vista y vio al peón Steele vestido con una especie de armadura de plástico y

colocado en precario equilibrio sobre el tejado de la caravana mientras cortaba un tentáculo con una de sus célebres motosierras. Mientras lo contemplaba, impresionada, el hombre subió los brazos y dejó caer el revolucionado metal en un glorioso movimiento que acabó salpicándolo todo de fluido. El apéndice se partió, y los golpes del vehículo cesaron de inmediato. Steele alzó la cabeza y dejó escapar un aullido de triunfo.

—Fantástico —dijo Myfanwy, pero la palabra murió en sus labios.

En vez de quedarse quieto, como habría hecho cualquier tentáculo de carne sobrenatural sensato, aquella cosa se estremecía. Ante sus horrorizados ojos, la herida floreció, por así decirlo, y de ella brotó una masa de apéndices que se retorcían y agitaban. Varios de ellos rodearon a Steele, lo estrellaron contra el tejado y le quitaron la motosierra. Myfanwy tomó aire para gritar, pero antes de que pudiera emitir sonido alguno, docenas de dedos bajaron hacia ella para enredarse en su cuerpo. Una vez enredada, vio que uno de los enormes guardaespaldas también quedaba atrapado, y a continuación la alzaron por los aires y tiraron de ella hacia la comisaría.

Le ardía la piel y notaba el regreso del dolor de cabeza mientras la arrastraban hacia el cubo. La presión de los tentáculos le robaba el aliento. Intentó concentrarse, proyectar sus poderes y conseguir algo de control, pero notaba que lo perdía. Por una extraña casualidad, vio un hueco situado sobre uno de sus ojos. El cielo volaba a lo loco frente a ella, y de repente allí estaba el muro del edificio de la policía, con un agujero abierto en él. La estaban metiendo por una grieta que se abría en el cubo. Un calor y una presión inimaginables la envolvieron, y ya no hubo más luz.

*Querida tú:*

*Para mi desgracia, llegaron las fiestas. Esa época del año que se caracteriza por la tasa de suicidios más alta del Checquy. Ya hemos empezado a ver los repuntes anuales de incidentes con poltergeists y abducciones cronológicas. Aun así, no es eso lo que suele impulsar a nuestros agentes a poner fin a sus vidas. Es que, de repente, recordamos quiénes somos. Y quiénes no somos. Quiero decir, sí, claro, hay fiestas en la oficina, reuniones de amigos y unos cuantos logran establecer relaciones con sus almas gemelas, ya sea dentro o fuera del Checquy. Pero cuando la mayoría salimos a la calle y vemos a la gente normal, nos deprimimos un poco. Los terapeutas de la organización tienen mucho trabajo.*

*A pesar de mi falta absoluta de vida personal, en general me va bastante bien en Navidades, lo que significa que procuro hacerles el menor caso posible. Como alguien tiene que trabajar en vacaciones, me presento voluntaria, y uno de los caballos también (normalmente Gubbins, dado que su mujer y él no tienen hijos). Juntos supervisamos el escaso personal de guardia, bebemos jerez por teleconferencia y nos vamos a casa. Otro año finiquitado sin apenas notar el deprimente espíritu navideño.*

*No obstante, en esta temporada hay dos acontecimientos sociales que son inevitables: la fiesta de Navidad de los altos cargos y la fiesta de Navidad de la Corte.*

*Ya había soportado la de los cargos, a la que están invitados todos los jefes de sección del país. Es muy incómoda, ya que siempre hay quien pretende congraciarse con la Corte para avanzar en su carrera, por lo que me había pasado casi toda la velada intentando evitar a las personas que querían contarme lo maravillosas que eran y las razones por las que deberían ascenderlas. Tras cumplir con aquella deliciosa obligación, todavía me quedaba la fiesta de la Corte.*

*Así que dos días antes de Navidad, me encontraba llamando a la encantadora puerta de la encantadora casa junto al río de los señores Grantchester. La nieve había empezado a caer lentamente, y estaba olisqueando con funesto humor las flores que había llevado cuando una doncella de aspecto sumiso me abrió la puerta.*

*—Entre, por favor —me dijo.*

*—Emily, ¿ya están llegando los invitados? —le preguntó alguien, y entonces apareció la mujer de Conrad Grantchester cargada con Grantchester Junior, un rubio adorable con un*

*aspecto perfecto para haber estado revoloteando por ahí desnudo con un arco y una flecha—. ¡Myfanwy! Qué alegría verte, entra, no te quedes bajo la nieve.*

*Caroline Grantchester, de treinta y nueve años, lucía un vestido de cóctel de color champán y estaba preciosa, con su pelo oscuro, los ojos más azules del mundo y una figura que demostraba más allá de toda duda que el bebé era adoptado. Bueno, eso y el anuncio en impresión tipográfica que todos habíamos recibido por correo postal en el que se anunciaba que los Grantchester iban a adoptar a un bebé.*

*—Myfanwy, ¿conoces al pequeño Henry? —le preguntó mientras la doncella me quitaba el abrigo y las flores—. Henry, esta es tu tita Miffy.*

*Henry miró a su recién adquirida tita Miffy durante un momento de desconcertante intensidad y después se puso a hacer pompitas de saliva. Sonreí con educación y permití que me llevaran a la sala de estar. El alfil se había casado con una dama encantadora cuya familia se remontaba a la época de la conquista y había conquistado en consecuencia. Los contactos sociales de ella unidos al puesto gubernamental de él (siempre sin especificar, aunque de obvia importancia) les proporcionaban una vida social ocupada y activa.*

*—Me encanta lo que llevas —me mintió con entusiasmo. Ni siquiera a mí me gustaba mucho, pero llevaba siglos en mi armario y parecía deprimido en su percha, como si se mereciera una excursión. Por desgracia, ahora parecía deprimido en mí—. Conrad me cuenta que has estado trabajando mucho —siguió Caroline, que me miró a la espera de alguna respuesta.*

*—Bueno, ya sabes —tartamudeé—. Alguien tiene que hacerlo.*

*La tapadera que se les cuenta a las esposas es que trabajamos en inteligencia, lo que exige suma discreción. Así que ella sabía que no podía contarle nada de mi trabajo, lo que me dejaba sin mucho sobre lo que charlar. Sabía que me quedaban tres semanas de consciencia, como mucho, y la fiesta parecía una tremenda pérdida de tiempo, aunque no pudiera librarme de ella. Por suerte, me salvó alguien que llamaba a la puerta. Por desgracia, eso supuso que el pequeño Henry acabara en los horrorizados brazos de su tita Miffy.*

*Eran la persona más joven con la que había entrado en contacto en toda mi vida. Por la Finca habían pasado tres niños pequeños, pero no interactuamos con ellos hasta que cumplieron los cinco años; la criatura que me habían entregado tenía uno. No parecía capaz de hablar, me miró con la misma intensidad que antes y después empezó a rezumar copiosamente por la nariz y la boca. Lo aparté un poco de mi top y miré a mi alrededor, impotente.*

*El invitado que llamaba a la puerta resultó ser el Caballero Joshua Eckhart, con su redonda y cómoda esposa Phillipa, y sus cuatro hijos. Dos de los chicos eran gemelos en la veintena, unos hombretones, tanto que lamenté mi elección de vestuario. Y de peinado. También tenían una hija adolescente que me miró con cierto desdén y un hijo de doce años que no me hizo ningún caso. Esperaba de todo corazón que Phillipa se acercara corriendo para liberarme del*

bebé, pero se limitó a reírse educadamente cuando la señora Grantchester señaló al pequeño Henry y a despachar a uno de los gemelos en busca de un cóctel de champán.

—Entonces, Myfanwy, te ha cargado con el pequeño, ¿no? —comentó la señora Eckhart—. No me sorprende, dado que lleva un vestido que vale lo mismo que el producto interior bruto de las Fiyi. Será mejor que le limpies la cara con la mantilla —añadió—. Sinceramente, no sé por qué no han contratado a una niñera.

—En realidad creo que la tienen. No sé dónde estará —dije mientras miraba a mi alrededor, esperanzada.

—Yo habría matado por una —masculló Phillipa—. O por una pistola eléctrica. La de veces que los gemelos han estado a punto de prenderle fuego a la casa...

—¿En serio? —pregunté, sorprendida, y me esforcé por encontrar una réplica adecuada—. Parecen muy, no sé, tranquilos. Y ahora que son adultos, ¿tienen, um...? Gracias a Dios... Conrad, ¿quieres coger a Henry?

—No —respondió, y me miró con incredulidad antes de seguir su camino.

—Ah —murmuré.

Mientras tanto, otros miembros de la Corte estaban llegando a la casa. En realidad no deseaba unirme a ellos, aunque al menos así alguien quizá me quitara de encima al niño.

—Myfanwy, querida, Josh nunca me lo ha aclarado: ¿trabajáis juntos en la oficina? —me preguntó Phillipa con auténtico interés.

—Bueno, no del todo. Ambos dirigimos distintos departamentos —mascullé mientras el bebé empezaba a hacer ruiditos y forcejear en mis brazos.

—¿En serio? Con lo joven que eres... ¿Cuántos años tienes?

Antes de que pudiera responder, nos distrajo uno de los gemelos, que traía cócteles de champán para las dos.

—Gracias, Richard. Recuerdas a Myfanwy, ¿no? Trabaja con tu padre. Myfanwy, este es Richard.

—Hola —me saludó, compasivo—. ¿Quieres lo coja?

—Gracias —susurré.

El chico tomó en sus brazos a Henry con tal facilidad que me sorprendió, hasta que caí en que tenía hermanos menores y seguramente estaría acostumbrado a esas cosas.

—Estoy muy impresionada —comentó Phillipa mientras Richard hacía saltar al bebé sobre sus rodillas como un experto—. Richard todavía está en la universidad y tú ya ocupas un alto cargo de funcionaria siendo tan joven.

—Bueno, ya sabes, se me da muy bien la gestión. Si fuera un superhéroe, ese sería mi superpoder. Ese y nada más —añadí a toda prisa.

—Aun así, debe de ser difícil. Josh trabaja mucho y se pasa mucho tiempo lejos de su familia.



*Pero yo sabía desde el principio lo que suponía casarse con un soldado.*

*En aquel momento apareció el soldado en cuestión.*

*—Bueno, nuestros dos hijos menores están traumatizando adecuadamente a Conrad y su mujer —anunció, sonriente—. Creo que esperan que el pequeño Henry siga siendo igual de manejable que ahora. Cinco minutos más con una adolescente hosca y un hiperactivo de doce años hará que teman por su futuro. Hola, Myfanwy. Feliz Navidad.*

*—Feliz Navidad, em, Joshua —respondí con torpeza. Estaba acostumbrada a llamarlo por su título, lo que habría estropeado el artificial espíritu navideño—. ¿Vais a pasar las vacaciones fuera?*

*—Oh, no. Al fin y al cabo, necesitamos tener la oficina a pleno rendimiento el día después de Navidad.*

*Phillipa y Richard pusieron los ojos en blanco.*

*—Muy cierto —respondí, ansiosa por no contradecir cualquier historia que le hubiera contado a su familia—. No hay forma de salir de aquí. A no ser que sea por negocios. En cuyo caso sí hay que hacerlo. Porque, ya sabes, el país te necesita.*

*—Myfanwy, relájate —respondió entre risas—. No hace falta que te preocupes por cubrir todas las bases. Esta chica —añadió, dirigiéndose a su mujer y a su hijo— es la persona más exhaustiva que conozco.*

*Me miraron con algo similar al asombro, y yo sentí que me ruborizaba.*

*—Ah, mira, ya ha llegado Alrich —comenté de forma educada para evitar que siguieran mirándome.*

*El alfil había llegado vestido con un traje sobrio, algo poco habitual en él, pero que servía para resaltar aún más su maravillosa tez sobre el apagado color de la chaqueta.*

*—Está extraordinario —se fascinó Phillipa—. Sólo lo veo una vez al año, pero juraría que no cambia. Myfanwy, ¿sabes si se ha operado?*

*—Pues... probablemente, sí.*

*—Bueno, debe de haberlo hecho, incluso más que la señora Grantchester, y aun así —añadió, pensativa—, no se le nota. Con razón a ella le gusta tan poco verlo.*

*Era cierto, la postura de nuestra anfitriona era tensa como las cuerdas de un violín, y su sonrisa era un triunfo de la voluntad sobre los efectos del bótox cosmético.*

*—Está claro que le gustan las cosas bonitas, ¿verdad? —comentó Richard—. Sinceramente, me sorprende que tengan un hijo... Su casa es encantadora y muy poco adaptada a un crío.*

*Dicho lo cual, dejó con delicadeza al pequeño Henry en los brazos de una sorprendida doncella.*

*—Bueno, sería el accesorio que les faltaba —comentó Phillipa—. Lo que no sé es cómo va a*

*encajar un bebé en este estilo de vida tan elegante. No me los imagino reaccionando bien cuando el niño vomite en la alfombra después de comerse la tarta de cumpleaños.*

*—Mamá, ya me disculpé por eso —dijo Richard—. Y fue hace quince años.*

*—Lo sé, cariño, te perdoné de inmediato, pero la mancha sigue ahí. Bueno, Myfanwy, nos encantaría que vinieras a cenar algún día.*

*—Sí, claro, sería muy agradable —mascullé mientras le daba un trago al champán para ocultar mi sorpresa. Entre los miembros de la Corte se socializa muy poco; de hecho, el contacto se limita casi por completo a las comidas de negocios y la fiesta de Navidad. Y no estaba muy segura de cómo encajar mi amnesia programada.*

*—También deberíamos invitar a Alrich —añadió—. Me parece que está demasiado delgado.*

*Estuve a punto de escupir la bebida al oírlo, pero me limité a un acceso de tos descontrolado. Phillipa me dio unas palmaditas en la espalda y me pasó una servilleta. Después de aquello, me dediqué a beber con cautela de mi copa y a escuchar a la gente normal diseccionar las vidas de mis inusuales colegas. Richard comentó que los Gestalt eran muy peculiares, y ambos coincidieron en que Gubbins era un hombre encantador. Después, el hermano pequeño, Luke, se acercó y, de algún modo, me encontré en el centro de la familia Eckhart. Atender a sus riñas y charlas me estaba poniendo cada vez más sensible.*

*En realidad era inevitable que la fiesta resultara incómoda. Al menos para Gestalt, Gubbins y yo misma: los tres miembros de la Corte que habían sido criados en la Finca. Wattleman era anterior a ella. Farrier, Grantchester y Eckhart habían descubierto sus poderes a una edad más tardía. Y Alrich, bueno, llevaba en este baile más de un siglo. Todos sabían cómo era ser personas antes de convertirse en herramientas. Sin embargo, a los que nos habían criado primero como objetos, después como guerreros y en tercer lugar, si quedaba tiempo libre, como personas, nos costaba mucho mantener una conversación normal.*

*¿De qué íbamos a hablar, aparte de trabajo? ¿De que uno de los cuerpos de Gestalt había terminado hacía poco una excedencia de un año para viajar a Estados Unidos y sacarse un certificado en Administración mientras los otros tres cuerpos dirigían varias operaciones simultáneas por todas las Islas Británicas? ¿De que Gubbins sufría una depresión de caballo desde que había enviado a cinco hombres y siete mujeres a la muerte en un piso de la Ciudad del Vaticano? En cuanto a mí, siempre estaba el fascinante tema de la muerte inminente de mi personalidad... ¡maquinada por alguno de los presentes en ese mismo cuarto!*

*Miraba a aquellas personas y las envidiaba a todas, incluso al bebé supurante. No, sobre todo al bebé supurante. La gente normal podía vivir su vida con sus triviales preocupaciones, seguras de que lo sobrenatural no les molestaría. Dios, ni siquiera tenían que creer en lo sobrenatural. De eso ya nos preocupábamos nosotros. E incluso los demás miembros de la Corte (los que estaban allí sentados, bebiendo de sus copas y comiendo sus canapés) tenían más*

*libertad que yo. Por lo que ellos sabían, el futuro sería bueno, puede que mejor que el presente. Sin embargo, yo era consciente de que mi vida acabaría pronto, bajo la lluvia.*

*El Checquy no es una familia. Ni siquiera en la más disfuncional de las familias envías a tus hermanos a lugares peligrosos para enfrentarse a atrocidades sabiendo que lo más probable es que sufran muertes horribles y aterradoras. No llevas los cadáveres de tus hermanos mayores a que los diseccionen (a que cataloguen y destruyan cada parte de su cuerpo) y después los abandonas sin más lápida conmemorativa que un nombre en un archivo.*

*No, no somos una familia.*

*No obstante, se supone que somos un equipo. Quizá no nos caigamos bien, pero debemos respetarnos y ser leales. Cuando vas a la Finca, es lo único que te prometen: que dentro del Checquy puedes confiar en las personas que te rodean.*

*Al mirar a mis camaradas me siento más traicionada que nunca. Aunque siempre había sabido que las reuniones de este tipo eran una ficción agradable, las palabras amables que se intercambiaban esta noche eran una pura mentira. Mientras nos sonreíamos y charlábamos sobre el tiempo, uno de mis colegas planeaba destruirme.*

*¿Quién sería? No dejaba de darle vueltas a la pregunta mientras los observaba. ¿Quién tenía el poder de arrebatarme los recuerdos?*

*¿Farrier? ¿Podría borrarle de un plumazo? Su capacidad para entrar en la mente de otra persona y jugar con ella a su antojo la convertía en la candidata más probable, pero estaba en deuda conmigo. Cuando investigué sobre su vida, encontré unos cuantos cabos sueltos de lo más fascinante y tiré de ellos. Se había buscado unos enemigos muy peligrosos en el último conflicto británico y hacía poco habían logrado localizarla. La semana pasada intentaron matar a su familia y yo lo impedí soltándoles a los barghests. Ilegalmente. Ella había reconocido su deuda y, como acababa de demostrarle mi lealtad, no creía que la vieja pájara quisiera atacarme.*

*¿Alrich? Nadie sabía bien en qué consistían sus poderes ni cuáles eran sus límites. Sabemos que los vampiros cuentan con extrañas habilidades mentales, incluida la de hipnotizar a sus presas. Pero ¿por qué iba a molestarle conmigo? Teníamos abundantes archivos sobre él y se había manchado las delicadas zarpas con unos cuantos trapos sucios, pero sus acciones siempre habían sido a favor del Checquy. Jamás hubo la menor insinuación de que estuviera envuelto en conspiraciones contra nosotros.*

*Lo mismo ocurría con todos ellos. Quizás hubieran cometido algunos crímenes que después dejaron bien enterrados, pero no encontraba nada que me indicase que su motivación fuera otra que las bajezas propias de la humanidad. A pesar de todas mis indagaciones, no encuentro respuestas.*

*Con cariño,*

*Yo*

A Myfanwy ni siquiera le quedaba aliento para gritar, aunque quería hacerlo, y mucho.

«Es como nacer, pero al revés», pensó antes de que el pánico empezara a dominarla. A su alrededor palpitaban la carne y el músculo, y la aplastaban. Le ardía la piel, y sus sentidos (no los que tenía todo el mundo sino los que eran exclusivos de Myfanwy Thomas) se encontraron sobrepasados.

Los impulsos de docenas de sistemas nerviosos le gritaban en el cerebro y luchaban entre sí. Le recordaban a la colonia de Bath, aunque allí las mentes y cuerpos estaban anestesiados para que lo aceptaran de relativa buena gana. Aquí los tenían atados, esclavizados, obligados a permanecer unidos. Y el cubo intentaba hacerle a ella lo mismo.

«Mantén la calma —se advirtió—. No te dejes llevar por el pánico». Intentó recordar lo que había hecho en Bath. Lo había sondeado, ¿no? Se había metido dentro de aquella masa y había leído lo que era. Vale, así que tenía que centrarse y repetirlo. Con un esfuerzo espantoso, se desconectó de los gritos y los conflictos, y con delicadeza y mucha precaución pidió a su consciencia que tocara al enemigo y lo evaluara.

Fue como acercar los labios a una pajita y encontrarte con un río entero en la boca. Justo antes de que la marea se la llevara, se dio cuenta de que no sólo percibía lo que los cuerpos hacían, sino todo lo que habían hecho en la vida. Los recuerdos acumulados, angustiados en su desesperación, la llenaron por completo.

Myfanwy fue de repente objeto de todas las sensaciones que habían conocido las personas de la comisaría. Sintió el fuego lamiendo sus dedos cuando les ponían hielo. Le arrancaron el pelo a la vez que le daban un tierno masaje en el cuero cabelludo. Se esforzó por ver luz y acabó deslumbrada. Todos los colores se infiltraron en sus bastones y conos. Los pulmones lucharon por respirar por primera vez mientras se ahogaba. Manos, algodón y seda, bocas, cuero, agua y uñas, todo le tocaba la piel, y se llevó un puñetazo en la mandíbula, una bofetada en la mejilla y una caricia en el costado. Saboreó especias, azúcar, melocotones, vómito y el amargor de un filete quemado. Se ahogó y olió a perfume. Hizo el amor mientras se la follaban.

Puede que otra persona se hubiera perdido por completo, pero ella era Myfanwy Thomas y había nacido de improviso en su cuerpo. Sabía todo lo que había experimentado en su corta existencia y era capaz de separar sus sensaciones de las que le imponían. Sus pensamientos

flotaban sobre ella, y consiguió salir de la ciénaga.

«Vale, entendido, no volveré a hacerlo». La vertiginosa experiencia habría durado más o menos un segundo, pero en aquel momento había vivido unas cuantas vidas. Sin sopesar lo que hacía, abrió la boca para buscar aire y notó algo que se le paseaba por los labios. Cerró las mandíbulas de golpe.

Eso la puso en marcha. «¡A la mierda, coño!», exclamó para sus adentros, indignada. No podía ni gritar ni pegar, pero su mente lanzó una ola que habría detenido en seco a un ejército. A su alrededor, la conmoción desgarró músculos y los entumeció durante un instante. Tanteó, deprisa, y encontró algo que tenía sentido. Bendijo en silencio a los peones Motha y Carmine. Gracias a sus descripciones conocía vagamente el espacio que la rodeaba. Aunque que le quedara poco aire en los pulmones no la ayudaba a razonar. Eso significaba que debía trabajar a toda velocidad, sobre todo porque la mente que controlaba el cubo parecía estar recuperándose.

No era como tocar a una persona normal ni a un gran número de personas normales. Los impulsos en conflicto y el tejido de retales de otros cuerpos lo convertía en un espacio desconcertante. Aun así, consiguió localizar el lugar del que partían las instrucciones e hizo lo que pudo por aislarlo de todo lo demás. Recordaba un truco que Thomas le había descrito e intentó devolverle el favor al organismo inundándolo de sensaciones. Ahora contaba con una amplia biblioteca de la que elegir, así que reunió sus fuerzas y escupió una corriente de impresiones con la intención de sobrecargar al enemigo. Pero el cerebro absorbió la información fácilmente, la canalizó y la distribuyó entre los distintos lóbulos cosechados de sus víctimas. «¡Mierda!». Aquel ataque, junto con los esfuerzos para aislar a su adversario, la había dejado agotada y notaba que sus defensas se tambaleaban.

Le ardían los pulmones. «Dios mío —suplicó—. ¡Ayúdame! ¡Ayuda, ayuda!». Unos suaves tentáculos le acariciaron las orejas y los ojos, y sintió que algo se le metía por la nariz. Se estaba desvaneciendo. «¡Ayuda!». No la hubo. Y se quedaba sin aire.

Al perder la consciencia, percibió como en un sueño que su cuerpo sufría convulsiones. Estaban invadiendo su sistema nervioso. Justo entonces, cuando ya había perdido el control de las extremidades, perdió el control de sus poderes, que salieron rugiendo de ella, caóticos y salvajes. Su mente aterrada proyectó un torrente de miles de órdenes e impulsos distintos que desgarraron la carne que la sujetaba.

A su alrededor, el cubo se estremeció y la cambió de postura hasta colocarla en posición vertical. Los tentáculos dejaron de meterse por la nariz, y la horrible presión cedió un poco. De lejos logró percibir un siseo, y la masa que la rodeaba dejó de sostenerla y volvió a sentir el peso de su cuerpo en las piernas. Respiraba aire que apestaba a sangre. Parpadeó, abrió los ojos y vio una tenue luz rosa que aumentaba de intensidad a medida que las paredes de carne se pelaban.

El cubo se disolvía a su alrededor, se desintegraba hasta convertirse en un fluido efervescente,

como una Coca-Cola después de agitarla. El olor a ácido le quemó la nariz y la devolvió a la plena consciencia. Le llegó el estrépito de la estructura de huesos al caer al suelo. Vio una masa de tejido gris que reconoció como cerebral antes de que acabara convertida en cieno. Oyó un sonido detrás de ella y, atontada, volvió la vista para ver qué era.

—Torre Thomas —dijo su enorme guardaespaldas, el que no había acabado en el interior del cubo. Estaba de pie en la entrada de la comisaría y detrás de él había unos cuantos miembros boquiabiertos del equipo del Checquy, incluidos Ingrid y el peoncito Alan.

—Torre Thomas, tome mi abrigo —le ofreció el escolta.

—¿Hmmm? —farfulló ella antes de percatarse de que estaba desnuda y cubierta de fluidos corporales.

«Gracias a Dios que no me he girado del todo», pensó mientras el guardaespaldas chapoteaba hasta ella y le echaba la prenda sobre los hombros.

—Torre Thomas, creo que debería sacarla de aquí antes de que se me disuelvan los zapatos —sugirió con amabilidad.

Myfanwy bajó la mirada y vio que estaba descalza en un islote de masa muscular. A su alrededor había una amplia piscina de líquido corrosivo que arrugaba el cuero de las botas del guardaespaldas. Se veían pedazos de piel y huesos desperdigados por la sala, además de unos cuantos cadáveres blanqueados. Asintió, y él la recogió en brazos como si se tratara de un bebé. Salió de allí a toda prisa, y después de abandonar el edificio y bajar los escalones, otra persona la cogió mientras él se quitaba las botas. Un riachuelo de fluidos bajaba por las escaleras, pero la imagen que se le quedó grabada a Myfanwy fue la del islote que la había salvado del ácido, tan bien colocado debajo de sus pies.

Estuvo aturdida un buen rato. Una caravana nueva iba de camino, pero habían requisado la sala de urgencias de un hospital local, donde la ducharon con delicadeza pero a conciencia; se negó a la sugerencia de repararle la cabeza, así que los médicos del Checquy le lavaron el pelo con unos extraños productos químicos y le advirtieron que perdería el color y quizá tuviera que teñírsele. En cualquier otro momento, Myfanwy les habría gritado por ducharla delante de tanta gente, pero las pruebas médicas de esa mañana la habían inmunizado ante eso. Después la habían instalado en otro camión de papel abierto por detrás, el cuarto del día. Se lo bajó hasta la cintura mientras una enfermera del Checquy le tomaba muestras de la piel, que estaba irritada y pelada, con un hisopo.

—Torre Thomas, todavía tenemos la zona acordonada y estamos poniéndonos en contacto con las familias de los civiles —le comunicó el peón Watson.

Cyrus seguía sobre el terreno, supervisando la liberación de una gigantesca nube de humo

negro. Para cuando el equipo forense terminara con la escena, el peón habría montado un intenso incendio controlado que ocultaría multitud de pecados. También explicaría por qué no se podían entregar los cadáveres de los civiles a sus familiares. En aquel momento, los científicos del Checquy circulaban por allí con distintos aparatos, cambiándose las botas de goma a intervalos regulares, cuando empezaban a derretirse.

—Genial —respondió Myfanwy en tono distraído.

Bajó la cabeza y vio que la enfermera le exfoliaba con cuidado la piel muerta y la metía en tubos de ensayo.

—El Tablero dice que es probable que tengamos que culpar del incendio a un pirómano lunático —añadió Watson—. Sin embargo, dejarán muy claro que se trataba de alguien sin afiliación a ningún grupo y con un largo historial de problemas mentales. No se mencionará lo inmencionable.

El hosco peón escocés no llegó a sonreír del todo, aunque sí que puso una cara que daba a entender que aquello le hacía gracia.

—Maravilloso —respondió—. Ah, no olvides devolver este abrigo a mi enorme guardaespaldas.

Miró a su alrededor para buscarlo, pero resultó estar fuera con Alan, para darle a su protegida algo de intimidad. Lo que la dejaba a solas con Ingrid y Watson y Motha, además de una escolta nueva, regordeta y sesentona, y la enfermera del Checquy.

—No quiere recuperarlo —le aclaró Ingrid.

—¿Por qué?

—Bueno, al parecer los ácidos que la cubrían eran excepcionalmente corrosivos —explicó Watson—. Se han comido trozos enteros del cuero.

—¿Se han comido el abrigo, pero a mí no?

—Sí, por eso están recogiendo muestras de piel —contestó Motha—. Y han guardado toda el agua que han usado para lavarla. Los médicos tienen la teoría de que sus poderes la protegieron de las enzimas del ácido... Era orgánico y usted estaba en pleno proceso de adulterarlo.

—¿Cómo? —preguntó ella, desconcertada. Ni siquiera había pensado en atacarlo, estaba demasiado ocupada intentando matar el cerebro. Ah, y en morir. Eso había acaparado buena parte de su atención.

—Al parecer, su sistema inmune entró en acción para protegerla —explicó la escocesa—. Aunque ni siquiera se empleó a fondo... Por eso parece que se ha quemado al sol.

—Asombroso —dijo Myfanwy—. Entonces... ¡Un momento! ¿Qué pasa con los otros miembros del equipo que se tragó esa cosa? ¿Mi guardaespaldas? ¿Steele? —Todos se pusieron muy serios—. ¿Qué ha sucedido?

—No lo consiguieron —murmuró Ingrid en voz baja.

Myfanwy recordó los horribles cuerpos blanqueados entre los restos.

—Dios mío —jadeó, y contempló las imágenes del interior de su cabeza—. Se los comió.

—Si usted ha sobrevivido ha sido por pura suerte, torre Thomas —expuso Motha con amabilidad—. Si le soy sincera, de haber pasado ahí dentro más tiempo, el ácido habría empezado a causar daños importantes. Si no hubiera destruido el cubo desde dentro, bueno...

Dejó la frase en el aire y guardó un silencio reverencial.

«Bueno, joder, no es que fuera fácil —se quejó—. Estaban a punto de desguazarme para usar mis piezas de recambio». No sentía la alegría de la victoria por haber sobrevivido, sino melancolía por las muertes de todas aquellas personas, personas cuyos recuerdos había experimentado.

Entonces se le ocurrió otra idea insidiosa: ¿quién sabía si las mujeres que la rodeaban eran leales al Checquy? Ni siquiera habían examinado todavía a Ingrid en busca de implantes de los injertadores. Se trataba de un avance crucial. Si se informaba a los injertadores de que Myfanwy era capaz de destruir sus armas, acabarían con ella sin perder ni un segundo. No tendrían que arriesgarse a usar sus armas biológicas, bastaba con una bala corriente de una pistola corriente. A pesar de las amenazas del psicópata sin piel a Bronwyn, debía avisar a la Corte de la participación de los injertadores en los dos ataques. Pero primero necesitaba saber en quién confiar.

—Ingrid, ¿cómo van las pruebas médicas de la Corte?

—Deje que lo compruebe —respondió, y se giró con su móvil. Mientras echaba un vistazo a los detalles de Londres, a Myfanwy se le ocurrió otra idea.

—Peón Motha, viste el interior del cubo... ¿Me puedes decir cuánto quedaba de los cerebros de los civiles? Recuerdo que comentaste que les habían extirpado ciertas partes.

El peón cerró los ojos para recordar lo que había visto.

—Bueno, los habían mutilado, evidentemente. Por lo que vi, había algunas lobotomías selectivas diseñadas para eliminar las zonas del cerebro relacionadas con la iniciativa. Creo que la idea era dejar intacto el cerebro central con toda su capacidad de almacenamiento, pero sin tener que vérselas con los impulsos individuales. El equipo de ahí fuera está examinando los restos, aunque el ácido impide un estudio significativo.

—Pero estás diciendo que lo más probable es que se borrarán o destruirán las personalidades de los civiles antes de que entrara yo, ¿cierto? —preguntó Myfanwy, concentrada.

—No estoy segura —confesó la chica—, aunque tiene sentido.

«Es justo lo que cabría esperar de los injertadores. Sobre todo de ese cabrón despellejado. Pero me gustaría creer que también significa que no maté a esa gente. Y si todavía quedaba parte de ellos en esa cosa, espero que ahora estén en paz».



—Torre Thomas —dijo Ingrid mientras tapaba el micrófono del móvil con la mano—. El director de seguridad Clovis está al teléfono. Dice que el caballo Eckhart ya ha pasado por las pruebas médicas y las ha aprobado con nota. No me quiere decir a quién examinan en estos momentos.

—Dame el teléfono, por favor. Clovis, soy la torre Thomas —informó, impaciente.

—Buenas tardes, señora —saludó Clovis.

—Sí, hola. ¿A qué viene lo de no contarnos quién es el siguiente?

—Lo siento, torre Thomas. Para que esto funcione, todo debe ser al azar. Y secreto.

—Vale. ¿Han examinado a alguien más aparte de Eckhart y de mí?

—Todavía no. No.

—¿Terminarán para esta noche?

—No. Estará listo cuando acabe el fin de semana.

—Eso está muy bien, pero, a este ritmo, vamos a tener que dejar instrucciones para nuestros descendientes.

—Quedan otros cuatro miembros de la Corte —repuso Clovis, muy razonable—. Estamos trabajando lo más deprisa posible.

—De acuerdo, gracias. —Colgó y le devolvió el teléfono a su secretaria—. Ingrid, convoca una reunión de la Corte mañana por la noche.

«Para entonces ya habrán examinado a todos sus miembros y sabremos si llevan implantes o no. Aunque Gestalt no tenía —le recordó parte de su cerebro—. Al menos, no en los cuerpos que tenemos en custodia».

—¿Cuándo puedo regresar a Londres? —le preguntó a la enfermera.

—¿Dentro de una hora? —dijo esta, vacilante.

—De acuerdo —aceptó Myfanwy, y cruzó los brazos—. Mientras tanto, que alguien vaya a buscarme ropa con espalda.

Recorrieron en silencio el camino hasta el helicóptero. Todos eran dolorosamente conscientes de la sustitución de uno de los enormes guardaespaldas, cuyo nombre resultó ser Ronald. La nueva, Emily, estaba tejiendo tan tranquila. Había mucho tráfico y la limusina se arrastraba por las calles. Myfanwy le echó un vistazo al mueble bar y concluyó, a regañadientes, que aunque se merecía un copazo quizá no fuera buena idea. Todavía quedaba mucho por hacer. El peoncito Alan la miraba con el asombro que los jóvenes reservan para las mujeres poderosas a las que han visto con el culo al aire

«Debería llamar a Bronwyn —cayó en la cuenta—. Por asegurarme de que está bien. Y debería arreglarlo para que tuviera alguna protección discreta, ¿no? Ese cabrón despellejado ha

demostrado no ser de fiar. —Pero enseguida se dio cuenta de que cualquier guardaespaldas que eligiera podría estar trabajando en secreto para los injertadores—. No sé qué hacer. Sólo se me ocurre intentar localizar al injertador desaparecido, y eso tendrá que esperar hasta que vuelva al Tablero. Bueno, voy a llamarla y ya está».

Fue a coger su nuevo móvil y se dio cuenta de que seguramente se lo habría comido el cubo, junto con sus cómodos zapatos. Que ahora vistiera un mono de camuflaje y botas de combate que le estaban grandes no ayudaba a mejorar su mal humor. Miró a Ingrid, que hablaba por su móvil, y se le ocurrió pedirselo prestado antes de recordar que no se sabía el número de Bronwyn, y no le apetecía pedir información telefónica delante de todo el mundo. Se echó hacia atrás y cerró los ojos, cansada. Su secretaria terminó su llamada y cerró el aparato de golpe.

—Ya está organizada la reunión, torre Thomas —dijo.

—Gracias, Ingrid —contestó Myfanwy mientras se quitaba las botas de un par de patadas.

No se molestó en abrir los ojos cuando sonó el teléfono. La voz de Ingrid resultaba reconfortante cuando no estabas escuchando lo que decía.

—¿Torre Thomas? Es el jefe del Departamento de Comunicaciones.

Abrió los ojos, cogió el terminal y se sentó.

—¿Sí?

—Buenas noches, torre Thomas. Carruthers al habla —respondió una voz tímida.

—¿Qué ha pasado? —inquirió ella con urgencia.

—Todavía no hemos podido localizar la llamada telefónica —se disculpó el otro.

—Seguid intentándolo. Confío plenamente en vosotros.

—Gracias, torre Thomas. Lo que sí hemos logrado es averiguar el origen del fax —añadió, lo cual acabó de un plumazo con su decepción.

—¿¡En serio!?! —exclamó. Todos dieron un respingo—. ¿De dónde salió? ¿Tiene una dirección exacta?

—Pues sí, torre Thomas. Está en Londres.

—Espera un momento —le pidió; soltó el teléfono y bajó la barrera de privacidad que los separaba del conductor—. Perdona, pero ¿cuánto queda para llegar al helicóptero?

—Lo siento, torre Thomas, pero hay mucho tráfico —se disculpó el chófer mientras señalaba con impotencia la masa de coches que tenían delante.

—¿Tenemos sirena, luces intermitentes o algo así?

—No, lo siento.

Myfanwy asintió a regañadientes y levantó de nuevo la barrera.

—¿Torre Thomas? —preguntó Ingrid.

—Han localizado el fax. Está en Londres y tengo que encargarme del asunto ahora mismo, pero, como ves, estamos aquí atascados. Así que necesito delegar. ¿Quién más tiene teléfono? —

Al parecer, todos—. Bien. Que alguien me ponga con el caballo Eckhart. —Después regresó a la conversación con Carruthers, que esperaba—. De acuerdo, ¿qué me puedes contar de...? ¡¿Qué?!

—Torre Thomas, mi teléfono es el único que tiene el número del caballo Eckhart, y es el que está usando en estos momentos —le dijo Ingrid.

—De acuerdo. Carruthers, llama a tu chico nuevo, Alan —le pidió Myfanwy, irritada, antes de lanzarle el móvil de vuelta a su secretaria—. Localiza a Eckhart ahora mismo.

Sonó un teléfono y Alan se lo pasó.

—Carruthers, dime la dirección. Espera un momento, ¿eso es una llamada? —le preguntó a Ingrid; esta asintió—. Dámelo. Carruthers, indícale la dirección a Ingrid.

Pasó un móvil y se llevó el otro a la oreja.

—Residencia de los Eckhart —dijo una voz femenina.

«Mierda, ¿cómo se llamaba su mujer?». Sabía que Thomas había escrito algo sobre la fiesta de Navidad, pero no recordaba su nombre.

—Ah, hola, señora Eckhart, soy Myfanwy Thomas.

—¡Myfanwy! Querida, me alegro mucho de oírte. Joshua se fue a dormir después de esas horribles pruebas médicas. ¿Tú también has tenido que sufrir ese examen?

—Esta mañana temprano —respondió ella, azorada—. Bueno..., esto es una emergencia. ¿Podría despertar a Joshua, por favor?

—Por supuesto, ¡ahora mismo!

Tras una pausa, miró a Ingrid, que había terminado de apuntar la dirección que le había dado Carruthers.

—¿Sigue al teléfono?

—Sí, torre Thomas.

—Genial, que no cuelgue. Alan —añadió mirando al peón—, llama a la oficina de vigilancia del Tablero. Quiero conocer la situación de los barghests que no estén en Reading. ¡Ya!

—Torre Thomas, la señora Woodhouse tiene mi teléfono —respondió este.

—Usa el mío —ofreció Emily a toda prisa, y se lo puso en las manos. Myfanwy asintió para mostrar su aprobación. Se oía salir ruido del otro móvil, así que se lo colocó de nuevo en la oreja.

—Thomas, ¿cuál es la situación? —inquirió Eckhart. Tenía que reconocérselo: aunque el hombre acababa de levantarse, sonaba listo para entrar en acción.

—Eckhart, son los injertadores —respondió sin hacer caso del repentino chillido de Emily—. Uno de los líderes está en Inglaterra y me ha enviado una amenaza por fax. La hemos rastreado y procede de Londres. Estoy atrapada en Reading, así que tendrás que supervisar el equipo de asalto.

—Muy bien. ¿Los has movilizado?

—Un segundo. Ingrid, deja que hable con Carruthers. —La secretaria le pasó el móvil—.

Carruthers, no hay ningún motivo para que no podamos atacar el lugar de procedencia del fax esta noche, ¿no? No resultará ser el sótano de un internado o la embajada belga, ¿verdad?

—No, es una residencia privada, torre Thomas.

Myfanwy miró al peoncito Alan, que había llamado al Tablero. Este asintió y le acercó el terminal.

—Soy la torre Thomas. ¿Cuál es la disponibilidad de los barghests de Londres?

—El equipo dos sigue limpiando lo de Reading; el equipo uno está a la espera aquí, en el Tablero —le respondieron.

—Activad el equipo uno. Trabajarán a las órdenes del caballo Eckhart. Tendremos que ser discretos: estamos organizando un ataque en una zona residencial. Carruthers, del Departamento de Comunicaciones, se pondrá en contacto con vosotros para proporcionaros la dirección dentro de un momento.

—Sí, señora.

Colgó.

—Eckhart, el equipo de asalto está listo. Supongo que, aunque haya traidores entre los miembros de los barghests, no podrán contigo. Llámame si necesitas algo más.

—Bien hecho, Myfanwy —la felicitó el caballo—. Estoy impresionado.

—Gracias, Joshua. Una cosa más: ni una palabra a los demás miembros de la Corte. Sólo tú y yo hemos pasado por las pruebas y hemos recibido el visto bueno. Tengo razones para creer que como mínimo otro miembro es un traidor, y no podemos arriesgarnos a que alguien avise a los injertadores de este asalto.

—Cierto. Pero ¿no se comunicará automáticamente cualquier mención sobre los injertadores a los alfiles, el lord y la dama?

—Sólo tú y la gente que está ahora mismo conmigo sabéis que el golpe es contra ellos.

—Entonces te mantendré informada de lo que ocurra —respondió—. Adiós.

—Buena suerte.

Myfanwy cerró el móvil y se echó hacia atrás con un suspiro. «Soy un general —pensó—. Tengo que enviar a otras personas a la batalla». Entonces se le ocurrió una cosa más.

—Ingrid, hemos cancelado la llamada a Harp Callahan, ¿no?

—Sí, torre Thomas, justo después de que fundiera el cubo. Pudo regresar a su partido de críquet.

—Ah, bien, eso es bueno. —«Supongo. Sólo queda una última cosa»—. Emily —le dijo a la guardaespaldas—, imagino que no hace falta que te diga que todo lo que escuches debe permanecer en el más estricto secreto. Pero esto es especialmente importante...

Se despertó dos veces: una cuando llegaron al helicóptero y otra cuando aterrizaron. Se apretujaron todos dentro del ascensor del Tablero y llegaron al vestíbulo principal. Estaban exhaustos, salvo el peón Alan, que parecía estar pasándose en grande.

—Ingrid, voy a cambiarme —avisó Myfanwy cuando se metió en el despacho de su secretaria—. Comprueba si hay alguna noticia, por favor, y ¿puedes pedir que nos envíen comida? El resto, por favor, esperad en la puerta de mi despacho —les dijo a Emily, Alan y el guardaespaldas superviviente.

Tenía la mano en la puerta cuando Ingrid la llamó.

—Torre Thomas, el caballo Eckhart al teléfono.

Myfanwy corrió al escritorio.

—Soy yo, ¿qué pasa? —preguntó, alerta.

—Thomas, estamos a punto de entrar —le llegó el susurro de voz de Eckhart—. ¿Algo que debamos saber antes?

—Se trata de los injertadores, así que no os arriesguéis. Si alguien empieza a hincharse, matadlo a conciencia. El último tío acabó comiéndome. Y no intentes guardar ninguna muestra.

—De acuerdo —respondió, sorprendido.

—No estoy de broma, Joshua. Destruidlos por completo, salvo a ese capullo sin piel. A ver si podéis traerlo con vida.

—Un tío sin piel; haré que corra la voz.

—Estaré a la espera de noticias. Buena suerte.

—Gracias.

Y se fue.

Myfanwy colgó el teléfono con la esperanza de que el caballo saliera bien de aquella. Entró en su despacho, abrió el retrato que conducía a las escaleras y pensó con desgana en la subida hasta su piso. De repente, la gran silla acolchada tras su escritorio le parecía una propuesta mucho mejor. «Sólo unos minutos», se dijo mientras se quitaba las botas de combate y caminaba descalza hasta la mesa. Tropezó con el mono y se golpeó contra ella, derribando una de las inestables pilas de documentos. La avalancha de papeles cayó sobre su secante. «Genial», gruñó antes de dejarse caer en la silla.

Se reclinó y puso los pies encima del escritorio. «Si no detienen al injertador desollado, a ver qué coño hago yo. ¿Cómo narices voy a localizar a ese Ernst von Suchtlen?». De repente irritada, empujó con los pies y tiró todas las pilas de documentos de la mesa.

—Torre Thomas, ¿se encuentra bien? —le llegó la voz vacilante del enorme guardaespaldas.

—Sí, estoy archivando unas cosas.

—Bueno, la comida ya está aquí. La han dejado en la zona de recepción.

—Vale, voy —respondió, y suspiró. Entonces miró al suelo, a las cartas volcadas.

Se puso de rodillas y recogió el montón. No eran los expedientes secretos que Thomas le había dejado, sino fichas de personal. Se le pusieron los ojos como platos al dar con un trozo de papel, y se puso a rebuscar entre los archivos como loca.

En el despacho de Ingrid, Emily y el enorme guardaespaldas se miraron. Unos chillidos agudos salían del otro lado de la puerta, y oían a alguien moviendo muchos papeles. La mujer señaló la entrada con la cabeza y arqueó las cejas. Su compañero sacudió la cabeza, tenso, y la señaló con la barbilla. El debate silencioso continuó de la misma guisa y podría haberlo hecho durante bastante tiempo, salvo que, de repente, las puertas se abrieron y por ellas salió Myfanwy con el rostro frío y decidido. Detrás de ella, la habitación estaba cubierta de hojas que había lanzado por los aires en un acceso de ira. Ingrid levantó la mirada, sorprendida, y el peoncito Alan gritó.

—Reúne a la Corte ahora mismo —le ordenó a Ingrid.

—¿Torre Thomas? Pero... Sí, ahora mismo. ¿Qué pasa con el caballo Eckhart? Está en ese asalto.

—No lo apartes de él. Necesita encargarse de ese tema. Pero avisa a todos los demás. Eso sí, que nadie lo sepa. No puede ser como las reuniones normales, de las que se entera todo su personal y después todo el Checquy. Ni siquiera debe quedar registrada, por si alguien lo ve.

—Si de verdad le preocupa que no quede constancia de ella —intervino Alan—, debería usar la sala de mando segura del sótano. Los teléfonos están encriptados y no se conectan a la centralita habitual. Y hay un guardia armado en la puerta en todo momento. —Todo el mundo lo miró—. ¿Qué? Trabajo en comunicaciones. Acabo de recibir la gran charla de orientación sobre eso esta mañana.

—Bueno, suena bien —dijo Myfanwy—. La verdad, me gusta la idea de que los dos estéis en un lugar seguro. Bajad y haced las llamadas pertinentes. Pero primero, por favor, que nos preparen un coche ahora mismo. Vosotros dos venís conmigo —les ordenó a los guardaespaldas.

—Sí, torre Thomas —aceptó Ingrid—. Aunque quizá fuera buena idea que se pusiera zapatos.

—¿Zapatos? —repitió ella, incrédula, su rabia apaciguada durante un instante—. Ah, sí.

—Y una chaqueta. Está noche hace mucho frío.

—Vale, de acuerdo.

—Torre Thomas, ¿qué...? —su secretaria dejó la frase en el aire, desconcertada.

—¿Recuerdas de lo que hablamos en Escocia? —preguntó su jefa en tono tranquilo. Ingrid no cambió de expresión—. ¿El infiltrado en la Corte? —A la mujer le subió la sangre a la cara y asintió—. Ya sé quién es.

Miró, vacilante, a Alan, Emily y el enorme guardaespaldas, y después se inclinó sobre la oreja de Ingrid para susurrarle un nombre. Esta hizo una mueca, mientras Myfanwy se daba media vuelta y se marchaba con sus escoltas pisándole los talones.

Estaba sentada en el coche, sumida en sus pensamientos, cuando se abrió la puerta del garaje. Emily y su compañero la miraban con los ojos muy abiertos mientras ella se masajeaba las sienes con las manos y repasaba sus acusaciones.

«Esta persona es una traidora al Checquy y el país.

Esta persona malversó importantes cantidades de dinero y, junto con la Hermandad Científica de los Científicos, fundó un ejército privado dentro del Checquy y secuestró a niños británicos sin poderes para que formaran parte de las tropas.

Esta persona..., esta persona puede contarle a la Corte que me robaron los recuerdos.

Esta persona puede decirles que yo soy la amnésica que se despertó y reclamó un puesto de poder del que nada sabía. Y puede demostrarlo.

Esta persona puede destrozarme la vida».

—¿Qué estoy haciendo? —se preguntó—. ¿Qué voy a...? ¿Qué coño pasa?

El coche se había detenido de golpe y se oía ruido fuera. Resultaron ser manifestantes que se habían congregado en torno a la limusina, que la veían como una prueba tangible de una conspiración secreta o, al menos, de alguien a quien merecía la pena molestar.

—No me lo puedo creer.

Abrió el techo solar y se levantó para sacar la cabeza y arriesgarse a que le lanzaran huevos o verduras podridas a la cara.

—¡Eh, apartaos de ahí! Tenemos a una mujer a punto de dar a luz. ¡Necesitamos llevarla al hospital! —Los manifestantes se callaron un momento—. ¡Y es abogada! —añadió en tono triunfal mientras sacaba el móvil de Ingrid y tomaba fotos de una calidad pésima. El grupo se desperdigó y el coche siguió su camino.

—Increíble —dijo con la respiración entrecortada.

Los guardaespaldas expresaron su aprobación con ruiditos ahogados y ella cerró los ojos. No sin cierto esfuerzo, se calmó y su mente volvió a centrarse en el lugar al que se dirigía.

«¿Voy a hacerlo? ¿De verdad voy a enfrentarme a ellos con esto?

Esta persona puede destrozarme la vida».

Pensó en el Torreón de la Horca y en los terrores que allí le esperaban a cualquiera en el que el Checquy no confiara. En los castigos que se le impondrían a un infiltrado.

Y después pensó en todas las cartas que había leído. Recordó la desesperación, la esperanza y el esfuerzo que les había dedicado Thomas.

Que le había dedicado a ella.

«Esta persona puede destrozarme la vida, pero ya ha destrozado la de Thomas, y juro por Dios que pagará por ello».

Concentró su atención sus acompañantes.

—Estamos a punto de acusar de traición a un miembro de la Corte —anunció—. Y tal vez nos enfrentemos a situaciones tensas y desagradables. ¿Estáis dispuestos a luchar? —Los guardaespaldas intercambiaron miradas de sorpresa—. ¿Estáis dispuestos a morir? Seré franca con vosotros: estamos hablando de traición y no puedo permitirme llamar a nadie más, dado que vosotros ya poseéis una información extremadamente delicada. En realidad, nada me asegura que seáis de fiar, aunque al menos no podéis llamar para advertir a nadie porque os estoy vigilando.

—Torre Thomas, soy leal al Checquy. Lo juro por Dios —respondió el enorme guardaespaldas, muy serio.

—Y yo también —aseguró Emily.

—Aprecio vuestras palabras, pero ya me he llevado algunas decepciones. Por eso mis poderes os estarán leyendo en todo momento. Y lo digo con todo el respeto que me merece vuestra predisposición a recibir un balazo o un navajazo por mí: si uno de los dos intenta atacarme, lo obligaré a dispararse en la cabeza. Y no es una metáfora.

Los miró con expresión feroz y le alegró comprobar que ambos la miraban a los ojos sin pestañear.

Se pasó el resto del viaje asegurándose de que contaran con las armas apropiadas. Ambos llevaban pistolas de mano; de hecho, cada uno tenía dos, además de un surtido de cuchillos bastante amedrentador, aerosol de pimienta y porras telescópicas escondidas bajo sus abrigos morado oscuro.

—Sí, muy impresionante. ¿Ni crucifijos ni balas de plata?

—Eso no funciona, a no ser que seas un sacerdote o te ataque la prensa —respondió el hombre—. ¿Qué armas lleva usted, torre Thomas?

Myfanwy parpadeó, sorprendida.

—¿Yo? Ninguna —confesó—. En realidad, se supone que los miembros de la Corte no deben llevarlas. Es una cosa ceremonial, creo.

—¿Quiere una? —le ofreció Emily—. Hay un pequeño arsenal en el maletero del coche.

—Es muy amable por tu parte, pero me sentiría aún más torpe con una pistola en la mano.

«Y no estoy segura de que sirviera de mucho, de todos modos», meditó al recordar lo



incompetente que había sido al enfrentarse a Goblet con un arma. Ni el librito de instrucciones de Ingrid iba a ayudarla con eso.

Fuera, empezó a llover.

—Torre Thomas, ¿su contrincante llevará una pistola? —le preguntó el guardaespaldas.

—No... lo sé. Pero vamos a una sala de juntas. Y el resto de la Corte estará allí, con sus escoltas.

—Cuando entras en batalla, es mejor contar con todas las ventajas a tu alcance —repuso Emily con voz amable. Ambos se miraron y se dispusieron a subirle la pernera derecha del mono a Myfanwy—. Vamos a darle un arma pequeñita con una pistolera de tobillo.

—Fantástico —respondió ella, distraída por un repentino terror.

«¿Qué me va a pasar?», pensó. Contempló la lluvia y envidió a todos los cochecitos que volaban camino de historias que nada tenían que ver con aquella.

—Torre Thomas, ya hemos llegado —la avisó Emily, y Myfanwy levantó la vista, sorprendida.

Se había quedado ensimismada y, sin darse cuenta, de repente se encontraba frente a Apex. Dentro de aquel edificio estaba el traidor, el enemigo que había conspirado para aniquilar su identidad. Pensó en la Myfanwy Thomas original, la tímida joven que escribía cartas llenas de miedos ocultos y pequeños placeres. Cerró los ojos y les dedicó una oración a ambas: a Thomas y a ella misma. Después dejó que la rabia le creciera dentro.

—Vamos —dijo, y salió del coche.

Dio un respingo al notar la lluvia, pero subió con decisión los escalones que llevaban hasta el complejo a pesar de su ridículo uniforme de combate. Sus guardaespaldas la flanqueaban. Las puertas se abrieron para ellos. Por un momento, Emily se agachó detrás de ella, pero una lectura rápida de su cuerpo le dejó claro que sólo se trataba de una medida de seguridad.

En el vestíbulo se encontraron con un camarlengo de imperial delgadez, postura impecable y empalagosos modales.

—Bienvenida, torre Thomas —la saludó con una sonrisa de superioridad.

—Gracias, es un placer estar aquí —respondió ella, y no le quedó más remedio que detenerse porque tenía al hombre delante. «¿Será uno de esos imbéciles que todavía se creen capaces de avasallar a la torre Thomas?»—. Ahora, quítate de en medio.

Se acercó con paso firme a los ascensores y apuñaló el botón. Mientras esperaba, Emily le habló en voz baja:

—Torre Thomas, el camarlengo está al teléfono y nos mira. —Ella asintió—. ¿Quiere que lo matemos? —preguntó, y Myfanwy la miró, sorprendida—. Intuyo que eso es un no.

—Hasta donde ellos saben, estoy de mal humor después de las pruebas médicas de esta mañana y el incidente de la tarde —contestó con cuidado—. Es probable que esté informando a

la Corte de que ha llegado la torre Thomas.

Entraron en el ascensor y, antes de que se cerraran las puertas, lanzó una mirada fría al camarlengo, que acababa de colgar y los contemplaba. El hombre esbozó una sonrisa servil y asintió. «Recuerda que a Thomas no siempre la respetaban.

Quizá debería haber dejado que Emily se lo cargara».

Myfanwy y sus acompañantes se dirigieron a la sala de conferencias. A las puertas, en posición de firmes, se encontraban dos guardias de Apex, ambos del mismo tamaño que los de la torre.

—Buenas noches, torre Thomas —la saludó el de la izquierda—. La Corte está reunida y esperándola. Sus guardaespaldas y usted pueden pasar.

—Gracias —dijo ella con un seco gesto de cabeza—. ¿Un día largo?

—Siempre —contestó el hombre con amargura.

—Bueno, que pases una buena noche —le deseó.

Tantos buenos modales le minaban la furia... y eso era peligroso. Volvió la vista atrás, hacia sus escoltas.

—Vale, vamos.

Entraron y doblaron la esquina para entrar en el salón de juntas.

Myfanwy se paró de golpe: la sala estaba vacía, salvo por la persona que había ido a acusar.

—Buenas noches, Myfanwy.

*Querida tú:*

*Mi fin está cerca.*

*Eso ha sido un toque de humor negro. Me gustaría poder decir que he alcanzado una especie de calma zen; que he aceptado mi inminente erradicación. El caso es que mi tiempo está a punto de acabarse. El pato dijo que me quedaba un mes, como mucho (que Dios me ayude, estoy confiando en la autoridad de un pato), y ese mese casi ha terminado. No lo soporto.*

*No sé si recibirás esta carta. No sé si será hoy cuando suceda. Quizá la puerta se abra de golpe y me saquen a rastras, encuentren los restos de esta nota y, y... Estoy sufriendo pequeños ataques de pánico. Cualquier ruido fuerte me altera. Cada vez que llaman a la puerta, cada vez que chirrían los neumáticos o suena el claxon de un coche en la calle, me tiemblan las manos.*

*Sé que todos mis días han sido un regalo y que debo sentirme agradecida, pero me cuesta. Lo odio. Odio a la persona que va a traicionarme. Llego al final del tiempo que me ha sido concedido y todavía no sé por qué me va a ocurrir esto. Sé que perderé mis recuerdos, y eso es terrible. Pero la posibilidad de morir sin tan siquiera conocer la razón es aún peor.*

*En mi investigación he descubierto multitud de datos. Venganzas. Malversación de fondos. No obstante, ¿qué tiene eso que ver conmigo? ¿Por qué iba a querer matarme nadie?*

*En estos días he averiguado muchas cosas sobre mis colegas. Que el padre de Farrier la borró de su testamento. La constante comunicación de Gubbins con una mujer de Mongolia. Que la mujer de Grantchester sufrió tres abortos en otros tantos años. Examinó todas esas trivialidades y me preguntó si no revestirán alguna importancia. ¿Qué he pasado por alto?*

*En el fondo creía que sería capaz de evitar que ese futuro se hiciera realidad. Creía que, si encontraba una respuesta o averiguaba a tiempo qué no debía decir o hacer, esquivaría la profecía de Lisa; que los frenéticos susurros de advertencia de aquel niño de la Finca resultarían estar equivocados; que podía ignorar al pato.*

*No me atrevía a dejar de cumplir con mi cometido por miedo a que me hicieran preguntas que, al final, acabarían convirtiéndose en el catalizador de mi muerte. Así que he trabajado con ahínco incluso mientras investigaba por mi cuenta. He trabajado hasta estar a punto de romperme. No obstante, al intentar considerar todas las opciones sin abandonar mis deberes como torre del Checquy, me he quedado sin tiempo. Nunca regresaré al Campamento Calígula y nunca averiguaré quién está detrás. No sé quién me atacará ni quién me matará. No puedo decirte quiénes son tus enemigos.*

*Siento no ofrecerte todas las respuestas.  
Esta es la última carta que te voy a escribir.*

*Yo*

—Buenas noches, alfil Grantchester.

«Algo va muy, muy mal —sospechó Myfanwy mientras examinaba la sala y su evidente falta de testigos y personas no traidoras—. No puedo vacilar».

—Disparadle —ordenó a sus guardaespaldas. Los dos sacaron sus armas y ella cerró los ojos cuando sonaron los dos disparos, uno a cada lado de su cuerpo. Cuando abrió los ojos, Grantchester seguía sentado, indemne y sarcástico.

—Reconozco que has estado rápida —le concedió.

Myfanwy miró a sus compañeros y los vio tirados en el suelo con heridas de bala en la nuca. Detrás de ella, a varios pasos de cautelosa distancia, estaban los dos guardias de la puerta; la apuntaban con sus armas. Los atacó con sus poderes, y los pistoleros dejaron de amenazarla a ella y se dispararon el uno al otro.

—Muy rápida —añadió Grantchester, y su tranquila sonrisa se volvió algo más peligrosa.

Myfanwy desplegó sus poderes con precaución. Debajo de la piel del alfil hervía un torrente de sensaciones. Los ojos le cambiaron de color y unos regueros de tinta negra le cruzaron las escleróticas. La oscuridad le cubrió los iris. Entornó los ojos y se aferró a él con su mente. Las reservas de productos químicos y enzimas de su adversario se agitaron para intentar liberarse. Myfanwy impidió que los poros de su contrincante (minúsculas aberturas en pleno aleteo) cumplieran su función. El hombre la miró, boquiabierto, y ella se dio cuenta de que lo había superado en reflejos.

Aun así, su sistema de ataque era tan intrincado, tenía tantas redundancias, que frenarlo le exigía toda su concentración. Si cedía el control, aunque fuera un poco, la sala acabaría inundada de un cóctel químico orgánico. No podía invertir tanto esfuerzo en evitar que el alfil se moviera, y el hombre se puso en pie de un salto, entre jadeos.

—Joder, qué mal rato —dijo Grantchester con voz ronca—. Supongo que debería haber tenido en cuenta tus nuevas habilidades. La última vez... Bueno, la última vez también superaste mis expectativas. Pero esto es sorprendente.

«Bueno, mira qué bonito empate. —Estaba tensa—. Ninguno de los dos puede usar sus poderes para acabar con el otro». Recordó el arma que llevaba en la pistolera del tobillo y se preguntó si se atrevería a cogerla, aunque dividir su concentración en aquellos momentos no

parecía buena idea.

De repente, el alfil gritó:

—¡Norman, Miriam, entrad, por favor!

«Más guardaespaldas enormes para salir de este punto muerto», supuso. Entonces se abrió una puerta por la que salieron dos personas que eran, sin embargo, mucho más menudas de lo que había imaginado. Una era más baja que Myfanwy. La otra, más alta, pero de una delgadez y una desproporción extremas.

«¿Qué clase de agentes secretos usa Grantchester? —Los examinó con detenimiento—. Ah..., jóvenes». La baja era una niña de unos once años, mientras que el alto era uno de esos adolescentes que parecían tener sólo codos y nuez. «Y escamas». Ambos enarbolaban pistolas, pero eso no era lo único que le llamó la atención.

El chico desgarbado estaba cubierto de escamas color carne que reflejaban la luz y unas largas cicatrices le subían por el rostro desde las comisuras de los labios. A la niña le salían unas garras enormes de los dedos. Ambos la miraban con ojos vacíos.

«Graduados del Campamento Calígula, supongo —conjeturó con un temor creciente—. ¿Y qué hago ahora? Si suelto a Grantchester para enfrentarme a ellos, él podrá usar sus poderes. Aunque no gasearía a sus propias tropas, ¿no? —meditó, aunque llegó rápidamente a la conclusión de que sí lo haría, sin duda—. ¿Qué hago?».

Llegados a este punto, el alfil tomó la decisión por ella:

—Atacad —ordenó.

Los niños sonrieron y avanzaron hacia Myfanwy con las bocas abiertas. El chico siseó, y ella vio que tenía el interior de la boca de color rojo sangre.

—¡No! —exclamó, presa del pánico, mientras liberaba al alfil.

Sin embargo, antes de poder golpear con sus poderes al muchacho, la niña salió disparada hacia ella con velocidad sobrehumana, saltó y le encajó un gancho en la mandíbula.

Trastabilló y cayó al suelo, donde intentó no perder la consciencia. De lejos oyó la voz de Grantchester y se obligó a abrir los ojos.

—No estará muerta, ¿verdad? —preguntaba él.

—No, mi señor —respondió la niña—. ¿Quiere que lo esté?

Mientras planteaba la pregunta le crecieron las garras de los dedos, que empezaron a gotear un viscoso fluido negro. Estiró los labios y dejó al aire una boca llena de colmillos.

Myfanwy intentó apartar a la niña tanto con sus poderes como con las manos, pero ya tenía encima al chico de las escamas, que le sujetó los dedos con los suyos, que estaban muy secos, e interrumpió su flujo de órdenes. La niña se estremeció un poco, nada más. Y la torre sintió que el cuerpo se le entumecía poco a poco y entorpecía su percepción de las personas que la rodeaban. Intentó defenderse, pero notó una descarga y perdió sus habilidades.

«¿Qué coño es esto?», pensó. Aunque sentía sus poderes, no podía usarlos. ¿Eran imaginaciones suyas o notaba el chasquido impotente de sus sinapsis?

—Has tardado un poco más de lo normal, Norman —comentó Grantchester con amabilidad.

—Se ha defendido bastante bien, señor —contestó a la defensiva el chico de las escamas.

—Nada de quejas —lo regañó el alfil, y ambos acólitos se enderezaron.

—Sí, mi señor —respondieron los dos al unísono.

—Siéntala —ordenó Grantchester.

El muchacho no aflojó la presión de los dedos, pero la ayudó a sentarse con la otra mano. Ella movió con cuidado la mandíbula e hizo una mueca. Sorprendida, comprobó que seguía conectada al resto de su cráneo. «Esa cabronceta tiene un buen derechazo», gruñó, aturdida.

—Myfanwy. —Alzó la vista hacia el alfil—. Ahora que hemos terminado con las formalidades y estás algo más receptiva, quizá debamos trasladarnos a un lugar más cómodo.

Sin esperar a su respuesta, se giró y se alejó. Los chicos del Campamento Calígula la levantaron. Sus extremidades cooperaban tan poco como sus poderes, aunque logró caminar arrastrando los pies con torpeza detrás de Conrad, que los condujo por la puerta lateral a un pasillo que daba a su despacho.

El dolor del puñetazo empezaba a difuminarse, y miró a su alrededor con curiosidad. El despacho era agradable, más que el suyo. Había invertido dinero en él y se notaba. Las llamas crepitaban en la chimenea. Las paredes estaban revestidas de cálidos paneles de madera y enormes retratos similares a los de Myfanwy. Unas pesadas cortinas enmarcaban la enorme ventana, aunque lo que primero que le llamó la atención fue el escritorio descomunal detrás del que se había sentado el alfil. Este hizo un gesto y los chicos la guiaron hasta la silla que había frente a la mesa. El de las escamas mantuvo el contacto moviendo la mano hacia el lateral del cuello de Myfanwy. La niña ocupó su puesto detrás de Grantchester.

—Bueno, aquí estamos. Tenemos mucho de lo que hablar, pero, antes de empezar, ¿te apetece beber algo? Es bastante tarde, y un día tan largo bien se merece un cóctel.

Se levantó y abrió un armario que escondía un bar bien surtido.

«¿Así que vamos a fingir que se trata de una conversación normal? —rumió Myfanwy—. Vale, si él puede jugar a ser educado, yo también».

—Es muy amable por tu parte, pero no, gracias —respondió con frialdad.

Quería mantenerse lo más despierta posible. Le observó mezclar, agitar y servirse la bebida. Era un hombre muy guapo. Alto y de buen porte, con un precioso pelo oscuro. Llevaba un traje a medida y olía bien. Qué pena que hubiera resultado ser el traidor.

—Me he enterado de lo sucedido en Reading —comentó sin volverse—. ¿De verdad iba tan mal la cosa como para requerir la presencia del joven Callahan?

—En aquel momento parecía la mejor opción. Que la entidad acabara destruida antes de que

llegara fue pura suerte.

—Qué bien que salieras relativamente indemne —repuso él mientras se acomodaba en su silla—. Ahora, pasemos a los negocios. Supongo que ya habrás imaginado que el resto de la Corte no va a presentarse. No recibieron tu mensaje. —A Myfanwy se le cayó el alma a los pies. No le quedaba mucha esperanza al respecto, aunque habría dado lo que fuera por ver a Alrich entrar por la puerta. O incluso al lord y la dama—. Wattleman está dormido en su residencia segura, Farrier pasa la noche revisando los sueños de todos los alumnos de la Finca y Alrich está en Escocia. Y gracias al aumento del nivel de alerta y la necesidad de examinar a todo el mundo, Apex House cuenta con el personal mínimo este fin de semana.

—Pero ¿cómo sabías que iba a contarles que eras el traidor?

—Tanto tu despacho como el de tu secretaria están pinchados —contestó como si nada—. Instalé micrófonos cuando era mi despacho. Te asombraría saber la de cosas que dice la gente cuando espera a que la recibas. En realidad llevaba años sin usarlos, pero, después de los recientes acontecimientos, he tenido a alguien a la escucha en todo momento. —Sonrió y le dio un trago al martini—. Bueno, cuando te oí decir que sabías quién era el otro agente doble de la Corte, llamé a uno de mis contactos del Tablero. Estaba de guardia en la sala de mando, le ordené detener a tu secretaria y a ese peón. Bueno, detenerlos y matarlos —se corrigió.

Myfanwy sintió una horrible punzada de dolor al oírlo y parpadeó para evitar que se formaran las lágrimas.

—De hecho —añadió Grantchester—, todas las tropas de guardia en la sala de mando son mías. Hay que contar con personal estratégico, ya sabes. De todos modos, ¿por qué arrastrabas por ahí a ese joven peón? —inquirió con curiosidad—. Si no te importa que te lo pregunte.

—Sólo porque acabó mezclado en todo el asunto —contestó ella en voz baja—. Me oyó hablar sobre los injertadores y no quería arriesgarme a que se lo contara a nadie.

—Te entiendo a la perfección. Al fin y al cabo, no podía permitir que le contaras a nadie que no sólo debía lealtad al Checquy, ¿no? Lo que me lleva a la misma pregunta: ¿cómo lo has averiguado?

Myfanwy se planteó darle unas instrucciones muy creativas sobre dónde podía irse y qué podían hacer cuando llegara, pero se contuvo.

«Habla con él —se dijo—, gana tiempo. Puede que surja algo, alguna oportunidad».

Respiró hondo.

—Quizá recuerdes que justo después de que desvelara la traición de Gestalt fui a verlo al Torreón de la Horca —empezó.

—Sí, pero me aseguró que no te había contado nada útil —repuso Grantchester, y le dio un trago a la bebida.

«¿Qué? —dudó Myfanwy—. Ah, claro, los otros cuerpos. Claro que han estado en contacto».



—Lo cierto es que me contó unas cuantas cosas que me resultaron muy interesantes.

Sintió un escalofrío de satisfacción al ver que al alfil se le agriaba el rostro.

—¿Ah, sí? ¿Qué cosas?

—Bueno, uno de los datos que se le escaparon fue que había otro traidor en la Corte — contestó de forma calculada; así al menos podría meter en líos a su antiguo homólogo—. Y no me costó creerlo —añadió, mirándolo a los ojos.

—No sé si te estoy entendiendo.

—Me había tropezado con algunos detalles que no tenían demasiado sentido —prosiguió ella mientras se acomodaba en la silla y contaba los distintos puntos con los dedos—. Para empezar, hay un campamento de entrenamiento para un ejército privado creado bajo el auspicio del Checquy: el Campamento Calígula. —Ante la mención de aquel nombre, notó que la mano del joven se movía por su cuello y la niña se agitó, incómoda—. Se encuentra en Gales, es un sitio remoto y un poco espartano, pero cuenta con unas instalaciones médicas bastante apañadas. Y, por supuesto, es ilegal.

»En segundo lugar, es obvio a más no poder que Gestalt jamás sería capaz de pergeñar un timo administrativo tan complicado. Una prestidigitación financiera diseñada para sustraer una sustancial cantidad de fondos y ocultarse de casi cualquier auditoría forense. Las justificaciones legales necesarias para hacerse con niños sin ninguna capacidad sobrenatural... Niños que se encuentran adrede fuera del alcance del Checquy. Ambos sabemos que Gestalt logró su puesto en la Corte por sus excepcionales habilidades para patear culos, no por su intelecto.

»Entonces tuve una charlita con un mandamás de la *Broederschap*. Este tipo me localizó a pesar de que había salido en secreto del Tablero a través de un pasadizo subterráneo. Alguien tuvo que avisarlo.

»Y por último, bueno, está el insignificante detalle del ataque que sufrí. No el de esta tarde, ya me entiendes, aunque ese tampoco ha sido agradable. El encantador incidente de Bath tampoco fue divertido. Estoy hablando del ataque que acabó conmigo en un parque rodeada de camarlangos muertos y sin recordar quién era.

—¿Y pensabas contarle todo eso a la Corte?

—Bueno, esperaba guardarme para mí lo de los problemas de memoria. Pero estaba dispuesta a revelarlos si con eso conseguía acabar contigo.

Grantchester la observaba, inexpresivo.

—En fin, mientras que Gestalt no podría haber manejado los hilos, tú sí, sin problema — siguió explicando—. Fuiste torre durante muchos años, controlabas las finanzas. Tú y yo hemos organizado las suficientes operaciones encubiertas como para saber cómo se hace. Podrías haber montado una pequeña escuela y haberla mantenido al ascender a alfil; después de todo, fuiste el responsable de poner al día las finanzas de toda la organización. Durante esa reestructuración

podrían haberse ocultado multitud de secretos.

Grantchester la miraba sin apartar la vista, con las manos formando una pirámide sobre el escritorio, pero ella no se amilanó, resuelta.

—Gestalt también me dijo que me habían colocado en la Corte aposta, que los injertadores me querían allí. Sin embargo, estoy convencida de que la idea fue tuya. Tú, con tu reputación de elegir los ascensos menos ortodoxos que al final resultan ser geniales. Tú, que eres capaz de evaluar los puntos fuertes y débiles de los demás. Sabías que yo sería una torre excelente. Que mantendría el perfecto funcionamiento de la organización. Y que compensaría la evidente falta de habilidades de Gestalt en ese aspecto. Que estaría demasiado ocupada para investigar anomalías inconvenientes y que no sería capaz de interponerme en tu camino si diera con una.

»En cuanto a la reunión entre el *graaf* Gerd de Leeuwen y yo, bueno, te confieso que creía que el que se había ido de la lengua era el alfil Alrich. Es decir, yo estaba en un club con unas amigas y aparece él, dispuesto a dejar secos unos cuantos cuerpazos. Coincidimos allí y, de repente, me rodea un puñado de belgas grandotes y torpes. Supuse que Alrich había hecho una llamada rápida a un móvil belga después de vaciar a su cita.

»También puede que te interese saber, Conrad, que después de que me atacaran hace dos semanas me colé por un pasadizo que lleva desde mi despacho a un aparcamiento privado. Y allí, en plena crisis mental, me tendieron una emboscada. Sólo las torres tienen acceso a esos túneles. Y ninguno de los cuatro cuerpos de Gestalt estaba en la ciudad aquella noche.

»Estoy convencida de que conoces unas cuantas entradas privadas e incluso las vigilas. Y por eso conseguiste entrar en el Tablero y violar mis recuerdos. También es probable que supieras que iba a salir la semana pasada y lo organizaste para que me siguieran.

—Bueno, eso no es nada concluyente —comentó Grantchester. Parecía que aquello le hacía gracia, lo que la enfureció.

—No, y por eso no dije nada. Pero hace poco repasé los archivos de la correspondencia, tanto oficial como personal, y di con el anuncio que publicasteis tu mujer y tú cuando adoptasteis al bebé. —Respiró hondo y meditó cómo continuar—. Estaba bastante interesada en el retrato de familia. Verás, tu esposa me sonaba, y no sólo porque sea la señora Grantchester. Durante mi entrevista con Gestalt, tuve la oportunidad de verla a través de sus ojos. De todos sus ojos —añadió en tono sombrío.

»Resulta que Gestalt tiene un quinto cuerpo, uno más pequeño, y estaba en compañía de tu mujer, con sus inolvidables ojos azules. Así que investigué un poco y descubrí que Eliza disfrutó de una larga excedencia hace un tiempo... y regresó justo antes de que adoptaras a tu bebé. Y hay otras cosas. Sé que tiene una cicatriz en el estómago y que últimamente ha estado algo retraída. Resumiendo, creo que adoptaste a su retoño. Creo que tu hijo es Gestalt.

»Trabajas para los injertadores, ¿verdad, Conrad? Con razón querías que cualquier dato nuevo

se enviara a Apex para tu análisis estratégico de riesgos. Querías estar seguro de saber todo lo que sabíamos nosotros.

—Venga, eso es muy impresionante —comentó el alfil. Sonrió de tal modo que a Myfanwy le entraron ganas de romperle la nariz—. Has elaborado una lista muy metódica. Un trabajo detectivesco muy bueno.

—Debes de habértelo pasado en grande viéndome rebuscar por ahí, intentando ocultar mi amnesia.

—Lo cierto es que no estábamos seguros de cuántos recuerdos habías perdido. Me alegra saber que funcionó de verdad —comentó tan tranquilo.

«Venga ya, no puede ir en serio —rezongó Myfanwy—. ¿Ni siquiera lo sabía?».

—¿Qué es lo que funcionó, exactamente?

—Es una larga historia. ¿Seguro que no quieres una copa? —Ella guardó silencio—. No hace falta que me mires así, ofrecer una bebida es de buena educación. Aunque he cometido un horrible fallo de protocolo. Antes de seguir adelante, permíteme que te presente a mis protegidos. Este es Norman, a quien ya habías conocido antes, si bien no parece que lo recuerdes. —Ella negó con la cabeza—. En fin, al menos eso lo hizo bien. Verás, Norman, aquí presente, es el responsable de tu actual amnesia.

Myfanwy volvió la vista atrás para mirarlo.

—Oh, sí —reanudó su explicación Grantchester—. Me acompañó, además de algunos camarlangos, hasta el Tablero para atraparte, extirparte tu personalidad y sacarte de las instalaciones.

—¿Para qué?

—Había unas cuantas posibilidades. En realidad, tantas que casi no consigo elegir. Te asombraría lo maleable que puede ser una persona sin recuerdos. Si los colocas en la situación correcta, son muy sugestionables.

—¿Me ibas a obligar a trabajar para los injertadores? —inquirió, horrorizada.

—O usarte para fines recreativos —respondió él como si nada. Myfanwy sintió que las arcadas se le formaban en el estómago; y tuvo que notársele en la cara, porque Conrad se echó a reír—. Es broma —aclaró mientras se secaba los ojos—. No seas ridícula. No, no, queríamos hacerte una serie de pruebas y diseccionarte.

—Ya veo —murmuró Myfanwy, y respiró hondo para calmarse.

—O, al menos, algo así... Fue una decisión bastante repentina.

—¿Y por qué esa repentina decisión? ¿No era arriesgado? ¿Creías que nadie notaría que yo no estaba?

—Lo habrían investigado, claro. La desaparición de un miembro de la Corte se habría analizado en profundidad. Vaya, puede que incluso un alfil se hubiera presentado voluntario para

encargarse del asunto, junto con un equipo cuidadosamente seleccionado. Y que la torre restante hubiera apoyado con sumo agradecimiento dicha oferta. Te aseguro que cualquier prueba dejada por tu apresurada eliminación habría acabado barrida bajo la alfombra.

»Sin embargo, tuvo que ser apresurada porque aquella noche se me avisó de que la torre Myfanwy Thomas había entrado en el Campamento Calígula hacía unas semanas. Uno de los guardias había tenido una especie de ataque y esa clase de problemas suelen examinarse en profundidad por si alguno de los sujetos de las instalaciones surtiera algún efecto secundario en las personas que lo rodean. Análisis de sangre, tomografías... Ya te haces una idea. Al final descubrieron que lo habías controlado... Encontraron tus huellas psíquicas, por así decirlo. ¿Recuerdas todos esos años de pruebas en la Finca? Bueno, pues esos resultados se compartieron de forma extraoficial con el personal de Calígula, y uno de los miembros del personal reconoció la marca distintiva de tus poderes.

»Lo reconozco, al principio no me lo creía. La pequeña Myfanwy Thomas, que siempre estaba con la nariz pegada a un libro de cuentas, demasiado absorta en las operaciones domésticas diarias del Checquy como para meterse en una investigación extracurricular. O eso creíamos.

»De pronto, daba la impresión de que nos habían descubierto. Lo único que nos separaba de la destrucción inminente era tu inexplicable reticencia. Por suerte —dijo, sonriendo con satisfacción—, siempre he sido rápido en las crisis. Si algo aprendí en el trabajo de campo es que cuando alguien te pone un cuchillo en el cuello no puedes vacilar.

»Movilicé de inmediato a un equipo. Cuento con varios graduados del campamento en Apex, como discretos guardaespaldas, así que fui con ellos al Tablero. Como bien suponías, existen varias entradas ocultas en ese edificio que sólo conozco yo. Una de ellas lleva a las habitaciones privadas de las torres. Esperé a que entraras en la residencia y te saludé allí.

»Te diré algo, Myfanwy, estabas más tranquila de lo que me imaginaba. Creo que nunca olvidaré tu mirada. La chica que siempre chillaba si alguien hablaba con ella por sorpresa, que se encogía de miedo cuando alguien se levantaba de golpe. Bueno, pues no aquella noche. Entraste y me viste sentado en el sofá, con Norman junto a mi hombro. Abriste mucho los ojos, pero, por lo demás, no cambiaste de expresión.

»Entonces, uno de mis ayudantes se puso detrás de ti y cerró la puerta. Cruzaste la habitación y te quedaste frente a mí, inmóvil y con ojos muy fríos. —Se calló y sacudió la cabeza con una sonrisita amarga pintada el rostro—. Quería hacerte unas cuantas preguntas, saber cómo habías descubierto lo de Calígula y por qué no habías dicho nada. Pero te limitaste a mirarme, y confieso que me inquietaste un poco. Empecé a hablar contigo y soltaste: “Cállate y hazlo de una vez, sucio traidor”. Eso es lo que Myfanwy Thomas, la torre más lamentable de la historia del Checquy, se atrevió a decirme... ¡a mí! —Se le tensó la voz de rabia, aunque se controló—. En

fin, me levanté, te di una bofetada y te eché encima a mis camareros antes de que terminaras de recuperarte.

»Priya y Mark te sujetaban por los hombros para que Norman se encargara de ti. Llevaban guantes, claro, y estabas inmovilizada, pero supongo que recordaste algo de tu entrenamiento en la Finca. Te revolviste y lograste que perdieran el equilibrio. Tocaste a Mark en la mejilla y lo cegaste... Al parecer, conseguiste que se le cerraran las pupilas por completo.

»Priya tuvo menos suerte aún: con un nivel de poder que jamás demostraste en la Finca, obligaste a sus músculos faciales a volverse contra ella. Por lo visto, le fracturaste el cráneo. — La miró fijamente, y ella se encogió de hombros—. Por suerte, Norman ya había conseguido ponerte las manos encima.

»Norman es uno de los productos del Campamento Calígula, del que parece saberlo todo. Es impresionante, la verdad. Un bebé de lo más corriente puede disfrutar de una mejora radical... si estás dispuesto a abrirle el cráneo y el torso periódicamente y trastear un poco. E inyectarle distintos cócteles desagradables todos los días. Y coserle un nuevo sistema de canales y depósitos. E injertar aislamiento protector en la epidermis. Y proporcionarle nuevos miembros exploratorios.

Myfanwy lanzó una mirada de horror al joven de las escamas, que seguía allí, impasible, mientras Grantchester recitaba la lista de modificaciones que le habían realizado. Después se estremeció y miró de nuevo al alfil.

—Tienes que cuidar de ellos, por supuesto. Son muy delicados. Norman ya no come comida de verdad. ¿No es cierto, Norman? —No esperó a la respuesta—. Duerme con siete goteros intravenosos conectados a su cuerpo para proporcionarle los nutrientes, hormonas y sustancias químicas que necesita para asegurarse de que su organismo permanezca equilibrado. Es mucho trabajo.

»No obstante, el resultado es un soldado con habilidades muy especializadas. Nada de telepatía, por desgracia —añadió con un suspiro—, aunque una vez que establece contacto físico, ejerce cierto control sobre el cerebro. Es muy básico, claro: dejar a una persona inconsciente, evitar que active sus poderes, esas cosas. Sin embargo, cuando el contacto es más íntimo, puede operar con mucha más sutileza. Llegados a ese punto, es capaz de alterar la memoria.

Myfanwy se rebulló en su asiento sin poder evitarlo al pensar en el contacto íntimo de los miembros exploratorios del muchacho.

—Sí, sus trucos nos han resultado muy útiles en nuestra humilde labor —siguió diciendo Conrad—. Nos habrían descubierto en innumerables ocasiones de no ser por algunos recortes selectivos. Rara vez a la escala de los tuyos, por supuesto. De haber empezado a aparecer gente con amnesia por todas partes, bueno, alguien habría hecho preguntas. Pero a veces una persona ve u oye lo que no debe, y no puedes matarla sin más. Entonces es cuando Norman entra en

escena y borra algunos recuerdos incriminatorios. Es una lástima que el proceso de crear un agente de este tipo sea tan difícil; si no, tendríamos varios en vez de uno. Por otro lado, el trabajo de Norman ha bastado para cubrir nuestras necesidades... con una notable excepción. —Dejó de hablar y le clavó la mirada—. Aquella noche, el chico estaba absorto en su labor (con relativa facilidad, ¿verdad, Norman?). —El muchacho desgarbado asintió con la cabeza—. Había anulado tus poderes y estaba borrándote la personalidad. Nos pareció que sería mucho menos probable que atacaras a alguien si no tenías recuerdos. Terminó, tú estabas tumbada en el sofá batiendo los párpados (como suele ser habitual en tales circunstancias), y nosotros atendíamos a los camareros destrozados y nos preparábamos para transportarte al laboratorio cuando sucedió algo extraordinario.

»Te levantaste, chillando.

»Por norma general, Myfanwy, las personas sometidas a las manipulaciones de Norman son incapaces de hacer nada después, y menos cuando se trata de un borrado total. La mente está demasiado ocupada reaccionando a su eliminación forzosa como para responder ante nada. La personalidad se disuelve y sigue con ese proceso durante una hora hasta que surge un nuevo sujeto más flexible. En consecuencia, tus acciones nos dejaron conmocionados. Aquellos gritos eran... asombrosos. Aunque no tanto como el ataque psíquico que nos golpeó después; fue como un martillazo en la cabeza. Cuando Norman y yo nos levantamos habían transcurrido varios minutos y tú te habías ido, en teoría a deambular por los pasillos del Tablero.

»Como es evidente, eso no podía ser. Había pocas posibilidades de que fueras capaz de comunicar lo que sabías antes de perderte del todo, pero seguía sin ser un riesgo aceptable. No podíamos permitir que te encontraras con algún miembro del Checquy, así que envié a mi equipo de camareros leales a los pasadizos.

»El caso es que ninguno regresó —añadió, y apretó la mandíbula—. Encontramos a varios de ellos muertos en un parque de Pinner, y me vi obligado a enviar a un equipo de limpieza. Ah, tenemos tu coche, por cierto. Otros agentes jamás aparecieron, de manera que di por supuesto que también los eliminaste. —Myfanwy evocó los cadáveres putrefactos del túnel que conducía al aparcamiento, pero no dijo nada—. Y después ocurrió el desastroso incidente del banco. Aquellas pobres criaturas tuvieron que acudir a terapia intensiva, tanto física como psicológica, a causa de tu ataque. Además, fue una lástima, puesto que se trataba de mi mejor equipo de infiltración. Te habían seguido hasta el hotel cuando tú, en un momento de inspiración, utilizaste tu tarjeta en el cajero para comprobar tu cuenta corriente. Escucharon la radio de tu conductor para llegar al banco antes que tú, tras una ruta sorprendentemente enrevesada.

—Estaba disfrutando del paisaje —respondió ella con dignidad—. ¿Cómo sabes qué itinerario seguí?

—Estamos en Londres. ¿El anillo de acero? Tenemos tantas cámaras en la ciudad que podría

haber montado una miniserie sobre tu viaje al banco. No obstante, nos diste esquinazo después de eso. Estábamos concentrados en el equipo que dejaste en coma.

»En ningún momento habíamos tenido claro hasta qué punto habías perdido la memoria. Norman juraba por activa y por pasiva que había sido concienzudo, que había desnaturalizado cualquier vestigio de tu identidad y nos había dejado un lienzo en blanco. Que conservarías tus habilidades y parte de tu educación, pero que los pensamientos y recuerdos que te convertían en Myfanwy Thomas habían desaparecido. Estaba seguro.

»Aun así, también había estado seguro de haberte dejado incapacitada después de terminar contigo, y los cadáveres repartidos por Londres refutaron por completo esa afirmación. — Suspiró, bastante indignado—. En cualquier caso, apareciste en el trabajo ese lunes como si volvieras de la guerra y reconozco que sufrí un pequeño ataque de pánico. De inmediato activé las escuchas de tu despacho y ordené que te vigilaran en todo momento. Si hubieras hecho algo que indicara que recordabas, si hubieras realizado acusaciones, había planes de contingencia diseñados para tomar el control del Checquy antes de lo previsto. Habría sido desagradable y arriesgado, pero creo que lo habríamos conseguido.

»Por suerte, hiciste tu trabajo y no mencionaste nada desafortunado. Parecías algo confusa respecto a algunas cosas, algo vacilante sobre asuntos rutinarios, pero supuse que habrías perdido unos cuantos días de recuerdos, puede que incluso horas. Gestalt, que no sabía lo de la modificación de tu memoria, no tenía ni idea de lo que sucedía, aunque se percató de que parecías más resuelta de lo habitual.

—¿No se lo contaste?

—Cuantas menos personas conozcan un secreto, más fácil es guardarlo. Además, no estaba seguro. Pero gracias a tu pequeña exposición de esta noche, ahora sé que Norman estaba en lo cierto: no eres ella. Y seas quien seas..., bueno, ya has demostrado saber demasiado. — Myfanwy volvía a ser consciente de los largos dedos en el cuello—. Es una pena, en cierto modo. Nos encantaría conocer toda la historia, pero llegados a este punto prefiero no arriesgarme más.

—¿Vas a borrarne? —preguntó, temblorosa—. ¿Igual que te libraste de la personalidad de Thomas?

—O de su falta de ella —contestó Grantchester—. Y sí, eso es. Evidentemente, no del mismo modo. Antes queríamos contar con una mente servicial y maleable dentro de tu cuerpo. Una que fuera capaz de comunicarse y resultara útil. Está claro que no nos lo podemos permitir de nuevo. Norman va a borrarne el cerebro por completo. La siguiente persona que nos mire a través de esos ojos será una recién nacida. Te mantendremos viva para realizar algunas pruebas: analizar impulsos, comprobar tus reacciones en un entorno controlado... Y después te cortaremos en pedacitos que podamos ver al microscopio.

—¿Perdona?

—Esa era la idea desde el principio, estudiarte a fondo. Los injertadores te temen. Una mujer capaz de controlar la materia viva. Su mayor ventaja, las armas con las que pretenden destruir al Checquy, son todas biológicas; no podrían disparar sus pistolas si tú decidieras no permitirselo. Sean cuales sean las mejoras que posean sus agentes, podrías obligarlos a usarlas para destrozarse entre ellos. Querida, eres su peor pesadilla. Y su mayor posibilidad. Eres nuestro uranio. Si logramos someterte a ingeniería inversa, no habrá nada que no esté a nuestro alcance.

—Los científicos de la Finca no lo consiguieron —puntualizó Myfanwy, rígida. Los dedos de Norman bajaban por el interior de su uniforme hacia los hombros.

—Los científicos de la Finca eran niños con Legos comparados con esta gente —se burló Grantchester—. Los injertadores llevan siglos dedicados a esto. Cartografiaron el ADN humano cuando la reina Victoria todavía se sentaba en el trono. ¡Delinearon el territorio del cuerpo humano y construyeron rascacielos! —Miró más allá de ella—. Ah, a lo mejor te interesa hablar con mis otros invitados antes de que te eliminemos, ¿no?

Por el rabillo del ojo, Myfanwy vio a dos figuras rodear el escritorio para flanquear al alfil.

Eliza y Alex Gestalt la contemplaron con un odio profundo.

—Por supuesto, es posible que Eliza no se haya tomado bien algunos de tus comentarios sobre su depresión posparto, aunque quizá te apetezca felicitar a los padres de mi hijo —comentó en tono de guasa—. Ahora debo marcharme, pero Gestalt ha expresado su deseo de ser testigo del trabajo de Norman. Buenas noches —se despidió mientras se levantaba.

Myfanwy oyó sus pasos recorrer la sala, abrir un retrato y subir por las escaleras ocultas tras él.

—Bueno, zorra Thomas —dijeron los hermanos Gestalt al unísono—, no te imaginas cómo me gusta que esta vez seas tú la maniatada. Voy a disfrutar de lo lindo después de pasarme una semana oculta en la residencia de Grantchester.

—¿Sabes cómo ha sido? —preguntó Eliza—. ¿Temer entrar en mis otros cuerpos por si los torturadores del Torreón los están mutilando? ¿Por si abro los ojos justo en el instante en que me los sacan?

Se inclinó sobre el escritorio y le dio un torpe puñetazo Myfanwy en la sien.

—Esto va a resultar muy satisfactorio —comentó Alex.

Ella no respondió nada, ni siquiera para mentirles sobre lo que les había sucedido a los otros cuerpos. Lo cierto era que a Teddy y Robert no les habían hecho nada. En aquel momento se encontraban atados y con vendas en los ojos dentro de salas insonorizadas. Alrich y algunos científicos y torturadores intentaban dilucidar un enfoque que les permitiera aprovechar la mente colmena de Gestalt y torturar a la vez a los cuatro cuerpos. Ella había esbozado una sonrisita melancólica al escuchar sus entusiastas ideas y había decidido no tener nada que ver con el



asunto. Ahora deseaba haber intervenido.

Norman mantuvo la mano en contacto con Myfanwy mientras giraba su silla hacia él y la ponía de pie. La miró a los ojos y ella dio un respingo. Tenía la piel entumecida donde la había tocado. El chico se la acercó más. El frío se le extendió por los brazos, de arriba abajo, cuando se el muchacho los sujetó por debajo de la ropa de modo que no pudiera zafarse. De haber intentado propinarle una patada, habría sido un simple golpe en las espinillas, como un niño con una rabieta. Resistió el impulso de gritar cuando el chico abrió la boca y se inclinó sobre ella. Su aliento le flotó hasta la cara, y arrugó la nariz al percibir el tufo químico. Olía como el inyectador del club.

La lengua de Norman, de un morado pálido, se erizó de repente con unas largas fibras blancas. Los zarcillos, que parecían pelos, se apretaron contra sus labios como una pesadilla a medio recordar. Los labios del chico le rasparon los suyos cuando le metió la lengua en la boca. Tuvo arcadas cuando le arañó la garganta.

Myfanwy puso los ojos en blanco mientras añadía imágenes a una memoria que sabía que pronto acabaría disuelta. A un lado estaba la niña, que los observaba impasible. Detrás de ella, los alientos simultáneos de Gestalt. Las mejillas escamosas de su atacante rozaron un poco la suya al sondearle con codicia la mente.

«Aquí viene —se lamentó—. Mi final». Su mente se concentró al máximo y cada detalle cobró importancia. El calor de sus zapatos, el basto roce de la pistolera del tobillo, la suavidad del mono y la cómoda calidez de su abrigo. Acarició la ropa. «Todo desaparecerá», gimió, y entonces palpó algo bajo las manos.

Metió la derecha en el bolsillo del abrigo y la sacó con algo agarrado. «¡Hazlo! —pensó a la desesperada—. ¡Lucha! ¡Merece la pena intentarlo!». Notaba que el chico se retiraba un poco, listo para volver a arrollarla con toda la fuerza de sus malvados poderes. Frenética, movió la mano para sujetar mejor el objeto. Norman percibió su movimiento y vaciló. Ella cerró el puño y, mirando a su atacante a los ojos, le clavó en el muslo el autoinyector de epinefrina que Thomas había metido en los bolsillos de todos sus abrigos por si acaso le picaba una abeja.

Se oyó un clic.

El muelle disparó la aguja, que se deslizó a través de la membrana de la punta del inyector y traspasó la tela de los pantalones del muchacho. Le perforó la piel y le metió 0,3 miligramos de epinefrina en el cuerpo.

La medicación rugió en el torrente sanguíneo del chico y se pegó a los receptores de su organismo. Myfanwy vio que se le dilataban las pupilas. Oyó que se le aceleraba el corazón. Las sustancias químicas se alteraron, y los añadidos artificiales de su cuerpo gritaron. Perdió poco a poco el control de sus poderes. Ella desplegó los suyos y perforó los escudos que protegían la consciencia de su agresor. Ambos permanecieron de pie, inmóviles, unidos en un horrible beso, y

lo sintió morir. Todos los delicados sistemas implantados por los injertadores estaban fallando, el frágil equilibrio destruido por completo. «Todavía no —recapacitó. Siguiendo sus órdenes, el corazón siguió latiendo y las piernas, sosteniéndolo. La lengua del muchacho, con todas sus fibras, volvió a su propia boca, aunque los labios de ambos permanecieron pegados—. No quiero que lo sepan todavía».

«Lo primero es lo primero».

La niña alzó la pistola y, en contra de su voluntad, disparó a los hermanos Gestalt. Alex recibió un tiro en el hombro y cayó al suelo con un grito de sorpresa; Eliza recibió disparos en la cabeza y el cuello, y se derrumbó de espaldas sobre el cristal, que se agrietó formando una tela de araña a su alrededor, y así desapareció, atravesando la ventana para caer en la noche. Su hermano, que se agitaba en el suelo, dejó escapar un horrible gemido.

La pequeña miraba con cara aturdida la pistola que tenía en la mano cuando Teddy, gritando de rabia, se subió al escritorio, sacó un arma y vació el cargador sobre la niñita, que cayó al suelo. Gestalt seguía gateando débilmente por el escritorio, pero entró en estado de shock y se derrumbó hacia atrás. Myfanwy se aseguró de que no pudiera levantarse antes de concentrar su atención en el siguiente orden del día.

«Vale, ya puedes morirte». Y dejó que el corazón de Norman dejase de latir.

—Oh —suspiró, junto con un amago de gemido, mientras el cuerpo de este se apartaba de ella.

Se restregó la boca con el dorso de la mano y vio rastros de sangre. Notaba que se le hinchaba y amorataba la piel de alrededor de los ojos. «Esto me suena», se dijo, cansada, y se apoyó en el escritorio de Grantchester para recuperar el aliento.

—Serás zorra —soltó una voz desesperada, y Myfanwy miró al suelo, detrás del escritorio.

—Ah, hola, Gestalt.

—Putá zorra, ¿te das cuenta de lo que has hecho? —preguntó—. Ella era la única que podía dar a luz a otro niño. Ahora moriré.

—¿Qué? —inquirió ella débilmente, entre respiraciones profundas.

—¡No puedo conseguir más cuerpos! Para que un nuevo niño forme parte de mí ambos padres deben ser mis cuerpos, y ahora... —Se echó a llorar, desconsolado—. ¡Ahora el único cuerpo que podía quedarse embarazado está muerto, y yo voy a morir!

Myfanwy lo contempló, horrorizada por lo que implicaban sus palabras. Después miró la foto de la familia Grantchester que estaba sobre el escritorio. Ya había sido malo saber que el bebé rubio tenía la mente de Gestalt, pero que además fuera producto del incesto y que una sola mente formara tanto a los padres como al hijo... Se le revolvió el estómago. «Dios mío, podría haber sido inmortal... Un ejército». Observó al individuo lloroso y ensangrentado del suelo y no supo cómo sentirse.

«Tendré que recoger al bebé y dejar que la Corte decida qué hacer con él. Gestalt no sabe lo de la amnesia... Pero... ¡Mierda! ¡Grantchester!».

Cogió la pistola de Norman y echó un vistazo a los retratos antes de levantar el teléfono para pedir ayuda.

—Myfanwy —saludó la voz de Grantchester al aparato.

—Conrad —jadeó ella.

—Estaba viéndote por la cámara —explicó el alfil—. Estoy muy impresionado... Está claro que eres mucho más capaz que tu predecesora. Imagino que no te interesará unirme a mí, ¿no? — Su desfachatez le quitó el aliento, y prefirió no responder—. ¿No? Bueno, supongo que debería habérmelo imaginado. En cualquier caso, es evidente que me has derrotado en esta batalla. Por tanto, me retiro de Apex y me dirijo a un clima algo más relajante. Lo dejé todo preparado para esa eventualidad hace tiempo.

«Parece que Thomas no era la única a la que le gustaba prepararse», pensó Myfanwy.

—Pero no te preocupes, torre Myfanwy Thomas o quienquiera que creas ser —añadió, y su tono se tornó frío—. Llevo años dentro del Checquy allanando el camino para los injertadores. Vendrán y triunfarán, y entonces tú y yo hablaremos largo y tendido.

Se oyó un clic en la línea, y Grantchester desapareció.

Myfanwy dejó el teléfono con dedos débiles. Al cabo de un minuto, alertaría a seguridad y ordenaría la detención de Gestalt (o de lo que quedaba de ella). Descubriría cómo había ido la redada de Eckhart y convocaría a la Corte para explicar lo sucedido. Llamaría a Bronwyn para ver cómo estaba y a Shantay para contarle las noticias. Y lloraría por Ingrid y Alan.

Haría todas esas cosas, pero primero necesitaba un minuto para ordenar los pensamientos que había estado a punto de perder.

—Espera, ¿me estás diciendo que el peoncito Alan le dio una paliza? —preguntó Myfanwy, incrédula, en el asiento trasero del coche—. ¿A un soldado armado?

—El peoncito Alan es capaz de descomponer el material inorgánico y volverlo frágil —contestó Ingrid con remilgo—. Si toca el material, puede afectar a un trozo del tamaño de su torso, torre Thomas. Pero basta para destrozar un gatillo. Por suerte para nosotros.

—Sí, tienes aspecto de suertuda —repuso Myfanwy mientras le miraba el brazo en cabestrillo y el ojo morado.

—No me quejo.

—¡Te han disparado!

—No dieron en hueso. Y aunque recibir un golpe en la cara y un tiro en el brazo no resulta agradable, lo prefiero mil veces a que me ejecuten.

Después de recuperar el aliento en el despacho de Grantchester y llamar a seguridad, descubrió que la oficina de vigilancia estaba alborotada. Al parecer, un diseñador gráfico del Tablero que trabajaba a deshoras había pasado por la entrada en dirección a la sala de mando y había visto a un peón adolescente luchar contra un guardia de seguridad mientras la secretaria personal de la torre sangraba en el suelo, inconsciente. Sin saber bien de qué lado ponerse, el diseñador había elegido no arriesgarse y noquear a ambos combatientes con sus habilidades de lanzamiento de descargas eléctricas antes de llamar a seguridad.

—Bueno, ¡me alegro de que te remendaran tan deprisa y hayas podido asistir a parte de la reunión de la Corte! —comentó Myfanwy.

—Un médico taponó el agujero de bala con una resina que extrajo de sus glándulas —respondió Ingrid en tono lúgubre—. Directamente de sus glándulas.

—Puaj. ¿Qué glándulas?

—No quiero hablar del tema. La reunión fue interesante, eso sí.

—Ha sido una de las reuniones más incómodas a las que he asistido —declaró Myfanwy, y bostezó—. Aunque creo que se lo han tomado bastante bien, teniendo en cuenta las circunstancias.

—La Corte ha recibido muchos golpes estos últimos tiempos —comentó Ingrid—. Han aprendido a adaptarse bastante bien, sobre todo después de que el caballo Eckhart les enseñara

las fotos de los cuerpos de los injertadores.

—Bueno, sí, pero las revelaciones sobre Grantchester... ¡Que era un miembro de la Corte!

—También la torre Gestalt.

—Cierto. Aunque Gestalt era un miembro de la Corte que, en realidad, no le caía bien a nadie —la corrigió.

—A mí siempre me había gustado el alfil Grantchester —confesó Ingrid—. Coqueteaba escandalosamente cuando iba al Tablero.

—Estaba muy bueno —reconoció Myfanwy, y miró por la ventana.

Se acercaba el alba y Londres guardaba silencio. Sólo se veían unos cuantos coches descarriados. El convoy compuesto por la limusina y las motocicletas que la acompañaban era un diminuto desfile de movimiento por las calles. El café que por fin le habían permitido tomar en la Corte estaba luchando una batalla perdida contra el efecto acumulado de la noche de juerga, la mañana de pruebas médicas, la tarde pasada dentro de un cubo de carne y la noche de enfrentamiento con un traidor.

Al final resultó que la discusión burocrática de los acontecimientos había llevado casi tanto tiempo como los hechos en sí. El relato de Eckhart de su ataque a la sede de los injertadores incluía una descripción clínica de cómo había asesinado al belga despellejado. Myfanwy había escuchado su historia y se había quedado boquiabierta cuando el caballo explicó que al líder de los injertadores le habían brotado espadas de hueso de los brazos y que ambos habían luchado en una cámara en la que gigantescos sacos y capullos colgaban del techo.

Las vainas habían estallado y de ellas habían surgido guerreros contra los que lucharon los barghests mientras Eckhart y el *graaf* Gerd de Leeuwen seguían batiéndose en duelo, metal contra hueso. Dos de los miembros de los barghests eran traidores y se volvieron contra sus camaradas, aunque sus mejoras no los habían salvado. Al final, sin emoción, Joshua les contó que había arrancado una cadena del techo, le había dado forma de jabalina y con gran precisión la había usado para atravesar la cabeza del belga despellejado.

Tras la descripción del caballo, la conversación se había centrado en las aventuras de Myfanwy en Reading, seguidas de sus aventuras con Grantchester. Llegados a ese punto, había pensado deprisa y llegado a la conclusión de que quizá pudiera omitir lo de la pérdida de memoria. Había caminado por una estrecha y confusa cuerda floja para explicar lo sucedido, y al final se había librado de dar una exposición más detallada fingiendo un mareo. Todos la miraban raro por los moratones de los ojos, pero estaban demasiado distraídos por las revelaciones sobre el alfil y los injertadores como para extraer incriminatorias conclusiones sobre sus actuales heridas y las de hacía dos semanas. Había procurado ser poco precisa sobre las habilidades de Norman y nadie había mencionado ninguna pérdida de memoria.

Después de todo aquello, acordaron una reunión más completa al día siguiente, cuando todos

hubieran dormido un poco.

—¿Y no se le ocurrió contarle a la Corte lo de su amnesia? —preguntó Ingrid—. Al fin y al cabo, sólo quedan cuatro miembros. Farrier ya lo sabe, y Eckhart y Alrich parecen apreciarla. ¿Tan terrible habría sido?

La torre reflexionó un momento y recordó el final de la reunión.

Cuando ya se iba, lady Farrier la había cogido del brazo. Durante la reunión, la dama no había abierto la boca, aunque entornara los ojos, pensativa.

«Al principio estaba preocupada —le dijo a Myfanwy—. Creía que había cometido un terrible error al pagar mi deuda con tu predecesora. Que había puesto en peligro el reino. —Vaciló—. De haber observado en tu comportamiento algo que pudiera haber perjudicado a la organización, te habría eliminado. Sin embargo, veo que, aunque fuera por sentirme obligada a ello, hice lo correcto al permitir que ocuparas el lugar de la torre Thomas. —Estrechó su mano—. Estoy deseando trabajar contigo en el futuro, torre Thomas. —La interpelada sonrió, incómoda—. ¿Y quién sabe? ¡Quizá sigas ascendiendo!».

Dejó escapar una risa muy poco alegre y, cuando se alejó, Myfanwy la observó.

—Sentí la tentación —reconoció—. Es agotador estar siempre ocultando la verdad, ¿sabes? Y estaba preparada para contarle todo cuando revelara la traición de Grantchester.

—Entonces, ¿por qué no lo hizo?

—Porque me gusta mi trabajo. Y, al parecer, se me da bastante bien. Pero el Checquy es una organización con cientos de personas, algunas entrenadas toda la vida para hacer estas cosas. Muchas son mayores que yo, con más experiencia. No creo que, de saber toda la verdad, los miembros de la Corte me permitieran conservar mi puesto. Por muy bien que les caiga.

—Creo que cuenta con la ventaja de no estar familiarizada con todo y haber olvidado el adoctrinamiento —le aseguró Ingrid—. Tiene iniciativa e imaginación.

—Gracias. Y si llega un momento en que suponga un riesgo para la seguridad del Checquy, les contaré lo de mi pérdida de memoria. O me iré sin más.

Las dos mujeres se sonrieron.

—Me sorprende que el director de seguridad Clovis te siga proporcionando tanta protección —meditó Ingrid mientras miraba hacia las motos que las acompañaban.

—Puede que Joshua Eckhart haya asesinado a mi amigo sin piel clavándole una jabalina en la cara, pero quizá siga habiendo injertadores en la ciudad, por no hablar de sus operaciones en el resto del país. Y Grantchester escapó ileso, aunque tengamos en custodia a su mujer y a ese pequeño bebé Gestalt.

De repente se estremeció al recordar el momento en que llevaron el cuerpo de Gestalt detenido ante la Corte. Nunca olvidaría la malicia que se asomaba a los ojos del retoño ni su voz aguda al empezar a soltar obscenidades medio inteligibles por aquella suave boquita.

—¿Sabía la señora Grantchester lo que era su pequeño en realidad? —preguntó Ingrid.

—Dice que no, y la creo. Grantchester era hermético hasta extremos demenciales... No contaba nada a nadie a no ser que no le quedara más remedio. Además, ¿meterías tú a un bebé de Gestalt en tu vida sabiendo lo que es?

—Se portaría muy bien —sopesó Ingrid—. Y sabría usar el váter desde el minuto uno. Pero no. Así que supongo que está todo bien atado.

—Ni de lejos. Por no hablar del problema del Campamento Calígula.

Mientras ellas hablaban, los barghests planeaban el asalto a las instalaciones; tenían órdenes de acabar con el menor número de vidas posible. «No sé cómo vamos a rehabilitar a esos niños —reflexionó—, aunque lo intentaré». No era capaz de sentirlo por Norman, pero el recuerdo de la niña de las garras muerta era un punto oscuro en su mente.

—¿Y está usted bien? —murmuró Ingrid.

Al llegar a Apex House y ver ojos morados de Myfanwy, había sucumbido al pánico. Y eso que al menos esta vez los labios de su jefa no se veían demasiado lijados por la áspera boca de escamas de Norman. Myfanwy se estremeció al recordarlo y sintió un momento de lástima por Thomas, que no había tenido tanta suerte. «Pegada a esa boca, sintiendo que te comen los recuerdos».

—Eso creo —dijo—. Conseguí acabar con Norman antes de que pudiera manipular mis recuerdos. Y me examinó el equipo médico de Apex, lo que sube a tres mi número de visitas hospitalarias de hoy.

—¿Seguro que no quiere que me quede en el Tablero con usted?

—No, no pasa nada. Cuando llegue, el edificio entero se pondrá en aislamiento durante lo que quede de noche. Pienso subir directamente a mi residencia, caer en la cama y quedarme allí muchas, muchas horas. A no ser que se produzca un estallido de criaturas cúbicas de carne a lo largo y ancho del país, no quiero que me despierte ninguna llamada.

Su secretaria asintió con una sonrisa.

Cuando el coche por fin la dejó en la entrada del sótano, Myfanwy se detuvo un momento.

—Me alegro mucho de que estés bien, Ingrid. El mejor momento de mi vida fue cuando me dijeron que estabas viva.

—Gracias, torre Thomas.

Las dos se cogieron de la mano, y después Myfanwy se despidió de la mujer.

Uno de los guardias de seguridad se acercó a ella con timidez.

—Torre Thomas, estamos listos para iniciar el aislamiento —susurró—. La oficina de vigilancia ha montado un centro en Apex, así que, en cuanto demos la orden, aquí sólo quedarán usted y el personal de seguridad.

—Cierra, por favor —pidió, y se tapó la boca para ocultar un bostezo.

El guardia asintió e hizo una seña a sus compañeros de la cabina. Unas gruesas persianas metálicas empezaron a bajar dentro de la puerta del garaje. Se recordó que debía activar los sistemas de seguridad de los pasadizos privados de las torres, al menos los que conocía. ¿Debía preocuparse por las otras entradas secretas de Grantchester? Decidió dormir en el dormitorio de invitados de la residencia. Quizá pusiera algunas latas frente a la puerta.

Los pasillos del Tablero estaban en penumbra cuando Myfanwy caminaba hacia su despacho. Unos cuantos guardias de seguridad la saludaron al pasar junto a ella en sus rondas, aunque, en general, disfrutó de la silenciosa intimidad del edificio. Tras las semanas pasadas en el Checquy, había llegado a considerarlo su hogar.

«Creo que va a salir todo bien. Puedo guardar secretos. Sólo tengo que averiguar cómo explicarlo todo sin reconocer que perdí la memoria. Pero lo haré después de levantarme tarde, con el desayuno. Me da igual si son las tres de la tarde: voy a pedir el desayuno inglés más enorme y glorioso de la historia de la humanidad, y voy a comérmelo en la sala de estar mientras disfruto de mis maravillosas vistas. Se me ocurrirá una explicación clara y racional para todo esto. Después llamaré a Bronwyn para organizar una reunión con mi hermano. Y después me pondré en contacto con un decorador y cambiaré el aspecto de toda la residencia. Tiraremos paredes y comprobaremos todos los pasadizos secretos.

Pero, primero, a la cama».

Estaba canturreando cuando abrió la puerta de su despacho y encendió la luz. No se encontraba preparada para toparse con un hombre desnudo, enorme y chorreante sentado a su escritorio.

—Buenas noches, torre Myfanwy Thomas. Por favor, permítame que me presente: soy el *graaf* Ernst von Suchtlen.

\* \* \*

Myfanwy lo observó con detenimiento. «Por supuesto que tenía que pasar —gruñó, cansada—. Después del día y la noche más largos de la historia conocida, estaba claro que tenía que vérmelas con un hombre desnudo en mi despacho. Y es un injertador.

Por lo menos este tiene piel, aunque no lleve nada más».

—Bien, ¿y de dónde ha salido usted? —le preguntó como si nada mientras desplegaba sus tentáculos mentales para rodear el sistema nervioso del belga desnudo. Le costó. Tras una sesión de dantescos morreos con Norman, su cerebro estaba agotado. Aun así, le sorprendió comprobar que sus poderes resbalaban en la piel del hombre.

«Es el jefe —se recordó—. Tiene el mejor sistema que puedan diseñar. Quizá De Leeuwen



habría contado con la misma inmunidad de haber tenido la oportunidad de cultivarse una piel nueva».

—Quizá recuerde haber recibido un corazón por correo hace un tiempo, ¿no? —inquirió el belga. Myfanwy asintió sin comprometerse. Thomas lo había recibido, pero ella había leído algo al respecto—. Sí, bueno, pues era mío.

Se tomó un instante para procesar la información.

—Lo siento, no lo entiendo. ¿Ha venido a recogerlo?

—No, yo soy el que lo siente... Creo que no me he explicado lo bastante bien. He crecido a partir del corazón en el congelador de su laboratorio científico.

—Ya veo. ¿Y cuánto ha tardado? —preguntó ella débilmente.

—El proceso comenzó veinticuatro horas después de que sus científicos lo examinaran —contestó el injertador sin darle importancia.

—Vaya, eso es impresionante.

Myfanwy analizó su situación y se percató, con tristeza, de que se había dejado la pistola de la tobillera en Apex House. Igual de desmoralizador era que iba a tener que sentarse en una de las otras sillas, que eran incómodas adrede, puesto que el sofá estaba demasiado lejos. Salir corriendo quedaba descartado.

—¿No le preocupaba que notaran algo extraño en el corazón cuando lo examinaran? —le preguntó a su visitante.

—Somos discretos. Y en su organización no hay nadie lo bastante bueno como para detectar esa tecnología. Es muy reciente y muy experimental. —Ella asintió— Lamento haberle quitado la silla. Mientras esperaba, descubrí que era mucho más cómoda que las que hay frente a su escritorio. Pero, si quiere, se la dejo.

Horrorizada, vio que procedía a levantarse.

—¡No! Está bien así —exclamó—. Por favor, no se levante.

«Mantengamos la desnudez detrás de la mesa». Además, no le apetecía ver la porquería que le había dejado en el asiento con tanto fluido goteándole del cuerpo. «Voy a tener que buscarte una silla nueva —decidió—. Suponiendo que sobreviva». Se sentó en la silla incómoda que no tenía ni una gotita de limo.

—¿Me permite preguntarle cómo ha conseguido subir desde el frigorífico del laboratorio a mi despacho en pelota picada sin llamar la atención del personal?

—Bueno, es la noche oportuna para eso. Y el personal de limpieza se ha ido a casa. Sus guardias de seguridad tienen sus rondas periódicas, pero no cuesta evitarlos si eres capaz de colgarte del techo. Y este cuerpo es invisible para las cámaras de seguridad.

—Guay. Y ahora está en mi despacho.

—Sí —coincidió. Se produjo una pausa que a ella le resultó incómoda, aunque a él no parecía

molestarle.

—Lo siento, pero ¿por qué está en mi despacho? —dijo al fin.

—Ah, sí. En fin, he venido en secreto para hablar con usted. Esto a lo mejor le sorprende, Myfanwy Thomas, pero durante las últimas décadas la *Wetenschappelijk Broederschap van Natuurkundigen* ha logrado alcanzar puestos de poder dentro del Checquy. También hemos montado una operación de entrenamiento y experimentación, con fondos británicos, y hemos reclutado a ciudadanos británicos a la fuerza como soldados.

»La *Broederschap* ha creado un arma de destrucción masiva a partir de las nuevas aplicaciones de nuestra tecnología; se alimenta de ciudadanos británicos dentro de una urbe importante. De hecho, hemos colocado agentes en su organización, en todos los niveles. —Hizo una pausa dramática—. ¡Incluso en la Corte del Checquy!

—Vaya —profirió ella sin mucho entusiasmo—. Y, um, ¿cómo? ¿Cómo se han infiltrado?

—Lo cierto es que es bastante sencillo poner a los camarlangos de nuestro lado —respondió, algo sorprendido por su falta de reacción—. Están hartos de que los traten como personal de segunda. Por muy buenos que sean, siempre serán normales y jamás ascenderán más allá de cierto rango. Sus peones se pasean por ahí presumiendo de sus habilidades especiales, deslizándose por los pasillos y tecleando con sus tentáculos. Y los pobres camarlangos los miran con envidia y saben que nunca los respetarán.

»Por supuesto, no hemos sido capaces de convencerlos a todos, pero a los que sienten esa envidia les ofrecemos la oportunidad de crecer. No para que puedan volverse contra ustedes, sino para que por una vez sean capaces de mirarse en el espejo y ver a una persona importante.

—¿Y los miembros de la Corte?

—Bueno —respondió el belga, suspirando—, cuanto más extraordinaria es una persona, más mundano y predecible es el cebo. —Se retrepó en la silla—. Riqueza. Poder. Los sobornos tradicionales. Uno de ellos ha recibido un aumento sustancial de su esperanza de vida.

«Ah, sí, la inmortalidad, ese cliché», pensó Myfanwy mientras ponía mentalmente los ojos en blanco.

—Y así es como conseguimos ejercer tanto poder sobre ustedes —concluyó el belga.

—Qué triste. ¿Y ahora qué, *graaf* Ernst von Suchtlen? ¿Venganza por las humillaciones sufridas después de la isla de Wight? ¿Aplastarán el Checquy? Sin nosotros en la película, podrían tomar Inglaterra. ¡Y después los Estados Unidos! No sé hasta dónde habrá llegado su nueva fuerza, pero quizá logren imponerse a las tropas croatoans, sobre todo si no estamos nosotros para apoyarlas. Hay multitud de posibilidades para ustedes en un mundo sin el Checquy.

Myfanwy estaba muy orgullosa de su capacidad para mantener la calma, aunque, mientras hablaba, de golpe fue consciente de lo que implicaba el fracaso de la organización.

—Nunca nos interesó invadir —se burló el hombre—. No después del desastroso primer intento, que, me gustaría señalar, fue instigado casi en su totalidad por los gobernantes de mi país. No, esto era una finta: les enseñábamos algo con una mano mientras le poníamos una daga en el cuello con la otra. El Checquy controla un mundo secreto. ¿Una invasión? ¡Por favor! —Bufó de nuevo, asqueado.

»El mundo se ha vuelto más pequeño desde la última vez que nos enfrentamos, Myfanwy Thomas. No podemos mantener en secreto la conquista de un país y no podemos permitir que nuestra existencia se haga pública. Sin embargo, vosotros tampoco. Hay que guardar algunos secretos y este tiene el tamaño adecuado.

Arqueó una ceja y ella tragó saliva mientras intentaba descifrar lo que le decía.

—Entonces, ¿piensan tomar el Checquy? ¿A la fuerza?

—Esa idea ha tenido cierto éxito en los escalafones superiores de la *Broederschap* —respondió, inexpresivo. Myfanwy recordó al belga despellejado que flotaba en su tanque. En su voz había odio y resentimiento, y su cuerpo ansiaba la violencia.

—Seguro que sí —comentó.

Por un momento se miraron desde ambos lados del escritorio. Un alma de varios siglos de antigüedad observaba a una mente que sólo llevaba viva unas semanas.

—*Graaf* von Suchtlen, ¿me permite una pregunta? —Él aceptó—. ¿Es uno de los dos fundadores de los injertadores?

—Uno de los inversores iniciales, sí. —Asintió con la cabeza. Ya no llevaba tanto fluido encima y se le veían mejor los músculos.

—Tiene varios centenares de años y todo el conocimiento y el poder de la *Wetenschappelijk Broederschap van Natuurkundigen*, una de las mayores fuerzas de la historia. Durante su vida, el liderazgo del Checquy ha pasado de mano en mano, mientras que el suyo sólo ha ganado experiencia. Ni me imagino los poderes y habilidades integrados en su cuerpo, aunque sospecho que es el beneficiario de todas las ventajas que pueda ofrecerle su organización. El ejército que ha descrito es lo bastante poderoso para hacerse con el Checquy sin que tenga que salir de Bélgica. Por lo tanto, ¿por qué ha venido a verme ahora? ¿En secreto, solo y desnudo?

El injertador asintió débilmente y sonrió.

—Esa es la pregunta. ¿Cuál cree que es la respuesta?

—Sabe que nuestra organización jamás se rendirá ante ustedes. Ni siquiera con traidores en la Corte; no sería una opción.

—Es cierto.

—Tendríamos que luchar. Quizá ganemos esa terrible batalla, pero Inglaterra jamás sería la misma. Costaría mucho ocultar una guerra internacional, y esa —añadió en voz baja— es nuestra misión: proteger en secreto.

»Y usted también ha acudido aquí en secreto. Ha ocultado su presencia tanto al Checquy como a su compañero.

El hombre descomunal de la silla se quedó inmóvil de repente, y Myfanwy notó lo pequeña que era en comparación. El belga apretaba la madera del escritorio con los dedos y, aunque ella no pudiera controlarle los músculos, percibía la fuerza de su interior.

—Ha venido hasta aquí, señor Von Suchtlen, porque no quiere luchar contra nosotros. No quiere seguir escondiéndose. Sabe que no permitiríamos, que no podríamos consentir que existiera en libertad. No con su historia. Desea unir ambas organizaciones, ¿no es así?

El hombre sonrió.

«Quizás haya conservado parte de las habilidades diplomáticas de la torre Thomas, después de todo», pensó.

El *graaf* Von Suchtlen se acomodó en su silla y le contó una historia.

*Recuerdo que era mediados de otoño. Hacía frío, por supuesto, y las hojas caían formando un torrente sobre la calle que conducía a mi puerta. Estaba de un humor reflexivo, sentado en las escaleras principales de mi casa de campo, envuelto en pieles mientras bebía algo caliente y dulce. Yo era el conde de Suchtlen. Tenía treinta y ocho años, era rico y, gracias a un caballo que se asustaba fácilmente y unas rocas de inconvenientes picos, había perdido la mitad inferior de la pierna izquierda hacía ocho meses.*

*Había sido un año terrible, incluso sin contar la pérdida de la extremidad. Una de mis hermanas había muerto al dar a luz y un incendio había destruido las casas de varios de mis arrendatarios. En el plano político, se trataba de tiempos complicados, ya que varias personas de Bruselas, sobre todo flamencos, estaban en desacuerdo con algunas de mis ideas. Aun así, varias de mis apuestas financieras habían disfrutado de un gran éxito y contemplaba la posibilidad de retirarme de la política y buscarme una esposa con la que engendrar unos cuantos hijos.*

*Entonces, a través de la tormenta de hojas, apareció mi primo trotando sobre su caballo. Era diez años menor que yo, el conde de Leeuwen, y no tenía tanto dinero. Había perdido una parte en unas cuantas empresas fallidas, una de las cuales era un elaborado timo. Le había prestado dinero en un par de ocasiones, y tardaba en devolverlo. Aun así, le tenía cariño y era de mi familia. Habíamos ido a cazar juntos muchas veces antes de que yo perdiera la pierna y disfrutábamos de nuestra mutua compañía, aunque era un tipo muy inquieto.*

*Le di la bienvenida y él me ayudó a entrar mientras un criado se ocupaba del caballo. No tardamos en sentarnos cómodamente frente al fuego, donde bebimos vino y charlamos como es la costumbre. Me percaté de que parecía distraído y me preparé para la inevitable petición de dinero.*

—Ernst —dijo, mirándome de repente—, he encontrado una oportunidad de inversión extraordinaria que creo que tal vez te interese.

—¿Ah, sí? —pregunté intentando sonar sorprendido sin (sospecho) lograrlo. Él captó mi resignación y vaciló un momento. Después asintió y se lanzó hacia adelante en la silla mientras sacaba un cuchillo del cinturón, tan tranquilo.

—Sí, reconozco que he tenido mala suerte en los negocios —dijo—. Pero, primo, ¡creo que esto podría redefinir nuestro futuro!

En aquel momento lo vi muy emocionado, así que me recosté. No me gustaba cómo había usado la palabra «nuestro». Y, sobre todo, no me gustaba cómo sujetaba el cuchillo.

—¿Como aquel negocio con el hombre de Florencia? —pregunté con ironía.

—¡No, no como el negocio con el hombre de Florencia! —exclamó, y se le encendieron las mejillas. Por culpa del negocio con el italiano estuvo a punto de perder la casa y su prometida anuló la boda.

—De acuerdo, Gerd, lo siento —repuse tras un vistazo inquieto al arma.

—Esto es distinto.

Empecé a temer que estuviera borracho. O loco.

—Te creo —respondí mientras alargaba la mano con cautela hacia mi cuchillo. Cerré los dedos en torno al mango y lo blandí.

Él sonrió.

—Te lo enseñaré.

Y se cortó el índice.

—¡Por Dios bendito! —chillé.

La mirada de Gerd era beatífica, con un éxtasis que me resultaba tan perturbador como la sangre que se derramaba sobre mi alfombra. Respiré hondo para gritar pidiendo ayuda (ya fuera para sujetarlo o para limpiar el destrozo, no estaba seguro), pero él alzó la mano ilesa.

—Espera —me pidió con calma, y me fijé, estremecido de horror, en que seguía sosteniendo el dígito cortado. Y lo que era peor: el extremo cercenado se estaba volviendo de un extraño color azul celeste. Miré la herida y vi que adoptaba el mismo color.

Confieso que en esos momentos llegué a plantearme la posibilidad de una posesión satánica y agarré con más fuerza el cuchillo. Me preparaba para clavárselo en el ojo y llamar a los criados cuando se acercó el dedo cortado a la mano. Ante mis ojos, las zonas azules se encogieron, y vi que unos zarcillos brotaban de ambos cortes y se buscaban. Oí un ruido como de absorción, y su mano volvió a estar entera. Me quedé mirándole los dedos con absorta fascinación mientras él los agitaba.

—Por Dios bendito —repetí en voz baja. Él esbozó una sonrisa angelical.

Huelga decir que estaba intrigado, aunque todavía temía que mi primo hubiera estado

*haciendo tratos con el diablo. No obstante, se me ocurrió que si aquello no era una abominación a ojos del Señor que nos condenara para la eternidad, quizá representara una maravillosa oportunidad de negocio.*

*Así que, con la mente abierta y un par de tipos muy grandes como apoyo, lo acompañé a su residencia, en cuyo granero un puñado de hombres mugrientos estaban realizando complicados experimentos. No tenían las suficientes aptitudes sociales ni demostraron el debido interés por mí para tratarse de agentes reclutadores del infierno. En vez de intentar apoderarse de mi alma, se pasaron varias horas explicándome en qué consistía su trabajo; sus esforzadas descripciones me provocaron dolor de cabeza, aunque me emocionó sobremanera su optimismo con respecto a proporcionarme una pierna nueva.*

*Los observé rebanar ratones, sabuesos y caballos por la mitad y después volver a pegarlos. Gerd estaba embelesado y yo repasaba mentalmente todas las posibilidades. Trabajamos mucho: acepté financiar su investigación y ellos firmaron varios contratos vinculantes. Después regresaron a su tarea, que al cabo de un tiempo trasladamos a una de mis propiedades más remotas.*

*Y así empezó todo.*

\* \* \*

—Ah, eso es fascinante —comentó Myfanwy—. Y unos cuantos siglos después, está sentado en mi silla, desnudo. La cadena de acontecimientos resulta evidente.

—Ya conoce el resto de la historia —respondió el belga en tono frío—. No dudo que el Checquy la habrá documentado de forma exhaustiva. Nuestra subida al poder, nuestras conexiones con el Gobierno, el intento de conquista, el desmantelamiento forzoso.

—Sí, aunque después de eso la cosa no está tan clara. Unos cuantos rastros de su presencia en Europa. Pero han tenido cuidado.

—No nos quedaba más remedio —respondió el hombre con tristeza—. Habíamos perdido muchos de nuestros principales recursos, no contábamos con propiedades y estuvimos al borde de la aniquilación absoluta. Por suerte, siempre he procurado prepararme para el futuro. Contaba con lugares en los que esconderme, medios y fondos ocultos. Tardamos varias décadas en volver al punto tecnológico en el que nos encontrábamos antes de la debacle. Muchos de nuestros handwerksmannen habían muerto durante el contraataque del Checquy. Se destruyeron experimentos esenciales. Tanto Gerd como yo tuvimos que ver cómo nos mataban, aunque para entonces ya llevábamos cuerpos nuevos, claro. Nos sentamos a tres metros de los reyes de

nuestro país y el suyo, y asamos nuestros propios cadáveres. Después, cuando terminaron los gritos ahogados y se limpió la sangre, pasamos junto a la Corte del Checquy y la élite de ambas naciones y salimos al mundo.

»Reconstruimos, reanudamos entrenamientos y seguimos innovando. Como es evidente, la investigación se realizó a menor escala esta vez, ya que nuestros fondos eran mucho más modestos. Y teníamos que ser aún más reservados. A pesar de todo, nuestro poder creció. Y entonces... Bueno, me temo que ahí es donde entra la corrupción.

»Algunos de nuestros handwerksmannen están fascinados con ese concepto. Han dedicado siglos a extirparla del cuerpo humano, a detener su inevitable progresión. Siempre charlan sobre el tema. El nivel molecular. Enzimas. Órganos. Por desgracia, estaban tan centrados en la pequeña escala que no vieron la corrupción mayor. Empezó la inestabilidad. Las prioridades... se torcieron —dijo el injertador, y se agitó en el asiento, incómodo—. Algunos nos volvimos erráticos.

—¿Erráticos?

«Porque antes erais gente muy cuerda —ironizó—. Nada más normal que invadir Inglaterra a lomos de caballos con astas».

—Uno de nuestros eruditos más importantes, Jan, desarrolló una alarmante afición por cortarse los dedos de los pies. Le volvían a crecer, claro, pero apenas podías mantener una conversación con él sin verle quitarse un zapato.

—Encantador.

—Creo que alguna gente no está hecha para vivir tantos años —meditó el belga.

—¿No cree que tenga que ver con tanto enredar con la genética? —preguntó Myfanwy con un bostezo. La tensión y el miedo perdían la batalla de nuevo frente al agotamiento.

—Sí, bueno... No, no me gusta esa idea.

—No, claro que no. ¿Cuántos cuerpos ha tenido?

—Pierdes la cuenta al cabo de un tiempo. A veces he llegado a plantearme que atraemos a la gente equivocada. Mi primo tiene un solucionador de problemas, un joven llamado Van Syoc. Es un monstruo con unas costumbres muy inquietantes.

«Sí, como arrancarles las caras a las prostitutas», recordó ella. Se le ocurrió decirle que Van Syoc estaba muerto, pero decidió guardarse la información.

—En cualquier caso —dijo el hombre desnudo—, me empecé a preocupar...

—¿Por lo de los dedos?

—No, no del todo por lo de los dedos.

—¿No le preocupaban esos dedos? —inquirió Myfanwy, que no dejaba de darse tortas mentales por prolongar la conversación.

—No, en realidad no le hacía daño a nadie —respondió sin darle importancia—. Ni siquiera

interfería con su trabajo. Lo que me preocupaba sobre los dedos es que se trataba de un hábito recién adquirido. Se había pasado varios cientos de años sin hacerlo. Y de repente era algo compulsivo.

—Ajá.

«Siempre que no afectase a su labor».

—Sí, pero me voy por las ramas. Descubrí algunas tendencias alarmantes. Los comunicados no pasaban por mí. Gerd era más reservado y, de improviso, estaba mucho más interesado por los detalles de nuestras misiones internacionales, cuando antes se había contentado con supervisar los talleres; siempre le había gustado disfrutar de los lujos de la vida —comentó, y suspiró.

«No me cabe duda —pensó Myfanwy con amargura—. Una enorme limusina, una reluciente pecera...».

—Desde que lo conozco había sido muy inestable, pero de golpe se había obsesionado con nuestros proyectos en Gran Bretaña. Tenía mis sospechas, pero no quería enfrentarme a él directamente. No sin más pruebas. Así que ordené que detuvieran a su geheimschrijver una noche, mientras mi primo estaba en el teatro.

—¿Su geheimschrijver?

—Ah, es su «escritor en la sombra»..., su secretario —respondió el belga—. Lo secuestre y les pedí a unos cuantos subordinados que se infiltraran en su memoria.

Myfanwy se tensó, al evocar al joven que había estado haciendo otra infiltración de las suyas aquella noche.

—¿Un chico con escamas? —preguntó con voz tensa.

—¿Hm? Ah, no... Sé en lo que está pensando, pero esos modelos sólo resultan útiles para gente con cerebros estándar y sin mejorar. No, nuestro personal auxiliar cuenta con mejoras para hacer de comunicadores..., de móviles. Se conectan a la red telefónica con la mente y se cuelan en el sistema. Hablamos con ellos como si fueran la persona al otro lado de la línea y las palabras se transfieren. Cuando aquel al que llamamos habla por su aparato, nuestros secretarios repiten las palabras con la voz correspondiente. Es casi instantáneo y no hay forma de localizar el origen de la llamada.

«Lo que explica por qué los correligionarios del peoncito Alan no podían localizarlas —concluyó con amargura—. Supongo que no servirán para enviar faxes. Al fin y al cabo, ¿dónde los iban a meter?».

—Observé cómo lo controlaban, le introducían distintos instrumentos y descargaban las transcripciones. Descubrí, no sin gran decepción, que Gerd había estado en contacto con nuestras plantas del Checquy y las preparaba para un golpe. Debo decir que uno de los agentes dobles de su Corte está especialmente entusiasmado con la idea de una revolución violenta. Es bastante



malsano.

»La verdad es que para mí fue una conmoción terrible. Había dirigido su adquisición y adoctrinamiento. La estrategia era mía desde el principio. Supervisé en persona la creación del Campamento Calígula, y el desarrollo y la colocación de nuestra arma fúngica de destrucción masiva. Oh, sí —añadió al ver que Myfanwy arqueaba una ceja—, es una entidad diminuta pero aterradora. Subyuga a los seres humanos y es capaz de abarcar una zona enorme cuando se activa.

—¿Con el objetivo de unir nuestras dos organizaciones? —inquirió Myfanwy con ironía.

Hasta entonces se había permitido relajarse. En parte era el cansancio, pero el belga charlaba de todo con tal afabilidad que..., bueno, no se le había olvidado que estaba desnudo y que se trataba de un enemigo con varios siglos de vida, pero sí que había dejado de tener en todo momento presentes ambos detalles. Al oírlo mencionar al culto del hongo de Bath, recordó el terror de aquel día. Y se había estremecido al oírlo hablar con tanta tranquilidad de cómo le habían pirateado los recuerdos a una persona.

—Torre Thomas, debe recordar que, para la Broederschap, el Checquy no es una fuerza benigna. Es el adversario que aplastó nuestros esfuerzos y provocó nuestra destrucción. Me obligaron a mirar mientras arrasaban mis hogares y mataban a mis amigos. Quemaron mi cadáver y tiraron mis cenizas al océano. Sólo gracias a un juego de manos de excepcional astucia con mis restos logré sobrevivir. No me avergüenza reconocer que cuando acabó aquella odisea no teníamos ninguna prisa por hacer las paces con su organización. De hecho, nuestro objetivo inicial era ocultarle nuestra existencia para después infligir todo el daño posible.

—¿Y qué sucedió?

—Es curioso cómo el paso del tiempo cambia a un hombre —reflexionó—. Algunos, al parecer, desarrollan la compulsión de cortarse los dedos de los pies. En cuanto a mí, descubrí que había perdonado al Checquy. Mi rencor llegó a parecerme mezquino, y mientras observaba cómo su organización se expandía y mejoraba, me di cuenta de que se trataba de un órgano de Gobierno tan bueno como cualquier otro en tales circunstancias. Tenía sus defectos, por supuesto, y dependía de los antojos de la humanidad, pero sus objetivos eran nobles. Acabé albergando la esperanza de que podríamos reunirnos sin resentimiento. Con los años fui comentando el asunto con mi primo, y poco a poco se fue abriendo a la sugerencia. Seguí con el proceso de infiltración y establecimiento de colaboradores en el Checquy. No porque les deseara ningún mal, sino porque todavía nos temían y quería que vieran que les convenía unirse a nosotros.

—¿Amenazándonos?

—Demostrando una postura de ventaja para ambas partes —corrigió él con diplomacia—. O tal vez enseñando el palo y la zanahoria. Si desvelábamos nuestra presencia y el Checquy decidía

que no podía tolerarla... En fin, no teníamos intención de morir.

—Ah.

—Hace poco me quedó claro el desencanto de mi primo con respecto a mis ideas. Creía que nuestros preparativos debían emplearse para lisiar en vez de para... —Dejó la frase inacabada flotando en el aire y sacudió la cabeza con aire burlón.

—¿Sí?

—En vez de para injertar.

Myfanwy esbozó una leve sonrisa.

—Cada vez basaba más sus decisiones en enemistades personales. Hace unos meses descubrí que elegía a los sujetos del Campamento Calígula porque sus antepasados habían sido soldados del Checquy en la isla de Wight. Era una mezquindad, además de comprometer la operación más de lo necesario. Tuve la corazonada de que una venganza tan pequeña no debía de ser más que la punta del iceberg. Así que lo organicé todo para mantenerlo ocupado unas semanas mientras a mí me transportaban aquí para verla y firmar algún tipo de tratado.

—Y decidió usar el viejo truco de enviarle el corazón a la otra parte y después regenerarse a partir de él, ¿eh?

—Pues sí.

—¿Es el único modo que se le ocurrió de ponerse en contacto conmigo? ¿Qué me dice del antiguo método de llamar por teléfono? Ah, y una idea completamente al azar: ¿no podría haberme secuestrado en un club?

—¿Cree que se habría sentido inclinada a aceptar una propuesta en tales circunstancias? —preguntó Von Suchtlen en voz baja.

«No», reconoció Myfanwy para sí al recordar la rabia que sintió en el coche del belga despellejado.

—Además, el corazón era la única forma de salir de las instalaciones sin que me detectaran. Mi primo estaba paranoico..., con razón, lo reconozco, dado que sí que dispuso el interrogatorio de su secretario. Las líneas telefónicas estaban intervenidas y no podía arriesgarme a que sondeasen a mi secretario, así que no podía usarlo para llamar. De hecho, las entradas y salidas de mi laboratorio estaban vigiladas. Descubrí, consternado, que era poco más que un prisionero: no podía ir a ninguna parte sin que mi primo lo supiera. —Suspiró y su rostro se oscureció al contemplar la situación—. Dejé la caja del corazón en la bandeja del correo. Se envió a un servicio de reenvío, que a su vez lo mandó a una mensajería, que fue la que se lo entregó a usted.

—Lo siento, pero ¿cómo es posible que enviara una caja con su propio corazón dentro? —inquirió Myfanwy, que empezaba a sentir uno de aquellos dolores de cabeza estilo M. C. Escher.

—¿Quiere saber cómo funciona? —dijo, visiblemente animado—. Lo cierto es que resulta fascinante. Una tecnología muy reciente. Experimental.

Respiró hondo para empezar a hablar, pero Myfanwy lo cortó, desesperada por detener otra clase magistral:

—Estoy segura de que se trata de algo asombroso, pero no necesito los detalles ahora mismo.

—Por supuesto —convino el hombre, y a ella le pareció algo avergonzado—. Lo siento, los... ¿Se dice empollones? Los empollones a veces son contagiosos. En cualquier caso, coges una muestra a partir de la cual crece el corazón, y el cuerpo que se regenera alrededor de ese corazón dispondrá de todos los recuerdos que tenías en ese momento.

—Entonces, ¿podría haber dos personas como usted por ahí? —preguntó Myfanwy; la cabeza le daba vueltas.

—No, la toma de las muestras es muy exhaustiva y elimina varios componentes vitales. El cuerpo original empieza a desmoronarse al cabo de una hora de tomarla. Dura lo justo para empaquetar la muestra, desvestirse y meterse en la ducha. Después, los restos se licúan. La muestra ya se habrá convertido en corazón para el momento en que se entrega, y después el crecimiento se detiene un tiempo hasta regenerarse y formar una persona completa al cabo de un par de semanas. Es posible, incluso, diseccionarlo, y volverá a crecer.

La miró con orgullo y ella asintió. Sonaba asqueroso, pero creía haberlo entendido.

—La persona regenerada puede seleccionar un par de habilidades con las que renacer —siguió explicando—. Nada como las que ofrecemos a través de la cirugía, por supuesto. Y tiene sus riesgos.

—¿Ah, sí?

—Algunos de los primeros sujetos se fundieron y acabaron convertidos en una especie de estiércol líquido. No obstante, ya teníamos casi solventado ese detalle, y era un riesgo que estaba dispuesto a correr. A mi primo le había dicho que deseaba recluirme en mi cuarto; él respetaba que de vez en cuando necesitara dedicarme a la contemplación y planificación de estrategias, así que me dejó en paz. Aunque hubiera echado mi puerta abajo, no habría encontrado ningún cuerpo. Por tanto, somos libres para perfilar los detalles de nuestra fusión. Se la puedo presentar a mi primo como un hecho consumado. Si Gerd no lo soporta, estoy seguro de que la unión de las fuerzas de la Wetenschappelijk Broederschap van Natuurkundigen y los Soldados Ocultos del Checquy de Su Majestad serán capaces de someterlo tanto a él como a cualquier hueste que reúna a su lado.

El belga se echó atrás con una sonrisa satisfecha.

—Sí, claro, suena todo genial —le aseguró Myfanwy—, pero me temo que tengo malas noticias para usted. Para empezar, su nueva tecnología experimental de corazón todavía tiene unos cuantos problemas: no lleva semanas creciendo, sino meses. Y el proyecto que organizó para mantener a su primo ocupado, bueno, no funcionó...

Le ofreció un resumen rápido de las recientes actividades de su pariente.

—... así que parece que su primo está muerto... Pereció en el asalto —concluyó Myfanwy, incómoda.

—Muerto —repitió él sin inflexión.

Se había desplomado en la silla y parecía algo aturdido. La torre se rebulló en su incómodo asiento y se preguntó si debía darle el pésame. «¿El pésame oficial del Checquy?», dudó. Sin embargo, llegó a la conclusión de que cualquier conmiseración que expresara en aquel momento sería de una falsedad muy evidente. Se permitió lanzar un buen vistazo al hombre que estaba sentado frente a ella. Aparentaba unos treinta y tantos años y lucía el físico de alguien que se ejercitaba con regularidad. Al entrar ella en el cuarto, no tenía pelo, pero durante su conversación le había aparecido algo de vello en el cuero cabelludo.

—Muerto —repitió de nuevo en voz baja. Myfanwy asintió en silencio—. Quizá sea mejor así —añadió él, y suspiró—. A Gerd le habría costado adaptarse a la nueva situación. Últimamente le costaba adaptarse a todo.

«Incluida la idea de una línea de fax que puede rastrearse», pensó Myfanwy, irreverente, y después intentó reprimir la idea por indigna.

—Graaf von Suchtlen, no estoy autorizada para aprobar una fusión entre nuestras organizaciones —expuso con amabilidad—. Entenderá que debo presentar la propuesta a la Corte. —Él asintió—. Y, por supuesto, los croatoans también deben participar. Hablando de lo cual, ¿cuáles eran sus intenciones con respecto a los estadounidenses? ¿Por qué tenían agentes allí?

Von Suchtlen negó con la cabeza, desconcertado.

—Capturaron a un agente de los inyectadores en Los Ángeles —explicó Myfanwy.

—Ah, parece que Gerd puso en marcha una de sus maniobras de emergencia. Si el Checquy descubría nuestra presencia en Gran Bretaña, permitiríamos que descubrieran a uno de nuestros agentes más prescindibles en los Estados Unidos. Sería una pista falsa para distraer al Croatoan y asegurarnos de que no ofrecieran incómodos refuerzos al Checquy.

—Ah. ¿Había comentado que la activación de la fábrica de moho de Bath era otro de sus planes de emergencia? ¿Y el cubo de carne de Reading?

—No se trata de uno de los míos —repuso el belga, perplejo—. Me da la impresión de que Gerd estaba improvisando.

Myfanwy lo observó con detenimiento y después se encogió de hombros.

«No me lo creo, pero este tío tenía que haber sabido que activar esos planes habría acabado con la posibilidad de llegar a un acuerdo. Seguro que su primo desollado usó un proyecto planteado como última opción e intentó utilizarlo como primer golpe».

—Bueno, como decía, las negociaciones no pueden dar comienzo hasta que se reúnan todas las partes relevantes. Aunque me interesaría conocer algunos de los términos que sugiere. ¿Tiene

hambre? Me pongo de un humor terrible cuando acabo de levantarme, y usted ha estado creciendo dentro de un frigorífico durante varios meses.

—No me importaría nada tomar una taza de café —confesó el belga.

—Faltan unas horas para que abran la cocina y la máquina del café está rota. En mi residencia tengo una cafetera excepcionalmente complicada, pero seguro que logro descifrarla. ¿Cómo le gusta?

Myfanwy se levantó y se acercó al retrato de Grantchester. Los ojos del cuadro captaron su mirada. «Supongo que alguien dirá que deberíamos quitarlo», pensó.

—Solo y con azúcar, por favor —respondió el injertador, que hizo ademán de levantarse.

—No se levante, por favor —le pidió ella a toda prisa.

«Al menos, hasta que le traiga una bata», añadió mentalmente, quizá con algo de pesar.

Al fin y al cabo, era un hombre de excepcional atractivo.

Monica Jarvis-Reed estaba sentada con las piernas cruzadas en el aire, bebiendo de un brik de zumo mientras disfrutaba de la vista de la playa italiana desierta que tenía debajo. Las olas de zafiro avanzaban varios kilómetros, formaban crestas blancas y después bañaban la arena. La bahía era pequeña, con arrecifes arqueados a ambos lados y setos verde oliva que dibujaban una línea perfecta alrededor de la tierra. El sol brillaba a pesar de las gafas de sol, y se alegraba de haberse puesto una camiseta de manga larga y pantalones. Levantó los prismáticos que le colgaban de una correa al cuello y observó una figura alta en bañador que atravesaba los setos en dirección a la solitaria tumbona. Sacó un teléfono por satélite de la pinza del cinturón y se lo llevó al oído.

—¿Contraseña?

—A la espera, con el alma en vilo —respondió una voz aburrida.

—Es él. Tiene esa sonrisita. Y un bañador demasiado escaso. Además, he visto una nubecilla de humo cuando se ha sentado.

—Bueno, querida, la biométrica del satélite verifica tu hallazgo —respondió la voz, burlona—. Es nuestro alfil descarriado. Tienes confirmación.

—Vale —dijo Monica—. Ponme con la torre Thomas.

—Eso es fantástico —respondió Myfanwy—. Sí, por favor, adelante, encárgate de eso. Y después disfruta del resto de tu semana en Italia. Sí, gracias, Monica.

Colgó el teléfono y volvió a concentrarse en su café.

—Así que, si no ha sido ningún novio maltratador, ¿qué les ha pasado a tus ojos? —preguntó Bronwyn con curiosidad.

Su hermana bajó la vista y continuó sirviendo el café en tres tazas. Añadió azúcar en dos de ellas y leche en la tercera.

—El airbag —respondió mientras le pasaba una taza a Bronwyn. Después cogió las otras dos y entró en la sala de estar, donde Shantay descansaba en el sofá leyendo una revista.

El alfil estadounidense había llegado a Inglaterra tres días antes, acompañada de una torre de ascendencia comanche y un séquito de abogados para ayudar a negociar los términos de la

fusión.

Shantay aceptó el café, agradecida, y levantó las piernas para permitir que Myfanwy se sentara en el sofá. Bronwyn lo hizo en un sillón y se puso a *Wolfgang* en el regazo.

—¿El airbag?

—Tuve un accidente de coche. En el asiento del copiloto. Nos embistieron por detrás, el airbag saltó y me dio en la cara.

Shantay puso los ojos en blanco detrás de su revista.

—Ay —dijo Bronwyn con una mueca de dolor—. ¿Cuándo fue eso?

—El día después de que saliéramos de juerga.

—¿Y los dos ojos morados no te han causado problemas en tus reuniones de negocios?

—Hubo algunas miradas raras, pero tu hermana es tan importante que nadie se atrevió a preguntarle nada —comentó el alfil.

—Y llevaba maquillaje —añadió Myfanwy.

—Por supuesto.

—¿Va a salir bien lo de la fusión? —preguntó Bronwyn con languidez mientras acariciaba a *Wolfgang* detrás de las orejas. Estaba claro que en realidad no le interesaba, pero hacía el esfuerzo porque era importante para su hermana. Shantay miró a Myfanwy y arqueó las cejas.

—Sí —suspiró la torre—. Vamos a tardar varios meses en concretar los detalles. Habrá riñas de abogados, concesiones y discusiones. Serán demasiado orgullosos para aceptar algunos de nuestros términos, y nosotros demasiado desconfiados para aceptar algunos de los suyos, pero al final todo saldrá bien.

«Saldrá bien —pensó—. Los ataremos con contratos, promesas y juramentos de transparencia absoluta. Mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos más cerca todavía, y los injertadores son ambas cosas.

Mientras tanto, tendremos que ascender a una nueva torre, a un nuevo caballo y a un nuevo alfil, y estoy decidida a meter a alguna gente sin poderes en la Corte. Y a un par de mujeres más. Además, Farrier no deja de soltar indirectas de que quiere que yo sea el nuevo alfil, lo que es demencial. Aunque...

Por supuesto, también tendremos que ocuparnos de los típicos acontecimientos extraños que suceden en el mundo todos los días. Pero con la ayuda de los injertadores trabajaremos mejor».

—Me alegro —comentó Bronwyn, distraída.

—Sí, es bastante satisfactorio.

—Y Jonathan volverá dentro de un par de días —añadió su hermana—. Por fin podrás verlo después de... ¿Cuánto? ¡Veintidós años!

—Será genial —respondió Myfanwy con una sonrisa—. Un hermano, una familia, un trabajo, un conejo... La verdad es que he tenido mucha suerte con esta vida.

—Sí, ahora sólo te queda encontrar novio —apostilló Shantay con ironía.

—Señorita Thomas, ¿quería guardar esta tarjeta de visita? —preguntó Val, que entraba con una cesta llena de ropa limpia—. Detrás dice: «Lámame si te apetece tomar esa copa».

—¿De dónde ha salido? —inquirió Myfanwy.

—La he encontrado en el bolsillo de esta camisa de hombre llena de manchas horrendas —resopló Val.



*Querida tú:*

*Me pareció oportuno escribirte una nota final antes de llevar el último fajo de cartas al banco por la mañana. Es tarde y estoy en casa, sentada en mi sofá con el conejo acurrucado contra los pies. Fuera nieva, aunque la chimenea está encendida y se está a gusto. Me encuentro a salvo y calentita, y me cuesta permanecer despierta. Sin embargo, quiero escribir esto... para ti y para mí.*

*Ha sido un largo día sin revelaciones sorprendentes ni sucesos extraños (lo cual es bastante extraño en sí mismo). No he tenido tiempo para hacer de detective, tan sólo los deberes cotidianos de ser quien soy, y durante la hora de la comida me acerqué a la enfermería del Tablero para hacerme una revisión rápida. Quiero que heredes un cuerpo relativamente en forma.*

*Quiero dejarte todo lo que pueda.*

*Es muy fácil caer en la desesperación. Sé que no puedo evitar lo que se avecina, y para mí no es cuestión de fe ni de fatalismo, sino de simple conocimiento. Supongo que quizá signifique que no existe el libre albedrío, aunque, al escribir estas cartas, me gusta creer que estoy tomando mis propias decisiones. Además, nunca he disfrutado de demasiado libre albedrío en mi vida, así que agradezco el poco que tengo.*

*En el fondo sé que tal vez elijas la otra opción, usar la otra llave y construirte tu propia vida. No te culparía de ser así. Por supuesto, eso significaría que todo el trabajo que estoy haciendo ahora, todos los preparativos y las cartas, no servirá para nada. Pero está ahí por si lo quieres.*

*Al final da igual lo que decidas, espero que seas feliz. No sé qué clase de persona serás ni qué harás, pero te he escrito decenas de epístolas y no puedo evitar preocuparme mucho. A pesar de que todavía no existes, eres mi hermana (¡idéntica!). Eres mi hija. Eres mi familia. Quizá seas Myfanwy Thomas o quizás escojas un nombre nuevo y no vuelvas a pensar nunca en mí. No obstante, elijas la vida que elijas, sé que pienso en ti y rezo por que todo funcione para ti y disfrutes de la mejor vida posible.*

*Con cariño, siempre,*

Yo

## Agradecimientos

Madre mía. Tengo que dar las gracias a tantas personas... Y seguro que se me olvida alguien.

En primer lugar, a mis primeros lectores, compasivos y perspicaces, que aceptaron sumergirse en *La torre* cuando tenía otro nombre, y me ofrecieron multitud de comentarios atentos y clementes.

Al personal de Foundry, que me ha ayudado tanto y ha sido tan amable conmigo. Cecilia Campbell-Westlind, Kendra Jenkins y Hannah Gordon, sobre todo, soportaron miles de preguntas absurdas, y aun así resistieron el impulso de asesinarme.

A mi correctora, Tracy Roe, con sus ojos de lince y su asombroso tacto, que me señaló con delicadeza que llevaba toda la vida usando mal los guiones.

A Stéphanie Abou, agente de derechos internacionales y dama internacional del misterio.

A Jerry Kalajian, mi embajador en la Costa Oeste.

A mi editora, la gloriosa Asya Muchnick, cuyo trabajo y fe no tienen precio y han conseguido que esta historia sea mucho mejor. Estuvo dispuesta a mantener interesantísimos debates sobre los puntos más nimios, como qué color de hongo sería más divertido. Y a sus colegas de Little, Brown, cuya labor marcó la diferencia.

A la incomparable Mollie Glick, reina de los agentes, la de la lengua diplomática y la mente afilada. Tengo la suerte de contar con una amiga tan entusiasta, animosa y sabia como ella.

A mi padre, Bill O'Malley, la fuente de todos los conocimientos, que estuvo dispuesto a responder preguntas espontáneas sobre multitud de temas, desde la etiqueta de los informes gubernamentales hasta cómo deshacerse mejor de un pato que puede predecir el futuro.

Y, finalmente, a mi madre, Jeanne O'Malley, que en realidad fue la que lo hizo todo posible. Me consoló desde la otra punta del planeta cuando la llamé, desolado, porque mi anciano ordenador se había comido las primeras doscientas páginas de esta novela. Me felicitó veinticuatro horas después cuando descubrí una copia de seguridad oculta en las entrañas del disco duro (amigos, os lo imploro: ¡haced copias de seguridad! La novela que salvéis podría ser la vuestra). Mi madre fue la primera en leer el libro y sentenció que era bueno. Creyó en él y en mí, y fue ella la que me animó a buscar un agente y me ayudó a encontrarla (¡la agente perfecta!). Me ofreció consejos de valor incalculable sobre cómo avanzar a cada paso del camino. Siempre pensó a lo grande. Gracias a ella tienes hoy este libro en las manos.